

GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LA
POLÍTICA Y SUS MISTERIOS,

Ó

EL LIBRO DE SATANÁS

POR

DON RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE LA GALERÍA LITERARIA,
calle de Béjar (antes de la Colegiata), 6.
1869.

CAPITULO XII.

La partida.

Trascurrieron algunos minutos de silencio.

Clotilde no sabia con qué palabras comunicar la noticia.

Alberto no se atrevia á preguntar.

Luciano esperaba, porque no queria aventurar ninguna indicacion.

—Hijo mio,—dijo al fin la pobre madre,—tengo que hacerte una súplica.

—¡Una súplica á mí!—replicó Alberto sorprendido.—¿Acaso no tiene usted el derecho de mandar y yo la obligacion de obedecer?

—Ahora no quiero ser tu madre mas que para amarte.

—No comprendo.

—Desgraciadamente no ignoro de qué modo los hombres, aun contra su voluntad, se comprometen en la política y llegan adonde nunca han pensado llegar, encontrándose con que es tarde para retroceder cuando comprenden los peligros que corren, cuando se convencen de que han procedido con ligereza.

Alberto empezó á tranquilizarse en cuanto al temor de que hubiese sucedido una desgracia; pero previó una de las desagradables discusiones que habia solido tener con su madre, y esto le hizo sufrir, porque no estaba dispuesto á retroceder en el camino que seguia.

—Perdí á tu padre, al noble esposo á quien no he podido aún olvidar,—añadió Clotilde con acento de dolorosa conmocion.

Y mientras dos lágrimas humedecian sus negros ojos, añadió:

—¿Quieres que tambien te pierda á tí, que pierda al hijo de mis entrañas, que es lo único que puede hacer agradable mi existencia?

No comprendió Clotilde toda la importancia que estas frases tenian, no solo por su significado, sino por el acento con que fueron pronunciadas.

¡Alberto era lo único que endulzaba su existencia, lo único!...

¿Y don Juan de Bustamante, el esposo tierno, el hombre generoso que tanto la amaba y que tanto habia hecho por ella?

Esta pregunta se la hizo Luciano inmediatamente, y

algo muy grave debió pensar, porque su frente se oscureció, y por algunos momentos su mirada fué sombría.

Luego volvió á aparecer tranquilo; pero contempló á Clotilde con una expresion, que no acertamos á definir.

—Madre mia,—dijo Alberto,—no quiero que usted sufra el dolor sin igual de perder á su hijo, y bien sabe Dios que para evitarlo no hay sacrificio que yo no esté dispuesto á consumar; pero ¿corro algun peligro, me amenaza alguno buscado por mí?

—Eso mismo decia tu buen padre para tranquilizarme.

—Mi noble y desgraciado padre comprometió su existencia por una causa...

—Alberto, tú sigues el mismo camino.

—No.

Clotilde fijó una mirada escudriñadora en su hijo y replicó:

—Tú conspiras.

—¡Que conspiro!—replicó vivamente Alberto.

—Sí.

—No, madre mia.

—Alberto. . .

—No, y cien veces no.

—Así es la verdad,—dijo entonces Luciano,—Alberto no conspira; pero. . .

—¿Qué?

—Se trata con los conspiradores.

—Tengo trato con mis amigos...

—Es bastante.

—Pero...

—Perdona,—replicó Marin,—perdona que te recuerde mis palabras del otro dia, á propósito de la visita que hiciste á cierto general...

—Las recuerdo.

—Te comprometes, Alberto.

—Ya lo ves,—dijo Clotilde;—si eres inocente, por lo ménos hay motivo para que abusen.

—¿Con qué derecho?...

—No hablo de derechos, no hablo de justicia, sino de abusos. ¿Cuál fué tu delito la noche de San Daniel?

—Pero si se me calumnia...

—Probarás tu inocencia.

—Sí.

—Y entretanto, ¿quién responde de que no sufrirás la misma suerte que tu padre?

Alberto calló.

Se trataba de abusos, y por consiguiente era inútil hablar de justicia.

No pensó más que en pedir explicaciones.

—Madre mia,—dijo despues de algunos momentos,—¿qué motivos tiene usted para temer?

—Me aseguran,—repuso Clotilde,—que corres peligro y nada más.

—¿Quién lo asegura?

—Una persona que no puede engañarme, una per-

sona que te ama y que tiene dadas muchas pruebas de que le interesa tu suerte tanto como la suya.

Movió Alberto los lábios para pronunciar el nombre de Bustamante; pero se contuvo.

No necesitaba más aclaraciones.

Volvió á quedar silencioso.

Luciano tomó entonces parte en la conversacion.

Debia haber adivinado el término de aquella situacion, porque dando una prueba de rara perspicacia, dijo:

—¿Cuándo piensan ustedes emprender el viaje?

—¡El viaje!—exclamó Alberto como si hubiera sentido la mordedura de una víbora.

Y fijó en su amigo una mirada, que lo mismo podia haber sido de sorpresa que de ira.

—Sí, eso es,—repuso Luciano con calma,—el viaje... ¡Dichoso tú, mi querido Alberto, que vas á respirar las frescas brisas del Océano!... No me ofrezco á acompañarte, porque dentro de algunos dias tendré que ocuparme de un asunto de mucha importancia para mi buena madre, y lo que interesa á mi madre, no puedo dejarlo; pero en fin...

—Luciano...

—Lo siento, amigo mio, lo siento. No conozco ese paraiso que se llama Vizcaya... Julio, Agosto... Para mediados ó último de Setiembre volverás, porque antes nada tienes que hacer aquí... Supongo que se irán ustedes esta noche .. Yo me despediré por tí de los amigos...

Me parece que en el tren expreso harian ustedes mejor el viaje, porque va con más rapidez y lleva ménos viajeros... Creo que parte á las tres; son las doce... Tienen ustedes tiempo de sobra.

—Ese es mi proyecto,—dijo Clotilde.

Alberto miró alternativamente á su madre y á su amigo.

No acertó á replicar.

—Vamos,—repuso Marin,—ahora nada tengo que hacer, y puedo ayudarte á preparar lo que necesites... ¡Oh!... Eres feliz, Alberto, eres feliz, porque te vas donde no se respira polvo calcinado.

—¿Y quién te ha dicho que me voy?—replicó por fin Luján, apretando los puños.

—¿Pues no oyes á tu madre?... Dice lo mismo que yo: tren expreso, ó exprés si te agrada más esta palabra francesa.

—Madre mia...

—Hoy mismo saldré de Madrid, donde no he debido quedarme,—replicó Clotilde.

—¡Oh!...

—Te lo anuncio: si quieres acompañarme, me darás una prueba de cariño.

—¡Partir!...

—Es forzoso.

—Y hoy mismo...

—Dentro de tres horas... Decide mientras me ocupo de preparar lo necesario para el viaje.

Y al decir esto Clotilde, saludó á Luciano y salió del aposento.

La infeliz llevaba el corazon destrozado.

Alberto quedó inmóvil como una estátua.

Sintióse anonadado.

Es imposible hacer comprender su trastorno.

Se le obligaba á partir, á alejarse de la mujer á quien adoraba, se le condenaba á no verla.

La separacion era doblemente horrible en la situacion especial en que se encontraba.

Mientras pudiese estar en comunicacion con la hija del señor Patricio, Alberto tenia esperanza de conseguir realizar sus deseos.

¿Pero qué habia de hacer lejos de ella?

Tenia que renunciar á toda comunicacion, porque sus relaciones amistosas no lo autorizaban para escribir á la jóven, y aun cuando lo hubiese hecho, estaba seguro de que no recibiria contestacion.

Susana lo amaba; pero aquel amor tan reciente podia entibiarse y extinguirse con la ausencia, y no solamente extinguirse, sino ser para otro.

¿Qué seria de Alberto el dia en que tuviese la prueba de que no era amado por Susana?

¿Qué seria de él cuando viese que ella amaba á otro hombre?

Y esto, para Luján, era, no solamente posible, sino fácil.

Creia en el amor de la jóven; pero no comprendia

toda la intensidad de aquel amor, no estaba convencido de que fuese como el suyo.

Esto era consiguiente, porque ninguna prueba tenia, sino que por el contrario, el ser dueña Susana de su voluntad hasta el punto de poder dominarse como se dominaba, era una razon para creer que no habia llegado aún hasta cierto grado de intensidad su amoroso sentimiento.

Más de una vez pensó el jóven negarse á partir; pero no se atrevió á desobedecer á su madre, haciéndole sufrir lo que era consiguiente que sufriera si su hijo se quedaba.

Alberto se encontraba en una alternativa verdaderamente horrible.

Ya sabemos que rayaba en adoracion el cariño que profesaba á su madre.

Largo rato pasó sin que se moviese ni pronunciase una palabra.

Su rostro cambió de expresion muchas veces, revelando los distintos sentimientos que agitaban su espíritu.

Luciano, que comprendia perfectamente el sufrimiento de su amigo, dijo al fin:

—Escúchame, aunque no pienso entrar en explicaciones, que más que calmar, aumentarian tu dolor.

—¡Oh!—exclamó por fin Alberto, elevando al cielo una mirada de desesperacion.

—¿Tienes fé en mis palabras?

—¿Cuándo las he puesto en duda?

—Pues bien, yo te respondo de que durante tu ausencia no cambiarán los sentimientos de Susana.

Alberto sonrió levemente y con expresion de profunda amargura.

—¿Dudas?—añadió Luciano.

—No lo sé.

—Si dudas, eres indigno del amor de esa mujer.

—Aunque no me olvide...

—Tú has de sufrir mucho porque no la ves... ¿Crees que esto no se me alcanza? Pero si te falta el valor...

—Ya verás que me sobra.

—Eso quiero.

—Sí, lo verás; pero lo que no has de pedirme es perdon para los que son causa de mi tormento. No, á los que me separan de ella, no los perdonaré jamás como he perdonado á los que tan cobardemente atentaron contra mi vida la noche de San Daniel. Aquellos miserables no hicieron más que herir mi cuerpo; pero los que me hieren el alma...

—No hablemos ahora de semejante asunto.

—Ya sabes que no he conspirado, sino que francamente y á la luz del dia he hecho la guerra á mis enemigos políticos; pero ahora...

—Conspirarás, ¿no es así?

—Contribuiré en cuanto me sea posible á exterminar á mis contrarios.

—Peor para tí.

—No importa.

—Alberto, el tiempo vuela y llegará la hora de partir sin que tengas nada preparado. ¿Quieres que te ayude?

No hablaron mas.

Lo que Alberto sentia, no podia expresarlo.

Media hora despues la madre y el hijo salieron para despedirse del señor Patricio Moncayo y su familia.

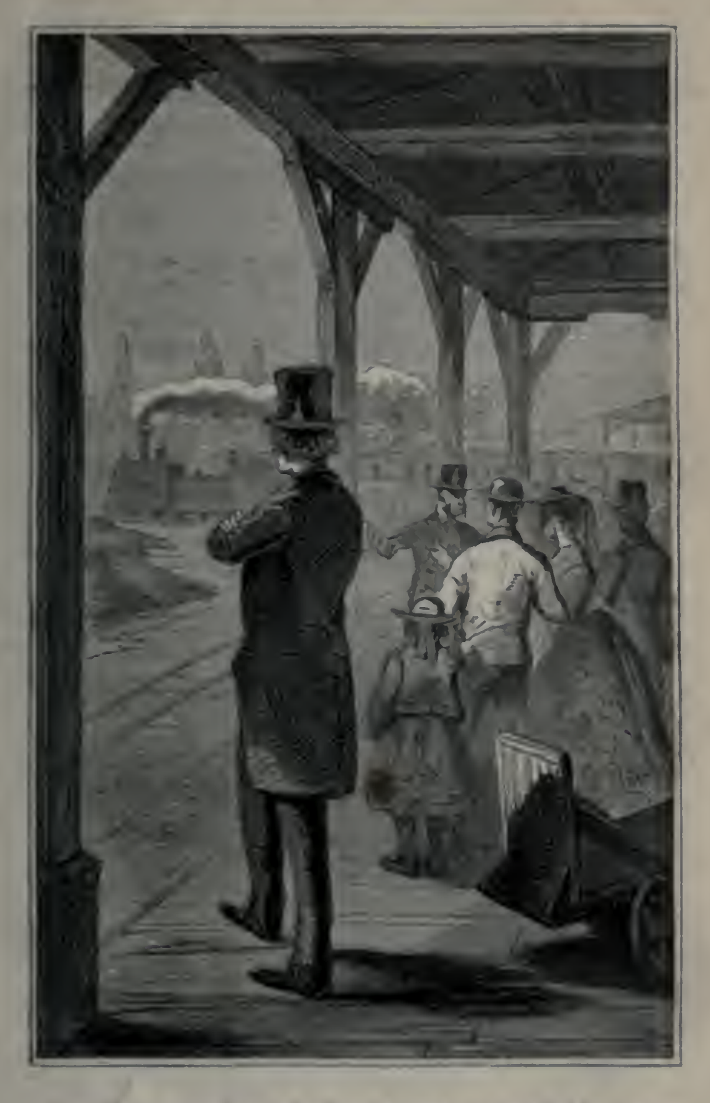
La entrevista fué breve.

Todos hablaron muy poco, y mucho ménos Susana y Luján, porque al estrecharse la diestra se concretaron á cruzar una mirada, con la que expresaron lo que los lábios no podian decir.

¡Con cuánta violencia palpitaron sus corazones!

¡Cuánto sufrieron para ocultar lo que sentian!

A las tres de la tarde Luciano se encontraba en la estacion del ferro-carril del Norte con la mirada fija en la negra nube de humo que dejaba tras sí el tren al alejarse rápidamente.



Luciano estaba con la mirada fija en la negra nube que dejaba el tren.

CAPITULO XIII.

Algo interesante.

No es menester muchas explicaciones para que se comprendan con toda claridad los sucesos que acabamos de referir.

Cautela se habia convertido en espia de Alberto, y el solo hecho de sostener éste relaciones con algunos hombres de importancia política y de ideas avanzadas, fué sobrado fundamento para que aquel lo presentase como un conspirador.

Al señor Morato no se le ocultaba la verdadera razon que su dependiente tenia para mostrarse tan celoso en el cumplimiento de su deber cuando se trataba del hijo de Clotilde; pero no se dió por entendido y obró

como si desconociese la verdad. Tenia ocasion de prestar un servicio, de probar que trabajaba, y era consiguiente que la ocasion la aprovechase, porque así le convenia.

Sin embargo, no dió paso alguno sin cubrir antes las apariencias con don Juan, evitando así que éste se mostrase ofendido.

Con este fin escribió el señor Morato á Bustamante, empezando por suplicarle que quemase la cárta apenas la hubiese leido, y diciéndole despues que Alberto, dejándose llevar de los arrebatos propios de su juventud, empezaba á tomar parte en peligrosos asuntos y no tardaría en comprometerse de tal modo que seria imposible salvarlo.

Segun el astuto señor Morato, los que conspiraban impulsados solamente por bastardas ambiciones y eran experimentados en esta clase de intrigas, explotaban la buena fé de Alberto como la de otros muchos, procediendo con tal astucia, que en caso de una desgracia, no más que los buenos é inocentes quedaban en descubierto y comprometidos.

En apoyo de esta verdad babia muchos ejemplos, y así se explicaba cómo los agitadores y conspiradores de oficio se libraban siempre del castigo que merecian, pagando solamente los infelices que no habian tenido otra mira que el bien de la patria.

No exageraba mucho el señor Morato, porque efectivamente, hay dos clases de hombres políticos: los que

no tienen otra mira que la de sus particulares intereses, y los que aspiran al triunfo de sus ideas, á la dicha del pueblo.

Los primeros, es decir, los miserables que especulan con la conciencia, como no ven en la política mas que un negocio, obran con calma, pueden ser cautos y prudentes y muy rara vez se ven sériamente comprometidos, pues ante el peligro verdadero se guardan, se ocultan y huyen, y no dan el golpe sino cuando están seguros del éxito, ó más bien hacen de modo que otros den el golpe de que ellos se aprovechan.

A nadie como á estos especuladores políticos puede aplicárseles aquello de que la astuta mona se sirve de la mano del gato para sacar del fuego las castañas que ella se come.

Los segundos, por el contrario, se entusiasman, y poseidos, exaltados con el noble sentimiento de su propia abnegacion, no se paran en los peligros que corren, puesto que están resueltos á sacrificar con gusto la existencia, y es imposible que tengan calma ni sean cautos y prudentes.

Estos, por consiguiente, se exponen siempre á perder y nunca pueden ganar más que la satisfaccion de haber obrado bien.

Los otros tienen siempre muchas probabilidades de ganar sin que puedan jamás perder, porque su sistema es el de la mona con el gato, es el del sargento Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra, es el sis-

tema de aquel que dice: «En el fondo de ese pozo hay un tesoro: vamos por él. Tú bajarás: si lo sacas, partiremos, ó más bien el tesoro será para mí, y para tí la satisfaccion de haberlo sacado, y si te ahogas, que Dios te perdone, y en paz.»

Por eso cuando ciertos hombres le dicen al pueblo: «Sígueme y vamos á conquistar la libertad,» el pueblo debe encogerse de hombros y responder: «Cuando yo tenga medios, la conquistaré sin tu proteccion y haré de mi conquista lo que se me antoje. Por ahora no estoy de humor de derribar á un tirano para levantar á un ambicioso.»

Y si le dicen: «Te amo, pueblo; mi corazon es enteramente tuyo,» el pueblo debe contestar lo que dijo el arriero al burro que le habian robado unos ladinos estudiantes salamanquinos: «El que no te conozca, que te compre.»

Por Dios, lector, no me exijas que con sus nombres te diga quiénes son los unos y los otros, porque además de que debes conocerlos, en la primera página de este libro advertí que mi pluma no se mancharia dirigiendo ataques á determinadas personas, ó lo que es lo mismo, que huiria cuanto me fuese posible de lo que se llama personalidades. Pídeme que sea muy severo, duro si quieres; pero no ruin. Mojaré la pluma en sangre, si así he de complacerte, aunque de la sangre soy enemigo; pero no la mojaré en miserias.

Si creias, lector, que los misterios de la política con-

sistian en robos ó cosas por el estilo, y que el descubrir esos misterios consistía en llamar al uno ladron y al otro miserable, en herir la honra del uno, en penetrar en el sagrado de la vida privada del otro, si esto creias, te has equivocado, si esto esperabas, deja mi pobre libro.

Y hago esta segunda advertencia, porque no ha faltado quien, como si me reconviniese, me diga: «Si ahora que hay libertad y puede hablarse claramente no lo hace usted, ¿cuándo lo hará?»

Ahora que hay libertad para escribir, el escritor debe ser más comedido y decente que nunca.

Ahora hay libertad, sí; pero es para manifestar las opiniones en el terreno de las doctrinas, no para herir la honra de nadie, no para convertirse en delatores ruines de las debilidades que haya podido tener un hombre, y de que nadie estamos exentos.

Una cosa es juzgar á los hombres en lo que atañe á su vida pública, y otra es atacarlos en su reputacion y vida privada.

Os pongo de manifiesto intrigas y manejos políticos; os enseño lo pasado para que os sirva de guia en lo porvenir; pero nada más.

Y para que veais hasta dónde llegan mis escrúpulos sobre este punto, os diré que respetaré más á los caidos, porque no pueden defenderse, y atacar al indefenso, es una cobardía.

Nunca podrá aplicárseme la célebre fábula de Iriarte

titulada: *La Lámpara y la Lechuza*, y que principia diciendo:

Cobardes son y traidores
Ciertos críticos que esperan,
Para impugnar, á que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos, respondieran.

No, no, ni traidor ni cobarde; eso ¡jamás!

Con mayor rudeza atacaré á los que pueden defenderse.

Sirva esto de contestacion á algunas cartas que he recibido, excitándome á que hable con claridad, como si la claridad consistiera en herir honras.

Vuelvo á mi asunto.

Don Juan conocia demasiado bien las intrigas políticas, y por consiguiente le pareció muy acertado cuanto el señor Morato le decia.

Tambien conocia perfectamente el carácter, las idea de Alberto y lo que en éste influian los recuerdos de su padre, y debió creer que el jóven, aun sin darse de eo cuenta, se comprometia.

El jefe de policía terminaba aconsejando que Albrto saliese de Madrid.

Así se le salvaba, y así tambien se prestaba un servicio al gobierno.

Hecho esto, el señor Morato dió parte al minis'o, y tambien con toda reserva le manifestó haberle esrito á

Bustamante, cuyo medio indirecto daria el mejor resultado sin apelar á medidas violentas.

El señor Morato representaba, pues, un doble papel.

El ministro aprobó, siguió la comedia y no se dió por entendido de la carta; pero sí escribió tambien á don Juan, haciéndole algunas indicaciones sobre la conducta de Alberto, indicaciones que, aunque muy disimuladas, eran de importancia grandísima.

Las consecuencias no se hicieron esperar.

Era absolutamente preciso determinar, y don Juan de Bustamante no vaciló.

Ya sabemos lo que hizo.

Con la mayor buena fé deseaba el bien de Alberto; pero á la vez queria favorecer á su partido.

Por más que Alberto tuviese pocos años y no contara con otros medios para luchar que su inteligencia y su valor, el gobierno no podia mirarlo como enemigo pequeño y despreciable.

Alberto podia ofrecer á los conspiradores la gran fuerza moral del prestigio de su nombre.

Un hijo de Guillermo de Luján debia ser considerado como un personaje político, sin más razon que la de su apellido.

Alberto era el representante de una de las víctimas más ilustres de los horribles abusos del poder en el año 1818, era como la sombra de aquellas víctimas, su recuerdo vivo; era casi la misma víctima que habia sali-

do del sepulcro para pedir justicia, exigir reparacion y proseguir su obra.

Así era mirado Alberto por el partido liberal.

Éste esperó con ansiedad á que el jóven abrazase decididamente una causa.

Se tenia miedo á la influencia de don Juan de Bustamante.

Alberto se decidió al fin y se tranquilizaron los amigos políticos de su padre.

Dado el primer paso, no podia retroceder Alberto de Luján sin hacer una ofensa á la memoria del autor de sus dias.

¿Qué debia suceder despues de la partida del enamorado jóven?

El señor Morato habia dado al gobierno una prueba de su celo y actividad, y á don Juan otra de buenos deseos y gratitud.

Esto le aseguraba en su empleo.

Bustamante se quedó muy satisfecho, porque no solamente habia salvado á Alberto, sino que habia prestado al gobierno un gran servicio.

Pero esto, en último resultado, significaba poco ménos que declararse en abierta lucha política, y una vez en este terreno, irian perdiéndose las consideraciones, y creyendo cada cual cumplir su deber, Alberto y don Juan acabarian por no respetarse y tal vez dejarian de amarse.

La situacion de Clotilde era la peor de todas.

La infeliz debia sufrir horriblemente el dia en que Bustamante dijese:

—Alberto es un ingrato.

Y la verdad es que en favor de la acusacion podria don Juan alegar poderosísimas razones.

¡Pobre Clotilde!

Ya lo hemos dicho: no parecia sino que habia nacido para sufrir.

¿Habia dicha posible para ella?

No.

Todo lo más que debia esperar la desdichada, era alguna tranquilidad.

Su dicha no podia consistir más que en no experimentar nuevas desgracias.

Pero, ¿y las que ya le hacian sufrir?

Estas eran irremediables.

En cuanto al astuto Cautela no tenemos que decir que su situacion era la mejor.

Ganaba terreno, se acercaba al logro de sus aspiraciones.

En dos cosas á la vez tenia la mirada fija: en un monton de oro y en una mujer, y ya sabemos lo que las mujeres y el oro eran para el ex-sacristan.

Su mano estaba cada vez más cerca del oro codiciado.

De los obstáculos que lo separaban de la mujer, no ménos codiciada, uno habia desaparecido ya, porque era Alberto.

—Con tiempo, paciencia y astucia todo se alcanza,—se habia dicho el ex-sacristan.

Estaba acostumbrado á esperar y tener paciencia y le sobraba astucia.

No era solamente Luciano el que en la estacion del ferro-carril miraba cómo el tren se alejaba y desaparecia, dejando como recuerdo el humo que se desvanecia en pocos instantes; no era solo él, sino tambien Cautela.

Pero á éste no se le veia.

Estaba entre unos carruajes y desde allí vió al que llamaba su rival, lo vió con el rostro contraido y la mirada sombría.

El ex-sacristan comprendió todo lo que el jóven sufria, lo comprendió y gozó con aquel mortal sufrimiento.

La desesperacion de Alberto era la esperanza de Cautela.

Los redondos ojos del miserable espia relumbraban como los de un tigre.

Por sus pupilas se escapaba el fuego de su alegría satánica.

Sus delgados lábios se entreabrian para sonreir.

Su sonrisa era repugnante.

Dejaba ver sus blancos y afilados dientes, que alguna vez castañetearon como los del chacal cuando se prepara á devorar su presa.

Cautela no estaba ménos agitado que su víctima.

Pero su agitacion reconocia distinta causa, era producida por la satisfaccion criminal de su primer triunfo.

Cuando resonó el silbato de la locomotora, sintió Alberto como si le destrozasen el alma.

Aquel sonido fué para Luciano un adios pronunciado con acento desgarrador.

Para Clotilde fué un eco lúgubre.

Para Cautela fué un grito de júbilo, una señal de alegría, de regocijo.

Extremecióse y brillaron más sus ojos.

Aunque hubiera sabido que alguien lo observaba, le hubiera sido imposible disimular.

Tal era la conmocion de su alegría.

—¡Ah!—exclamó al ver que el tren se ponia en movimiento.

Y cuando ya no se divisaba más que el humo, se pasó las manos por la frente, que tenia empapada en sudor, y fijó la mirada en Luciano.

Éste, como creemos haber dicho ya, permaneció largo rato inmóvil.

Luego, triste y preocupado, se dirigió lentamente hácia la poblacion.

Cautela lo siguió, mientras decia:

—Ahora es preciso observar á éste, que habrá quedado encargado de vigilar y consolar á Susana. Es mozo listo y no debo perderlo de vista. Me acuerdo del discurso que pronunció, con gran contento de los estudiantes y gran disgusto de los ministros. A Cara de Palo y

á mí nos tocó echarle mano; pero tuvo fortuna y lo pusieron en libertad al otro dia, mientras que otros que hicieron mucho ménos que él, puesto que no hicieron nada, están en Fernando Pó. Así es el mundo, y por eso le llaman pícaro.

Luciano, á quien no se le hubiera reconocido, segun iba de taciturno, tardó más de media hora en llegar á su casa.

—Bien,—dijo Cautela,—por ahora nada tengo que hacer aquí, como no sea esperar á que Susana, por casualidad, se asome á la ventana.

Miró á la vivienda del señor Patricio con el afan que siempre lo hacia.

En aquellos momentos pasó por su lado Plotoski.

Éste miró al agente y entró en su casa.

No podemos decir si el extranjero iba entonces triste ó alegre, porque ya sabemos que en todas ocasiones su rostro tenia una expresion sombría.

Cautela no estuvo allí muchos minutos.

Suspiró y se alejó hácia la plazuela de Anton Martin.

Tenemos que seguirlo, porque iba á ver al señor don Pedro Rubianes, y es ya tiempo de que sepamos cómo éste se encontraba, y si perdia ó nó la paciencia, porque pasaban los dias sin que nada se adelantase en el asunto que tanto le interesaba.

CAPITULO XIV.

De la conversacion que tuvieron los dos bribones.

Al señor de Rubianes le faltaba la paciencia; pero no basta impacientarse para conseguir.

En los dias que habian trascurrido, más de una vez estuvo para exigir terminantemente de Cautela mayor actividad, amenazándole con buscar á otro que lo sirviese mejor; pero el ex-sacristan era sobradamente hábil para no convencer á don Pedro de que era absolutamente imposible hacer más, y lo convenció con razonamientos que no tenian réplica.

Otro motivo habia para que el señor de Rubianes no se atreviese á romper con Cautela: éste conocia un secreto de mucha importancia, el secreto de aquel amor, que debia satisfacerse por medios criminales, y podia

vengarse descubriéndolo y aun declarándose protector de Susana.

En otro tiempo el señor de Rubianes hubiera amenazado con su influencia, que era lo mismo que amenazar á Cautela con hacerle cambiar su puesto en la policía por otro en presidio; pero la influencia del hombre respetable, aunque era mucha, no servia para esto.

Tal vez habia procedido con demasiada ligereza al revelar por completo sus intenciones y planes al agente de policía; pero ya estaba cometida la imprudencia y no tenia remedio, aunque bien pensado, le habia sido forzoso hacerlo así, porque de otro modo, nada hubiera podido hacer Cautela.

¿Por qué tanto inconveniente y dificultades para quitar del mundo á un hombre como Medio-beso?

A esta pregunta y á las que se referian á Plotoski, respondia Cautela con el nombre de don Juan de Bustamante, es decir, con la proteccion que aquellos dos hombres tenian.

—¿Hay algun otro inconveniente?—preguntó un dia el señor de Rubianes.

—Sí, otro de mucha importancia, y trabajo sin descansar para quitarlo,—respondió Cautela;—pero me permitirá usted guardar sobre este punto reserva, ó de lo contrario no garantizo nada.

El señor de Rubianes se sometió.

Si no tenia ciega fé en el agente, aparentó que la tenia.

Llegó por fin el momento de dar explicaciones.

Don Pedro se encontraba en su casa cuando llegó Cautela, que entró en el despacho sin que lo anunciasen ni pedir permiso, porque sobre este punto tenian ya los criados órdenes terminantes.

—Me sorprende usted,—dijo el primero.

—No me esperaba usted hoy, ¿es verdad?

—No, ni hoy ni mañana.

El ex-sacristan suspiró y repuso:

—Eso significa que empieza usted á perder la esperanza de que mis trabajos den fruto.

—Casi, casi.

—Lo siento,—dijo Cautela, volviendo á suspirar.

El señor de Rubianes lo miró y repuso:

—Su semblante de usted no indica nada bueno.

—¿Por qué, mi respetable señor?

—Está usted triste.

—Pues tengo motivo para estar muy alegre.

—¿Hay alguna novedad?

—Sí, señor.

—Explíquese usted.

El agente, siguiendo su costumbre, miró á su alrededor.

—Nadie puede oirnos,—dijo el señor de Rubianes.

—Nunca está de más ser prudentes y cautos.

—Bien justifica usted su apodo.

—Y procuraré justificar mi nombre de pila,—repuso el ex-sacristan, suspirando por tercera vez.

—Sepamos, señor Perfecto...

—Suplico á usted que me llame Cautela, porque...

—Pues bien, señor Cautela, acabe usted.

—Señor don Pedro, usted ama.

—Lo sabe usted.

—Y por consiguiente, ante todo desea usted satisfacer su pasion.

—Así es.

—Hablé á usted de un obstáculo...

—Misterioso.

—Ya no hay misterio, mi respetable señor.

—Me alegro mucho.

—El obstáculo era un amante de la encantadora hija del señor Patricio.

—¡Un amante!...

—Eso es, un amante, aunque como Dios manda; un amante con santos fines, un esposo en ciernes.

—Creo que se equivoca usted, que lo han engañado...

—Señor don Pedro, mis ojos no me engañan.

—¿Usted ha visto?...

—Todo lo que necesitaba ver. ¿Cree usted que soy hombre que me fio de apariencias?

—Ya sé que no.

—Entonces...

—¿Y ese amante?...

—Es amigo de usted, ó más bien hijo de un amigo.

—¿Quién es?

—El jóven don Alberto de Luján...

—¡Alberto!...

—Hijo del difunto don Guillermo y de doña Clotilde, esposa de don Juan de Bustamante.

Don Pedro abrió desmesuradamente los ojos y miró á Cautela, mientras murmuraba:

—¡Él, él!...

Nosotros, que conocemos la historia del señor de Rubianes, podemos comprender el efecto que le produciria la noticia.

Su víctima era su rival.

Esta coincidencia, que no debia tener ningun valor, tuvo mucho para Rubianes.

Éste le habia disputado su herencia al jóven, y se la habia robado.

Alberto le disputaba el corazon de Susana.

Nada más justo.

Alberto habia sufrido la miseria y el hambre.

Don Pedro debia sufrir el tormento y la desesperacion de los celos.

Ningun otro rival hubiera producido en el señor de Rubianes tan profundo trastorno.

Sintió á la vez rabia y terror.

Su rostro se tornó lívido, se contrajo y se desfiguró horriblemente.

Cautela se explicó aquel trastorno como efecto de los celos y del temor á las mayores dificultades que presentaba la intriga, habiendo de por medio un rival jóven, rico, valiente y correspondido

El señor de Rubianes se pasó las manos por la frente, que empezaba á bañársele en frio sudor.

—Tranquilícese usted,—le dijo Cautela.

—¡Y yo lo ignoraba!... ¡Oh!...

—Ya lo sabe usted.

—Antes he debido saberlo...

—¿Para qué?

—¿Hubiera yo dejado pasar los dias sin hacer nada? —replicó el señor de Rubianes.

Y poniéndose en pié, comenzó á pasearse, mientras añadia:

—Ha cometido usted una falta...

—Señor don Pedro, usted no podia disputarle abiertamente la dama al señor Luján.

—No; pero...

—Nada podia usted hacer, y yo sí.

—¿Qué ha hecho usted?

—Convertirme en espia del jóven, y de cada paso que daba, de cada palabra que hablaba, he sacado partido para hacerlo aparecer como un conspirador temible.

—¡Ah!...

—¿Aprueba usted?

—Sí; pero Luján cuenta con la influencia de Bustamante...

—Para todo ménos para conspirar, y la prueba es que don Juan, sabedor de lo que sucedia, ha llamado al hijo...

—El hijo no obedecerá.

—Se equivoca usted, mi respetable señor.

—¿Acaso se dispone á partir?

—Ya se ha ido.

—¿Es eso cierto?

—Repito que mis ojos no me engañan.

—Usted lo ha visto...

—Lo he visto partir en el tren de las tres y en compañía de su madre, y antes los ví tomar los billetes para no tener duda de que iban á reunirse con don Juan. ¿Encuentra usted ahora motivo para reconvenirme?

—Perdone usted...

—Mientras la corte permanezca fuera de Madrid, el señor de Bustamante no volverá, y mientras éste no vuelva, tampoco permitirá al jóven que se venga á Madrid.

—Gracias, mi buen Cautela, gracias.

—Este año, el viaje de la reina se prolongará más que otros.

—Supongo que sí.

—Tenemos, pues, tiempo sobrado para trabajar y concluir nuestro asunto.

—Perfectamente.

—El amante era un gran estorbo, porque un enamorado es capaz de hacer todas las diabluras imaginables.

—Inclusa la de volverse á Madrid.

—¿Qué importa si llega tarde?

—Por eso es menester que aprovechemos el tiempo.

—Aún hay otro estorbo.

—¿Plotoski?

—No, señor.

—¿Otro rival?

—Poco ménos.

Don Pedro, que empezaba á tranquilizarse, se detuvo, haciendo un nuevo gesto de disgusto y sorpresa.

—Mi respetable señor,—dijo Cautela,—ya irá usted comprendiendo que hay muchas dificultades que vencer y que no se puede adelantar con la prisa que deseamos.

—Se complica demasiado el asunto.

—Estaba complicado ya.

—Sea como fuere, necesito á toda costa ser dueño de esa mujer.

—Lo será usted; pero es preciso aguardar.

—Me ha hablado usted de tres ó cuatro planes, y ninguno presenta probabilidades de éxito.

—Porque son planes trazados para satisfacer la impaciencia, y usted, señor don Pedro, tiene sobrada inteligencia para comprender que la impaciencia es el peor enemigo en esta clase de asuntos. Porque he tenido paciencia y he obrado con calma, he conseguido que el jóven Luján salga de Madrid.

—Aún no me ha dicho usted en qué consiste ese otro obstáculo.

—El señor Luján tiene un amigo, tan amigo, que es casi su misma persona.

—Empiezo á comprender.

—Ese amigo debe haber quedado de vigilante, de pro-

tector, y aunque no aparentemente, en realidad de guardador de la señorita Susana.

—¿Quién es ese hombre?

—Un jóven de veintitantos años.

—¿Su nombre?

—Luciano Marin.

—No lo conozco.

—Es un estudiante de medicina, que el año que viene concluirá su carrera.

—¿Y por qué le dá usted tanta importancia?

—Por la sencilla razon de que vale mucho, á pesar de que es pobre. Hijo único de una viuda que disfruta una corta pension, ningun papel representa en la sociedad; sus compañeros lo tienen por una cabeza vana, un loco que de todo se rie, que con todo se divierte y que no puede pensar en nada sério; pero se equivocan, porque vale más, muchísimo más que el otro; vale tanto, de tanto es capáz, que debemos considerarlo como un enemigo muy temible. El dia de San Daniel se le llevó á la cárcel por un discurso que pronunció frente á la Universidad....

—Recuerdo eso.

—Y se le puso en libertad...

—Sí, al otro dia, por recomendacion de don Juan de Bustamante: me lo dijo el ministro...

—Eso es.

—Pues ya vé usted que es más fácil hacer con ese jóven lo que con su amigo.

—Es mucho más difícil, puesto que Marin es astuto, disimulado, prudente, cauto hasta la exageracion ...

—No importa. Ahora que su protector no se encuentra en Madrid...

—No necesita protectores.

—Si es difícil, no es imposible.

—Tendremos que apelar á otros medios.

—Con tal que se consiga el resultado...

—Vuelvo á lo que antes dije: al tiempo y la paciencia.

—¿Y á qué medios piensa usted acudir?

—Aún no tengo ningun plan.

—Siempre lo mismo.

—Hace poco más de una hora que el señor Luján salió de Madrid, y no he podido ocuparme de otra cosa que de venir á participar á usted lo que sucede.

El señor de Rubianes hizo un gesto de forzada resignacion.

—El jóven Marin,—añadió Cautela,—vive en la misma casa que Plotoski, y en el mismo piso.

—¿Se conocen?

—Supongo que sí, aunque no parece que tengan amistad.

—Más coincidencias.

—Todas malas.

—Pues bien, á pesar de todo...

—Triunfaremos.

—No olvide usted que estoy dispuesto á recompensar sus servicios...

—Lo sé.

—Puede usted hacer su fortuna.

—La considero hecha.

—Entonces...

—Nada más por ahora,—dijo el ex-sacristan poniéndose en pié.

—¡Nada mas!...

—Voy á meditar, á trabajar...

—¡Oh!... Los dias me parecen siglos.

—Principiaré por dejar aislada á la hermosa hija del señor Patricio, y despues daremos el golpe segun las circunstancias. Esto es lo que tengo pensado, y no creo que pueda conseguirse nada de otro modo.

—Bien, bien,—murmuró distraidamente el señor de Rubianes.

—¿Tiene usted alguna órden que darme?

—Ninguna.

—Pues con permiso de usted...

—¿Vendrá usted mañana?

—Vendré si hay novedad.

—De todos modos...

—Ya sabe usted, don Pedro, que estoy vigilado, y no todos los dias tengo ocasion de venir sin que me vean.

—Es verdad.

—Si el señor Morato llegase á entender lo que sucede...

—Hay que guardarse de él más que de nadie.

—Descuide usted.

—¿No quiere usted dinero?

—No lo necesito.

—Mi caja está siempre abierta para usted.

—Gracias, mi respetable señor.

—Con que quedamos en que se aprovechará el tiempo en cuanto sea posible y prudente.

—Eso es.

—Adios, buen Cautela.

—Señor don Pedro, tengo el honor de repetirme su más fiel, leal y humilde servidor,—dijo el ex-sacristan.

Y haciendo una profunda reverencia, salió sin que sus pasos produjesen el más leve ruido.

Quedó pensativo el señor de Rubianes.

Al cabo de algunos minutos, dijo:

—Está visto: el dinero y el amor son los dos grandes enemigos del entendimiento. Desde que soy rico tengo ménos talento, y el que me quedaba lo he perdido completamente desde que estoy enamorado. ¡Oh!... Y no puedo olvidar á esa mujer, no puedo vivir sin ella... ¡Y Alberto es mi rival, la ama y es amado!... Peor para él: lo que cree su dicha, será su mayor desgracia.

Volvió á meditar el miserable, y luego añadió:

—Es preciso hacer algo más de lo hecho, más de lo que ha de hacer ese bribon hipócrita... ¿Debo ponerme al lado del gobierno y recobrar así mi influencia, ofreciéndole mi desinteresado apoyo en vista de las circunstancias que se atraviesan?... Esto nada tendria de extraño en un hombre de órden y en los momentos en que el

trono peligra. Así la influencia de Bustamante no me importaría... Lo pensaré, lo pensaré.

Si Cautela hubiese oido esto, habria temblado, porque no le convenia que el señor don Pedro de Rubianes recobrara su antigua influencia, demasiado poderosa y demasiado terrible para quien, como el agente, representaba una farsa para hacer su negocio.

CAPITULO XV.

Don Cándido se nos presenta más misterioso que nunca.

Dejaremos á los enamorados y nos trasladaremos á la calle de Leganitos, donde encontraremos á don Cándido, que despues de mirar con disimulo á su alrededor, entró en una casa de tres pisos y regular apariencia.

Eran las diez de la noche.

Nuestro amigo, porque tal lo consideramos, subió al cuarto principal y llamó.

Abrió la puerta un hombre, cuya chaqueta amarilla y pantalon encarnado decian claramente ser el ordenanza ó asistente de un oficial.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó el soldado.

—¿El capitan Lainez?—dijo don Cándido, mientras hacia una reverencia y sonreia dulcemente.

—Aquí vive.

—¿Puedo verlo?

—Creo que sí... Espere usted.

Y sin cuidarse de preguntar más, desapareció el asistente, volviendo á los pocos segundos y diciendo:

—Entre usted.

Quitóse el sombrero don Cándido, siguió al militar, y bien pronto se encontró en un gabinete donde el mueblaje, aunque era escaso, estaba en el más completo desórden.

Allí habia un hombre de treinta años, alto, delgado, moreno, de regulares facciones y ojos brillantes y expresivos.

La severidad, la dureza, puede decirse, de su mirada y su aspecto, no era desagradable. Por el contrario, estaba en armonía con su clase, con su uniforme.

Su continente era el que convenia á un militar; pero estaba muy lejos de ser el de un soldadote rudo y fanfarron.

Al primer golpe de vista se adivinaba al caballero, por su proceder, al hombre distinguido, por su educacion, y lo que es más, al amigo leal, franco y sincero.

Era una de esas figuras nobles que no engañan, porque abrigan un corazon noble tambien.

El capitan Lainez tenia una hoja de servicios brillante, envidiable en todos conceptos.

Ni la más leve sombra empañaba las vicisitudes de su larga carrera.

A pesar de esto no habia pasado de capitan, por la sencilla razon de que no tenia protectores y de que se habia concretado á cumplir estrictamente su deber.

Su padre habia sido tambien militar y no habia pasado de comandante por las mismas razones, á pesar de que en la guerra civil habia hecho prodigios de valor, y como si fuese un sino de familia, su abuelo habia muerto de capitan retirado despues de haberse distinguido mil veces durante la guerra de la Independencia.

De padres á hijos, una y otra generacion, se habia trasmitido la espada, el valor, el pundonor y la desgracia.

Y todos ellos habian sufrido con paciencia y sin quejarse, y habian aconsejado á sus hijos que sufriesen y se contentasen con la satisfaccion de haber cumplido su deber.

El patrimonio, pues, de aquella familia era su espada; el valor era su orgullo y sus títulos, y la honra sus timbres.

No se crea que pintamos una excepcion rara.

Si nuestro ejército no es lo que quisiéramos, la culpa no la tienen sus individuos, sino los gobiernos.

El soldado español es honrado, obediente y sufrido.

El oficial es pundonoroso y noble.

Uno y otro no hay que decir que tienen valor hasta el heroismo.

¿Qué más podemos pedirles?

Nada á ellos; á los gobiernos, mucho.

Aunque el capitan Lainez no habia visto en su vida á don Cándido, lo recibió atentamente, aunque sin ceremonia, y le ofreció una silla.

—Perdone usted,—dijo el hombre misterioso con su acostumbrada dulzura,—perdone usted si vengo á molestarle con un asunto, que á más de grave, es muy desagradable.

—Caballero,—respondió el capitan,—tendré mucho gusto en escucharlo á usted.

—Gracias.

—Puede usted manifestarme el objeto de su visita.

—Antes, señor de Lainez, me tomaré la libertad de hacerle una advertencia.

—Cuantas quiera usted.

—Para hacerme comprender, me es forzoso recordar algo muy desagradable; pero no es mi intencion ofenderlo á usted ni mortificarlo. Le pido á usted alguna paciencia, y usted la tendrá, porque no ha de negarme lo que concede á todo el mundo.

El capitan miró sorprendido á don Cándido.

Éste principió diciendo:

—Tiene usted un padre que lo ha sacrificado todo por la honra.

—Es verdad. .

—Un padre modelo de virtudes.

—Caballero, todo eso es muy agradable.

—Mucho; pero no lo es la desgracia de tener un hermano...

—¡Caballero!—interrumpió el capitan, cuya frente se contrajo.

—Señor de Lainez, no ofendo, explico.

—Habla usted de mi hermano...

—Para hacerme comprender,—repuso don Cándido con tranquilidad.

—Sepamos.

—Su buen padre de usted ha educado igualmente á sus dos hijos, y para los dos ha tenido igual amor.

—Sí.

—Pero uno de ellos, usted, ha sido el único heredero de los sentimientos nobles de sus antepasados, mientras que el otro no ha heredado nada.

La frente de Lainez se contrajo más, y sus mejillas palidecieron.

Don Cándido, como si no advirtiese semejante alteracion, dijo:

—Su hermano de usted, expulsado del colegio, no ha querido trabajar, y ha concluido por entregarse á todos los vicios, á todos los desórdenes, se lanzó, en fin, por la senda cuyo término es un abismo. Ni usted ni su padre han conseguido detenerlo. El buen ejemplo lo ha mirado con fria indiferencia, ha desoido los consejos y ha respondido con desden á las amenazas.

No es posible que hagamos comprender lo que el capitan sufria.

Más de una vez estuvo para interrumpir á don Cándido y pedirle cuenta de sus palabras; pero se contuvo,

porque pensó que no sin motivo aquel hombre hablaria con tanta seguridad de semejante asunto.

El aspecto sencillo y la tranquilidad de don Cándido eran tambien otra razon para escucharlo.

¿No habia tiempo de castigar la ofensa?

Sí.

—Señor de Lainez,—dijo don Cándido,—debe usted sufrir mucho, no se me oculta; pero bien pronto se convencerá usted de que le hago un beneficio al mortificarlo así.

—Prosiga usted: me he propuesto escuchar hasta el fin.

—Su hermano de usted ha hecho lo que hacen todos los que no quieren trabajar y quieren dinero para gozar, es decir, ha apelado al recurso del juego, ¿no es así?

—Sí,—murmuró maquinalmente Lainez;—pero el juego, en último caso, si es una pasion detestable, no es un crímen; el jugador no es un ladron cuando juega de buena fé.

—No, el juego no es un crímen; pero es la puerta falsa de presidio.

—¡Oh!...

—El juego es un recurso; pero la fortuna es inconstante y caprichosa. Cuando un hombre empieza á jugar, la fortuna lo protege. No verá usted ningun jugador que empiece perdiendo, no, porque entonces no habria jugadores. Todos ganan al empezar, y siguen ganando hasta que ya les es imposible retroceder. Entonces pier-

den y el recurso se acabó, ó más bien, el recurso del juego necesita la base de otro recurso, es una especulacion productiva, pero que hace preciso un capital. Convencido de que ganará, el jugador quiere seguir jugando. Para esto necesita dinero, lo busca y no encuentra quién se lo dé. ¿Qué hace? No trabaja, porque si ganase trabajando, no necesitaría jugar, y porque el producto del trabajo rara vez se arriesga á una carta. El que busca y no encuentra, se desespera; el que se desespera, pierde la razon, y el hombre que ha perdido la razon, no vé claro, no aprecia, y acaba por encontrar el crímen distinto de lo que es. Así se va á presidio. Nunca falta un consejero que dice: «Empéñate en ser virtuoso y te morirás de hambre. Cuando la virtud se exagera, es estupidez.» Y el consejero propone un plan y promete ayuda, y el desesperado se pierde.

—Todo eso es verdad, caballero,—dijo el capitan Lainez con voz alterada;—pero mi hermano, si juega, no comete crímenes, y estoy seguro de que cuando le llegue la época de perder y se arruine, sin vacilar se levantará la tapa de los sesos de un pistoletazo.

—Espere usted,—repuso don Cándido.

Lainez se extremeció.

Las palabras «espere usted» significaban en aquel caso lo siguiente: «Afirma usted con demasiada ligereza.»

—Vuelvo á escuchar.

—Supongo que tendrá usted noticia de la respetable

casa de banca conocida con la razon social de *Andreu, Malat y compañía*.

—Sí.

—Pues bien, hace dos meses, los señores Andreu, Malat y compañía, recibieron de su corresponsal de la Habana el aviso de un giro de ocho mil pesos fuertes, que debian pagarse á diez dias vista y á la órden de los señores Irigoyen y Zumarraga, del comercio de Bilbao. Dos dias despues del aviso se presentó la letra endosada á favor de don Pedro Gutierrez.

Lainez se pasó las manos por la frente, que tenia bañada en frio sudor.

No pudo articular una sílaba.

Don Cándido, siempre con la misma dulzura y la misma calma, prosiguió:

—La letra fué aceptada y pagada á su vencimiento al mismo don Pedro Gutierrez, que firmó el recibí en presencia del cajero, despues de haber presentado á éste su cédula de vecindad, porque dijo no tener relaciones con ningun comerciante de esta plaza que le firmase el conocimiento, y además enseñó la carta con que los señores Irigoyen y Zumarraga de Bilbao le habian remitido la letra para su cobro.

—Y bien, —replicó al fin el capitan con ahogada voz, —¿qué tiene que ver eso con la conducta de mi hermano?

—Va usted á saberlo.

—Sí, sí.

—La persona que presentó y cobró el giro, llamándose Pedro Gutierrez, no es otra que don Mauricio Lainez.

—¡Caballero!...

—La carta de aviso era falsa, lo mismo que la letra y sus endosos...

—¡Imposible!—exclamó el capitan, levantándose como impulsado por un resorte y fijando una terrible mirada en don Cándido.

Éste no se alteró.

—Su hermano de usted,—dijo con calma,—firmó el recibí con nombre supuesto; pero con su letra, que usted conocerá.

—¡Ladron mi hermano!...

—Extraviado por malos consejos, ciego por la desesperacion, depravado por el vicio.... Nada más... Es jugador, y lógicamente debe concluir en presidio, aunque no sea criminal, porque ya he dicho á usted que el juego es la puerta falsa del presidio...

—Basta, basta...

—Como usted guste.

—Eso es una calumnia...

—No.

—Tal vez un error...

—Tampoco.

—Quizá un parecido fatal...

—Señor de Lainez, haga usted un esfuerzo para seguir escuchándome y convencerse, por más que el convencimiento sea demasiado horrible.

—Aun cuando mi hermano fuese criminal...

—Tiene usted el deber de defenderlo.

—Y lo defenderé, y usted reconocerá que cuanto dice es una calumnia, ó de lo contrario...

—La razon antes que la pasion.

—Pues bien, pruebas, vengan las pruebas.

—Á eso voy.

El capitan, con los puños crispados, el rostro lívido y los ojos relumbrantes, volvió á sentarse y escuchó.

—Su hermano de usted recibió de su cómplice, que está en Cuba, una carta imprudentemente escrita y más imprudentemente conservada en un bolsillo. Una noche jugaba su hermano de usted y perdia, se desesperaba y trastornaba, porque no es jugador frio. Al sacar del bolsillo el último billete de banco, se le cayó un papel... Era la carta de su amigo y cómplice.

—¡Oh!...

—No se necesita esta prueba, porque bastaría su letra en el giro y la declaracion de los que le vieron ir á cobrar.

Lainez quedó anonadado.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Le faltó el valor para mirar frente á frente al hombre misterioso.

Trascurrieron algunos minutos de silencio.

—Caballero,—dijo don Cándido,—sé que ni por salvar á su hermano cometería usted un abuso.

—Jamás.

—Voy á enseñar á usted las falsificaciones y la carta del amigo de su hermano de usted.

Y al decir esto, sacó don Cándido unos papeles y los puso sobre la mesa.

Lainez los examinó con terror y afan.

Sus manos temblaron.

—¡Deshonrados!—murmuró con voz sorda.

Y luego añadió:

—¡Padre mio!... ¿Qué será de tí?...

—Calma, señor de Lainez, calma;—repuso don Cándido, mientras guardaba los papeles.—Ni usted ni su honrado padre pueden ser responsables de esto. Ya vé usted que yo les hago justicia.

—¿Qué me importa?... ¡Oh!... Somos pobres y no podemos salvar con dinero la honra de nuestra familia... No, mi hermano no irá á presidio, porque yo mismo lo mataré...

—Antes que matarlo, salvarlo.

—¿Cómo?

—Hablaremos de eso; pero cuando usted se sosiegue.

—Ya estoy tranquilo,—dijo el capitan.

—Le sobra á usted valor y fuerza de voluntad para dominarse. Esta es la primera vez que tiene usted que sostener una de esas luchas desgarradoras, tan frecuentes en la vida: preciso es que pruebe usted que no vale ménos que otros muchos hombres.

—Lo probaré.

—Dejándose arrebatar, nada se consigue.

—Mi situacion...

—Su situacion de usted no es de las peores... ¡Cuántos desdichados la envidiarian!—dijo don Cándido con acento de amargura profunda.

Lainez inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

—Los señores Andreu, Malat y compañía me honran con su confianza, y cuando necesitan un agente, no llaman á nadie más que á mí, por cuya razon estoy encargado de acudir con estos documentos á los tribunales, y mañana debo presentar á mis poderdantes los ocho mil duros que se les han robado ó el auto de prision contra su hermano de usted y su cómplice.

—Yo veré á mi hermano...

—Es inútil, porque anoche perdió hasta el último real, mas quinientos duros que jugó sobre su palabra. No tiene amigos que le presten, sino acreedores que le reclamen, y sus recursos consisten en robar ó pegarse un tiro.

—Entonces...

—Hay un medio de salvacion.

—¡Ah!...

—Uno solo.

—¿Cuál?

—Lo sabrá usted; pero no en este momento, porque antes hemos de hablar de otro asunto.

Lainez miró atónito á don Cándido.

—No nos ocupemos de su hermano de usted ahora.

—Eso es incomprensible...

—Pronto lo encontrará usted muy claro.

—Mi hermano es el objeto de la conversacion, es lo que me interesa...

—Señor de Lainez, concédame usted algunos minutos de paciencia y de atencion, si quiere salvar la honra de su familia.

—Bien, ya escucho.

CAPITULO XVI.

Sigue la conversacion.

Cuando los golpes son demasiado rudos é inesperados, producen el aturdimiento y muchas veces la insensibilidad.

Así le sucedió á Lainez.

Casi puede asegurarse que habia concluido por no sufrir, ó al ménos él no hubiera sabido decir si sufria.

En aquellos momentos terribles, de nada le servia su valor.

Ni siquiera era dueño de su voluntad.

Su hermano, ladron; su nombre, deshonrado.

Su anciano padre moriria desesperado, y los últimos momentos de su vida serian espantosos.

El capitan, como un niño débil, obedeció.

Guardó silencio, fijó la mirada en don Cándido y se dispuso á escuchar.

El agente de negocios, cuya tranquilidad no se habia alterado un solo instante, dijo:

—Su abuelo de usted defendió la independencia de la patria, y el año 1820 fué uno de los que se unieron al ilustre general Quiroga cuando éste dió el grito de libertad.

—Es cierto,—murmuró Lainez.

—En 1823 tuvo que emigrar para no ser fusilado ó ahorcado como muchos de sus compañeros, es decir, que por la causa de la libertad arriesgó la vida y sufrió la miseria.

—Cumplió su deber.

—Su padre de usted, que profesa las mismas ideas, pidió constantemente ir á los puntos de mayor peligro cuando estalló la guerra civil, y pagado con la misma ingratitud que todos los liberales, se le dió el retiro despues del pronunciamiento de 1843.

—Tambien es verdad.

—En cuanto á usted, si en 1854 no se pronunció, vió con gusto aquella revolucion, falseada y ahogada al nacer.

—Era,—repuso el capitan Lainez,—el triunfo de las ideas de mi padre.

—Y de las de usted.

—No lo niego.

—Seria inútil.

—Ya veo que conoce usted tan bien como yo mi historia y la de mi familia.

—Mejor, y le daré á usted la prueba algun dia.

—No es menester: lo que deseo es saber qué relacion hay entre la política y la situacion en que me ha puesto el criminal extravío de mi hermano.

—Me ha ofrecido usted no impacientarse...

—Vuelvo á escuchar.

—Nunca habla usted de política con nadie y mucho ménos con sus compañeros.

—Un militar no tiene más política que la ordenanza.

—Sin embargo, alguna vez se le han escapado á usted frases que han revelado sus ideas, y como hay además los antecedentes de su familia, ha podido juzgarse sobre este punto.

—Creo que exagera usted: una frase cualquiera no tiene ninguna importancia.

—Segun quien la oye.

—No comprendo.

—Los militares tienen su policía como nosotros: si otra cosa habia usted creido, se equivoca usted lastimosamente.

—En último caso...

—Todo esto le importa á usted mucho.

El capitan se encogió de hombros é hizo un gesto de indiferencia.

—¿Sabe usted cuál es la causa de no haber adelantado en su carrera?

—No soy afortunado.

—Tiene usted una hoja de servicios envidiable; pero al final de ella se encuentra una palabra que para usted es verdaderamente fatal.

—¿Y quién sabe eso? Las calificaciones en las hojas de servicio, son reservadas.

—No importa: yo conozco las que usted ha merecido de sus jefes.

—¿Se me niega el valor ó la honradez?

—En cuanto á valor, se le hace á usted justicia, puesto que se le califica de heróico, lo cual no debe á usted sorprenderle, despues que ha merecido la honrosa distincion de la cruz de San Fernando laureada.

—Es cuanto saqué de Africa.

—Pero tambien entre las calificaciones hay la palabra *progresista*, y esto es bastante para que siga usted siendo capitan hasta que se les antoje darle á usted el retiro.

—Eso es una injusticia...

—Será todo lo que usted quiera; pero es lo cierto, que sin haberse mezclado en política, aparece usted como un hombre político.

—Tendré paciencia.

—No hay por ahora otro remedio.

—Caballero,—repuso Lainez despues de algunos instantes,—perdone usted si le recuerdo que se separa demasiado del asunto que más me interesa.

—Por el contrario, estoy en él.

—Entonces...

—Tenga usted la bondad de seguir escuchándome.

Lainez, que aún estaba aturdido, guardó silencio.

Don Cándido prosiguió diciendo:

—Su abuelo de usted era incapaz de cometer una traicion, incapaz de olvidar sus juramentos; y sin embargo se unió en Cádiz á los que dieron el grito de libertad, á los que se habian revelado contra el monarca. ¿Quiere usted decirme cómo se explica esto?

—Muy sencillamente: el monarca habia faltado á sus juramentos, habia violado las leyes, y por consiguiente relevó tácitamente de sus juramentos y compromisos á todos los españoles. Desde el momento en que Fernando VII olvidó lo pactado, nadie tuvo obligacion de cumplir lo prometido. Mi noble abuelo no fué, pues, desleal, no fué traidor.

—Perfectamente.

—¿Qué va usted á deducir de todo eso?

—Una consecuencia muy lógica.

—Sepamos.

—Nunca como ahora se ha levantado tan descarada la tiranía; ningun monarca ha olvidado sus compromisos y sus antecedentes como Isabel II, porque su padre al ménos podia decir: «La sangre vertida por los españoles desde 1808, no ha sido un sacrificio hecho precisamente por mi persona, sino por la independencia y la honra de la patria; esa sangre no se ha derramado por la libertad; no se ha luchado para sostenerme en el trono sino en tanto cuanto yo representaba, yo simbolizaba la

independencia nacional. Estoy, pues, obligado á sostener esa independencia; pero nada más. Rey absoluto me senté en el trono; rey absoluto me reconocieron los españoles; rey absoluto quiero ser, porque solo las circunstancias me obligaron á aceptar una Constitucion y unas leyes contrarias á mis ideas y á mi derecho divino.» Sí, caballero: Fernando VII podia decir esto, que no puede decirlo su hija, sino que, por el contrario, á su hija pueden decirle los españoles: «No derramamos nuestra sangre en defensa de tu derecho divino, sino de la libertad; no te sentamos en el trono por ser hija de Fernando VII, sino porque tú nos prometias reconocer nuestros derechos; no hemos jurado obedecerte como soberana absoluta, sino como reina constitucional, y primero tu madre en tu nombre, y despues tú, te has obligado á respetar lo estipulado, has reconocido los derechos que conquistamos á costa de torrentes de sangre y de inmensos sacrificios.»

—Todo eso es verdad; pero...

—Isabel II, con su proceder, desata los lazos que sujetaban á sus súbditos, y si es traicion, si es deslealtad, si es perjurio levantarse contra ella, perjuro y desleal fué tambien vuestro abuelo.

Lainez quiso replicar; pero no encontró una sola palabra que decir, ya fuese porque estaba aturdido, ya porque sus ideas y convicciones fuesen las mismas de don Cándido.

—De todo esto se deduce,—añadió éste,—que cual-

quier español, sea cual fuese su posicion, está autorizado para levantarse en defensa de sus derechos, sin que su conciencia tenga nada de qué acusarlo.

La mirada de Lainez se fijó escudriñadora como nunca en el hombre misterioso.

Tal vez el capitan empezaba á comprender.

Sin embargo, guardó silencio para no comprometerse con alguna palabra impremeditada.

—El descontento cunde,—dijo don Cándido,—se hace sentir más cada dia la necesidad de la revolucion, y si ésta no se ha realizado, ha sido por falta de medios; pero en el ejército, hoy apoyo de la tiranía, empieza tambien á sentirse la misma necesidad, llegará un dia en que ese ejército comprenda que antes que todo es la patria, que no cumple sus deberes si se hace enemigo de la justicia...

—Caballero...

—Nadie nos oye.

—No nos ocupamos más que de la política...

—Nada más ahora...

—Y entretanto...

—Paciencia, paciencia.

—¡Oh!... No puedo, no puedo esperar...

—¿No quiere usted salvar á su hermano?

—Sí.

—Pues bien, precisamente estamos en el camino de su salvacion.

—Para mí, estamos en el camino de las tinieblas.

—Ya no ha de tardar usted en ver un rayo de luz.

—Le suplico á usted...

—Le advertí que no podríamos entendernos si no me permitia usted explicarme.

—He escuchado...

—Y por lo mismo que tan poco nos falta, debe usted dominar su impaciencia. Tocamos ya al asunto, llegamos al fin.

—Lo deseo.

—No es cuestion más que de algunos minutos.

—Acabemos, pues.

—Todavía tendré que decir algo que le parezca á usted fuera de propósito, y sobre todo, que le desagrade; pero le ruego que tenga calma, porque de otro modo, ni nos entenderemos, ni se salvará su hermano de usted y el honor de su familia.

—Tendré calma.

—Como usted vé, soy torpe, no acierto á explicarme con brevedad; pero esto no puede remediarse.

—Puesto que ya tocamos al fin, escucharé.

—Gracias.

—Prosiga usted, caballero,—dijo el capitan.

Y se apoyó en la mesa, esforzándose para dominarse y contenerse.

CAPITULO XVII.

Concluye la conversacion como ménos debia esperarse.

Don Cándido, como quien trata del asunto más sencillo, prosiguió diciendo:

—En el ejército se conspira.

—Lo ignoro,—replicó Lainez.

—No completamente, puesto que á usted se le han hecho ciertas proposiciones por alguna persona respetable.

—Eso á nadie le importa. Cumplo con mi deber, de nada puede acusárseme...

—Creyendo cumplir con su deber, ha rechazado usted esas proposiciones.

Lainez pasó de la sorpresa á la desconfianza.

¿Era el hombre misterioso un espia?

¿Se trataba de sorprenderlo?

Lo más prudente era callar.

—Para los que conspiran,—añadió don Cándido,—es de mucha importancia la ayuda de usted, porque sin ella no puede contarse con una gran parte del regimiento á que usted pertenece. Si usted se decidiera, se decidiría tambien un sargento de su escuadron que le debe á usted la vida, y que si no se ha puesto de parte de los conspiradores, ha sido solamente por consideraciones á usted. El dia que usted se decida, repito que él se decidirá, y tras él muchos hombres; de modo que casi de usted depende la sublevacion de su regimiento, y depende porque usted se encuentra en una situacion especial, porque las circunstancias de usted son distintas de las de todos los oficiales. ¿Es esto exacto? Por afirmar ó negar no se compromete usted. Hasta ahora de nada pueden acusarle á usted, ni se le acusaría tampoco si confesase haber rechazado las proposiciones de que me ocupo, porque esto, en vez de un delito, es un mérito á los ojos del gobierno.

—Caballero, difícilmente la policía sabrá tanto como usted.

—Si supiera tanto como yo no me hubiera atrevido á venir, ó más bien no me habria sido posible venir, porque ya me tendrian en Fernando Póo.

—Continúe usted, porque aún no se me alcanza el objeto que se propone.

—En vez de continuar, voy á concluir.

—¡Ah!...

—Entregaré á usted los documentos que prueban el delito de su hermano, y mañana quedarán en poder de los señores Andreu, Malat y compañía, los ocho mil duros del giro falso, y en cambio usted me concederá lo que ha negado hace ocho dias á un general, cuyo nombre no necesito pronunciar.

—¡Caballero!—exclamó Lainez, poniéndose en pié.

—Lo que le propongo á usted...

—Es una traicion.

—Ya hemos convenido en que no fué traidor su abuelo de usted.

—Yo cumpliré mis deberes...

—Tambien los cumplió su abuelo y siguió al general Quiroga. Usted puede cumplirlos y seguir al general...

—Basta.

—No le ofrezco á usted empleos, porque no es á la ambicion á la que hay que hablar á hombres como usted, sino al patriotismo. Por un entorchado no se hubiera movido su abuelo de usted, y lo sacrificó todo por la patria y la libertad. Cuando su padre de usted se batia como un héroe, no pensaba tampoco en los empleos, sino que satisfacia los deseos de su corazon, obedecia á su conciencia y se consideraba dichoso con haber cumplido sus deberes. Usted tambien cumplirá los suyos, usted tambien responderá al pueblo esclavizado que lo llama en su auxilio, y lo arriesgará usted todo, todo lo sacrificará sin hacer de su noble conducta una especula-

cion. Llame usted á esto traicion ó perjurio, y habrá de reconocer que traidor y perjuro fué su abuelo.

Lainez inclinó la cabeza.

—Ha jurado usted defender á Isabel II,—añadió don Cándido;—pero tambien la patria y la libertad. No se le pide á usted rebelarse contra la reina, sino contra la tiranía; es decir, se le pide que cumpla su juramento de defender la libertad.

—Imposible, imposible,—murmuró el capitan.

Don Cándido desplegó una sonrisa que significaba la seguridad que tenia de vencer.

La alternativa en que Lainez se encontraba no podia ser más dura.

Si se hubiese tratado solamente de él, no habria vacilado, se habria negado como ocho dias antes y á pesar de su amor á las instituciones liberales.

Empero no era él, era la honra de su familia, era su hermano, era su anciano y virtuoso padre á quien amaba con delirio.

Por su padre era el capitan capaz de todo ménos de la deshonra.

No faltaba más que convencerlo de que no era una traicion lo que se le pedia, y de esto ya estaba casi convencido.

Don Cándido se puso en pié.

—Señor Lainez,—dijo,—usted decidirá...

—No, no...

—Entonces, hemos concluido.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el capitan.—¡He de decidirme entre mi honra y mi conciencia!...

—Se equivoca usted, porque su conciencia le manda precisamente hacer lo que conviene á la honra... ¿Quiere usted una prueba?

—¿Acaso no sé yo lo que siento y lo que pienso?

—No,—respondió tranquilamente el hombre misterioso.

Lainez, más sorprendido que nunca, miró á don Cándido.

—Yo,—añadió éste,—sé mejor que usted mismo lo que siente usted... Voy á probarlo.

Y sin dar tiempo á nuevas contestaciones, volvió á sacar los papeles, los puso sobre la mesa y dijo:

—Examine usted detenidamente esos documentos, y para convencerse de su valor, consulte usted con su hermano... Despues, quémelos usted... Los señores Andreu, Malat y compañía recibirán los ocho mil duros y quedará salvada la honra de la familia...

—Pero...

—No abuso de mi posicion y lo dejo á usted en completa libertad... Sea usted fiel al gobierno y acepte este beneficio que yo, solamente yo, hago á su padre de usted... Adios, señor Lainez.

Al decir esto, salió don Cándido.

El capitan quiso detenerlo; pero no pudo moverse.

Intentó hablar, y tambien le fué imposible.

Pasaron algunos minutos.

—¡Oh!—exclamó al fin.—¿Quién es este hombre?

Ni siquiera habia pensado preguntarle cómo se llamaba al misterioso personaje.

El capitan hizo un esfuerzo y salió del gabinete, corriendo hasta la escalera.

Don Cándido habia desaparecido.

CAPITULO XVIII.

Se trasluce algo más sobre don Cándido.

Don Cándido, el hombre sencillo, bonachon y pacífico, no era ni más ni ménos que un conspirador y conspirador temible como pocos.

Algo vamos averiguando.

Segun hemos visto ya, Lainez quedó aturdido, hasta el punto de que no sabia si estaba dormido ó despierto, si era una realidad ó una pesadilla horrible lo que acababa de suceder.

¿No era un fantasma aquel hombre misterioso, cuya conducta nadie hubiera podido concebir?

No, no era un fantasma.

La prueba de aquella realidad espantosa estaba sobre la mesa.

El capitan fijó la mirada en los papeles, los contempló con terror, y al fin se decidió á examinarlos por segunda vez.

Eran pruebas verdaderas, positivas, incontestables.

No se habia querido sorprenderlo, no se habia falsificado la letra de su hermano para hacer que apareciese una falsificacion, no, porque entonces no se le habrian dejado allí aquellos documentos para que los comprobase.

Otra circunstancia habia en favor de la veracidad del hombre misterioso: éste habia concluido por no exigir nada, absolutamente nada en cambio del gran beneficio que hacia. Si todo ello era una farsa, fácilmente quedaria descubierta.

No, aquel hombre no era un farsante.

¿Pero por qué no habia aprovechado su ventajosa situacion, insistiendo en exigir que Lainez se uniese á los conspiradores?

Don Cándido debia tener un conocimiento profundo del corazon humano, y no ménos á fondo debia conocer al capitan.

Estaba, pues, seguro de que lo que Lainez no hiciese por la fuerza de las circunstancias, lo que no hiciese por salvar á su hermano y salvar su honra, lo haria por gratitud.

Hay criaturas á quienes se les obliga con la generosidad y de las que nada se conseguiria con las amenazas más terribles.



El caphan fijó la mirada en los papeles y los contempló con terror.



Al capitan le sucedia esto.

Tenia demasiado valor para temblar ante el peligro, demasiada dignidad para ceder á la fuerza; pero era tambien demasiado noble para no corresponder á la generosidad.

Despues de dos horas consiguió empezar á tranquilizarse, lo suficiente al ménos para reflexionar sobre su crítica situacion.

¿Cuál debia ser su conducta?

Antes de decidirse quiso hacer la última prueba, que consistia en hablar con su hermano, á quien hacia cerca de dos años que no veia.

Esto debia hacerle sufrir mucho; pero era preciso.

¿Y luego?

Si el delito existia, el beneficio era positivo.

Y para un beneficio como el de la salvacion de la honra de una familia, toda la gratitud es poca.

Como consecuencia de esta idea, se hizo el capitan la siguiente pregunta:

—¿Pero se salva nuestra honra?

Y luego dijo:

—Ese hombre está de acuerdo con el general, y de acuerdo con él ha querido obligarme á que acepte lo que antes he rechazado: luego el general conoce tambien el criminal extravío de mi hermano, y para conocerlo el general, lo conocerán otras muchas personas... ¡Oh!... ¿Qué me importa que desaparezcan las pruebas que en un tribunal de justicia pueden hacer fé? Para la honra, el

tribunal verdadero es la opinion pública, y ésta conoce el crímen, está convencida y fallará... El beneficio que se me hace es completamente estéril...

Sonrió Lainez con amargura y murmuró:

—No me queda más recurso que un pistoletazo, dejando á mi padre en la ignorancia de nuestra deshonra. Si esto fuese un secreto, conocido solamente por ese hombre extraordinario y misterioso, me tranquilizaría; pero no sucede así.

Así, exagerando las leyes del honor, dejando que el sentimiento del honor produjese el extravío, Lainez concluyó por decidirse á limpiar su honra con un crímen, á dar una prueba de valor con la cobardía de un suicidio.

Don Cándido, á pesar de todo su talento y astucia, no habia previsto este resultado.

Con su plan, cuyo éxito parecia seguro, no habia conseguido mas que hacer una víctima.

Si la torpeza no era grande, era al fin una torpeza, que no debia esperarse de un hombre como don Cándido.

Cuando Lainez decidió resolver todas las dificultades con un pistoletazo, reflexionó muy poco sobre el asunto, y aun se tranquilizó.

Todo era ya cuestion de morir, y la muerte no le espantaba.

Lo único que le hacia sufrir era la idea del sufrimiento de su padre, que no se consolaría de la pérdida

del hijo que más lo amaba y lo respetaba, del hijo que era precisamente el más virtuoso.

El noble anciano no podria resistir tan rudo golpe y sucumbiría tambien.

Unas veces paseándose por la habitacion y otras sentado, dejó pasar Lainez las horas.

No se daba cuenta del tiempo que trascurria.

Al dia siguiente debia ver á su hermano.

Para esto necesitaba más que nunca estar despejado y ser dueño de su razon y su voluntad.

Debia dormir y recuperar las perdidas fuerzas para volver á la lucha.

Se acostó, pues, aunque no tenia sueño, cuidando de guardar bajo la almohada las pruebas del crímen de su hermano.

Se acercaba el dia.

Cerró Lainez los ojos, y despues de una hora consiguió, no sabemos si dormir ó quedar aletargado.

A las nueve de la mañana volvió á la vida sin que nadie lo despertase.

El aposento estaba lleno de luz.

Miró su reloj.

—Ya es hora,—dijo.

Y se incorporó para vestirse.

Su rostro estaba violentamente contraido.

Sus negros ojos tenian un brillo siniestro, una expresion indescriptible.

No hubiera podido mirársele con tranquilidad.

Cuando empezaba á vestirse se presentó su asistente, diciendo:

—Mi capitan, esta mañana muy temprano trajeron esta carta.

Lainez tomó el papel.

No tenia sobrescrito.

—¿Quién ha traido esto?—preguntó.

—El mismo caballero que vino anoche.

—¿Qué ha dicho?

—Que le entregase á usted esta carta.

—¿Nada más?

—Nada.

—Déjame.

Lainez rompió el sobre y leyó lo siguiente:

«Caballero, cuando concluimos de hablar estaba usted muy trastornado, y temo que no comprendiese usted todo el valor de mis últimas palabras, que fueron poco más ó ménos las siguientes: *Este beneficio, que yo, solamente yo hago*.

»Permítame usted que me explique, aunque la explicacion sea innecesaria para la clara inteligencia de usted.

»Yo no hago beneficios estériles ni á medias...

El capitan se interrumpió y dijo:

—¡Oh!... ¿Quién es este hombre que adivina? Necesito saberlo.

Luego continuó leyendo:

»Los señores Andreu, Malat y compañía descubrieron

la falsificacion; pero ignoraban quién fuese el falsificador. Yo lo conocia, porque yo, por casualidad, habia presenciado el pago del giro.

»Consultaron conmigo y yo les prometí descubrir al criminal; pero sin decirles quién era éste, porque me convenia quedar en libertad de accion.

»Esto lo comprenderá usted fácilmente.

El rostro de Lainez empezó á dilatarse.

Siguió leyendo:

»En cuanto á la carta, imprudentemente escrita, yo la recogí del suelo y nadie la ha visto.

»Por esta parte debe usted, pues, estar tranquilo.

»En cuanto á la otra persona que antes habia hecho á usted las mismas proposiciones que yo, ha sucedido lo siguiente:

»Me habló de la resistencia de usted y yo le prometí vencerla. Me preguntó de qué medios disponia para conseguir lo que en su concepto era un imposible, y le contesté que no me estaba permitido dar explicaciones.

»Mi reserva debia ser forzosamente respetada, porque en este asunto represento un papel demasiado importante, porque no soy un subordinado que obedece, sino un jefe que manda, no soy un instrumento, soy una voluntad, y es tanto mi poder, que el más poderoso de los que en este asunto entienden, no se atrevería á disgustarme ni contrariarme.

»¿Comprende usted ahora mis últimas palabras?

»El secreto no lo conoce nadie más que yo, absolu-

tamente nadie; yo lo guardaré, y antes de revelarlo me dejaria matar.

»¿Tiene usted fé en mi honor y mis sentimientos nobles?

»¿Cree usted que soy un hombre digno de guardar la honra de otro hombre?

»Sí yo le hiciese esta pregunta á su padre de usted, tan escrupuloso en materias de honra, contestaría que estaba completamente tranquilo, porque su padre de usted me conoce demasiado.

»No quise obligarlo á usted con la fuerza de las circunstancias y con las ventajas de mi posicion, porque esto era un abuso, y yo no cometo abusos, porque no soy cobarde.

»Si lo puse á usted en la alternativa que tanto le hizo sufrir, fué para convencerme más y más de lo que usted era. Cuando ya no me quedó duda, hice lo que habia decidido hacer antes de presentarme á usted.

»Soy rico, puedo disponer de tanto dinero, que ocho mil duros no tienen para mí la importancia que para usted cien reales.

»Puedo, por consiguiente, hacer el beneficio sin hacer ningun sacrificio.

»Sin embargo, lo conozco á usted, y si algun dia tiene usted medios de devolverme la cantidad en cuestion, la tomaré seguro de que así le hago á usted un segundo beneficio.

—¡Ah!—exclamó el capitan, cuyo rostro continuaba

dilatándose y cambiando de expresion,—no se equivoca, no se equivoca... ¿Quién es este hombre extraordinario?... Daria la mitad de mi vida por saberlo.

No tenemos que decir que Lainez se tranquilizaba, que ya no era su mirada sombría; pero parecia más agitado que nunca.

Su respiracion era violenta, y sus manos temblaban convulsivamente.

La carta era demasiado interesante, y el capitan siguió leyendo con afan creciente:

»Cuanto dejo dicho es verdad, lo juro por mi honor y por mi alma.

»No quiero obligarlo á usted tampoco con mi generosidad, no quiero que un sentimiento de gratitud le haga seguir distinto camino del que le trace su conciencia.

»Cualquiera que sea la determinacion de usted, la respetaré; usted será siempre para mí un hombre honrado y de gran corazon.

»Si yo hago este beneficio, es porque tengo el deber de hacerlo, porque soy el mejor amigo de su padre de usted.

»¿Quiere usted la explicacion de esta amistad?

»Es muy sencilla: el año 1848 su padre de usted fué uno de los que á mi lado se batieron en las calles de Madrid en defensa de los derechos del pueblo, y á una casualidad debe su padre de usted no haber sufrido las persecuciones que otros.

»Nada más puedo decir á usted ahora.

»No intente usted averiguar quién soy, porque perderá el tiempo. Si me vé usted en la calle, lo cual puede suceder muchas veces, no se tome usted el trabajo de preguntar si me conocen, porque le responderán á usted diciéndole que soy un hombre sencillo, cándido, inofensivo y hasta pusilánime, lo que se llama un buen hombre, un pobre hombre, que vive modesta y honradamente con su trabajo.

»Mi nombre tampoco lo sacará á usted de dudas.

»Aunque esta carta no puede comprometer á nadie, porque á nadie va dirigida ni está firmada, debe usted convertirla en cenizas.

»Tambien será prudente que donde quiera que me vea usted me mire con indiferencia y ni siquiera me salude usted, porque me seria imposible corresponder á su cortesía.

»Calma, mucha calma y fé ciega en la justicia divina, que es inexorable é igual para todos; fé en esa justicia que no se olvida de nadie, que más ó ménos tarde se muestra resplandeciente.»

Nada más decia la carta.

—¡Ah!—exclamó Lainez.

Y quedó inmóvil.

Despues de algunos minutos volvió á leer, analizando cada una de las frases escritas por don Cándido.

Ya era imposible que se matase el capitan.

Su vida tenia un objeto: averiguar quién era aquel hombre misterioso.

Reflexionó Lainez y acabó por creer que el terrible secreto no era conocido mas que por el que lo habia salvado de la deshonra.

—Puedo vivir,—dijo.

Y se vistió, quemó el escrito de don Cándido y meditó.

Nuevamente volvió á dudar sobre la conducta que debia seguir.

Ya nadie lo obligaba.

¿Y la deuda de gratitud?

Debia suceder lo que habia previsto don Cándido.

Lainez pensó en su abuelo sin encontrar motivo para acusarlo de traidor ni perjuro por haber seguido al general Quiroga y luchado en favor de la libertad.

Á él no se le exigia tampoco que se levantase contra la reina, sino contra el gobierno, contra los abusos, contra la tiranía.

Ya sabemos que entonces, aunque se acusaba á Isabel II, no intentaban destronarla los que trabajaban contra la situacion.

El partido progresista se hubiera contentado con un cambio político, con una Constitucion liberal.

Si la reina hubiese entregado el poder á los partidos liberales y hubiese convocado Córtes Constituyentes, hoy estaria en el trono.

No lo hizo, porque creia que un gobierno liberal no podria contener la revolucion.

Se equivocaba: no conocia al pueblo español.

Esto se hubiera dado por satisfecho.

Además le amenazaba el partido clerical.

El fanatismo de Isabel II tuvo más miedo á los anatemas de Roma que á las iras del pueblo, porque contra Roma era impotente, y contra el pueblo tenia las bayonetas.

Seamos justos: no era toda la culpa suya, porque se lo habian hecho creer así.

No sabemos si ya se habrá convencido de que es posible destronar un rey, de que los pueblos se rien de los derechos llamados divinos, y de que en cuestiones políticas no sirven para nada, ni las bendiciones del padre Claret, ni las oraciones de la milagrera Sor Patrocinio.

Puesto que nada se le pedia á Lainez contra la reina, sino solamente en favor de la libertad, podia conceder, lo cual no seria ni más ni ménos que lo que habia hecho su abuelo.

Natural era que Lainez buscase todas las razones que podian tranquilizar su conciencia, acallar sus escrúpulos.

Por nuestra parte no diremos ahora si hizo bien ó mal.

La cuestion es demasiado grave para examinarla con ligereza.

A su tiempo tocaremos este punto y manifestaremos nuestra opinion sobre los deberes y derechos de los depositarios de la fuerza pública.

Para nuestro asunto basta por ahora decir que Lainez

se decidió á unirse á los que intentaban provocar la lucha contra la tiranía.

Una vez decidido, su pensamiento se fijó solamente en el hombre misterioso.

¿Quién era éste?

Nunca tuvo tanto empeño en averiguarlo.

Don Cándido aseguraba que era el mejor amigo del padre del capitan, añadiendo que se habian batido juntos el año 1848.

El padre no podia haber olvidado á los que se encontraban en semejante caso y que debian ser pocos, pues el capitan habia oido decir á su padre cuando éste hablaba de aquella revolucion:

—No me separé un instante de mis tres mejores amigos, que hicieron prodigios de valor.

Lainez decidió escribir á su padre.

Adelantaremos los sucesos para decir que tres dias despues recibió carta del anciano, que entre otras cosas le decia:

«A mi lado no se batieron más que tres hombres. Uno era el literato y distinguido lexicólogo Dominguez, que fué mortalmente herido y bien pronto dejó de existir; otro era Linares, á quien has conocido y sabes que murió hace dos años, y el tercero don Guillermo Luján, capitalista y hombre de gran corazon y privilegiada inteligencia. Éste fué preso por la policía y deportado, pereciendo en la travesía cerca de las costas africanas, donde naufragó el buque en que iba con otros infelices.

Tengo entendido que su viuda se casó con el importante hombre político y rico propietario don Juan de Bustamante. Todos, pues, han muerto. De aquel grupo no queda nadie más que yo. Es cuanto puedo decirte, y no sé si es bastante, porque ignoro el objeto de tu pregunta.»

¿Mentia el hombre misterioso?

Esto se preguntó Lainez; pero creyó que todo consistia en las palabras con que se habia expresado don Cándido y nada más.

De cualquier modo, ello era que no averiguaba lo que queria.

Á pesar de la confianza que le inspiraba el hombre misterioso, no dejó el capitan de ver á su hermano.

Lo que sufrió durante la entrevista no puede hacerse comprender.

El hermano principió por negar; pero al fin, con un cinismo espantoso, confesó la verdad, excusándose con su desgracia y diciendo que de sus extravíos no era él responsable, sino el mundo con sus injusticias.

Todos los criminales acusan al mundo, y sin embargo, á costa del mundo viven y gozan.

—Pero en fin,—concluyó diciendo el criminal,—ya estoy decidido á ser hombre honrado, he comenzado á serlo y vivo con el producto de mi trabajo.

El capitan se hubiera muerto si hubiese sabido cuál era la ocupacion de su hermano.

Don Cándido no lo ignoraba; pero habia guardado silencio sobre este punto.

Hacia cerca de un mes que el hermano del capitan pertenecia á la policía secreta, que, como ya sabemos, era el refugio de los miserables más depravados.

Antes de proseguir preguntaremos al lector si empieza á sospechar quién era don Cándido.

Suponemos que sí; pero nos ocurre una duda.

¿Y Plotoski?

No, lector, no te empeñes en adivinar, porque de seguro te equivocas.

CAPITULO XIX.

Don Cándido sigue dando pruebas de lo que vale.

Retrocedamos, ó lo que es igual, volvamos á las once de la noche, hora en que don Cándido salió de la vivienda de Lainez.

Cuando se encontró en la calle el hombre misterioso, miró á todos lados y murmuró:

—He tenido que hacerle sufrir mucho; pero era preciso. Ya es nuestro, porque sus sentimientos nobles acabarán la obra. Es lo más probable que cuando reflexione intente acabar con su vida; pero esto no sucederá hasta mañana, y lo evitaré con las explicaciones que ahora no he podido darle.

Tomó calle arriba, y despues de algunos minutos dijo:

—Están ciegos, se empeñan en una locura y no hay medio de disuadirlos. Sea como quieren; pero nos colocaremos en peor situacion. Un golpe en falso es siempre una ventaja para el enemigo. Cuando uno se mueve, si no consigue adelantar, retrocede. No debe uno moverse sino cuando está seguro de adelantar, porque de lo contrario, perderá terreno. Esto será peor que lo del 48: entonces luchamos, y cuando se lucha, hay esperanzas de vencer: ahora ni siquiera lucha habrá: el primer grito será una derrota; el último paso será una perdicion.

Don Cándido, con su calma habitual, anduvo hasta encontrarse en una de las calles del centro de la poblacion, entrando en una casa, que parecia ser vivienda de personas de elevada clase.

El humilde agente de negocios fué atendido por los criados como un personaje, y bien pronto se encontró en presencia de un hombre de regular estatura, enjuto de carnes, de color moreno, pálido, bilioso, de facciones muy marcadas y de ojos brillantes, expresivos, de mirada viva y un si es no es sombría y dura.

A pesar de esta dureza, no era desagradable el aspecto de aquel hombre.

Los músculos de su rostro se movian con gran facilidad, lo que hacia doblemente expresivos sus gestos.

Sus ademanes eran vivos, rápidos, hasta el punto de que muchas veces parecian sacudidas nerviosas.

Al entrar dejó don Cándido de ser lo que era.

Instantáneamente se vió en él al hombre de clase

distinguida, sin que á su continente noble, verdaderamente aristocrático, quitase nada su traje modesto.

Su semblante cambió tambien.

Sus ojos brillaron con intenso fuego.

No, ya no era el hombre sencillo y bonachon, ya no era don Cándido.

Si Clotilde lo hubiese visto en aquellos momentos...

No sabemos lo que hubiera sucedido.

Cruzáronse algunas palabras de pura cortesía.

Luego el dueño de la casa preguntó:

—¿Ha conseguido usted algo, mi buen amigo? Supongo que no, porque intentaba usted un imposible.

—No,—respondió don Cándido, cuyo acento no era tampoco el mismo de siempre,—no era un imposible lo que yo intentaba, como lo que ustedes intentan.

—¿Aún persiste usted en su idea?

—Mi querido conde, cuando yo tengo una opinion, como es siempre producto de meditacion profunda, no cambio.

—Lo sé.

—Y usted que quiere hacerme cambiar, está mas cerca de mi opinion que de las contrarias. ¿Me equivoco?... Sea usted franco, general.

El llamado general y conde arrugó el entrecejo.

—¿Puedo hacer otra cosa de lo que hago?—replicó.—La prudencia se califica de vacilacion, y si me resisto, acabarán por calificarla de miedo.

Al pronunciar esta palabra, el general sonrió con ironía.

Luego apretó los puños y de sus ojos se escaparon dos relámpagos.

—¡Miedo!—murmuró con voz sorda.

—Conde,—dijo don Cándido,—cada hombre tiene un defecto de carácter, de organizacion, que lo pierde.

—¿Y cuál es el mio?—preguntó el conde con su natural viveza.

—Es usted demasiado impresionable.

—Tal vez; pero...

—Eso es irremediable, ya lo sé.

—Entonces...

—Puesto que lo quieren y usted se deja arrastrar, sea. Me piden ustedes ayuda, y la doy por más que esté convencido de que el sacrificio será estéril, y más que estéril, perjudicial á nuestra causa.

—No tanto, amigo mio.

—El tiempo lo dirá.

—Si el pueblo no se levanta contra la tiranía, es porque no tiene fuerza material.

—Así como si el ejército no se rebela, es porque no cuenta con la fuerza moral que tiene el pueblo.

—Son, pues, dos elementos indispensables.

—Hoy por hoy, sí.

—El dia que se le ofrezca al pueblo la fuerza material de que carece, ¿qué hará?

—Si no le ofrecen mas que esa fuerza, el pueblo no hará nada, se encogerá de hombros.

—¿Pues qué más necesita?

—Que le prometan lo que desea.

—¡Oh!...

—El pueblo no se moverá sino para seguir una bandera, donde estén escritos sus derechos; no se moverá, no hará sacrificios para quitar el poder á unos hombres y dárselo á otros que han de seguir negándole sus derechos, su soberanía, las libertades que han de hacerlo feliz. Los hechos son más elocuentes que las palabras, general. ¿Qué sucedió en 1854? El pueblo, con los brazos cruzados, contempló impasible la rebelion del Campo de Guardias, y como espectador frio, vió luchar, sin interesarse por el triunfo de los unos ni los otros. ¿Cuándo se levantó el pueblo? Cuando el ejército tremoló una bandera en que se proclamaba la libertad y no el cambio de un ministerio.

—Es verdad.

—Hoy el pueblo no se contenta con lo que entonces se contentaba, quiere más, y si no se le promete lo que quiere, hará lo que entonces hizo. ¿Qué grito darán ustedes? Uno que significa mucho y nada. Dirán ustedes: «¡Viva la libertad!»

—¿No es bastante?

—No, porque el partido moderado es liberal tambien. La idea de libertad es muy elástica. ¿De qué libertades se trata? preguntará el pueblo.

—Las que ha tenido desde el 54 al 56.

—Es muy poco.

—¡Poco!...

—Sí.

—Entonces...

—Quiere libertad absoluta para la prensa, para la manifestacion, para la reunion...

—Absoluta,—murmuró el general.

—Quiere todos los derechos, sin más limitacion que lo que exigen los derechos de los demás... Y aun no se contenta con eso, porque quiere quitar del trono á Isabel II.

—Podria usted haber dicho de una vez que queria la república...

—Todo eso puede tenerlo con una monarquía.

—Imposible.

—O al ménos casi todo lo que quiere.

—No puedo prometer tanto; pero si algo le dan al pueblo, que nada tiene, lo recibirá gustoso.

—Sí, con tal que se lo den hecho, aunque en política no es verdad aquello de que más vale algo que nada.

El general quedó pensativo.

—Desgraciadamente,—añadió don Cándido,—sucederá lo que pronostico. No harán ustedes más que dar un paseo desde Aranjuez á Portugal. ¿Y cuándo volverán ustedes? Nadie lo sabe. La derrota de ustedes infundirá miedo á los más atrevidos, y cuando otra vez se quiera probar fortuna, temerán todos un segundo descalabro. Además, el gobierno tendrá un pretexto para obrar con más dureza, y el pueblo será más oprimido que nunca, y se cometerán mayores abusos en nombre del órden, y

se apelará á medidas extraordinarias, puesto que será extraordinaria la situacion.

Los hechos vinieron á probar que don Cándido no se equivocaba.

Pero la verdad es que los que estaban decididos á provocar la lucha, ya no podian retroceder.

—Esperemos dos, tres ó cuatro años...

—¿Qué dice usted?

—Que con el tiempo acabarán ustedes de convencerse de que la revolucion tiene que empezar por la caida del trono, y cuándo de esto se hayan convencido, ofrecerán lo que el pueblo quiere, y el pueblo responderá.

—Ya sabe usted que esto no ha de hacerse inmediatamente.

—Tanto peor.

—¡Tanto peor dice usted ahora, cuando aconsejaba esperar!...

—Sí, porque el plazo será corto, de aquí al invierno....

—Lo sentiré.

—El frio y las lluvias son los peores enemigos de una revolucion; el frio y las lluvias les pondrán á ustedes un obstáculo á cada paso...

—Es verdad.

—¿Cree usted contener un año á los impacientes?

—Lo dudo.

—General, usted dará una prueba más de su valor; pero nada más.

—¡Vive el cielo!—exclamó el conde sin poder contenerse y dando una puñada sobre el velador que tenia á su lado.

—Primero sufrirá usted la derrota, y despues...

—¿Qué?

—No se sorprenda usted, conde; pero...

—Despues, la emigracion...

—Y hasta la calumnia.

—¡Desdichados de los que hasta ese punto lleven la ruindad!

—Llegará el dia de la justificacion...

—Y de la justicia, del castigo.

—De usted,—añadió don Cándido mientras sonreia;—ha de decirse todo...

—¿Pondrán en duda mi honra?

—No; pero sí el valor...

—¡Oh!—exclamó el conde, apretando los puños.

—Sí, general, sí... Ya vé usted que me rio...

—No reirán los que me calumnian, no reirán ante la prueba de mi acero toledano...

—Calma, general.

—Envidio la de usted.

—Conozco á los hombres y puedo pronosticar sin temor de equivocarme.

El general se puso en pié y dió algunos paseos por la habitacion.

Cuando volvió á detenerse, dijo:

—Aún no hemos hablado de Lainez...

—Ya lo vé usted: habíamos olvidado el principal asunto...

—Sí.

—Y la culpa no es mia.

—Lo reconozco.

—He hecho al capitan una visita y le he manifestado clara y sencillamente mi deseo.

—¿Y él?...

—Me escuchó y dudó.

—¡Que dudó!

—Sí.

—¿No rechazó desde luego las proposiciones que usted le hizo?

—Dijo que las rechazaba; pero una cosa es lo que se dice, y otra lo que se siente...

—¿Y al fin?...

—Nada más.

—Pero entonces...

—Es asunto terminado.

—¿Aceptó?

—No.

—Mi buen amigo, no comprendo.

—¿Queria usted que yo obligase á Lainez á decir que sí con los lábios?

—Ahora lo entiendo ménos.

—Lo que me interesaba era que se decidiese á ser nuestro, y cuando estuve seguro de que así habia sucedido, lo dejé y no volveré á verlo.

—Perdone usted; pero...

—Hable usted á Lainez sin cuidado, que á usted le dará una respuesta terminante. Yo, ¿para qué la queria?

El general miró sorprendido á don Cándido.

Éste se puso en pié, diciendo:

—El capitan es nuestro... Ahora voy á ocuparme de otros.

—Aguarde usted...

—Soy un pobre agente mercantil y puede llamar la atencion que el señor conde tenga la paciencia de escucharme más del tiempo absolutamente necesario para darle cuenta de un asunto.

—Pero Lainez... ¡Oh!—repuso el general.—Aún no comprendo...

—Espera órdenes de usted... No sé más ni usted necesita más tampoco... ¿Será posible que crea usted que he cometido una ligereza?

—No.

—Adios, conde, hasta otro dia...

El general estrechó la diestra de don Cándido.

Éste salió.

Quince minutos despues llegó á la calle de la Magdalena, y mientras sacaba la llave y abria la puerta de su casa, miraba de reojo un bulto que habia junto á la pared de enfrente.

Era Cantela.

—Bien,—dijo para sí don Cándido:—espera á Plotoski, y entretanto observa la vivienda del señor Patricio...

Temo que mi vecino Plotoski tenga un disgusto; pero la culpa es suya, porque se hace sospechoso. A un hombre tan astuto como ese bribon, no puede ocultársele que mi vecino no es lo que parece. Sus sospechas deben ser las mias, con poca diferencia, y si la situacion continúa lo mismo, no ha de valerle al extranjero la proteccion de don Juan de Bustamante.

CAPITULO XX.

En que se habla de todo.

Ya hemos dicho que el gobierno sabia que se conspiraba y que los conspiradores trabajaban para gana el ejército; pero no sabia más.

En cambio el jefe de policía habia conseguido hacer averiguaciones de muchísima importancia y estaba muy cerca de coger el verdadero hilo de la trama.

Empero ya sabemos que el señor Morato era demasiado astuto y que antes que todo miraba su propia conveniencia.

De las noticias que adquirió no comunicó al ministro mas que una parte, la de ménos importancia.

¿Qué se proponia con esto?

Continuar trabajando y dar cuando ménos se espe-

rase un gran golpe, haciendo valer sus servicios y obteniendo una recompensa extraordinaria á la vez que aseguraba más y más su posicion.

El señor Morato queria probar hasta la evidencia que era un hombre indispensable, absolutamente indispensable, y que no habia ninguno que pudiera sustituirle, porque ninguno valía tanto como él.

Contaba con el apoyo de don Juan de Bustamante; pero esto no le era suficiente, y aun seria bien poco en ciertas circunstancias.

No habia quien ignorase que se conspiraba en el ejército, y que el nombre de algun general daba prestigio y fuerza moral á la conspiracion.

El ejército era, pues, lo más importante, porque, ¿qué seria del gobierno el dia que le faltase el apoyo de las bayonetas?

No contaba con la opinion pública; no contaba con el apoyo decidido de ningun partido; porque los reaccionarios estaban descontentos, y los liberales maltratados.

A los reaccionarios se les habia concedido mucho; pero no todo lo que querian, y no estaban dispuestos á ponerse al lado del poder sino en ciertos casos, precisamente cuando ménos valia su ayuda.

En la política el tira y afloja es el peor de todos los sistemas.

Cuando un gobierno quiere á la vez estar dentro y fuera, ser al mismo tiempo un gobierno de fuerza y po-

pular, cuando cree que la equidad y la justicia consiste en respetar la soberanía de la nacion y á la vez rendir culto al derecho divino, cuando adopta este sistema, repetimos, se pierde, porque como á nadie satisface por completo, nadie lo defiende con decision; como todos están descontentos, todos son sus enemigos más ó ménos encarnizados, y los que no son enemigos, son indiferentes.

Si Napoleon III para responder á sus antecedentes de monarca por la voluntad nacional, quisiera ser popular sin dejar de ser autócrata, se hundiria, porque la teocracia y la aristocracia dejarian de defenderlo, y el pueblo, que aborrece á los autócratas, acabaria bien pronto con él.

Para responder á su historia sin hundirse, deberia Napoleon III ser monarca verdaderamente demócrata, porque entonces, aunque la teocracia lo abandonase, lo defenderia el pueblo.

En politica es preciso colocarse en un camino, dentro de un criterio, y seguir hasta el fin: el que vacila, cae.

El camino de la política no tiene más anchura que el filo de una espada.

Dado el primer paso, es menester seguir adelante sin pararse á mirar atrás ni á los lados.

El que intenta retroceder ó detenerse, pierde el equilibrio y cae al fondo del abismo que se abre á sus piés.

No puede sostenerse un gobierno que tenga el corazon demócrata y la cabeza del autócrata.

Tiene el enemigo dentro de sí mismo.

La cabeza y el corazon están en perpétua lucha.

¡Los aplausos populares!...

Esto es muy grato.

Pero ¿y el poder, y las sonrisas del trono?

Un gobierno que á nada de esto quiere renunciar, hace lo que aquellos gobiernos hacian.

Hoy se dobla la rodilla ante un bonete.

Mañana se sacrifica todo por una palabra benévola de lábios augustos.

Luego se mendiga un aplauso del pueblo.

De esto resulta que todos desconocen al gobierno, todos le dicen: «No eres de los mios.»

Y vacilando, balanceándose, haciendo esfuerzos sobrehumanos para guardar el equilibrio, consigue sostenerse algun tiempo en ese camino que, segun hemos dicho ya, es estrecho como el puente que han de pasar, segun su religion, las almas de los mahometanos.

Pero al fin cae.

El balancin puede servir al acróbata en momentos dados; pero nada más.

Es el compensador; pero no el sosten, no es la base.

Una vez colocados sobre la cuerda, conviene llegar pronto al otro extremo.

Detenerse, es aumentar las probabilidades de caer.

¿Es extravagante cuanto decimos?

Tal vez; pero no puede ser otra cosa.

La política española ha sido por muchos años una extravagancia.

Sin el apoyo moral de ningun partido, el gobierno no podia sostenerse sino con la fuerza material de las bayonetas.

El señor Morato, que conocia las interioridades políticas y que era sobradamente perspicaz, comprendia todo esto.

El dia en que el jefe de policía pudiera decir al gobierno: «Mira tu apoyo único, te abandona, y yo con mi astucia, con mi inteligencia, he detenido el golpe. En un momento he anulado el trabajo constante de muchos meses, de algunos años:» el dia en que esto pudiera decirlo, repetimos, seria el hombre necesario, el hombre de importancia, porque seria considerado como un elemento indispensable para el sostenimiento, no solamente del gobierno, sino del trono.

Para esto era preciso que nadie conociese sus trabajos.

Si hubiera ido dando parte de ellos, los demás habrian contribuido á la obra, y la gloria no hubiera sido solamente suya.

Cuando el gobierno considerase que no habia salvacion posible, entonces diria él:

—Aquí estoy yo, que haré lo que nadie puede hacer, que de un solo golpe aniquilaré al enemigo.

Y lo aniquilaría, porque tenia en su mano el resorte secreto del cual todo dependia.

Indispensables son estas explicaciones, lector querido, si has de comprender los sucesos, y tambien indispensables si has de conocer las interioridades ó misterios de la política, si has de saber de qué manejos depende con frecuencia la felicidad del pueblo, y qué causas producen esos efectos inesperados, inexplicables, inconcebibles.

El interés de una persona ha producido muchas veces cambios políticos, triunfos y derrotas que nadie ha podido prever y que no son creibles sino porque son un hecho; una cuestion particular ha sido muchas veces orígen de trastornos políticos que han costado al pueblo hasta sangre.

Dirás, lector, que si esto es la política, renuncias á ella.

Sí, eso es cuando los gobiernos son dueños absolutos de obrar á su antojo, ó lo que es igual, cuando el pueblo no tiene participacion en la política, cuando se le priva del ejercicio de sus derechos y se le obliga á obedecer ciegamente, cuando se establece el principio de que lo que dispone y manda un gobierno, está bien mandado, es justo, solo porque él lo hace.

Y no hay que decir que entonces estábamos regidos por un sistema constitucional y que el pueblo tenia participacion en la política, puesto que habia una representacion nacional que legislaba: no, el pueblo no tenia ninguna representacion, porque las ilusiones eran una farsa, porque á la Asamblea popular no venian más que

los hombres que el gobierno queria que viniesen y que habian de apoyarlo, los unos para conservar sus empleos, los otros para conseguirlos, estos por alcanzar honores, aquellos por tener influencia de que se aprovechaban en cualquier sentido, y si se permitia la eleccion de unos cuantos hombres independientes y de recta conciencia, era por la necesidad de tener una oposicion, pues sin la oposicion hubiera sido imposible sostenerse.

Pero la oposicion no daba cuidado al gobierno, porque no le estorbaba.

El gobierno, por mera fórmula, para cubrir las apariencias, proponia lo que se le antojaba.

¿Qué le importaba la oposicion?

La dejaba hablar hasta donde le convenia; pero estaba tranquilo, porque la mayoría de los votos eran suyos, la mayoría de los diputados eran subordinados que obedecian ciegamente, tan ciegamente, como que con la obligacion de obedecer se les habia hecho diputados, como que aquella obediencia se pagaba con empleos.

Por eso cuando un diputado proponia que el cargo de representante de la nacion fuese incompatible con todo empleo, la mayoría temblaba, se horrorizaba.

Al hablar de esto no queremos atacar á determinadas personas, porque ya hemos dicho que deseamos huir de lo que se llama personalidades; pero ¿es ó nó cierto que hay diputados empleados que no cuentan para vivir con más recursos que su sueldo?

Sí, es verdad.

¿Y cómo quereis exigir de un hombre que á sus deberes políticos sacrifique el pan de su familia?

No, un padre no se resigna á ver con hambre á sus hijos por la satisfaccion de haber cumplido ciertos deberes.

Hubo un Guzman el Bueno, que sacrificó á su patria sus afecciones de padre; pero aquel hombre era una excepcion, á todos los hombres no puede pedírseles que sean Guzmanes.

Pues bien, con un crecido número de empleados en el Congreso, un gobierno puede hacer lo que se le antoje, porque en este caso, el gobierno no va á la Asamblea popular á convencer y buscar votos, sino á mandar que se diga *sí* ó *nó*; y cuando manda, se le obedece, porque la desobediencia lleva tras sí la cesantía, y la cesantía lleva otra cosa peor.

Nuestro sistema representativo ha sido, pues, una farsa.

En el escenario político hemos visto lo que ha querido dejársenos ver: lo más interesante se quedaba entre bastidores.

Si los cómicos se hubieran quitado el disfraz y el colorete...

¡Cuántas sublimidades hubiéramos visto por el suelo!

Del sainete se quiso hacer un drama.

¿No debia suceder que el pueblo hiciera del drama un sainete?

Esto era lógico.

La lógica es la ley natural, y la criatura obedece forzosamente á la naturaleza, de que forma parte.

Siempre que tocamos la política, dudamos para hablar sériamente.

Esto tiene su razon: para ser graves, tendríamos que ser muy duros, y no quisiéramos serlo.

Terminemos, porque echamos de ver ahora que hemos tocado muchos puntos, y que casi hemos olvidado al jefe de policía.

Quedamos en que se conspiraba, y en que la conspiracion no tenia un verdadero carácter popular, sino militar.

El objeto de los conspiradores no era otro que el de cambiar la situacion política en cuanto á los hombres que formaban el ministerio.

En cuanto á Isabel de Borbon, no habian pensado en destronarla, ni mucho ménos en proclamar ciertas libertades.

¿Qué significaba todo ello?

Un cambio de ministros, y lo más algun desahogo, alguna más extension en tal ó cual derecho.

¿Qué debia ganar España?

Nada, absolutamente nada.

El pueblo, si no tiene instruccion, tiene buen instinto, y debia suceder lo que don Cándido habia pronosticado.

No queremos calificar ciertos hechos.

Así pasaron dos meses.

El señor Morato adelantaba; pero aún no habia llegado adonde queria.

El gobierno, apenas vencida una dificultad, encontraba otra mayor.

En esta lucha moral se agotaban sus fuerzas, y empezó á comprender que más ó ménos tarde sucumbiría, arrastrando tras sí el trono que intentaba sostener.

Se quiso apelar á un medio extraordinario.

El prestigio de la reina menguaba.

Sus más ardientes defensores se desalentaban.

Entonces se habló de la abdicacion de la corona.

¡Abdicar!...

Isabel II queria morir reina.

Algo se hizo para obligarla; pero ella resistió.

Bien pensado, abdicar entonces significaba hacer reyes á los que eran ministros.

Con su altivez de soberana por derecho divino, Isabel de Borbon lanzó una mirada de anonadador desden á los ambiciosos.

Queremos á toda costa ser justos y decir la verdad: Isabel II fué en aquella ocasion verdadera reina y verdadera señora.

Fué preciso abandonar semejante idea.

¡Cuántas esperanzas se desvanecieron!... Y hablando poéticamente: ¡Cuántas ilusiones se marchitaron!

Aquellos grandes hombres no acertaron á salir del apuro.

Cuando uno no sabe qué determinar en asuntos

graves, deja cada dia la resolucion para el siguiente.

Así, ya que otra cosa no se gane, se gana tiempo, y todo es ganar.

La reina se defendió con el *non possumus*, ó como se dice castellanamente: no me dá la gana.

El ministerio adoptó el sistema de *statu quo*, que es lo mismo que decir: no hago nada y que ruede la bola.

Se aplazó la cuestion para cuando la corte regresase á Madrid.

El plazo no era largo, puesto que ya se estaba en Setiembre.

Pero no contaron con la huéspeda, ó para hablar con más exactitud, con el huésped, porque es á un varon al que nos referimos.

Dice el refran, que el hombre propone y Dios dispone.

Esta es una gran verdad.

Felipe II envió contra Inglaterra la escuadra más formidable de que se tiene noticia; pero no contó con el huracan, y éste, que no debia ser amigo de Felipe II, deshizo de un soplo la llamada armada invencible.

Cuando el poderosísimo monarca recibió la noticia, respondió con aquella frialdad espantosa que lo caracterizaba:

—Yo no he enviado mis navíos á pelear con los elementos.

El ministerio, cuando tuvo noticias del huésped á que nos referimos, debió decir:

—Yo no he tratado de habérmelas con ese señor, sino con los revolucionarios y las camarillas.

Valga por lo que valga, advertimos que ya sabemos que huésped es el dueño de la casa, no el que se aloja en ella, y si ahora damos ese nombre con aplicacion contraria á la que debe tener, es por seguir la costumbre, por usar la misma palabra que otros han usado.

Y hé ahí, lector, cómo sin sentir vamos dando á este capítulo más extension de la que nos habiamos propuesto.

Dijimos que íbamos á terminar, porque tal era nuestra intencion, y no lo hemos cumplido.

Pero si hemos de hablar con franqueza diremos que rehuimos cuanto nos es posible entrar de lleno en el asunto que debe ocuparnos en los capítulos siguientes, porque es asunto demasiado grave, y además muy desagradable; es un asunto verdaderamente horroroso y que no permite ninguno de esos desahogos de buen humor á que dan lugar las farsas políticas.

No podremos ser mordaces; no nos tomaremos la libertad de una sonrisa de burla, porque no somos de los que nos reimos ante la muerte y los horrores.

Lo que es verdaderamente respetable lo tratamos con respeto, sin que se entienda que es para nosotros respetable todo lo que es terrible ó aterrador.

Si el capítulo siguiente quieres pasarlo en claro, lector querido, puedes hacerlo, porque en último resultado, con una sola frase estaria explicada la situacion,

pues una sola palabra diria todo lo que hemos de decir con muchas.

Sin embargo, en nuestra opinion nada inútil vamos á decir, y los que opinion contraria tengan habrán de reconocernos el derecho de divagar, el derecho de la digresion que tiene el novelista.

¿Hemos preparado bastante bien el ánimo para hablar de lo que en todos conceptos es tristísimo y espantoso?

Creemos que sí, y por consiguiente daremos aquí fin á este capítulo y empezaremos el siguiente.

Lector, vuelve la hoja.

CAPITULO XXI.

El viajero.

¿Quién es ese viajero, que en medio de las tinieblas de la noche avanza sin cuidarse de buscar los senderos, sin mirar si á sus piés se abre un abismo, sin detenerse ante las escarpadas rocas?

No vuelve la cabeza atrás, ni parece mirar hácia el punto adonde se dirige.

Su paso es siempre firme, siempre igual.

Y sin embargo, su respiracion violenta parece revelar el cansancio.

Su cuerpo se encorva como si no pudiese soportar el peso de los años.

Su blanca y espesa barba cubre su rostro y oculta su fatigado pecho.

En los descarnados y salientes pómulos de su rostro se ven las señales de la intemperie, y en su frente espaciosa las arrugas de la vejez y la revelacion de un pensamiento constante, profundo y tenebroso.

Empero sus ojos brillan con el fuego de la juventud, y su mirada es enérgica, penetrante, imponente, ó más bien terrible, aterradora.

El viento agita su luenga cabellera y hace ondular su largo y negro ropaje.

¿Por qué no se detiene?

Diríase que una mano invisible, inexorable, omnipotente lo arrastra á su pesar y sin más fin que el de arrastrarlo.

No parece sino que la voluntad divina lo impele, como el huracan con su fuerza incontrarestable empuja la nave sin que la voluntad del piloto pueda evitar que se estrelle en las rocas.

Sí, lo lleva una fuerza superior á su voluntad, y para él no existe el reposo.

El anatema divino lo ha condenado á incesante movimiento.

Anda, dijeron los lábios inmaculados del Redentor.

Y el impío viajero vive para andar.

Y siempre anda, recorriendo la tierra en todas direcciones.

Y su planta ha dejado huellas en todas partes.

Y su aliento se ha esparcido por todo el ámbito de la atmósfera en que se envuelve nuestro mundo.

Y desde todas partes ha contemplado con insidiosa mirada el reposo de la muerte de sus víctimas.

¡La muerte, el reposo, la quietud, la inmovilidad!...

Hé ahí su deseo único, su ambicion, su afan.

La muerte, que para todos lleva él, y para él no existe.

La muerte, á quien él sonrie, mientras la humanidad la mira con espanto.

Para él no hay más felicidad que la quietud aterradora para todos.

La inercia es para él la suprema dicha.

Las negras tinieblas del sepulcro son para él la sonriente luz.

No existe para él verdadera tranquilidad, mas que en el pavoroso silencio de las tumbas.

Para él, en fin, la vida es el descanso del no sér.

El sér es la agonía, el tormento más horrible.

¡Y está condenado á la vida mientras exista el mundo!

¡Está condenado al movimiento mientras haya movimiento para la material

Han pasado ante sus ojos diez y nueve siglos.

Ha visto desaparecer las generaciones.

Ha contemplado la lucha incesante de la humanidad.

Durante diez y nueve siglos ha visto cómo la sociedad devoraba sus propias entrañas, cómo devoraba sus propios miembros, y cómo cada uno de los miembros se esforzaba para destrozar la sociedad.

Ha visto cómo la criatura se revelaba contra sus pasiones y con sus pasiones luchaba, y cómo á la vez se hacia esclava de sus pasiones.

Ha visto al hombre lanzándose atrevidamente sobre el corazon de la naturaleza para arrancarle sus misterios, mientras que la naturaleza invulnerable se reia de la impotencia del hombre.

Ha visto, en fin, á la pobre humanidad moverse, agitarse, revolverse y correr tras la dicha completa, en busca de la felicidad absoluta, como el avaro cuando busca un tesoro que no sabe dónde se oculta, pero de cuya existencia está seguro, y ha tenido lástima de la pobre humanidad, que se afanaba buscando lo que habian puesto ante sus ojos, lo que desde la cumbre del Gólgota le habian ofrecido, lo que en todas partes tenia, lo que á todas horas podia encontrar, lo que lleva en su naturaleza, en su propio sér.

Sí, lo que desde el Gólgota se le ofreció con estas palabras:

Amaos los unos á los otros; ama á tu prójimo como á tí mismo.

¡Buscar la dicha que tiene completa en la práctica de este precepto!...

¡Pobre humanidad!

Mientras camina, mientras en todos sentidos recorre una y mil veces la tierra, el sombrío viajero ha visto el llanto y las sonrisas, el dolor y los goces, las esperanzas y los desengaños, las ilusiones y la realidad.

Y todo ha desaparecido para aparecer de nuevo.

Su ardiente mirada ha visto cómo el sér animado se convertia en inerte materia, y cómo la materia se pulverizaba, se descomponia, se esparcia en átomos invisibles, se mezclaba, se trasformaba y volvia á vivificarse, obedeciendo á leyes supremas, inmutables é incomprensibles para la criatura, y cómo todo era diverso á cada instante y todo siempre igual.

Y sus mismas plantas, siempre en movimiento, luchan constantemente por colocarse la una delante de la otra.

Y ambas, con la esperanza de triunfar, se mueven incesantemente.

Y así dan un paso tras otro paso.

Y sin saberlo, obedecen á la voluntad suprema.

Y el viajero anda, y siempre anda.

Con cada uno de sus pasos, abre una fosa.

Con cada uno de sus hálitos venenosos pone término á una vida.

Lleva consigo la muerte.

Deja en pos la orfandad, el dolor y el llanto.

Esparce el terror...

Todos huyen de él, y todos quieren conocerlo para combatirlo...

¡Nadie lo descubre!...

Es el soplo que se siente y no se vé.

Es la muerte misma que se oculta en el corazon para que no la vean los ojos.

¿Quién es, quién es el viajero que anda sin cesar hace más de diez y ocho siglos, que anda desde el dia en que el universo se extremeció al solo leve soplo del último aliento exhalado en la cumbre del Gólgota por el divino mártir?

¿Quién es, quién es?

Nadie lo sabe.

Todos lo sienten y nadie lo vé.

Y él anda siempre.

No, no hay para su fatigado cuerpo un solo instante de reposo.

De Jerusalen se le vió salir.

Se alejó de los muros de la ciudad santa.

Recorrió nuestro hemisferio.

Y su planta holló un mundo desconocido para el mundo civilizado.

Y bajo un sol abrasador, que encendia su palpitante pecho, aspiró con avidez las emanaciones de las corrompidas aguas del Ganges.

Y siguió caminando, y volvió entre nosotros, y respiró con la violencia de su desesperante fatiga... .

¡Con su aliento esparció la muerte!

Desde entonces, en sus pulmones podridos, el aire puro y vivificador se convierte en veneno, que se esparce, se infiltra y mata, porque no hay pulmones que resistan lo que los del viajero que tiene señalado el término de su existencia con el del mundo, y debe vivir mientras el mundo exista.

Miradlo, miradlo en medio de las tinieblas de la noche, negro como las tinieblas.

Su figura extraña, fantástica y aterradora, parece esfuminarse en el horizonte.

No es un cuerpo, es una sombra...

No es una sombra, es la muerte.

Sus ojos relumbran.

Parecen dos abrasadores discos engastados, incrustados en una masa de tinieblas.

Intenta detenerse en una cumbre árida y pedregosa.

Se esfuerza por afirmar la planta.

Bajo sus piés crujen los guijarros, se rompen, se pulverizan...

¡Vanos esfuerzos!

Contra su voluntad se agitan sus miembros.

Sus encallecidos piés se mueven como si un resorte de fuerza incalculable los despidiese de la tierra.

Aquellos piés son enemigos irreconciliables que no pueden estar unidos.

Se separan como si se repeliesen con la fuerza del odio.

Empero el que detrás se queda, quiere ponerse delante y avanza.

Y avanza el otro tambien...

¡Y el viajero anda, y siempre anda!...

Anda, porque lo impulsa la voluntad omnipotente; anda, porque ha de cumplirse el divino anatema.

El sordo ruido de sus pasos responde al eco de los

golpes con que la mano trémula del hijo, del padre ó del hermano, clava el ataud donde se encierra el cuerpo inerte del deudo querido.

Al sordo ruido de sus pasos responderá á su vez el de nuevos golpes que cierren más ataudes, el de lamentos desgarradores.

Cuando el viajero se acerca, no se vé más que el terror abriendo fosas.

Cuando el viajero pasa, no se encuentra más que el dolor cerrando sepulturas.

Busca, busca, ciencia.

Estudia, analiza, observa...

Hasta hoy has sido impotente.

Tu mirada, á pesar de toda su inteligencia, de toda su perspicacia, no ha logrado ver ese soplo mortífero que corre sin cesar, ese viajero fantástico.

Sí, ciencia, has sido impotente y has tenido que dejar el campo libre á la imaginacion del poeta, que no conoce límites para extender sus alas, que puede volar en todas las regiones, que recorre todos los mundos, que encuentra luz en medio de las tinieblas, que puede mirar frente á frente al sol y adivina en la luz del sol un más allá desconocido para tí, ciencia impotente.

Sí, la imaginacion, el genio inspirador, el rayo de luz divina, el soplo creador del Omnipotente, la imaginacion que extiende sus alas y vive donde tú, ciencia, no comprendes la vida; la imaginacion, que penetra donde el cálculo es un imposible, que se rie de lo imposible que

á tí te espanta, y que es dueña y señora absoluta de lo imposible que á tí te detiene y te esclaviza.

La creacion toda es para la imaginacion.

Y la creacion es lo infinito.

El espacio, sin principio ni fin, es para la imaginacion.

Donde la ciencia ha dicho *misterios*, ha debido decir *leyes*, que no acertaba á conocer.

La ciencia no sabe si un átomo desprendido de un cuerpo, engendra una masa de ponzoña, que en virtud de una ley de la naturaleza, se esparce ó corre hácia donde forzosamente tiene que ir, para producir otros efectos, para dar tal vez la vida, como antes sembró la muerte.

No lo sabe, ni mucho ménos, si otro átomo de que la ciencia puede disponer, anularía la ponzoña engendrada por el primero, convertiria quizá en elemento de vida lo que es causa de muerte.

En la naturaleza no existe el azar.

El fenómeno no existe, es una palabra con que la ciencia se excusa de explicar lo que ignora, es el nombre que dá á lo que no comprende, nombre que la misma ciencia no ha podido definir sino con una negacion disimulada.

Reconocer el fenómeno y el azar, es lo mismo que reconocer las fuerzas ciegas y perdidas.

Y las fuerzas no se pierden, porque siempre impulsan, siempre producen nuevas fuerzas, y de impulso en

impulso van á lo infinito, porque lo infinito es la condicion esencial de la creacion.

Las fuerzas no son ciegas, obedecen á una ley fija, tienen marcado un camino, tienen un destino siempre, son siempre causa de un objeto preconcebido por la misma naturaleza, son un resorte de la creacion, saben adónde van y para qué van.

Busca, ciencia, busca.

Las leyes de la creacion son una cadena.

Un eslabon trae otro.

¿Puedes llegar al último?

El que tú llamas último está enlazado con el primero.

No esperes, pues, encontrar un término; intenta solamente recorrer todos los eslabones...

No, tampoco.

La cadena no es en último resultado mas que un efecto, que debe tener su causa, que la tiene.

La causa no puede reconocer otra, porque seria uno de tantos eslabones, debe ser la causa de las causas, es la idea del *sin principio*, y por consiguiente, *sin fin*...

La ciencia es Dios.

Ciencia humana, no eres más que una escudriñadora torpe, una curiosa impertinente.

Algo has averiguado, porque no duermes y á todas horas estás escuchando y mirando.

Pero cuando logras coger un eslabon, no aciertas á tirar de modo que salga el que le sigue.

Tal vez la misma impaciencia de tu curiosidad te obliga á extender las manos y coges otro que está lejos del primero.

Un dia llegará en que todos los conozcas; pero aisladamente.

Posible es conocer, distinguir, apreciar muchas condiciones de cada una de las piezas de una máquina, que se nos presente desarmada; esto es innegable; pero ¿cómo se combinan aquellas partes para que el conjunto funcione bien?

¿Qué relacion tiene una rueda con otra?

Hé ahí la dificultad.

Supongamos que la ciencia consigue al fin ir apoderándose uno por uno y ordenadamente de los eslabones de esa gran cadena de las leyes de la creacion.

La obra es larga; pero comenzada por una generacion, será continuada por las demás, y en fuerza de siglos y generaciones...

No sonrias, humanidad: cuando no falte más que u eslabon, cuando te prepares á exclamar: ¡*Eureka*! deja rás de existir, pobre humanidad, porque el mundo, q' ha tenido principio, tendrá fin, y hasta el último dia la existencia del mundo no cogerás el penúltimo (labon.

Ciencia, te admiro y te respeto, porque represe el trabajo y los sacrificios de todas las generacio, porque eres testimonio de la virtud de la humanil, porque has hecho á la humanidad inmensos benefic y

porque eres la antorcha que disipa las tinieblas del camino que recorre nuestro entendimiento.

Bendita eres, ciencia.

Dios premiará la sublime abnegacion de los que han consumido su vida, llevando siquiera un grano de arena al edificio del saber humano.

Empero hasta hoy has sido impotente para combatir los efectos de los emponzoñados hálitos del viajero que, en las orillas del Ganges, aspiró la muerte sin morir y respira para matar.

Deja, pues, el paso libre á la imaginacion del poeta; deja que la imaginacion creadora, si no convence, fascine; déjala, que si en las causas supone, si en las apreciaciones idealiza, al fin, en los efectos se colocará, lo mismo que tú, dentro de la realidad.

Si la imaginacion ha dado al viajero formas y le ha supuesto condiciones que no tiene, ven, ciencia, y dí cuáles son sus verdaderas condiciones.

¿Lo ignoras?

Sí.

Entonces repetiremos: paso libre á la imaginacion creadora, paso á los fantasmas...

Mira, lector, mira á la cumbre donde dejamos al terrible viajero.

CAPITULO XXII.

Que es continuacion del anterior.

Ya no está el viajero en la cumbre.

Se ha esforzado inútilmente para detenerse.

Baja por la pendiente escarpada.

Atraviesa la llanura.

Lo mismo que siempre, adelanta sin buscar un sendero.

A su paso todo se destruye.

Bajo sus piés se rompen los tallos de las flores silvestres, se marchita la fresca yerba, se revuelve el cieno en el fondo de los arroyos, enturbiando las cristalinas aguas, cruje la maleza y ruedan los guijarros.

Los reptiles se revuelven y arrastran, los insectos se agitan, y más lejos resuena el graznido lúgubre de las

aves nocturnas, y el triste aullido del perro, cuyo delicado instinto le hace anunciar el peligro que se acerca.

El horizonte está despejado y cuajado de estrellas.

Empero bien pronto el aliento impuro del viajero comienza á esparcirse como un humo ligerísimo.

El cielo pierde su color azul.

Parece que una nube blanquecina, sutil y trasparente cubre el espacio.

Y sin embargo, no hay ninguna nube.

El horizonte cambia de color y las estrellas palidecen.

Esto es todo, ó por lo ménos no distinguen nuestros ojos otra cosa.

La palidez de los astros entristece sin saber por qué.

Diríase que la atmósfera ejerce una presion insoportable, que ahoga, que aplana.

No se respira con placer el aire fresco y puro de la noche.

El pecho se siente oprimido, el corazon palpita con desigualdad.

El céfiro no es el soplo que acaricia dulcemente: produce una sensacion desagradable.

El alma se entristece y gime.

¿Por qué?

Lo que no puede hacer nuestro entendimiento, lo hace el instinto.

Esto es cuanto podemos decir.

La tristeza ha de convertirse bien pronto en dolor.

El dolor se expresará con llanto.

¡Detente, viajero, detente!...

No.

¡Avanza, siempre avanza!

¡Anda! repite la voz omnipotente lo mismo que hace diez y ocho siglos.

Y el viajero obedece y anda.

Levanta los ojos, que relumbran más cuanto ménos fulguran las estrellas.

Lanza al cielo una mirada de desesperacion.

Luego contempla una masa negra, informe, que se levanta á lo lejos.

En aquella masa, como luciérnagas esparcidas en un lago de sombra, brillan muchas luces.

Es una poblacion, es Madrid.

Madrid, que duerme poco, ó más bien que empieza á dormir cuando la naturaleza empieza á despertar; Madrid, que duerme cuando sonrie la dorada aurora; es Madrid que se agita, que goza entre las negras tinieblas, que en medio del bullicio de la noche descansa del trabajo del dia.

Entre los que gozan y rien hay muchos que sufren y lloran.

Pronto llorarán todos, porque todos serán iguales.

Todos han de aspirar la misma atmósfera, y en todos los corazones se infiltrará la ponzoña del corrompido aliento del viajero.

El dolor destrozará todas las almas.

La sepultura será para los ricos tan fria y tenebrosa como para los pobres.

La muerte no reconoce gerarquías ni poderes y se burla de las vanidades humanas.

Para la muerte no hay más que existencias que terminar.

Su mision es destruir unos séres para que otros puedan nacer, y cumple su mision.

El viajero sigue andando.

La atmósfera es cada vez más densa, y el horizonte ménos trasparente.

Mengua rápidamente la distancia entre la poblacion y el viajero.

Éste llega al fin.

Su incansable planta hace temblar el pavimento.

Aumenta su fatiga.

Su respiracion es más violenta.

El aire produce en el interior de su pecho un ruido cavernoso.

Sus ojos se revuelven en sus órbitas y lanzan en todas direcciones miradas centellantes y profundas.

Atraviesa las calles, donde la multitud bulle alegremente.

El ruido sordo de sus pasos hace extremecer.

Los transeuntes le miran con horror.

Le dejan el paso libre: nadie se atreve á detenerlo.

Todos quieren huir; pero los más no aciertan á moverse.

Parece que el terror los deja petrificados.

No hay frente que no palidezca; no hay ojos que no pierdan el brillo; no hay semblante que no exprese la tristeza ó el pavor.

Las miradas se elevan al cielo, hasta las miradas de los impíos.

Cuando el hombre reconoce su impotencia, se dirige á Dios.

Pero el cielo está cubierto por un velo blanquecino.

Diríase que entre Dios y los hombres se ha colocado un obstáculo para que la humanidad quede abandonada á sus propias fuerzas.

La humanidad huérfana, sola y débil sucumbirá.

El enemigo invencible para los hombres podria ser instantáneamente aniquilado por Dios.

Pero Dios quiere dejar la naturaleza entregada á sus propias leyes: ahora lo quiere así.

Defiéndete con tu ciencia, humanidad.

Empieza á cesar el bullicio.

Ya no se agita Madrid como antes se agitaba.

La poblacion no goza, no descansa del trabajo del dia.

Van apagándose los ruidos.

Reina al fin pavoroso silencio por todas partes.

¿Cuándo se interrumpirá el silencio, cuándo renacerá el movimiento?

Pronto, muy pronto.

Cruzan apresuradamente por las calles hombres y

mujeres, en cuyos semblantes se pinta la angustia y el miedo.

Detiénense aquí y allí.

Los férreos aldabones de algunas puertas se levantan, caen, y el ruido de sus golpes interrumpe por fin el silencio.

Los que iban solos, vuelven acompañados.

Han pedido á la ciencia sus socorros, y la ciencia acude.

Los que han vuelto acompañados, corren solos por segunda vez.

La ciencia se ha declarado impotente.

No queda más que Dios.

A Dios se acude.

Rechinan los goznes de las puertas de los templos.

El sacerdote lleva en sus manos la sagrada hostia.

Dios omnipotente y misericordioso sale de su morada.

El resplandor de los cirios se esparce en las calles.

El metálico sonido de la campanilla anuncia la presencia de Dios.

Los transeuntes que más prisa llevan, se detienen, descubren la cabeza, doblan la rodilla y dirigen á Dios palabras de fé.

Desgarradores lamentos se dejan oir en el interior de los edificios.

El matutino crepúsculo empieza á sonreir, y Madrid llora.

Nunca ha habido tanto movimiento, y sin embargo las calles parecen desiertas.

En todas direcciones, silenciosos y encorvados, cruzan hombres cargados con ataudes vacíos, que en breve encerrarán cuerpos inertes...

Sí, bien pronto el ruido sordo del martilleo se confunde con el de los desgarradores ayes.

Tañen las campanas.

Los lábios no se mueven sino para orar ó para exhalar tristísimos lamentos.

¡Cuánto huérfano, cuánta viuda, cuánto desamparo, cuánto horror!

Primero acude la ciencia: despues responde el Omnipotente con su misericordia infinita, y luego llega presurosa la caridad con sus inagotables recursos y sus dulcísimos consuelos.

Donde la caridad no salva existencias, enjuga llanto; donde encuentra miseria, dá pan.

¡Dia inolvidable!

¿Y el viajero?

Ha desaparecido.

Pero queda su aliento en el espacio.

¿Quién es?

Nadie lo sabe.

¿No tiene nombre?

Sí, la ciencia le ha dado uno.

Esto es cuanto la ciencia ha podido hacer.

El nombre del viajero corre de boca en boca.

Nadie quisiera pronunciarlo, y sin embargo, todos lo pronuncian con repugnancia y con pavor.

Preguntad por qué todos lloran y todos quieren huir; preguntad por qué se abren tantas sepulturas, por qué tiemblan los más valerosos, por qué tanto huérfano tiende los brazos, por qué los descreidos acuden á Dios.

Todos os responderán:

—¡El cólera!...

¡Nombre espantable!

La caridad, solamente la caridad no tiembla.

La caridad mira frente á frente al viajero, lo busca, lo provoca á luchar, lucha y... ¡alguna vez lo ha vencido!

¡La caridad ha hecho más que la ciencia!

¡Santa caridad!...

Ya sabeis quién era el viajero, cuya mortal presencia debia trastornar todos los planes.

Ahora nos ocuparemos de la influencia que ejerció en la política; pero antes, y para concluir este capítulo, haremos una advertencia.

No hemos querido imitar ningun otro escrito al hablar del cólera, ya porque somos enemigos de las imitaciones, ya porque nos consideramos muy poco para imitar lo que ha brotado de plumas como la de Eugenio Sué.

El insigne autor de *El Judio errante* tomó la tradicion, por cierto muy antigua, y sacó de ella todo el partido que podia sacar su gran talento.

Nosotros tenemos el mismo derecho y usamos de él, por más que no estemos dotados del genio del inmortal Sué.

La prueba de que no hemos querido imitar, está en la comparacion de ambos escritos sobre este asunto, pues no se parecen, ni en su fondo, ni en su objeto, ni en la forma.

CAPITULO XXIII.

La influencia que empezó á ejercer el viajero en la política.

El miedo es mal consejero, el peor de los consejeros, tan malo, tan torpe, que casi siempre nos hace correr hácia el mismo peligro de que queremos huir, y cuando esto no sucede, nos hace caer en otro mayor.

Hay quien confunde el miedo con la prudencia, así como hay quien no distingue entre el valor y la temeridad.

En la guerra mueren casi todos los cobardes y los temerarios, así como perecen pocos valerosos y prudentes.

Esto mismo sucede en todas las situaciones de la vida en que el valor representa el principal papel.

No tardaremos en ver las consecuencias que produjo el miedo de Isabel II.

No es posible hacer una pintura del aspecto que presentaba Madrid, no es posible describir tanto horror.

Por todas partes se veian ataudes

Donde quiera resonaban lamentos.

Al transitar por las calles, se oprimia el corazon.

En todos los semblantes se revelaba el dolor y el espanto.

Nuestra imaginacion de novelista no ha inventado lo de la nube formada por los impuros hálitos del terrible viajero.

Pocos de nuestros lectores habrán dejado de encontrarse alguna vez donde el cólera hiciese sus espantosos extragos, y todos ellos habrán observado que al desenvolverse la epidemia, el cielo toma un color blanquecino y pierde su trasparencia, que la luz del sol no es tan intensa, que las estrellas palidecen y que los resplandores de la luna parece que con gran dificultad llegan á la tierra.

Todos lo hemos visto y la ciencia lo ha visto tambien.

—En la atmósfera está el veneno,—han dicho todos.

Y la ciencia ha hecho uno y otro análisis de la atmósfera.

No ha encontrado nunca lo que buscaba, y sin embargo, lo que buscaba existia.

Desconociendo el veneno, á la ciencia le era imposible determinar el antídoto.

Tras de esta opinion hubo muchas.

¿Pero cuál ha sido el resultado?

Que la ciencia ignora completamente lo que es el cólera, que hace lo que puede, lo que la experiencia le ha dicho que suele producir algun buen resultado, y nada más.

La ciencia, para combatir el cólera, ha tenido que dejar de ser ciencia y convertirse en empirismo, ó lo que es igual, se ha visto en el triste caso de acudir y humillarse ante su enemigo mayor, humillarse ante el que ha mirado con más profundo desden.

Por esto llegó á suceder que la caridad representára entonces el principal papel.

Hemos dicho en el capítulo anterior que todos debian ser iguales, lo mismo ricos que pobres, grandes que chicos.

Tal vez nos hemos equivocado.

La miseria es quizá el mayor enemigo de la vida.

Donde la miseria estaba, allí se ensañaba más el terrible viajero.

En la morada del rico no entraba con tanta facilidad como en la del pobre.

En la morada del pobre se introducia sin consideracion ni respeto, y de un soplo aniquilaba á toda una familia.

De las víctimas, el mayor número eran pobres.

Verdad es que hay más pobres que ricos; pero aun así no estaba en exacta proporcion la mortandad.

Puesto que á la ciencia nada le era posible hacer y

que los pobres eran los que más sufrian, á la caridad le tocaba hacerlo todo.

El pueblo de Madrid dió entonces una prueba admirable de sus nobles sentimientos.

En pocas horas se formaron sociedades para socorrer á los infelices.

Con santa abnegacion, con prodigioso heroismo se buscaba á los que sufrian.

No, los que con verdadera exactitud se llamaban *Amigos de los pobres*, no esperaban á ser llamados, sino que averiguaban, y á la primera noticia de un sufrimiento, acudian presurosos con todos los recursos de que podian disponer.

No miraban el peligro que corria su propia existencia.

Ninguna precaucion adoptaban para evitar el contagio.

El tiempo que habian de haber invertido en esto, lo empleaban en hacer bien.

¡Qué rasgos tan sublimes de caridad se vieron entonces!

Los *Amigos de los pobres*, eran en gran parte pobres tambien, y más de uno llevó la caridad hasta el extremo de privarse de su propia cama en beneficio de los desdichados que no la tenian.

Lector, si entraras en algunas de las viviendas de la suntuosa capital de España, te horrorizarias y no comprenderias cómo en un espacio de pocos piés, húmedo

sin ventilacion ni luz, puede albergarse y vivir una numerosa familia.

¿Qué debia suceder en esas moradas y con una epidemia?

Pues allí penetraba la caridad, y penetraba sin repugnancia, sin miedo y hasta con entusiasmo.

Podríamos citar muchos nombres de personas, que llevaron el sentimiento caritativo hasta un grado inconcebible; pero no lo hacemos, porque heriríamos su santa modestia; sin embargo, consignaremos que hubo amigo de los pobres, que despues de agotados todos los recursos de la ciencia y del empirismo sin obtener resultado favorable, se desnudó y se metió en la mísera cama del enfermo, abrazándose á éste hasta lograr reaccionarlo y salvarle la vida.

Y el enfermo no era su pariente, era un desconocido; el enfermo era un infeliz desheredado, de quien no podia esperarse más recompensa que el puro sentimiento de la gratitud.

Téngase presente que no queremos hacer resaltar las virtudes de los pobres para negarlas á los ricos; por el contrario, queremos hacer justicia á todos, y en prueba de ello diremos, que muchas familias que tenian sobrados medios para abandonar la corte y buscar la salvacion en otros puntos, no lo hicieron.

Diremos tambien que los ricos dieron á manos llenas socorros para los pobres, y por último, que todos, absolutamente todos dieron pruebas de los más nobles sen-

timientos, en todas las clases de la sociedad pudo verse lo que es el corazon de los españoles.

En cuanto á las autoridades, pudo haber en algun caso torpeza ó ignorancia; pero en ninguno se echó de ménos falta de interés ni flojedad para el cumplimiento de sus penosos deberes.

Todas las autoridades permanecieron en sus puestos y todos rivalizaron noblemente para atenuar en lo posible la desgracia del pueblo.

Ya ves, lector, que somos imparciales y justos.

En toda España no se encontró mas que una excepcion, una sola.

La persona que debió dar ejemplo de caridad, no hizo nada; la que debió mostrarse más animosa para infundir aliento á los tímidos, se mostró más cobarde; la que debió hacer más sacrificios para obligar con su influencia á que los hiciesen todos, no hizo ninguno; la que debió consolar con su presencia, huyó; la que estaba obligada á morir antes que todos, quiso á toda costa vivir; la que se habia envanecido con el sobrenombre de caritativa, probó que no practicaba la caridad sino cuando no tenia que hacer ningun sacrificio; la que se llamaba madre, no fué ni siquiera madrastra, porque madrastra, hubiera procurado al ménos cubrir las apariencias.

El pueblo de Madrid, en su mortal afliccion, volvió los ojos al régio alcázar; el pueblo de Madrid, huérfano y dolorido, contempló la morada de su reina, de la que

se llamaba su madre, de la que ocupaba el trono á costa de torrentes de sangre y de inmensos sacrificios del mismo pueblo.

El alcázar estaba silencioso.

La régia persona no se encontraba allí, respiraba los aires puros de la costa cantábrica, mientras su pueblo aspiraba los hálitos venenosos del terrible viajero.

En Madrid estaba la muerte, el dolor, la orfandad y la miseria.

En las pintorescas costas del Océano estaba la vida, los goces y el oro.

En Madrid reinaba el pavor.

Allí todo era tranquilidad.

Aquí lágrimas y allí sonrisas...

¡Contraste amargo, desgarrador!

Ya hemos dicho que el pueblo español habia concluido por negarle á Isabel II todo ménos un corazon sensible, y aun despues de dejar de quererla le daba el nombre de caritativa.

Isabel II debia perder lo único que habia logrado conservar.

El prestigio que le daban sus nobles sentimientos, iba á concluir en un solo dia.

Hé ahí cómo el miedo debia producir fatales efectos para la reina; hé ahí cómo por huir de un peligro caia en otro mayor.

Salvaría la existencia; pero perderia el trono.

Estaría tranquila; pero se veria acusada.

El suceso de que nos ocupamos contribuyó no poco á lo que hemos visto despues.

La caida de un trono no es la obra de un dia, sino de muchos años, porque muchos años se necesitan para que se destruyan los cimientos de un trono.

Como el agua que lamiendo suavemente carcome la piedra del edificio que se levanta á su orilla, así la opinion pública carcome lentamente el cimiento de los tronos, y éstos, como aquel, se derrumban cuando se cree que están más seguros.

El miedo de Isabel II no fué sino una gota de agua más; pero fué una gota, que con otras muchas, formó caudaloso rio.

Entonces no quiso Isabel II venir á Madrid como reina y madre á consolar á su pueblo y á recibir de su pueblo bendiciones, y poco tiempo despues debia abandonar los mismos lugares para salir de España sin corona, y mirada con desden por el pueblo.

¡Coincidencia terrible!

En las pintorescas orillas del mar cantábrico abandonó la reina á su pueblo afligido, y en las orillas del mar cantábrico se ha visto despues abandonada por su pueblo airado.

Allí desplegó antes sonrisas de triunfo, y allí tambien derramó las postreras lágrimas de su derrota.

Aquellos lugares le sirvieron de refugio cuando huia de una enfermedad que podia matar á la mujer, y en aquellos lugares fué á morir, si no la mujer, la reina.

Allí salvó su vida material; pero allí murió su majestad.

Allí salvó la existencia, y allí perdió la corona.

¿Hay en todo esto algo providencial?

¿Puede en esto encontrarse la mano Omnipotente?

Puesto que tan creyente es doña Isabel de Borbon, piense, medite, busque y tal vez encontrará.

Nosotros, que tambien somos creyentes, hemos encontrado algo, y nos parece traslucir la mano Omnipotente.

El pueblo de Madrid creyó que la corte regresaría inmediatamente, y esperó con ansiedad los primeros dias.

Esta es la verdad y debemos consignarla.

Empero algunos periódicos de la situacion, anteponiendo sus conveniencias políticas á la justicia y al deber, se hicieron eco de un rumor que al principio se tuvo por invencion de los enemigos de la dinastía.

—La reina ha suspendido su vuelta á Madrid,—empezó á decirse.

—¿Y por qué?—preguntaban algunos con extrañeza.

—Porque tiene miedo al cólera.

—Ese es precisamente un motivo más para que se apresure á venir.

—Pues sucederá lo contrario.

—¿Y sus deberes?

—La reina dirá que para eso está el gobierno y las autoridades.

—No basta.

—Lo demás incumbe á los médicos.

—¿Y el amor á su pueblo?

—¡Amor!... Ya lo vereis.

—Siquiera por gratitud al pueblo que la ha sentado en el trono.

—¡Gratitud!... La reina no cree deber nada á nadie, creo que está en el trono por su derecho y nada más.

Y despues de estas conversaciones, los periódicos á que nos hemos referido empezaron á indicar que la salud de alguno de los infantes exigia imperiosamente la estancia de la familia real en las provincias del Norte.

Isabel II, para dar una prueba de amor á su pueblo, mandó entregar algunas cantidades á los establecimientos de beneficencia.

Este fué su gran sacrificio.

El dinero no tenia que ganarlo como el pueblo lo ganaba, sino que se le entraba por las puertas de su palacio sin que ella supiese cómo.

¿Qué sacrificio habia en dejarlo salir?

Segura estaba de que no habia de faltarle, de que por dar aquellos socorros no tendria que privarse de nada de lo que constituia su bienestar.

Los periódicos de la oposicion hicieron sobre este punto indicaciones tan claras como la censura les permitió hacerlas; pero por entonces no obtuvieron explicacion ninguna.

Los dias pasaban y todos esperaban...

La reina no se movia.

Lo que no podia decirse en los periódicos, se decia en las conversaciones.

Del pretexto de la salud de los infantes so rieron todos.

Era, pues, preciso nuevo pretexto.

Entonces se dijo:

—La reina tiene grandísimo empeño en volver á Madrid, ha dicho terminantemente que quiere volver.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque el gobierno se opone.

—Eso es imposible.

—Tan posible es, que ya ha habido muy sérias cuestiones en palacio sobre este punto.

—Pero el gobierno...

—Ha dicho terminantemente que presentará la dimision si la reina se empeña en llevar á cabo su propósito, y en las circunstancias que atravesamos, una crisis ministerial, un cambio de gabinete produciria males sin cuento.

—¿Y en qué se fundan los ministros?

—Dicen que tienen el deber de salvar á toda costa la vida de la reina, y que este deber lo cumplirán ó dejarán el puesto que ocupan.

—Efectivamente,—añadian algunos,—si la reina muriese, Dios sabe lo que sucederia.

—Si el príncipe fuese mayor de edad...

—Si los partidos estuviesen de otro modo...

—Si no nos encontrásemos con la revolucion á la puerta...

—No juzguemos con pasion,—decian los hombres de órden:—la reina no debe venir, porque en vez de un beneficio, resultaria un mal.

—Bien pensado,—añadian otros,—con su presencia nada remediaria.

—Es verdad, es verdad.

—Seria una locura.

Y los periódicos ministeriales se hacian eco de estas opiniones, y con más ó ménos claridad aseguraban que habia cuestiones en palacio, y que los ministros se oponian abiertamente al regreso de la corte.

El pueblo dudaba.

Unas veces culpaba á los ministros y otras á la reina.

Pero al fin el pueblo debia comprender la verdad, y la comprendió.

En vano intentarian los ministros echar sobre sí la grave responsabilidad de esta determinacion.

No se les creeria, porque los hechos tienen siempre más fuerza que las palabras, y los hechos condenaban á Isabel II.

Esta era la situacion.

Intentaremos pintar los sucesos con alguna exactitud.

Para terminar diremos que la epidemia siguió haciendo espantosos extragos, y que las calles de Madrid se veian poco ménos que desiertas, ya porque muchas

familias habian emigrado, ya porque otras muchas habian sucumbido.

Cadáveres, dolor, llanto, desolacion...

Esto es cuanto habia entonces en Madrid.

¡Época inolvidable!

Volvamos á la política y á los personajes á quienes hemos abandonado para ocuparnos del terrible viajero.

CAPITULO XXIV.

La reina, la corte y el duque de Tetuan.

Cuando llegó á la corte la noticia de haberse declarado el cólera en Madrid, ménos uno, todos los rostros palidecieron.

Lo mismo la reina que sus cortesanos, temblaron todos, ménos un hombre, á quien es justo reconocer un gran valor, y se lo reconocemos, porque no queremos juzgar apasionadamente.

El hombre que no tembló, que no hizo más que arrugar por un instante el entrecejo con muestras de profundo disgusto, era el mismo que muchas veces se habia presentado sereno, impasible ante el peligro, era don Leopoldo O'Donell.

A cada cual lo que es suyo.

No reconocemos al duque de Tetuan dotes de hombre político; como tal, fué torpe siempre que tomó la iniciativa, y más torpe en no apreciar en su verdadero valor los consejos que le daban los que no reconocian otro criterio ni tenian otras miras que su particular interés; es decir, cometió la torpeza de no comprender que á su sombra se satisfacian ambiciones; pero ¿por qué hemos de negarle el valor de que estaba dotado? No se lo negaremos, y tambien reconoceremos que como general era el hombre más importante de nuestro ejército; y de ello dió pruebas incontestables durante su larga carrera, y muy particularmente en Africa. Sí, como general, don Leopoldo O'Donell es una de las glorias del ejército español.

Justicia, repetimos, justicia, y á cada cual lo que es suyo.

Volvamos al asunto.

Los cortesanos, poseidos de terror, se miraron unos á otros.

Luego miraron á la reina, con ese afan y ese miedo del que mira al juez que va á sentenciarlo.

La reina decia con el rostro:

—Me domina el pavor.

Pero con los lábios no dijo nada en aquellos primeros instantes.

Nadie se atrevió tampoco á pronunciar una palabra.

Nunca como entonces pudo decirse que el silencio era elocuente.

La mirada del duque de Tetuan examinó rápidamente aquellos rostros pálidos en que se reflejaba el terror de almas cobardes.

Despues se desarrugó su entrecejo y entreabrió los lábios.

La leve sonrisa que lo caracterizaba, aquella sonrisa que tenia algo de punzante y mucho de desdeñosa, apareció nuevamente.

En un hombre de su temple de alma no es desacertado suponer que miró con lástima y desprecio aquella turba de aduladores ambiciosos.

El silencio no podia durar mucho.

El miedo que habia sujetado las lenguas, debia ponerlas en movimiento.

Algun personaje se atrevió á preguntar al duque:

—¿Y qué haremos ahora?

El duque lo miró de piés á cabeza, y como quien dice la cosa más sencilla, respondió:

—Supongo que los que sirven á su majestad no tienen que hacer más que obedecerla.

El personaje bajó los ojos, no sabemos si avergonzado, y guardó silencio.

Empero una dama, con los privilegios de su sexo, fué más allá.

—Duque,—dijo,—para mí la cuestion es muy sencilla y está resuelta fácilmente.

—Sí,—replicó don Leopoldo O'Donell, sonriendo,—no hay nada más sencillo que morirse, porque la muer-

ta es condicion de todo sér... Por eso en Madrid se mueren las personas á millares.

Tampoco la dama, á pesar de los privilegios de su sexo, se atrevió á proseguir.

Pero no sirvieron de escarmiento estas dos lecciones, por más que fueron duras.

El miedo puede mucho, puede tanto que deberíamos decir que no hay nada tan atrevido como el miedo.

Otra dama dió el tercer ataque con una audacia inconcebible.

—No regresaremos á Madrid,—dijo,—porque el primer deber del gobierno es velar por la preciosa vida de nuestra soberana, y porque antes que el consuelo que con su presencia puede llevar su majestad al pueblo de Madrid, es la suerte de toda España, que en estos momentos de crisis política, depende de la vida de la reina.

Don Leopoldo O'Donell se concretó á sonreir.

La dama no se dió por vencida y añadió:

—¿No opina usted lo mismo, duque?

—Señora,—respondió éste,—opino exactamente lo mismo: es preciso cumplir los deberes, y solo falta poner estos en claro.

—¿Sobre qué punto?

—Sobre todos.

—¿Pero el regreso á Madrid?...

—Señora, yo soy el presidente del consejo de ministros, pero no el consejo. Mi opinion como particular no

ha de decidir, y por consiguiente es inútil que me tome el trabajo de manifestarla.

Esto era rechazar el ataque con el rudo valor del soldado, y á la vez desbaratar los planes del enemigo como hábil general.

La dama se mordió los lábios.

El duque de Tetuan comprendió que desde aquel momento tenia dentro de palacio tres enemigos más.

Se preparó á combatirlos; pero aún le faltaba el más temible.

La union liberal se extremeció como el edificio en cuyos cimientos estalla un barril de pólvora.

Enemigos al lado de la reina y que opinaban y deseaban lo mismo que la reina, significaba un cambio de ministerio.

¡Un cambio de ministerio!

Esto era horrible, espantoso, aterrador para muchos hombres políticos, más espantoso que el cólera.

Un cambio de ministerio era un cambio de personas en el banquete que se llama presupuesto.

No, y mil veces no.

Todo antes que dejar el presupuesto.

Era preciso transigir, era menester pasar por todo.

Sobre el duque de Tetuan cayó una verdadera lluvia de consejos y observaciones.

¡Cuánto interés por la preciosa vida de la reina!

Teniendo en cuenta las condiciones morales del duque de Tetuan, se comprende que no era posible que él

opinase porque la corte permaneciese fuera de Madrid en los momentos de afliccion y péligro. No, no es posible, por más que un sentimiento de generosidad ó de delicadeza mal entendida le obligase á decir á él mismo lo contrario.

Suponemos, porque es lo probable, que acabaron por aturdirlo y hacerle ver lo blanco negro, hacerle creer que antes que regresar á Madrid, preferiría la reina cambiar de ministros, lo cual seria lo peor que podia suceder, porque la revolucion estaba encima y no habia ningun partido que pudiera contenerla mas que la union liberal.

Con estos razonamientos cambiaba de aspecto el asunto.

Si solo el duque de Tetuan podia dominar la revolucion, si solo él podia evitar grandes males, su primer deber era permanecer en el puesto que ocupaba.

Esto significaba un sacrificio, era un acto de valor, y por consiguiente no dejaba lugar á dudas ni vacilaciones.

Sin embargo, para resolver era preciso conocer las intenciones de la reina.

¿Qué pensaba ésta?

Hé aquí lo que sobre poco más ó ménos debió decirse Isabel II, y cómo ante su conciencia intentó justificarse:

—Un general que manda una batalla, no debe arriesgar locamente la vida, sino que por el contrario está obligado á conservarla. Si se lanza al combate como el

último soldado, por más que dé una prueba de valor, hace un daño grandísimo á su ejército, y en lugar de conseguir el triunfo, contribuye á su derrota. Yo estoy en un caso igual ó muy parecido. La suerte de España depende de mi vida. ¿Debo arriesgarla por dar una prueba de valor ó abnegacion? No. ¿Qué sucederá si voy á Madrid y muero del cólera? Triunfarán la revolucion y la anarquía, se desbordarán todas las pasiones, y á mi hijo, menor de edad, se le arrebatará la corona de sus abuelos, es decir, habré hecho lo que el general que se bate como un soldado y muere, y España será el ejército que se desordena y sucumbe apenas se vé sin jefe. Mi deber es conservar la vida, puesto que de mi vida depende la felicidad de España.

Tras este razonamiento, más ó ménos absurdo, debió hacer otro, y si no razonamiento, pensar lo siguiente:

—El pueblo me odia porque no transijo con sus exigencias; me odia, porque no abdico mis derechos y lo reconozco soberano, que seria equivalente á que yo, reina y soberana por mi derecho, doblase la rodilla ante mis vasallos.

Al decir esto Isabel II debió sonreir como se sonrie al pensar en las extravagantes ideas de un pobre demente.

—Además, el pueblo, haciéndome de peor condicion que al último de mis vasallos, me niega el derecho de tener afecciones á determinadas personas, y porque no accedo á tan injusta exigencia, me odia tambien. Ahora

me pide un sacrificio que puede costarme la vida ¿Estoy obligada á sacrificarme por quien me odia? No, porque en vez de nobleza, seria estupidez, ó por lo ménos falta de dignidad. ¡Morir por el pueblo que se alegraria de verme muerta!... ¡Oh!... Jamás.

Partiendo de cualquiera de estas dos bases, es decir, fundándose por un lado en que es preciso conservar la cabeza para que se salve el cuerpo, y por otro en que no hay obligacion de sacrificarse por los que nos odian, Isabel II discurrió y acabó por determinar quedarse donde no corriese peligro su existencia.

Nada más prudente.

¿Qué importaba que la corona que ceñia se la debiese al pueblo?

¿Qué importaba que el pueblo hubiese sacrificado por ella millares de vidas preciosas?

¿Qué importaba que por ella se hubiese arruinado en todos sentidos y hasta el punto de quedar á la cola de todas las naciones europeas, aun de las más pobres y débiles?

¿Qué importaba que el pueblo sufriese?

La ingratitud es patrimonio de los grandes, y con doble razon es achaque del alma de los reyes.

La resolucion de la reina fué firme.

Sin embargo, quiso saber cuál era la opinion, no de sus consejeros oficiales, sino de sus consejeros íntimos.

¿Cuál habia de ser?

Todos tenian miedo, ninguno queria volver á Ma-

drid, creian que estaban en su derecho de hacer lo que otras personas, que habian abandonado el lugar de la epidemia.

Isabel II era la reina lo mismo aquí que allí.

Ella nada tenia que hacer mas que decir que sentia la desgracia de su pueblo amado.

Los ministros y las autoridades cumplirian sus deberes, y esto era cuanto se necesitaba.

Sus consejeros íntimos, aduladores y cobardes, opinaban como ella, exactamente lo mismo.

Luego ella no se equivocaba.

Esto era lógico.

Llegó el caso de poner término á la situacion.

La reina, despues de asegurar que no tenia miedo, manifestó su resolucion al duque de Tetuan, exponiendo algunas razones.

—Señora,—replicó el ministro,—un general debe conservar su vida; pero hay momentos en que es preciso que se ponga á la cabeza de sus soldados y se lance el primero al combate.

—Nuestras opiniones son distintas,—replicó la reina. —Medita, dime lo que resuelves, y yo resolveré; pero de todos modos, me quedaré; de todos modos, haré uso del derecho que no se niega al último de mis vasallos.

—Bien, señora; pero no sé cómo han de responder los ministros de vuestra majestad cuando se les interpele por los representantes de la nacion, cuando se les acuse, puesto que ellos son los responsables.

—¿Me faltarán ministros que tengan suficiente valor para aceptar la responsabilidad? Creo que no, porque aún quedan vasallos leales que acepten la culpa, para evitar que el pueblo acuse á su reina.

—Señora...

—Y en último caso, ¿dónde está el delito? ¿No tengo derecho á permanecer aquí el tiempo que convenga á la salud de mis hijos? ¿No es natural y justo que el gobierno se oponga á que yo arriesgue mi vida, cuando de mi vida depende el sosiego y la dicha de la nacion? ¿Y no doy una prueba de eso que llamais constitucionalismo, sometiéndome á lo que de mí exige el gobierno?

—No les falta á los ministros valor para aceptar responsabilidades, y tienen abnegacion suficiente para confesarse culpables si así han de evitar que á vuestra majestad se le acuse.

—¿Entonces?...

—Reflexionaré.

—Sí, sí.

—Vuestra majestad tendrá á bien concederme algunas horas. .

—Todo el tiempo que quieras: no tengo prisa, porque ya he determinado, y lo mismo mañana que hoy, en esta tierra de galantes hidalgos, he de encontrar más de un caballero que se ponga al lado, no de la reina, sino de la dama.

El duque de Tetuan, con la frente contraida, salió de la régia cámara.

—¡Oh!—murmuró.—No le manda la reina al ministro, sino que la señora acude al caballero... ¿Puede el caballero volver la espalda?

Hé ahí el error.

Pero por más que el duque de Tetuan cometiese un error, la verdad es que su intencion era noble, que en su proceder habia mucha generosidad y que hacia un sacrificio no pequeño.

Demasiado bien sabia que más de una voz habia de levantarse en la Asamblea nacional para reconvenirlo, y tambien sabia que no habia razones con que defenderse y que habia de quedar derrotado, siquiera fuese moralmente: sí, todo esto lo sabia, y sin embargo, aceptó la responsabilidad.

Lo mismo habia de sucederle al duque de Tetuan que al pueblo español: lo mismo que el pobre pueblo, el duque de Tetuan habia de ser víctima de negras ingratitudes.

La cuestion quedó resuelta.

La corte permaneceria en las Provincias Vascongadas ó lo más se acercaría á Madrid, quedándose en Avila, donde ni habia cólera, ni noticia de que nunca se hubiese desarrollado una epidemia.

¡Cuántos ánimos se tranquilizaron!

Ya nada tenian que temer los que antes temian, los unos por su existencia, los otros por sus empleos si el ministerio caia.

Así se favorecieron los intereses de todos.

Pero así tambien el pueblo recibió el último desengaño, perdió la última ilusion.

La reina perdió tambien lo único que todavía le daba algun prestigio.

Ya no podia dudarse: la suerte del pueblo le importaba poco á Isabel II.

Ella queria todas las dulzuras y todas las ventajas de ser reina; pero ninguno de los peligros ni amarguras que ofrece el trono.

Lo bueno para mí, lo malo para los demás.

Este era su criterio.

El derecho de mandar, es mi único deber.

Mis vasallos no tienen más derecho que el de morirse si no les agrada obedecer y someterse á mis caprichos.

Expresado con estas ó con otras palabras, ¿no era así como pensaba Isabel II?

Los resultados responden.

Aprende, pueblo, aprende.

¡Pobre pueblo!

¿Aprovecharás la leccion?

Tememos que no la aproveches para evitar que mañana te suceda lo mismo.

Despues de esta resolucion, los palaciegos decian alegremente á don Leopoldo O'Donell:

—¿Con que nos quedamos, duque?

—Sí,—respondia éste con frialdad.

—Pues segun parece, su majestad se empeña en volver á Madrid.

—Sí.

—Entonces...

—El gobierno se opone.

—Y se hará lo que desean los ministros, porque ya sabemos que el rey reina y no gobierna.

—Al ménos por ahora se cumplirá ese precepto.

—¿Y qué responderán ustedes cuando los acusen?

—Yo responderé que así lo he creido conveniente, que así lo he determinado, que yo soy el único responsable, y que estoy pronto á responder y acepto gustoso las consecuencias.

El duque de Tetuan cumplió su palabra.

¿Hemos sido imparciales y justos?

Creemos que sí.

CAPITULO XXV.

Mientras llega Enero.

No tenemos que ocuparnos ahora de ningun suceso político de importancia, y mientras llega el caso de hacerlo, daremos ligeramente idea de la situacion de los personajes que representan el principal papel en esta historia.

Apenas se declaró el cólera en Madrid, el señor de Rubianes dijo:

—Partiré.

No era posible que hiciera otra cosa.

La vida le ofrecia muchas dulzuras y no queria perderla.

Aunque no fuese muy cobarde, tampoco tenia para él ningun objeto arriesgar la existencia.

Lo único que podia detenerlo era Susana, y efectivamente, esto le hizo vacilar algunos momentos.

Salir de Madrid era lo mismo que renunciar por entonces á sus planes.

Su criminal pasion se revelaba contra esto; pero el instinto de conservacion lo exigia imperiosamente.

Reflexionó.

Su rival no se encontraba en Madrid, ni debia volver por entonces, puesto que la corte no regresaría sino despues de pasado el peligro.

Esta idea empezó á tranquilizar al señor de Rubianes.

Cautela podia continuar observando y preparando el golpe.

No se perdia, pues, completamente el tiempo.

Además, el señor de Rubianes, despues de maduras reflexiones, habia llegado á creer que, siquiera fuese para sus miras con respecto á Susana, Plotoski y Mediobeso, le convenia recobrar su antigua influencia.

Para esto debia estar donde estaba la corte.

Así las negociaciones para un nuevo cambio de conducta serian más fáciles.

Sabia muy bien que una palabra suya bastaría para que el gobierno le abriese los brazos.

Su importancia política habia llegado á ser grandísima, y el gobierno tenia cada vez mayor necesidad de apoyo.

El señor de Rubianes se decidió, tuvo una conferencia con el agente de policía, y salió de Madrid.

A pesar de que ya estaba tranquilo en cuanto á su vida, no iba contento.

Su pasion lo atormentaba y pareció aumentarse á medida que se alejaba de su objeto.

Empero le fué forzoso resignarse.

Cautela lo vió partir casi con tanto placer como á Luján.

El ex-sacristan quedaba dueño del campo; pero ¿de qué le servia?

De nada.

Ya sabemos que tenia dos miras, que queria dos cosas á la vez: Susana y el dinero del señor de Rubianes.

Tal vez hubiera podido conseguir una de estas dos cosas; pero tenia entonces que renunciar á la otra para siempre.

Cautela no queria renunciar á ninguna y necesitaba dar el golpe de modo que las consiguiese ambas casi al mismo tiempo.

Apoderarse de Susana y del dinero, debia ser cosa de un solo dia, de dos lo más, y esto era tanto más difícil, cuanto que lasocasiones no dependian de la voluntad de Cautela.

Le fué preciso tambien resignarse y esperar.

Sin embargo, no debia perder el tiempo.

Tenia bastante que hacer con Plotoski y Luciano, que eran dos grandes estorbos.

¿Y Susana?

Poco tenemos que decir de ella.

Sufria horriblemente y ocultaba su dolor.

Los esfuerzos de su voluntad eran vanos para olvidar á Alberto.

Su amor, en vez de extinguirse, se hacia más intenso cada dia.

¡Infeliz!

No exhalaba una queja.

Sus lábios tenian dulces sonrisas para todos.

¡Empero qué tristes eran sus sonrisas!

Su consuelo único era Luciano, porque con éste podia ella desahogar su corazon, hablando de su amor y su desdicha; pero eran pocas las veces que se presentaba la ocasion de hacerlo así, ya porque la jóven no podia separarse de su madre, ya porque él no creia prudente visitar con frecuencia á la familia Moncayo.

No se crea que Luciano perdia el tiempo, ó lo que es lo mismo, que se concretaba á deplorar la desgracia de sus amigos. Así parecia; pero no era así, puesto que se ocupaba sin descanso de asuntos de mucho interés.

Sobre este punto no podemos ahora dar más explicaciones: solamente diremos que á ciertas horas de la noche, Luciano Marin salia de su habitacion y entraba en la de don Cándido, permaneciendo allí una ó dos y aun tres horas.

Esto no podia saberlo Cautela, que con gran disgusto veia que el jóven pasaba casi todo el dia en el hospital.

La cabeza vana, el alegre estudiante que de todo se reia, habia hecho en el hospital verdaderos prodigios.

Siempre se le encontró impasible donde más peligro habia.

No aspiraba á ninguna recompensa ni parecia que diese ninguna importancia á nada de lo que hacia.

Al fin hubieron de fijar su atencion en él, y concluyeron por mirarlo con ese respeto que infunde la verdadera superioridad.

En cuanto á Plotoski, era inútil espiarlo.

Se habia inscrito en una de las asociaciones de amigos de los pobres y trabajaba sin descanso.

No solamente acudia á cuidar á los enfermos, sino que habia puesto cantidades respetables á disposicion de los caritativos asociados, para que se socorriese largamente á los desvalidos.

Segun él aseguraba, aquel dinero lo recogia de las personas filantrópicas á quienes acudia en nombre de la caridad cristiana.

¿Era esto verdad?

Cautela, que lo averiguó, no lo creyó.

El señor Morato sonrió cuando supo la buena fortuna con que el extranjero pedia las limosnas, y despues de sonreirse, dijo para sí:

—Si este bribon de Cautela supiese lo que yo sé... ¡Oh!... No lo sabrá.

¿Qué significaban estas palabras?

Lo ignoramos.

Y ahora que hablamos del jefe de policía, y para terminar estas explicaciones, diremos que adelantaba

rápidamente en su plan, que hacia averiguaciones de mucha importancia y que le faltaba muy poco para llegar al punto deseado.

Sin embargo, lo poco que le faltaba era lo más difícil.

¿Y Clotilde, Alberto y don Juan?

Pronto los veremos.

Los tres sufrian, y ya sabemos por qué.

Alberto y Luciano se escribian casi diariamente.

Alberto, aunque sin nombrar á Susana, hablaba en todas las cartas de su amor y de política.

Luciano no hablaba en las suyas mas que del cólera.

De más de una de estas cartas, que eran abiertas en el correo, tenia copia el señor Morato.

CAPITULO XXVI.

El pretendiente.

España pagó su tributo al terrible viajero.

Éste sembraba la muerte en otros lugares.

Los que habian tenido la fortuna de salvarse, empezaron á recobrar la calma.

Volvió á pensarse en la política, casi olvidada mientras el cólera diezmaba las poblaciones.

En la parte Norte de la península se habian librado de la epidemia.

La corte habia regresado á Madrid.

Isabel II encontró ya el cielo despejado y trasparente: habia desaparecido la blanquecina nube formada por los corrompidos hálitos del viajero.

Nada habia que temer.

La naturaleza sonreia.

La reina sonrió tambien.

No pensó que si el cielo estaba despejado, el horizonte de su porvenir se encontraba como nunca, oscurecido por negras nubes.

Ya lo hemos dicho: Isabel II habia salvado su vida como mujer; pero buscaba la muerte como reina.

El número de víctimas del cólera habia sido grande, tanto, que era raro encontrar una persona que no estuviese vestida de negro. Madrid era un pueblo enlutado.

En la capital de España habia renacido el movimiento; pero no la alegría.

El terrible viajero se alejaba más cada vez; pero otro fantasma empezaba á infundir terror.

—La revolucion es inevitable,—decian todos.

Hé ahí el fantasma.

¿Por qué la revolucion era inevitable?

Nadie lo explicaba satisfactoriamente, porque el pueblo rara vez encuentra la fórmula para expresar lo que siente.

Y sin embargo, la explicacion era muy sencilla: la revolucion era una necesidad absoluta, y toda necesidad ha de satisfacerse.

Esto es una ley de la naturaleza.

El equilibrio atmosférico no permite el vacío.

La necesidad es el vacío que ha de llenarse.

Con decir que la revolucion era necesaria, se hubiese dicho todo, quedaba dicho que la revolucion habia de

hacerse sin que pudiera evitarlo ningun poder humano.

Entonces como siempre, debia ser verdadero lo de *vox populi vox Dei*, porque la voz del pueblo es la expresion de su instinto, y el instinto popular jamás se equivoca, como no se equivoca, no se engaña el instinto de ningun sér.

¿Y cómo habia de hacerse la revolucion?

Esto se ignoraba completamente.

Se hablaba mucho, corrian de boca en boca miles de noticias sobre conspiraciones y planes del gobierno; pero de todo lo que se decia, muy poco, casi nada era verdad.

El señor Morato sí sabia cómo habia de hacerse la revolucion: habia adquirido datos preciosos, y para dar el golpe terrible no le faltaban mas que ciertas pruebas.

Una vez que las tuviese, algun elevado personaje, alma de la conspiracion, quedaría aniquilado.

Empero á pesar de que el señor Morato ganaba terreno, estaba pensativo y aun se sentia mortificado con frecuencia, porque de los datos que tenia, resultaba que una mano muy hábil, una cabeza muy astuta andaba en el asunto, obrando con tal prudencia y acierto, que se le sentia sin vérsela.

El jefe de policía hizo todo lo que es imaginable por descubrir aquella mano, y no lo habia conseguido, ni tenia esperanzas de conseguirlo.

Su mirada se fijaba siempre en Plotoski, en Plotoski pensaba siempre que queria descubrir la mano oculta;

pero el extranjero no hacia nada, absolutamente nada que pudiese infundir sospechas.

Con más ó ménos trabajo, todo lo habia descubierto el señor Morato, habia vencido todas las dificultades; pero aquella mano representaba lo imposible.

Nosotros sabemos ya que la persona que tanto daba que hacer al jefe de policía, que la mano oculta, invisible y hábil, era don Cándido.

Mucho habia hecho éste; pero aún era poco, segun vamos á ver, muy poco en comparacion de lo que debia llevar á cabo.

Estamos en el mes de Enero.

Eran las nueve de la mañana.

Don Juan de Bustamante acababa de vestirse y se disponia á salir de su cuarto para ir al de su esposa, cuando un criado le anunció la visita de don Cándido.

—Que entre,—dijo Bustamante sin dar á la visita más importancia que la que tenia en su opinion aquel hombre misterioso.

Don Cándido se presentó como siempre, tranquilo, modesto, con la sonrisa en los lábios, la inocencia en la mirada y la bondad en el semblante.

No habia olvidado don Juan que aquel hombre habia salvado á Alberto la noche de la serenata; no lo habia olvidado, porque almas como la suya no pueden olvidar los beneficios.

Don Cándido era un hombre misterioso, no era lo que parecia, y esto daba que pensar y aun desagradaba

á Bustamante; pero ello es que éste habia recibido beneficios de aquel y tuvo que acabar por decirse:

—Este hombre representa un secreto de gran importancia, no hay duda; pero ¿es esto una razon para que yo no le pague lo que le debo?

Y efectivamente, el esposo de Clotilde deseaba pagar el beneficio.

Su deseo debia cumplirse.

—Señor don Juan,—dijo don Cándido con su dulzura característica,—vengo á pedirle á usted un favor, porque estoy seguro de que lo complazco á usted, dándole ocasion de servirme.

—Gracias, caballero,—respondió Bustamante,—gracias porque hace usted justicia á mis sentimientos. Tengo una deuda que deseo pagar, no para dejar de agradecer, puesto que la gratitud no me pesa, sino para satisfacer mi corazon.

—Los negocios se ponen cada vez peor y nadie sabe cuándo ni cómo terminará la crisis que atravesamos.

—Desgraciadamente es verdad eso.

—Trabajo más que nunca; pero con escasísimo fruto, y esta es la razon porque me ha ocurrido pensar en lo que nunca imaginé, es decir, en proporcionarme un recurso fijo, aunque sea muy escaso, porque así acabaré de pasar tranquilamente la vida. No tengo ambicion de ninguna especie, á nada aspiro más que á pasar el tiempo en completa calma, y el mejor camino para conseguir esto no son los negocios. Ya siento el peso de los años;

voy perdiendo las fuerzas, muy pronto dejaré de ser activo, y sin la actividad nada puede hacerse en los negocios.

—Permítame usted que yo concluya,—replicó Bustamante.

—Ha adivinado usted lo que deseo...

—Creo que sí: lo que usted desea y lo que efectivamente le conviene es un empleo que le permita vivir con tranquilidad y sin estar sujeto á los azares de los negocios.

—Pero un empleo modesto,—repuso don Cándido,—muy modesto y que ofrezca alguna seguridad, porque de otro modo lo que hoy se me diese por la generosa proteccion de usted, se me quitaria mañana por la influencia de otro.

—Hoy puedo mucho.

—Ya lo sé.

—Pero no es fácil conseguir lo que usted desea, porque no hay empleado que no esté sujeto á los vaivenes de la política.

—No es fácil; pero es posible, puesto que yo, lo mismo que no tengo ambiciones, no tengo vanidad, y opino que el hombre está honrado, no con su posicion, sino con su propia honradez.

—Ciertamente.

—Un empleo quedará vacante hoy mismo, y ese empleo tiene todas las condiciones convenientes para mí. Desgraciadamente dejará de existir la persona que lo

sirve, y antes de que el ministro adquiera compromisos...

—Comprendo.

—Supongo que á usted no ha de negársele este favor...

—Un empleo que ha de quedar vacante por muerte de quien lo sirve, es la ocasion más oportuna. Explíquese usted y hoy mismo haré la peticion.

—Está agonizando uno de los porteros del ministerio de la Gobernacion...

—¡Don Cándido!—exclamó Bustamante sorprendido.

—¿No esperaba usted que fijase mi atencion en semejante empleo? Pues en eso consisten todas mis aspiraciones, con eso se satisface mi ambicion. El sueldo señalado á esa plaza es sobrado para cubrir mis necesidades, tan sobrado, que me permitirá hacer ahorros para ponerme á cubierto de cualquiera de las eventualidades de la vida.

—Pero una plaza de portero...

—Ya he dicho á usted que en mi opinion lo que al hombre le honra es su virtud. ¿Qué me importa ser portero ni cualquiera otra cosa? Si tengo para vivir tranquilamente, me consideraré dichoso. No tengo parientes que puedan avergonzarse de mi posicion, y en cuanto al mundo, desprecio sus vanidades y preocupaciones. Reconozco que en esto hay tal vez algo de egoismo; pero...

—No acabaré de convencerme de que un hombre co-

mo usted pueda servir para desempeñar semejante destino. No tendrá usted ambicion y se reirá usted de las vanidades, es verdad; pero tiene usted inteligencia, una inteligencia clara y nada comun, y parece imposible que se avenga usted á no hacer otra cosa que lo que hace el hombre más vulgar, lo que puede hacer el más estúpido.

—Se equivoca usted, señor don Juan.

—¡Usted portero!...

—Yo, si usted se digna protegerme.

—¿Y es eso cuanto de mi proteccion espera usted?...

—Eso es cuanto espero, eso es cuanto por mí tendrá usted que pedirle al ministro, y aun eso creo que se lo pagaré con un servicio extraordinario y de muchísima importancia.

Estas últimas palabras de don Cándido produjeron en Bustamante nueva y mayor sorpresa.

Don Cándido habia principiado por justificar su modestia y sencillez, solicitando la portería; pero acababa prometiendo un gran servicio, y por consiguiente aparecia otra vez el hombre misterioso.

¿Qué servicio de gran importancia podia prestar el humilde agente?

Esto se preguntó Bustamante.

Don Cándido sonrió.

—Una casualidad,—dijo,—me ha hecho dueño de un secreto de mucha importancia, secreto de que el gobierno puede sacar gran partido si dispone de agentes hábiles y acostumbrados á cierta clase de intrigas.

Don Juan fijó en su interlocutor una mirada escudriñadora.

Empero el rostro de don Cándido tenia la misma expresion de siempre, no expresaba nada.

—Si mal no recuerdo, he dicho á usted en otra ocasion que soy hombre pacífico, de ideas de órden, y que opino que España no puede ser dichosa sino robusteciendo el principio de autoridad, con un gobierno que pueda sin embarazo dedicarse al fomento de los intereses públicos, lo cual no puede hacerse ahora, porque el gobierno tiene que ocuparse constantemente de luchas políticas, que son fatales para todos.

—Ya me habia usted hablado de sus opiniones.

—Pues bien, creo que se presta un servicio á la patria, prestándolo al gobierno actual, ayudándole á combatir la revolucion, y todo hombre honrado tiene el deber de servir á su patria.

—Ciertamente.

—No represento, pues, el papel de delator, no debo considerarme como un espía, puesto que no soy ni estoy dispuesto á ser instrumento de ningun partido ni de ninguna pasion, no sirvo por interés á estos ó los otros, sino que obedezco á mi conciencia, favorezco el triunfo de mis principios políticos.

—Caballero, el que trabaja en favor de sus opiniones, sin más interés que el bien de su patria, no es un delator, no es un miserable agente de policía.

—Haré otra advertencia.

—Cuantas usted guste.

—Que no se me pidan más servicios de esta clase, porque no valgo para el caso. Ahora, repito, que todo se debe á la casualidad, y á que, como soy un hombre inofensivo y torpe, otros, más torpes aún, no han creido que debian guardarse de mí.

Don Juan empezaba á sentirse aturdido.

Parecíale, más que nunca, que don Cándido era un personaje de mucha importancia; pero aun cuando fuesen acertadas sus sospechas, ¿qué podia deducirse?

Nada.

Don Cándido solicitaba la portería de un ministerio.

¿Con qué fin?

Con ninguno.

Si se hubiese tratado de otro empleo, podria muy bien haberse creido que proyectaba cometer un abuso; pero las funciones de un portero no permitian semejante cosa.

¿Era efectivamente don Cándido tan sencillo que daba importancia á lo que no la tenia?

Esto se pondria bien pronto en claro.

—Caballero,—dijo Bustamante despues de algunos momentos de reflexion,—me parece lo más oportuno que me acompañe usted á ver al ministro, porque siendo tan grave el asunto á que usted se refiere...

—No, eso no.

—¿Entonces, cómo hemos de arreglarlo?

—Muy sencillamente.

—Sepamos.

—Yo no quiero ninguna recompensa, ni siquiera la de que se me guarden consideraciones: no, esto no lo permite mi conciencia, y callaré si el servicio no puedo prestarlo indirectamente.

—No comprendo.

—Fácil me hubiera sido escribir un anónimo al ministro, puesto que se trata solamente de decir dónde se reune cierto general con algunos conspiradores, que me son desconocidos.

—Un general...

—¿No adivina usted su nombre?

—Sí.

—Pues bien, el aviso anónimo basta; pero he preferido revelar á usted el secreto, si bien á condicion de que usted me dé su palabra de honor de no pronunciar mi nombre.

Esta proposicion era bastante extraña; pero se explicaba perfectamente, y nada tenia de particular si don Cándido era un hombre desinteresado y modesto.

Bustamante volvió á meditar.

Realmente el asunto era gravísimo.

Sorprender *in fraganti* al que era el alma de la conspiracion, equivalía á dar á ésta un golpe mortal.

Sin embargo, mas que en otra cosa, pensaba don Juan en que todo aquello estaba oscuro, y mucho más oscuro el misterio en que se envolvia don Cándido.

Éste guardó tambien silencio.

Su dulce sonrisa era cada vez más marcada.

Trascurrieron algunos minutos.

La situacion era embarazosa.

De repente cambió de expresion el semblante de don Cándido.

Brillaron sus negros ojos y fijó en Bustamante una mirada profunda.

—Caballero,—dijo,—adivino todo lo que usted piensa y siente... Basta de disimulo... No he tenido bastante habilidad para fingir, ó usted ha sido demasiado perspicaz... Me dejaré ver tal como soy... El honor de usted será el depositario de mi secreto, y Dios será el único testigo de esta escena.

CAPITULO XXVII.

Donde parece que hemos de saber algo y no sabemos nada.

Don Juan no acertó á responder: estaba completamente aturdido por la sorpresa.

¿Cómo habia de esperar que don Cándido arrojase tan repentinamente la máscara?

La situacion tomaba un giro extraño.

Era menester mucha prudencia.

Pero don Juan, olvidándose de la política, pensó solamente en su esposa.

Iba á saber quién era aquel hombre, y por consiguiente, á conocer un secreto de Clotilde, secreto que tal vez seria espantoso.

Las sospechas de Bustamente acababan de confirmarse: don Cándido no era lo que parecia.

No puede decirse si don Juan esperó con afan ó con miedo; lo único que puede asegurarse es que estaba profundamente agitado.

El rostro de don Cándido so habia contraido.

Su mirada era terrible.

Apretaba los puños con fuerza convulsiva.

Ya no era el mismo hombre.

—Caballero,—dijo con voz sombría,—hay un crímen que castigar, tengo una ofensa que vengar, y mi deseo de venganza no se satisface con la muerte del que destrozó mi alma. Si la muerte bastase, valor me sobra para pedir al miserable criminal cuentas de su proceder; pero ni la muerte basta, ni se trata tampoco de una ofensa hecha á mi persona, sino de una injusticia, cuyos resultados son espantosos. La persona á quien odio debe quedar aniquilada, debe sentirse herida en lo que más estime, debe sufrir el tormento de ver cómo se desvanecen sus ilusiones, desaparecen sus esperanzas... ¡Oh!... Cuando usted quiera, puesto que ya nada quiero ocultarle, conocerá usted esta historia horrible: por ahora basta que sepa usted que tuve familia y la perdí, que fuí rico y soy pobre, que he sufrido como ninguna criatura, que la vida es para mí una carga insoportable, y que busco la tranquilidad y anhelo el castigo de los que son causa de mis desdichas.

Parecia que don Cándido habia dicho mucho; y sin embargo, no habia dicho nada que aclarase el misterio de su conducta.

Largo rato pasó sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Bustamante siguió mirándolo como el que mira un fantasma.

Don Cándido elevó al cielo una mirada ardiente y exclamó:

—¡Oh!... ¡Hermano mio, yo te vengaré!

Estas pocas palabras eran un verdadero rayo de luz.

Don Juan supuso inmediatamente una de esas historias horribles y desconocidas que agitan á la humanidad.

¿No era tambien él desgraciado, no era tambien para todos un secreto su verdadera situacion, que podia tener consecuencias inexplicables para el mundo?

Bustamante empezó á creer que Clotilde conocia la historia de don Cándido, y que más ó ménos directamente estaba relacionada con éste, por lo cual su presencia la habia conmovido, hasta el punto de trastornarse y perder el conocimiento.

Era esto una razon más para que don Juan desease conocer aquella historia; pero el respeto debido á la vida privada le prohibia pedir explicaciones que expontáneamente no se le daban.

Don Cándido, cuya agitacion crecia por instantes, se oprimió las sienes y dejó caer la cabeza entre las manos, quedando inmóvil.

Volvió á reinar un profundo silencio.

Despues de algunos minutos, el hombre misterioso levantó la cabeza.

Sus negros ojos estaban húmedos.

Su semblante no expresaba ya la ira, sino el más profundo dolor.

Era imposible mirarlo con indiferencia.

—Perdone usted,—dijo,—abuso...

—No,—respondió vivamente don Juan.

—Sí, abuso de la bondad de usted...

—Me dá usted una prueba de confianza, que debo agradecerle...

—Hay momentos en que mis fuerzas se agotan y... No puedo evocar estos recuerdos sin que el alma se me destroce... Perdone usted... Otro dia conocerá usted mi historia, y entonces...

—Cuando esté usted más tranquilo.

—Ahora...

—Nada, nada.

—Sí, es preciso aprovechar los momentos para dar el golpe, es preciso acabar con los ambiciosos...

—Pero...

—Escúcheme usted.

Don Juan hizo un movimiento de cabeza y se dispuso á escuchar.

—Los perturbadores del órden empiezan ya á pensar en lo más respetable.

—Sí, en el trono. . Lo sabe el gobierno.

—¿Qué será de España? .

—¡Oh!...

—Deben tener papeles importantes donde ellos se reunen.

—Es probable.

—¿No ha podido averiguar la policía dónde tienen los ambiciosos sus conciliábulos?

—No.

—Pues yo lo sé.

—¡Gran descubrimiento!...

—Lo debo á la casualidad, ó más bien lo debo á Dios, que así prepara el castigo de los criminales.

—Sí, la Providencia...

—Pero repito que no quiero figurar para nada en este asunto.

—Quedará usted complacido,—repuso don Juan, que volvió á preocuparse solamente con lo que se relacionaba con la política.

—Los conspiradores se reunen dos veces por semana: los miércoles y los sábados.

—Hoy es sábado...

—Exactamente.

—¿Dónde se reunen?

Don Cándido, que parecia recobrar la calma, sacó un papel y lo presentó á don Juan, diciendo:

—Ahí está todo: no falta añadir más que la hora, que son las once de la noche... Así, escrito, no puede incurrirse en equivocaciones al pasar de boca en boca... Nada más tengo que añadir.

Bustamante leyó el papel con la atencion que el asunto merecia.

Luego reflexionó.

El hombre misterioso se puso en pié.

—Señor don Juan,—dijo,—quiero conocer todas las situaciones de la vida... ¿Quién sabe si así, cuando ménos lo espere, encontraré la tranquilidad que busco?... Agradeceré á usted mucho que me proporcione el empleo de que hemos hablado...

—¿Aún insiste usted?...

—Más que nunca.

—Pero...

—A ménos que usted no quiera concederme este favor.

—Lo haré, caballero, lo haré; pero si he de hablar con franqueza...

—Cuando me sienta con fuerzas para hablar de mi pasado, no se sorprenderá usted de nada y todo se lo explicará usted.

No era posible hacer ninguna observacion.

Don Juan de Bustamante habia prometido y tenia que cumplir; pero la verdad es que estaba entonces más aturdido que nunca.

Parecíale que soñaba.

Antes de darle tiempo á nuevas reflexiones, don Cándido lo saludó y salió.

Bustamante se pasó las manos por la frente.

Luego miró á su alrededor con extrañeza.

Maquinalmente dobló y desdobló varias veces el papel que tenia entre las manos.

—¿Estoy despierto?—murmuró.

Despierto estaba; pero no acertaba á darse cuenta de lo que sucedia.

¿Era esto lo que don Cándido se proponia?

Tal vez.

Sabemos que el hombre misterioso estaba en relaciones íntimas con los conspiradores; pero ¿era un verdadero amigo ó enemigo de estos?

Todo es creible, todo es probable.

¿Tenia efectivamente don Cándido algun proyecto de venganza?

¿Y contra quién?

¿Era una víctima?

¿Era un miserable que pensaba explotar en su provecho á los unos y á los otros?

No habia nada, bueno y malo, que no debiera imaginarse de semejante hombre.

Lo vimos arriesgar la vida para proteger á Alberto.

Pero tambien lo hemos visto dejar que Clotilde firmase el documento exigido por el señor Rubianes, lo cual pudo evitar con su sola presencia.

En pocos dias hizo, pues, un beneficio, y si no hizo un mal, por lo ménos permitió que se cometiese el más criminal abuso cuando le era fácil estorbarlo, y con la doble circunstancia de que sabia desde el dia anterior que el abuso se iba á cometer.

En cuanto á la conducta observada con Bustamante, no podia ser más sospechosa.

Motivos habia para que don Juan se aturdiese y para que desconfiase.

Dos horas despues el esposo de Clotilde, muy preocupado, salió de su casa, y fué al ministerio de la Gobernacion.

Al cabo de otras dos horas volvió á su vivienda con la seguridad de que don Cándido seria nombrado portero.

¡Portero aquel hombre!

A esta idea no podia don Juan avenirse.

—¿He cometido una ligereza?—se preguntó.—¿He sido demasiado crédulo?

Y arrepentido, acabó por responderse:

—Sí, sí... ¡Oh!... Este hombre me engaña... Pero Alberto le debe la vida ó poco ménos, y... No sé... Esa historia... una historia de crímenes... ¿Debo pedir explicaciones á Clotilde?... ¡Oh!... Si no aclaro el misterio, acabaré por volverme loco.

Pocos minutos despues de haberse separado don Juan de Bustamante del ministro, el señor Morato recibia órden de presentarse inmediatamente en el ministerio de la Gobernacion.

¿Y don Cándido?

Desde la vivienda de don Juan se fué á la suya, viendo por primera vez y no sin sorpresa, que el ex-sacristan no se encontraba en la calle.

—Estará tras de mi vecino,—dijo don Cándido.

Se equivocaba, porque á la media hora salió su vecino Plotoski con las manos en los bolsillos de su ancho gaban y la pipa en la boca, dirigiéndose á la plazuela de Anton Martin y tomando luego por la calle del Leon.

Lo dejaremos.

CAPITULO XXVIII.

Don Cándido acaba de preparar el golpe.

A las diez de la noche don Cándido se presentaba al general á quien hemos dado á conocer, entablándose entre ambos la siguiente conversacion.

—Dentro de dos horas,—dijo el primero,—están satisfechos los deseos de usted.

—¡Dentro de dos horas!—murmuró el conde con extrañeza.

—Sí.

—Perdone usted, mi buen amigo; pero...

—Se sorprende usted, ¿no es verdad?

—Las explicaciones de usted...

—No explico: ¿para qué?... Lo que importa en este asunto es el resultado. No es usted ya dueño de su voluntad...

—No.

—Le exígen que inmediatamente se lance á la lucha...

—Sí.

—Y aunque usted ha concluido por convencerse de que se hace una verdadera calaverada...

—Me ha convencido usted; pero mis razonamientos no valen, y aun ha llegado el caso de que algunos miserables sospechen que tengo miedo.

—Conde, siento que mis vaticinios se cumplan.

—¡Oh!—exclamó el general, apretando los puños.

—Calma, calma...

—No puedo.

—Son las diez, y á las once...

—Amigo mio, le ruego á usted que se explique con claridad.

—Hay un hombre que todo puede estorbarlo.

—Sí, ese astuto jefe de policía. No ignora usted lo que sucede.

—Ya sé,—repuso don Cándido,—que para que el señor Morato dé el golpe decisivo, no le falta más sino que salga usted de Madrid, porque entonces tendria todo lo que necesita; y por eso me dijo usted que si ese hombre se inutilizase por dos dias, la empresa se llevaría á cabo con facilidad.

—Eso es, por dos dias, por uno siquiera.

—Serán dos.

—Pero...

—Figúrese usted que el señor Morato se muere esta noche y resucita pasado mañana...

—¡Ah!...

—¿Comprende usted?

—No.

—El jefe de policía es mio por cuarenta y ocho horas. Esto es cuanto puedo decir.

—En ese caso...

—Podrá usted salir de Madrid esta misma noche.

El general se encogió de hombros.

—En el espacio de una hora, —añadió don Cándido,— ha de hacer usted lo siguiente: preparar su viaje y encontrarse fuera de la puerta de Bilbao camino de Chamberí...

—¡En Chamberí!...

—Paseo de Luchana.

—Caballero...

—Eso es, paseo de Luchana arriba hasta encontrar á la izquierda un hombre y una mujer, una pareja amorosa, que vagará junto á un sendero.

—Prosiga usted, aunque no entiendo una palabra.

—Usted, solo por supuesto, dejará el paseo de Luchana y seguirá por la vereda sin hacer caso de los amantes, porque es preciso respetar estos secretos. A la conclusion de la vereda hay una casa aislada, cuya puerta se abrirá en cuanto usted dé tres golpecitos, acerque los lábios al ojo de la cerradura y diga á media voz: «Uno de ellos...» Esto es muy sencillo, conde...

Allí acudirán los demás, hablarán ustedes y... En seguida emprenderá usted su viaje.

El general miró á don Cándido como quien está aturdido.

El hombre misterioso, con su tranquilidad inalterable, añadió:

—Para usted la policía es el señor Morato: cuando este se inutilice, la policía no existe para usted, y por consiguiente el camino estará franco.

—Ciertamente.

—Supongo que antes de partir conviene que hable usted con sus amigos.

—Es indispensable.

—Por eso he preparado esta reunion.

—Pero en Chamberí...

—No es prudente que se reunan ustedes donde otras veces lo han hecho, porque esta noche, como ha sucedido otras, el señor Morato lo seguirá á usted como la sombra al cuerpo.

—Si ha de seguirme, el mismo peligro corro yendo á la calle de Santa Isabel que á Chamberí.

—El camino es más largo y puede suceder que el señor Morato encuentre algo que lo distraiga.

—Posible es; pero...

—Si no se atreve usted...

—¡Si me atrevo!...

—Conde,—repuso con calma don Cándido,—los minutos vuelan.

Y sacó su reloj de plata, añadiendo:

—Las diez y cuarto.

—¿No quiere usted darme más explicaciones?

—No.

Reflexionó el general.

Don Cándido se dispuso á salir, diciendo:

—Hasta las once ó...

—Espere usted...

—Es tarde.

—Iré,—dijo resueltamente el conde.

Y estrechó la diestra de su amigo.

Salió el hombre misterioso.

Cuando estuvo en la calle, dijo para sí:

—Esto debia concluir y concluirá. El desengaño será triste; pero no es mia la culpa... A las once y cinco minutos estarán allí todos... Cinco minutos despues llamará el señor Morato, que los habrá visto entrar... El golpe será terrible... Aún es poco, muy poco para que yo quede satisfecho.

Oscuras son estas palabras; pero empezamos á sospechar que don Cándido se habia unido á los conspiradores para perderlos.

Diez minutos despues, el hombre misterioso, á quien casi podríamos llamar Judas, sin temor de ser injustos, entró en su casa.

A la media hora salió Plotoski y se dirigió á la plaza del Progreso.

Una escena bien extraña tuvo lugar entonces.

El extranjero atravesó la plaza, volvió á la derecha, y se detuvo á la entrada de la calle de Barrionuevo.

Su mirada se fijó en los que entraban en esta calle, y bien pronto vió á Medio-beso.

No se saludaron; pero cruzaron una mirada.

Despues de Medio-beso, pasaron, uno tras otro, tres hombres miserablemente vestidos y de semblante nada tranquilizador.

Plotoski los miró tambien.

A los pocos minutos pasaron otros dos hombres del mismo aspecto que los anteriores.

—Están todos,—murmuró Plotoski.

Y tomó calle arriba.

Media hora despues hubiera podido observarse que en una de las calles de Chamberí se reunian siete hombres, y que uno de ellos, despues de mirar á su alrededor, dijo:

—Vamos.

Su voz era gutural, y su acento no tenia nada de español.

Entraron en una casa de regular apariencia.

¿Qué significaba esto?

Lo único que puede sospecharse, es que los misteriosos planes de Plotoski, eran completamente opuestos á los de don Cándido.

CAPITULO XXIX.

La ratonera y los gatos.

Como habia dicho don Cándido, entre los paseos de Luchana y de Francia, veíase una casa de un solo cuerpo, aunque no pequeña, pues su extension no bajaria de siete mil piés cuadrados.

Por su construccion se deducia que se habia querido levantar un edificio de tres ó cuatro pisos, y que terminado el primero se habia desistido, techándolo entonces y dándolo por concluido.

El grupo de casas más cercano, distaba unas cien varas hácia la parte Norte.

Al lado Sur habia un terreno cultivado.

Al Este algunos árboles y matorrales, y al Oeste uno de los barrancos que entonces iban terraplenándose con escombros.

Los agentes de policía tenian, pues, muchos sitios donde ocultarse y observar sin que pudieran ser vistos en medio de las tinieblas, puesto que allí no alcanzaba el alumbrado público, y la luna no habia tenido por conveniente dejarse ver.

La casa en cuestion, no tenia más que una sola puerta; pero en sus cuatro paredes, no habria ménos de diez ventanas con reja de hierro.

El que allí entraba no podia, por consiguiente, salir, si por la puerta le estorbaban el paso.

Los tejados de nada servirian á un fugitivo, como le habian servido á Medio-beso en la calle de la Cabeza, puesto que la casa estaba aislada.

Aquello era una ratonera, donde el raton puede meterse; pero de donde no sale hasta que lo quieren sacar.

¿Por qué don Cándido habia buscado un edificio de tales condiciones?

Su objeto se comprende si, como es de sospechar, no mintió en lo que dijo á don Juan de Bustamante.

A las diez y media empezaron á vagar por allí tres hombres, que á los pocos minutos desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra.

No hay que decir que se habian ocultado, ya entre los matorrales, ya entre los montones de escombros que habia en el barranco.

Otros tres hombres llegaron despues, haciendo lo mismo, y luego otro.

Nada más volvió á verse en el espacio de media hora.

Dieron las once.

Un bulto se dibujó confusamente en medio de las tinieblas.

Era un hombre, que llegó á la puerta de la casa, llamando con algunos golpecitos y pronunciando á media voz algunas palabras.

La puerta se abrió.

El que habia llamado, entró.

Otros dos llegaron casi en seguida, y tres luego, y por último, uno, que lo mismo que todos, entró en la casa.

El silencio fué entonces absoluto; pero no duró mucho rato, porque entre los matorrales resonó el lastimero maullido de un gato.

Inmediatamente y en distintos puntos empezaron á levantarse sombras, que se movieron en direccion á la casa.

Dos minutos despues se habian reunido doce hombres.

Once de ellos formaron un círculo, en cuyo centro quedó el otro.

Ninguno pronunció una palabra.

Hubiérase dicho que hasta la respiracion contenian.

El que habia quedado en medio, dijo al fin:

—Cautela, Pintura y Cara-de-Palo, conmigo.

Moviéronse tres y se acercaron al que hablaba.

Éste añadió:

—Juanin, Cucaña, Culebra y Manduca, en la puerta, y los demás alrededor de la casa. Lo demás ya lo sabeis todos: en caso de necesidad, la seña para que acuda el refuerzo.

Sin que entonces pronunciasen tampoco una palabra, cuatro de aquellos hombres se esparcieron alrededor del edificio.

El que habia dado las órdenes, es decir, el señor Morato, se acercó á la puerta seguido de los demás.

El golpe podia considerarse dado con felicidad, pues los que estaban dentro de la casa no podrian salir sin ser vistos.

¿No habia cometido el conde una ligereza?

No, porque ningun motivo tenia para desconfiar de don Cándido.

Si hubiera conocido la historia de Guillermo de Luján, habria sabido que el Judas es siempre el que parece más fiel, el que muestra mayor empeño en dar pruebas de lealtad y adhesion.

El raton estaba en la ratonera.

La ratonera estaba vigilada por doce gatos.

Con uno habia bastante para que el raton pereciese; con el señor Morato sobraba.

Una vez colocados en sus puestos, el jefe de policía dijo al ex-sacristan:

—¿Qué opinas, mi buen Cautela?

—Nada, mi respetable señor.

—Eso es lo mismo que augurar mal, te conozco...

—Pues bien, esto no me gusta.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que se nos presenta demasiado fácil.

El señor Morato empezaba á ser de la misma opinion; pero no quiso manifestarla.

—Mi respetable jefe,—añadió el astuto Cautela,—recuerdo que la noche desdichada en que la madre priora me cogió *in fraganti* delito amoroso, todo lo encontró muy fácil, y desde entonces, cuando no se me presentan inconvenientes, en vez de alegrarme y seguir entusiasmado, retrocedo.

—Ahora no podemos retroceder.

—Pero sí esperar.

—Eso tiene sus inconvenientes.

—Los veo, mi respetable jefe,—repuso Cautela, exhalando un suspiro.

—Es preciso concluir,—dijo el señor Morato;—pero antes de llamar...

—Quiere usted que escuche, acercándome á las ventanas: ¿no es eso?

—Eres adivino.

Cautela se separó de su jefe y fué acercándose á las rejas y escuchando.

A la tercera vez que esto hizo, relumbraron sus ojos.

Permaneció inmóvil algunos minutos.

Luego suspiró y volvió donde estaba el señor Morato.

—¿Qué has conseguido?—preguntó éste.

—Tener la seguridad de que hablan.

—¿Nada más?

—Parece que discuten acaloradamente.

—¿No has entendido lo que dicen?

—Ni una palabra.

—¿No has conocido ninguna voz?

—Juraría que dos de ellas...

—¿De quién?

—La una del conde.

—¿Y la otra?

—De Plotoski.

—¡Plotoski!...

—Ninguno de los que han entrado tiene su aire; pero es menester considerar que un hombre con capa, como todos traian, y en medio de esta oscuridad...

—Sí, sí.

—Cualquiera diria que nos protege la fortuna; pero...

—Acabemos... Preparaos,—dijo el jefe de policía.

Y se dispuso á llamar.

Todos quedaron como estátuas.

Habia llegado el momento decisivo.

CAPITULO XXX.

Los consejos de Cautela.

El señor Morato dió algunos golpes á la puerta.

Nadie respondió.

Volvió á llamar.

—Es inútil,—dijo Cautela, exhalando un suspiro.

—Ya lo sé,—replicó el jefe de policía;—pero no podiamos empezar por donde hemos de concluir.

—Lo peor es, mi respetable jefe, que el resultado se presenta demasiado oscuro.

El señor Morato reflexionó.

—Vuelve á la reja,—dijo luego,—y escucha.

Obedeció el ex-sacristan.

Llamó nuevamente y con mayor fuerza el señor Morato.

Trascurrieron algunos minutos.

Cautela se separó de la ventana y volvió al lado de su jefe.

—Siguen hablando,—dijo,—como si nada temiesen, lo cual prueba que están seguros de burlarse de nosotros.

—¡Oh!... Esto empieza á desagradarme.

—Ahora he reconocido perfectamente la voz de Plotoski.

—¿Y nada has entendido?

—Algunas palabras del general.

—Repítelas.

—Con esa exaltacion que le es propia, levantó la voz y dijo: «Señores, todo depende de la exactitud: un solo dia que tardeis en responder á nuestro grito, nos perderá.» Le respondieron varias voces á la vez, sin duda dándole seguridades.

—¿Qué mas?

—Nada.

El señor Morato quedó pensativo.

Las palabras repetidas por Cautela, tenian mucho valor, fueron un rayo de luz para el jefe de policía.

Quizá entonces comprendió todo el plan.

—Ni un instante,—dijo despues de haber reflexionado,—ni un solo instante debemos perder.

—¿Qué hacemos?

—Supongo que esta puerta tendrá cerrojos, en cuyo caso no bastarán las ganzúas.

—Probaremos, mi respetable jefe, porque segun voy viendo, nada temen estos buenos señores, y quizá se hayan contentado con echar la llave.

—Que estará puesta en la cerradura.

—La quitaremos.

—Pues empieza y concluye pronto... No importa que hagas ruido.

—Ante todo,—dijo Cautela,—reconoceré y haré caer la llave, si está puesta.

Y se inclinó, introduciendo uno de sus delgados dedos por el ojo de la cerradura.

—Aquí la tenemos,—murmuró.

—Quítala pronto.

—Al instante.

El ex-sacristan quiso hacer girar la llave para colocarla de modo que empujándola se la hiciese caer; pero fué inútil su intento.

Si hubiese habido luz, se le habria visto hacer un gesto de profundo desagrado.

—¿Qué es eso?—preguntó el señor Morato despues de algunos segundos.

—Que parece que la llave la han pegado á la cerradura.

—¿No te gusta encontrar dificultades?

—Segun, mi respetable jefe,—repuso Cautela mientras seguia esforzándose en vano:—esta dificultad supone un hombre que está detrás de la puerta, que sabe que estamos aquí, que puede calcular con toda exacti-

tud donde se encuentra el cuerpo del que reconoce la cerradura y...

—¿Qué más?

—Si le diera el capricho de quitarme, no solamente de aquí, sino del mundo, le seria muy fácil, porque el hombre obstáculo tendrá una pistola...

—Me ocurre una idea,—dijo Pintura, que hasta entonces habia permanecido callado.

—¿Cuál?

—Hacer con ese hombre lo que teme Cautela que se haga con nosotros...

—Mi estimado compañero,—replicó el ex-sacristan, —el hombre estará, no precisamente detrás de la puerta, sino de la pared, porque le basta alargar un brazo para sujetar la llave.

—Basta de comentarios. . ¿No adelantas nada?

—Nada, señor.

—Entonces...

Interrumpióse el señor Morato, porque de repente rechinó la llave en la cerradura, rozando con violencia el extremo del dedo índice con que trabajaba Cautela.

Éste, sorprendido y sin darse cuenta de lo que hacia, brincó hácia atrás, y todos retrocedieron un paso, impulsados por el instinto de conservacion.

Sin embargo, todos volvieron á quedar inmóviles, porque ninguno habia pensado huir ni tenia miedo.

Cautela exhaló el más lánguido suspiro que habia exhalado en toda su vida.

—¡Ah!—exclamó.—Ya lo vé usted, mi respetable jefe: nos abren la puerta; no tenemos que vencer ni siquiera el obstáculo de una endeble cerradura...

—Luz,—dijo el señor Morato con breve acento.

Apenas pronunciada esta palabra, esparcióse una viva claridad, que salia de una linterna sorda.

La linterna la tenia un hombre ni flaco ni gordo; de elevada estatura, y cuyo cuerpo rígido le daba el aspecto de un cadáver galvanizado ó de una estátua.

Su rostro pálido, imberbe, era largo y estrecho, frio, sin expresion. Más que un rostro de carne, parecia de cera.

Los ojos, grandes y salientes, parecian ser azules; pero de un azul muy claro, blanquecino, y sin trasparencia. Hubiérase dicho que eran unos ojos de cristal ya desgastados, estropeados, medio despintados. No habia en ellos extrabismo; pero no era posible decir adónde se dirigia la mirada de aquellos ojos extraños.

La presencia de este personaje, infundia miedo, ó más bien que miedo, ese pavor que infunde un fantasma.

Tal era el conocido con el apodo de Cara-de-Palo; tal era el antagonista, el mortal enemigo de Cautela.

En cuanto al odio que se profesaban, ignoramos el motivo.

Dios habia pronunciado dos palabras, *fiat lux*, para que la luz se hiciese, y como hemos visto, al señor Morato le habia bastado pronunciar una.

Por pronto que adoptasen una resolucion, ya habian

perdido algunos momentos, quizá los más preciosos.

¿Contaba con esto la persona que habia dado vuelta á la llave?

Probablemente sí.

En ninguna situacion, por apurada que fuese, se habia visto al jefe de policía tan vacilante.

¿En qué consistia esto?

Desconfiaba lo mismo que Cautela.

Su esperanza de apoderarse de los conspiradores, desapareció apenas dió vuelta la llave.

La puerta continuaba cerrada.

—Ahora,—dijo al fin el señor Morato,—es preciso entrar.

Y sacó otra linterna para proveerse tambien de luz.

—Mi respetable jefe,—observó Cautela, que en vez de las ganzúas, inútiles ya, sacó un rewólver,—permítame usted darle un consejo.

—Ya sabes que los escucho y los tomo en consideracion.

—Pues bien, demos esto por concluido.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos vayamos.

—¿Has perdido el juicio?

—Porque no estoy loco es por lo que no quiero meterme en esa casa esta noche. Mañana volveremos, y aunque no encontraremos á los conspiradores, descubriremos algo que nos interese. Se nos han ido... ¿Qué

hemos de hacer?... Paciencia... No todos los tiros los aprovecha el cazador.

—No, no se han ido.

—Es igual.

—Tienes miedo, lo cual no me sorprende...

—Sí, lo confieso.

—Pues hay que hacer de tripas corazon, amigo Cautela.

Éste suspiró tristemente y repuso:

—Quedémonos; pero no entremos. Esperemos aquí, que tarde ó temprano ellos saldrán... Esto debe ser una lucha de paciencia y astucia... El que primero pierda la paciencia, quedará derrotado.

—Cuando te entregas á tus filosóficas reflexiones y empiezas á hacer comparaciones, no acabas jamás.

—Perdone usted, mi respetable jefe: una observacion más...

—La última.

—Esta casa puede ser lo mismo un nido de ratones, que una ratonera. Nos conviene suponer que es lo primero, y hacer lo que el gato, esperar, acechar sin impacientarnos, y cuando salga el raton...

—Entiendo.

—Si ahora entramos, es posible que el nido de ratones se convierta en ratonera, y que nosotros, en lugar de hacer el ventajoso papel del gato, hagamos el tristísimo del raton que se deja llevar por su golosina.

—Tu imaginacion es muy dada á lo fantástico y vé

peligros donde no existen. Ni la filosofía ni la poesía nos sirven de nada en esta ocasion.

—Bien, señor, bien...

—No perdamos más tiempo,—replicó el señor Morato.

Y dirigiéndose á Cara-de-Palo y á Pintura, añadió:

—Mucho cuidado, porque ya estais viendo que tenemos que habérnoslas con gente que entiende muy bien esta clase de asuntos. Que nos preparan algun golpe, no hay duda, y por consiguiente es menester que estemos preparados á todo para que nada nos sorprenda.

—Peor para ellos si se resisten,—respondió Pintura.

Cara-de-Palo no pronunció una palabra ni hizo el más leve gesto, lo cual á nadie debia sorprender, porque hablaba poquísimo. Permaneció inmóvil y con la mirada fija no sabemos dónde.

—Vamos,—dijo el jefe.

Y seguido de los tres á quienes antes habia designado para que le acompañaran, se acercó á la puerta.

Los otros cuatro se colocaron convenientemente segun se les habia mandado.

¿Ocurriria algun nuevo incidente?

Todo era probable, todo debia suponerse.

¿Qué significaba lo que hasta entonces habia sucedido?

¿Estaba todo ello preparado por don Cándido?

Sí, puesto que él era quien habia proporcionado la casa y quien habia dispuesto que se celebrase allí la reunion.

¿Pero cuáles eran sus intenciones?

¿Queria favorecer á los agentes de policía ó les habia tendido algun lazo?

Lo uno y lo otro puede deducirse de lo que hemos visto.

Las facilidades que tanto disgustaban á Cautela, podian ser verdaderas facilidades proporcionadas de buena fé y contra los conspiradores, pero tambien era posible que fuesen el camino que se abre al enemigo á quien se prepara una emboscada.

Pronto hemos de salir de dudas, pronto sabremos si don Cándido era un conspirador terrible que trabajaba en favor de la libertad, ó si, como habia dicho, queria solamente satisfacer un deseo de venganza, haciendo males á determinadas personas.

Aún se detuvo el señor Morato algunos momentos para mirar por el ojo de la cerradura y escuchar.

Pero ni vió luz, ni percibió el más leve ruido.

—Es preciso jugar el todo por el todo,—dijo para sí.

Y puso una mano sobre la puerta.

CAPITULO XXXI.

Quién hizo al fin de raton.

No encontró el señor Morato ningun inconveniente para abrir.

Apenas empujó, la puerta giró sobre sus goznes sin producir el mas leve ruido.

Ya no se detuvo.

Entró seguido de sus tres dependientes.

Encontráronse en una habitacion de escasas dimensiones y donde no habia mas que una sola puerta.

Miraron por esta, y vieron luz al extremo de un pasillo.

Siguieron adelante.

Mientras andaba, el señor Morato miraba al suelo, al techo y las paredes.

Nada encontró de particular.

Al otro extremo del pasillo habia una puerta.

Por ella penetraron en un aposento cuadrado y donde no habia más muebles que una docena de sillas y una mesa sobre la cual se veia un tintero y algunos papeles.

Dos bujías iluminaban la habitacion.

El señor Morato se detuvo.

Su mirada penetrante lo examinó todo en un momento.

Allí debian haber estado los conspiradores, porque aún se percibia olor á tabaco.

No habia en las paredes mas que tres aberturas, la de una de las ventanas que daban al campo y junto á la cual debió haberse colocado Cautela cuando escuchó, la de la puerta por donde habian entrado y la de otra puerta que debia conducir á las demás habitaciones.

No era prudente seguir sin más reflexion.

Lo primero que hizo el jefe de policía fué convencerse de que no habia mas salidas que las que ya habian visto.

Hecho esto, se acercó á la mesa y fijó la mirada en los papeles.

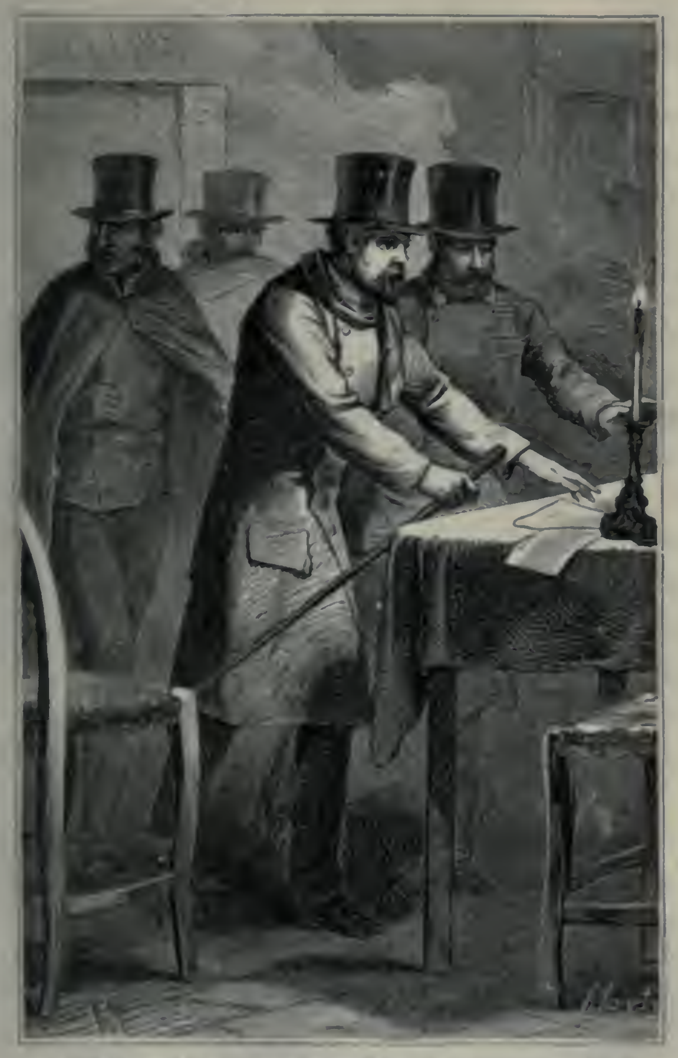
Sus ojos relumbraron como dos carbunclos.

Aquellos papeles eran un tesoro dejado imprudentemente allí por los conspiradores.

El señor Morato los tomó y los guardó.

Entonces no entró en razonamientos con Cautela.

Era peligroso hablar en aquel sitio.



Aquellos papeles eran un tesoro dejado imprudentemente allí por los conspiradores.



Lo primero era mirar á todos lados, escuchar y prepararse al más leve rumor que se percibiese.

El señor Morato se hizo las siguientes reflexiones:

—Estaban aquí hace pocos minutos. No pueden haberse ido sino por esa puerta. Para aguardarnos en otra habitacion, no se habrian tomado el trabajo de salir de esta. ¿Qué intentarán? ¿Querrán llevarnos de aposento en aposento hasta un sitio á propósito para asesinarnos? Es lo único que hay que sospechar, lo único que debe temerse. ¿Qué haré? Ya no podemos retroceder: es forzoso seguir y acabar cualquiera que sea el resultado, aunque ya estoy casi seguro de que se han burlado de nosotros.

La situacion no podia ser más difícil.

No era posible que el señor Morato, á pesar de toda su astucia y de toda su esperiencia hubiese previsto nada de lo que estaba sucediendo.

Sin embargo, desde que Cautela aseguró que habia reconocido la voz de Plotoski, el jefe de policía perdió la tranquilidad y la esperanza de obtener ningun buen resultado.

Nada de importancia se sabia de Plotoski, y sin embargo era la persona más temible para el señor Morato.

El miedo de éste puede calificarse de instintivo, puesto que no reconocia ningun fundamento.

El jefe de policía recapituló.

Se encontraba en el interior de un edificio, cuyo plano le era completamente desconocido.

Los conspiradores habian permanecido en aquel apo-

sento hasta el último instante, lo cual probaba, que no tenian prisa para huir.

En vez de estorbarles el paso, se les habia abierto la puerta; pero de un modo bien extraño.

En una época de superstición, se hubiera creido que aquella casa estaba habitada por duendes, que se habian propuesto divertirse con la policía, si bien á la policía le tienen miedo hasta los duendes.

Dudó el señor Morato si llamar en su auxilio otros dos ó tres agentes; pero hubiera quedado mal guardada la parte exterior, y los conspiradores, tal vez aprovechando esta circunstancia, se descolgarian desde el tejado, desapareciendo mientras los perseguidores se rehacian.

Bien pensado, no era probable que se atreviesen á asesinar á cuatro hombres, ni era fácil que lo consiguiesen.

Era preciso entregarse en brazos del azar.

No era este el sistema del señor Morato; pero en la situacion en que se encontraba, no podia hacer otra cosa.

Volvióse á sus dependientes, que esperaban órdenes, y les hizo una seña para que lo siguiesen.

Entraron en otro pasillo.

El jefe de policía miró á todos lados y vió que el techo era mucho más bajo que los otros, pues no pasaba de la altura de la puerta.

—Bien,—dijo para sí:—hay otras habitaciones enci-

ma, un segundo cuerpo que no se adivina desde la parte de afuera. Ya iremos descubriendo.

Despues de andar unos veinte pasos, llegaron á otra puerta.

El pasillo habia concluido y principiaba otro á la izquierda.

Entraron en él.

La altura del techo era la misma que en el anterior.

Tambien allí el suelo era de ladrillo y estaba desnudo, y las paredes lisas y blanqueadas.

No habia, pues, salidas secretas.

Todo lo veia la mirada escudriñadora del señor Morato.

No anduvieron mucho sin encontrar otra puerta y otro pasillo, á la izquierda tambien.

—¿Se ha querido reproducir aquí el laberinto de Creta?—se dijo el jefe de policía.

Cautela hacia gestos inequívocos de profundo disgusto y de miedo.

Por lo que pudiera suceder, sacó tambien su linterna y la encendió.

Pintura hizo lo mismo.

No era menester conocer el plano de la casa, para comprender que aquellos tres pasillos eran paralelos á tres de las paredes de la habitacion donde estaba la mesa.

La frente del señor Morato se contraia más cada vez.

Al llegar á una cuarta puerta, se detuvo.

¿Debia adelantar mas?

¿No cometia una imprudencia, dejando sin guarda alguna el camino que andaba?

No, puesto que nadie podia seguirlos sin entrar por donde ellos habian entrado.

Sin embargo, ni el jefe de policía ni sus dependientes, se apercibieron de una circunstancia de mucho interés, y que consistia en que las puertas por donde entraban, iban cerrándose silenciosamente á medida que ellos se alejaban.

Esto debia hacerse por medio de resortes desde el piso superior; pero ello es que parecia obra de una mano invisible.

Cuando quisieran retroceder ya no podrian, si bien les quedaria el recurso de dar golpes y hacer algun disparo con los rewólvers, lo cual seria suficiente para que acudiesen los que habian quedado fuera de la casa y rompiesen las puertas en pocos minutos, pues nunca acometian estas empresas sin ir provistos de los instrumentos necesarios.

El señor Morato comprendió, pues, que no le convenia privarse de ninguno de sus tres hombres, para dejarlos de centinela en los solitarios pasillos.

Volvieron á emprender la marcha.

Entonces tuvieron que tomar á la derecha para seguir un cuarto pasillo, mucho mas largo que los anteriores y mas ancho.

De repente puso Cautela una mano sobre la espalda de su jefe.

Todos se detuvieron.

El ex-sacristan hizo una seña, significando que habia percibido ruido.

Escucharon.

Efectivamente, á bastante distancia y hácia el lado adonde ellos se dirigian, sonaba ruido de pasos de más de una persona.

Luego se oyó el rumor de voces.

Cautela tembló convulsivamente.

La mirada de Pintura se tornó sombría y terrible.

Cara-de-Palo no expresó nada: ni un solo músculo de su rostro se movió.

El señor Morato desplegó una sonrisa.

—No se han ido,—murmuró con acento que revelaba la más viva alegría.

Y luego añadió:

—Este Cautela lo vé siempre todo negro, y me habia desanimado... ¡Oh!... Mientras estén aquí, poco me importa lo demás.

Reanimado y contento hizo seña á sus dependientes y volvieron á emprender la marcha.

Cautela suspiró.

Pintura lo miró con profundo desden mientras murmuraba:

—Este sacristan no sirve para nada.

El ruido de pasos y de voces, se alejó.

Luego se oyó otro ruido, que parecia ser el de una puerta al abrirse ó cerrarse.

Nada mas sonó.

Llegaron al final del pasillo, encontrando una puerta cerrada y que tenia picaporte y dos gruesos cerrojos; pero estos no estaban corridos.

Parecia cambiar la situacion.

Tal vez los enemigos estaban al otro lado de aquella puerta.

A saber esto con seguridad, no habia más que correr los cerrojos y dejarlos encerrados.

Pero ningun ruido se percibia.

Cautela volvió á temblar.

El señor Morato interrogó con la mirada á sus dependientes.

No hay que decir que Cara-de Palo permaneció impasible.

—Adelante,— dijo Pintura, cuyo valor no reconocia peligros.

—Esto no me gusta,—murmuró Cautela.

Y exhaló un gemido que le valió una segunda mirada de desprecio de Pintura.

—Sí, adelante,—dijo el señor Morato.

Y dió vuelta al picaporte y empujó.

La puerta se abrió.

Esperaban ser recibidos á pistoletazos; pero no sucedió así.

Tras la puerta habia lo que no puede llamarse un

aposento, pues era un espacio cuadrado y bastante reducido.

El suelo no estaba allí cubierto de ladrillos, sino de tablas.

Frente á la puerta de entrada habia otra enteramente igual, con picaporte y dos cerrojos, tambien descorridos.

Cautela se tranquilizó, porque en aquel momento no habia peligro.

El entarimado produjo mal efecto en el jefe de policía.

Sin embargo, no habia que hacer entonces más que seguir.

Al otro lado de la puerta que tenian enfrente, sonó otra vez el ruido de pasos y voces.

La tranquilidad de Cautela duró, pues, pocos momentos.

El jefe de policía acabó de perder la paciencia.

—Vamos,—dijo con breve acento.

Acabaron de entrar; pero inmediatamente la puerta se cerró.

Entonces no podia pasarles desapercibida esta circunstancia.

Cara-de-Palo quedó inmóvil y silencioso.

El señor Morato y Pintura, dejaron escapar una exclamacion de ira.

Cautela exhaló un grito de terror.

Por algunos segundos quedaron como petrificados.

La violenta y desigual respiracion de todos ellos, fué el único ruido que se percibió.

Los rostros del señor Morato y de Pintura, estaban rojos como si fuese á brotar la sangre.

Sus ojos relumbraban como carbunclos.

Cara-de-Palo, como si efectivamente hubiese sido de la materia que indicaba su apodo, continuaba inalterable.

El rostro de Cautela estaba lívido.

—¡Ay!—exclamó,—por fin hemos caido en la ratonera, hacemos el triste papel del raton goloso, en vez de haber sido los gatos; en vez de devorar, seremos devorados... Esto ha concluido, y creo que lo mejor que podemos hacer, es encomendar á Dios nuestra alma... Hé aquí nuestra sepultura...

—Silencio,—interrumpió ásperamente el jefe.

—Ya callo; pero...

—Tu miedo nos perderá...

—Bien, mi respetable señor, bien... Me resigno.

—Nos han cerrado esa puerta... ¿Cómo?

—¿Qué importa?... Ello es que la han cerrado y no la abrirán...

—No, no la abrirán los criminales; pero sí nuestra gente, que acudirá con solo que hagamos un disparo.

—Y mientras la abren...

—Hay tiempo de sobra para que te maten,—dijo el señor Morato,—ya lo sé.

—¡Oh!...

—Y aunque la policía pierda algo, la sociedad ganará mucho.

—Mi respetable jefe, yo moriré contento al lado de usted; pero no hablemos de eso...

—Veamos si esta otra puerta está cerrada, y en tal caso...

—¿Disparo ya, señor?

—No.

—Prudente seria...

—Somos cuatro hombres bien armados, que podemos luchar ventajosamente con doble número.

—¡Doble número!—exclamó horrorizado Cautela.

—No han entrado más que siete...

—Peores que los siete pecados capitales, muy temibles porque entre ellos están el endiablado Plotoski y ese buen general que sabemos lo que hace en casos de apuro...

—Ya no suenan pasos ni voces...

—Tanto peor.

—Silencio y adelante.

CAPITULO XXXII.

La última sorpresa.

Sobrados motivos habia para creer que el gato habia caido en la ratonera, y que el raton se burlaba del gato, cuyas uñas eran impotentes para romper la puerta del encierro.

No se ocultaba esto al señor Morato, no; pero ya le era imposible retroceder.

Comprendió entonces que debia haberse hecho seguir por tres ó cuatro más de sus dependientes; pero ¿de qué le servia reconocer su torpeza?

Ya era tarde para remediarla.

A pesar de lo que habia sucedido, no adivinaba cuál seria el desenlace.

¿Querian asesinarlos?

No, porque esto hubiera sido agravar los conspiradores su situacion, que no era la más halagüeña mientras no consiguiesen salir del edificio.

Si se cometia un asesinato, más de un testigo podria señalar al conde, porque lo habian visto entrar allí.

¿Qué se proponian?

Lo que á los conspiradores les interesaba era salir de allí, y tampoco lo conseguirian, puesto que el edificio estaba cercado.

Cualquiera que fuese el plan, lo que convenia era concluir cuanto antes.

Esto pensó el señor Morato y decidido á no detenerse, dió un paso hácia la puerta que aún no habian abierto.

Empero se detuvo, porque en aquel momento crujió el entarimado y se movió como si se hundiese.

Un nuevo grito, de ira y de miedo, exhalaron los agentes.

Todos inclinaron la cabeza y miraron al suelo.

Éste se movia efectivamente, bajando por uno de sus lados como si por el opuesto estuviera sujeto á la pared por medio de goznes, que se oian rechinar.

Lo que debia suceder no era dudoso.

Tal vez iban á caer á un abismo.

No habia lucha ni defensa posible.

Tampoco habia tiempo de reflexionar.

El instinto de conservacion habia de hacerlo todo.

Cautela dió el ejemplo de lo único que era posible

hacer, no para evitar la caida, que era inevitable, sino para caer del mejor modo posible.

Instantáneamente, porque todo esto sucedió en ménos tiempo del que se necesita para referirse, instantáneamente, repetimos, el ex-sacristan se tendió sobre el entarimado, colocándose de modo que su cabeza estuviese en direccion de los gozues.

—Al ménos,—gritó,—caigamos de pié.

El entarimado no giraba con rapidez, y efectivamente, segun Cautela se habia colocado, debian concluir por escurrirse, cayendo cabeza arriba.

Esto era una gran ventaja, y si no era muy profunda aquella sima, podrian llegar con vida al fondo.

Todos hicieron lo mismo, aunque sin dejar ninguno de ellos la linterna ni el rewólver.

El señor Morato extendió antes un brazo, intentando asirse á uno de los cerrojos de que hemos hecho mencion; pero no pudo y tomó la posicion de los demás.

A los pocos instantes resbalaron sus cuerpos y...

Cayeron al fin.

Si habian descendido mucho, no lo sabian.

Todos perdieron el equilibrio.

Unos sintieron bajo su cuerpo la tierra dura, y otros el cuerpo blando de uno de sus compañeros.

Al recibir el golpe se escaparon las linternas y los rewólvers de sus manos, quedando en medio de la más completa oscuridad.

Lo que sucedió entonces, no puede describirse.

Resonaron imprecaciones de rabiosa ira y angustiosos lamentos.

Revolviéronse los cuatro sin acertar ninguno á levantarse, porque se estorbaban los unos á los otros, y los que estaban debajo, exhalaban ayes, y los que estaban encima, maldecian, y todos gritaban sin poder entenderse, y todos luchaban sin lograr separarse y enderezarse.

La confusion no podia ser más espantosa.

—¡Quita, quita!—gritaba Cautela, que sentia sobre su cuerpo otro cuerpo, y unas manos muy duras sobre sus brazos.—Este miserable Cara-de-Palo me estruja... Favor, mi respetable jefe...

—Conozco tus manos, Pintura,—dijo Cara-de-Palo, á quien lo grave de la situacion le habia hecho romper el silencio.—Aparta...

—¡Mil truenos!—exclamaba entretanto el vanidoso Pintura.—¿Quién de vosotros me aplasta?... ¡Rayos del infierno!... Mi reloj, mi chaleco... Me las pagarás, Cara-de-Palo, me las pagarás. .

Y el señor Morato gritaba:

—A un lado, canalla... ¿Qué haceis?... ¿Estais vendidos á los criminales?... ¿Qué significa esto?

A tales voces del miedo y la desesperacion, respondieron algunas carcajadas burlonas.

Luego otras voces, que no eran de los agentes de policía, dijeron con tono de amenaza terrible:

—¡Quietos, bribones, quietos si quereis vivir!

Entonces fué cuando los agentes comprendieron su verdadera situacion.

No eran ellos los que se estorbaban para levantarse, sino no sabemos cuántos hombres de fuerzas hercúleas que sobre ellos habian caido.

Cesaron las voces.

Pero continuó la lucha.

No se percibió más ruido que el sordo producido por los cuerpos que se revolvian desesperadamente y el de los palpitantes y fatigados pechos.

El señor Morato y sus dependientes iban provistos de puñales; pero no pudieron sacarlos.

Ni á Cara-de-Palo ni á Pintura les valieron sus fuerzas.

Cada uno de ellos tenia que luchar con dos ó tres enemigos, que les sujetaban los brazos y piernas.

Sin embargo, no cedian.

Ni Cautela, que era el más débil y cobarde, dejaba de resistir en cuanto le era posible.

Las tinieblas daban á los acometedores grandísima ventaja.

Cinco minutos lo más duraria la lucha.

Cesó el ruido del movimiento.

No se oyó más que el de las respiraciones violentas.

El señor Morato y sus dependientes tenian los brazos atados á la espalda.

Muy trabajosamente se sentaron.

Luego empezaron á ponerse en pié.

A los pocos segundos brilló una luz.

Esto pareció una dicha á los vencidos.

Pudo verse el cuadro.

Encontrábanse èn un subterráneo, cuyo término se perdia de vista.

Ocho hombres de formas atléticas y cubiertos los rostros con antifaces, rodeaban á los de policía.

Eran los que habian luchado, segun lo revelaba la fatiga de que daban muestras.

Otro hombre, tambien con antifaz y envuelto en una capa, era el que tenia la luz y los contemplaba á todos como si así gozase.

Trascurrieron algunos minutos sin que se pronunciase una palabra.

La situacion estaba resuelta.

Veamos el resultado.

CAPITULO XXXIII.

Debajo de tierra.

El golpe estaba dado y era preciso sufrir las consecuencias.

Nada se conseguiría con locos intentos contra los vencedores, y entregándose al terror tampoco sucedería otra cosa que hacer doblemente grave la situacion, ya demasiado crítica.

Un hombre cobarde se hubiese aturdido; pero al señor Morato le sobraba valor, ese valor frio que tantas ventajas dá en críticas circunstancias, y cuando se vió vencido y sujeto, lo mismo que sus dependientes, volvió á ser el hombre astuto y perspicaz que sabe ir por el camino más corto á su conveniencia.

Puesto que no tenia remedio lo sucedido, solo debia

pensarse en sacar el mejor partido de la misma desgracia.

El jefe de policía profesaba el principio de que en este mundo puede explotarse todo, lo mismo lo bueno que lo malo, ó lo que es igual, que todo tiene un lado peligroso y otro favorable, una cara fea y otra bonita.

—Estoy á merced de esta gente,—dijo para sí el señor Morato,—y como mi deseo no basta para que se cambien los papeles, debo hacer lo posible para aminorar los peligros y aun para sacar algo provechoso del peligro mismo que atravieso. Mi cuerpo está vencido; pero no mi inteligencia. Puños contra puños he sido derrotado; pero no sabemos todavía quién vencerá en el terreno de la astucia.

El señor Morato, en situaciones como la que nos ocupa, tenia la ventaja incalculable de no desalentarse, de no perder por completo la esperanza, porque creia que por muchos que sean los recursos que se agoten, siempre queda alguno que poner en juego, y por consiguiente, que lo que no se ha hecho en un año, se hace en un dia, lo que no se hace en un dia, puede conseguirse en un instante.

Otra consideracion acabó de tranquilizar al señor Morato: no trataban de asesinarlo, porque desde luego lo habrian hecho así sin tomarse la molestia de sostener una lucha, que podia muy bien haber costado la vida á alguno de los acometedores.

Todo, pues, iba bien, es decir, todo lo bien que era posible en aquella situacion.

—Mientras me dejen con vida,—pensó el señor Morato,—esto no significa mas que un tropiezo.

No haremos ahora mencion de sus tres dependientes, ni de los de la blusa, y nos ocuparemos de las dos personas que tenian más importancia en aquellos momentos; del señor Morato y del hombre de la capa.

El primero dejó de mirar á los conspiradores, cuidándose solamente de examinar el sitio en que se encontraba.

—Estamos,—dijo para sí,—á una profundidad de diez varas próximamente: es, pues, enteramente inútil gritar ni silbar, porque no ha de oirlo mi gente.

Miró al suelo.

Los rewólvers y las linternas habian desaparecido.

—Esta gente es precavida,—pensó el señor Morato. —No puede uno burlarse de ellos, porque en todo piensan y todo lo previenen. Ahora empiezan las verdaderas dificultades, y debo suponer que Cautela se tranquiliza, puesto que las facilidades le asustan. Por de pronto lo más conveniente es ganar algun tiempo, dando así lugar á que los mios, temerosos de alguna desgracia, acudan y lleguen con oportunidad para salvarnos. Si esto sucediese, no debiamos considerar del todo perdida la noche, porque aunque los conspiradores lograran escapar, los papeles que llevo en el bolsillo son un tesoro de incalculable valor.

Hechas estas reflexiones, el señor Morato se encogió de hombros.

Su rostro volvió á tomar la expresion que siempre tenia, y aun se entreabrieron sus lábios para sonreir.

—Caballero,—dijo al de la capa,—supongo que ahora no tenemos que hacer otra cosa más que hablar para ponernos de acuerdo. Lo que ha sucedido no me sorprende ni me espanta. Vuestra vida de conspiradores como la nuestra de agentes de policía, es una vida azarosa y llena por todas partes de peligros. Pensar que ha de triunfarse siempre, es una locura, y yo no olvido en ninguna circunstancia aquello de que donde las dan las toman, así como la experiencia me ha enseñado que es imposible ganar sin arriesgarse á perder. Esta noche os ha tocado á vosotros la mejor parte... Otro dia nos tocará á nosotros y quedará compensado, porque en este mundo todo se compensa, las leyes mismas de la naturaleza no son otra cosa que la ley de compensacion. Estamos en vuestro poder y para salvar la vida, tenemos que aceptar todas las condiciones. Esto lo reconozco y hasta lo encuentro justo, y para daros una prueba de mi imparcialidad, yo mismo empezaré por ofreceros todo cuanto podeis exigirme, todo cuanto podeis desear.

El embozado permaneció inmóvil y silencioso.

A través de los agujeros de su antifaz veíanse brillar sus ojos, negros como el azabache; pero no era posible decir lo que aquel brillo revelaba.

Semejante silencio desagradó al señor Morato, tanto como las facilidades desagradaban á Cautela.

Sin embargo, disimuló y con la misma tranquilidad que antes, prosiguió diciendo:

—Por de pronto lo que más os interesa, ó para hablar con exactitud, lo único que os interesa, es salir de esta casa sin caer en manos de la policía. Supondreis, y yo no lo negaré, que ha quedado gente guardando el edificio, gente que no os dejaria escapar. Veamos cómo ha de hacerse esto, que aunque es difícil, no es imposible.

—Sí,—dijo al fin el de la capa,—lo único que ahora nos interesa es salir. Ya sé que presenta sus dificultades; pero opino como usted, señor Morato, que no es imposible.

—Bien, discurramos un poco.

—Lo haremos despues, porque ahora no debemos perder un minuto. Usted lo ha dicho: lo que nos interesa es irnos de aquí... Salgamos y despues hablaremos.

La frente del jefe de policía se contrajo.

Queria ganar tiempo y los conspiradores estaban decididos á aprovecharlo.

—Caballero,—dijo,—no sé cómo habeis de salir si antes no nos ponemos de acuerdo.

—Pronto lo verá usted, señor Morato.

—Pero...

—Tenga usted la bondad de seguirnos y de mandar á

sus dependientes que nos sigan, porque supongo que no querrá usted que empleemos la fuerza para llevarlo.

—Caballero...

—La resistencia seria completamente inútil.

—¿Qué resistencia hemos de oponer en la situacion en que nos encontramos?

—Y en cuanto á la discusion, no permitiré que se entable.

—Una palabra...

—Perdone usted.

—Una sola observacion...

—Señor Morato,—interrumpió el de la capa,—el plan de usted se adivina fácilmente... Vamos ó lo llevaremos á la fuerza.

Estas palabras, aunque pronunciadas con la mayor tranquilidad, revelaban el propósito firme de no ceder.

Era, pues, forzoso obedecer.

—Vamos,—dijo el jefe de policía, dejando para mejor ocasion el librarse de los conspiradores.

El embozado dió media vuelta y se puso en marcha.

El señor Morato y sus dependientes lo siguieron, colocándose uno tras otro, porque la anchura del subterráneo no les permitia ir de dos en dos.

Los hombres de la blusa los siguieron á todos.

El ruido de sus pasos se apagaba en el húmedo suelo.

Como una silenciosa procesion de fantasmas, anduvieron por espacio de cuatro ó cinco minutos.

Llegaron al final de la cueva y encontraron una escalerilla empinada.

—Alto aquí,—dijo el embozado.

Y dirigiéndose al señor Morato, añadió:

—Preciso es que sigan ustedes siendo razonables, si es que quieren evitarse el disgusto de que otra vez les pongamos las manos encima.

—¿Qué se exige ahora de nosotros?

—Muy poco, lo absolutamente preciso para que no se cambien los papeles y el gato se convierta en raton, como antes les ha sucedido á ustedes.

—Sepamos.

—No tengo que decirle á usted que estamos debajo de una casa.

—Ya lo veo.

—Debe usted suponer que vamos á salir de esta cueva.

—Tal creo.

—Los gritos no son aquí peligrosos; pero fuera de este lugar, sí.

—¿Acaso?...

—Sin acaso, sino positivamente, vamos á taparles á ustedes la boca, y ustedes dejarán que lo hagamos bien á bien, puesto que de todos modos hemos de hacerlo.

Cautela exhaló un gemido.

Pintura rugió como un tigre.

Cara-de-Palo habia vuelto á recobrar la calma y no hizo un solo gesto que indicase lo que sentia.

—Solo por algunos minutos tendrán ustedes que sufrir esta molestia, y despues podrán desquitarse y hablar y gritar cuanto se les antoje.

—Caballero,—dijo el señor Morato,—todas esas precauciones son innecesarias. Lo que á ustedes les conviene es irse cuanto antes... Salgan ustedes, dejándonos aquí encerrados, que les sobra tiempo para alejarse mientras los nuestros acuden, lo cual no harán muy pronto, porque no abandonarán sus puestos sino cuando no les quede duda de que hemos caido en algun lazo.

—No nos basta irnos.

—¿Qué mas desean ustedes?

—Primeramente he de recobrar ciertos papeles que usted se ha permitido guardar y que me interesan mucho.

—Esos papeles...

—Los tiene usted en el bolsillo.

—Bien, tómelos usted y acabemos.

—Además, tengo que hablar con usted de asuntos de mucha importancia, y como no podemos detenernos aquí, iremos adonde nada tengamos que temer. Cuando hayamos concluido, quedará usted en completa libertad, porque para nada lo necesitamos, ni mucho ménos hemos imaginado atentar contra la vida de ustedes.

La situacion tomaba el giro mas agradable que podia tomar para Cautela, y por esto se le vió desplegar una de sus dulces sonrisas.

Pintura creyó el asunto concluido y se ocupó sola-

mente de su ropa, mirándose y advirtiendo entonces que su fino pantalon y su precioso chaleco de terciopelo estaban llenos de lodo y destrozados.

Esto era una desgracia horrible; pero se consoló de que se remediaba con algun dinero, y acabó de tranquilizarse al ver que no habian desaparecido ni su reloj, ni el alfiler que sujetaba su corbata.

—¿Qué decide usted?—preguntó el embozado al jefe de policía.

—Nada tengo que decidir, puesto que nada me es posible hacer.

—¿Permiten ustedes que se les tape la boca?

—Sí.

Una vez que el jefe respondia no era menester preguntar á sus dependientes.

Los de la blusa, que ya iban prevenidos para el caso, sacaron pañuelos con nudos, y bien pronto los cuatro agentes quedaron imposibilitados de hablar ni gritar.

—Por aquí,—dijo el de la capa.

Y subió la escalerilla.

Los demás hicieron lo mismo.

Bien pronto se encontraron en una habitacion donde no habia un solo mueble.

El señor Morato, siguiendo su costumbre, la examinó cuidadosamente.

—Ustedes,—dijo el de la capa á Cara-de-Palo, Pintura y Cautela,—se quedarán aquí, de donde los sacarán sus compañeros.

Y dirigiéndose al jefe, añadió:

—Usted tendrá la bondad de seguirme para que hablemos, y luego le devolveré la libertad.

El señor Morato hizo un movimiento de cabeza como indicando que estaba dispuesto á obedecer.

—Tiene usted los brazos atados; pero los piés libres,—dijo el embozado, dejando entonces ver la diestra armada de un puñal,—no intente usted correr, porque entonces para salvarme haré lo que no quiero. Respetaré la vida de usted, señor Morato; pero no hasta el punto de poner en peligro la mia, porque esto no seria nobleza, sino estupidez, y yo puedo ser bueno; pero no soy tonto.

Volvió á mover la cabeza el jefe de policía indicando que estaba conforme.

—Vamos,—dijo el otro, dejando la linterna y asiendo por un brazo al prisionero.

Salieron de la habitacion, atravesaron otras igualmente desnudas de muebles, y bien pronto se encontraron en la calle.

Allí habia un coche con dos briosos caballos.

El de la capa abrió la portezuela.

—Entre usted,—dijo.

El señor Morato lo miró como si le preguntase qué significaba aquello.

El otro comprendió la mirada y respondió:

—Dentro de pocos minutos entraremos en explicaciones.

El jefe de policía volvió la cabeza á uno y otro lado reconociendo el sitio en que se encontraba.

A ménos de cien pasos de allí estaba su gente.

¡Y no podia dar un grito, no podia hacer uso de las manos para sacar y hacer sonar el silbato de que siempre iba prevenido!

Hasta entonces no perdió completamente la calma.

En su desesperacion acusó de torpes y de estúpidos á sus dependientes, porque desde el sitio en que se encontraban debian haber visto ú oido llegar el carruaje, y no habian pensado en averiguar el valor que esta circunstancia tenia.

Por primera vez dejó de ser razonable el señor Morato.

Las calles de Chamberí no están empedradas, y si el coche habia llegado por el lado opuesto al en que se encontraban los agentes, era imposible que éstos lo hubiesen visto ni oido.

¿Pero qué habia de hacer el señor Morato?

Acusaba á todo el mundo para no acusarse; debia llamarlos á todos torpes para no reconocer su torpeza.

—Entre usted pronto,—volvió á decir el embozado, en cuya diestra relumbraba todavía el puñal.

El jefe de policía obedeció, entrando en el carruaje.

El de la capa cerró la portezuela.

Luego subió al pescante, y tomó las riendas y el látigo de manos del que allí estaba, representando el papel de cochero.

Un momento despues resoplaron los caballos y partieron al trote.

¿Debemos seguir el carruaje?

Sí, que despues volveremos en busca de los que habian quedado en la casa vigilados por los de la blusa.

CAPITULO XXXIV.

Dentro del coche.

El señor Morato se encontró en el coche con otra persona á quien le fué imposible reconocer, porque cerradas las ventanillas con tableros, no penetraba ninguna luz.

Bien comprendió que por de pronto seria inútil significar su deseo de que le destapasen la boca, y por consiguiente pensó no más que en hacerse cargo del camino que llevaban.

Por la direccion en que estaba colocado el carruaje pudo conocer hácia donde iban.

Cinco minutos pasaron.

Volvieron á la derecha.

El terreno debia ser ménos llano.

Así lo indicaba el movimiento del carruaje.

Para el señor Morato no pasó desapercibida esta circunstancia.

Siguió observando.

Volvieron á la izquierda.

Luego otra vez á la derecha.

Los caballos iban siempre al trote.

La persona que se encontraba en el carruaje, rompió al fin el silencio.

—Ya no hay peligro,—dijo.

Y bajó los tableros que cerraban las ventanillas y luego destapó al señor Morato la boca y le quitó las ligaduras que le sujetaban los brazos.

Los ojos del jefe de policía relumbraron como dos carbunclos.

Habia reconocido á su compañero de viaje, es decir, al general y conde, puesto que no era otro.

La situacion habia cambiado completamente; pero no era ménos delicada.

Nada tenia que temer el señor Morato por su vida, puesto que no estaba entre cobardes asesinos; sin embargo le era preciso mostrarse muy prudente y pensar, no solo en lo presente, sino en lo porvenir.

El hombre que estaba á su lado habia de llegar á ser dueño del poder más ó ménos tarde; no era un conspirador vulgar, ocupaba y ocuparia siempre una elevada posicion, y era preciso respetarlo.

El jefe de policía dió á su rostro toda la expresion

de tranquilidad y dulzura que le fué posible y dijo:

—Gracias, señor conde.

—Ya no tiene objeto el mortificarlo á usted,—respondió el general,—y si antes se ha hecho...

—Era preciso, lo sé y estoy muy lejos de quejarme. Antes lo he dicho á la persona que me ha traido aquí y que supongo vá en el pescante.

—No se equivoca usted.

—Todos, para cumplir nuestros deberes, tenemos el derecho de emplear cuantos medios son imaginables. Si yo hubiera podido tenderles á ustedes un lazo, lo hubiera hecho, porque así era mi deber: ustedes se han anticipado, la habilidad de ustedes ha valido más que mi astucia, y me ha tocado perder. Otras veces me ha tocado ganar. Tengo paciencia como ustedes la han tenido antes y no me sorprendo ni encuentro motivo para quejarme. Mi oficio es peligroso y no debo esperar siempre triunfos y dulzuras.

—Señor Morato, ningun ódio personal tengo contra usted.

—Ya lo sé, señor conde: el jefe de policía debe ser considerado por usted como el más temible de los enemigos; pero nada más. En cuanto á mí, siento lo que esta noche me ha sucedido, porque á nadie le agrada verse derrotado, y porque tal vez me cueste el empleo, es decir, el pan que como, porque todos los gobiernos creen que la policía tiene no sé qué poder sobrenatural, y una derrota de esta clase, se califica de torpeza. Nos-

otros tenemos la obligacion de hacer imposibles, y lo injusto de esta exigencia se vé ahora como nunca, porque usted debe saber que la torpeza no ha sido mia, sino del señor ministro.

—Lo ignoro.

—Me he concretado á obedecer, he sido en esta ocasion mero soldado de fila, y la responsabilidad creo que pesa sobre quien ha dado las órdenes, con alguna impremeditacion en mi concepto. Ahora puedo ser franco, señor conde, y lo seré. Tengo preciosos datos sobre los trabajos de ustedes; me faltaba poco para dar el golpe con toda seguridad, y creo que lo hubiera conseguido.

—Tal vez.

—¿Quiere usted que nombre una por una las personas comprometidas?... Lo haré.

—¿Sabe usted acaso?...

—Lo sé todo, y por consiguiente, todo lo hubiera desbaratado. A una sola persona me falta descubrir, una sola, que debe valer mucho... ¡Oh!... Sospecho quien es; pero no tengo la prueba. He visto efectos, cuya causa me es desconocida...

—Creo que se equivoca usted.

—No me equivoco, y el tiempo lo aclarará todo, aunque será tarde; pero sea como fuere, si usted me lo permite, señor conde, me tomaré la libertad de darle un consejo.

—Señor Morato, vale usted mucho, y las opiniones de usted deben escucharse.

—Gracias.

—Sepamos.

—Señor conde, usted sabe lo que le tienen ofrecido.

—Claro es que sí.

—Pero no sabe usted más.

—¿Y qué más necesito saber?

—Lo que es más interesante, lo que sé yo.

—Caballero, escita usted mi curiosidad.

—Me felicito.

—Prosiga usted, porque lo escucho con el mayor interés.

—Señor conde, usted sabe lo que le han prometido; pero yo sé lo que han de cumplirle.

La frente del conde se contrajo.

—Lo que acabo de decir,—añadió el señor Morato,—es muy desagradable; pero es verdad.

—¿Cree usted que me faltarán los que se han comprometido á ayudarme?

—No todos; pero el mayor número...

—¡Oh!...

—Tengo motivos para creer que levantarán ustedes fuera de Madrid la bandera de la rebelion.

El general guardó silencio.

—Los que han de responder aquí, no responderán, y justo es excusarlos, porque encontrarian inconvenientes muy graves. Esto no es una opinion más ó ménos fundada, es la certidumbre.

Las palabras del señor Morato tenian mucho valor;

pero, ¿se valia de este medio para tender un lazo y dar golpe por golpe?

De cualquier modo que fuese, el conde empezó á perder la tranquilidad y quedó pensativo.

—Aún falta el consejo,—añadió el señor Morato despues de algunos instantes.

—¿En qué consiste?

—Retroceda usted, señor conde.

—¡Retroceder!...

—Sí.

—¡Yo!—exclamó el general como si acabase de oir lo que no era ni aun concebible.

Y efectivamente; el conde no comprendia que se retrocediese cuando llegaba el momento de la lucha, cuando se acercaba el peligro.

—Si no le agrada á usted esa palabra, usaré de otra y diré: deténgase usted, señor conde, porque no vá usted á conseguir mas que inutilizarse para cuando se presente la ocasion oportuna.

—¡Imposible!... ¡Oh!... ¡Retroceder, huir!...

—Huir es de cobardes; pero detenerse y reflexionar es de prudentes. Yo le aconsejo á usted, no que huya, puesto que ahora no hay de quien huir, sino que se detenga. ¿Es este el consejo de un enemigo? Ciertamente que no.

Estas opiniones eran muy parecidas á las de don Cándido, y para que fuesen enteramente iguales, el señor Morato añadió:

—Al pueblo le falta la ayuda del ejército, y ustedes se la dan.

—Sí.

—A pesar de eso...

—¿Qué?—preguntó con ansiedad el conde.

—El pueblo no se moverá; el pueblo se cruzará de brazos y mirará impasible, no la lucha, puesto que no la habrá...

—¡Que no habrá lucha!...

—No, caballero.

—Se equivoca usted.

—La rebelion nacerá muerta, su primer grito y la derrota todo será uno.

¿No debian producir estas palabras el mas desagradable efecto en el conde?

Sí; pero la conversacion le interesaba mas cada vez.

Dos hombres de inteligencia privilegiada le decian lo mismo.

Empero ya era tarde para retroceder ni aun para detenerse.

—Si el pueblo no responde,—dijo,—nosotros...

—Muchos de los comprometidos en el ejército, tampoco responderán, porque han procedido con ligereza y no lo han previsto todo.

—Eso es increible.

—Sí, tan increible como que yo tenga esta noche la honra de viajar con usted, y es verdad.

—El consejo llega tarde,—murmuró el general.

—Lo siento y me parece imposible que la persona que ha dirigido el golpe de esta noche, no piense como yo, porque quien ha tenido habilidad para engañar al ministro...

—Nadie lo ha engañado.

—La delacion era un lazo, y aun cuando efectivamente se reunian ustedes aquí mientras yo tenia puestos los ojos en cierta casa de la calle de Santa Isabel...

—Señor Morato, la delacion no es cosa nuestra.

El jefe de policía fijó una mirada escudriñadora en el conde.

Éste añadió:

—Nos ha delatado un enemigo á quien no conocemos, y yo no sospeché nada hasta que esta noche ví que me seguian, lo cual no me dió cuidado, puesto que, como usted ha visto, teniamos medio seguro de salvacion. Afortunadamente, el miserable que nos ha delatado no sabia mas sino que debiamos reunirnos en la casa de Chamberí; pero ignoraba que esa casa tuviese una comunicacion subterránea con otra.

—Ni siquiera lo sospeché,—repuso el jefe de policía,—y en eso consiste mi torpeza. En el interior de la poblacion no me hubiera olvidado de las alcantarillas, y mientras yo reconocia el interior de la casa, otros hubiesen vigilado bajo tierra; pero en Chamberí... ¡Oh!... En fin, paciencia, paciencia.

¿Era verdad lo que decia el conde?

Dudó el señor Morato, porque todo era posible.

Quizá la delacion era obra de un enemigo de los conspiradores.

Bien pensado, estos no tenian ningun interes en que se descubriese el lugar donde se reunian; por el contrario, una vez conocida la casa, tendrian que buscar otra y les sería difícil encontrarla de tan buenas condiciones.

Trascurrieron algunos minutos de silencio, interrumpidos solamente por el ruido sordo del carruaje, cuyos corceles continuaban al trote largo.

La luna se dejó ver.

El señor Morato miró por las ventanillas, y luego dijo:

—¿Sabe usted señor conde, que conozco el camino?

—Lo supongo.

—Entonces...

—No nos importa.

—Eso equivale á decir que usted no volverá á la corte sino como vencedor...

—Tampoco tengo interés en ocultarlo.

—Voy á tomarme la libertad de hacer algunas suposiciones,—repuso el señor Morato, cuya tranquilidad era cada vez más perfecta.

—Como usted guste.

—Le aguardan á usted en Aranjuez ó en Ocaña.

—Es verdad.

—Se le unirán á usted algunos escuadrones de caballería.

—Sí.

—Mañana mismo se presentarán ustedes en abierta rebelion al grito de viva la libertad.

—Está usted bien informado.

—El pueblo de Madrid debe responder...

—Y responderá.

—Es muy vago eso de decir viva la libertad, tan vago como decir calor sin expresar los grados que señala el termómetro.

—La libertad es una, caballero.

—Un ejemplo, señor conde: yo tengo libertad ahora para mover los brazos y las piernas, y esto es libertad; pero no la tengo para emplear este movimiento en salir de aquí que es lo que me conviene, y volverme á Madrid, que es mi deseo. La libertad es una; pero dividida en muchos grados. ¿Hasta qué grado concederán ustedes al pueblo?... No, el pueblo no se moverá sin saber si lo que ha de ganar vale el sacrificio que ha de hacer. Lo que más se desea tener, no se compra si nos exigen el doble de su verdadero valor.

—Perdone usted que le diga que eso es una sutileza.

—¿Qué quiere usted?... Yo discurro así y no me vá mal. Así discurre tambien uno de mis dependientes, así ha discurrido esta noche, y por no hacer caso de sus sutilezas me encuentro aquí á merced de ustedes. ¡Oh!... Debo una satisfaccion al pobre Cautela... Volvamos al asunto... ¿No se atreverán ustedes á decir muera Isabel II, mueran los Borbones?...

—¡Señor Morato!

—Si quieren ustedes que el pueblo responda, es preciso que digan: «Abajo la monarquía y que el pueblo se dé el gobierno que quiera, una república ó la monarquía con exclusion de los Borbones.»

—¿Y despues?

El señor Morato sonrió y dijo:

—Despues, Dios lo sabe.

—Entonces...

—El pueblo no es un ejército subordinado, que vá hasta donde le mandan ir, que se detiene cuando le mandan detenerse: el pueblo se lanza á lucha, y si no es derrotado, vá hasta donde quiere, no se detiene sino cuando se agotan sus fuerzas. ¿Le impone usted condiciones, le marca límites?... No se moverá, señor conde, no se moverá.

Iba á replicar el general y conde; pero el carruaje se detuvo.

El hombre del antifaz bajó del pescante, abrió la portezuela y dijo al señor Morato.

—Tenga usted la bondad de salir.

Obedeció el jefe de policía y luego dijo al general.

—Señor conde, tengo el honor de ofrecer á usted mis respetos, y le suplico que cuando cambie la situacion distinga entre mi humilde persona, como particular, y el jefe de policía.

—Esté usted tranquilo.

—Gracias.

El embozado estrechó la diestra del conde.

El carruaje partió, desapareciendo bien pronto entre una nube de polvo.

El jefe de policía miró á su alrededor, y á pocos pasos vió á los enmascarados de la blusa.

—Comprendo,—murmuró:—han llegado antes que nosotros, siguiendo una línea recta.

—Ahora los papeles,—dijo el embozado.

Hacer observaciones era una necedad.

El señor Morato, no sin gran pena, sacó los papeles y los entregó al de la capa.

Éste añadió:

—Ya sé que tiene usted un puñal; pero no me importa... Vamos.

—¿Aún no me deja usted en libertad?

—No.

Hasta entonces no comprendió el señor Morato toda la importancia del golpe.

Se le habian escapado los conspiradores y habia sufrido la mortificacion de su amor propio herido; pero se consolaba con que al dia siguiente, mientras á las orillas del Tajo resonaba el grito de rebelion, él estorbaría que respondiesen á las orillas del Manzanares, indemnizándose así con creces y asegurando su crédito.

Pero si lo encerraban, ¿qué sucedería?

Solo él tenia suficientes datos para dar el golpe con seguridad, porque ya sabemos que no habia comunicado al gobierno todas las noticias.

—Caballero,—dijo sin que le fuese posible ocultar su

intranquilidad,—lo mismo usted que el señor conde...

—Le hemos prometido devolverle la libertad.

—Sí.

—Pero despues que hablásemos, porque ya le advertí que teniamos que hablar de un asunto que es para nosotros de gran interés.

—Bien, hablemos.

—El sitio no es el más á propósito.

—¿Por qué?

—Estamos en medio de una carretera contínuamente cruzada por la guardia civil.

—Vamos á otro sitio; pero acabemos pronto.

—Si usted no se niega á lo que he de pedirle, acabaremos en pocos minutos.

—No puedo negarme á nada...

—Todos ganaremos así.

CAPITULO XXXV.

El señor Morato se convence de que no se le ha tendido un lazo.

El señor Morato hubiera dado la mitad de su vida por conocer á aquel hombre. Era indudablemente el que con tanto afan habia buscado; pero, ¿quién era?

Salieron del camino, atravesando un terreno pedregoso, donde no dejaban huellas los piés.

Los de la blusa los siguieron á poca distancia.

A los diez minutos se internaban en un espeso monte de encinas.

—Creo,—dijo el señor Morato,—que ya podemos hablar descuidadamente.

—Es preciso que antes comprenda usted su verdadera situacion.

—La comprendo.

—No.

—¡Oh!... Esto es ya demasiado...

—Señor Morato, no pierda usted la calma por primera vez en su vida.

El jefe de policía guardó silencio.

Continuaron la marcha.

Media hora despues cambió el terreno, atravesaron una huerta y llegaron á una casa bastante grande.

El embozado llamó.

Un hombre, tambien con antifaz, abrió la puerta.

Todos entraron sin pronunciar una palabra.

—Este debe ser mi encierro,—pensó el señor Morato.—¿Qué piensan exigirme?

No era posible que lo adivinara.

Penetraron en una habitacion regularmente amueblada, quedando solos el embozado y el jefe de policía.

Habia llegado el momento de salir de dudas.

El del antifaz se sentó y dijo:

—Descanse usted...

—Gracias.

—Puesto que pide usted brevedad, seré breve.

—Sí.

—Entre nosotros no hay ningun traidor, porque entonces no estaría usted aquí, sino nosotros en la cárcel. No ha sido, pues, el delator un verdadero Judas, sino un enemigo que ha logrado averiguar dónde nos reuníamos.

—¿Y qué deduce usted de eso?

—Nada.

—Entonces...

—Quiero solamente conocer á ese enemigo.

El jefe de policía miró con sorpresa al enmascarado.

Éste añadió:

—¿Quién nos ha delatado?... Dígamelo usted y le devolveré inmediatamente la libertad.

—Me pide usted un imposible.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que lo ignoro.

—No se ofenda usted si lo dudo.

—Es la verdad y...

—Señor Morato, la situacion es demasiado grave para cometer ligerezas, y me veré en la dura necesidad de retenerlo á usted hasta que acceda á mis deseos.

—La delacion no ha sido hecha á la policía, sino al ministro, á quien se entregó una nota sobre este asunto.

—¿Pero quién se la entregó?

—No lo sé.

—¿Y la nota?

—En mi despacho, porque nunca llevo papeles en mis bolsillos.

—No tengo derecho para dudar de las palabras de usted; sin embargo, hasta la mentira debe considerarse una defensa de buena ley en esta clase de intrigas, y por consiguiente puede suceder...

—¡Caballero!...

—No se ofenda usted.

—Deseo salir de aquí, y si me fuera posible conse-

guirlo con solo pronunciar el nombre del delator, no vacilaría.

—Señor Morato, yo tengo que dar cuenta á mis compañeros de lo que hago, tengo que cumplir sus instrucciones, y no basta que yo me convenza si ellos dudan. No depende, pues, de mí la resolucion, y todo lo más que puedo hacer es consultarles.

—¿Están cerca?

—En Madrid.

—Se perdería mucho tiempo.

—Bastante, porque yo no puedo irme ahora.

El señor Morato dió algunes paseos, mientras en vano buscaba una solucion.

No habia razones para hacer desistir de su propósito á un hombre como el del antifaz.

Los ruegos producirían el mismo resultado que las amenazas.

De esto estaba convencido el jefe de policía.

Al fin se detuvo y dijo:

—Caballero, aunque le amenacen á usted con la muerte, no dará lo que no tiene.

—Lo imposible no se hace.

—Pues bien, yo me encuentro en ese caso: se me pide un imposible... ¿Cómo he de hacerlo?... Sus compañeros de usted sentirán mucho no averiguar quién es el delator; pero tendrán que resignarse y acabarán por autorizarlo á usted á que me devuelva la libertad.

—Tal creo.

—Entonces...

—No me atrevo á determinar.

—Busquemos un término medio.

—Explíquese usted.

—¿Se fiaría usted de una promesa mia?

—Sí,—respondió el embozado sin vacilar.

El jefe de policía se sorprendió, porque no esperaba una respuesta afirmativa.

El del antifaz, como si adivinara la sorpresa, dijo:

—El señor conde se lo perdonará á usted todo ménos que nos engañe, abusando de nuestra buena fé.

—Ciertamente.

—Y usted evitará tener en el señor conde un enemigo personal.

—¡Oh!... Si los que conspiran no contaran con un hombre como usted, no se daria mañana el grito de rebelion.

—Hago lo que puedo, no lo que quiero,—repuso sencillamente el embozado,—y por eso mañana se dará desgraciadamente ese grito.

—Aunque en este momento sea usted mi mayor enemigo, debo reconocer que usted vale...

—Volvamos á nuestro asunto.

—Prometo hacer todo lo posible por averiguar el nombre del delator, y el resultado lo comunicaré á ustedes, para lo cual no habrá tampoco dificultades.

—¿Y qué adelantamos con eso?

—No puedo hacer más, y por consiguiente nada más

puede exigírseme, y una vez que se fien ustedes de mis promesas...

—Tocamos siempre la misma dificultad.

—¿Cuál?

—Que no estoy autorizado para resolver.

—Pero...

—Tendré que consultar y perderemos el tiempo.

—Caballero...

—No hay solucion posible,—replicó el embozado con su fria calma y poniéndose en pié.

El señor Morato apretó los puños.

—Usted supondrá,—añadió el enmascarado,—que no he olvidado ninguna precaucion para evitar que se nos vaya usted sin nuestra licencia...

—No lo intentaré, porque estoy convencido de que no conseguiria más que colocarme en peor situacion.

—Así dá usted una prueba más de su rara inteligencia, que tengo el gusto de reconocer.

—Gracias, caballero.

—Con solo dar una voz ó tocar á la puerta, acudirán inmediatamente á servirlo á usted en cuanto necesite.

—¿Y hasta cuándo estaré encerrado?

—Mañana iré á Madrid, y si me es posible, volveré por la noche.

—Si usted quiere tomarse esa molestia, el viaje no es largo...

—Sus dependientes de usted se ocupan demasiado de mi, y no sé si mañana mismo me permitirá su vigilancia

regresar: y como alguno de ellos vale casi tanto como usted...

—Es verdad.

—Por ejemplo, Cautela...

—¿Tambien lo conoce usted?

—A todos.

El jefe de policía guardó silencio.

Habia encontrado un hombre de quien le era imposible burlarse, y esto lo mortificaba horriblemente.

¿Pero quién era?

El embozado dió las buenas noches y salió, cerrando la puerta.

No tenia que hacer el señor Morato mas que reflexionar, y reflexionó.

Disipáronse sus dudas sobre si se le habia tendido un lazo.

No, no habia lazo, porque entonces los conspiradores no hubieran mostrado tanto empeño en averiguar quién habia sido el delator.

Si ellos mismos se habian delatado, ¿para qué fingir que lo ignoraban?

Además, la delacion no tenia ningun objeto, pues el general pudo irse de Madrid sin tomarse la molestia de dar un mal rato á la policía, exponiéndose á que una circunstancia casual frustrara todos los planes.

Por el contrario, lo que habia sucedido era perjudicial para los conspiradores, pues se produciría la alarma en el gobierno y adoptarian todas las precauciones ima-

ginables para que la rebelion no encontrase eco en Madrid.

Por nuestra parte opinamos lo mismo, y como sabemos que el delator fué don Cándido, estamos muy cerca de creer que entre los conspiradores representaba el papel de Judas, y que dijo la verdad á don Juan de Bustamante.

No puede explicarse de otro modo su extraña conducta, y parece probable que contra su voluntad se salvasen los conspiradores.

Ahora deberíamos dar á conocer los verdaderos antecedentes de don Cándido: ¿no es verdad, lector?

Seguro estoy de que así opinas; pero nos es imposible, por motivos que no debemos mencionar. Lo haremos á su tiempo, y ahora iremos en busca de los tres agentes á quienes hemos dejado en la casa de Chamberí.

Para terminar este capítulo diremos que el señor Morato pasó más de tres horas entregado á sus desagradables pensamientos.

Al fin, rendido y convencido de que le era forzoso esperar, murmuró:

—No cenaré, porque no tengo apetito; pero me acostaré y dormiré para recuperar las perdidas fuerzas y que se aclare el entendimiento, porque cuando no se duerme, se encuentra uno aturdido y no sirve para nada.

Y se acostó, durmiendo tranquila y profundamente á los pocos minutos.

CAPÍTULO XXXVI.

Más razones para creer en la buena fé de don Cándido.

Cuando salieron el embozado y el jefe de policía, Cara-de-Palo quedó, segun costumbre, como una estátua.

Pintura, obligado á esperar, ocupóse por segunda vez en examinar el estado deplorable de su ropa.

Cautela, que ya nada temia por su vida y habia recobrado la tranquilidad, empezó á examinar con disimulo y cuidadosamente á sus guardianes, mientras decia para sí:

—Yo debo conocer á estos bribones, y me atrevo á jurar que uno de ellos es Medio-beso. En cuanto al embozado que se ha ido con mi jefe... ¡Oh!... Su voz, su acento... Como yo oiga hablar una sola vez á una per-

sona... Sí, sí, es la voz de Plotoski cuando no habla francés, cuando se olvida de representar su papel de extranjero... ¿Y qué hará con el señor Morato?

Al hacerse esta pregunta, el oido delicado de Cautela percibió un ruido sordo que le hizo volver la cabeza.

—Es un coche,—pensó.—Bien: mi digno jefe viaja... No faltaba más que esto... ¡Y todo por no escuchar mis prudentes consejos!... El señor Morato no vió más que el queso que le habian puesto en la ratonera, y yo ví la ratonera antes de olfatear el queso... Paciencia: este es el único y triste recurso que nos queda.

Cinco minutos pasaron así.

Entonces dijo uno de los enmascarados.

—Vais á quedar libres. Unos á otros podeis desataros y mientras haceis esta operacion, nosotros estaremos lejos de aquí. Luego, corred, gritad y haced cuanto se os antoje. Dejaremos esta puerta cerrada; pero á vosotros os será fácil abrirla. Con que... nos alegraremos que os pase el susto y descanseis... Hasta la vista.

Y sin hablar más, salieron de la habitacion, cerrando la puerta y echando la llave.

No perdieron un instante los agentes.

Cautela se colocó espalda con espalda junto á Pintura, y éste sintió libres sus brazos en pocos momentos, quitándose en seguida el pañuelo que le tapaba la boca.

—¡Mil rayos!—exclamó con acento de la más recon-

centrada ira.—¡Oh!... Algun dia sabré quienes son y me las pagarán con creces.

Mientras sus ojos despedian centellas, desató al ex-sacristan y á Cara-de-Palo.

Éste no pronunció una palabra: se concretó á estirar los brazos para devolver á sus músculos la perdida elasticidad.

Acercáronse á la puerta.

—Ahora,—dijo Cautela,—debemos ser más prudentes que nunca, porque puede suceder que se nos tienda otro lazo y...

—¡Por el infierno!—interrumpió Pintura, que estaba desesperado.—Dejáte de filosofías ni consejos... Salgamos.

—Aquí tengo ganzúas...

—No es menester.

Pintura, con toda su fuerza, que era mucha, aumentada con la de su excitacion, dió con un pié en la puerta.

La cerradura saltó, quedando el paso libre.

—Mal hecho,—murmuró Cautela.

—Vamos...

—Alguien debe quedar aquí,—repuso el ex-sacristan,—porque no sabemos qué habrá que hacer.

—Quédate tú...

—Puede estarse Cara-de-Palo...

—Me quedaré,—dijo éste.

Y sacó su puñal.

Cosa rara fué que pronunciase algunas palabras; pero era preciso.

Cautela y Pintura salieron.

El primero se detuvo en la calle, empezando á examinar el suelo en cuanto se lo permitia la escasa claridad de las estrellas.

Su vista perspicaz descubrió las huellas del carruaje.

—No me equivoqué,—murmuró, sonriendo con expresion de triunfo.

Y siguió á Pintura, que corria hácia el sitio donde se habian quedado sus compañeros.

—¡Se han ido!...

—¡Se han llevado prisionero á nuestro jefe!...

Estas dos exclamaciones produjeron el efecto que era consiguiente.

Todos habian permanecido en sus puestos; pero todos los abandonaron, agrupándose alrededor de Cautela y de Pintura.

En los primeros momentos hubo alguna confusion.

Lo sucedido fué referido en pocas palabras.

Inmediatamente brillaron las luces de algunas linternas.

Resonaron algunos silbatos.

Respondieron otros en distintos puntos.

Repitiéronse estas señales.

Nada más volvió á oirse; pero se vieron vagar de un lado para otro, sombras informes.

A los pocos momentos habia aumentado el número de agentes.

Entre ellos habia seis guardias civiles envueltos en sus capotes y con la carabina bajo el brazo.

No parecia sino que la tierra habia vomitado un ejército de fantasmas.

Debia esperarse el desórden y la falta de fuerza moral, como sucede siempre que una colectividad pierde su jefe ó cabeza en momentos críticos.

Pero no sucedió así.

La confusion fué momentánea.

El jefe habia desaparecido, pero no faltaba otro que debia ser obedecido y respetado.

—Compañeros,—dijo Cautela exhalando un suspiro, —tengo el profundo disgusto de que me toque disponer, si bien me consuela la esperanza de que rescataremos á nuestro dignísimo jefe y no tardaremos en descubrir á los criminales y hacerles pagar su osadía.

Todos hicieron una señal de asentimiento.

—Por de pronto,—añadió el sacristan,—el buen Pintura, que puede dar explicaciones, irá á llevar la noticia al señor gobernador.

No bien dicho esto, Pintura, como si hubiese recibido la órden del mismo señor Morato, se separó del grupo, y sin cuidarse de buscar sendero, sino siguiendo en línea recta hácia la puerta de Bilbao, desapareció entre las tinieblas y los accidentes del terreno.

—Pues ahora,—dijo Cautela,—mientras llegan órde-

nes, aprovecharemos el tiempo en reconocer las dos casas y la maldecida cueva, de donde milagrosamente hemos salido con vida. Entraremos por donde hemos salido, pues allí tenemos una escalera. No me parece que corremos peligro alguno; pero es prudente ir prevenidos. Seis de vosotros y dos guardias, conmigo, y los demás aquí vigilando esta casa y sus cercanias. Si por cualquiera de esas calles ó paseos pasara un carruaje, lo detendreis sin ningun género de consideracion, ¿lo entendeis? sin consideracion á ninguna clase de persona, y en seguida hareis la señal para que yo acuda.

—No hace mucho,—dijo uno de los agentes,—que por allí atravesó un coche.

—Lo sé... ¡Ah!... En ese coche iban los que buscamos, con nuestro digno y respetable jefe.

—Entonces...

—Dos de los que me acompañen, se dedicarán á seguir las huellas del coche. Es cuanto ahora podemos hacer.

—¡Haber engañado á un hombre como el señor Morato!...

—Es increible; pero verdad.

—¡Oh!...

—No lamentemos la desgracia: ocupémonos en remediarla... Vamos.

Cautela designó á los que habian de seguirle.

No hablaron más por entonces.

Llegaron á la otra casa.

Dos agentes provistos de linternas, se ocuparon en seguir las huellas del carruaje.

¿Habian contado con esto los conspiradores?

Lo ignoramos.

Nada encontraron de particular en la casa, donde ni muebles habia.

—¿Has observado algo?—preguntó Cautela á Cara-de-Palo.

Éste movió la cabeza, significando que no.

El ex-sacristan bajó á la cueva con dos de sus compañeros.

Llegaron al sitio donde habia tenido lugar la lucha.

No vieron mas que sus linternas, que recogieron.

Ya sabemos que los rewólvers habian desaparecido.

Siguieron andando.

Todo lo inspeccionaba la mirada escudriñadora del ex-sacristan.

Repentinamente relumbraron sus ojos.

—¡Ah!—exclamó.

Y se acercó á unas cajas grandes que habia en un sitio algo más espacioso.

—¿Qué es esto?—preguntó uno de los agentes.

—¿No lo adivinais?

—Sí, sí...

—Armas y municiones que debian servir quizá muy pronto... Empiezo á creer que no han sido los conspiradores los que se han delatado, porque todo lo sacrifican los revolucionarios, ménos las armas.

—Veamos...

—No, no debemos tocar las cajas. El señor gobernador no tardará en venir, y hará lo que tenga por conveniente. Lo único que debemos hacer es facilitar, abrir el camino; pero lo demás no es de nuestra incumbencia.

—Estas dos cajas contienen carabinas.

—Y estas cuatro, cartuchos...

—No os equivocais.

—Continuemos.

—Por aquí.

Acabaron de registrar hasta el último rincon de la cueva, encontrando otra escalerilla, que daba salida á la primera casa.

Todo les fué ya muy fácil.

Subieron.

Las puertas que estaban cerradas, las abrian con las ganzuas ó las palanquetas.

Al fin se hicieron cargo de la rara distribucion de las habitaciones, y comprendieron cómo se habian cerrado tras ellos las puertas.

El mecanismo de la trampa fué descubierto tambien.

¿Quién habia combinado tan hábilmente todo aquello?

Cautela pensó más que nunca en Plotoski, y habia motivos para pensar, puesto que se sabia que el extranjero era un mecánico profundo.

—Sí,—dijo el ex-sacristan;—todo esto es obra suya, veremos si ahora se deciden á echarle mano, aunque te-

mo que llegaremos tarde, porque habrá desaparecido.

Una hora despues se encontraba allí el gobernador de la provincia con buen número de guardias veteranos.

Algunos vecinos de las casas más cercanas se apercibieron del movimiento.

—¿Qué sucede?—se preguntaron.

Nadie se atrevió á salir de su vivienda para averiguarlo.

—

CAPITULO XXXVII.

Lo que hizo Bustamante y el gobierno.

La noticia cundió con rapidez en las regiones oficiales.

El suceso era gravísimo, y produjo una verdadera conmocion entre los individuos del gobierno y sus allegados.

No fué don Juan de Bustamante el último en saber lo que sucedia, pues por medio de él se habia hecho la delacion, y el ministro le envió recado.

Fiel á su promesa, el esposo de Clotilde no quiso revelar el nombre de don Cándido; pero más que nunca sospechó que éste lo habia engañado.

Semejante abuso no lo perdonaba; pero no era don Juan hombre que juzgase con ligereza, y para adquirir

datos ciertos, mandó enganchar su carruaje y fué á Chamberí, examinando, en union del gobernador, las dos casas y oyendo minuciosas explicaciones de boca del astuto Cautela.

Sucedióle á Bustamante lo que le habia sucedido primero al señor Morato y despues al ex-sacristan, es decir, que acabó por inclinarse á creer que no eran los mismos conspiradores los que se habian delatado, sino un enemigo de estos que ignorando lo más importante, habia dado incompletas las noticias.

Muy preocupado quedó don Juan, y despues de algunas reflexiones, decidió ir en busca de don Cándido.

Si éste no se encontraba en su casa, debia sospecharse que estaba de acuerdo con los conspiradores.

—Aprisa, aprisa,—dijo Bustamante á su cochero despues de darle las señas de la casa del hombre misterioso.

Y unas veces al trote y otras al galope, antes de diez minutos los caballos, cubiertos de espuma, se detenian en la calle de la Magdalena.

Era la una y media de la madrugada.

Don Juan de Bustamante hizo sonar el aldabon tantas veces y con tanta fuerza, que la portera, aunque contra su voluntad, dejó la cama y acudió presurosa, mientras que con voz soñolienta decia:

—¿Quién puede ser?... Llaman sin concierto... ¿Habrá fuego?... ¡Jesús, Jesús!...

Y abrió.

Bustamante entró, y mientras alargaba á la portera un duro, le dijo:

—Perdone usted; pero necesito ver ahora mismo á don Cándido... Voy á subir... Espéreme usted algunos minutos.

A un hombre que va en carruaje y que principia dando veinte reales, no puede reconvenírsele.

La portera, aturdida, siguió con la luz al caballero, que subia de dos en dos los escalones.

Como habia hecho abajo, hizo arriba, y llamó repetida y fuertemente á la puerta de la habitacion de don Cándido.

—¿Quién es?—preguntó una voz soñolienta.

—Abra usted... Soy yo... Bustamante.

Oyóse una exclamacion de sorpresa.

—Ya ve usted,—dijo la portera,—el señor don Cándido se recogió á la hora de costumbre, en seguida se acostaria, y le ha cogido en lo mejor del sueño.

—Pero saldria despues,—observó don Juan.

—No, señor... Despues no ha salido nadie más que ese condenado francés, que no sé si habrá vuelto; pero como no pasa muchas noches fuera de casa...

—Plotoski,—murmuró don Juan.

—Así se llama.. ¿Lo conoce usted?

Se abrió la puerta de la habitacion de don Cándido, y éste apareció con una luz y á medio vestir, diciendo con acento de profunda sorpresa:

—¡Señor don Juan!...



La portera, aturdida, siguió con la luz....

—Perdone usted...

—Entre usted... ¿Qué sucede?... Está usted agitado...

Don Juan entró y fijó una mirada escudriñadora en el hombre misterioso; pero éste, repetimos, no expresaba más que la sorpresa, y parecia que sus ojos, algo hinchados, probaban el sueño interrumpido

—No es él,—dijo para sí Bustamante.

Pero como tenia que justificar su visita, añadió en voz alta:

—Vengo á darle á usted una mala noticia; pero le interesa demasiado, y no he querido esperar á mañana.

—No acierto...

—Los conspiradores se han burlado de la policía, se han escapado, y se han llevado prisionero al señor Morato...

—¡Ah!... ¡Se han escapado!—exclamó don Cándido, apretando los puños.

Y como si estuviese en el mayor grado de desesperacion, empezó á dar vueltas por el aposento, repitiendo sin cesar:

—¡Se han ido!... ¡Oh!... ¡Se han ido!

Trascurrieron algunos minutos antes de que se sosegara y pudiera escuchar las explicaciones de don Juan.

Éste refirió con toda exactitud lo que habia sucedido.

—Caballero,—dijo don Cándido,—yo no sabia más sino que allí debian reunirse los conspiradores. Esto era bastante; pero el jefe de policía, á pesar de toda su astucia y de toda su esperiencia, se ha dejado engañar.

Está visto que la policía en España no sirve más que para cometer torpezas y producir escándalos. ¡Cuando pienso que quizá no se nos presente otra ocasion como esta!... Me resignaré y esperaré; pero mi odio es ahora mayor que nunca.

Era preciso convencerse de que don Cándido decia la verdad.

Bustamante volvió á quedar pensativo.

No, no habia motivos para acusar al hombre misterioso.

Éste habia adquirido noticias sobre la reunion de los conspiradores y las habia comunicado.

¿Debia ser responsable de lo demás?

Convencido ó casi convencido de que don Cándido era inocente, don Juan se dispuso á salir.

—¿Ya se va usted?

—Sí, aún tengo que ver al ministro.

—Lo único que me consuela es que el gobierno podrá ahora evitar el golpe.

—Tal creo.

La conversacion no tenia ya objeto.

Bustamante se despidió y salió.

Entretanto se tomaban todas las precauciones imaginables.

Las tropas de la guarnicion se ponian sobre las armas.

El telégrafo trasmitia sin cesar órdenes.

La policía se apoderaba de las personas que por sus

antecedentes políticos infundian sospechas, y en fin, se hacia todo lo que debia hacerse y mucho mas de lo que se debia.

Bien puede decirse que de las muchas personas detenidas aquella noche, poquísimas ó ninguna dejaban de ser inocentes.

Fuertes patrullas de guardia civil recorrian las calles.

No hay que decir que la casa del conde fué invadida tambien por los agentes de la autoridad.

Pero, ¿y el conde?

Se dudaba en cuanto al punto á que se habia dirigido.

De las huellas del coche nada pudo deducirse, porque á poca distancia de la poblacion se confundian con otras muchas.

Cautela representaba un gran papel.

Era entonces el jefe ó poco ménos.

Con él se entendia el gobernador, y aun tuvo la honra de conferenciar con el ministro.

—Esto durará algunas horas,—dijo para sí el ex-sacristan.—Debo aprovecharlas.

Y presentó al gobernador un papel donde habia escritos tres nombres, diciéndole:

—Si vuecencia no me autoriza para detener á estas personas, puede darse por inútil todo lo hecho.

El gobernador leyó y su frente se contrajo, porque entre aquellos nombres estaba el del hijo de Clotilde.

Los otros dos eran los de Plotoski y Luciano Marin.

¡Prender al hijo de don Juan de Bustamante!

Esto no era posible hacerlo sin consultar al ministro.

El gobernador entró en explicaciones con Cautela.

Ya conocemos la habilidad de éste, y como era de esperar, la consulta dió el peor de los resultados.

Y así pasaron las horas y se acercó el dia.

La aurora sonrió.

El primer rayo de sol se dejó ver.

Los hombres políticos de importancia y que apoyaban al ministerio, no se habian acostado: iban y venian sin cesar á los ministerios, á palacio y al gobierno de provincia.

Recibiéronse al fin noticias y se oyó pronunciar la palabra rebelion.

¡Rebelion!

—Sí,—se dijo,—una sublevacion militar.

—¿Y quién está á la cabeza?

—El general Prim.

—¿Qué piden?

—Aún no se sabe.

La noticia cundió con rapidez.

No se habló de otra cosa, y todos hacian la misma pregunta.

—¿Qué piden, qué quieren?

—Parece que dan el grito de ¡viva la libertad y abajo el ministerio!

Esta contestacion era escuchada con la más fria indiferencia.

Empezaron á circular algunos impresos con el nombre de don Juan Prim; pero en semejante escrito no se hacia más que acusar á los gobiernos por los abusos que se habian cometido.

¿Qué más?

El pueblo echaba de ménos algo, por más que no supiese lo que era.

Se leyó con curiosidad.

Tal vez el pueblo se equivocaba; pero es lo cierto que el asunto no le pareció una cuestion de verdadera política, sino una lucha de personas, que no podia dar otro resultado que el triunfo de los unos y la derrota de los otros, sin que se remediaran los males que nos afligian.

Los vaticinios de don Cándido se cumplian.

El pueblo no se movió, y lo que es más, no mostró deseos de moverse.

Preciso es desengañarse: lo que al pueblo le falta de inteligencia y de instruccion, le sobra de instinto.

—¿Qué ganaremos?—se preguntaban todos.

No era posible responder satisfactoriamente, porque la verdad es que el triunfo de la sublevacion no hubiera producido más resultados políticos que un cambio de ministerio

El presupuesto hubiera pasado de unas manos á otras.

Hé ahí todo.

Y el pueblo dijo:

—Puesto que el bien ó el mal ha de ser para ellos, que ellos se arreglen como puedan.

Sí, ellos debian arreglarse.

El general Prim se encontró aislado con un puñado de hombres.

Los que habian prometido, no cumplian, y algunos que quisieron cumplir, no pudieron.

En vano esperaron los sublevados noticias favorables.

No recibieron mas que esta: «Madrid está completamente tranquilo.»

—¿Pero no muestra el pueblo simpatías por nosotros?

—El pueblo muestra grandísima curiosidad, y se alegra mucho de que la sublevacion no haya tenido lugar en las calles de Madrid.

El general Prim comprendió perfectamente su situacion.

No debia esperar á las tropas que habian salido de Madrid para atacarlo, porque no contaba con fuerzas para resistir el ataque.

A él le sobraba valor para todo; pero esto no era suficiente.

La derrota material tras la derrota moral hubiera sido horrible.

Siguiendo nuestro propósito de ser justos, consignaremos que muchos de los que habian prometido ayuda, abandonaron en el momento crítico al general Prim.

Pero este es el inconveniente de intentar una revo-

lucion, no contando con la fuerza de las ideas y la justicia, sino con el apoyo que han de prestar determinadas personas por miras particulares.

En tan crítica y amarga situacion, no quedaba más recurso que la retirada.

Sin embargo, en el carácter del conde de Reus no estaba el darse por vencido con facilidad.

Emprendió la marcha con su pequeño ejército, esperanzado en animar con su presencia á los vacilantes ó tímidos.

¿No responderian algunas poblaciones al grito de libertad?

No, porque se ofrecia demasiado poco á precio exorbitante.

Esta era la teoría del señor Morato, calificada de sutileza por el conde.

Desgraciadamente para éste, la sutileza era una verdad, que debia quedar probada con los sucesos.

Tenemos que interrumpirnos para ocuparnos de Cautela y sus víctimas.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo se hacia justicia.

La situacion era demasiado grave para que el gobierno se detuviera ante consideraciones de ningun género.

El gobernador habló con el ministro y éste con don Juan de Bustamante.

El ministro probó que Alberto conspiraba, lo probó tan claramente como dos y dos son cuatro, y no solo que conspiraba, sino que habia sobrados motivos para creer que estaba de acuerdo con los sublevados.

El dia anterior habian visto por la mañana entrar al jóven en casa de uno de los hombres importantes que se habian unido á Prim.

Por la tarde se le vió pasear en el Retiro con dos

periodistas sospechosos, uno de los cuales tambien se encontraba con los sublevados, y por último, á la noche y despues de las diez y media lo habian encontrado con su amigo Marin al final de la calle de San Bernardo y como si se dirigiesen á Chamberí.

Todo esto era verdad y Alberto no lo negaba; pero sí negaba que conspirase, ni mucho ménos que tuviese de la sublevacion más noticias de las que todo el mundo tenia.

En vano daba explicaciones sobre sus visitas y aseguraba que sin más objeto que el de andar habia vagado con Marin por la calle de San Bernardo y sus alrededores, yendo á parar á las once al café de la Luna, y retirándose á su casa despues de las doce.

Esto era verdad.

Sin embargo, don Juan decia:

—Natural es que niegue.

Y quedó convencido de que Alberto conspiraba.

A pesar de esto, quiso salvarlo; pero no estaba convencido de la inocencia del jóven, le faltaba fuerza moral para defenderlo con firmeza.

Lo único que consiguió, fué que no se hiciese con Alberto más que obligarle á salir inmediatamente de Madrid, estableciéndose en cualquiera provincia del Norte y siendo vigilado por la autoridad hasta que la sublevacion fuese vencida.

Esto era mucho conceder para un gobierno como aquel, era mucho y habia que agradecerlo.

En cuanto á Luciano y Plotoski, el ministro no quiso transigir.

¿Qué habia de hacer don Juan si sus ideas eran las mismas del gobierno, si creia de buena fé que era preciso obrar con energía para salvar la sociedad amenazada?

Habia dado muchos consejos á Alberto, recurriendo además á la influencia de Clotilde; pero todo habia sido en vano. El jóven habia ya dicho clara y terminantemente que no retrocedería.

Don Juan y Alberto eran ya, más que otra cosa, dos adversarios políticos.

No se odiaban; pero no se amaban con la ternura que antes.

Aseguró Bustamante que el jóven saldria de Madrid aquella misma mañana, porque no creyó que sus órdenes dejasen de obedecerse.

En esto se equivocaba, porque Alberto debia resistir.

Dado el primer paso, se dá el último.

Una vez que Alberto se habia colocado en una situacion clara con respecto á Bustamante, no guardaria consideraciones mas que hasta cierto punto.

Esto lo adivinó el ministro; pero accedió, reservándose hacer lo que creyera conveniente.

Tal era la situacion al amanecer, hora en que don Juan, preocupado, atormentado, trastornado, volvió á su casa.

Ni Clotilde ni Alberto se habian acostado.

El desgraciado jóven debia partir en el tren de las ocho de la mañana, y por consiguiente no habia tiempo que perder.

Don Juan refirió brevemente lo que habia sucedido, exponiendo la gravedad de la situacion, y la dura necesidad en que el gobierno se veia de acudir á medios extraordinarios para evitar que la sublevacion de Aranjuez se convirtiese en revolucion asoladora.

Concluido este relato, guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Prestadme atencion, porque aún he de hablar de lo más desagradable, y si quereis hacerme un gran beneficio, no me exijais muchas explicaciones, porque así seria doblemente atormentadora la agitacion de mi espíritu.

La frente de Alberto se contrajo.

No adivinó lo que Bustamante iba á decir; pero sí que se trataba de él.

Clotilde palideció, porque comprendió que las ideas políticas de su hijo debian ser el asunto de que se iba á tratar.

Cualquiera que fuese el terreno donde don Juan se colocase, el resultado tenia que ser muy desagradable y divorciar más y más moralmente á los que debian considerarse unidos con los más estrechos lazos de ternura.

Ni la madre ni el hijo hicieron ninguna observacion: esperaron silenciosamente.

—Mi querido Alberto,—añadió don Juan,—te hago

la justicia de creer que tú se la haces á mis sentimientos con respecto á tí.

—Ha hecho usted por mí todo lo que puede hacer un padre,—respondió el jóven,—lo reconozco y lo reconoceré sin que ninguna clase de circunstancias influyan sobre mis opiniones y sentimientos sobre este punto.

—En cambio tú me has amado siempre con la ternura de un hijo, sin que haya influido en nada la situacion algo violenta en que respectivamente nos ha colocado esa calamidad humana que se llama política.

—Pues bien, padre mio, seguros de la rectitud de nuestras intenciones, y de que la política es entre nosotros una cuestion completamente agena á nuestro corazon; seguros, yo de que siempre será usted para mí un padre, y usted de que yo lo amaré siempre con la más profunda ternura y lo respetaré como buen hijo, podemos hablar sin temor alguno, porque bien podrá suceder que no nos pongamos de acuerdo; pero siempre seremos el uno para el otro lo que hemos sido.

—Tus palabras me hacen un gran bien.

—Padre mio...

—Escúchame, Alberto.

—Ya escucho,—respondió el jóven inclinando respetuosamente la cabeza.

—Tú haces lo que yo hago, es decir, trabajas en favor del triunfo de tus ideas políticas, porque crees que así contribuyes á la felicidad de tu patria. Como no te mueven ambiciones, ni mezquinos intereses, de nada

puede acusártese, nada puedo echarte en cara por más que me sea sensible que no profeses mis doctrinas, que no estés á mi lado en esta cuestion.

—Es usted justo, y se lo agradezco: nada puede echárseme en cara, porque no trabajo para engrandecerme, sino para hacer á mi patria un beneficio, porque creo de buena fé que la causa del pueblo es la causa de la justicia. Tal vez me equivoque...

—No podemos ser jueces imparciales en esta cuestion.

—Vuelvo á escuchar.

—Trabajas y luchas, y ya sabes que en toda lucha se puede vencer y ser vencido, ya sabes que en esta clase de luchas, hay momentos en que toca perder, y se sufre con la esperanza de ganar.

—Ciertamente.

—No pretenderás seguir triunfante y sin ningun inconveniente ni tropiezo hasta el fin de tu camino.

—No pretendo semejante locura.

—Otro en tu situacion hubiese experimentado ya graves desgracias, mientras que tú no has tenido que sufrir sino algunas contrariedades. Algun dia triunfarán tus ideas, y entonces te considerarás feliz; pero entretanto...

—¿Se intenta cometer alguna injusticia como la que el pasado verano me obligó á salir de la corte?

—¿Pretendes que el gobierno no se defienda?

—Debe defenderse; pero ser justo: está en su derecho de castigar á los que le ataquen; pero á los que nada

hacen contra él, á los que nó han cometido otro crímen que el de tener éstas ó las otras ideas en política; á los que no lo atacan sino en el terreno de la razon, frente á frente, á cara descubierta y á la luz del dia, á esos debe dejarlos tranquilos, porque no hacen más que lo que tienen derecho para hacer.

—Tú estás en relaciones con los que conspiran y trazan planes revolucionarios.

—Yo tengo muchos amigos, y usted que defiende al gobierno, usted que tiene esas ideas que se llaman de órden, tambien está relacionado con los que conspiran, algunos de ellos son amigos de usted, á muchos los visita, y con su trato se complace: si esto es un delito...

—No, no son un delito las afecciones; pero tu trato con esas personas...

—Es de pura amistad.

—Ayer has visitado á uno de ellos, has paseado con otros dos...

—Y no nos hemos ocupado de la política.

—Anoche á las diez y media te dirigías á Chamberí con tu amigo Luciano...

—Es verdad, ó más bien tiene apariencias de verdad, porque si vagábamos por la calle de San Bernardo y sus alrededores, no nos dirigíamos á Chamberí, donde nada teníamos que hacer, donde no habíamos de pasear á semejante hora y en una noche de invierno.

—Encuentro natural y hasta justo que niegues.

—A usted nada le negaría.

—No pongo en duda tus palabras; pero debes reconocer que las apariencias no te favorecen, y que dados tus antecedentes sobre política, y en vista de los sucesos de la pasada noche, es lógico sospechar y aun creer que estás de acuerdo con los sublevádos.

—Lógico será; pero una vez que yo aseguro á usted lo contrario...

—Me basta.

—Entonces...

—El gobierno da más crédito á lo que vé que á lo que se le dice, porque un juez no puede fallar más que en virtud de pruebas.

La frente de Alberto volvió á contraerse.

Clotilde se extremeció, pero siguió guardando silencio.

—Y bien,—repuso el jóven despues de algunos instantes,—¿han adoptado alguna resolucion con respecto á mí?

—Sí.

—¡Ah!—exclamó al fin Clotilde, fijando en su esposo una mirada de terror.

—Tranquilízate,—repuso don Juan,—que aunque es desagradable lo que debe suceder, no puede sin embargo, considerarse una desgracia. Otros infelices están á estas horas en un calabozo, algunos irán á presidio, y no pocos serán llevados lejos de su patria.

Esto recordó á Clotilde la suerte de su primer esposo, que tambien habia sido deportado.

La desdichada tembló y siguió escuchando con afan y miedo.

—Pero con nuestro hijo,—añadió Bustamante,—se hace una excepcion, y si no se hubiese hecho, yo seria ya el primer enemigo del gobierno.

—No quiero agradecer nada á esos hombres,—replicó ásperamente Alberto.

—Bien; pero yo he cumplido mi deber, evitándote desgracias...

—¿Qué han determinado?

—Debes salir de Madrid hoy mismo en el tren que partirá á los ocho...

—¡Oh!...

—Y para que no tengas el disgusto de que te acompañen los agentes de la autoridad, yo he prometido en tu nombre...

—¡Me arrebatan á mi hijo!—interrumpió Clotilde sin poder contenerse.

Y fijó en su esposo una mirada ardiente y terrible.

Alberto, exaltado, se olvidó de todas las consideraciones que debia guardar, y apretando los puños, exclamó con iracundo acento:

—No, no saldré de Madrid si no me sacan á la fuerza; no me separaré de mi madre si no me separan...

—¡Alberto!

—No,—volvió á decir el jóven con energía.

—¡Alberto, Alberto!—exclamó don Juan con acento que revelaba lo mismo el dolor que la ira.

—En vano intentará usted persuadirme...

—He dado mi palabra...

—¿Y por qué ha respondido usted de mis acciones?... No he faltado á mis deberes, se me calumnia...

—Te condenan las apariencias.

—Se comete un abuso...

—El gobierno no puede de otro modo combatir la revolucion.

—¿Y he de ser yo víctima de sus ambiciones y de sus torpezas?... No puedo defenderme; pero protestaré con mi conducta y no saldré de Madrid si no emplean la fuerza... No, no quiero excepciones en mi favor; lo que otros desdichados sufran, yo lo sufriré tambien; no quiero excepciones, no quiero gracias, y así el dia de la justicia no tendré deudas de gratitud que pagar y podré ser inexorable.

En pocos momentos habia pasado el jóven de la tranquilidad al trastorno, de la calma al mayor grado de exaltacion.

Esto no era en él sorprendente: lo conocemos ya y sabemos cuán fácilmente iba hasta el último extremo, lo mismo en la ira y la desesperacion, que en la dulzura.

Sus negros ojos relumbraban como dos luces fosfóricas, y sus puños temblaban de coraje.

Una vez en semejante estado, era imposible hacerle desistir.

Cuando adoptaba una resolucion, ante nada retrocedia ni se detenia.

Don Juan sabia esto perfectamente.

¿Qué medios emplear para hacer que Alberto comprendiese, no solo su conveniencia, sino la de todos?

Ninguno.

Ni los ruegos ni las amenazas darian buen resultado, porque los ruegos no los escucharía, y le sobraba valor para reirse de las amenazas.

Si algo habia de conseguirse era preciso dejarlo hasta que se hubiese calmado aquella exaltacion.

Empero no habia tiempo para esto, porque se acercaba la hora y era preciso determinar inmediatamente.

Don Juan miró al reloj.

—Más de las siete y media,—murmuró con voz sombría.

Y haciendo esfuerzos para dominarse, dirigióse á Clotilde y le dijo:

—Si Alberto no cede, la policía no tardará en presentarse, porque el gobierno llevará sus consideraciones hasta cierto punto; pero cumplirá sus deberes, porque es preciso que haga todo lo que es imaginable para salvarnos de la anarquía que nos amenaza. Puesto que mis consejos se desoyen, emplea tú la influencia de madre, habla, no á la razon, que está ofuscada, sino al corazon de tu hijo, y le harás un beneficio inmenso. Cuando vine, mandé mudar los caballos, y el carruaje debe esperar... He hecho todo lo que he podido, he cumplido mis deberes, he satisfecho los deseos de mi corazon, y mi conciencia está tranquila.

Bustamante dió un paso hácia la puerta.

—Espera,—le dijo Clotilde deteniéndolo.

En aquel momento se presentó un criado.

—¿Qué quieres?—le preguntó ásperamente don Juan.

—Acaba de llegar...

—No recibo á nadie.

—Señor...

—A nadie, ya lo he dicho: sea quien fuere, responde que estoy muy ocupado.

—Es un inspector...

—¡Ah!—exclamó Clotilde con acento de terror.

Bustamante dirigió al jóven una mirada muy significativa, una mirada que queria decir:

—Ha llegado el momento: elige.

Por toda respuesta dijo Alberto sin vacilar:

—Aquí estoy... Que entre ese hombre.

CAPITULO XXXIX.

Siguen los actos de justicia.

Los tres fijaron la mirada en la puerta.

No pasaron muchos segundos sin que se presentase el inspector.

Bien sabia éste adónde iba, y aun cuando habia recibido órdenes terminantes con respecto al jóven, por conveniencia propia debia mostrarse respetuoso, porque don Juan de Bustamante no le perdonaria la más leve falta de atencion.

En otra parte hubiera entrado el inspector como estos funcionarios lo hacian casi siempre, sin guardar consideracion alguna, con ofensiva altivez y expresándose con dureza; pero allí, con el sombrero en la mano y haciendo profundas reverencias, dijo:

—Señor don Juan, perdóneme usía; pero las órdenes que he recibido son de tal naturaleza, que no puedo dejar de cumplirlas. Se me mandó esperar en la calle hasta las siete y media, hora en que debia retirarme si habia usted salido con su señor hijo. He dejado pasar algunos minutos, y aunque he visto el carruaje preparado...

—Ha hecho usted bien en subir,—replicó don Juan,—porque el primer deber de usted es cumplir las órdenes de sus jefes. Le agradezco esos minutos...

—Yo soy el agradecido á las bondades de usía, y francamente, esta órden...

—¿Viene usted por mí?—preguntó Alberto sin poder contenerse.

—Caballero,—respondió el inspector,—vengo ante todo á saber si ha determinado usted salir de Madrid en el tren que parte á las ocho y veinte minutos de la estacion del Norte. Si tiene usted la bondad de contestarme afirmativamente, ha concluido mi comision y no tendré que hacer mas que pedir á usted perdon por haberlo molestado contra mi voluntad.

—¿Y si respondo negativamente?

—En ese caso y con el mayor disgusto comunicaré á usted las instrucciones que he recibido.

—¿En qué consisten?

—En nada, si ha de emprender usted el viaje.

—He resuelto quedarme.

—Señor don Alberto...

—Acabe usted,—dijo impetuosamente el jóven.

—Me alegraría que cambiase usted de resolucion...

—No cambiaré.

—Mis deberes...

—Concluyamos.

—Pero...

—He decidido quedarme en Madrid,—replicó el jóven, —y me quedaré. Ahora sepamos hasta dónde lleva el abuso la autoridad.

—Tengo órden de obligarle á usted á emprender el viaje y de acompañarlo hasta el punto que elija para su residencia desde Búrgos en adelante.

—¿Y si me niego á obedecer?

—Eso me parece imposible.

—¿Pero y si lo hago?

—No ignora usted que la autoridad tiene medios para hacer cumplir sus órdenes.

—¿Se atreveria usted á emplear la fuerza?

—Yo no me atrevo á nada con una persona tan respetable como usted; pero cumpliré las órdenes que se me han dado.

—Respóndame usted clara y terminantemente.

—¿Qué más he de decir?

—¿Empleará usted la fuerza si me resisto?

El inspector dirigió á don Juan una mirada suplicante y angustiosa.

—Cumpla usted su deber,—dijo severamente Bustamante.

—Pues bien,—repuso el agente de la autoridad,—ya que se me obliga á decirlo...

—Sí.

—En caso necesario, emplearé la fuerza, para lo cual he dejado en la calle á dos de mis dependientes y dos guardias veteranos.

Alberto dejó escapar un rugido.

Clotilde dió un paso hácia el inspector, lanzándole una mirada terrible.

Hubo algunos instantes de silencio.

El jóven tiró del cordon de la campanilla, diciendo al sirviente que se presentó.

—Mi sombrero de campo y mi abrigo.

Y cuando se cumplió esta órden, abrazó á su madre, y mientras la estrechaba contra su corazon, dijo:

—Madre mia, soy inocente, lo juro por mi honor: me arrancan de los brazos de usted y me tratan como al último criminal; hacen conmigo lo que hicieron con mi noble padre...

—¡Hijo mio, hijo de mi alma!—exclamó Clotilde.

—Valor, madre mia... Más ó ménos tarde sonará la hora de la justicia y la reparacion...

—¡Valor!—murmuró la pobre madre con voz ahogada y acento de desgarradora amargura.—Sí, el valor me sobra.. El dia de la justicia llegará... ¡de la justicia de Dios!... porque la justicia de los hombres... ¡Oh!...

—¡Madre mia!...

—Cumple tu deber y sufre, sufre y muere si es preci-

so... Que no te vean doblar la frente, que no te vean temblar esos miserables... ¡Adios, hijo mio!...

—¡Adios, madre de mi alma!

Alberto se separó de su madre profundamente conmovido y se acercó á don Juan, diciéndole con cuanta dulzura y tranquilidad le permitia su trastorno:

—En estos momentos no soy el hombre político, soy el hijo respetuoso, y sobre todo, el hombre agradecido... Una cosa es mi razon y otra mi corazon...

Don Juan abrió los brazos y dijo con voz ahogada:

—Adios, hijo mio... No olvides que te amo con la ternura de un padre y que en estos momentos sufro mucho, muchísimo... Dios te proteja...

—Y á vos os haga feliz en recompensa de la felicidad que os debo... Adios, padre mio.

Ninguno de los dos hubiera podido explicar lo que sentia.

El jóven se dirigió hácia la puerta; pero en aquel momento sonaron en la habitacion inmediata descompuestas voces.

—¿Qué es eso?—dijo don Juan.

Agitóse la cortina y entró precipitadamente una mujer vestida con modestia y que parecia tener cincuenta años.

Su aspecto revelaba el más completo trastorno y el más intenso dolor.

Un criado la seguia intentando vanamente detenerla.

La infeliz, como si hubiese perdido la razon, dió algu-

nos pasos y cayó á los piés de don Juan, exclamando con desgarrador acento:

—¡Favor, amparo!... Es inocente, es inocente... Por compasion... ¡Ah!... ¡Se lo han llevado!... ¡Dios mio, Dios mio!

Alberto dejó escapar un grito de rabia y de dolor.

Habia reconocido á la anciana, que era la madre de Luciano.

El jóven lo comprendió todo: su mejor amigo habia sido tambien víctima de los abusos incalificables del gobierno.

La pobre madre, que despues de haber perdido á su esposo, habia quedado casi en la miseria, no tenia en el mundo más afecciones, más consuelo ni más dicha que su hijo, dicha y consuelo tanto más estimable por las raras dotes de inteligencia y de corazon de Luciano.

Éste, como hombre de ciencia, parecia tener un brillante porvenir, y la madre contemplaba con orgullo al hijo adorado, que no tenia para ella mas que ternura y respeto.

Arrebatarle aquel hijo, era destrozarle el corazon, arrancarle el alma.

Cuando no tenemos más que un solo goce, privarnos de él es mucho peor que quitarnos la vida, porque es dejarnos la vida solo para sufrir. Cuando nuestra dicha la constituyen muchos goces, aunque muchos de estos se pierdan, con tal que quede uno, la existencia es soportable; pero la madre de Luciano no estaba en este caso,

porque no tenia más goce que la presencia y el amor de su hijo, y separada de éste, quizá para no verlo jamás, todos los goces concluian para ella, no le quedaban más que sufrimientos.

Si al ménos Luciano hubiese delinquido, la anciana se habria resignado; pero Luciano era inocente, ya lo sabemos, aún más inocente que Alberto, pues no solamente no conspiraba, sino que creia que la revolucion verdadera era un imposible por algunos años, y por consiguiente que era inútil y hasta inconveniente conspirar.

¿Qué iba á ser de la pobre anciana, sola, enteramente sola en el mundo?

¡Infeliz!

Su dolor puede comprenderse con más exactitud despues de estas reflexiones.

Hemos dicho antes que parecia que la anciana habia perdido el juicio, y efectivamente, su trastorno era una verdadera locura.

Creyó que con lo que habia dicho estaba todo explicado.

Don Juan y Clotilde, que no la conocian, la miraron atónitos.

Sus dudas las disipó Alberto con solo decir:

—Es la madre de Luciano.

—¡Ah!—exclamó entonces Clotilde.

Y acercándose á la anciana, la levantó cariñosamente, la abrazó y le dijo con acento de profunda amargura:

—Lloremos y esperemos la justicia divina... A mi hijo tambien se lo llevan, tambien me lo arrebatan los tiranos, y mi hijo tambien es inocente... ¿A quién pido yo socorro?...

Mientras Clotilde pronunciaba estas palabras, su hijo elevaba al cielo una mirada ardiente.

Nada tenia el jóven que hacer allí más que mortificarse; no podia consolar á la madre de su amigo, y aprovechando la ocasion de alejarse sin dar lugar á nueva despedida, dijo al inspector:

—Vamos.

Y salió con el corazon violentamente agitado, el rostro encendido por la ira, y los ojos relumbrantes con el fuego de la fiebre.

Don Juan, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, inmóvil, mudo y sombrío, contemplaba el grupo formado por las dos madres que se estrechaban entre sus brazos con toda la fuerza de su dolor y de su desesperacion.

Las palabras de Clotilde hicieron comprender á la infeliz madre de Luciano Marin todo lo horrible de su situacion.

Desvanecióse su última esperanza.

No debia esperar consuelo.

El golpe era demasiado terrible.

La pobre anciana exhaló un grito desgarrador, y perdió el conocimiento.

Clotilde la colocó en un sofá, la contempló un instan-

te, desplegó una sonrisa impregnada de hiel y dijo á su esposo:

—Mira...

—¡Oh!—murmuró don Juan, cuya frente pálida y contraida empezaba á inundarse de frio sudor.

—Mírala, anciana, débil, pobre, despues de una larga vida de acrisolada virtud, de constantes sufrimientos y santa resignacion... Dios la habia recompensado en este mundo con el amor de su hijo... Ella habia criado á su hijo, lo habia educado á costa de sacrificios inmensos, sacrificios cuyo valor nadie puede apreciar, y cuando empezaba á gozar con su propia obra, cuando iba á recoger el fruto del trabajo, de los sufrimientos y de la abnegacion de toda su vida, la arbitrariedad de un tirano le arrebata despiadamente ese hijo, y se lo arrebata en el santo nombre de la justicia... ¡Ah! ¿Y aún está vuestra conciencia tranquila?... ¿Es esta la práctica de vuestras doctrinas, es este el órden?... Ya no me espanta lo que llamais anarquía, porque esto es doblemente horrible... Dime ahora que emplee mi influencia de madre para conseguir que mi hijo defienda á los hombres defendidos por tí, para que apoye la tiranía, para que se haga cómplice de injusticias y crímenes... No, y mil veces no, mi hijo no echará sobre su conciencia la responsabilidad de estos horrendos abusos; no, porque lo mismo que su pádre, preferirá ser víctima que perece, antes que verdugo que triunfa.

Clotilde estaba completamente trastornada por el

dolor, y sin saber lo que hacia, evocó imprudentemente el recuerdo de su primer esposo.

Don Juan, tambien trastornado, sintió afluir á su cabeza toda su sangre.

Herido en la fibra más delicada de su corazon, y dura, terriblemente acusado por la mujer á quien tanto amaba, con quien habia sido tan noble, tan delicado, tan generoso, dejó don Juan en un momento de ser lo que siempre habia sido.

No podemos decir si su dignidad ó su conciencia, su amor propio ó su convencimiento de haber obrado bien, rebeláronse en su alma; no lo sabemos, porque él mismo no lo sabia.

El recuerdo de Guillermo de Luján en aquella situacion, era un abismo abierto instantáneamente entre los dos esposos.

Ahora se vé que no hemos exagerado al hablar de los espantosos efectos que las pasiones políticas pueden producir hasta en el seno de las familias.

Si Clotilde hubiera sido en aquellos momentos dueña de su razon, no habria evocado el recuerdo de su primer esposo ni hablado con tanta dureza; pero estaba trastornada, no hablaba su razon, sino su corazon de madre, que estaba destrozado.

La desdichada debia arrepentirse; pero esto no significaba sino un sufrimiento más.

Si la situacion habia sido hasta entonces delicada, difícil, violenta, en adelante seria horrible.

Don Juan levantó la cabeza.

Su rostro estaba lívido y desfigurado, y sus ojos relumbraban como dos carbunclos.

Por un instante, no más que por un instante, fijó en su esposa una mirada de expresion indefinible.

En el interior de su pecho resonó un rugido sordo.

Luego, sin pronunciar una palabra, se lanzó fuera del aposento.

Clotilde arrostró aquella mirada como si quisiese decir:

—Sí, os acuso de miserables, y lo sois.

En seguida llamó á sus criados y pidió cuanto era menester para auxiliar á la pobre anciana, que no daba señales de vida.

Desgraciadamente no exageramos: con la misma razon y justicia que á Luciano y su amigo Alberto, se sacó de sus hogares á muchos hombres honrados y pacíficos durante la dominacion de los que se llaman hombres de ideas de *órden*.

¿Y Plotoski?

Vamos á ocuparnos de él.

CAPITULO XL.

Un nuevo protector de Plotoski.

No se habia descuidado Cautela en cuanto á Plotoski: éste le interesaba aun más que Luciano, y por lo ménos tanto como Alberto; pero el hombre propone y Dios dispone, y el deseo del ex-sacristan no era bastante para que todo sucediese segun habia proyectado.

Cuando prendieron á Marin, llamaron á la puerta de la habitacion del extranjero.

Nadie contestó.

—No es probable,—dijo Cautela,—que haya salido tan temprano; pero debiéramos haberlo averiguado antes.

Bajaron.

Tres ó cuatro agentes se llevaron al jóven, y entre-

tanto, el ex-sacristan se dirigió á la portera, diciéndole:

—¿Sabe usted si ha salido el señor Ploloski?

—Sí, señor, salió muy temprano, y me alegraré que no vuelva.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre que me desagrada.

—¿Puede usted darnos noticias de dónde se encontrará ahora?

—Por una casualidad puedo hacerlo.

—Sepamos.

—Cuando él salia, entraba un amigo suyo, que venia á buscarlo. Se detuvieron aquí, en este mismo sitio y oí que el francés le dijo al otro: «Hoy tengo mucho que hacer: ahora voy á trabajar á la embajada francesa, de donde no podré salir en todo el dia, porque es obra penosa y larga la que ha de ocuparme.»

—¿Y luego?

—Nada más: se fueron juntos y Dios sabe cuando volverá.

—¿Se recogió anoche muy tarde?

—Cuando yo cerré la puerta aún no habia venido. Creí que pasaria la noche en otra parte, como lo hace muy á menudo: pero hoy he visto lo contrario.

Cautela reflexionó.

Desagradole mucho lo de estar Plotoski en la embajada francesa, porque temió que esta circunstancia no fuese casual.

No le era posible hacer nada en aquel momento, y dispuso que se quedasen allí tres de los agentes, mientras él iba á dar parte de lo que sucedia y á vigilar los alrededores de la embajada por si Plotoski salia.

Adoptadas estas precauciones, fué preciso esperar.

Así pasó toda la mañana.

A las dos de la tarde tuvo lugar un suceso bien extraño, ó por lo ménos sorprendente: el embajador francés se presentó en el ministerio de Estado para decir al ministro que habia tenido noticia de que la policía buscaba á Plotoski, y que deseaba explicaciones sobre este punto.

¿Qué explicaciones habian de darle?

De Plotoski nada podia decirse; su conducta no tenia nada de sospechosa.

¿Por qué intentaban prenderlo?

Esto preguntaba una y otra vez el embajador, acabando por decir que el pabellon de Francia protegería al supuesto conspirador si no se le daban al ménos razones convincentes que justificasen lo que se habia determinado.

Plotoski habia sido espiado muchos dias y á todas horas.

¿Qué se le habia visto hacer?

Recorrer los establecimientos industriales adonde llevaba su trabajo.

¿Y un hombre así se hace sospechoso?

No habia más antecedente de alguna importancia

que lo ocurrido la noche de San Daniel; pero la lucha del misterioso extranjero con los guardias fué un incidente puramente casual, y si se habia reconocido que el gobierno anterior habia abusado la noche de la célebre dragonada; si hasta entonces, lo mismo á Ploto-ki que al jóven Alberto de Luján y á Medio-beso se les habia dejado tranquilos, ¿por qué se hablaba de semejante asunto despues de nueve meses?

Entre los más ardientes defensores del gobierno habia muchos que la noche de San Daniel se vieron maltratados por los agentes de la autoridad, muchos que intentaron defenderse, y sin embargo á ninguno de ellos se le acusaba de conspirador.

No encontrando razones, ni mucho ménos pruebas, el ministro alegó la de que Plotoski no era lo que parecia, sino un español disfrazado y que probablemente habia falsificado los documentos con que justificaba su nacionalidad, ó los habia adquirido de otro, y para creerlo así, habia el antecedente de haberle oido hablar con acento puro castellano.

El embajador no pudo contenerse y se echó á reir con expresion burlona.

—¿Duda usted de esto?—le preguntó el ministro algo picado.

—No dudo que se le haya oido hablar español, puesto que Plotoski posee perfectamente varios idiomas; pero en cuanto á que no sea lo que parece, me permitirá usted que sostenga lo contrario. Hace algunos años

que conocí á Plotoski en París, donde, lo mismo que ahora, ha trabajado para mi casa, y aun tengo de su familia y usuntos particulares muchos antecedentes. Ya vé usted que puedo hablar con seguridad, y siento decir que los agentes del gobierno se han mostrado en esta ocasion sobradamente torpes.

Inútilmente buscó el ministro nuevos razonamientos: todos fueron destruidos por el embajador.

Era, pues, forzoso reconocer que la policía habia visto visiones.

Un embajador francés tiene demasiada preponderancia para ceder fácilmente.

No se le daban pruebas, no se le convencia, y declaró terminantemente que Plotoski permaneceria en el palacio de la embajada hasta que se le prometiese no molestarlo.

Fué preciso transigir, y media hora despues ni la embajada ni la vivienda del extranjero estaban vigiladas.

¿Habia en todo esto algun otro misterio que ahora no podemos penetrar?

Ya lo hemos dicho en otras ocasiones: tratándose de Plotoski, todo es creible.

Puede figurarse el lector cuál seria el disgusto de Cautela, cuando se le mandó que dejase en completa libertad al extranjero.

Hizo el ex-sacristan muchas observaciones al gobernador; pero éste respondia siempre:

—No puede ser, no puede ser.

—Bien,—dijo entonces Cautela para sí:—habré de contentarme con haber quitado de en medio á los otros dos, y en cuanto á éste, poco he de valer ó he de hacerle caer en algun lazo, de modo que no pueda fácilmente justificar su inocencia, ni se atreva el embajador á defenderlo.

Mientras esto sucedia, don Juan de Bustamante, queriendo aún dar una prueba de su generosidad, se ocupó de Luciano, suplicó al ministro y aun casi amenazó, consiguiendo al fin que no se llevase al jóven más allá de las islas Canarias, donde al ménos su existencia no correría peligro, como en el clima mortal de las costas de Guinea.

El que lo pierde todo se considera feliz si recupera una pequeña parte de lo perdido.

Así le sucedió á la anciana madre de Luciano: cuando supo lo que habia conseguido Bustamante, creyó recobrar la existencia y derramó abundantes lágrimas de júbilo.

Con bien poco se contentaba.

¡Pobre madre!

¿Y Alberto?

Por ahora tenemos que dejarlo, y diremos solamente que su desesperacion aumentaba por momentos, porque cuanto más reflexionaba, comprendia más claramente todo lo horrible de su situacion.

No hubiera sufrido tanto si su amigo Luciano hubie-

ra quedado en Madrid; pero, ¿quién le daria noticias de Susana? ¿Con quién hablaría de su amor?

A ella no podia escribirle, y con su madre no hablaba de semejante asunto, porque creia que ésta ignoraba completamente la existencia de aquel amor desdichado.

Triste era la situacion del jóven; pero mucho más triste era la de la hija del señor Patricio.

Los peligros que la rodeaban eran mayores que nunca, porque Cautela podria más fácilmente poner en práctica cualquiera de sus planes.

¿Y el señor de Rubianes?

No lo hemos olvidado, y si no hablamos de él es porque no tenemos que decir otra cosa sino que estaba más desesperado cada dia y más trastornado por su pasion.

De esperanza en esperanza iba pasando el tiempo, y si no rompió con Cautela, fué porque comprendia perfectamente las dificultades con que éste tenia que luchar.

¿Qué conseguia con apelar á otro miserable?

No habia de encontrar ninguno que valiese tanto como el ex-sacristan.

Cuando supo que Alberto y Luciano se encontraban fuera de Madrid, el señor de Rubianes se reanimó, abrigando nuevas esperanzas.

Tal era la situacion de todos ellos cuando terminó aquel dia.

No nos resta decir más sino que la policía trabajó sin

descanso para averiguar dónde se encontraba su jefe; pero todo lo que hizo fué completamente inútil.

¿Lo llevaban preso los sublevados?

Esto acabó por creerse, puesto que segun todas las apariencias, no habian atentado contra la vida del señor Morato.

Iremos en su busca para terminar esta intriga y ocuparnos de otras no ménos interesantes.

CAPITULO XLI.

Donde veremos la cara del hombre de la careta.

Pasó todo el dia siguiente, es decir, el segundo de encierro del señor Morato.

Éste no habia vuelto á ver al embozado misterioso, y aunque preguntó por él varias veces á la persona que le entraba la comida, no recibió más contestacion que la siguiente:

—Nada sé, y supongo que no ha venido, porque no le ha sido posible hacerlo.

—¿Qué objeto se proponen con tenerme aquí?—se decia muchas veces.

La respuesta era muy sencilla: el hombre de la capa habia tenido que consultar con sus compañeros, no habia encontrado ocasion de salir de la córte sin infundir sospechas, y habia tenido que dilatar su regreso.

Hacíase el señor Morato otras muchas reflexiones sobre las consecuencias que su prision debia producir; pero siempre concluia por querer adivinar quién era el embozado, que parecia dirigirlo todo.

El primer dia tuvo esperanza de averiguarlo por la misma persona que le entraba la comida, y que parecia ser un hombre rudo.

¿No lo conseguiría la astucia del señor Morato?

Creyó que sí y lo intentó; pero toda su astucia y habilidad se estrellaron contra la discrecion y prudencia del otro, que á nada respondió categóricamente, y hasta dejaba de responder cuando no le era posible hacerlo con frases ambíguas.

Esto hacia sufrir mucho al jefe de policía, que por primera vez en su vida encontraba hombres que valiesen más que él en una lucha, como era aquella, de astucia, de perspicacia, de malicia y habilidad.

Sin embargo, no se desalentó, porque era constante, era tenaz, y la experiencia le habia enseñado que aunque una empresa parezca imposible, no debe abandonarse, pues las circunstancias, como el tiempo, pasan sin cesar, y tras las adversas vienen las favorables.

Siguió, pues, y con gran sorpresa suya, el hombre que lo servia le dijo:

—Señor Morato, da usted importancia á lo que no la tiene. ¿Por qué cree usted que se tapaba la cara la persona que tanto le da que pensar? Pues ya tenia la careta cuando usted lo vió, y la verdad es que no sé por

qué no se la quitó; pero me parece que no se tomará el trabajo de ponérsela otra vez, porque debe importarle muy poco que usted le vea la cara.

—¡No le importa!—murmuró el jefe de policía.

Y desde aquel momento perdió toda esperanza.

No hizo nuevas tentativas.

Dejó que el dia pasase.

Llegó la noche.

El entrecejo del señor Morato empezó á arrugarse, porque no se presentaba el embozado.

Llamó y se presentó el guardian.

—¿No hay ninguna noticia?—preguntó el prisionero.

—¿Sobre qué?—replicó el otro.

—Sobre la persona que ha de venir.

—Ninguna.

—Ya van dos dias...

—Creo que el de mañana lo pasará usted en Madrid; pero esto no es más que una suposicion.

El señor Morato miró su reloj.

—Las ocho,—dijo.

—Aún es temprano.

—Paciencia.

—¿Nesesita usted algo más?

—Nada.

Largos, muy largos le habian parecido al señor Morato los dos dias trascurridos; pero aquella noche le parecieron los minutos interminables.

Dieron las nueve.

El jefe de policía, que no habia dejado de pasear, se sentó.

Aún trascurrió otra hora.

—Las diez... ¡Oh!... No, no vendrá,—dijo,—y me será preciso hacer algo para salir de aquí.

Volvió á levantarse, reflexionó un momento y dió un paso hácia la puerta.

Pero esta se abrió y entró un hombre vestido con exquisita elegancia.

No habia mas que mirarlo para comprender que pertenecia á una de las clases más elevadas de la sociedad.

Escepto sus guantes, que eran de un color de paja muy claro, toda su ropa era negra.

Parecia que iba á presentarse en una reunion de la alta sociedad, porque se veia su frac, de esmerado corte, bajo el ancho y costoso abrigo.

Debia suponerse que además de hombre de clase distinguida, era rico, porque en su finísima camisa relumbraban dos botones hechos con dos brillantes de extraordinario tamaño. Aquellos botones no podian haber costado ménos de diez ó doce mil duros.

En cambio no sujetaba el reloj mas que á un cordon de seda muy delgado.

La estatura de este personaje era regular, y sus formas admirablemente modeladas.

¿Qué edad tenia?

Hé ahí lo que era muy difícil adivinar.

Lo mismo representaba treinta años, que cuarenta y cinco.

Su rostro era ovalado, aguileño y de una belleza varonil nada comun.

Un bigote negro, bastante largo y fino, ocultaba su lábio superior.

Sus ojos eran grandes, rasgados, negros, brillantes y expresivos.

Algunos de sus cabellos, peinados con descuido, empezaban á blanquear.

No puede imaginarse figura más noble.

El señor Morato lo contempló con la sorpresa que era consiguiente.

Su mirada escudriñadora examinó con verdadera avidez aquel rostro; pero en vano preguntó á su memoria.

No reconoció al caballero y acabó por convencerse de que nunca lo habia visto.

En esto no se equivocaba, ni era posible que se equivocase.

¿Pero cómo era que no conocia á una persona, cuyo aspecto distinguido, ropaje y maneras probaban que no vivia oscurecido?

Esto era incomprensible.

Aquel hombre era rico, tan rico, que podia gastar doce mil duros en un par de botones para la camisa, y por consiguiente debia representar un gran papel en la sociedad.

¿Habia vivido siempre en alguna ciudad de provincia?

Pronto conoceria esto el señor Morato, que sabia distinguir perfecta y fácilmente á los que tenian la costumbre de frecuentar el trato en las elevadas regiones de la sociedad.

El hombre misterioso, puesto que no tenemos otro nombre que darle, se quitó el sombrero como quien está acostumbrado á ser atento y cortés con todos, chicos y grandes, pobres y ricos, y con voz grata y acento reposado, dijo:

—Perdone usted, señor Morato, si lo he tenido aquí más tiempo del que yo deseaba; pero no dependia otra cosa de mi voluntad, y así tuve el gusto de advertírselo anteanoche.

A las primeras palabras que pronunció, conoció el jefe de policía que el distinguido caballero era el mismo embozado del antifaz.

—Las circunstancias,—respondió el señor Morato,—nos obligan muchas veces á hacer lo que más nos desagrada. Lo que ha sucedido me mortifica hasta el punto que puede usted comprender, caballero; pero reconozco que en la situacion de ustedes yo hubiera hecho lo mismo.

—Tiene usted sobrada inteligencia y conocimiento de mundo para apreciar de otro modo.

—Gracias.

—Desea usted salir de aquí y seré breve...

—Caballero,—replicó el señor Morato, sonriendo con la dulzura que acostumbraba,—usted tambien debe conocer sobradamente la condicion humana, y no se le ocultará que desde el momento en que se me diga que estoy libre, desde el momento en que esta casa no sea mi prision...

—Sí,—repuso el caballero misterioso,—cesará la impaciencia por salir de aquí.

—Eso es.

—Pues libre es usted ya, señor Morato.

—Anteanoche me impuso usted una condicion, que me fué imposible aceptar más que á medias.

—Ya sabemos quién entregó al ministro la nota en que se expresaba el lugar donde nos reuníamos los conspiradores; pero esa persona no es precisamente el delator, y creo que el nombre de éste le será á usted imposible averiguarlo.

—¿Y esa persona, que pudiéramos llamar intermediaria entre el verdadero delator y el ministro, quién es?

—Don Juan de Bustamante.

—¡Ah!...

—¿Se sorprende usted?

—Sí.

—Pues es uno de los hombres más adictos al gobierno, y por consiguiente, su conducta no tiene nada de extraña.

—Para mí, sí.

—Sea como fuere, el caso es que don Juan de Bus-

tamante no sospechó que lo que hacia debia producir consecuencias desagradables para él.

—No comprendo...

—Señor Morato, la policía no reconoce que comete torpezas, y cuando se le escapa un delincuente, pone en su lugar á un inocente y así cubre las apariencias.

—Aún no entiendo...

—Ni una sola persona de las que nos reuníamos en la casa de Chamberí, ni una sola ha caido en manos de la policía; pero la policía ha justificado su torpeza, diciendo: «Si no á todos, á muchos de los que allí se reunian los conocemos.»

—Y puede decirlo,—replicó el señor Morato.

—Sí; pero no apoderarse de ninguno, que es lo más interesante, puesto que ninguno más que yo quedó en Madrid. Unos se fueron aquella misma noche, reuniéndose en el camino con el general Prim, y otros lo esperaban desde por la mañana en Aranjuez.

—Supongo que se habrán hecho prisiones...

—Muchas.

—Y no todas sin justo motivo.

—Puede usted juzgar, señor Morato.

—Tengo afan de saber lo que ha sucedido...

—Pues escuche usted.

—Sí, sí.

—Anteanoche, á las diez y media, iban calle de San Bernardo arriba Alberto de Luján y su amigo Luciano Marin, de lo cual ha deducido la policía que se encami–

naban á Chamberí, y yendo á Chamberí, no podian llevar otro objeto que asistir á la reunion de los conspiradores.

Se contrajo la frente del señor Morato, porque todo lo comprendió.

—De esto ha resultado lo siguiente,—añadió el caballero:—Alberto de Luján salió ayer de Madrid con un inspector, y se encuentra en Búrgos vigilado por la autoridad.

—¡Ah!...

—Y Luciano Marin, que debia ser deportado á Fernando Póo, irá á Canarias, cuya gracia ha conseguido don Juan de Bustamante.

—Prosiga usted, caballero, se lo suplico.

—Tambien se mandó prender á un extranjero...

—Plotoski.

—Sí.

—¿Y ese?...

—Ha tenido un protector y ha quedado en libertad.

—Don Juan de Bustamante lo protegia, y no ignorará usted el motivo...

—Bustamante era poco, y así lo prueba el que no ha podido favorecer mas que á medias á Luciano Marin.

—Entonces no adivino...

—El embajador francés.

—Bien, muy bien,—murmuró el señor Morato, que parecia más disgustado cada vez.—Se han aprovechado de mi ausencia...

—No podia suceder otra cosa, porque ese miserable

llamado Cautela, no es hombre que deje pasar las ocasiones.

—¡Cautela!...

—Señor Morato, para mí no hay secretos, sé tanto como usted y aun mucho más.

—Empiezo á creerlo así.

—Convencido está usted de que Alberto de Luján no conspira, si bien ahora se hará conspirador.

—Es muy probable.

—En cuanto á su amigo Luciano,—repuso el caballero,—tambien tiene usted pruebas de que no se ocupa mas que de sus estudios y su anciana madre; pero hay de por medio una mujer...

—¡Caballero!...

—Esa mujer será la perdicion de Cautela y aun la de usted.

—¡La mia!

—Sí, porque cuando recobre su antigua influencia el señor de Rubianes...

—¡El señor de Rubianes!—replicó el jefe de policía, que empezaba á sentirse aturdido.—¿Y qué tiene que ver con este asunto don Pedro de Rubianes?

—¿Lo ignora usted acaso?—repuso el caballero con calma y sonriendo irónicamente.

—¿Soy yo, ó es usted el jefe de policía?

—Los dos, señor Morato: con la diferencia de que usted sirve á la causa de la tiranía y yo á la libertad, usted trabaja por el gobierno y yo por la revolucion, y por

último, que usted trabaja porque le pagan, y yo pago además de trabajar.

—Caballero, lo confesaré, porque de nada me serviria intentar ocultarlo: es usted el primer hombre que ha conseguido hacerme perder la calma y aturdirme.

—Lo siento, porque deseo que esté usted tranquilo para poder comprenderme bien. La situacion es grave, señor Morato, y repito que cuando el señor de Rubianes recobre su influencia, se amenazará con la deportacion al señor Patricio Moncayo para que su hija...

—No, no,—replicó vivamente el jefe de policía.

—Si usted se opone, se le destituirá.

—¡Oh!...

—Cuando la policía abusa de su ventajosa situacion, no para servir al gobierno, sino para favorecer las miras particulares de uno de sus individuos, el que esto hace se expone á que le pidan cuentas de su proceder y le hagan pagar con creces, con muchas creces sus abusos...

—Comprendo, comprendo.

—Usted reflexionará y hará lo que tenga por conveniente. Ya sabe usted que frente á la policía del gobierno hay otra...

—Lo veo.

—Hemos concluido.

—Pero...

—Seguiremos hablando por el camino, y le daré á usted noticias de los sucesos políticos...

—Estoy á las órdenes de usted, caballero.

Salieron de la casa.

Atravesaron la huerta y el monte.

El señor Morato guardaba silencio y reflexionaba sobre la conducta que le convenia seguir, porque se habia convencido de que aquel hombre era un enemigo demasiado temible, á quien más que combatir, era preciso respetar.

Ya conocemos el sistema del jefe de policía, que procuraba quedar bien con todos.

Llegaron á la carretera, donde esperaba un coche.

Entraron en él y partieron.

Entonces reanudaron la conversacion; pero no se ocuparon de otro asunto que de la sublevacion y sus resultados.

Al oirlos hablar hubiérase dicho que eran los dos mejores amigos del mundo.

Cuando estuvieron cerca de Chamberí, se detuvo el carruaje.

—Señor Morato,—dijo el caballero,—ya es poco lo que hay que andar: nos separaremos, porque así lo aconseja la prudencia.

El jefe de policía dirigió al desconocido las frases más corteses y respetuosas y salió del carruaje, procurando examinarlo en cuanto le era posible.

Desapareció el coche en pocos segundos y en direccion á Madrid.

Largo rato permaneció inmóvil y pensativo el señor Morato.

—¡Oh!—murmuró al fin.—Si todos los conspiradores valieran tanto como éste... ¡Pobre gobierno y pobre trono!... Meditemos, meditemos mucho antes de dar un solo paso.

Y con la cabeza inclinada sobre el pecho y lentamente, se dirigió hácia Chamberí.

CAPITULO XLII.

Los agentes de policía aprovechan sus ratos de ocio.

La noche estaba fria y el horizonte cubierto de nubes, amenazando una abundante lluvia.

A pesar de esto, el señor Morato se detuvo antes de llegar á la puerta de Bilbao y se sentó.

Necesitaba meditar y aquella era la mejor ocasion de hacerlo sin que nadie lo interrumpiese.

Al cabo de media hora habia adoptado una resolucion.

Sobradamente conocia el camino de la casa donde habia estado, y hubiera podido volver á ella sin vacilar; pero, ¿le convenia hacerlo así?

Una visita á la casa en cuestion no daria ningun resultado provechoso, porque nada habian de encontrar

allí que aclarase el misterio. Se averiguaría quién era el dueño de la casa; pero sobre este punto habria adoptado sus precauciones la persona que dirigia la intriga y que no se olvidaba de nada, no dejaba ningun hilo suelto, segun ya se habia visto.

El desconocido era una persona de elevada posicion social: esto no podia dudarse.

¿Le convenia al señor Morato llevar su celo por el servicio hasta el último extremo?

No, sino que por el contrario, estaba en sus intereses guardar consideraciones á ciertas personas, doblemente á las que valian tanto como el caballero misterioso.

Para su gobierno haria averiguaciones el jefe de policía; pero nada mas.

Esta resolucion se encontraba dentro de su sistema, que ya conocemos.

—El mundo rueda,—decia,—el tiempo pasa, cambia todo y para todo es menester estar prevenidos.

Con decir que no le habian destapado los ojos, que le habian hecho dar mil vueltas y revueltas, unas veces en coche, otras á pié y algunas á caballo, lo mismo al ir que al venir; con decir esto, repetimos, se excusaba de que le mandasen volver á la casa en cuestion y llevar las averiguaciones más allá de donde á él le convenia.

El caballero le habia advertido que era muy peligroso abusar demasiado, y esta advertencia tenia mucho valor, mucha importancia.

Cautela debia considerarse perdido el dia que la situacion cambiase.

Cuando el señor Morato pensó en esto, se encogió de hombros y dijo:

—Que tenga paciencia... Este negocio ha de costarle más caro que el del convento.

Y se puso en pié, subiendo el cuello de su gaban, y liando además su tapaboca, de modo que le quedaba oculta la mayor parte del rostro.

Encontrábase entre lo más espeso de una arboleda, y cuando se disponia á alejarse, parecióle oir un leve roce á poca distancia.

Su costumbre de observarlo todo le hizo detenerse, y miró á su alrededor sin que le fuese posible ver nada, ya porque nadie hubiese allí, ya porque la oscuridad era completa.

—A estas horas y en este sitio,—dijo para sí el señor Morato,—no pueden andar por aquí más que rateros ó algunos de mis dependientes. Veamos.

Y paso entre paso, y como si estuviese muy distraido, se internó en la espesura.

Entonces oyó el lastimero maullido del gato.

—Bien,—murmuró el jefe de policía,—aquí tenemos al buen Cautela, lo conozco.

Pocos instantes despues sonó el ladrido de un perro gozque.

—¿Tambien Pintura?—dijo el señor Morato.

No sabemos si se equivocaba; pero aquellas señales

eran las mismas de que hablamos cuando se preparaba la sorpresa de los conspiradores.

Inclinó el señor Morato la cabeza sobre el pecho, y como el que se entrega á profundas meditaciones y se olvida de todo, siguió andando con lentitud.

Su oido delicado percibió nuevos ruidos, y antes de cinco minutos sintió que dos manos asieron fuertemente sus brazos, y vió que dos puñales brillaban sobre su pecho, á la vez que le decian:

—Silencio.

El señor Morato se extremeció como el que se sorprende, y con voz ahogada y expresion inequívoca de espanto, exhaló una exclamacion, quedando luego inmóvil y mudo.

Dos hombres lo sujetaban y amenazaban.

Otro, que estaba junto al de la derecha, extendió un brazo y con una ligereza y suavidad sorprendentes, fué deslizando su mano en el interior de los bolsillos del jefe de policía.

Éste parecia un hombre aturdido por la sorpresa y por el miedo, y dejaba que lo registrasen.

En pocos momentos el reloj y el dinero se encontraron en poder del ladron, y éste iba á continuar registrando los demás bolsillos, cuando sonó, aunque lejos, ruido de voces.

Detúvose.

No necesitaban ponerse de acuerdo.

Comprendieron los tres que debian contentarse con

lo robado para no exponerse á perderlo todo, y echaron á correr en distintas direcciones, desapareciendo instantáneamente.

El señor Morato soltó una carcajada burlona.

—Torpes habeis sido,—murmuró:—si la suave mano de Cautela hubiera tenido tiempo de penetrar en todos mis bolsillos, algo hubiese encontrado que le hiciese conocer á quien robaba; pero afortunadamente no ha sucedido así.

Ya nada tenia que hacer en aquel sitio: habia trazado su plan de conducta, y debia aprovechar el tiempo.

Entró en la calle de Fuencarral, y siempre procurando ocultar el rostro, siguió á buen paso hácia la Puerta del Sol.

No tardó en llegar y entrar en el edificio ocupado por el ministerio de la Gobernacion.

¿Para qué hemos de pintar la sorpresa que su presencia produjo?

Tampoco repetiremos las explicaciones que dió; solamente diremos que despues de media hora de hablar sobre los sucesos políticos, y manifestar sus opiniones en cuanto á las medidas que se habian adoptado, el jefe de policía dijo:

—Se han fiado ustedes demasiado de mis dependientes, dando lugar á que se conviertan en conspiradores los que jamás lo hubieran sido. No niego que ese francés llamado Plotoski es sospechoso; pero necesitamos algo más que nuestras sospechas, y no era conveniente po-

nerlo sobre aviso. En cuanto á ese jóven estudiante que ha salido para Canarias, es completamente inocente, y su amigo Luján no era peligroso en estos momentos. Todos esos bribones desalmados que están á mis órdenes valen mucho; pero ninguno de ellos sirve más que para una cosa, y como nunca les confio ningun secreto, como les mando sin darles explicaciones, no pueden apreciar ciertos asuntos. Necesitan la cabeza que los dirija, y de otro modo no hacen más que lo que ahora han hecho. Este es astuto, aquel valiente, fuerte el otro... De todo hay, señor; pero es menester considerarlos como piezas sueltas de una máquina: colocadas en su sitio, bien combinadas, en conjunto, en fin, son algo; separadas no pueden funcionar, no sirven más que para estorbo. Los conozco bien,—prosiguió diciendo el señor Morato, mientras sonreia y separaba su gaban para que se viese el chaleco,—míreme usted, sin reloj, sin un ochavo... Me han robado en Chamberí...

—¡Robado!—exclamó el ministro como si no concibiera que el jefe de policía pudiera ser acometido por ladrones.

—Sí, á favor de las tinieblas cayeron sobre mí tres hombres: dos me sujetaron los brazos y me amenazaron con puñales, y el otro...

—Pero...

—Está la noche como boca de lobo,—repuso el jefe de policía, volviendo á sonreir;—pero yo no necesitaba luz para conocerlos.

—¡Y se ha dejado usted robar!... Verdad es que solo, desarmado y contra tres hombres...

—Me he dejado robar, porque me divertia su torpeza.

—Puesto que los ha conocido usted...

—Eran tres de mis dependientes.

—¡Señor Morato!...

—Uno llamado Pintura; otro, Cara-de-Palo, y el tercero Cautela, el de las delaciones que desapruebo...

—¡Oh!... Preciso es hacer un ejemplar castigo...

—Dios me libre... Son los tres mejores hombres que tengo y no me privaré de sus servicios por tan poca cosa.

—Pero unos ladrones...

—¿Qué he de hacer con hombres honrados?

Esta observacion no tenia réplica, y el ministro tuvo que darse por vencido haciendo asunto de broma el robo, y convenciéndose además de que nada se habia conseguido con deportar á Luciano y desterrar á Alberto, pues continuaban siendo iguales los peligros que ofrecia la situacion política.

¿Qué se deducia de todo esto?

Que el señor Morato valia mucho, tanto que era muy difícil, quizá imposible, sustituirlo.

Esto era lo que deseaba el jefe de policía.

Cautela, que habia conseguido que empezaran á darle importancia, volvió á ser mirado con desden, con el desden que se mira al que solo puede servir para ciego instrumento.

Hé ahí cómo la situacion de Alberto y de Luciano empezó á mejorar cuando ménos se esperaba.

Indudablemente todo esto era debido al misterioso caballero, con quien el señor Morato no queria cierta clase de guerra.

Terminada la conversacion, el jefe de policía salió del despacho.

En la habitacion inmediata vió un rostro que le era desconocido.

—Nuevo portero,—dijo para sí.—Ahora recuerdo que el antiguo estaba espirando.

No hay que decir que la persona á quien el señor Morato se referia era don Cándido, que aquella noche empezaba á desempeñar su empleo.

El jefe de policía, cuidándose como antes de ocultar el rostro, tomó por la calle Mayor.

———

CAPITULO XLIII.

El jefe de policía y sus tres favoritos.

El señor Morato entró en el edificio ocupado por el gobierno civil; pero en vez de ir á su despacho por donde casi siempre lo hacia, tomó por un estrecho pasillo, que estaba completamente oscuro, y á tientas llegó á una puertecilla, que abrió con una pequeña llave de que iba prevenido.

Luego encendió un fósforo y con éste una bujía de dos que habia sobre la chimenea.

Estaba en su despacho.

El jefe de policía miró con expresion de júbilo las paredes, por cierto bien sombrías, y contempló uno por uno los muebles.

—Veamos,—dijo,—hasta donde ha llegado el atrevimiento de Cautela.

Y examinó los libros y papeles que sobre la mesa habia, y las cerraduras de los cajones y del armario, añadiendo:

—Todo lo han respetado... Bien... Esto lo salva, porque yo puedo perdonar á mis dependientes una calaverada como la de esta noche en Chamberí; pero no que se tomen la libertad de ocuparse de mis papeles.

Nadie sabia que se encontrase allí el señor Morato.

Sus dependientes iban acudiendo, como todas las noches, para recibir órdenes, situándose en una habitacion próxima al despacho, y aguardaban, hablando entre sí ó con el portero.

Éste escuchaba en aquel momento una curiosa historia de amores que le referia Pintura, miéntras se colocaba bien la cadena del reloj.

Pintura acababa de llegar con Cautela, y tras ellos se presentó Cara-de-Palo, que segun acostumbraba, se situó en un rincon, quedando inmóvil y silencioso, á pesar de que le dirigia con frecuencia la palabra otro agente, que no parecia tal, pues su aspecto, maneras y lenguaje eran los de una persona distinguida.

Oyóse el metálico sonido de un timbre.

El portero brincó en su silla como si le hubiese picado una víbora.

Pintura interrumpió su relato y arrugó el entrecejo.

Cautela se extremeció.

Todos dejaron de hablar y miraron hácia el mismo sitio.

—¡El jefe!—exclamó el portero.

—¡El jefe!—repitió Pintura con extrañeza.

—Y si no es él, hay duendes en su despacho.

—No, nuestro jefe no puede ser...

—Entonces...

Volvió á sonar el timbre.

—Ya lo veis,—dijo el portero.

Y se dirigió apresuradamente al despacho, entrando y encontrándose con el señor Morato, que estaba en su sillon junto á la mesa.

El portero lo miró como se mira un fantasma; pero el jefe de policía, como si nada tuviese de particular su presencia en aquellos momentos, como si nada hubiese sucedido ni hubiera motivo para que se sorprendiese nadie, dijo al portero.

—Si han venido Cautela, Pintura y Cara-de-Palo, que entren, y los demás, que aguarden.

—Señor...

—¿Acaso no están?

—Sí; pero...

—Bien, que vengan.

Comprendió el portero que no debia seguir hablando, y salió.

Un momento despues se presentaron los tres agentes.

A estos tampoco les dió lugar el señor Morato para que manifestasen su sorpresa, ni hablasen del placer que experimentaban al ver que su jefe habia recobrado la libertad.

—Dejad,—dijo el señor Morato, sonriendo irónicamente,—dejad para otra ocasion el expresar vuestra alegría por encontrarme aquí sano y salvo cuando ménos lo esperábais. Ahora vamos á ocuparnos de otro asunto y me dareis una prueba de vuestra lealtad, que es para mí mucho más grata que vuestro contento.

Cara-de-Palo permaneció inmóvil.

Pintura empezó á dar vueltas entre sus dedos á la cadena del reloj, porque la sonrisa de su jefe le habia desagradado y le infundia no poco temor.

—Mi respetable señor,—dijo Cautela, cruzando las manos y despues de exhalar un lánguido suspiro,—si no hemos de hacer mas que dar una prueba de lealtad...

—No más que eso.

—Entonces...

—Escuchadme.

—Escuchamos con la atencion más profunda,—repuso el ex sacristan.

—Hace dos horas,—dijo el señor Morato con la más perfecta calma,—se paseaba un hombre cerca de la puerta de Bilbao y por entre los árboles que hay á la izquierda del camino de Luchana.

—Por allí hemos rondado esta noche,—replicó Cau-

tela;—pero no recuerdo haber visto pasear á nadie, si bien es cierto que entre la arboleda...

—Iba muy distraido y repentinamente cayeron sobre él tres hombres, lo sujetaron, le amenazaron con puñales y le quitaron el reloj, que era de oro, con cadena del mismo metal, sacándole de otro bolsillo seis monedas de á cien reales, tres duros, siete pesetas, dos medias pesetas y seis cuartos, no llevando más adelante el registro y huyendo, porque oyeron ruido de pasos y voces.

Los tres agentes permanecieron mudos.

—¿Qué os parece de este suceso?—preguntó el señor Morato despues de sonreir otra vez.

—Mi respetable jefe,—respondió Cautela,—á tales horas y en aquellos sitios, nada tiene de particular que se cometa un robo.

—Pero sí es extraño que vosotros que andabais por allí, no hayais visto á ninguno de los ladrones, que repito eran tres.

—La noche está muy oscura...

—La oscuridad no es inconveniente para vosotros, ni tenia nada que ver con el ruido, pues en medio de las tinieblas se oye lo mismo que á la luz del sol.

—¿Gritó el robado?

—No articuló una sílaba, porque estaba completamente aturdido y el terror no le permitió hablar.

—¿Entonces qué habiamos de oir?

—Los pasos de los ladrones.

—¡Los pasos en la tierra húmeda y blanda!...

—Sí.

—Mi respetable jefe...

—Es preciso,—interrumpió el señor Morato,—absolutamente preciso que en seguida se devuelva á su dueño lo robado.

—Haremos lo posible,—dijo Pintura, que hasta entonces habia permanecido silencioso,—y si no tiene usted que ocuparnos en otra cosa, volveremos á Chamberí, averiguaremos, buscaremos y...

—¿No sospechais quiénes puedan ser los ladrones?

—Yo no,—dijo Pintura.

—Yo tampoco,—añadió el ex-sacristan.

Cara-de-Palo se contentó con hacer un movimiento de cabeza, indicando lo mismo que sus compañeros.

—¿Estais seguros de lo que decís?

—Yo sí,—respondió atrevidamente Pintura.

Cautela, que conocia perfectamente á su jefe, no se atrevió á tanto y exhalo un suspiro.

Esto era algo.

—Supongamos que ahora os conviene mentir,—repuso el señor Morato,—y que á mí, para que no volvais á engañarme, me conviene enviaros á Ceuta...

—¡Señor!...

—Ya que nada sabeis, ya que nada sospechais ni podeis adivinar, yo os daré noticias.

—Mi respetable jefe...

—Señor Perfecto, escúche usted.

Cautela tembló y suspiró porque ya sabemos lo que significaba que no lo nombrase por su apodo el jefe.

Éste prosiguió diciendo:

—A la derecha de la víctima se colocó Pintura, y Cara-de-Palo á la izquierda, haciendo uso de una mano para sujetar los brazos del paseante, y de la otra para levantar los puñales.

No es posible hacer comprender el efecto producido en los tres agentes por estas palabras.

Ninguno de ellos se atrevió á replicar.

La frente de Pintura se contrajo.

El rostro de Cautela se tornó lívido.

Solo Cara-de-Palo se mantuvo impasible sin que en su semblante pudiera conocerse lo que sentia.

—Una vez sujeto el imprudente paseante,—añadió el jefe,—la suave mano del señor Perfecto se introdujo en los bolsillos, y con la habilidad que lo distingue, quedó la operacion terminada en un abrir y cerrar de ojos. Reconozco que el golpe se dió con singular maestría, y supongo que como hombres de elevados sentimientos os contentareis con la gloria, con la satisfaccion del triunfo y la que deben produciros mis lisonjeras palabras: por consiguiente, poned sobre esta mesa el dinero, que os habreis repartido con toda exactitud, y el reloj, que supongo lo guardará Pintura para negociarlo, porque el señor Perfecto es demasiado prudente y cauteloso para encargarse de vender ó empeñar la prenda.

Los tres agentes se miraron unos á otros.

Ya les era imposible negar.

Como el señor Morato habia dicho, debian contentarse con la gloria y no ocuparse más que de alcanzar el perdon.

Algo aturdidos estaban los tres agentes, porque si bien nada tenia de extraño que su astuto jefe conociera el robo, no se comprendia cómo habia podido averiguar con tanta exactitud quiénes eran los ladrones, y lo que era aun más sorprendente, quién se habia colocado á la derecha ó á la izquierda de la víctima, y quién habia introducido la mano en los bolsillos.

Forzoso era reconocer que si el señor Morato no tenia nada de brujo, era por lo ménos un hombre á quien no podia engañarse, ó á quien era muy peligroso engañar.

No un suspiro, sino un gemido angustioso se escapó del pecho de Cautela.

Toda observacion era inútil, porque no daria otro resultado que el de agravar la situacion, ya demasiado grave.

Los tres, sin pronunciar una palabra y como autómatas que obedecen á sus resortes, empezaron á sacar las monedas robadas, poniéndolas sobre la mesa.

El reloj lo tenia Pintura segun habia adivinado el jefe.

—Bien,—dijo éste:—ahora os daré un consejo para vuestro bien: no os arriesgueis con frecuencia en esta clase de negocios, porque el ministro, que sabe lo que ha

pasado esta noche, empieza á pensar que seria conveniente...

—Señor,—exclamó Cautela, extendiendo los brazos y con acento de terror.

—Hemos concluido,— interrumpió severamente el señor Morato.

Y señalando á Cara-de-Palo y á Pintura, añadió:

—Salid y esperad.

Obedecieron.

El ex-sacristan no se tranquilizaba.

—Vamos á ver, señor Perfecto...

—¡Por Dios, mi respetable jefe!...

—Aún tenemos que ajustar otras cuentas.

—En estos dos dias no he cometido otra falta que la de dejarme seducir esta noche por Pintura, que fué quien ideó lo de robar al paseante...

—Esa debilidad ya la he perdonado.

—Pues no hay otra, lo juro...

—Te has aprovechado de mi ausencia para favorecer tus proyectos y servir á la vez al señor de Rubianes.

—¡Ah!...

—¿Sabes lo que pueden costarte las prisiones de Alberto de Luján y Luciano Marin?

—Señor...

—¿Sabes que por la hija del señor Patricio has de tener mayores disgustos que por la monja?

—Pero...

—¿No sabes que hay quien conozca tus intrigas y

tenga en tí puestos los ojos, con intenciones nada buenas?

—He cumplido mi deber...

—Tu deber era servir al gobierno; pero no favor ecer las intrigas del señor de Rubianes.

—Esos dos jóvenes...

—No conspiraban, y particularmente uno de ellos no habia pensado siquiera ocuparse de la política.

—Pero era preciso hacer algo, porque el ministro no estaba satisfecho y ya sabe usted que en situaciones como ésta no se convencen de que uno trabaja, no creen que uno sirve para nada si no lleva gente á la cárcel.

—Otras personas habia de quienes pudiste ocuparte, otras, que te son bien conocidas y que si no han delinquido, han hecho siquiera algo más que Luciano Marin.

—No negaré que al mismo tiempo que satisfacer las exigencias de los jefes he querido quitarme esos dos estorbos; pero...

—Y en cuanto á Plotoski...

—¡Oh!...

—Ya has visto lo que ha pasado, y si esto no te sirve de leccion, peor para tí. Más que aconsejarte, te mandé que te concretaras á observar al extranjero, y me has desobecido, dando así lugar á que lo pongamos sobre aviso y nos sea imposible hacerle caer en un lazo.

Cautela suspiró.

Las palabras del señor Morato eran una órden terminante de respetar á Plotoski y á Susana y sus amigos.

Una órden del señor Morato no podia desobecerse.

A pesar de esto quiso Cautela ver el partido que sacaba de la situacion.

—Señor,—dijo,—Plotoski será respetado; pero supongo que no me prohibe usted ocuparme de la bellísima hija del cerrajero.

—Ocúpate; pero nada mas por ahora.

—Nada mas...

—Deja que el tiempo pase, y cuando las circunstancias hayan cambiado, te daré licencia para todo, puesto que me es indiferente la suerte de esa familia.

—Se cumplirán las órdenes de usted, mi respetable jefe.

—Y si no quieres cumplirlas...

—¡Oh!...

—No necesitas mas advertencias, ni te ocupes de entrar en mas explicaciones, porque sobre ser inútil, me desagradaria que fueses más allá de donde te permito ir.

—No llega mi atrevimiento hasta ese punto...

—Tal supongo.

—Lo que deseo es que me perdone usted...

—Perdonado estás, siquiera sea en gracia de los acertados consejos que me diste cuando ibamos á entrar en la maldita casa de Chamberí.

—¡Qué noche, señor, que noche aquella tan horrible!

—Tú al ménos quedaste en libertad bien pronto; pero á mí me han tenido encerrado hasta hace tres horas.

El señor Morato y Cautela acabaron por hablar como siempre, y despues de algunos minutos, dijo el primero.

—Vete á descansar hasta las tres de la mañana.

—¿Y á esa hora?...

—Me esperarás en la plaza del Progreso hácia la parte de la calle de la Colegiata y del Duque de Alba.

—¿Nada más?

—Al salir dí á tu buen amigo Cara-de-Palo que entre.

—¡Mi buen amigo!—murmuró Cautela haciendo un gesto de desagrado.

—Bueno lo ha sido esta noche en Chamberí...

—No hablemos de eso, mi respetable jefe.

—Adios, y hasta las tres.

Salió Cautela y entró Cara-de-Palo.

Tras de este debian entrar los demás que aguardaban; pero los dejaremos á todos, porque las conversaciones han de versar sobre asuntos de poquísimo interés, ó lo que es igual, habian de reducirse á comunicar órdenes por el estilo de la que últimamente habia recibido el ex-sacristan.

Ahora tenemos que ocuparnos de la sublevacion, dándola brevemente á conocer en sus tendencias y consecuencias.

CAPITULO XLIV.

Cuatro palabras sobre la sublevacion de Enero.

La sublevacion del mes de Enero de 1866 fué el más triste y elocuente desengaño para sus autores.

No podia suceder otra cosa, porque no era la defensa del derecho contra el abuso, sino la rebelion de los deseosos contra los satisfechos, era la provocacion temeraria de la impaciencia contra la fuerza.

Tenemos el derecho de juzgar y juzgamos; pero sin pasion.

Los sublevados gritaban: «¡Viva la libertad!»

¡La libertad!...

¿Qué quiere decir esto?

Nada, absolutamente nada.

El instinto popular comprendió lo que significaba

aquello sin acertar á explicárselo, adiviné que era una lucha, ó más bien un intento de lucha entre unos cuantos hombres que se disputaban el poder.

¿Debia el pueblo conmoverse y hacer sacrificios para un cambio de personas?

No.

El pueblo, con la fuerza de sus derechos incontestables, puede hacer una revolucion; pero jamás debe favorecer un motin.

La lucha del derecho contra la arbitrariedad, es una lucha santa.

La guerra entre los que ambicionan el poder, no es más que la convulsion producida por las pasiones.

Si la sublevacion de Enero hubiera triunfado, ¿qué habria sucedido?

Habríamos visto caer unos hombres gastados y educados en medio de la corrupcion política, entronizándose otros que forzosamente tenian que responder á su historia, á otros, que como los anteriores, llevaban el sello de la misma corrupcion.

Ni los que caian ni los que se levantaban tenian fuerza moral para satisfacer las imperiosas necesidades del pueblo; ni los que caian, ni los que se levantaban, podian desentenderse de sus compromisos.

Con unos ó con otros, ¡pobre pueblo!

Si la rebelion hubiera triunfado, los rebeldes habrian dicho: «Ya está hecha la revolucion.»

Y la revolucion hubiera consistido en remover las tres

cuartas partes de empleados públicos y en modificar tal ó cual ley.

Empero el criterio político hubiera sido enteramente igual: se habria legislado con más ó ménos consideracion sobre lo que es ilegislable, y los nuevos ministros, como dependientes de la voluntad real, se habrian sometido, lo mismo que los anteriores, á todos los caprichos y exigencias de Isabel II, que equivalía á someterse á las camarillas, á obedecer á las estúpidas exageraciones del fanatismo.

¿Qué hubiera ganado España conque se hubiese decretado una ley de imprenta que diese alguna más amplitud al escritor?

Nada, absolutamente nada: el pensamiento habria seguido encadenado.

¿Qué importaba que la cadena tuviese un eslabon más ó ménos?

Siempre hubiera sido una cadena.

Con los nuevos ministros habian de quedar al poder muchos caminos para violar todos los derechos, para cometer toda clase de abusos.

Con los nuevos ministros, la palabra *órden* habria tenido el mismo significado, la misma aplicacion.

No, los sublevados no reconocian más derechos que los consignados en las leyes escritas: los derechos naturales no existian para ellos.

¿Por qué ni para qué habia de auxiliarlos el pueblo?

¿Cómo habia de tener eco y prestigio un motin hecho exclusivamente para cambiar un ministerio?

¿Qué le importa al pueblo la impaciencia ni la ambicion de tal ó cual personaje?

Para ambiciosos ó impacientes, ya los tenia sin necesidad de hacer ningun sacrificio; para ambiciosos ó impacientes le bastaba cruzarse de brazos y dejar hacer.

Y si no, los que el dia dos de Enero dísteis el grito de rebelion, decid: ¿Qué proclamábais, qué queríais, qué principios habia escritos en vuestra bandera?

¿Os levantástais contra la inmoralidad y las injusticias?

No, porque intentábais poner el gobierno en manos de quien sobre la base de las inconsecuencias y las injusticias se habia elevado; no, porque vosotros, lo mismo que los otros, teníais la mirada fija, nó en el pobre pueblo, sino en lo que de éste podia sacarse.

Despues lo hemos visto: la cuestion de personas lo ha dominado aquí todo, y si ahora se ha falseado lo que parecia ser una verdadera revolucion, ¿qué habria sucedido despues del triunfo de un mezquino motin?

Hacemos excepcion de los que sin otra mira que el bien de la patria se lanzaron á la lucha; pero no hay quien ignore que las aspiraciones de todos no eran las mismas, y lo que es más importante, que el espíritu, que las tendencias de aquella insurreccion, no respondian á las necesidades del pueblo, eran mezquinas hasta el último grado de la mezquindad.

Los sublevados, en retirada desde el primer dia, atravesaban las poblaciones sin encontrar quien respondiera á sus gritos.

¿Quién habia de responder?

Aquellos gritos, aunque no lo expresasen claramente, significaban: «Muera O'donell y viva Prim, muera Gonzalez Brabo y viva Olózaga...»

¿Y qué nos importa de los unos ni de los otros? decian los pueblos. ¿Acaso no son todos ellos iguales, no tienen la misma historia?

No se equivocaban: la historia de todos ellos es exactamente igual, sus tendencias son las mismas, y no hay ninguna diferencia en sus aspiraciones.

El tiempo lo ha demostrado así.

Cuando están caidos se rebelan á nombre de la libertad y con el pretexto de los abusos de la tiranía: cuando se levantan, tiranizan á pretexto del órden y en nombre de las leyes.

¿Qué debe esperarse de los que son una cosa en la oposicion y otra en el poder?

Lo que hay que esperar ya lo sabemos, puesto que lo hemos visto en más de una ocasion, y desgraciadamente hemos de verlo con más claridad todavía.

Abreviemos, porque no es nuestro ánimo entrar ahora en cierta clase de consideraciones, que dejamos para cuando nos ocupemos de la revolucion de Setiembre.

Los sublevados nada ofrecian terminantemente, la

sublevacion no satisfacia ninguna necesidad, y por consiguiente no encontró apoyo.

Al gobierno le costó poquísimo trabajo ahogar la rebelion, y con poquísimo trabajo tambien hubiera podido acabar con los mismos rebeldes; pero ya fuese por elevadas consideraciones políticas, ya por particulares respetos ó por otra razon cualquiera, las tropas encargadas de batir á los sublevados, concretáronse á seguir á estos siempre muy de cerca, pero sin darles alcance nunca.

Los sublevados huian sin parecer que lo hiciesen.

Las tropas del gobierno perseguian sin alcanzar.

Esto lo encontramos muy bien bajo el punto de vista de evitar la efusion de sangre; pero nos parece muy mal cuando consideramos que era un juego, que era una farsa, cuyos resultados habian de redundar en perjuicio del pobre pueblo.

Las peripecias de aquellas marchas y contramarchas no tienen nada de interesantes, y por consiguiente excusaremos entrar en detalles sobre este punto, concretándonos á decir que despues de muchos dias los sublevados, desalentados, desengañados y rendidos por la fatiga, entraron en Portugal.

¿Cuántos de ellos irian arrepentidos?

Suponemos que más de uno.

¿Cuáles fueron las consecuencias de aquel loco intento?

Con pocas palabras las daremos á conocer.

El gobierno tuvo pretextos para cometer toda clase de abusos, encontrando apoyo, porque se trataba de salvar al país de los horrores de una revolucion que debia producir la disolucion social.

El pobre pueblo pagó, por consiguiente, culpas que no habia cometido.

Con los abusos del poder tuvieron los oprimidos doble razon para quejarse, y por consiguiente mayor fuerza moral y mejor derecho para rebelarse contra la tiranía, para pedir mucho más de lo que hasta entonces habian pedido.

El trono, pues, habia perdido tambien mucho terreno.

¿Para quién fué provechosa aquella rebelion?

Para nadie.

No se habia conseguido mas que una cosa: acercarse á la revolucion, que aún estaba lejos.

¿Era esto un beneficio para España?

No, porque la revolucion, algunos años despues, hubiera sido verdadera y provechosa, mientras que hoy no puede significar sino un paso hácia la verdadera revolucion.

¿Somos demasiado exigentes?

Tal vez.

Si tenemos razon, hemos de verlo cuando el país se constituya despues del período de interinidad que atravesamos.

Entonces podremos saber lo que hemos ganado y

cuánto nos ha costado, sin que nos deslumbren las apariencias, como por desgracia deslumbran al noble y confiado pueblo español, que ya hemos dicho se contenta con muy poco, porque no se encuentra en estado de apreciar mas que la superficie.

CAPITULO XLV.

Se acerca el dia.

El señor Morato no dejaba ningun hilo suelto, no hacia las cosas á medias, y uno de sus primeros cuidados fué visitar á don Juan de Bustamante, hablándole muy extensamente de los sucesos que acababan de tener lugar y de su conferencia con el ministro.

De esta conversacion resultó que el esposo de Clotilde, acabara de creer que don Cándido habia procedido de buena fé, y que Alberto se quejaba con razon al decir que se cometia un abuso, haciéndole salir de la corte.

Don Juan, cuya escrupolosa conciencia conocemos, empezó á sufrir, se acusó de haber sido apasionado y empezó á encontrar justas las quejas y reconvenciones

de su esposa, evitándose así explicaciones entre ambos, que de otro modo habrian tenido lugar y que hubieran producido los peores resultados.

Sin embargo, la situacion respectiva de los dos esposos era, como debia ser, violenta.

Clotilde habia comprendido tambien que en los momentos de arrebato de su dolor, habia ido más allá de donde permitian las conveniencias, y que en un momento habia empezado á destruir la obra de muchos años.

Más de una vez intentó la infeliz dar explicaciones sobre su conducta, pero, ¿qué habia de decir?

Lo más grave era el recuerdo de su primer esposo, tan imprudentemente evocado, y cuanto sobre este punto se dijese, no seria más que abrir nuevamente la herida.

Preocupados cada cual con sus pensamientos, y devorando silenciosamente sus amarguras, sin darse cuenta de ello empezaron á observar esa conducta fria y reservada, que es mil veces peor que un rompimiento.

Lo que sufrian no puede expresarse.

Don Juan hubiera querido dejar de amar á su esposa, y sin embargo la amaba quizá más que nunca.

Ella pensaba constantemente en lo que debia á la generosidad de su esposo, y la atormentaba el convencimiento horrible de ser la causa de los sufrimientos del hombre á quien tanto debia.

La desdichada, desde el dia en que se unió á don Juan, se habia resignado á morir sin exhalar una queja.

¿Qué más podia exigírsele?

Y sin embargo, no habia conseguido pagar la deuda, puesto que don Juan sufria.

Clotilde habia hecho todo lo que es imaginable para que don Juan de Bustamante fuese dichoso, y no lo habia conseguido.

La desdichada habia sacrificado el corazon, la vida, todo... Pero en vano.

Esto la desesperaba.

Entre ambos se habia sostenido una lucha santa de nobleza y generosidad; ninguno de ellos pensó en su dicha, sino cada cual en la del otro...

¡Y se habian hecho desgraciados!

¿Quién sabe si Clotilde, en medio de la miseria, hubiera sido más dichosa?

Desde luego nos atrevemos á decir que sí.

No habia más que entrar en aquella casa, para comprender que allí se sufria.

En los rostros de aquellas dos criaturas estaba pintado el sufrimiento.

Ya les era imposible disimular.

A todas horas se les veia silenciosos.

Evitaban en cuanto les era posible el trato con sus amigos.

Hubiérase dicho que el ruido del mundo los atormentaba, que querian aislarse y hasta que anhelaban morir.

Y bien mirado, ¿qué goces tenia su existencia?

¡Cuantos pobres, mucho más dichosos que ellos á pesar de la miseria, los mirarian con envidia!

Y ellos se hubieran cambiado por los más pobres; Clotilde hubiera aceptado con alegría su pasada situacion de miseria.

Aquel silencio, aquella quietud, no eran más que encubridores de una borrasca espantosa que destrozaba las almas de los dos esposos.

Don Juan, á pesar de todo, habia vuelto á ser lo que siempre habia sido.

Quiso creer que la causa de todo era el natural sufrimiento de Clotilde por la separacion y situacion de Alberto.

—Haré porque desaparezca la causa,—se dijo Bustamante,—y ella recobrará la alegría, será feliz y...

Sus lábios se entreabrieron para sonreir con amargura, porque se acordó de las antiguas distracciones de Clotilde, de las muchas veces que la habia sorprendido abstraida y llorosa y pronunciando el nombre de Guillermo.

La frente de don Juan se contrajo.

—Debo convencerme,—murmuró,—debo convencerme de que soy un estorbo para su dicha... ¡Oh!... Pues bien, le devolveré á su hijo, me separaré de ella con cualquier pretexto, la dejaré en completa libertad, y si no logro así ser dichoso, porque esto es imposible, al ménos conseguiré recobrar algo de la perdida calma.

Con el apoyo del señor Morato, Bustamante empezó

á trabajar para obtener que Alberto, lo mismo que Luciano, pudieran volver á Madrid.

La empresa no era tan fácil, porque la situacion política se presentaba cada dia peor, y el gobierno veia un conspirador en cada hombre.

Un mes y otro mes luchó don Juan de Bustamante con una constancia sin igual.

Al fin triunfó.

Los dos jóvenes volvieron á sus hogares.

No tenemos que hablar de la alegría de las dos pobres madres, ni tampoco del disgusto de don Pedro de Rubianes y Cautela.

Para estos la situacion volvió á ser la misma. Todo lo que habian trabajado lo habian perdido, y les era forzoso volver á empezar.

Empero el astuto agente de policía creyó que si la lucha no habia servido de nada, bien pronto se presentaria la ocasion de hacer mucho y con el mejor resultado.

¿En qué se fundaba?

En la situacion política.

Sí, se habia conseguido ahogar una sublevacion; pero ni siquiera habia sido herida la revolucion que amenazaba, y el ex-sacristan sabia muy bien esto, y comprendia que cuanto más críticas fuesen las circunstancias, más fácil seria cometer abusos y dar el golpe decisivo.

No se equivocaba.

Despues de la derrota se convencieron los sublevados

de que para no hacer una verdadera revolucion, era preciso resignarse á no hacer nada.

Si en Enero hubieran dado el grito de «abajo los Borbones,» si hubieran proclamado la soberanía del pueblo y la verdadera libertad, que no puede existir sin el reconocimiento de los derechos individuales, la nacion habria respondido.

Entonces aquellos hombres tenian miedo á la revolucion, tenian miedo á la libertad verdadera, aunque en nombre de la libertad se rebelaron contra el poder.

¿No habian de tener miedo á la libertad si aspiraban á ser gobierno, si querian serlo sin tener que someterse á la voluntad del pueblo?

Querian elevarse, querian mandar, y con gusto ó sin él se avenian á inclinar la frente ante el trono; pero someterse al pueblo... ¡Oh!... Con esto no podian transigir.

Al fin, repetimos, se convencieron aquellos hombres de que por sí solos nada, absolutamente nada valian, y que el pueblo los miraria con indiferencia mientras no prometiesen otra cosa que ser ministros, dejando en todo su apogeo las injusticias y las inmoralidades, dejando viva la llaga que lentamente corroia y aniquilaba al pobre pueblo.

Sí, se convencieron y adoptaron nuevo sistema.

Aunque en tierra extraña, emprendieron nuevamente sus trabajos; pero el objeto era ya distinto, la mirada estaba ya fija en distinto punto.

—La dicha de España es imposible con Isabel II,—dijeron.

Se nos ocurre una duda: si la sublevacion de Enero hubiese triunfado y aquellos hombres hubiesen sido llamados al poder, una vez en la poltrona ministerial, ¿habrian opinado tambien que Isabel II y la felicidad de España eran incompatibles?

No, pobre pueblo: entonces, para aquellos hombres, Isabel II hubiera sido la señora respetable, el objeto venerando, la soberana legítima, y siquiera el pensar que podia tocarse al trono, hubiera sido para ellos motivo de horror y de espanto.

¡Que Isabel II y la libertad eran incompatibles siendo ellos ministros!...

¡Locura, locura!

No lleveis á mal que me ria de lo que, para ser indulgente, llamo debilidades humanas.

No os admireis de que mire como enanos á los que se tienen por gigantes.

El tiempo dirá lo que esos gigantes son.

Lo que de todo esto se deduce es bien triste y desconsolador; pero desgraciadamente es verdad, tan verdad, como que no son apreciaciones nuestras, sino hechos, y ante los hechos no hay razones.

Por ser indiferentes ó descreidos en política concluiríamos, si no hiciésemos la debida distincion entre los hombres y las ideas; pero esta distincion no la hacen todos, y en muchas circunstancias no puede hacerla nadie,

y las mejores causas se desacreditan por culpa de lo que hemos calificado de debilidades de los hombres.

El pueblo acabará por desconfiar de todos los hombres, y como consecuencia inevitable, de todas las doctrinas.

En manos de quien no nos inspire confianza, nos parecen falsas las monedas de mejor ley.

Aunque impulsados por distintos sentimientos, ello es que todos empezaron á trabajar con el mismo fin.

Se apuraron los recursos de todas clases.

Como se trató de devolver al pueblo su soberanía, el pueblo tomó parte en los nuevos trabajos.

Pero no se olvidó al ejército, porque era un elemento indispensable.

La policía trabajaba sin cesar, hacia milagros; pero no se conseguia descubrir el foco verdadero de la conspiracion.

De nada servian las prisiones.

Nada se conseguia con allanar las moradas de los ciudadanos.

Era inútil enviar liberales á Filipinas y Fernando Poó.

Por el contrario, cada abuso era un leño que á la hoguera se añadia.

En los últimos dias de Mayo, el gobierno se convenció de que la revolucion era inevitable, y por consiguiente ya no se ocupó más que en prepararse para combatirla con la fuerza.

Era preciso jugar el todo por el todo, y cuanto antes se saliese de dudas, mejor.

Las situaciones claras, por malas que sean, son las mejores.

Fuerte, más que con nada, con su valor, el general O'Donell, llegó á desear que los revolucionarios provocasen la lucha.

No queria ya saber que habia hombres que conspiraban; queria ver aquellos hombres en las calles, porque la situacion quedaria mejor resuelta con la metralla que con la policía.

Luchar con seres invisibles no era para el carácter del duque de Tetuan: queria ver hombres frente á frente, y triunfar ó morir, porque morir era mejor que vivir oyendo el ruido sordo de los trabajos de zapa sin acertar con la mina.

La intranquilidad constante y la duda eran para el general O'Donell mucho peor que la derrota.

—Dejadlos,—dijo al fin.

—Señor,—observaba el jefe de policía,—estamos ya en el camino, nos acercamos y no tardaremos en llegar...

—No quiero que llegueis: dejadlos que acaben de arreglarse, de reunir todos los medios; dejadlos que se nos presenten á la luz del dia...

—Se nos presentarán fuertes...

—No importa que sean fuertes con tal que yo los vea.

Y se les dejó, es decir, la policía se concretó á observar; pero le estaba prohibido estorbar, y no estorbó.

Los conspiradores encontraron desde entonces fácil el camino.

Si Cautela hubiera sido conspirador, habria dicho como cuando iban á entrar en la casa de Chamberí:

—Me desagradan estas facilidades, desconfio de ellas y me detengo hasta que se me presenten obstáculos, grandes obstáculos.

Los conspiradores no sospecharon que se les abria el camino, sino que creyeron que era su habilidad la que lo abria.

El gobierno sabia demasiado bien que en los momentos críticos podia verse abandonado de una buena parte del ejército, y por consiguiente se necesitaba todo el frio valor del general O'Donell para abreviar el plazo.

Isabel II tembló, porque sintió que se extremecian los cimientos de su trono secular.

—¿Es posible,—preguntaba,—que el pueblo se atreva á poner la mano sobre este trono?

—Posible es,—le respondian sus ministros.

Y si ella palidecía, el general O'Donell, sin escuchar otra voz que la de un sentimiento generoso, decia:

—Señora, es preciso arriesgarlo todo para salvarlo todo.

—¿Pero mi corona?...

—Podrá caer; pero yo no lo veré, porque para derribarla tendrán que pasar sobre mi cadáver. No hay nadie, señora, nadie que tan alto llegue si sobre mi cadáver no se pone.

¿Podia sospechar el general O Donell cómo habia de pagársele?

Era imposible.

Advertirás, lector, que siempre que hablo del difunto duque de Tetuan, se deduce de mis palabras una opinion rarísima, casi incomprensible y que consiste en la de que, siendo este personaje el jefe de la union liberal, la union liberal y su jefe eran dos cosas que en nada se parecian.

Lo demás puedes tu deducirlo, lector.

Tal vez no se encuentre un hombre político que haya hecho mayores sacrificios que el duque de Tetuan por Isabel II, y sacrificios, no precisamente por arriesgar la vida, sino contrariando sus sentimientos, ahogando sus convicciones, que son los sacrificios más duros; y sin embargo, no hay uno con quien Isabel II se haya mostrado tan ingrata.

Desde el año 1856 al 66, Isabel II debió la corona sola y exclusivamente al duque de Tetuan.

Sin el duque de Tetuan, Isabel II habria dejado de ser reina algunos años antes de los que dejó de serlo.

Preciso es ser imparciales y justos, y dar á cada cual lo que suyo es.

¿Qué hubiera sucedido sin la ingratitud de doña Isabel de Borbon?

Aún estaria sentada en el trono de España, estaria á pesar de haber dejado de existir el general O'Donell.

Volvamos á los sucesos.

El señor Morato habia dicho que estaba en el camino y que adelantaba.

¿Se hacia ilusiones?

Nunca se las habia hecho.

¿Queria deslumbrar con promesas que no habia de cumplir?

Vamos á ver que no mentia.

CAPITULO XLVI.

Descubrimientos.

¿En qué se fundaba el señor Morato para asegurar que estaba en el buen camino y que pronto acabaria por hacer importantes descubrimientos?

Lo explicaremos con pocas palabras.

El lector no habrá olvidado al capitan Lainez, del cual diremos, que con los demás sublevados, habia entrado en Portugal.

Tampoco se habrá olvidado que don Cándido decia que el hermano del capitan, llegando al último extremo de la depravacion, habia concluido por formar parte de la policía secreta.

Esto era verdad, y en el miserable fijó su atencion el señor Morato para poner en práctica un plan ingeniosísimo y de éxito seguro.

El plan consistia en que el hermano del capitan, á nombre de éste, se pusiera en relaciones con algunos de los conspiradores, particularmente con los que pertenecian al ejército, pudiendo así sorprender secretos que de otro modo hubiera sido imposible averiguar.

Mauricio, que tal era el nombre de este nuevo Judas, desempeñó admirablemente su comision, consiguiendo desde los primeros dias el mejor resultado.

El jefe de policía comenzó, pues, á reunir datos de mucho interés, al mismo tiempo que se sorprendia, sabiendo que algunas de las conversaciones que habia tenido con el ministro, eran conocidas detallada y exactamente por los conspiradores.

El señor Morato pensó más que nunca en el caballero misterioso de los botones de brillantes, recordando todas las palabras de éste y diciendo:

—No exageraba al asegurar que su policía estaba por lo ménos tan bien organizada como la nuestra. Empiezo á creer que el general O donell tiene razon: es preciso dejarlos conspirar para que ellos se dejen ver: de otro modo no llegaremos á conocer á los más temibles, y si esto no se concluye á cañonazos, no se concluirá nunca.

Mauricio adelantaba á pasos agigantados, y tanto adelantaba, que á mediados de Junio ya sabia el gobierno quienes eran muchos de los que en el ejército debian ponerse al lado de los revolucionarios.

Faltaba solamente el plan de estos, porque aún no

habian decidido; pero no tardarian muchos dias en ponerse de acuerdo.

Una noche se presentó Mauricio con aire de triunfo y dijo al señor Morato:

—Más noticias y de mucho interés.

—¿Sobre el plan?

—Sobre personas que han llegado á Madrid.

—¿De los emigrados?

—Sí.

—Me parece que se atreven á mucho... Sepamos.

—Tenemos aquí al general Pierrad...

—¡Ah!...

—Cárlos Rubio...

—Basta.

—Aún hay más.

—Adivino sus nombres.

—El golpe se dará dentro de muy pocos dias.

—¿Pero el plan, el plan de ataque?...

—Lo sabremos muy pronto.

El señor Morato se apresuró á comunicar la noticia al gobierno; pero el duque de Tetuan, firme en su propósito, dispuso que se dejara en completa libertad á los que habian llegado, porque queria á toda costa verlos frente á frente en el combate.

La policía, que pudo fácilmente apoderarse de aquellos hombres, los dejó, concretándose á observar.

A Mauricio se le prometieron grandes recompensas y trabajó con más ardor que nunca.





El jefe de policía fijo su penetrante mirada en el espía.

Cara le hubiera costado la farsa si hubiese sido descubierta; pero sobre representar con admirable maestría su papel de liberal y conspirador, lo protegió Satanás tan decididamente como suele proteger á muchos bribones.

En semejante estado las cosas, llegó el dia veintiuno de Junio.

Eran las seis de la tarde.

Mauricio se presentó al señor Morato, y con acento de la más viva alegría, exclamó:

—¡He triunfado!

El jefe de policía fijó su penetrante mirada en el espia y le dijo:

—Espere usted un instante.

Y haciendo sonar el timbre, ordenó al portero que no se le interrumpiese ni aun para comunicarle órdenes del ministro.

—Ahora,—dijo el señor Morato acomodándose en su sillon y disponiéndose á escuchar,—hable usted.

—No sé el dia fijo; pero sí que dentro de muy pocos la artillería irá de guardia á palacio.

El jefe de policía abrió uno de los cajones de la mesa, sacó un cuadernito, lo hojeó, leyó algunas líneas, y volviendo á guardarlo, dijo:

—Yo sé el dia.

—Entonces...

—Prosiga usted.

—Los artilleros, despues de encerrar ó matar á sus

jefes, porque con ninguno de estos cuentan, darán el grito de rebelion, haciéndose fuertes en palacio y constituyendo en prision á la reina.

Se contrajo ligeramente el rostro del señor Morato, que murmuró:

—El plan es bueno y veo en él la inteligencia privilegiada del desconocido misterioso... ¡Oh!... Principiando por la cabeza, pronto se acaba con el individuo... El golpe es terrible... Continúe usted.

—Una bandera colocada en el sitio llamado Punta del diamante, y un disparo de cañon, serán las señales con que los sublevados anunciarán que se han hecho dueños de palacio.

—¿Y de dónde les responderán?

—Del cuartel de San Gil, sus compañeros, y del de la montaña, la infantería.

—Bien.

—En seguida una parte de la tropa del cuartel de Santa Isabel, dará tambien el grito de rebelion.

—Perfectamente.

—Con este apoyo, el pueblo ocupará las calles de los barrios del Sur, levantando barricadas en los puntos estratégicos.

—Algo falta para que el plan sea inmejorable.

—El centro, ¿no es verdad?

—Precisamente.

—No lo han olvidado.

—La Puerta del Sol...

—Será tambien de los sublevados, porque lo será la guardia del principal.

El señor Morato inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

En pocos minutos lo comprendió todo perfectamente.

¿Qué harian las tropas leales al gobierno?

Sobre ser pocas se verian comprometidas en el ataque, porque cualquiera que fuese el punto sobre que cayeran, tendrian los enemigos á la espalda.

Si atacaban á Palacio, nada conseguirian, contando los rebeldes con el apoyo de los cuarteles de la montaña y San Gil, y si concentraban sus fuerzas hácia el Sur, los otros irian bajando hasta dejarlos entre dos fuegos.

No les quedaria más que el Norte, y cuando la sublevacion fuese dueña de la opuesta mitad de la poblacion, fácilmente irian los sublevados adelantando, por los costados más que por el centro, y á los defensores de doña Isabel de Borbon no les quedaria más recurso que entregarse ó retirarse por el único punto que les quedaba libre.

¿Qué haria despues el gobierno?

Prisionera Isabel II, sus defensores perderian la fuerza moral.

El triunfo de la revolucion en Madrid haria estallar el movimiento en otras poblaciones, y en pocos dias todo quedaria concluido.

¿Habia medios de defenderse contra ataque tan bien combinado?

Parecia imposible.

El señor Morato empezó á temer que el duque de Tetuan no pudiera cumplir su palabra sino en lo referente á morir para que pasasen sobre su cadáver antes de derribar el trono de Isabel II.

—Buen plan, buen plan,—murmuraba de vez en cuando el jefe de policía.

Y cuanto más reflexionaba, encontraba más grave la situacion.

—Acabemos, —dijo.

Mauricio sacó un papel, poniéndolo sobre la mesa.

—¿Qué es esto?—preguntó el jefe de policía.

—La lista de la mayor parte de los jefes y oficiales comprometidos.

—¿Qué más?

—Nada más, y creo que es mucho.

—Es tanto, señor Lainez, que aún me parece poca la recompensa prometida, y haré que obtenga usted la que merece.

—Gracias.

—Preciso es ser justos.

—Escuso decir á usted que cuentan conmigo para que me ponga á la cabeza de los que han de situarse en las barricadas de la calle de Santa Isabel y sus alrededores.

—¿Y la calle de la Magdalena?

—Con otras, hácia el centro, estará á cargo de distinto jefe.

—Nós convendria saber quiénes son los que en la calle de Magdalena han de situarse, y sobre todo si está entre ellos el señor Patricio Moncayo, de quien ya tengo hablado á usted

—No me será difícil averiguarlo.

El señor Morato se puso en pié, y mientras tomaba su sombrero, dijo:

—Dentro de dos horas lo espero á usted aquí.

Saludó Mauricio y salió.

Pocos momentos despues el señor Morato tambien salia.

CAPITULO XLVII.

Por qué don Cándido queria ser portero.

El jefe de policía, profundamente preocupado, entraba cinco minutos despues en el ministerio de la Gobernacion, y se detenia junto á don Cándido, preguntándole:

—¿Está el señor ministro?

—Sí, señor,—respondió sonriendo el hombre misterioso.

—¿Solo?

—Completamente solo... No puede usted llegar en ocasion más oportuna.

—Me alegro.

Don Cándido, que representaba admirablemente su papel de portero, abrió una mampara, dejando el paso

libre al señor Morato, porque ya sabia que éste podia entrar sin pedir licencia ni dar aviso.

No hay necesidad de referir la conversacion que entre el ministro y el señor Morato tuvo lugar, porque no se habló de otro asunto que de los planes de los conspiradores, y estos planes ya los conocemos.

Lo único que debemos decir es que el ministro opinaba que no habia defensa posible contra un golpe tan bien combinado, y por consiguiente que era tambien preciso que el gobierno cambiase de plan, evitando que estallase la sublevacion.

Puesto que no habia medio de defenderse, puesto que era imposible triunfar, debia considerarse una locura dejar que llegase el momento de la lucha.

—¿Qué pensará de esto el señor duque?—preguntaba el jefe de policía.

—Pensará lo mismo que nosotros,—contestaba el ministro,—porque si los sublevados han de empezar por apoderarse de la reina, será imposible defenderla. Con la rebeldía de esos regimientos, perdemos una gran parte de nuestra fuerza material, y con el arresto de la reina, la fuerza moral la perderemos completamente.

—Ese golpe alentará á los tímidos y hará que se decidan los que aún vacilan.

—Señor Morato no hay que perder un instante.

—¿Qué ha de hacerse?

—Voy á ver al duque, se reunirá el consejo y se determinará; pero estoy seguro que la determinacion no

será otra que la de prender á los emigrados que han vuelto, á los demás jefes que están comprometidos, y á los sargentos y soldados contra quienes hay algunas pruebas. Esto dará el mismo resultado que pudiera darnos el triunfo por medio de la fuerza.

—Pruebas tenemos contra muchos,—repuso el señor Morato,—pruebas suficientes para aplicar con todo rigor la ordenanza á los militares, y para enviar á un presidio á los que no lo son.

—Los conocemos á todos, hay pruebas contra muchos de ellos... ¿Qué nos falta?

—Entonces...

—Prepare usted toda su gente y adopte las medidas que crea convenientes para que pueda darse el golpe sin perder tiempo.

—Por mi parte antes de dos horas estará dispuesto todo.

—No es menester que se apresure usted tanto; porque despúes que yo hable con el duque, ha de reunirse el consejo, y como no se decidirá nada sin el acuerdo de su majestad, trascurrirán bastantes horas, quizá toda la noche, y por consiguiente...

—Si algo ha de hacerse, á la madrugada.

—Eso es.

—¿Tiene usted que darme algunas instrucciones?

—Ninguna necesita usted, porque le sobra inteligencia y celo.

—Gracias, señor.

Así terminaron la conversacion, que habia durado cerca de una hora.

El señor Morato salió dando las buenas tardes á don Cándido, y volviendo al gobierno civil.

El ministro mandó preparar su carruaje, y cinco minutos despues tambien se alejaba por la calle de Alcalá.

Don Cándido pasó de la habitacion en que estaba á otra donde habia tres ó cuatro de sus compañeros, y haciendo gestos dolorosos, dijo que se habia puesto malo y que se veia precisado á retirarse, porque apenas podia sostenerse.

Ofreciéronse todos á sustituirle, y él salió, encaminándose á su casa, adonde llegó en pocos minutos, diciendo á la portera lo mismo que habia dicho á sus compañeros.

—¡Jesús, Jesús!... ¿Quiere usted que le haga una taza de té?

—Gracias,—respondió el hombre bonachon.

—Pero no ha de estarse usted así...

—Este dolor suele darme y no me sirve nada más que el descanso. Luego pasa y me quedo perfectamente.

—Pues que usted se alivie.

Dos horas pasaron.

Habia cerrado la noche.

Con gran sorpresa y contento de la portera; don Cándido volvió á salir, asegurando que ya habia pasado el dolor y que se encontraba bien, por lo cual habia de-

terminado dar un paseo y respirar el aire libre, pues en su habitacion se sentia un calor insoportable.

Lo seguiremos y veremos que atravesó algunas calles y despues de convencerse de que nadie lo seguia ni observaba, entró en una casa de pobre apariencia, subió al cuarto principal, sacó una llave, abrió y penetró por un pasillo como si aquella fuese su casa.

Bien pronto se encontró en un gabinete iluminado por la luz de una bujía, y estrechó la diestra de un hombre que estaba sentado junto á una mesa y que arrugó el entrecejo como si le desagradase la visita.

—Mi presencia aquí á estas horas,—dijo don Cándido,—no le hace sospechar á usted nada bueno, ¿no es verdad?

—Mucho malo,—respondió el otro con breve acento.

—Todo se ha descubierto.

—¿Qué dice usted?

—Que el gobierno conoce ya el plan con todos sus detalles, que tiene una lista con los nombres de los principales jefes, y que en este momento se trata del asunto en consejo de ministros.

Un rugido de ira reconcentrada fué la respuesta del desconocido.

Los ojos de éste relumbraron como centellas, y sus puños se crisparon violentamente.

—Es probable,—añadió don Cándido,—que el duque no quiera ya esperar la lucha, y si la espera, contra nuestro plan trazará otro y seremos derrotados.

—¡Oh!...

—Es preciso desistir, y huir.

—¡Huir!...

—Sí.

—¡Imposible!

—Nos perderemos...

—Puesto que el plan es conocido, lo cambiaremos.

—No hay buen plan si no se principia, como se habia pensado, por la cabeza, y esto es imposible hasta que los nuestros den la guardia en palacio.

—Apelemos á la sorpresa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Esperan el movimiento para dentro de unos dias... Será mañana mismo.

—¡General!...

—Sí, mañana mismo, esta noche, si es posible.

—Intenta usted una locura...

—¿Nos queda otro recurso?

—Ya lo he dicho,—repuso don Cándido:—desistir por ahora y huir, lo cual no significa renunciar, lo cual no es más que un aplazamiento, una dilacion exigida por las circunstancias.

—Nuestros compañeros estarán mañana en un calabozo, muchos serán fusilados, otros deportados, y los demás perderán la esperanza, se desalentarán...

—Sí, todo eso puede suceder; pero el alzamiento repentinamente, será desordenado, y el desórden en estos casos es la derrota.

—Bien, moriremos; pero luchando y con la satisfaccion de haber hecho todo cuanto nos es posible.

—Ya sabe usted mi opinion...

—Veré á los compañeros, les diré lo que sucede, sabrán lo que usted opina, y que resuelvan: yo soy uno de tantos; no tengo el derecho de decidir, no quiero tampoco la responsabilidad de un desacierto... He ofrecido mi vida y no me ocuparé en defenderla.

—Yo tambien,—repuso don Cándido,—me someteré á lo que se decida, y por lo que pueda suceder, estaré preparado con los demás que han de acompañarme.

—No tiene usted esperanza...

—No.

—Entonces yo tampoco, porque la experiencia me ha probado que los pronósticos de usted se cumplen.

—Desgraciadamente se cumplió el que hice sobre la sublevacion de Enero.

—Y el que hace usted ahora...

—Quiera Dios que me equivoque.

Ambos quedaron silenciosos por algunos minutos.

En sus semblantes se revelaba lo que sufrian.

Don Cándido, lo mismo que cuando lo vimos hablar con el conde, habia dejado su máscara de frialdad y de inocencia.

—Me voy,—dijo al fin.

—¿Tan pronto?

—Necesito aprovechar el tiempo por si determinan ustedes que inmediatamente se dé el golpe.

—¿Cuándo volverá usted?

—Despues de las doce.

Estrecháronse nuevamente las manos y se separaron.

El llamado general se entregó á las más amargas reflexiones sobre la situacion.

CAPITULO XLVIII.

Un incidente inesperado.

Perdóname, lector, si interrumpimos el relato de los sucesos políticos de aquel dia, para hablarte de otro que tuvo lugar, y que si no parece ser de mucha importancia, produjo consecuencias gravísimas.

Seremos breves, muy breves, porque tenemos que ocuparnos de lo que aconteció en el resto de la noche del veintiuno y del sangriento drama que principió al amanecer del dia veintidos.

En tanto que Mauricio hacia sus últimas y más trascendentales averiguaciones sobre los planes de los conspiradores, el señor Patricio Moncayo recibia una carta con el sello de Albacete.

No tuvo más que mirar el sobre para conocer

que era de su hijo, y sin abrirla, salió del taller, subió la estrecha escalerilla y entró en el aposento donde se encontraban su esposa y Susana.

Nunca el señor Patricio abria una carta del hijo ausente, porque sabia que la tierna madre tenia capricho en hacerlo, dándola en seguida á leer á la jóven, y figurándosele que así quedaba mejor enterada y gozaba más.

Esto no lo extrañará el lector, porque ya sabemos que la anciana era una mujer sencilla, y cifraba en semejantes detalles y pequeñeces los goces de su ternura maternal.

—Carta,—dijo el industrial al presentarse á su esposa.

Esta exhaló un grito de júbilo, tanto mayor, cuanto que aquel dia no esperaba noticias de su querido hijo.

Sus ojos se humedecieron y bien pronto por sus mejillas corrió en abundancia el llanto.

Las lágrimas eran, segun hemos visto más de una vez, una de las manifestaciones de alegria de aquella mujer cándida y amorosa.

Tomó la carta, la abrió, la desdobló y entregó á Susana con manos convulsas por la emocion.

La frente de Moncayo se habia contraido desde que llegó el cartero.

¿Por qué?

¿No deseaba saber de su hijo?

Sí; pero éste se encontraba tres dias antes en Castellon, sin que nada indicase que al ménos en algunos

meses hubiera de salir de aquella poblacion su regimiento.

Una marcha repentina hácia Madrid, era para Moncayo un suceso desagradable.

El contenido de la carta era lacónico.

Dionisio no decia más si no que se les habia mandado partir inmediatamente, quedando en Albacete hasta recibir nuevas órdenes.

Las razones que el gobierno habia tenido para adoptar esta inesperada resolucion, nadie las sabia. Se hablaba de próximos trastornos y nada más.

Despues de comunicar estas noticias, Dionisio dirigia á su madre muchas frases cariñosas, participándole que si se prolongaba su estancia en Albacete, haria lo posible para obtener una licencia siquiera por tres ó cuatro dias, con el solo fin de satisfacer su corazon y dar un abrazo á sus padres y á su hermana.

—¡Voy á verlo!—exclamó la pobre madre trastornada por la alegría.

Y en tanto que nuevas lágrimas se escapaban de sus débiles ojos, cogió la carta, la acercó á sus lábios trémulos y la besó con frenesí.

—¡Lo veré,—murmuraba con voz ahogada por los sollozos,—abrazaré al hijo de mis entrañas!... ¡Ah!... ¡Qué felicidad!... ¡Hijo mio, hijo mio!

Moncayo empezó á pasearse por la habitacion.

Su rostro se habia cubierto de nerviosa palidez.

Su mirada era profundamente sombría.

—¡Oh!—murmuraba con voz sorda,—tal vez en los críticos momentos vendrá á ponerse frente á su padre... Esto es horrible...

Y elevando al cielo una mirada de desesperacion, exclamó:

—¡Dios mio!

Susana debió comprender lo que sucedia en el alma de su padre, debió comprenderlo, porque era imposible que se ocultara á su clarísima inteligencia, y por eso tambien palideció el rostro de la desdichada jóven, y su mirada se fijó en su padre con angustioso, con indescriptible afan.

Ni una sola palabra pronunció Susana, ni una sola que indicase la alegría que era natural experimentase porque se acercaba el momento de abrazar á su querido hermano.

La madre, ya por efecto de su cándida sencillez, ya porque estaba preocupada con la idea de ver á su hijo, no se apercibió del efecto que la carta habia producido en los otros, y continuó llorando y murmurando frases de ternura y de júbilo.

Largo rato pasó.

La señora Catalina, dominándose un tanto, volvió á dar la carta á la jóven para que por segunda vez la leyese, como hacia con todas ellas.

Susana obedeció, leyendo con voz insegura.

El señor Patricio se dirigió á la puerta para volverse al taller; pero su esposa lo detuvo, preguntándole:

—¿Qué me dices de esto?

—Nada encuentro de particular,—respondió Moncayo distraidamente y por dar alguna contestacion,

—Pero ya has oido que va á venir...

—Lo sentiré.

—¡Patricio!—exclamó la señora Catalina, como quien oye lo que no es concebible.

—Quiera Dios que no suceda.

—¿Es posible que no desees ver á nuestro hijo?

—Sí, es posible y rogaré al señor de Bustamante que emplee toda su influencia para que Dionisio se aleje otra vez de Madrid.

La anciana no acertó á replicar.

El señor Patricio no dió más explicaciones.

—Ya lo ves,—dijo por fin la señora Catalina á su hija.

—Madre mia, razones muy graves habrá para que mi padre desee que Dionisio no venga.

—¿Qué razones puede haber para que un padre no quiera abrazar á su hijo?... Dice que hablará á don Juan de Bustamante... Yo tambien le hablaré, le suplicaré á doña Clotilde, y... Vamos, vamos, esto nadie puede entenderlo... ¿Quién lo creeria?... ¡Y he de renunciar á ver al hijo de mis entrañas!... Eso no, eso no.

Susana no creyó oportuno hacer nuevas observaciones, porque sabia muy bien que no habia de convencer á su madre.

Diez minutos despues se presentó en el taller Plotoski.

Moncayo le participó lo que ocurria.

La frente del extranjero, se contrajo.

Quedó pensativo, y á los pocos instantes desplegó una sonrisa profundamente amarga.

—No,—dijo,—no podremos conseguir que Dionisio se aleje, porque tal vez no tengamos tiempo para dar un solo paso en este sentido.

—Pero...

—Por ahora no es posible hacer más que estar á la mira por lo que pueda suceder. Temo acontecimientos que nadie sospecha, acontecimientos de esos que son hijos de la casualidad, y que trastornan los planes mejor combinados. La fatalidad nos persigue tenazmente, y ya es preciso luchar hasta vencer ó morir, porque si retrocediésemos, seria mucho más crítica nuestra situacion.

—De todos modos hablaré á don Juan de Bustamante, porque con esto nada hemos de perder.

—Me parece inútil.

—¿Se negará don Juan á complacerme?

—No; pero tiene que solicitarlo, han de hacerlo, y aunque lo sirvan con mucha prontitud, se pasarán cuatro ó cinco dias lo ménos, y de aquí á cinco dias...

—Comprendo.

Algunas frases más cruzaron.

El extrajero dijo que no podia detenerse, encendió

su pipa, metió las manos en los anchos bolsillos de su gaban, despidióse del señor Patricio, y salió.

No se dió el industrial por vencido, y sin decir nada á su esposa fué á buscar al señor de Bustamante.

Éste habia salido ya de su casa.

Volvió segunda vez y tampoco lo encontró.

A las siete de la noche, hora en que don Juan comia, fué cuando pudo verlo.

¿Cómo habia de negarse don Juan á servir al hombre á quien debia tantos favores, al que habia salvado la vida de Alberto?

—Esta misma noche,—dijo,—veré al ministro, y no solamente le haré la peticion, sino que le exigiré que inmediatamente se me complazca, de modo que mañana mismo corran las órdenes.

—Sí,—repuso Moncayo,—mañana mismo debe ir la órden, y tan terminante que mi hijo se vea obligado á partir en el mismo dia. Tal vez mis temores sean vanos...

—No del todo.

—Pero como es posible y casi probable un trastorno...

—Señor Moncayo, comprendo toda la importancia de este asunto, y le respondo á usted de que mañana mismo, sin dilacion de un solo dia, quedará complacido. Si esta noche no me fuera posible hablar al ministro porque estuvieran en consejo en Palacio, lo haré por la mañana antes de las diez, y la órden se firmará en seguida y se comunicará por telégrafo para que no se pierda un solo

instante. Así en el tren correo partirá su hijo de usted y mañana se encontrará en Valencia.

—Gracias, caballero.

—¿Nada más quiere usted?

—Nada.

—Es bien poco.

—Mucho para mí.

Moncayo volvió á su casa completamente tranquilo, y no dijo á su esposa lo que acaba de hacer.

Deseaba ver á Plotoski para darle la noticia; pero Plotoski no pareció.

A las once de la noche se acostaron la señora Catalina y Susana.

El señor Patricio dijo que aún tenia que hacer, y en vez de acostarse, volvió á la habitacion donde trabajaba.

Su ocupacion era un pretexto, pues lo que queria era estar levantado, por si se presentaba el extranjero, cuya ausencia no acertaba á explicarse.

Lo que hacia Plotoski no lo sabemos, porque hemos tenido que fijar exclusivamente nuestra atencion en el misterioso don Cándido; pero ahora nos trasladaremos al bodegon donde ya hemos ido otra vez y visto cenar á Plotoski y Medio-beso, porque suponemos que allí hemos de encontrarlos y que su conversacion ha de ser interesante, como todo lo que aquella noche sucedió.

Tambien seremos breves, porque ya deseará el lector saber lo que determinaron los conspiradores en vista de los descubrimientos hechos por la policía.

CAPITULO XLIX.

Preparativos.

El extranjero y el bandido se encontraban en la misma habitacion donde ya los hemos visto otra vez.

No cenaban; pero Medio-besò iba poco á poco vaciando un jarro de vino, mientras fumaba y escuchaba con atencion respetuosa al extranjero.

—Bien,—decia éste,—me tranquilizas con la seguridad de que han de venir, y por consiguiente podemos entretanto hablar aunque ya es muy poco lo que tengo que decirte.

—Sí, todo lo sé.

—La entrada de la calle de la Magdalena, por el lado de la plazuela de Anton Martin, es uno de los puntos más interesantes.

—Dice usted que aquello estará á cargo del señor Patricio...

—Con gente de su confianza.

—¿Y yo?

—Tambien con lo mejor de los tuyos.

—¿Y usted?

—Eso es lo que no puedo decirte, porque tendré que acudir á muchas partes, y sobre todo ocuparme de una persona á quien no puedo perder de vista.

—Entiendo.

—Los demás, segun ya hemos convenido, se dividirán en tres grupos, el que te parezca más fuerte debe situarse por el lado de la Aduana vieja y ayudar á sostener la comunicacion entre el Lavapiés y la calle de Santa Isabel y sus adyacentes, y estar además dispuestos para en caso necesario, cortar la retirada y colocar entre dos fuegos á los que ataquen la plazuela de Anton Martin y calle de la Magdalena, quitándoles el ausilio que pudieran recibir del cuartel, si es que los del cuartel vacilan en el momento crítico ó faltan á su promesa, ó se encuentran á su vez precisados á defenderse de sus mismos compañeros.

—Todo eso lo sabe ya Pedrote, que es el que me parece más á propósito para situarse con los suyos por esa parte.

—Pedrote es valiente y tenáz, y me parece acertada tu eleccion.

—Me alegro.

—El otro grupo ha de reforzar á los que estén en las calles de la Colegiata y Duque de Alba, y avancen para ir concentrándose con los demás, hácia la Plaza Mayor, desde donde atacarán simultáneamente á izquierda y á derecha para hacerse completamente dueños de la calle de Atocha y Platerías, dejando así en mayor seguridad á los de Palacio.

—¿Y los otros?

—Procurarán estar siempre hácia la calle del Olivar ó plaza del Progreso, concretándose á defenderse cuando les sea absolutamente preciso, y evitando todo choque siempre que les sea posible.

—Bien poco es lo que tienen que hacer,—repuso desdeñosamente el bandido.

—Es menester que guarden todas sus fuerzas para cuando yo les avise, y tengan que acudir á alguno de los puntos más comprometidos.

—Todo se hará como usted desea.

—Puesto que ya les has dado las instrucciones, no es menester decirles más sino que estén preparados, advirtiéndoles que por ningun motivo se muevan á ménos que se dé la señal.

—Descuide usted,—dijo Medio beso mientras llenaba su vaso.

En aquel momento sonaron algunos golpecitos dados á la puerta.

—Adelante,—dijo el bandido.

La puerta se abrió y entró un hombre de gigantesca

estatura y mirada feroz, que se fijó en el extranjero con estúpida curiosidad.

Era el llamado Pedrote.

—Aquí estoy,—dijo con voz ronca y desagradable.

—Prepárate,—le respondió Medio beso.

—¿Para cuando?

—No se sabe; pero desde ahora no hay momento seguro.

—Está bien,—dijo Pedrote con la más fria indiferencia.

—Segun te anuncié, os toca la Aduana vieja.

—Lo mismo me dá.

—Mucho silencio y quieto todo el mundo mientras no se dé la señal convenida, ¿lo entiendes?

—Entiendo.

—Y dí á esos tunantes, que si alguno comete una imprudencia... ¡Rayos y truenos!... En fin, me parece que ya me he explicado con bastante claridad.

—Sí, es bastante.

—¿No quieres un vaso de vino?

—Venga y me iré, porque he visto por la calle gente que no me gusta.

Estas palabras hicieron fruncir el entrecejo á Plotoski, que permanecia silencioso.

Pedrote bebió, y sin cuidarse de saludar, salió.

Iban á reanudar la conversacion los otros, cuando se abrió nuevamente la puerta, presentándose el tabernero.

—¿Qué buscas por aquí?—preguntó el bandido con aspereza.

—Cuando vengo es porque tengo que venir, y si no fueras tan bruto...

—Es verdad, soy muy bruto; pero no quiero que nos interrumpan por una cualquier cosa.

—La cualquier cosa es que vais á veniros al corral...

—¡Mil rayos!...

—¿Me entiendes?

—Demasiado...

—Y no hay que perder tiempo.

Lo que el tabernero queria decir lo comprendieron perfectamente Plotoski y Medio-beso.

Ambos se pusieron en pié.

Sin hacer ninguna observacion, siguieron al dueño de la taberna, bajaron la escalerilla que ya conocemos, entraron en una habitacion que estaba completamente oscura y siguieron á tientas procurando hacer el menor ruido posible.

Tres minutos despues, el tabernero se encontraba otra vez en su sitio tras de el mostrador y miraba con indiferencia á sus parroquianos.

Aún no habian trascurrido otros cinco minutos, cuando entraron en la taberna un inspector y algunos agentes de policía.

—A buena hora llegais,—dijo para sí el tabernero.

Y los saludó atentamente, preguntándoles lo que deseaban.

El inspector echó una ojeada á los bebedores.

Luego dijo:

—¿Quién hay arriba?

—Nadie,—respondió tranquilamente el tabernero.

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

—Me parece que no; pero lo más seguro es que suban ustedes y lo vean.

—Sí, subiremos.

—Ya sabe usted que mi casa no sirve para ciertas cosas, y que nunca he dado que decir.

—Aquí estaba Medio-beso.

—Sí, señor, aquí ha estado, bebiendo con otro amigo.

—¿Quién era ese otro?

—No lo sé.

—Creo que mientes.

—No puedo decirle á usted más, sino que parece un franchute y que tiene unas barbas rojas que meten miedo.

—Eso es verdad.

—Acabaron de beber, pagó el de las barbas y se fueron.

—¿Y por dónde han salido?

—¿Por dónde quiere usted que salgan?... Por donde salen todos, por la puerta.

—Me parece,—repuso el inspector,—que no te encuentras bien aquí, y quieres pasar la noche en el Saladero.

—¿Y por qué?

—Esos hombres no han salido.

—Han salido, y alguien los esperaba y no los ha vis-

to: la culpa no es mia, y por consiguiente no he de pagar yo torpezas de otro.

—Pronto sabremos la verdad... Vamos arriba.

El tabernero se encogió de hombros como si nada tuviese que temer.

Subieron y no hay que decir que no encontraron á los que buscaban.

Sobradamente sabia el inspector que la casa tenia un corral, y sospechando lo que habia sucedido, volvió á bajar con el tabernero y sus dependientes señalando á la puerta por donde habian desaparecido el francés y Medio-beso, y diciendo:

—Abre.

—Voy á encender una luz,—replicó con calma el dueño de la taberna.

Y efectivamente, hízolo así, y entraron en la habitacion inmediata, atravesándola, y otra despues, y deteniéndose al fin.

—¿No es esta la puerta del corral?—dijo el inspector señalando hácia una puertecilla que estaba cerrada.

—Esta es.

—Pues abre.

El tabernero miró la cerradura, y como si se sorprendiese, dijo:

—¿Y la llave?... Esta Juliana es testaruda como un aragonés. Se empeña en tener guardada la llave del corral como si aquí hubiera un tesoro... Dispense usted...

Y volviéndose hácia otra puerta, gritó:

—¡Juliana!... ¿Dónde diablos te has metido?... Trae la llave.

No tardó en presentarse una mujer, que era la del tabernero, llevando en una mano la llave que se le pedia.

—Trae... ¡Lástima no te se volviera una víbora!...

—¿Y por qué?

—Por ese afan que tienes de que aquí esté siempre cerrado.

—Porque no quiero que entren ni salgan los que nada tienen que hacer aquí.

—Vete ya.

Este detalle pareció al inspector la cosa más natural del mundo, y casi estuvo por desistir de examinar el corral.

Mal que les pesase, tuvieron los agentes que darse por vencidos, creyendo que el que vigilaba en la calle habia cometido una torpeza.

¿Era á Plotoski á quien buscaban?

Lo dudamos, porque el jefe de policía no habia dado órden de que se apoderasen del extranjero: á quien buscaban era al bandido, si bien tenian esperanza de encontrar con él al otro y de poder escuchar alguna conversacion que diese motivo para adoptar nuevas medidas y justificar violencias contra Plotoski.

Bien podemos decir que nuestros amigos se habian salvado milagrosamente.

Los dejaremos para ocuparnos, segun hemos prome-

tido, de lo que al fin se decidió por los principales jefes de la conspiracion, y que es el punto más interesante, puesto que sus resultados producirían gravísimas consecuencias.

A Plotoski y Medio-beso los veremos bien pronto en el momento de la lucha.

CAPITULO L.

Lo que decidieron los conspiradores.

La noticia cundió con rapidez.

Cuantos estaban comprometidos para dar el grito de rebelion, supieron en ménos de tres horas que el gobierno tenia el más exacto conocimiento del bien combinado plan, cuyo éxito parecia infalible.

¿Cómo habia hecho la policía semejante descubrimiento?

No hubo quien dejara de hacerse esta pregunta, ni hubo tampoco quien dejara de empeñarse en adivinar los medios de que se habian valido sus contrarios.

Tanto puede la sorpresa y tanto la curiosidad, que el tiempo que debió emplearse en buscar una solucion ventajosa, lo malgastaron muchos en querer explicarse lo que parecia un imposible por más que fuese verdad.

Desde el momento en que cundió la nueva, produ-jose la confusion que era consiguiente.

Todos dudaron, todos vacilaron.

Al preguntarles, no hubo uno de ellos que en el espacio de pocos minutos no manifestase opiniones contrarias.

—¿Qué hacemos?—se preguntaban los unos á los otros.

Pero nadie daba contestacion.

Un plan de esta naturaleza, cuando es conocido, puede considerarse plan desbaratado.

Los conspiradores habian pensado en todo, y si se les dejaba dar el golpe, era imposible derrotarlos; pero esto siempre que el plan no fuese conocido, siempre que ellos en lugar de ser sorprendidos, hubieran podido sorprender, siempre que ellos, en vez de encontrarse aturdidos y confusos, hubieran logrado producir el aturdimiento y la confusion.

El golpe en palacio con el apoyo de algunos cuarteles y del pueblo, era un golpe terrible; pero una vez que el gobierno supiera con todos sus detalles lo que habia de hacerse, podria á su vez contrarestar el golpe, preparando otro no ménos terrible.

El miedo y la impaciencia son malos consejeros, y no es ménos grave el mal de la falta de union y de obediencia á una sola voz cuando la fuerza que ha de vencer es una fuerza colectiva.

Creyeron los mas comprometidos, que descubierto el

plan, el gobierno no esperaria un solo instante y se apoderaría de ellos, aplicándoles con todo rigor el castigo señalado en las leyes.

Para los militares no tenia aquello más que un término demasiado horrible: el consejo de Guerra y la muerte.

Si la muerte era cierta; ¿no era preferible morir luchando?

Al ménos así habia siquiera alguna probabilidad de salvacion.

Que el plan no podia ya ponerse en práctica tal como se habia decidido, era cosa que no admitia duda.

¿Qué habia de hacerse entonces?

Esperar.

¿Y qué habia de esperarse?

El mismo don Cándido, cuya superioridad de inteligencia reconocian todos, no hubiera podido decirlo.

No, don Cándido no quiso echar sobre sí la gravísima responsabilidad de lo que pudiera suceder. Creia que al dia siguiente los comprometidos estarian encerrados, y que no se haria esperar el fallo de la causa.

¿Debia aconsejarles que permaneciesen á la espectativa?

Esto hubiera sido lo mismo que decirles: «esperad á que os fusilen.»

Casi toda la noche la pasaron en conferencias, yendo y viniendo de un lado para otro.

Al acercarse el nuevo dia aún no se habia adoptado

una resolucion, y por lo mismo que ninguna resolucion habia puesto término á las dudas, la confusion aumentaba, y con la confusion las probabilidades de la derrota.

Lo que sucedia en el interior de algunos cuarteles, es imposible pintarlo.

El que hubiese entrado en ellos, por más que hubiese observado con escrupulosa atencion, nada habria visto.

Los soldados permanecian en sus camas, y por patios y pasillos se esparcian las tinieblas y reinaba el silencio.

Sin embargo, alguna vez parecia aumentarse, ese ruido igual y sordo que en medio de la noche se percibe en los lugares donde duermen muchas personas, el ruido de la respiracion, la única señal de vida del letargo que se llama sueño, de esa muerte transitoria que es una necesidad de la vida.

¿Por qué aquel rumor crecia de vez en cuando?

No debia darse á esta circunstancia valor ninguno, porque para dárselo, hubiera sido menester acercarse á cada uno de los que dormian y ver que sus ojos estaban abiertos y que sus rostros estaban contraidos, pálidos los unos, y teñidos de púrpura los otros.

Por los sitios más solitarios y adonde apenas llegaba la claridad de algun moribundo farol, solia verse como una sombra informe se deslizaba rozando con las paredes y sin producir el más leve ruido.

Estas sombras avanzaban, retrocedian, salian por una puerta, desaparecian por otra, y si se encontraban dos, acercábanse, interrumpian su marcha, y parecian hablarse con voz imperceptible, y con el lenguaje de los duendes y aparecidos.

En otro tiempo, el que esto hubiera observado, habríase sentido lleno de terror, creyendo que una legion de fantasmas se habia dado cita en aquellos lugares.

Algun postigo de los que daban salida al campo ó la calle, abrióse tambien sin que fuera obstáculo el centinela ó vigilante que lo guardaba, y además de abrirse, vióse que aquellos fantasmas entraban ó salian, desapareciendo como si se evaporasen.

Tambien alguna ventana se abrió, estableciéndose una comunicacion misteriosa entre negros bultos que por la parte de fuera habia, y negros bultos que de la parte de adentro se asomaban.

En los cuarteles de la montaña y de San Gil hubieran podido observarse estas fantásticas escenas, mejor que en ningun otro.

Y para los jefes y oficiales que no estaban comprometidos en la conspiracion, todo esto pasó desapercibido porque aquellos que pasaron la noche en el cuartel, y que no hay que decir que fueron bien pocos, permanecian tranquilamente en el cuerpo de guardia y cuarto de banderas, matando el tiempo con alegres conversaciones.

¿Qué habian de hacer?

A sus oidos no llegó ruido alguno que pudiese infundir sospechas, y no se les dió parte de que ocurriese ninguna novedad.

A muchos de ellos les esperaba una muerte alevosa, que no puede justificarse con nada, ni aun con la imperiosa necesidad de la defensa, porque esta necesidad no la hubo en los primeros momentos del trastorno.

¿Pero qué se habia decidido? preguntará el lector.

Nada, al ménos por parte de los jefes, nada por los que precisamente debian resolver.

Y como nada decidieron ellos y algo habia de decidirse, acabaron por disponer los que solo debian haberse concretado á obedecer.

En cada una de las conferencias de que hemos hecho mencion, hacíanse nuevas observaciones.

Cada observacion era una nueva dificultad, cada dificultad una nueva dilacion, porque ninguno queria la responsabilidad de los resultados, y la conferencia se interrumpia para ir á consultar las opiniones de los que no se encontraban allí.

Los soldados veian pasar las horas y acercarse el dia sin que se les hubiese dicho lo que habia de hacerse, y como su existencia estaba comprometida, creyéronse con derecho á resolver, derecho que nadie hubiera podido negar.

¿Habian de esperar pacientemente á ser presos y fusilados?

No.

Para morir sobraba tiempo.

—Somos dueños del cuartel,—dijo uno,—¿por qué no hemos de hacer ahora lo que dentro de cuatro dias?

Y otros añadieron:

—Puesto que estamos perdidos, probemos fortuna.

—Sí, de perdidos no hemos de pasar.

—Si permanecemos quietos, nos fusilarán. ¿Puede sucedernos algo peor?

—A morir estamos sentenciados, y puesto que nada peor que morir puede suceder, no nos detengamos.

Esta opinion, cundió y fué acogida por todos en el cuartel de San Gil.

En el de la Montaña hubo más vacilaciones; pero casi puede asegurarse que debia contarse con ellos tambien, porque los comprometidos eran en mayor número y facilmente arrollarian á los demás.

Ya muy cerca del amanecer, llegaron al centro directivo las últimas noticias.

—No hay medio de contener á los soldados,—se dijo.

—¿Y qué hemos de hacer entonces?—preguntó uno.

Don Cándido, que se hallaba presente, respondió:

—Ya no hay lugar á dudas: si en los cuarteles se dá el grito, ¿qué hemos de hacer nosotros? No responder, equivale á abandonarlos á sus propias fuerzas. Si han decidido por sí y ante sí, en su derecho están, puesto que la vida arriesgan como nosotros, y aun más que nosotros porque ellos son los que más pueden perder y los que ménos deben ganar aunque triunfemos.

El general á quien don Cándido habia dado la primera noticia, preguntó á éste.

—¿Todavía augura usted mal?

—Cada vez peor, porque la confusion que se ha producido, no cesará, y porque tras esa confusion, vendrá el desórden y con éste la más triste derrota.

—Todos lucharán sin retroceder...

—Todos lucharán como héroes; pero lo harán aisladamente y serán vencidos, porque siempre se encontrarán con fuerzas superiores. Un número de hombres que forma un solo cuerpo, obedeciendo á una sola cabeza, es un gigante, y el mismo número, obedeciendo cada cual á su cabeza, no representa más que una legion de pigmeos. Uno por uno, á cada cual de estos los aniquila facilmente el gigante, hasta concluir con todos, mientras que á éste no pueden ni siquiera herirlo aquellos.

Fueron de poca importancia cuantas observaciones se hicieron contra esta opinion.

—Señores,—acabó por decir don Cándido,—discurrir sobre este punto, es estéril. Una vez que los soldados están decididos y es imposible contenerlos, no nos queda más que elegir entre dos males: el menor de estos males es ayudar con todas nuestras fuerzas y que Dios decida de la suerte de todos.

Ni una sola disposicion se adoptó sobre los puntos estratéjicos que era conveniente ocupar; ni un solo plan se trazó sobre la marcha que debia seguirse para concluir en un punto dado.

Nada de esto se hizo, porque era imposible hacerlo.

Faltaba tiempo para comunicar las disposiciones que se adoptasen, y quedar todos de acuerdo.

El único plan que habia, era dar el grito, lanzarse á la calle, y luchar hasta vencer ó morir.

La resolucion, si tenia mucho de heroica, tenia más de torpe.

¿Y qué hacian entretanto los ministros?

¿Encontró el duque de Tetuan acertado lo propuesto por el jefe de policía?

CAPITULO LI.

Plan contra plan.

El consejo de ministros, se reunió.

El presidente escuchó las opiniones de todos, opiniones enteramente iguales á las del ministro de la gobernacion y del señor Morato.

¿Cómo recibió la noticia el duque de Tetuan?

Podria decirse que para este hombre no habia sorpresa, ó de otro modo, que las sorpresas no producian en él los efectos que producen en todos.

Ni alegria ni temores se pintaron en su rostro; ni alegrias por el importante descubrimiento que acababa de hacerse, ni temores por lo que pudiera suceder.

Su semblante no se alteró.

La expresion fria de su mirada, fué la misma cuando empezó á escuchar, que cuando concluyó.

Si su característica sonrisa no era en aquellos momentos muy marcada, tampoco se advirtió en sus lábios ninguna contraccion violenta.

Mientras hablaban sus compañeros, el duque de Tetuan permanecia impasible, y aun se hubiera dicho que escuchaba distraidamente ó que no escuchaba.

Todos esperaron con ansiedad las palabras del presidente.

Éste dijo al fin:

—Sabemos donde han de herirnos, y podemos defendernos. Conocemos el golpe y podremos pararlo. No es posible perder una batalla cuando se tiene exacto y detallado conocimiento del plan del enemigo.

Y despues de decir esto, añadió como si hablase consigo mismo.

—En palacio la primera chispa; apoyo en la Montaña y en San Gil; ataques simultáneos por el Éste y por el Sur, y línea de interrupcion para nosotros y comunicacion para ellos en el centro... ¿De quién es este plan?... Ninguno de los generales que han de ponerse al frente del movimiento, pueden haber hecho semejante combinacion.

Quedó pensativo.

Los ministros se miraron unos á otros.

—Señores,—dijo el duque de Tetuan despues de algunos minutos,—insisto en mi plan y opino que debemos dejar á los conspiradores en completa libertad de accion. Los artilleros darán la guardia de Palacio el dia que les

toca, segun esperan, y para entonces adoptaremos las medidas oportunas y haremos fracasar el intento, porque nos sobran recursos.

—Pero la reina...

—Nada temais por su majestad. En palacio estará la reina el dia que den la guardia los artilleros; pero de palacio habrá salido antes que se dé el primer grito de rebelion. Dueños serán de palacio y de dos cuarteles los insurrectos; pero allí se encontrarán bloqueados. En cuanto al principal y Puerta del Sol, podemos fácilmente hacer que los rebeldes, al creerse dueños del edificio, se encuentren conque están presos, y por lo que toca á la parte Sur de la poblacion, descuidad, que en tres horas todo quedará concluido. ¿Para qué hemos de tomarnos el trabajo de prenderlos? Ellos mismos se aprisionarán.

No quedaron convencidos los ministros, si bien es verdad que el presidente no dió tampoco más explicaciones para tranquilizarlos.

Sobre este punto estamos conformes con su opinion: una conspiracion descubierta y desbaratada no es una causa vencida.

Algunas prisiones y algunos castigos no hubieran dado otro resultado que el de aplazar la cuestion, aplazar el peligro.

Por el contrario, el triunfo despues de la lucha, significaba aniquilar para mucho tiempo á los conspiradores, era el triunfo de una causa.

El duque de Tetuan, como todo hombre valiente, queria quedar de una vez dentro ó fuera.

Su carácter rechazaba las combinaciones y las intrigas de la policía; para él no habia mas que un medio, y queria ponerlo cuanto antes en práctica.

Decidieron los ministros ir á palacio; pero antes de hacerlo así y por lo que pudiera suceder, el duque de Tetuan dictó algunas órdenes.

Una de estas era para que inmediatamente viniese á Madrid el regimiento en que servia Dionisio.

Como se comprende, don Juan de Bustamante no habia podido cumplir su promesa aquella misma noche y tuvo que resignarse á esperar á la mañana siguiente; pero estaba tranquilo, porque ni él ni nadie sospechaba lo que habia de suceder al rayar el dia, ni mucho ménos imaginó que precisamente aquella noche se ordenase, no retroceder, sino avanzar al hijo de Moncayo.

¡Fatal coincidencia!

¿Qué iba á suceder si estallaba el movimiento?

Dionisio cumpliria con su deber, obedeciendo ciegamente al gobierno constituido, por mas que las ideas de éste fuesen completamente opuestas á las suyas.

El jóven ignoraba que su padre se hubiese comprometido hasta el punto de tomar una parte activa en la lucha, lo ignoraba y no podia sospecharlo, porque sabia que su padre, despues de lo que habia sufrido, no aspiraba más que á pasar tranquilamente su vida sin ocuparse de otra cosa que de su trabajo.

Si una coincidencia espantosa ponia frente á frente al padre y al hijo... No, no era esto probable, por más que fuese posible.

Los ministros fueron á palacio.

En las regiones oficiales hubo tambien dudas y vacilaciones; pero el duque de Tetuan, firme en su propósito, aprovechaba el tiempo adoptando precauciones para no verse sorprendido por ningun acontecimiento inesperado.

Al fin su opinion fué la dominante, porque la seguridad que mostraba en el triunfo, acabó por inspirar confianza á todos.

Hasta los más tímidos se sintieron reanimados.

El jefe de policía recibió al fin la órden de permanecer á la espectativa sin estorbar á los conspiradores, por lo cual estos no encontraron ninguna dificultad en el trascurso de la noche.

Las estrellas empezaron á palidecer.

La aurora se preparaba á desplegar sus sonrisas.

Iba á brillar el sol, no para rielar en los movibles cristales de las fuentes y arroyos, sino para hacer más rutilante el rojo color de la sangre humana que debia correr por las calles de Madrid.

CAPITULO LII.

Se acerca el momento.

El señor Patricio Moncayo, que habia pasado la noche en su taller, oyó que daban algunos golpecitos á la puerta de la calle.

Sin preguntar, abrió, procurando hacer el menor ruido posible, y encontrándose con Plotoski, cuya mirada era sombría como nunca.

Entró el extranjero y ambos se contemplaron un instante sin pronunciar una palabra.

No necesitaban hablar para comprenderse.

El industrial debió leer en el rostro de su amigo, porque dijo:

—Ha llegado el momento, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Triunfaremos?

—No,—respondió Plotoski con acento breve.

Volvió á quedar silencioso el señor Patricio.

Su rostro se contrajo más y más cada instante.

Lo conocemos ya y no hay que decir que no lo atormentaban temores á la muerte.

El señor Patricio no habia temblado nunca, y tampoco temblaba entonces ante los peligros que se presentaban.

De estos se encontraba muy lejos su imaginacion.

En aquellos instantes lo preocupaba el recuerdo de su hijo.

Comprendia que don Juan de Bustamante nada habia podido hacer, y lo que sintió, lo que sufrió es imposible explicarlo: para concebirlo seria menester encontrarse en su misma situacion.

La señora Catalina y Susana, dormian tranquilamente.

—¿Es ya hora de salir?—preguntó al fin Moncayo.

—Lo será muy pronto.

—Espere usted un momento.

El honrado industrial encendió una luz, subió y entró silenciosamente en la alcoba donde dormia la anciana.

Esta escena muda no puede pintarse.

El objeto de Moncayo era despedirse de los séres á quienes tanto amaba.

A pesar de toda la fortaleza de su espíritu, humede-

ciéronse sus ojos, mientras contemplaba á su virtuosa y sencilla mujer.

—¡Ah!—exclamó sin poder contenerse,—su corazon de madre anhela estrechar al hijo de nuestro amor: es probable que muy pronto lo vea; pero... ¡Dios mio!...

No pudo articular una sílaba más.

Parecióle que sus amargos pensamientos destrozaban su alma.

Horrorizóse, porque entre él y su hijo vió sangre; sí, horrorizóse hasta el punto de que sintió que se erizaban sus blancos cabellos.

¡Situacion horrible!

El desdichado hizo un esfuerzo sobrenatural y salió de la alcoba; pero lo hizo para entrar en el dormitorio de su hija, que dormia tambien descuidadamente.

—Quizá,—murmuró el infeliz padre,—dentro de algunas horas estés huérfana, y quizá al buscar un apoyo en el mundo y arrojarte en brazos de tu hermano, veas en su frente una mancha de sangre...

Extremecióse violentamente el señor Patricio.

Retrocedió como si hubiera visto levantarse un fantasma.

Cerró los ojos, llevó las manos á la cabeza y se oprimió las sienes con fuerza convulsiva.

Pasados algunos segundos dirigió á su alrededor una mirada recelosa.

Se necesitaba todo su valor para sobreponerse á sus horrorosos presentimientos.

Empero el infeliz consiguió hacer el último esfuerzo, esfuerzo inconcebible del náufrago que se aproxima á la tabla salvadora.

Miró á su hija, limpió dos lágrimas que habian brotado de sus ojos, y salió del aposento con pasos vacilantes.

Plotoski lo miró y apreció lo que pasaba en el alma del infeliz padre.

—Aun es tiempo,—dijo el extranjero misterioso.

—¡Tiempo!... ¿de qué?

—De detenerse.

—¡Detenerse! — murmuró con amargura el señor Patricio.—Detenerse ahora seria retroceder; retroceder es obedecer á un sentimiento de cobardía criminal, porque criminal es la cobardía cuando no respondemos á la santa voz de los deberes. Sí, aún es tiempo... ¿por qué no retrocede usted?

Los negros ojos de Plotoski dejaron escapar dos llamaradas; sus puños se apretaron y en el interior de su pecho resonó un rugido sordo.

Esto lo comprenderíamos perfectamente si conociésemos el secreto de su vida.

Plotoski hubiera sacrificado cien vidas antes que retroceder.

Aquellos dos hombres no podian prestarse consuelos, porque ambos sufrian mucho y su sufrimiento era muy semejante.

Sin embargo, el extrajero, podia decir:

—Yo soy más desgraciado.

Esto podia decir sin exageracion, á pesar de que la situacion del señor Patricio era la más horrible desde el momento en que, pocas ó muchas, habia probabilidades de que se encontrara frente á su hijo en los momentos de la lucha, y que para cumplir cada cual sus deberes, los que tanto se amaban se mirasen como enemigos encarnizados.

Hé ahí, lector, y dicho sea de paso por ahora, una de las consecuencias que puede tener, ó más bien que ha tenido varias veces la contribucion de sangre, la dura, la injusta, la odiosa ley que autoriza á los tiranos para arrancar un hijo del seno de su madre.

Pasado el relámpago que brilló en los ojos del extranjero, se le vió otra vez impasible, aunque profundamente sombrío como siempre estaba.

El secreto de su vida era conocido por Moncayo, y éste, á pesar de su trastorno, pudo admirar la rara, la inconcebible fortaleza de espíritu de aquel hombre extraordinario.

Ante él era imposible mostrarse débil.

Puesto que él sufria con tanto valor, era preciso sufrir tambien.

Plotoski no exhalaba una queja.

¿Quién tenia derecho á quejarse?

Largo rato pasó.

—Mi buen amigo,—dijo por fin el extranjero,—nos hemos entendido ya. Adios.

Y alargó la diestra al señor Patricio.

Éste no pronunció una palabra.

Separáronse.

Ahora no puede comprenderse la importancia de esta escena; pero se comprenderá cuando pongamos en claro todos los misterios.

Plotoski se dirigió á la calle de Atocha, deteniéndose frente á la casa de don Juan de Bustamante.

Fácil es adivinar lo que allí tenia que hacer.

Alberto no habia llegado á conspirar sériamente, ni se habia comprometido á nada; pero como á su edad se escitan fácilmente todos los sentimientos y con muy poco se exalta la imaginacion, era posible que el jóven, al ver que se habia entablado la lucha, se lanzase con todo el ardimiento de sus pocos años, para ayudar á concluir con los que habian sido causa de la muerte de su padre.

El extranjero queria sin duda observar para proteger en caso necesario al hijo de Clotilde.

Esto no debe sorprendernos despues de lo que ya hemos visto.

¿Y don Cándido?

Suponemos que se encontraria entre los jefes de la sublevacion, puesto que no se le veia por ninguna parte.

En la vivienda de don Juan de Bustamante dormian todos tranquila y descuidadamente como sucedia en casi todas las casas de Madrid, pues nadie sospechaba lo que muy pronto habia de suceder.

CAPITULO LIII.

El veintidos de Junio.

Es muy difícil ó más bien imposible, hacer una pintura exacta de aquel inolvidable dia, porque si presentamos el cuadro en su conjunto para apreciarlo debidamente en cuanto á su importancia política, se echará de ménos el relato de episodios interesantísimos, y los detalles que tienen relacion con los personajes de esta historia, y si por el contrario describimos uno por uno esos episodios, será muy difícil hacerse cargo del conjunto, y el cuadro aparecerá con palidez.

Procuraremos atender á lo uno y á lo otro sin que tengamos seguridad de qué así salvamos todos los inconvenientes ó incurrimos en los defectos que queremos evitar.

Las calles de Madrid estaban desiertas cuando se dejaron ver en Oriente los primeros resplandores del matutino crepúsculo.

Madrid no es un pueblo madrugador, es un pueblo que trasnocha, que hace la vida del indolente cortesano ó del vicioso calavera, y por consiguiente al despertar la aurora, la poblacion dormia, y por todas partes reinaba el más profundo silencio, silencio y quietud que debian hacer doblemente espantosa la escena que iba á tener lugar.

En el interior del cuartel de San Gil se advirtió un movimiento inusitado, oyéronse algunos gritos, y en pocos momentos se produjo una confusion inexplicable.

¿Qué sucedia?

Esto se preguntaron los jefes y oficiales que habian pasado allí la noche, y como para darles respuesta, presentáronseles en ademan hostíl algunos sargentos y soldados intimándoles la rendicion al grito de viva la libertad.

Lo que sucedió entonces es indescriptible.

No habia lugar á explicaciones, no servian de nada los razonamientos, y algunos oficiales, con el valor de los hijos de esta tierra, impulsados por el sentimiento de sus deberes y exhaltados por el del pundonor, intentaron se reconociese su autoridad, y en vez de entregarse, resistiéronse tenazmente, haciendo uso de las armas.

No habia lucha posible.

Las fuerzas eran demasiado desiguales.

Un puñado de hombres, por valerosos que fuesen, no podian resistir á centenares de enemigos, que en aquellos momentos estaban trastornados con esa embriaguez que produce la idea de la lucha, de la sangre y de la muerte.

Por instantes crecia el tumulto, y á la atronadora gritería mezclóse el ruido espantable de algunas detonaciones.

Mas de un oficial cayó sin vida, y desde aquel momento no puede decirse lo que sucedió.

En vano hemos preguntado á los mismos actores de aquel sangriento drama, en vano hemos preguntado, porque todos, con estas ú otras palabras, nos han dado la siguiente contestacion:

—Yo no veia, ni oia, ni siquiera sabia dónde me encontraba. No había en mí más sentimiento, más idea que la de defenderme, la de matar para no morir. Íbamos y veníamos sin que muchas veces supiésemos adonde ni por qué. Una palabra dulce de nuestros jefes para hacernos comprender el deber, sonaba en nuestros oidos como una amenaza espantosa, ó como una provocacion irritante. ¿Por qué matamos á algunos hombres indefensos y á quienes hubiera bastado encerrar para que nó sirviesen de estorbo? No lo sé. Indudablemente se satisfizo alguna venganza; pero hay que reconocer que el mayor número de nosotros, quiso evitar ciertos actos de violencia.

Esta es la verdad.

Algunos jefes fueron encerrados y salvaron así la vida.

Otros pudieron escapar milagrosamente.

Dueños del cuartel, dispusiéronse, los unos al ataque en las calles, y los otros á la defensa del edificio.

Entonces fué mayor que nunca la confusion.

Todos obraban á su antojo, sin haber quien mandase, sin que ninguno estuviera dispuesto á obedecer.

Los que no se habian comprometido, tuvieron que ceder ante el mayor número y la fuerza, resultando que no quedase un solo hombre dispuesto á combatir la sublevacion.

Cerráronse las puertas y empezaron á prepararse las baterías para salir y unirse con los comprometidos del cuartel de la Montaña.

Siguieron resonando algunas detonaciones, sin que se sepa por qué, puesto que todavía no habia enemigos de quien defenderse.

El primero que pudo escapar al producirse la confusion, corrió á dar parte de lo que sucedia, y mientras los sublevados se preparaban á la lucha, el ministro de la Guerra dió aviso á los generales de quienes esperaba apoyo, y estos por un lado, y por otro el capitan general, pusiéronse en movimiento, ya para tomar las disposiciones convenientes y dar el ataque, ya para evitar que la rebelion cundiese, adquiriendo mayores proporciones.

La situacion no podia ser más crítica.

Sabia el gobierno que no podia contar con la mayo-

ria de las tropas que ocupaban el cuartel de la Montaña y que debian responder á los sublevados de San Gil.

¿Cómo evitar que esto sucediese?

La fuerza no podia emplearse más que en la lucha, y era preciso recurrir á la influencia moral, al prestigio de algunos hombres que eran muy respetados en el ejército.

Empero el paso presentaba grandes peligros: era probable que los que estaban dispuestos á la sublevacion, ya temerosos de las consecuencias, ya por efecto del trastorno de su razon, no respetasen nada y cometiesen algun horrible atentado.

¿Quién se presentaba en el cuartel donde aún no se habia dado el grito; pero donde debia darse en breve?

¿Quién se presentaba sin el auxilio de la fuerza material que entonces de nada servia, sin más auxilio que su fuerza moral?

—Yo,—dijo un hombre que habia llegado á la más alta dignidad de la milicia, que habia ocupado los más elevados puestos, que era rico, y que nada tenia que ambicionar.

Este hombre era el general Serrano, de cuyo frio valor, ya reconocido, dió entonces otra prueba rarísima.

Y como si hubiera ido á presentarse ante un puñado de hombres subordinados y obedientes, se dirigió al cuartel de la Montaña sin otra compañía ni defensa que su espada y un ayudante.

El general Serrano penetró en el cuartel con una

tranquilidad inconcebible, y sin hacer alarde de valor, ni mostrarse tampoco dispuesto á transigir, cuidando solamente de sostener su dignidad, preguntó si habia quien estuviera dispuesto á olvidar sus deberes ó no se sintiera con resolucion bastante para cumplirlos.

Esto preguntó sin que nadie se atreviera á responder.

Buscó á los rebeldes y no los encontró.

Ante su serenidad se inclinaron todas las cabezas.

Su valor los subyugó á todos.

Una vez que en el primer momento habia conseguido dominar, todo debia serle fácil.

Lo mismo que al principio habia cuidado de no mostrarse débil, cuidó luego tambien de no ser exigente.

Los temores de los más comprometidos empezaron á desvanecerse, y media hora despues el duque de la Torre tenia la seguridad completa de que si con aquellos hombres no podia contarse como apoyo decidido, tampoco debia temerse que aumentaran las fuerzas de los sublevados.

Quitar auxiliares al enemigo es mucho hacer, porque es debilitarlo, y cuando el enemigo se debilita está muy cerca de la derrota.

Siempre tranquilo, siempre sereno, salió el general Serrano del cuartel para ir á colocarse en el puesto de mayor peligro.

Ya hemos dicho varias veces que queremos á toda costa ser justos con amigos y adversarios, y sin que

ahora entremos á juzgar detenidamente al duque de la Torre, como hombre político, porque hemos de hacerlo más adelante, le reconoceremos dos cualidades: nobles sentimientos y un valor verdaderamente heróico, aunque no ese valor que podríamos llamar ruidoso ó de relumbron conque otros logran más ó ménos justa fama de héroes.

¿Por qué no ha de decirse la verdad?

En el cuartel de la Montaña fué el duque de la Torre lo que siempre habia sido, atento, delicado y benévolo, sin olvidar por esto ni lo que representaba, ni su dignidad de caballero.

Ni una sola palabra pronunció allí que lo hiciese aparecer rudo soldado, ni jefe déspota.

Y sin embargo, con su lenguaje dulce y digno á la vez, consiguió lo que puede asegurarse que nadie hubiera conseguido.

Es más que probable que sin el prestigio y tacto del duque de la Torre, Isabel II hubiese dejado de ser reina aquel dia.

Sin temor de equivocarnos ni de que fundadamente pueda contradecírsenos, aseguramos que el veintidos de Junio la reina debió la corona por partes iguales á los duques de Tetuan y de la Torre.

Desde aquel dia estos dos nombres simbolizaban los dos más grandes servicios prestados á doña Isabel de Borbon.

Desde aquel dia doña Isabel de Borbon contrajo una

deuda que no podria pagar por mucho que hiciese en favor de sus salvadores.

Y como pagó, ya lo sabemos; hasta dónde llegó su ingratitud, hemos de verlo bien pronto.

La sublevacion puede decirse que empezó á ser ahogada apenas nacida.

Los que eran dueños del cuartel de San Gil, esperaron en vano el apoyo de la Montaña.

No tardaron en comprender que se encontraban aislados y que su perdicion seria cierta.

Pero ya era tarde para retroceder.

Dado el primer paso, era forzoso dar el último.

Dividiéronse en dos cuerpos, uno que debia quedar en èl edificio para defenderlo, y otro, que con algunas baterías, debia batirse en las calles.

Estos últimos salieron del cuartel, situándose en la plaza de Santo Domingo y avanzando por la calle do San Bernardo, cuya anchura permitia que con desembarazo se movieran los pesados trenes.

Allí se les unió el general Pierrad y algunos otros de los jefes del movimiento, que habian vuelto de la emigracion.

Entretanto habia resonado el grito de libertad en la parte Sur de Madrid, y empezaban á levantarse barricadas.

Cuando se dejó ver el primer rayo de sol, los habitantes de Madrid despertaron al estampido del cañon.

La lucha habia comenzado, y con tanto encarniza-

miento, que en pocas horas debia correr la sangre á torrentes.

La artillería que ocupaba el cuartel del Prado acudió á ponerse frente á la que habia dado el grito de rebelion.

Adoptáronse precauciones de defensa en Palacio.

La plaza de San Marcial se convirtió bien pronto en un campamento, y empezó el ataque contra el cuartel de San Gil, que hasta entonces era el punto de más importancia.

Las detonaciones se multiplicaron.

El humo de la pólvora empezó á oscurecer el horizonte.

Tal era el aspecto de Madrid en la primera hora de aquella mañana.

CAPITULO LIV.

Sigue el veintidos de Junio.

Solo una parte del extremo Norte de Madrid estaba tranquila y silenciosa. En el resto, y por todos lados, resonaba el estampido del cañon, y por todos lados corria la sangre, oíanse las imprecaciones de la ira, los gritos de la desesperacion y los angustiosos ayes de la muerte.

Como no podemos estar en todos lados á la vez, recorreremos uno por uno, los sitios donde el combate tuvo alguna importancia, ó donde presenta mayor interés con relacion á los sucesos que más nos ocupan en esta historia.

La toma del cuartel de San Gil es uno de esos hechos inexplicables, y decimos inexplicables, porque explicacion satisfactoria, ó por lo ménos clara y comprensible,

no se nos ha dado ninguna, sino apelando á recursos que parecen hijos de la pasion. Queremos ser desapasionados, queremos ser imparciales y justos, y por eso no aceptamos ciertas afirmaciones que ofenderian á los unos ó los otros, y que no hemos encontrado justificadas ni parecen aceptables.

De aquí nace el apuro en que nos pone el relato de la toma del mencionado cuartel, y al fin nos veremos obligados á repetir en parte lo que aseguran unos y otros, sin que de ciertas circunstancias ó de ciertos hechos podamos salir garantes, sin que aceptemos la responsabilidad de ciertas inexactitudes.

Indudablemente en aquel hecho de armas hay un misterio, es decir, hay algo que no se ha explicado todavía, y que difícilmente se explicará.

Los datos oficiales que hemos tenido á la vista, parece que debian convencer, pues todo aparece en ellos sencillísimo; sin embargo, hay omisiones que no se comprenden, y estas omisiones tienen para nosotros mucho valor.

En cuanto al relato que más de una vez hemos oido de boca de los mismos que se encontraban entre los sublevados, hay tambien puntos cuya justificacion pasa olvidada, y parece imposible.

Dentro de lo humano, fuerza es reconocerlo, no hay nada inmaculado, porque si pudiera existir la absoluta pureza dentro de la humanidad, tendriamos tambien la suma perfeccion.

¿Hay alguna mancha en el suceso que nos ocupa? y si la mancha existe, ¿sobre quién cayó?

Seremos muy cautos sobre este punto, porque cauto debe ser uno siempre que se trata de acusaciones.

¿Cómo en pocas horas se penetra en un edificio ocupado por algunos miles de hombres bien armados, bien municionados, aguerridos, valerosos, y que saben positivamente que rendirse equivale á aceptar la sentencia de muerte?

El hombre que sabe positivamente que no ha de obtener gracia de su contrario, que no tiene duda sobre la suerte que le espera si se dá por vencido, prefiere defenderse hasta el último instante, porque si de todos modos ha de morir, la muerte es ménos dura, ménos espantosa, más aceptable en los momentos de la lucha.

En este caso se encontraban los sublevados del cuartel de San Gil.

El edificio es fuerte, tan fuerte que sus gruesos muros resistieron por algunas horas las balas y la metralla, sin que se abriese una sola brecha, sin que luego presentasen más que algun desperfecto, algun desconchado ó desmoronamiento de poquísima importancia.

Los que asediaban el cuartel encontrábanse además en condiciones tan desventajosas por efecto de la topografía, que no les era posible atacar sino á cuerpo descubierto.

Por los costados, era poquísimo, casi ninguno el daño que los sitiadores podian causar á los sitiados,

porque los fuegos oblícuos daban apenas resultado, no producian realmente otro efecto que el de aumentar el ruido.

¿Cómo se daba el ataque de frente?

Esto era casi imposible.

Las baterías que se colocasen por el lado de Caballerizas, debian recibir sin defensa alguna el nutrido fuego que vomitaban las ventanas del cuartel; si las piezas no eran desmontadas, los hombres que las servian quedaban inmediatamente fuera de combate, porque á cuerpo descubierto y en medio de una lluvia de balas, caian antes de poder hacer uso del mortífero bronce.

En cuanto al espacio que media entre Caballerizas y la calle de Leganitos, no hay que decir que era muy difícil, no solamente el ataque, sino la colocacion de una pieza, porque los sitiadores se encontraban entre un muro que vomitaba fuego, y otro que les embarazaba para todos los movimientos y hasta para retirarse.

Las endebles casas que hay frente al cuartel, no podian servir de abrigo á los sitiadores, ni mucho ménos podian aprovecharse para situar en ellas una batería.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Lo que se hizo: colocar cañones en las avenidas de la Plaza y sacrificar hombres que hiciesen fuego contra el cuartel; pero el fuego no daba ningun resultado.

Los sublevados, al abrigo de las balas, menguaban considerablemente y por instantes el número de sus enemigos, sin recibir ellos daño alguno.

Nuestros generales no pudieron hacer más de lo que hicieron, es decir, ponerse á pecho descubierto y correr casi siempre el mayor peligro para que los soldados no se desalentasen.

Una, dos, tres horas de fuego...

En el interior del cuartel no se habia derramado una sola gota de sangre, mientras que en el exterior eran ya muchos los hombres que habian dejado de existir.

¿Qué se habia conseguido al cabo de tres horas?

Nada.

Segun ya hemos dicho, algun desconchado se veia en las paredes; pero nada más.

Continuando aquel combate desigual, no podia conseguirse tampoco nada en el resto del dia.

Cuando se pusiera el sol, el edificio debia estar como por la mañana.

La toma del cuartel, ocupado por la gente que lo ocupaba, por hombres que tenian la absoluta necesidad de morir luchando para no morir fusilados, por hombres que contaban con todos los medios de defensa, puesto que tenian allí el parque, la toma del cuartel, repetimos, exigia un sitio formal, reclamaba un cerco que obligase á los sitiados á entregarse ó á verificar una salida, en que de una vez se jugase el todo por el todo.

Empero esto no podia hacerse, porque si hubiese llegado la noche sin tomar el cuartel, la sublevacion hu-

biera adquirido una fuerza moral incalculable, el gobierno hubiera perdido completamente la suya, y las tropas que estaban indecisas habrian concluido por decidirse y ponerse tambien al lado de la revolucion.

Era, pues, preciso, tomar el cuartel, y tomarlo inmediatamente, y por eso el duque de Tetuan, sin detenerse ante ninguna consideracion, donde un hombre caia, hacia que se colocasen diez, y cuando estos dejaban nuevo vacío, otros veinte los sustituian.

Y como si se los tragase la tierra, desaparecian los hombres, y como si de la tierra brotasen, los hombres se presentaban y se multiplicaban.

Y el fuego brillaba constantemente, y era incesante el estampido del cañon, y el humo acabó por formar una nube que hacia confusos todos los objetos.

Y en medio de aquella nube, cada vez más densa, levantábase el edificio como un gigante, vomitando llamas y sembrando la muerte.

Con los soldados españoles todo puede hacerse, porque no retroceden sino cuando se les manda, se les obliga á retroceder, porque en lugar de sentirse poseidos de terror cuando ven morir á centenares á sus compañeros, su valor se enardece más y más, y el fuego que los destruye, enciende en sus almas el entusiasmo, y el humo de la pólvora los embriaga, la vista de la sangre aviva el insaciable afan de triunfo y de gloria.

Con soldados como los nuestros, todo puede hacerse.

Esto lo sabia demasiado el general O Donell, y

por eso tuvo la seguridad de entrar en el cuartel antes que el sol llegara á su cénit.

Pero tambien eran españoles los que ocupaban el edificio, y sobre ser españoles peleaban con el entusiasmo de una causa que les era propia, y con la desesperacion del que sabe que no hay salvacion posible sino con el triunfo. Tambien eran españoles, tenian la seguridad de su propio valor, y creian que el sol llegaria á su ocaso sin que sus enemigos hubieran conseguido nada, y que entonces, alentados los que querian favorecerlos, redoblarian más y más sus esfuerzos y acabaria por triunfar la santa causa que defendian con tanta abnegacion y tanto valor.

Repetiremos nuestra pregunta: ¿cómo pudo tomarse el cuartel en pocas horas?

Mencionaremos ligeramente el rasguño ó leve rozadura que puso fuera de combate al general Narvaez, conducido á Palacio para su curacion. Este suceso no tiene ninguna importancia, porque si bien reconocemos que el duque de Valencia estaba dotado de valor nada comun, y espuso su vida como los demás aquella mañana, la herida fué tan leve que no merece los honores del recuerdo.

El fuego continuó sin cesar.

Lanzáronse algunas compañías al edificio para que lo invadiesen despues de haber roto una puerta.

En el corto trayecto que los acometedores tenian que recorrer, cayeron muchos hombres; pero esto no

fué obstáculo, porque tras un peloton iba otro, y otros muchos despues.

Penetrar en el edificio no era gran dificultad, puesto que franqueada una puerta y con el sacrificio de algunos hombres se podia entrar.

¿Pero y luego?

¿Qué harian los que entraban?

Por de pronto serian dueños del anchuroso portal y uno de los patios; pero no podrian pasar de allí.

Subir una escalera que vuelve y revuelve y está defendida por hombres bien armados y por piezas de artillería de poco calibre, es un imposible, porque ni un solo hombre lo intenta sin quedar fuera de combate.

Un disparo de metralla cada dos minutos desde la parte superior de la escalera y los disparos incesantes de fusil, disparos hechos por hombres que están á cubierto y no pueden recibir daño alguno, es suficiente, es sobrado, para rechazar horas y horas á todo un ejército.

Contra semejante defensa no hay medios de ataque, no hay más medios que la destruccion del edificio.

La artillería de los sitiadores, aunque hubiese podido penetrar con la infantería, era completamente inútil en el portal, porque no tenia contra quien hacer fuego, porque en todo caso, no hubiera podido hacer más que destruir la misma escalera de que ellos tenian necesidad para subir, y en cuanto al patio, ¿quién penetraba en él?

Muchos ó pocos, los que esto hiciesen debian quedar

inmèdiatamente á cuerpo descubierto y sirviendo de blanco á los que desde los corredores y ventanas les hacian fuego.

Además, no tenia ningun objeto posesionarse del patio.

¿Qué habian de hacer allí?

Dejarse matar sin poder defenderse ni mucho ménos herir á sus contrarios.

Una parte de los sitiadores, envueltos en una nube de humo, arrostrando el fuego, dejando en su camino cadáveres y pisando cadáveres, penetró en el edificio.

Y aquí empieza lo que hemos dicho que es inexplicable, y por consiguiente tendremos que hacernos cargo de voces y rumores más ó ménos fundados, de afirmaciones más ó ménos verídicas.

CAPITULO LV.

Sigue el veintidos de Junio.

Los gritos que con más frecuencia se oian en el interior del cuartel, eran los de viva la libertad y viva Prim.

Los sitiadores habian combatido á los gritos de viva la reina.

Que los sublevados esperaban que se les uniesen otros cuerpos de la guarnicion, no hay duda alguna, porque es cosa probada.

¿Debia, pues, sorprenderles que en lo más encarnizado del combate hiciesen con ellos causa comun los que pocas horas antes les habian prometido ayuda?

No, esto no debia sorprenderlos, puesto que así lo esperaban, y así lo creian.

Penetrar los sitiadores en el portal y hacerse más nutrido el fuego, todo fué uno.

Desde aquel momento nada pudo verse, porque la humareda se hizo densa como nunca.

—¡Viva la libertad!—Se oyó gritar por todos los ángulos del edificio.

Y en los corredores y en la parte superior de las escaleras, situáronse centenares de los sitiados para rechazar á los invasores.

Empero tambien en la planta baja del edificio se oyó gritar una y otra vez:

—¡Viva Prim!

¿Era esto un ardid de los sitiadores para ganar las escaleras sin que se les estorbara el paso?

¿Era que por un extraño efecto de acústica resonasen abajo los gritos dados arriba?

¿Era que los sublevados, aturdidos por las detonaciones y trastornados por su propia exaltacion, confundieron sus gritos con el grito de los sitiadores ó creyeron oir lo que no habia sonado?

Semejante aberracion de los sentidos, aunque no es fácil, ni es probable que la hubiese, es sin embargo posible, y en cuanto á los efectos de las condiciones acústicas del edificio, es extraño que solo en aquellos momentos se produjesen.

Lo cierto es, que no á uno, sino á muchos de los sublevados, hemos oido decir, que con la conciencia tranquila pueden jurar, que al pié de la escalera resonaron

una y otra vez los gritos de viva Prim, gritos que nadie podia dar sino los què habian penetrado en el edificio, puesto que eran los únicos que se encontraban en el portal y en el patio.

Hé ahí cómo los sitiados explican la parte más importante de la toma del cuartel; hé ahí cómo se justifican por haber dejado que los sitiadores subiesen la escalera sin causarles daño alguno, cómo explican el que cesara el fuego repentinamente en el interior del cuartel, fuego que no era posible que un puñado de hombres en condiciones desventajosas apagaran en pocos instantes.

Y si es verdad que los acometedores repitieron el grito de los sublevados, tendriamos en esto la mancha de impureza que hemos dicho se encuentra en todo lo humano; si esto es verdad, se pondrá en claro algun dia y habrá un borron vergonzoso é indeleble en la página de aquel triunfo de la tiranía.

Francas las escaleras porque los sublevados no hicieron resistencia en aquella parte, todo debia concluir en breve.

Los que habian penetrado en el edificio, subieron tras ellos, y penetraron otros y los siguieron.

Invadieron las habitaciones del piso superior, y á los gritos de viva la reina, cayeron sobre los que creian recibir un auxilio, en vez de sufrir un nuevo ataque.

No hay nada peor que la sorpresa.

Cuando ménos lo esperaban, los sublevados encontráronse cuerpo á cuerpo con enemigos que se multipli-

caban por instantes, y que acometian furiosamente y como quien ya se ha preparado á acometer.

No se preparaban los otros á la defensa, sino que se disponian á abrir los brazos á sus compañeros, y antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedia, muchos cayeron mortalmente heridos.

Un rugido espantable resonó entonces en el interior del cuartel.

La palabra traicion se oyó pronunciar por todas partes.

En los primeros momentos intentaron los sublevados defenderse y rechazar al enemigo; pero este atacaba con órden, y los otros se encontraban en el desórden más completo.

Los que estaban en una habitacion ignoraban la suerte de los que se encontraban en las demás, y en aquella situacion debian creer que sus compañeros estaban ya vencidos.

Se perdió la fuerza moral, y se perdió todo.

Ya no vieron salvacion posible más que en la huida, y en pocos minutos se declararon en completa derrota.

La confusion fué entonces verdaderamente horrible.

Las armas conque antes se defendian, eran ya un estorbo.

Ninguno se ocupó de los demás.

Todos corrieron de un lado para otro sin saber adonde ir.

En todas partes encontraban enemigos, porque sin cesar iban entrando refuerzos de los sitiadores.

Los unos se ocultaban en los camaranchones, los otros huian por los tejados, muchos corrian por los sótanos y algunos se arojaron por las ventanas sin cuidarse de mirar, ni la distancia que los separaba del suelo, ni si caerian sobre las bayonetas de los perseguidores.

Por todas partes veíanse charcos de sangre que humeaba, cuerpos mutilados sin vida ó que exhalaban los gemidos angustiosos de la agonía.

¡Cuadro espantoso!

Los vencedores, como embriagados por aquella sangre, perseguian con más encarnizamiento, acometian con más furor y aún se hubiera dicho que se deleitaban en destruir.

¿Sobre quién debia caer toda aquella sangre de honradas y nobles criaturas?

¡Oh! la conciencia de Isabel II flota en un Océano de sangre, bajo un horizonte tenebroso y en medio de una atmósfera de horrores.

No era la causa del órden lo que aquel dia inolvidable se defendió, no se sacrificaron aquellas vidas en bien de la sociedad, no se vertió aquella sangre preciosa para salvarnos de la anarquía, sino para sostener en el trono á un monarca siempre ingrato, para defender á Isabel II, torpe como reina y merecedora del más profundo desprecio, ya que no de otro castigo, como mujer y como esposa.

En pocos minutos dejaron de oirse las detonaciones en el cuartel de San Gil y plaza de San Marcial.

Ya no herian las balas, sino que destrozaba el frio hierro de las bayonetas.

El principal episodio de aquel sangriento dia, habia terminado.

El humo fué disipándose, y al ruido atronador empezó á suceder el silencio, un silencio más imponente quizás que el estruendo del combate, porque era ese silencio frio y aterrador de la muerte.

Tomado el cuartel, debia considerarse vencida la revolucion, porque el gobierno podia ya dirigir todas sus fuerzas contra los demás sublevados que se batian en las calles.

La morada de Isabel II, estaba bien defendida.

La plaza de Oriente debia servir de punto de partida para el ataque que habia de concluir con los rebeldes.

Los dos puntos que ofrecian mayor dificultad eran la plaza de Santo Domingo, calle de San Bernardo y sus alrededores, y la parte Sur de la poblacion.

En el primero de estos dos puntos se encontraba casi toda la artillería de los sublevados á las órdenes del general Pierrad y de algun otro emigrado de importancia.

En los barrios bajos se batia el pueblo en las barricadas y en los edificios, obedeciendo las órdenes de otros jefes.

Nos trasladaremos sucesivamente á estos dos puntos

para ver lo que sucedia y cómo terminaba la lucha.

En el primero nos detendremos poco, porque en poco tiempo se decidió la victoria, y porque no tenemos mas que algun incidente de verdadera importancia que pueda ocuparnos, mientras que en el otro hemos de encontrar á nuestros amigos, cuya suerte nos interesa mucho.

Fuera de algunos detalles, ya sabes, lector, lo que sucedió en el cuartel de San Gil, y repetimos que solo en este punto no podemos dar mas explicaciones porque no hay datos positivos á que atenerse.

CAPITULO LVI.

Sigue el veintidos de Junio.

En todos los cuarteles se habian alojado fuerzas respetables de la guardia civil.

Esto no era aparentemente mas que una disposicion como todas; pero en realidad significaba, no que el gobierno aumentaba la defensa de los cuarteles, sino que vigilaba á las fuerzas de la guarnicion porque no tenia en ellas completa confianza.

El gobierno estaba seguro de la lealtad de la guardia civil, porque no habia olvidado lo que esta habia hecho la noche de San Daniel.

Para la guardia civil era ya una cuestion de conveniencia la reaccion; sus individuos estaban comprometidos y creian que les era forzoso apoyar al gobierno siquiera fuese por defender sus propias vidas.

Por esta razon el gobierno tuvo buen cuidado de concentrar en Madrid cuanta guardia civil le fué posible y hasta el punto de poder con ella luchar contra toda la guarnicion.

No decimos sobre este punto nada que no sepa todo el mundo.

Los militares de los distintos cuerpos que se acuartelaban en Madrid, comprendieron perfectamente que más que auxiliarlos era vigilarlos lo que se queria.

Ofendióles esto: pero nada podian hacer en contra y guardaron silencio.

Aquel dia y los siguientes no hubo cosa más fácil que una lucha entre la guardia civil y el resto del ejército, porque desde el primer instante se miraron recelosamente y hasta con odio.

No poco ha contribuido esto á lo que despues ha sucedido.

Una parte de los sublevados se defendian en la plaza de Santo Domingo de los ataques que se les dirigian por las tropas que contra ellos llegaban desde el teatro Real ó la calle de Leganitos, y otra porcion habiase adelantado por la de San Bernardo para defender la calle de la Luna y evitar que por allí ó por la del Pez llegasen nuevos acometedores.

Por mas que hubiese un general á la cabeza de aquellas fuerzas, faltaban jefes que secundaran; y por consiguiente faltaba la unidad de accion y de miras y esto dió lugar á que los artilleros vacilasen muchas veces porque

cada cual manifestaba distinta opinion sobre la colocacion de las piezas.

Una de estas debia ser colocada á la entrada de la calle de la Luna; pero creyeron otros que era mas conveniente situarla en la del Pez, y dando cada cual sus razones y vacilando todos y viéndose acometidos de cerca, concluyeron por no entenderse, y mientras los unos conducian el cañon por la calle de la Cruz Verde hácia la de la Luna, los demás se dirigian apresuradamente con las cajas de municiones hácia la calle del Pez.

En vano gritaron y quisieron detenerlos otros que estaban ménos aturdidos: la pieza se inutilizó y tuvo que ser abandonada, corriendo los soldados á unirse á otros grupos de sus compañeros, que si no hacian lo mismo, cometian á su vez otras torpezas aumentando así el desórden y la confusion.

Hé ahí cómo en un sitio espacioso y con el apoyo de los que habian ocupado las casas, la artillería, en vez de ser un elemento terrible contra las fuerzas del gobierno, fué mas bien un objeto de estorbo.

Cada pieza perdida, ya porque se inutilizase, ya por otro motivo cualquiera, era causa de que los desdichados combatientes perdieran la fuerza moral y la esperanza de vencer, creyéndose completamente perdidos.

No podemos mencionar una sola disposicion de acierto; lo único que puede consignarse, son actos de valor heróico, pues aquellos hombres se batian tenazmente

hasta morir, sin que el crecido número de enemigos les hiciera retroceder un solo paso.

Empero esto no era suficiente para triunfar: sacrificaban heróicamente la vida; pero eran derrotados.

En pocas horas consiguieron las fuerzas del gobierno hacerse dueñas de muchas de las calles que desembocan en la de San Bernardo, y entonces redoblaron sus ataques por la cuesta de Santo Domingo, de modo que los sublevados llegaron á encontrarse casi completamente cercados y aislados.

No habia que intentar siquiera llevar la lucha hácia la plazuela de las Capuchinas y calles que en esta desembocan, porque las fuerzas del gobierno eran por un lado dueñas de la calle de los Reyes, y por otro dominaban desde el cuartel de Guardias, contra el que inútilmente, y con pérdida de un cañon, se habia intentado un ataque en las primeras horas de la mañana.

Para los unos no quedaba más defensa que los edificios, y para los otros la retirada, y adoptando cada cual el medio que le pareció más conveniente, acabaron por dejar el campo libre á sus contrarios.

Las tropas que subian desde la plaza de Oriente se unieron, pues, á las que bajaban del cuartel del Conde-Duque en la calle de Jacometrezo, y desde el interior de algunas casas continuaron defendiéndose algunos grupos de artilleros.

El general Pierrad habia quedado casi solo, y con unos cuantos valientes se abrió paso como mejor pudo,

buscando la salvacion hácia la parte de la Montaña del Príncipe Pio y barrio de Pozas.

En aquella retirada que requeria más valor y más serenidad que el lleno del combate, recibió el general una herida, que aunque no grave, hacia mucho más crítica su situacion: sin embargo, pudo llegar hasta la calle de la Princesa, y allí le salvó la vida una casualidad feliz.

Los oficiales que mandaban la guardia del hospital militar no conocian personalmente al jefe de los rebeldes; vieron un general y creyeron que era de los adictos al gobierno.

Pierrad, con una serenidad inconcebible en aquellos momentos, en vez de alejarse, acercóse á los oficiales, enseñándoles su herida.

Como era consiguiente, dispusiéronse todos á socorrerlo.

Era natural que para curarlo entrase en el hospital, donde habia todos los recursos necesarios; pero él aceptó los ofrecimientos de los vecinos de una de las casas del barrio de Argüelles, y abandonando su caballo y como si empezaran á faltarle las fuerzas, entró en aquella casa para evitarse la molestia de atravesar la ancha calle hasta llegar al hospital.

Un médico acudió inmediatamente y curó al herido Los momentos eran preciosos, los habitantes de aquella casa cumplieron su deber, y cualquiera que fuesen sus opiniones, no se ocuparon más que de proteger al fugi-

tivo, cuya suerte no era dudosa si caia en poder del gobierno.

Apenas salió el médico, el general se quitó su uniforme, se vistió con la ropa de un lacayo y salió de la casa tranquilamente, dirigiéndose hácia el barrio de Pozas.

Mientras se alejaba empezaba entre los oficiales á cundir la noticia de que el herido no era otro que el general Pierrad.

Algunos minutos bastaron para que se decidieran á cumplir su deber.

Corrieron á la casa, llamaron, y preguntaron por el herido.

—Ya se ha ido,—respondieron.

—¡Que se ha ido!...

—Sí, apenas fué curado.

—No puede ser, puesto que no nos hemos movido de la calle y no lo hemos visto salir.

—No es culpa nuestra: ha salido, y podeis tener la prueba registrando la casa.

—¿Sabíais quién era ese general?

—Sí.

—¿Y por qué lo habeis dejado irse?

—¿Y quién nos ha dicho que debiamos detenerlo?

Esta observacion no tenia réplica.

Se registró la casa, y entretanto se corrió en todas direcciones, pero el general habia desaparecido.

Mientras esto sucedia, las tropas del gobierno acaba-

ban de apoderarse de toda la parte Norte de la poblacion, escepto alguna casa de la calle de Jacometrezo y otras, donde algunos artilleros se defendian aún, haciendo el último esfuerzo de la desesperacion.

Centenares de infelices se encontraban ya en los calabozos, de donde no debian salir sino para pagar con la existencia su heroismo, calificado entonces de extravío.

El silencio y la quietud iban extendiéndose poco á poco, y el pavor iba apoderándose de todos los ánimos.

Por las calles ya conquistadas, no se veian más que camillas con hèridos, ó pelotones de soldados con prisioneros.

Los sublevados que habian perdido la vida, habian sido mucho más dichosos que los respetados por las balas.

Los primeros habian sucumbido en los momentos de exaltacion, de embriaguez, de entusiasmo, y no habian sufrido más que el dolor físico de la agonía, mientras que los otros debian morir pensando en sus padres y sus hermanos, en todos los séres queridos de quien se separaban para siempre, y con el alma transida por el dolor moral y por amargas y desconsoladoras reflexiones.

CAPITULO LVII.

Sigue el veintidos de Junio.

El gobierno podia estar ya seguro de triunfar, no le quedaba más que acabar con el puñado de hombres que aún se sostenia en los barrios del Sur.

Para conseguir esto necesitaba bien poco, porque aquellos hombres, en su mayoría, estaban mal armados, y no tenian jefes que los dirigieran, ni podian hacer otra cosa que luchar aisladamente hasta morir.

En aquella parte de la poblacion no contaban los sublevados con artillería, y algunas baterías apoyadas por la Guardia Civil y unos cuantos centenares de tropas de línea, bastaban para destrozarlos.

En su mayor parte las barricadas se habian levantado caprichosamente, sin tener en cuenta la impor-

tancia estratégica de cada sitio, sin obedecer á un sistema fijo de defensa y ataque. Cada barricada no presentaba, pues, más que el número de hombres que la defendian, y por consiguiente tomadas una á una simultáneamente, los acometedores conseguirían el mismo resultado.

Allí se dirigieron todos los esfuerzos, y pocas horas de combate debian bastar para que todo concluyese.

La calle de la Magdalena, por el lado de la plazuela de Anton-Martin, estaba tenazmente defendida.

Habíanse intentado algunos ataques por las tropas que eran dueñas de una parte de la calle de Santa Isabel; pero nada habian conseguido.

Dos de nuestros conocidos, encontrábanse tras aquella formidable barricada, ayudados por otros muchos, todos valientes y decididos á morir antes que á entregarse.

El uno era el señor Patricio Moncayo, y el otro Medio-beso.

¿Qué era de la familia del industrial?

El lector nos permitirá que nos ocupemos algunos instantes de aquellas dos infelices mujeres, porque es demasiado importante el papel que representan en esta historia.

Cuando el estampido del cañon resonó al amanecer, Susana abrió los ojos, y como impulsada por un resorte, incorporóse en el lecho exhalando un grito y mirando medrosamente á su alrededor.

¿Tenia miedo la jóven, cuya fortaleza de espíritu conocemos ya?

¿Tenia miedo la que hasta entonces habia dado pruebas de un valor casi inconcebible?

Sí, tenia miedo, y el miedo le hacia temblar convulsivamente.

—¡Dios mio!—exclamó la infeliz con desgarrador acento.

Luego llevó las manos á su pecho palpitante, porque sentia el corazon oprimido y apenas podia respirar.

Un presentimiento horrible le anunciaba desgracias mayores que las que nunca habia experimentado.

No hubiera podido decir qué desgracias eran éstas; pero sí que habian de ser espantosas.

De sus lábios trémulos se escaparon los nombres de su padre y de su hermano.

La union de aquellos nombres, en semejantes circunstancias, tenia mucho valor.

No sin fundamento temblaba la jóven, porque Dionisio se encontraba el dia anterior en Albacete y era lo más probable que á su regimiento se le hubiese dado órden de encaminarse á Madrid para combatir la revolucion.

La vida de Dionisio peligraba, y esto era suficiente.

Pero Susana temia mucho más, aunque no acertase á darse cuenta de lo que temia.

Con el rostro pálido y desfigurado y los ojos relumbrantes, saltó del lecho y se vistió apresuradamente.

Salió de la habitacion y se dirigió á la alcoba donde dormia su madre, y donde su padre debia encontrarse tambien.

No, su padre no estaba allí, no habia nadie más que la anciana, que aún no habia despertado.

Susana tuvo que hacer inauditos esfuerzos para no exhalar un grito.

Abrigando un débil rayo de esperanza, corrió al taller.

Quizás su padre, como hacia muchas veces, se habia levantado ya, y estaba trabajando.

Cuando bajaba la escalerilla, llegó á sus oidos el eco aterrador de nuevas detonaciones.

Un instante se detuvo Susana, porque le faltaron las fuerzas; pero luego bajó rápidamente, echó una ojeada por el almacen, y entró en la habitacion donde el señor Patricio acostumbraba á trabajar.

El industrial no estaba allí.

Ya no podia dudar la jóven.

Exhaló un grito que parecia llevarse tras sí el alma.

Quedó inmóvil, con los ojos abiertos, fija la mirada y cubierto el rostro de nerviosa y mortal palidez.

En algunos minutos no pudo articular una sílaba.

Pocos momentos le bastaron para comprender todo lo grave, todo lo horroroso de la situacion: sus presentimientos no la habian engañado.

Su padre, á pesar de todas sus promesas, se habia dejado llevar de sus sentimientos, arrebatar por su amor

á la libertad y á la patria y se habia lanzado á la lucha, sin que lo detuviesen consideraciones de ninguna clase.

¿Y su hermano?

Tal vez á aquellas horas se encontraba en Madrid; tal vez, obedeciendo la voz de sus deberes, se colocaba frente á su padre, como el más encarnizado enemigo; tal vez sin saberlo, derramaba la sangre del autor de su existencia, ó la suya brotaba de una herida abierta por su mismo padre.

Nada más horroroso que estas suposiciones.

Y en suposiciones, la ardiente imaginacion de Susana fué hasta el último punto.

No vió ante sí mas que sangre, sangre de su padre y de su hermano, sangre vertida por ellos mismos.

Parecióle que á sus oidos llegaban gritos desgarradores de la más espantosa desesperacion, desesperacion comparable solamente á la de Luzbel cuando fué arrojado de la divina mansion.

A pesar de esta situacion horrible y que debia producir el más profundo trastorno en la desdichada jóven, no era posible que ésta se dejase abatir, se diese por vencida, porque aún quedaba su madre, su anciana y tierna madre, á quien debia servir de apoyo y de consuelo en aquellos terribles instantes.

Lo mismo que comprendió Susana toda la gravedad de la situacion, comprendió bien toda la extension de sus deberes, y ya sabemos lo que era la jóven cuando de sus deberes se trataba.

Su madre estaba sola, enteramente sola...

El deber la llamaba el lado de su anciana madre.

—¡Fuerzas, Dios mio!—exclamó la infeliz con acento que lo mismo era de súplica que de desesperacion.

Y concentrando toda la energía de su privilegiado espíritu, lanzóse fuera del taller y volvió á subir la escalerilla en tanto que las detonaciones iban haciéndose más frecuentes cada vez.

Cuando llegó á la alcoba, su madre acababa de despertar, y poseida de terror, miraba á todos lados.

—Nada tema usted,—dijo la jóven acercándose al lecho y con cariñoso tono:—aquí no corremos ningun peligro.

—¿Y tu padre?—preguntó la anciana, mirando afanosamente al lecho de su esposo.

—Mi padre,—balbuceó Susana,—está en el taller...

—¡En el taller!... ¿Y qué hace allí?

—¿Qué ha de hacer sino trabajar?

—¡Trabajar!... Esto es incomprensible.

—Ya conoce usted su carácter... nada le altera, y está tan tranquilo como siempre. Le he dicho que suba, que hoy no es dia de ocuparse en nada, y me ha respondido que él no ha de dejar su trabajo y perjudicar sus intereses porque otros se ocupen en luchar y matarse.

—¿Pero qué pasa?

—Supongo que ha estallado la revolucion...

—¡Dios mio!...

—¿Qué nos importa á nosotras?

—Yo que tenia tanto afan porque viniera Dionisio...

—Ya lo vé usted, mi padre tenia razon y no queria que viniese, porque ya temia lo que está sucediendo.

La anciana se incorporó, pasóse las manos por la frente y miró á todos lados.

—No estoy tranquila,—dijo.

—¿Qué teme usted?

—No lo sé...

—No nos amenaza ningun peligro...

—Llama á tu padre.

—¿Para qué?

—Tengo miedo, mucho miedo, y me parece que cuando esté á mi lado podré recobrar la calma.

—No quiere subir, dice que tiene mucho que hacer y le disgustará que vuelva á llamarlo.

—Vísteme.

—Es muy temprano.

—No importa.

—Madre mia, necesita usted sosiego...

—Quiero levantarme,—replicó enérgicamente la anciana.

De nada serviria el haberla engañado, porque se empeñaria en bajar al taller y se convenceria de la horrible verdad.

Las reflexiones de Susana, fueron inútiles.

La pobre madre, cuyos miembros temblaban convulsivamente, se vistió.

En seguida quiso bajar al taller.

¿Qué hacer en semejante apuro?

No habia medio de detenerla, porque cansada de que su hija le hiciese observaciones, acudió á su autoridad y dijo severamente:

—Quiero.

—Madre mia...

—Déjame,—replicó la madre.

Y rechazó á la jóven, dando un paso hácia la puerta.

—Un momento, espere usted un momento,—dijo entonces Susana, volviendo á detener á su madre.

Ésta quedó inmóvil y fijó en su hija una mirada de indescriptible afan.

—Mi padre,—añadió Susana,—no corre ningun peligro; pero no le he dicho á usted la verdad, por que...

—¿Dónde está tu padre?

—En esta misma casa con nuestro vecino don Cándido...

—No es verdad.

—Sí...

—¡Dios mío!—exclamó la anciana.

Y cayó pesadamente sobre una silla, entregándose á todos los trasportes de su terror y su dolor.

Desde aquel momento era imposible que se entendieran la madre y la hija.

La primera conocia demasiado bien el caráter de su esposo, y adivinó la verdad.

La escena que tuvo lugar, es indescriptible.

La anciana lloraba y exhalaba tristes lamentos.

Susana, con la frente contraida y sombría la mirada, permaneció inmóvil largo rato con el oido atento á las detonaciones, que ya resonaban casi sin interrupcion.

Cada una de aquellas detonaciones la hacia extremecer.

De pronto, y sin pronunciar una palabra, entró en el inmediato aposento, abrió la ventana y se asomó para ver lo que sucedia en la calle.

Al hacer esto sonaron muchos tiros de fusil, y sobre la cabeza de la jóven silbaron muchas balas.

No tembló entonces, no retrocedió, sino que por el contrario, sacó medio cuerpo fuera de la ventana y miró á uno y otro lado.

A la izquierda y al final de la calle, habia muchos hombres ocupados en hacer fuego, y parapetados tras una barricada.

Aunque estaban envueltos entre una nube de humo, Susana reconoció á su padre.

¡Qué hermoso estaba en aquellos momentos el industrial!

Pero su hermosura era imponente y terrible.

Su noble frente se levantaba con fiero orgullo, y en pié sobre un monton de piedras, dejaba en descubierto á las balas enemigas su palpitante pecho.

Hubiérase dicho que la jóven se habia petrificado.

Con los ojos abiertos y la mirada fija, permaneció inmóvil.

No exhaló un grito.

Por algunos instantes dejó de palpitar su corazon; pero luego latió con mayor violencia que nunca.

Lo que sintió no puede hacerse comprender.

¿Quién sabe si á la vez que el terror por el peligro que amenazaba á su padre, experimentaba aquella singular mujer un sentimiento de noble orgullo?

De aquel espíritu privilegiado todo debia esperarse; las balas continuaban silbando junto á su cabeza.

No sabemos cuanto tiempo hubiera permanecido allí: tal vez habria esperado el desenlace de aquel sangriento drama; pero entre el ruido atronador del combate, llegó á sus oidos el de los lamentos angustiosos de su pobre madre.

Entonces la jóven se separó de la ventana; pero como si lo hiciese violentándose, como si le costase un sacrificio alejarse de allí.

Su madre la llamaba y no podia abandonar á su madre en aquellos terribles momentos.

La madre y la hija se abrazaron.

Por las mejillas de la primera corria en abundancia el llanto.

La jóven no lloraba; sus negros ojos relumbraban como dos carbunclos, y su palidez nerviosa no era la del terror, sino de la ira.

Tal era el cuadro que en las primeras horas de la mañana presentaba el interior de la casa del señor Patricio.

Dejaremos á las dos mujeres para trasladarnos á la barricada y presenciar el combate en los momentos en que presentaba mayor interés, puesto que allí debia tener lugar una escena de la más trascendental importancia, de las más graves consecuencias.

CAPITULO LVIII.

Sigue el veintidos de Junio.

No nos ocuparemos de las alternativas del combate en las primeras horas, y diremos solamente que los defensores de la libertad se vieron muchas veces acometidos y otras tantas rechazaron á sus acometedores.

Los ataques partian casi siempre de la calle de Santa Isabel.

La barricada habia empezado ya á adquirir cierta celebridad y fué menester que las tropas del gobierno la mirasen sériamente.

Mientras los soldados no habian hecho uso más que de los fusiles, todo iba bien, porque las armas eran iguales y triunfó por consiguiente el valor y la tenacidad; pero cuando el gobierno se vió dueño absoluto de

la parte que media entre la plazuela de Anton Martin y la calle del Prado y sus alrededores, pudo adoptar más enérgicas medidas contra aquella barricada formidable que todo lo habia resistido.

Algunos de los que peleaban junto á Moncayo, habian sido ya heridos, y no quedaban mas que doce hombres en estado de defenderse.

Una seccion de artillería desembocó por la calle del Leon, y resistiendo el fuego que se les hacia desde la barricada, colocaron frente á esta un cañon con el que debian destruirla en pocos minutos.

Los artilleros estaban protegidos por los soldados que ocupaban la calle de Santa Isabel, y por otros que en aquellos momentos subian apresuradamente por la calle de Atocha.

La victoria iba á decidirse, y á decidirse tan pronto que vencedores ni vencidos tendrian tiempo para darse cuenta de su situacion.

Silbaron las balas y cayeron algunos soldados de artillería; pero fueron sustituidos inmediatamente por otros.

El cañon vomitó al fin una lluvia de metralla tan certeramente dirigida, que con ella volaron muchas piedras de las que formaban la barricada.

Además cayó sin vida el que estaba junto á Mediobeso.

La situacion era grave y los momentos demasiado preciosos pare perder siquiera uno.

El señor Patricio, que ni un solo instante habia perdido la serenidad, comprendió que era menester hacer algo más que defenderse como hasta entonces, que era menester, ya que no otra cosa, desordenar á sus enemigos para ganar algun tiempo.

Una vez hecha esta reflexion, volvióse á Medio-beso y le dijo:

—Llévate seis hombres, baja por la calle del Ave María, vuelve á la izquierda, y con los demás que puedas recoger al paso, ataca la retaguardia á los de la calle de Santa Isabel, que son los que más pronto pueden caer sobre nosotros cuando se destruya nuestro parapeto.

El bandido, cuyos relumbrantes ojos revelaban su rabiosa ira, pareció vacilar algunos instantes; pero al fin se decidió á obedecer, y partió seguido de seis de los suyos, entre los que se encontraba el llamado Pedrote.

Moncayo quedó con solo tres hombres para resistir las numerosas fuerzas de los contrarios.

Semejante resistencia era una temeridad; pero ya estaban trastornados, locos por la ira y la desesperacion, y si se les hubiera preguntado, habrian respondido sin vacilar, que deseaban morir.

El cañon hizo un segundo disparo y en la barricada se abrió otra brecha, quedando gravemente herido uno de los tres que acompañaban al industrial.

Los que salvaron la existencia respondieron al fuego de los acometedores sin cuidarse ya de ocultar el cuerpo.

Los soldados que subian por la calle de Atocha, avanzaron más y consiguieron colocarse junto al cañon, protegiendo así á los artilleros.

Otro estampido resonó.

La barricada acabó de ser destruida.

Nuestros amigos quedaron envueltos en una espesa nube de polvo.

Por algunos momentos no pudo vérseles, ni ellos se vieron los unos á los otros.

Dominando el ruido atronador de las detonaciones, resonó un grito desgarrador, un grito destemplado...

Lo habia exhalado Susana, que sin poder contenerse, asomose por segunda vez á la ventana.

¿Qué habia sido de su padre?

Cuando se disipó la nube de polvo, vióse solo al señor Patricio, en pié sobre un monton de escombros, erguido, fiero como nunca y disponiéndose á quemar el último cartucho y á luchar despues cuerpo á cuerpo hasta morir.

Allí se habia colocado y de allí no se movería.

Los soldados penetrarían en la calle; pero tendrian que pasar sobre el cadáver de aquel héroe.

Todos sus compañeros habian dejado de existir y estaban medio enterrados entre las ruinas de la barricada.

¡Momentos terribles!

Medio-beso y los suyos no podian haber llegado á tiempo para llamar hácia otro lado la atencion de los que ocupaban el primer trozo de la calle de Santa Isa-

bel, y aunque lo hubiesen conseguido, no seria la situacion ménos peligrosa, porque quedaban los que habian subido por la calle de Atocha y los que llegarian por la del Leon, que eran fuerzas sobradas para aniquilar á un hombre que se presentaba á pecho descubierto, y que por no tener ya municiones no podia hacer de su carabina uso más que para descargar algun otro golpe, que en vez de herir, debia irritar la saña de sus contrarios.

Avanzaron los que habia en la calle de Santa Isabel, al mismo tiempo que lo hacian los otros.

Tres soldados, más entusiastas ó más ligeros, llegaron precipitadamente á la derruida barricada.

El señor Patricio dió con un pié al monton de escombros donde uno de los soldados se apoyaba para pasar y acometerle.

Rodaron algunas piedras, el soldado perdió el equilibrio y cayó mientras el industrial descargaba un terrible golpe en el pecho del que tenia más cerca, haciéndole tambien rodar; y antes de que el tercero pudiese herirlo, asestóle otro golpe en la cabeza, dejándolo muerto ó gravemente herido.

Aquella lucha desigual no habia durado más que algunos segundos.

El señor Patricio arrojó lejos de sí su carabina, que se habia roto en dos pedazos.

Hecho esto, cruzó los brazos, levantó la cabeza, afirmó los piés, como si quisiese clavarlos para no moverse, y lanzó una mirada de provocacion y de profundo des-

den á un nuevo grupo de soldados que acudian tras los otros.

No habia salvacion posible; pero en el noble rostro del industrial no se dejaba ver ni remotamente el terror por la suerte que le esperaba.

Bien pronto seria despedazado, porque la ira de sus acometedores habia llegado hasta la ceguedad, desde que vieron que un solo hombre se atrevia á hacerles frente á todos, y aun les provocaba desdeñosamente, cuando ya no tenia medios de defensa.

Resonaron nuevos gritos al mismo tiempo que los soldados salvaban los montones de escombros, pronunciando terribles amenazas.

La señora Catalina, en el más completo trastorno, llegó donde su esposo estaba, y cayendo de rodillas, extendió los brazos en ademan suplicante y exclamó:

—¡En nombre de Dios!... ¡Por compasion!...

Susana llegó tambien; pero no se arrodilló ni suplicó como su madre, sino que se colocó entre su padre y los soldados, y su mirada ardiente con el fuego de la calentura, fijóse en estos con terrible expresion, tan terrible y tan dominante, que por un momento los contuvo.

Nada tan magnificamente hermoso, nada tan imponente, tan bello y tan fascinador como la jóven en aquellos momentos.

—¡Herid, cobardes!—dijo con voz firme y acento que más que el temor revelaba el desprecio.

—No me entrego,—gritó entonces Moncayo con toda la fiereza de su indomable valor...

—Matadnos, asesinadnos.

Hubo algunos instantes de silencio aterrador, instantes en que los acometedores, dominados, vacilaron á su pesar; pero al fin, ciegos como estaban por la ira, en el trastorno de su embriaguez, dieron un paso para caer furiosamente sobre aquellas tres criaturas indefensas y consumar el más horroroso asesinato.

Algunos soldados más llegaron y con ellos un oficial, que sable en mano y adelantándose á todos, saltó mientras los alentaba para que avanzasen.

No es fácil hacer la pintura de aquel cuadro, ni referir lo que sucedió en poquísimos momentos.

Apenas se presentó el oficial, la señora Catalina, que aún estaba arrodillada, dejó escapar un grito, grito que parecia llevarse tras sí el alma, y se esforzó y revolvió para levantarse sin poder conseguirlo.

Susana exhaló tambien otro grito, cuyo significado hubiera sido imposible comprender.

La frente del señor Patricio, antes serena como la del mártir que se dispone á gozar con el martirio, oscurecióse, en tanto que su mirada se tornaba sombría.

Empero ni un solo músculo de su rostro se movió, ni un solo gesto hizo que revelara lo que sentia, ni una palabra articularon sus lábios.

Permaneció inmóvil, tan inmóvil como una estátua.

La presencia del jefe encendió más el furor de los

soldados, y las aceradas puntas de las bayonetas se dirigieron contra el noble pecho del señor Patricio.

Todo esto, repetimos, fué cosa de pocos instantes.

El oficial, lo mismo que Susana y la señora Catalina, lanzó un grito destemplado, un rugido de desesperacion.

Luego, colocándose entre los acometedores y sus víctimas y extendiendo el brazo con la espada, volvióse á los primeros, les lanzó una mirada centellante y exclamó con voz que hubiera podido dominar el estruendo de la tempestad:

—¡Quietos!

Los soldados se detuvieron y miraron sorprendidos á su jefe.

No parecian muy dispuestos á obedecer.

El oficial debió comprenderlo así, porque añadió:

—¡Atrás, miserables; atrás!

—¡Atrás!—replicó un sargento como si quisiese echar á su jefe en cara semejante determinacion, que mas que otra cosa parecia en aquellas circunstancias una traicion.

Los soldados en campaña y particularmente en los momentos del combate, no se muestran tan subordinados como en las demás ocasiones, y muchas veces con gran trabajo tienen los jefes que hacerse obedecer.

—Sí, atrás he dicho,—replicó el oficial con firmeza, —atrás he dicho y me obedecereis ó me matareis.

Y como los soldados permaneciesen inmóviles y co-

mo dudando si al obedecer se hacian cómplices de una traicion, el bizarro oficial, cuyos negros ojos relumbraban y dejaban escapar centellas, cogió por ambos extremos la espada, la apoyó en una de sus rodillas, la partió en dos pedazos, que arrojó lejos de sí, se arrancó y tiró tambien las dos estrellas de oro que se veian en las mangas de su levita, y cruzando los brazos y presentando el pecho, exclamó:

—¡Es mi padre!... ¡Matadnos!

El efecto que esto produjo es inexplicable.

El verdadero valor tiene una gran influencia.

Además de la influencia del valor, influyó el efecto natural de la sorpresa.

Los soldados, sin atreverse á articular una sílaba, retrocedieron algunos pasos.

Hubiérase dicho que estaban poseidos de terror, y no era el terror, sino el respeto, un respeto de que ellos mismos no se daban cuenta, lo que les hacia retroceder.

Entonces el sargento, apretando los puños y con voz reconcentrada, exclamó:

—¡Mil rayos!...

Y se acercó al oficial, diciéndole:

—Por Dios, mi teniente; yo daré por usted la vida; pero no nos comprometa usted... Esto ha concluido... Váyanse ustedes.

La señora Catalina, que se habia levantado y se acercaba á su hijo con los brazos abiertos, haria que se perdiese un tiempo precioso.

Dionisio comprendió la situacion.

Susana apreció tambien el valor de aquellos instantes, y dirigiendo una mirada de inmensa gratitud al sargento, asió con una mano á Dionisio, con la otra á su madre, y llevándolos hácia su casa, dijo:

—Vamos, padre mio.

Como todo esto sucedió con mucha rapidez, en mucho ménos tiempo del que se necesita para referirlo, antes que los soldados se desaturdiesen, nuestros amigos entraron en su casa, que ya sabemos estaba á pocos pasos de allí.

El sargento se volvió á los suyos y les dijo:

—¿Hay alguno de vosotros que quiera mal al teniente Moncayo?

—No,—respondieron todos.

—Pues bien, el teniente ha desaparecido sin que sepamos cómo; presumimos que ha sido traidor; pero nada más, ¿lo entendeis?

Llegaban en aquellos momentos nuevos grupos de soldados y el sargento, para representar bien su papel, miró á todos lados mientras decia:

—¿Pero dónde se ha metido?... Sí, ha sido traidor, aquí está su espada... ¡Mil truenos!... Por aquí, muchachos.

Sin saber cómo, la noticia de que habia desaparecido el teniente Moncayo, empezó á cundir con rapidez.

¿Cómo se explicaba esto?

Ni los que más de cerca le habian seguido daban ra-

zon alguna satisfactoria, pues aseguraban que el teniente se les habia adelantado mucho, se les habia perdido de vista tras los montones de escombros, y cuando llegaron vieron con sorpresa la espada rota, lo cual les hacia presumir que se habia reunido á los rebeldes.

¿Y por qué habia roto la espada?

Esto era incomprensible.

Algunos empezaron á creer que el teniente habia sido muerto, ocultando ó llevando su cadáver.

Lo que por de pronto interesaba era concluir de hacerse dueños de la calle de la Magdalena, reunirse con los que se habian posesionado ya de la plaza del Progreso y bajar por las calles del Ave-María, Olivar y Lavapiés para ir estrechando á los que aún se resistian en la parte baja de la poblacion.

Esto era lo más importante, repetimos, y fué por consiguiente el primer cuidado de los jefes que mandaban las tropas por aquella parte.

Siguieron llegando refuerzos numerosos y avanzó la artillería.

La revolucion agonizaba, exhalaba el último suspiro, no quedaban ya mas que algunos grupos de héroes, que con una tenacidad indomable hacian resistencia, ya desde alguna barricada, ya desde algun edificio.

Pero estaban aislados unos grupos de otros y era muy fácil vencerlos, porque sobre no poder comunicarse ni auxiliarse mútuamente, habian agotado ya casi todas las municiones.

Sin embargo, á más ó ménos distancia de la calle de la Magdalena, resonaba todavía el estampido del cañon.

¿Y Medio beso?

Vamos á ir á buscarlo; pero antes diremos que tras los soldados entraron en la calle de la Magdalena algunos agentes de policía, entre los cuales estaba Pintura.

A medida que los soldados triunfaban, los agentes adelantaban, observaban y hacian averiguaciones, recogiendo preciosos datos.

No hay que decir que tuvieron noticia de la extraña desaparicion del teniente Moncayo.

—Moncayo,—murmuró Pintura mientras sonreia maliciosamente.

Y deteniéndose frente á la casa del señor Patricio, dijo á dos de sus compañeros:

—Habeis de quedaros aquí y ni por puertas ni ventanas ha de salir una mosca.

—¿Tenemos caza?—preguntó uno de los agentes.

—Dos pajarracos que valen por doscientos.

—¡Oh!...

—Voy á enviar recado al jefe y volveré en seguida.

Y dicho esto, tomó Pintura hácia la calle de Cañizares.

Los dejaremos, porque tenemos que averiguar lo que habia sido de los otros.

CAPITULO LIX.

Sigue el veintidos de Junio.

Medio-beso, con sus tres amigos, bajó la calle del Ave María y tomó por una de las estrechas y pendientes que están á la izquierda y en direccion de la de Santa Isabel; pero antes de salir á esta última, encontráronse con algunos soldados que á veinte ó treinta pasos de distancia, les intimaron la rendicion.

Los cuatro valientes no estaban dispuestos á rendirse y contestaron haciendo fuego, mientras procuraban resguardarse en los huecos de las puertas.

Cruzáronse algunos disparos con daño de unos y otros, cayendo heridos dos de los que acompañaban á Medio-beso.

Éste y Pedrote rugieron desesperadamente.

Los enemigos eran muchos, y por consiguiente imposible la lucha cuerpo á cuerpo.

Además, querian socorrer á los dos heridos, y mientras Pedrote continuaba haciendo fuego, su amigo llamó con recios golpes á la puertecilla de una casa miserable, cuyo piso bajo estaba ocupado por una taberna.

Por efecto de la pendiente de la calle, el único balconcillo que se veia en el piso principal de aquella casa, encontrábase á muy poca distancia del suelo y sobre una reja del cuarto bajo.

Por allí pensaba Medio-beso introducirse en la casa sino le abrian la puerta.

Pero ésta se abrió, y mientras los soldados avanzaban, nuestros amigos entraron, arrastrando á los heridos y diciendo al tabernero:

—Cuida de ellos.

Sin perder un instante en mas observaciones, subieron apresuradamente una empinada escalerilla y se encontraron bien pronto en el aposento á que correspondia el balcon de que hemos hablado.

—¿Te quedan cartuchos?—preguntó entonces Pedrote á su amigo.

—El que tengo en la carabina.

—¿Qué hemos de hacer entonces?

Dejaron escapar un terrible juramento, y mientras sin cesar maldecian y blasfemaban, con los rostros encendidos por la ira y los ojos inyectados en sangre, dieron un paso hácia el balcon, que estaba abierto, con ánimo

resuelto de hacer los últimos disparos y dejarse luego matar.

Empero mientras habian subido, los soldados avanzaron y se oian recios golpes á la puerta de la casa, y voces mandando abrir.

—¡Por Satanás!—replicó Medio-beso.—Matemos dos y esto nos consolará.

Prepararon las armas mientras se dirigian al balcon; pero en este aparecieron uno tras otro dos soldados, cambiando así la situacion de todos.

—¡Entregaos!—dijeron los invasores deteniéndose y apuntando á nuestros dos conocidos.

Estos rugieron, y lo mismo que habian hecho antes, respondieron con sus armas.

Sonaron casi á la vez cuatro detonaciones.

Pedrote abrió los brazos, vaciló algunos instantes, y mientras la carabina se escapaba de sus manos, cayó pesadamente.

Hábia dejado de existir.

Otro de los soldados cayó tambien herido.

El que quedaba y Medio-beso se miraron como si midiesen sus fuerzas antes de entablar cuerpo á cuerpo una lucha que entonces era ya de resultados dudosos.

No es posible dar una idea de la cólera del bandido.

Sus ojos relumbraban como los de un tigre.

Su rostro estaba contraido y horriblemente desfigurado, y en el interior de su pecho resonaba como un rugido sordo y espantable.

Cuando ambos se disponian á lanzarse el uno sobre el otro, la situacion volvió á cambiar, porque un tercer soldado escaló el balconcillo, preparó su fusil para hacer fuego y gritó:

—¡Quieto!

Ya era imposible la lucha.

Medio-beso, como habia hecho el señor Patricio, levantó la cabeza, miró desdeñosamente á los soldados y dijo:

—No me entrego... matadme.

No sabemos si el soldado iba á hacer fuego ó una segunda intimacion, porque en aquel momento se entreabrió una puerta, viéronse relumbrar unos ojos y salir un brazo armado de un rewólver.

Inmediatamente resonó un tiro.

El soldado que apuntaba cayó sin vida.

El otro, sorprendido, retrocedió un paso.

La puerta acabó de abrirse, y se presentó Plotoski frio como siempre; pero sombrío y terrible.

Medio-beso dejó escapar una esclamacion de alegría y de sorpresa.

Apuntando siempre y dispuesto á hacer un segundo disparo, avanzó lentamente el extranjero, y dijo al soldado:

—Si llego á tí y no te has ido, morirás como tu compañero. No tienes tiempo de cargar tu fusil, ni yo te lo daré para herirme con la bayoneta.

El acento de Plotoski era tan firme, tan duro, tan

imponente y su mirada tan dominadora, que el soldado sin darse cuenta de lo que le sucedia, empezó á retroceder á medida que el otro avanzaba, llegando así hasta la balaustrada del balconcillo.

Entretanto Medio-beso juraba, maldecia y reia estrepitosamente, sin que pudiera decirse qué lo dominaba más entonces, si el corage ó la alegría.

—Baja,—dijo Plotoski con imperioso tono.

Y como un autómata que obedece á sus resortes, el soldado se descolgó por el balcon.

—¡Vive Dios!—exclamó el bandido,—¿por qué no lo ha matado usted?

—Una cosa es defenderse y otra es asesinar, porque asesinato hubiera sido con la desigualdad de armas.

—Pero...

—Vamos... Van á subir los otros.

Plotoski entró por la misma puerta de que antes se habia servido.

Medio-beso lo siguió.

Ya era tiempo.

Los soldados que habian quedado en la calle hicieron abrir la puerta y subieron precipitadamente, entrando en la habitacion un momento despues de haber desaparecido nuestros amigos.

Desde entonces nada de particular ofreció aquel incidente.

Mientras el tabernero se ocupaba en socorrer los heridos, los soldados registraban la casa; pero Plotoski y

Medio-beso, bien por los tejados, bien por las tapias medio derruidas de un patio ó corralillo, habian conseguido salir.

¿Dónde se encontraban?

Era difícil averiguarlo.

Tambien allí se presentaron algunos agentes de policía, entre los que iba Cara-de-Palo.

Ocupáronse en hacer pesquisas.

El soldado que habia tenido que retroceder y salir por el balcon, dió con toda exactitud las señas del misterioso personaje.

—Plotoski,—murmuró Cara-de-Palo.

Pero no dijo más, ni tampoco hizo un leve gesto que indicase lo que pensaba ó lo que sentia.

Las tropas del gobierno fueron avanzando y posesionándose de barricadas y edificios.

A las tres de la tarde puede decirse que todo habia terminado, pues no quedaba por vencer más que la temeraria resistencia de unos cuantos artilleros que ocupaban una casa de la calle de Jacometrezo.

Aquellos infelices, que ya sabian la suerte que les esperaba, se defendieron tan heróicamente, que se temió no conseguir vencerlos en lo que quedaba de dia.

Y si estos hombres, que eran pocos pudieron defender por tanto tiempo un edificio que no estaba aislado, ¿qué no hubieran podido hacer los que ocupaban el cuartel de San Gil y tenian tantos medios de defensa?

Por eso dijimos que la toma del cuartel era incom-

prensible, y que aún no se habia explicado este suceso satisfactoriamente.

Sobre aquella desdichada revolucion no tenemos ahora más que decir, porque de sus consecuencias hablaremos en el lugar que corresponda: solamente añadiremos, que á las cuatro de la tarde no se veian por las calles de Madrid, más que camillas con soldados heridos, no se oia en el interior de las casas otro ruido que el de los angustiosos lamentos de madres que habian perdido á sus hijos, de familias que habian quedado en la más espantosa orfandad.

Pocas horas habia durado la lucha; pero pocas veces ha corrido la sangre en tanta abundancia.

Nadie puede fijar con exactitud el número de víctimas, particularmente por parte del pueblo.

De uno y otro bando entraron por centenares los heridos en los hospitales, y por centenares tambien pudieron contarse los cadáveres en los depósitos que se establecieron.

¡Dia inolvidable y horrible!

Suponemos, lector, que deseas saber en qué situacion habian quedado el señor Patricio y su familia.

De ellos vamos á ocuparnos.

CAPITULO LX.

Nuevos apuros.

Apenas se encontraron en su vivienda los indivíduos de la familia Moncayo, Dionisio cayó en los brazos que á la vez le tendian sus padres y su hermana.

Todos hablaron á la vez sin que pudiera entenderse lo que decian, y por las mejillas de todos corrieron lágrimas.

La anciana, cuyas fuerzas se habian agotado con tantas rudas conmociones, no pudo resistir la última y quedó sin conocimiento en los brazos de su hijo.

Colocáronla en la cama y todos se ocuparon en socorrerla, sin que aquellos dos hombres pensasen el peligro que corrian dejando pasar el tiempo sin huir.

Más de media hora trascurrió.

La calle habia quedado silenciosa, y no se veian en ella más que los soldados que vigilaban en algunas esquinas, y los dependientes del señor Morato, que permanecian frente á la casa del señor Patricio.

Susana fué la primera que al fin se ocupó de lo que más interesaba en aquellos momentos.

—Padre mio,—dijo,—no tardará en averiguarse lo que ha sucedido y no faltará quien diga donde os encontrais. Es preciso que os salveis.

—¡Salvarnos!—murmuró con voz sorda el industrial. —¿Y cómo?

Efectivamente, era muy difícil huir.

La calle estaba vigilada, y apenas saliesen serian reconocidos.

Ninguno de aquellos dos hombres tenia miedo por su existencia; pero cada uno de ellos temblaba al pensar en el peligro que el otro corria.

Ambos hubieran querido quedarse para proteger á las dos infelices mujeres; pero, ¿cómo habian de defenderlas si alguien intentaba abusar de su debilidad?

No conseguirian mas que morir si se empeñaban en permanecer allí, y su muerte haria más grave y más horrible la situacion de aquellas desdichadas.

Nunca como entonces se necesitaba la calma para discurrir con acierto, pues la más leve imprudencia, la menor torpeza, daria por resultado la perdicion de todos.

Así lo comprendieron el padre y el hijo, y dejando para ocasion más oportuna expresar los sentimientos que

agitaban sus corazones, ocupáronse solamente de los medios que tenian de salvacion.

—Dejadme reflexionar algunos momentos,—dijo el señor Patricio.

Y despues de hacerlo así, añadió:

—No tenemos mas que un camino que seguir.

—¿Cuál? —preguntaron afanosamente las dos mujeres.

—Es lo más probable que nos reconozcan algunos de los soldados que han quedado por aquí, y por consiguiente no debemos intentar salir á la calle.

—No.

—Podemos disponer de una escalera, que por consejo de Plotoski sabeis que tengo hace algunos dias.

—Sí, por el patio, al jardin de don Juan de Bustamante...

—Y don Juan, que es noble de corazon, á pesar de sus ideas políticas, nos ocultará y proporcionará medios de huir.

—Ante todo,—observó Susana,—veamos la calle.

Y se acercó á la ventana, que habia dejado abierta, asómose y miró cuidadosamente á todos lados.

—¿Quienes serán aquellos dos hombres?—dijo al ver á los dos dependientes del señor Morato.

El señor Patricio se acercó tambien á la ventana, y despues de examinar con la mirada á los dos espías, dijo:

—No los conozco; pero deben ser dos agentes de po-

licía, que todo lo han averiguado y vigilan por si intentamos salir.

La frente de Dionisio se contrajo.

—¡Si no se tratara más que de esos dos miserables! —murmuró.

—Cuentan con el auxilio de los soldados.

—¡Dios mio!—exclamó la señora Catalina.

—Es imposible salir...

—No hay más salvacion que la tapia del patio...

—Tambien ofrece sus peligros,—replicó el señor Patricio, cuya calma parecia aumentar cuanto mayor era el peligro.

—Sepamos.

—Si la policía tiene conocimiento de que nos encontramos aquí, habrá tomado sus precauciones y no habrá olvidado el jardin de la casa de don Juan de Bustamante, porque ya hace tiempo que tiene la atencion fija en nosotros.

—¿Y cómo hemos de averiguarlo?

—Es difícil.

Volvieron á reflexionar y luego manifestaron diversas opiniones; pero ningun plan ofrecia las probabilidades de éxito que se deseaba.

Entre dudas y vacilaciones, pasó otra hora.

Por fin el señor Patricio decidió salir por el patio, entrar en la casa de don Juan, hablar con éste haciéndole comprender la situacion, y obrar de acuerdo con él.

Dionisio debia quedarse y esperar el resultado de

aquella conferencia, para huir despues ó para ponerse bajo la proteccion de Bustamante, cuya poderosísima influencia podria tal vez salvar.

Este plan ofrecia tambien sus inconvenientes; pero no tantos como los demás, y se dispusieron á ponerlo en práctica.

No se despidió el señor Patricio Moncayo de su esposa ni de su hija, porque pensaba verlas por lo ménos otra vez, y salió bajando y yendo al patio donde tenia la escalera.

Colocada ésta junto á la tapia, subió ligeramente el señor Patricio, y despues de mirar al jardin y de convencerse de que nadie habia en él, saltó y se dirigió á la puerta que daba entrada á la casa.

No debia encontrar ningun inconveniente, y lo dejaremos para volver al lado de su familia.

Como no tenian que hacer más que esperar, ocupáronse solamente de darse explicaciones y de cambiar frases de ternura.

Trascurrieron veinte minutos.

El señor Patricio no volvia.

¿Por qué se detenia tanto tiempo?

Esto era incomprensible.

Varias veces se asomó la jóven á una de las ventanas que daban al patio, mirando á éste y á la casa de don Juan de Bustamante.

A nadie vió ni percibió el más leve ruido.

Empezaron á temer una nueva desgracia.

Susana, que tan raro valor habia mostrado, sintió que éste le faltaba.

Un cuarto de hora más pasó.

—No esperaré,—dijo Dionisio, poniéndose en pié.

—¿Qué intentas?—le preguntó su madre.

—Quiero saber lo que ha sucedido á mi padre, porque no es posible que se detenga tanto tiempo en hablar, siendo así que cada minuto que se pierde tiene un inmenso valor.

—¡Dios mio!... ¿Y si ha caido en manos de la policía?

—Eso probará que estamos vigilados por todas partes, y no tardarán en introducirse aquí. ¿Qué pierdo con anticiparme á lo que ha de suceder dentro de algunos minutos?

Dionisio tenia razon, y sobre todo era menester salir de dudas.

La madre y la hija dudaron y vacilaron; pero él no dudó y se dirigió al patio sin escuchar observaciones.

¿Qué le importaba no ser conocido personalmente de don Juan de Bustamante? Él se daria á conocer y explicaria el por qué no habia creido conveniente esperar por más tiempo á su padre.

Sin entrar en más reflexiones, subió por la escalera que estaba apoyada en la pared, y se colocó sobre ésta, mirando al jardin para hacerse cargo de la elevacion del terreno.

No se detuvo muchos instantes, y descolgándose, saltó sin recibir daño alguno.

Empero no bien habia dado algunos pasos hácia la casa, cuando de entre la espesura salieron seis hombre y lo rodearon, enseñando uno de ellos un baston y amenazando los otros con rewolvers.

El valeroso jóven dejó escapar un rugido de ira.

Sus negros ojos relumbraron, y su primer impulso fué el de caer sobre sus acometedores.

Pero el del baston, que no era otro que el señor Morato, le dijo con su calma habitual:

—Caballero, no agrave usted su situacion. Tiene usted sobra la inteligencia para comprender que es imposible una lucha con nosotros, y que la resistencia constituiría un delito, tanto mayor cuanto más críticas son las actuales circunstancias.

—¿Por qué se me prende?—preguntó arrebatadamente Dionisio.

—Para prenderlo á usted seria bastante el haberlo sorprendido introduciéndose en casa agena.

—Para hacerlo así estoy autorizado por don Juan de Bustamante.

—No lo dudo; pero sobre este punto no haré más observaciones, puesto que no he pensado prenderlo á usted por ladron, ni de tal delito ha de acusársele tampoco.

—Entonces...

—No me está permitido entrar en más explicaciones. Cumplo mi deber, y nada más.

—¿Sabe usted quién soy?

—Don Dionisio Moncayo, teniente de infantería.

Toda discusion era inútil.

Era preciso entregarse, y Dionisio no pensó ya más que en la suerte que su padre habria sufrido.

—Caballero,—dijo,—estoy á disposicion de usted.

—Gracias.

—¿No se me permitirá ver á don Juan de Bustamante?

—No puedo permitir que se comunique usted con nadie.

—¡Oh!...

—Si otra cosa desea usted que me esté permitido concederle...

—Sí, deseo noticias de mi padre.

—Le responderé á usted con franqueza,—repuso el señor Morato, mientras desplegaba una sonrisa maliciosa,—á su padre de usted se le busca; pero no se le ha encontrado, ni tengo esperanzas de que se le encuentre, porque supongo que por aquí ó por otro lado habrá huido antes de que llegásemos nosotros.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó el jóven, elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud.

Fácilmente habia adivinado el jefe de policía que el señor Patricio se encontraba en la vivienda de don Juan; pero siguiendo siempre su sistema de quedar bien con todos y de obligarlos á todos con deudas de gratitud, aparentó que creia que el industrial se habia ya puesto en salvo.

De este modo, don Juan de Bustamante, cuyos nobles sentimientos conocemos ya, se creeria obligado á sostener y proteger al jefe de policía en caso necesario.

¿Cómo habia tenido lugar la escena que acabamos de referir?

Lo explicaremos; pero tenemos que retroceder para seguir al señor Patricio, á quien dejamos cuando atravesaba el jardin.

CAPITULO LXI.

Visitas inesperadas.

El señor Patricio entró en la casa, subió, atravesó algunas habitaciones sin que nadie lo viese, y llegó por fin á una donde se encontraban don Juan de Bustamante y Clotilde.

El aspecto del industrial revelaba claramente su agitacion, y el desórden de sus vestidos y sus manos ennegrecidas por la pólvora, decian lo que acababa de hacer.

Los dos esposos dejaron escapar una exclamacion de sorpresa y de miedo.

No necesitaban explicaciones para comprender que Moncayo era perseguido y huia.

No era dudosa la suerte que le esperaba si caia en manos de los agentes del gobierno.

Por más que lo cegase la pasion política, Bustamante era capáz de hacer todos los sacrificios por evitar una desgracia.

¿Qué le importaba que el señor Patricio fuese su adversario en política?

Bustamante deseaba el triunfo de sus ideas; pero de ningun modo queria que los vencedores derramaran sangre de los vencidos.

Sobre este punto hay que hacer justicia á don Juan: nunca se habia ocultado para decir, contra la opinion de sus amigos políticos, que las revoluciones no debian costar mas sangre que la derramada en los momentos de la lucha, y que los llamados delitos políticos, no eran tales delitos, y por consiguiente que los gobiernos no tenian derecho alguno para castigar en semejantes casos, sino solamente para defenderse en el terreno que se le atacase.

Desgraciadamente las ideas de Bustamante no habian de servir de regla de conducta al gobierno, y centenares de hombres debian ser inhumanamente sacrificados.

—Tranquilícese usted,—fué la primera palabra que con cariñoso tono pronunciaron don Juan y su esposa.

El honrado industrial apretó los puños con desesperacion y exclamó:

—¡Mi hijo!

—¡Vuestro hijo!—murmuro Clotilde extremeciéndose violentamente.

La frente de don Juan se contrajo.

Adivinó una parte de lo que habia sucedido y temió sucesos horrorosos.

—Explíquese usted,—dijo con tanto afan como temor.

El tiempo era demasiado precioso, y el señor Patricio, con enérgicas frases, refirió cuanto habia sucedido en la barricada, concluyendo por explicar la situacion apuradísima en que se encontraban y la imposibilidad de huir por la calle de la Magdalena, donde se habia situado la policía.

—¿Y por qué,—preguntó Clotilde,—no ha venido desde luego su hijo de usted?

—Señora,—respondió Moncayo,—me ha parecido conveniente ponerme de acuerdo con ustedes y pedirles esta gracia.

—¿Ha podido usted creer que nos negásemos á salvarlos?

—No, no he dudado un instante de los nobles sentimientos de ustedes; pero yo ignoraba si mi plan ofreceria algun inconveniente.

—Ninguno,—dijo don Juan.—Aquí permanecerán ustedes hasta que puedan salir sin peligro alguno, si bien no podré evitar que tengan ustedes que abandonar el territorio español, porque toda mi influencia no valdria para que se salvase su hijo de usted, que á los ojos de sus jueces ha cometido una traicion, ha faltado á la disciplina y ha inferido una grave ofensa al honor militar, rompiendo su espada y arrancándose sus insignias.

—Sí, saldremos de España y sufriremos con resig-

nacion hasta que las circunstancias nos favorezcan.

—Entonces, no pierda usted tiempo; vuelva usted por su hijo, despídase de su familia y despues hablaremos detenidamente.

Iba el señor Patricio á pronunciar algunas frases de gratitud, cuando se oyó el sonido de una campanilla.

Sin saber por qué, se extremecieron todos.

Tambien sin darse cuenta de lo que hacían, cruzaron una mirada de terror.

A los pocos momentos se presentó un criado, diciendo á don Juan:

—El señor Morato...

—¡Ah!—exclamó Clotilde.

Dos centellas se escaparon de los ojos del industrial.

Bustamante palideció y dijo:

—Dejadme con ese hombre.

—Venga usted,—repuso Clotilde.

Y salió con el señor Patricio.

El señor Morato se presentó, saludó respetuosamente á don Juan y le dijo:

—Caballero, me veo en la dura necesidad de molestarlo á usted; pero la culpa no es mia, sino de mi crítica posicion.

—Lo sé,—respondió Bustamante con cuanta calma le fué posible,—lo sé y estoy seguro de que hará usted en mi obsequio cuanto le sea posible.

—Gracias, porque reconoce usted mi buena voluntad.

—Me ha dado usted más de una prueba.

—No tengo para qué decir á usted que comprendo su crítica situacion en cuanto se refiere á la familia Moncayo, y por consiguiente excusaré muchas observaciones, que sobre ser enojosas, nos harian perder un tiempo precioso.

—¿Hablo ahora con el amigo ó con el jefe de policía?

—Con el amigo, si es que este honroso nombre merezco.

—Entonces empezaré por decir francamente que sé cuanto ha sucedido en la calle de la Magdalena, y que tampoco ignoro que sus dependientes de usted vigilan la casa del señor Patricio Moncayo.

—Así nos ahorramos muchas explicaciones.

—¿Puedo saber lo que se ha decidido con respecto á esa familia?

—Tengo órden terminante de prender al padre y al hijo, tan terminante que no puedo excusarla sin resignarme á quedar en el lugar tristísimo que á aquellos se les destina.

—Comprendo,—murmuró don Juan, cuya frente se contrajo aún más de lo que estaba.

—Lo que ha de suceder es demasiado horrible.

—¡Oh!...

—Ha corrido mucha sangre; pero aún es poca en comparacion de la que se verterá.

—¿Abusará el gobierno de su triunfo?

—Precisamente abusar no, porque espero que se muestre generoso con los que están en el caso del señor Pa-

tricio, de Plotoski y otros muchos; pero en cuanto á los individuos del ejército será inexorable; para estos no habrá más que la ordenanza militar aplicada con todo rigor.

El señor de Bustamante se extremeció, pensando en el hijo de Moncayo.

El jefe de policía, como si se violentase para hablar, prosiguió diciendo:

—Al honrado industrial le espera la deportacion ó el presidio, segun las pruebas que resulten contra él; pero á su hijo, que en los momentos del combate se ha pasado á los rebeldes...

—No es dudosa su suerte, ya lo sé.

—La casa de Moncayo comunica con esta por el jardin...

—¡Señor Morato!...

—Esta circunstancia es conocida de uno de mis dependientes, que ha hecho mencion de ella en presencia del gobernador, y por consiguiente me ha sido imposible aparentar ignorancia, y he tenido que obedecer cuando se me ha mandado vigilar por esta parte, mientras se daba el golpe por la calle de la Magdalena.

—¡Invadir mi casa!...

—Se supone que usted prestará apoyo al gobierno, facilitando la captura de los criminales.

—Debian haber considerado suficiente hacerme una advertencia, para que yo no favoreciese la fuga de los perseguidos.

—Sí; pero eso podia tambien haber sido considerado por usted como equivalente á convertirlo en agente de policía.

—No, caballero, eso no: y algo más hay en este asunto, algo más, que no me explico.

El señor Morato desplegó una sonrisa maliciosa.

—Nada sé,—dijo.

—Si no sabe usted, por lo ménos adivina.

—Tal vez; pero mis sospechas, simples sospechas, no deben servirnos de guia en tan delicado asunto. ¿Quién asegura que no me equivoco?

—No, no se equivoca usted.

—Señor don Juan...

—De cualquier modo, hábleme usted con franqueza, puesto que como amigos hablamos ahora.

—Pues bien, por más que usted se sorprenda, por más que le parezca un imposible, en todo esto veo la mano del señor don Pedro de Rubianes.

—¡Ah!...

—¿No es usted de mi opinion?

El señor de Bustamante reflexionó, recordando todas las circunstancias, para él incomprensibles, de cuanto habia sucedido con el hombre respetable.

El misterio presentaba, pues, doble interés.

—Señor Morato,—dijo despues de algunos momentos el esposo de Clotilde,—sea usted franco; en otra ocasion, no ménos crítica, le oí pronunciar á usted el nombre del señor de Rubianes. ¿Qué relacion tiene él

conmigo? ¿Qué tiene que ver con la virtuosa familia Moncayo?

—Algo tiene que ver; pero lo ignoro.

—¿Y no lo sospecha usted?

—Tampoco lo sospecho.

—¿Y no ha intentado hacer averiguaciones?

—Sí; pero nada he conseguido.

—¿Ni tiene usted esperanzas de conseguir?

—La esperanza nunca se pierde.

—Mi buen amigo, voy á pedirle á usted un favor, el favor más señalado que puede otorgarme.

—Concedido desde luego.

—En todo lo que se refiere al industrial y á su familia, á Plotoski y al señor de Rubianes, hay un misterio, quizás horrible.

—No se equivoca usted.

—Y en ese misterio...

—Algun papel de importancia representa usted.

—¡Represento un papel de importancia y lo ignoro!...

—Esa es mi opinion.

—¿Y en qué se funda usted para creerlo así?—preguntó vivamente don Juan.

—En que el señor de Rubianes no pierde de vista nada de cuanto se relaciona con ustedes, y ahora lo he dejado en el ministerio, ofreciéndose al ministro y...

—Sí, recobrará su antigua influencia...

—Si hace algunas concesiones políticas, que en estos

momentos no tendrian nada de particular, el señor de Rubianes volverá á ser lo que siempre ha sido.

—Tal creo.

—Iba usted á pedirme un favor...

—¿Conoceré el resultado de las averiguaciones que está usted haciendo relativas al señor de Rubianes y á Plotoski?

—¿Quiere usted conocerlo sea cual fuere?

—Sí,—respondió el señor de Bustamante sin vacilar.

—Piense usted...

—Nada pienso.

—De las averiguaciones puede resultar algo muy desagradable para todos.

—No importa, porque no hay nada que mas me atormente que la duda y el misterio.

—Puesto que usted se empeña...

—Sí, sí.

—Será.

—Volvamos á esa pobre familia.

—Vuelvo á ella.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Señor don Juan, estoy observado, estoy espiado por algunos de mis mismos dependientes.

—Lo cual quiere decir...

—Que con toda exactitud y mal que me pese he de cumplir las órdenes que he recibido.

El señor de Bustamante volvió á temblar.

Creyó que no se atreverian á registrar su casa y por consiguiente, el industrial podria salvarse.

¿Pero y Dionisio?

—Señor Morato,—dijo el esposo de Clotilde despues de algunos momentos,—me parece que llegan ustedes tarde.

—¿Cree usted que ya estarán en salvo el padre y el hijo?

—Lo supongo.

—Entonces me tranquilizo, porque sin dejar de cumplir mi deber, se evitará la desgracia.

—Supongo que le bastará á usted mi palabra y se retirarán ustedes.

—No podemos retirarnos hasta que se reciba aviso de los que están en la calle de la Magdalena, porque si antes nos fuésemos, cuando no encontrasen á los delincuentes, se supondria que por aquí se habian evadido y que la culpa era mia por no haber permanecido en el jardin, segun se me ha mandado.

Esta observacion no tenia réplica.

¿Qué hacer para salvar á Dionisio?

Don Juan dudó algunos momentos; pero al fin se decidió á decir la verdad y repuso:

—El señor Patricio Moncayo está en mi casa desde algunos minutos.

—No me sorprendo.

—¿Se atreverá el gobierno á mandar que se me registre mi vivienda?

—No.

—Entonces...

—El señor Patricio se ha salvado.

—¡Ah!...

—¿Y su hijo?—preguntó el jefe de policía.

El señor de Bustamante inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho.

—Lo comprendo todo,—dijo el señor Morato.—Esto es muy horrible; pero no tiene remedio. Si el teniente Moncayo permanece en su casa, se apoderarán de él los que están en la calle de la Magdalena: y si huye por el patio, yo lo prenderé apenas ponga el pié en el jardin.

—¡En mi casa, en mi presencia!... ¡Oh!... ¡Jamás!...

Y don Juan apretó los puños y fijó una mirada terrible en el señor Morato.

—¿Qué hará usted?—replicó éste.—¿Se declarará usted protector de los conspiradores?

—Lo haré todo para salvar al hijo del hombre honrado y generoso que la noche de San Daniel arriesgó su existencia por favorecer á Alberto.

—Señor don Juan, no agravemos la situacion. Si usted se opone á la prision del teniente Moncayo, nada conseguirá usted, porque la fuerza será rechazada con la fuerza, y una vez que se le mire á usted como sospechoso, se registrará esta casa, y entonces la desgracia será mayor, puesto que el padre sufrirá la misma suerte del hijo. Reflexione usted, porque su noble generosidad

no dará otro resultado que el de hacer dos víctimas en lugar de una.

Por grandes que fuesen los deseos de salvar á Dionisio, era forzoso que don Juan se convenciese ante las incontestables razones del jefe de policía.

Querer salvar al hijo, era perder tambien al padre, era hacer más crítica la situacion de los dos, era tambien perderse el mismo don Juan.

—No,—añadió el señor Morato,—no intente usted una locura, no manifieste usted ni siquiera compasion por esos desgraciados, porque se inutilizará usted para favorecerlos con su influencia. Tal vez, continuando usted al lado del gobierno y mostrándose ahora deseoso de que se castigue á los delincuentes, tal vez, repito, pueda usted conseguir un indulto para el hijo del honrado industrial.

Entre dos males debe elegirse el menor, y así lo comprendió al fin el señor de Bustamante.

—Voy á concluir,—dijo el señor Morato, poniéndose en pié.

—Espere usted...

—Puedo hacerme sospechoso si permanezco más tiempo aquí.

—Ya escucho.

—No conviene que el señor Patricio sepa lo que vá á suceder, porque es padre, tiene un valor temerario, y cometeria la imprudencia de intentar oponerse á la prision de su hijo.

—¡Pobre familia!

—Despues que nos hayamos retirado y cuando ya nada pueda hacer, empleará usted todo su talento y su influencia para convencerlo á que salga de Madrid.

—Lo cual no será muy fácil en algunos dias.

—Esta misma noche debe hacerlo, dirigiéndose á Francia.

—Estarán vigiladas las estaciones del ferro-carril...

—No importa, porque yo traeré un pasaporte con el cual el señor Patricio irá completamente seguro.

—Gracias, amigo mio, gracias,—dijo don Juan, estrechando cariñosamente la diestra del jefe de policía.

—Cumplo un deber, porque así no hago más que pagar lo mucho que á usted debo.

—Yo soy el deudor.

—Señor don Juan, ocúpese usted en hablar con el señor Patricio, deteniéndolo mientras á su hijo se le prende, y de nuestra conversacion digále usted lo que mejor le parezca, que talento le sobra á usted para apreciar la situacion y obrar como más conviene á esos infelices.

—Olvidaba hacer á usted una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Se ha pensado en Plotoski?

—Se ha pensado en él, porque se ha batido como un héroe, y ha desaparecido despues de una escena de que hablaré á usted otro dia y que acabará de convencerlo de que ese hombre, no solamente no es lo que parece, sino que tiene algo de brujo.

—No hay que decir que se habrá dado órden de prenderlo...

—Y ahora no puede valerle el embajador francés, porque además de que está justificado el delito, hay agentes de policía en las cercanías de la embajada y se apoderarán de Plotoski si intenta refugiarse allí.

—¿No hay medio de salvarlo?

—Ninguno, á ménos que se burle de la policía, como creo que se ha burlado hasta hoy.

Pocas palabras más cruzaron.

El jefe de policía salió del aposento, se reunió á sus dependientes y penetraron todos en el jardin.

Lo que despues sucedió lo sabemos ya.

A Dionisio, segun dijimos, se lo llevaron preso.

Aún quedaron allí algunos agentes de policía con el Señor Morato, porque esperaban coger tambien al padre; pero media hora despues llegó un aviso de los que se encontraban en la calle de la Magdalena, que ya habian registrado la vivienda del señor Patricio y visto que éste habia conseguido salvarse.

¿Por dónde se habria ido el industrial?

Esto se preguntaron todos, y más de uno pensó en don Juan de Bustamante.

Claro estaba que el esposo de Clotilde habia favorecido la fuga del señor Patricio; pero ya estaba hecho, y si debia ó no exigírsele responsabilidad, era cosa de la exclusiva competencia del ministro.

Tratándose de otra persona, la sospecha era más

que suficiente para que don Juan hubiese ido preso; pero á un hombre como él, era preciso guardarle todas las consideraciones, y el señor Morato dijo á sus dependientes:

—Me parece que no podemos hacer más que dar parte al ministro, porque yo no arrostro la responsabilidad de prender al señor de Bustamante.

—¿Quién se atreve á eso?—replicó uno de los agentes.

—Si el ministro lo manda, lo prenderemos, puesto que no ha de huir, porque nada tiene que temer.

—Al señor de Bustamante se le dejará tranquilo, porque en último caso no ha cometido ningun crímen.

—No ha de ser el señor Patricio el único conspirador que se nos escape.

—No será el único, porque me parece que el gobierno, en cuanto á los paisanos, hará la vista gorda y los dejará marchar.

—¿Qué hacemos, pues?

—Lo que usted disponga.

—¿Nos vamos?

—Vamos, que ya nada tenemos que hacer aquí, y volveremos si se nos manda volver.

El señor Morato se alejó con su gente.

La calle de la Magdalena quedó vigilada, porque aún faltaba apoderarse de Plotoski.

¿Qué explicacion tenia la conducta del señor Morato?

La explicacion es muy sencilla: era lo más probable

que el señor de Rubianes recobrára su antigua influencia, porque en aquellas circunstancias los hombres de todos los partidos llamados de órden, se pusieron al lado del gobierno, sin que esto significase que cambiaban sus ideas políticas.

El hombre respetable tenia un doble motivo para obrar así: presos ó perseguidos el industrial y Dionisio, todo seria fácil con respecto á Susana; pero era menester la omnímoda influencia de que don Pedro habia gozado con otros gobiernos, y á esta influencia era precisamente á lo que tenia miedo el señor Morato, porque sabia que el miserable hipócrita lo miraba con prevencion y como un estorbo para sus planes.

¿Se preparaba el jefe de policía para contrarestar la influencia del señor de Rubianes con la de don Juan?

Algo mas queria, algo mas proyectaba, porque sabia muy bien que colocados en cierta situacion, á don Juan le seria imposible evitar el golpe asestado por el hombre respetable.

Inutilizar á éste era lo que deseaba el señor Morato, inutilizarlo de tal modo que le fuese absolutamente imposible hacer nada.

Hé ahí cómo sin que el jefe de policía pensase más que en su conveniencia, iba á favorecer á la infeliz Susana, cuya situacion era más crítica y peligrosa que nunca.

Empero á pesar de esto, ¿qué sería de aquellas dos desdichadas mujeres?

Fugitivo el industrial, y por consiguiente arruinados, y amenazado Dionisio con la muerte, que era el castigo que debia sufrir...

¡Porvenir horrible!

Conocemos demasiado bien á Susana y sabemos que no aceptaría jamás de la familia Bustamante otros beneficios que los que pudieran hacerle para salvar á Dionisio.

En cuanto á la señora Catalina... ¡Infeliz madre!...

Aquel hijo adorado iba á morir.

¿Podria la desdichada soportar tan rudo golpe?

Lo dudamos.

CAPITULO LXII.

Una promesa atrevida.

El señor Patricio, su esposa y su hija tuvieron al fin noticia de la desgracia de Dionisio, porque las dos mujeres, cuando esperaron por espacio de dos horas para saber lo que habia sido de los fugitivos, sin detenerse ante ninguna consideracion corrieron á casa de don Juan, y entonces se aclararon todas las dudas, desapareció la última esperanza.

Imposible es dar una idea del dolor y la desesperacion de aquellas tres criaturas.

La suerte de Dionisio no era dudosa: antes de una semana dejaria de existir.

Las escenas que tuvieron lugar en la morada del señor de Bustamante fueron verdaderamente desgarradoras.

¡Qué miradas tan elocuentes cruzaron Susana y Alberto!

Este amaba como nunca, porque desde los sucesos de aquella mañana inolvidable, se habia engrandecido la jóven, se habia sublimado hasta el punto de probar que era realmente una mujer extraordinaria.

Nunca como entonces recordó Alberto el terrible *jamás* que lo separaba para siempre de la hija del señor Patricio, y el tormento de su amor sin esperanza, aumentó el que le hacia esperimentar la horrible desgracia de aquella familia.

¿Y Susana?

Tampoco su pasion se habia debilitado, sino que, por el contrario se hacia mas intensa cuanto mas tiempo pasaba y mas obstáculos ponia su voluntad.

Su hermano iba á morir, su padre partiría en breve y la infeliz jóven quedaria con su anciana madre, débil y enferma, quedaria con sus tristes recuerdos, con su dolor mortal y sin esperanza del más leve consuelo.

Si hubiera podido corresponder al amor de Alberto, la desdichada habria tenido al ménos un apoyo, un defensor, y sobre todo un corazon donde depositar el secreto de sus pesares.

Nunca la fatalidad la alejaba tanto del hombre á quien amaba la infeliz; iba á verse sumida en la más espantosa miseria, y por consiguiente debia mas que nunca huir de Alberto.

Cuando la madre y la hija volvieron á su casa, el

hijo de Clotilde se encerró en su aposento para entregarse libremente á los trasportes de su dolor y desesperacion.

¿Y Luciano Marin?

Nada sabemos de él. A las siete de la tarde aún no se habia presentado en la vivienda de Bustamante; y sin embargo, no estaba en su casa, pues á pesar de los ruegos de su anciana madre, habia salido apenas fué tomada por el ejército la calle de la Magdalena, y cuando aún se oian detonaciones hácia la parte del Sur.

En aquellos momentos críticos el hijo de Clotilde echaba mucho de ménos á su mejor amigo, porque con éste podia desahogar su dolor y hablar con entera franqueza sobre el nuevo giro que tomaba la situacion.

Ya eran más de las siete y media: de un momento á otro debian presentarse por segunda vez la señora Catalina y Susana para dar el abrazo de despedida al industrial y quedar con él de acuerdo en la conducta que debian seguir, bien para reunirse en Francia, bien para aguardar hasta ver la marcha definitiva del gobierno.

Y decimos que habian de ir á darse el abrazo de despedida, porque todos opinaban que el señor Patricio debía alejarse; pero á la hora indicada, ni don Juan ni su esposa habian podido convencer al industrial, que se obstinaba en quedarse, y proyectaba mil locuras para salvar á su hijo ó morir con él.

—No,—decia con firmeza,—no saldré de Madrid.

¡Procurar yo la salvacion de mi vida, mientras se pronuncia la sentencia de muerte de mi hijo, huir en vez de sacrificarlo todo para salvarlo!... ¡Jamás!... Mi hijo se ha sacrificado noblemente por mí, y sin vacilar un instante aceptó todas las consecuencias y corrió á mis brazos, sabiendo que así corria á la muerte... ¡Oh!... Entonces lo reconocí, aquel era mi hijo, era mi sangre, mi mismo cuerpo, mi mismo corazon...

Y el señor Patricio tenia que interrumpirse, ya porque las lágrimas brotaban de sus ojos, ya porque la ira ahogaba la voz en su garganta.

La situacion no podia ser más horrible.

En vano don Juan prometia emplear toda su influencia para que se indultara á Dionisio.

Moncayo respondia:

—Bien, esperaré aquí, y cuando sea indultado partiré.

No hay que decir que este plan era una locura, porque el gobierno llevaria no más que hasta cierto punto su tolerancia y atenciones con el señor de Bustamante, y la perdicion del industrial era segura.

Todos estaban convencidos de que en la vivienda de don Juan se habia refugiado el señor Patricio, y no era precisamente la policía el enemigo más temible, sino el señor de Rubianes, cuyas intenciones habia hecho comprender bien claramente el señor Morato.

En uno de los momentos en que más acaloradamente discutian los dos esposos con el industrial, sonó una campanilla, y poco despues se presentó Luciano.

—¡Ah!—exclamó Clotilde.—Venga usted y ayúdenos en esta empresa, venga usted, que aunque jóven, sus opiniones tienen mucho valor.

Luciano, cuyo rostro no expresaba su habitual alegría, contempló un momento á Moncayo, y le dijo:

—No daré consejos, porque hay quien dé órdenes, y usted obedecerá ciegamente lo que le mande quien ha probado muchas veces que es merecedor de una confianza ciega.

Todos miraron con sorpresa al jóven.

Éste añadió:

—No vengo solo.

Y al pronunciar estas palabras, volvió á levantarse la cortina de la puerta y apareció la sombría figura de Plotoski.

Clotilde exhaló un grito, cuyo significado hubiera sido imposible adivinar.

El rostro de Bustamante enrojeció.

Hubo algunos momentos de silencio.

Esforzáronse todos para disimular lo que sentian, y de sus sentimientos bien distintos, nada tenemos que decir, porque ya los conoce el lector.

Los negros ojos de Plotoski brillaban con fuego extraño; pero la expresion de su semblante era la misma de siempre.

—Señor Patricio,—dijo al fin el extranjero con su voz gutural,—supongo que el señor de Bustamante habrá podido proporcionarle á usted un pasaporte.

—Sí,—respondió don Juan,—tiene un pasaporte con el que puede salir de España; pero...

—¿Se niega á emprender el viaje?

—No partiré,—replicó vivamente Moncayo.

—¿Y por qué?—preguntó el extranjero.

—¡Oh!—exclamó el industrial, apretando desesperadamente los puños.—Cuando conozca usted mi desgracia...

—Lo sé todo.

—Mi hijo...

—Está preso, repito que lo sé.

—¿Y me aconseja usted que lo abandone?

—Nada aconsejo, porque mando. Partirá usted en el tren de las ocho y media...

—No.

—Sí.

—Mi hijo...

—Antes de tres dias habrá recobrado la libertad.

Estas palabras, pronunciadas con el acento de la seguridad más completa, produjeron el efecto que era consiguiente.

Todas las miradas se fijaron en Plotoski, y trascurrieron algunos segundos sin que ninguno acertase á replicar.

¿Se valia el extranjero de su misteriosa influencia para tranquilizar á Moncayo y obligarle á partir?

¿Se habia vuelto loco?

Ni lo uno ni lo otro.

—Dionisio,—añadió Plotoski,—estará en libertad dentro de pocos dias, tal vez antes de dos: así lo prometo y así lo cumpliré, y usted sabe, señor Patricio, que yo no arriesgo palabras en balde, que no hago promesas sino cuando tengo la seguridad de poder cumplirlas.

—¡Salvar á mi hijo!—exclamó el industrial, como quien no se convence de que está despierto y duda de cuanto ve y cuanto le dicen.

—Eso es: salvarlo de la muerte, sacarlo de su prision sin que por esto deje de correr el peligro de su situacion, puesto que tendrá que ocultarse y será muy difícil encontrar medios para que salga de España hasta pasados muchos dias.

—Tengo fé ciega en las promesas de usted, porque ya sé que nunca procede con ligereza; pero...

—Van á dar las ocho,—interrumpió el extranjero alargando la diestra al señor Patricio,—salga usted mientras yo voy á ver á su familia para tranquilizarla.

—No vaya usted á mi casa.

—Ya sé que la policía me busca y está en la calle de la Magdalena; pero entraré por el patio, pasaré la noche en su vivienda de usted, y por la mañana... ya veremos... Ahora no pierda usted un instante, no espere usted á su esposa ni á su hija, porque yo las detendré precisamente para evitar que las vean ir y venir.

Y dirigiéndose al señor de Bustamante, el extranjero añadió:

—¿Quiere usted permitirme la entrada en el jardin?

—Caballero, no he de negarle á usted la salvacion; pero desearia que se detuviese algunos minutos, porque no comprendo nada de lo que sucede, y...

—Tendrá usted todas las explicaciones que puede desear; pero no en este momento, porque debo ir á casa del señor Moncayo antes de que salga su familia.

—Yo, que conozco la casa,—dijo entonces Luciano,—lo llevaré á usted al jardin, y luego subiré para entrar en explicaciones con estos señores, y ver á mi amigo Alberto.

Plotoski saludó con una inclinacion de cabeza y salió con el jóven.

Clotilde no habia pronunciado una palabra, y habia permanecido inmóvil como si se hubiese petrificado.

Su mirada, fija en el extranjero, tenia una expresion indescriptible.

Su corazon palpitaba como si fuera á romperse.

Al verla podia dudarse de que hubiera comprendido lo que acababa de suceder.

Afortunadamente don Juan de Bustamante, preocupado con la suerte del industrial, no se apercibió del aspecto de su esposa.

Ésta hizo un esfuerzo y al fin pudo hablar cuando el extranjero salió.

Cinco minutos despues, don Juan de Bustamante y el señor Patricio se dirigian á la estacion del ferro-carril del Norte.

Luciano hablaba con su amigo Alberto.

Clotilde se encerró en su gabinete, entregándose á reflexiones espantosas y que seria muy difícil dar á conocer.

Entretanto la señora Catalina y Susana, lloraban de júbilo al escuchar las consoladoras promesas de Plotoski, y bien puede decirse que la alegría las trastornó tanto como antes las habia trastornado el dolor.

¿Qué haria el extranjero para salvar á Dionisio?

Mucho valia Plotoski, muchísimo, lo sabemos ya; pero no bastaba su voluntad, ni tampoco su privilegiada inteligencia, ni los muchos medios conque podia contar.

Suponemos que habia trazado un plan tan admirable como todos los suyos; pero, ¿quién responde de las coincidencias, de las casualidades, que trastornan siempre los planes mejor combinados?

El hombre propone y Dios dispone, y esto es una gran verdad.

En lo humano no hay nada perfecto, y tampoco puede nadie responder de lo que sucederá un dia, una hora, un instante despues, porque lo porvenir es un negro abismo donde no puede penetrar la mirada humana.

Suponemos que Plotoski garantizaba el éxito de su empresa en cuanto es posible garantizar humanamente, y he ahí por qué no estamos tranquilos en cuanto á la suerte del jóven Moncayo.

Por otra parte, la promesa nos parece demasiado

atrevida, tratándose de un hombre, que como Plotoski, corria grandes peligros y tenia mucho que hacer con librarse de las persecuciones de la policía.

Fuese quien fuese aquel hombre misterioso, valia mucho y su audacia podia calificarse de temeridad ó locura, pues segun hemos visto, en vez de huir del lugar donde mayor peligro le amenazaba, acercábase tranquilamente.

En la vivienda de Moncayo no podia pasar muchos dias, ni tampoco le era posible continuar entrando y saliendo por la tapia del jardin, pues nada era más fácil sino que fuese visto bien pronto por algun vecino.

Por ahora podemos decir que el raton estaba en la ratonera, y lo extraño es, que el raton mismo se habia metido á sabiendas en su prision.

Aquella noche, triste y horrible para todos, pasó sin que tuviese lugar otro suceso de importancia.

El extranjero no se movió de la vivienda del señor Patricio.

Algunos agentes de policía, entre los que se encontraba Cautela, pasaron la noche en la calle de la Magdalena.

CAPITULO LXIII.

El señor de Rubianes vuelve á presentarse en escena.

A la mañana siguiente se veian las calles de Madrid más concurridas que de costumbre, porque la curiosidad habia obligado á los habitantes de Madrid á abandonar sus ordinarias faenas, y quisieron examinar el estado de la poblacion.

Muchos edificios se veian destrozados por la artillería, muchas calles medio desempedradas, en algunos sitios sin borrar aún las manchas de la sangre que tan abundantemente habia corrido.

Era imposible mirar aquellos testimonios de la lucha, no podia contemplarse aquel destrozo sin sentir el corazon oprimido.

Y si todo hubiese concluido ya, el alma habria expe-

rimentado algun consuelo; pero se esperaban desgracias más horribles, habia de correr más sangre y más llanto y habian de sentirse destrozados por el dolor muchos corazones.

¡Cuánto huérfano desamparado, cuánta esposa viuda, cuánta madre desolada!

Mientras que movidos por la curiosidad, examinaban la poblacion los que no habian experimentado desgracia alguna, en el oscuro rincon de sus hogares lloraban miles de criaturas.

Los agentes de la autoridad hacian numerosas prisiones y allanaban las casas de cuantos se habian hecho sospechosos por sus opiniones políticas.

La cárcel y los cuarteles estaban materialmente llenos de presos.

De todos ellos, la mayor parte debian pagar con la vida su amor á la libertad; puesto que para los militares no habria compasion y serian juzgados y castigados inmediatamente.

Aún no eran las nueve de la mañana cuando llamaron á la puerta de la vivienda del señor Patricio.

¿Quién podia ser?

La señora Catalina y Susana se extremecieron sin saber pór qué.

La frente de Plotoski se contrajo: quizás adivinaba lo que iba á suceder.

La jóven se asomó á la ventana y no pudo contener un grito de sorpresa y de terror.

—¿Quién es?—le preguntó el extranjero.

Susana calló como si no quisiese pronunciar el nombre de la persona que habia llamado.

—No será ningun agente de policía,—añadió Plotoski.

—No,—murmuró Susana, cuyo rostro se habia cubierto de mortal palidez.

—¿Quién es, quién es?—preguntó la señora Catalina.

—Ese caballero que venia á visitar á los señores de Bustamante...

—Sí,—interrumpió el extranjero,—don Pedro de Rubianes... ¡Oh!... Ha llegado el momento... Escuche usted, Susana.

La jóven se acercó temblando á Plotoski.

Éste prosiguió diciendo:

—Preciso es que ahora dé usted otra prueba de su raro valor.

—¡Dios mio!...

—Ese miserable viene á ofrecerle á usted el perdon de su hermano; pero á condicion de que sacrifique usted su honra y su corazon...

—¡La honra!—gritó la señora Catalina, poniéndose en pié con una energía que nadie hubiera esperado en su debilidad.

El rostro de Susana cambió de expresion, su mirada se tornó sombría y terrible.

—Calma y valor,—dijo Plotoski.—Ese miserable tendrá lo que merece; pero es preciso no aturdirse ni dejarse arrebatar. Hija mia, recíbalo usted, dígale que su

madre está enferma, y rechace todos sus ofrecimientos. Lo demás, yo lo haré.

—¡Sola mi hija con ese hombre!...

—Sí, sola... Abra usted y que entre.

Y sin escuchar más observaciones, el extranjero tomó una de las manos de la anciana y la sacó del aposento.

La señora Catalina obedeció maquinalmente.

Susana no se detuvo más que algunos instantes.

Luego, con ciega confianza en el hombre misterioso que tanto valia, abrió la puerta y recibió al señor de Rubianes, cuyos ojos brillaron como dos luces fosfóricas al ver á la mujer á quien adoraba.

Muy difícil era principiar aquella conversacion, muy difícil por más que para don Pedro no hubiese dificultades que podian vencerse con su natural cinismo.

—Señorita,—dijo despues de algunos instantes y con su dulce acento,—supongo que le sorprende á usted mi visita; pero bien pronto cesará su extrañeza, porque me explicaré con toda claridad.

—Sí,—respondió la jóven con acento breve,—me sorprende verlo á usted en esta casa cuando ni somos sus amigos ni lo hemos llamado.

Estas frases no podian ser más duras, y aun casi podian calificarse de ofensivas; pero el señor de Rubianes, que no esperaba ser bien recibido, que comprendia sobradamente que le seria forzoso entablar una lucha tenaz, ni manifestó enojo, ni se desconcertó, sino que por

el contrario, desplegó una dulce sonrisa y repuso:

—En dos casos se puede ir adonde no nos llaman: para hacer un beneficio, ó para solicitarlo, y precisamente en estos dos casos á la vez me encuentro yo, porque vengo á pedir lo que me importa tanto como la vida y á ofrecer la salvacion de la vida de su hermano de usted.

Susana fijó una mirada profunda en el caballero y no respondió, como si creyese que su dignidad le prohibia tomar en consideracion las palabras que acababa de oir.

Así lo revelaba su semblante, así lo revelaban sus lábios entreabiertos y contraidos con expresion de profundo desden.

—¿Empieza usted á comprenderme?—preguntó el señor de Rubianes despues de algunos momentos.

—No.

—Me explicaré.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Caballero, cuando una persona en el rincon de su hogar sufre sin exhalar una queja, cuando no le dice al mundo que es desgraciada, ni mucho ménos pide á nadie socorro ni ayuda, nadie tiene derecho á hablarle de su situacion, nadie tiene derecho á ofrecerle apoyo, porque si así lo hace, ofende, hiere, y en vez de gratitud, recibe desden.

El señor de Rubianes fijó una mirada de sorpresa en

la jóven, porque si bien esperaba resistencia y negativas, no sospechaba que la cuestion se colocase en semejante terreno.

A pesar de todo su cinismo y de que ni un solo sentimiento noble abrigaba su alma, el hombre respetable se sintió vivamente herido; pero en último caso esto no significaba sino un obstáculo más, que encendia doblemente su deseo.

La belleza de Susana lo habia cautivado, y aquella belleza se presentaba mucho más interesante con el atractivo de la grandeza moral.

¿Era la modesta jóven una mujer verdaderamente extraordinaria?

Esto no podia dudarse.

No se la veia abatida en aquella situacion horrible, no la anonadaba el golpe que habia recibido, no la trastornaba la mortal angustia que debia haberse apoderado de su espíritu, sino que se mostraba más enérgica y más grande cuanto mayores eran las desgracias y los peligros.

—Sí,—añadió la jóven,—son completamente inútiles las explicaciones, porque indica usted que viene á ofrecernos beneficios, y nosotras no queremos aceptar ninguno, y en cuanto á los favores que podríamos otorgar, nada tampoco hemos de hacer, por la sencilla razon de que no queremos ni siquiera cruzar con la de usted nuestra palabra.

Con tanta dureza fueron pronunciadas estas últimas

frases, que el miserable hipócrita no pudo contener una exclamacion que revelaba la ira y el despecho.

¿Quién habia de creer que la conversacion tomase este giro?

Susana se habia casi olvidado de los peligros que la amenazaban y era otra vez lo que siempre habia sido.

Con el aire magestuoso de una reina, púsose en pié y dijo:

—Hemos concluido.

Miró el señor de Rubianes á su alrededor, como si examinase los pobres muebles que lo rodeaban y quisiera convencerse de que en aquella humilde morada era posible que existiera una criatura bastante grande, orgullosa ó altiva para despreciarlo.

Sí, posible era, y el hombre respetable hubo de convencerse á su pesar.

Puesto que no habia discusion posible, puesto que todo razonamiento era inútil con semejante mujer, decidió el señor de Rubianes colocarse en el último extremo para quedar de una vez y pronto dentro ó fuera.

—No,—dijo levantándose tambien,—no hemos concluido, sino que ahora es cuando vamos á comenzar.

—Caballero, estoy en mi casa, y no permanecerá usted aquí un minuto más si yo no quiero escucharlo.

—¡Y á un hombre como yo se le trata así!...

—Así se trata á los miserables como usted.

—¡Oh!...

—Salga usted...

—No,—replicó el señor de Rubianes con exaltacion creciente,—ni saldré ni usted me echará, porque de su conducta depende la vida de su hermano.

—¡La vida de mi hermano!—murmuró la jóven con amargura.

—No abrigue usted esperanzas que han de desvanecerse; no acaricie usted ilusiones, porque le será doblemente horrorosa la realidad. Desde ayer he recobrado mi omnímoda influencia, en tanto que el señor de Busmante ha perdido casi toda la suya, porque su conducta es demasiado sospechosa. Nadie, absolutamente nadie, puede favorecerlas á ustedes, nadie mas que yo, que me he puesto al lado del gobierno á condicion de que no se me niegue cuanto le pida con respecto á ciertas personas de las que tomaron parte en los sucesos de ayer. Antes de ocho dias su hermano de usted será fusilado; pero antes de cuarenta y ocho horas será indultado si yo lo pido. Este favor se le negaría á don Juan de Bustamante, porque solo por mí hará el gobierno esa excepcion, despues de haber resuelto no perdonar á uno solo de los militares sublevados. Fácilmente se deja usted arrebatar... Siéntese usted, señorita, y escúcheme con alguna calma, porque es preciso que comprenda lo que es la vida real, es preciso que se convenza de que ciertas teorías, aunque bellas y sublimes, no tienen aplicacion. Yo daré á usted explicaciones detalladas y claras sobre la situacion política; daré á usted pruebas de que no exagero al anunciar la horrible suerte que es-

pera á su hermano de usted, y haré más, le dejaré tiempo sobrado para que averigüe y adquiera certeza de que es verdad cuanto digo.

—No cuento con la ayuda del noble don Juan de Bustamante, y por consiguiente pierde todo su valor cuanto acaba usted de decir. Ya sé que no habrá gracia para los sublevados militares, entre cuyo número se considera á mi hermano, no porque haya dejado de ser fiel al gobierno, sino porque no ha querido manchar sus manos con la sangre de nuestro padre, porque ha preferido morir á ser parricida.

—Entonces...

—Pero antes que la vida es el honor; antes que las afecciones, son los deberes, y mi honor y mis deberes me mandan dejar que mi hermano sucumba como otros tantos infelices que recibirán la gloriosa corona del martirio.

—No conoce usted el mundo...

—Conozco mis sentimientos y me basta.

—Su hermano de usted...

—Me despreciaría, me escupiría al rostro si yo fuera bastante débil para comprar su vida á costa de nuestro honor.

—¿Es acaso preciso que conozca el sacrificio de usted?

—¿Y mi conciencia, caballero?

—¡La conciencia!—murmuró el señor de Rubianes desplegando una sonrisa de espantosa burla.

—¡Miserable!—exclamó Susana sin poder contenerse.

Los ojos del hipócrita relumbraron como dos carbunclos.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró horriblemente.

—¡Ah!—exclamó.—Antes que renunciar á usted, la muerte, mil muertes... Escúcheme usted, por miedo ó por compasion, escúcheme usted y seré su esclavo y usted será la mujer más dichosa del mundo; pero no me rechace usted, porque me convertiré en un tigre, no me rechace usted, porque todo me parecerá poco para satisfacer mi ardiente sed de venganza; no me rechace usted, porque morirá su hermano, porque morirá tambien su padre, y para acabar de destrozarle á usted el corazon, para gozarme en sus sufrimientos, valiéndome de la calumnia, de los testimonios falsos y de cuanto es imaginable, Alberto de Luján será tambien encerrado en un calabozo de donde no saldrá sino para ir á morir en el clima abrasador de las costas de Guinea, y los amigos de usted, serán tambien víctimas de mi saña, y usted misma, y su madre...

—Basta,—interrumpió la jóven con energía, y fijando una mirada terrible en el señor de Rubianes.

—Para darle á usted una prueba de lo que valgo, mire usted por esa ventana...

—Sí, la policía...

—Susana...

—Basta he dicho.

—¡Oh!...

—Salga usted,—replicó la jóven extendiendo un bra-

zo hácia la puerta,—salga usted antes de que yo lo arroje de aquí como merece.

El señor de Rubianes, trastornado por la desesperacion, dejó escapar un rugido.

Resonó entonces una carcajada burlona, y Plotoski apareció en el umbral de la puerta de la alcoba.

No es posible hacer comprender el efecto que este incidente produjo en el hombre respetable.

Entonces se explicó la energía y resistencia de la hija del señor Patricio.

Su ira llegó al último grado.

No solamente se le rechazaba, sino que se burlaban de él y se le hacia representar el papel más ridículo.

Cuanto habia dicho habia sido escuchado por aquel hombre misterioso.

Susana, sin articular una sílaba, salió del aposento.

Quedaron frente á frente aquellos dos hombres.

No hay palabras para describir sus semblantes en aquellos momentos.

Contempláronse con la expresion del odio más reconcentrado, más profundo.

Algunos minutos trascurrieron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Plotoski, aunque con el rostro contraido como nunca y la mirada sombria y terrible, parecia no haber perdido su calma glacial y que en aquella situacion era doblemente espantosa.

El señor de Rubianes estaba muy agitado; pero al

fin su rostro empezó á cambiar de expresion y á dibujarse en sus delgados lábios una diabólica sonrisa de triunfo.

Iba á empezar á vengarse, porque tenia allí al extranjero, que no podria entonces burlarse de la policía.

Esta se encontraba en la calle; y el jardin de la casa de don Juan no podia servir de salvacion, porque un solo grito del señor de Rubianes bastaría para que los agentes de la autoridad acudiesen á la calle de Atocha.

Debemos advertir que la policía habia recibido órden de auxiliar al hombre respetable y obedecerlo ciegamente en todo aquello que tuviera relacion con la prision de Plotoski y Medio-beso.

El extranjero misterioso rompió el silenció.

—Judas miserable,—dijo con entonacion y acento castellano puro,—está ya muy cercano el dia de tu castigo.

Si el señor Morato se hubiese encontrado allí, al oir la voz de Plotoski, hubiera exclamado:

—¡Es él, es el misterioso personaje de los botones de brillantes!

Don Pedro, á pesar de su situacion ventajosa, se extremeció.

—Nada me seria más fácil,—añadió Plotoski,—que acabar con tu existencia, lo cual no haria más crítica mi situacion, porque de todos modos habré de hacer lo mismo para librarme de los miserables esbirros que acechan á pocos pasos de aquí; pero no temas morir aho-

ra, porque la muerte es muy poco para expiar tus crímenes horrendos. Traidor, que abusaste de la confianza depositada en tí por el noble Guillermo de Luján; cobarde, que abusaste de la debilidad de una mujer desamparada y de un niño; ladron, que robaste á un huérfano su herencia y en un instante lo sumiste en la miseria más espantosa...

—¡Silencio!—interrumpió el señor de Rubianes, cuyos miembros temblaban convulsivamente.

—Sí, callaré, porque aún no ha llegado la hora terrible de la expiacion, aún no ha llegado el momento de que me conozcas... Dí á tus satélites que se apoderen de mí.

—Y se apoderarán, y me gozaré en tus tormentos, y arrancaré el velo misterioso en que te envuelves... No, ahora no te escaparás de manos de la justicia.

Plotoski fijó una desdeñosa mirada en el señor de Rubianes y desplegó una sonrisa irónica.

Luego sacó su pipa, y con una tranquilidad inconcebible la encendió.

El hipócrita lo miraba atónito.

¿Qué significaba aquella calma?

Sorprendido, no acertó á llamar á los agentes para que se apoderasen de Plotoski, y éste, aprovechando el aturdimiento de aquel, salió aunque sin apresurarse.

—¡Se vá!—exclamó al fin el señor de Rubianes.—¡Oh!... No, no se irá.

Y corrió á la ventana, la abrió y se asomó, viendo

con mayor asombro que el extranjero en vez de intentar huir por el patio ó de valerse de otro medio cualquiera para ocultarse, acababa de salir, y con la misma calma que antes, se dirigia hácia su casa, á vista de los agentes que lo miraron no ménos sorprendidos que el hombre respetable.

En aquellos momentos precisamente llegaba el señor Morato y pudo ver cómo Plotoski entraba en el espacioso portal de su vivienda.

—¡Señor Morato!—gritó don Pedro de Rubianes con voz ronca y destemplada.

El jefe de policía hizo un gesto y un movimiento de cabeza que significaba:

—Ya lo he visto.

Inmediatamente situó á la puerta de la casa á dos de sus dependientes y dos guardias veteranos, y con Cautela, Pintura y otros dos guardias, entró en el portal.

En aquellos momentos empezaba á subir la escalera Plotoski.

No habia medios de salvacion.

Seguido tan de cerca por la policía, caeria en manos de ésta bien pronto, puesto que no podia huir por las ventanas de su habitacion, ni tenia tampoco en ésta salida alguna á los tejados, y aun cuando la tuviese, estaria perdido de todos modos mientras lo siguieran tan de cerca los agentes.

Emplear la fuerza era una locura.

Podia resistirse, luchar, y matar á dos ó tres hom-

bres; pero quedaban otros cinco ó seis por de pronto y los que acudieran á la primera señal.

¿Pero cómo se explica en semejante caso la tranquilidad del extranjero?

Suponemos que contaba conque le dejasen obrar siquiera por algunos minutos; pero ya vemos que no sucedió así, pues los perseguidores estaban á tan corta distancia, que mientras subian oian el ruido acompasado de los pasos del extranjero en la escalera.

¿Se habia apercibido Plotoski de que lo seguian?

Por lo ménos debia suponerlo así.

CAPITULO LXIV.

Sorpresas.

Sin detenerse; pero tampoco apresurándose, llegó Plotoski á su cuarto, sacó una llave, abrió, entró y volvió á cerrar.

El ruido de los pasos de los perseguidores resonaba mas cerca por instantes, y aún no habian trascurrido tres minutos, cuando el señor Morato y sus acompañantes, se encontraron en el largo pasillo donde estaban las puertas de todas las habitaciones de aquel piso.

Detuviéronse.

Desde la escalera habian oido cómo el extranjero abria y cerraba la puerta de su cuarto.

El jefe de policía miró á Cautela como si le consultase.

El ex-sacristan exhaló un suspiro de los más lánguidos y tristes que habia exhalado en toda su vida.

—¿Hoy tambien auguras mal?—le dijo el señor Morato.

—Mi respetable jefe,—respondió Cautela mientras dirigía á uno y otro lado miradas recelosas,—perdone usted; pero...

—¿Crees que se burlará de nosotros?

—Ya conoce usted mis teorías, y supongo que no habrá usted olvidado lo que sucedió en la casa de Chamberí el mes de Enero.

—¿Temes que nos aprisionen ahora tambien?

—No, porque es bastante burla desaparecer como un fantasma.

—Mi querido Cautela, el extranjero no tiene por donde salir á los tejados.

—Si no hiciera más que eso...

—¿Crees que se descolgará por una ventana?

—Tampoco.

—Entonces...

—Si yo adivinara lo que ha de suceder...

—Me parece que estamos perdiendo un tiempo precioso, y por más que desconfíes de las facilidades, será una torpeza que permanezcamos aquí, esperando obstáculos que vencer.

Cautela volvió á suspirar.

—Sí,—dijo,—desconfío de las facilidades, ya lo sabe usted, mi respetable jefe. Ese hombre se ha metido entre

nosotros, y se diria que nos provoca, que nos llama, porque está seguro de triunfar; hace lo que el torero cuando irrita al toro...

—Mi querido Cautela, la comparacion no es la más agradable para nosotros.

—Guardo silencio y espero órdenes.

—Preparaos,—dijo el señor Morato,—porque ya sabeis que no se trata de un hombre cualquiera, y es posible que cometa la locura de resistir.

El rostro de Cautela se tornó lívido, y sus miembros temblaron.

Pintura, segun costumbre, le dirigió una mirada desdeñosa.

Las manos de ambos buscaron los bolsillos, donde llevaban armas conque atacar y defenderse en caso necesario.

—Vamos,—dijo el jefe.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitacion de don Cándido, y éste salió.

Su rostro tenia la misma expresion de candidez y dulzura que siempre.

Su mirada se fijó con sorpresa en los agentes de la autoridad.

Cerró la puerta, se acercó al señor Morato y le dijo:

—Buenos dias... Sospecho lo que buscan ustedes aquí... ¡Todo sea por Dios!

Y despues de escuchar las palabras con que le respondió el jefe de policía, repuso don Cándido:

—Me han asegurado que todo está ya completamente tranquilo.

—Y es verdad.

—Entonces podré atravesar sin temor alguno las calles para ir á cumplir mi obligacion.

—Con todo descuido.

—Ayer no fuí al ministerio, y creo que no me reconvendrá el jefe, porque un portero no está obligado á tener suficiente valor para meterse entre las balas. ¡Qué dia!... no lo olvidaré fácilmente... No quiero entretenerlo á usted... Hasta luego, porque supongo que irá usted por allí.

—Antes de una hora tendré el gusto de volver á verlo.

—Cuidado,—dijo el hombre bonachon, bajando la voz,—cuidado con mi vecino, porque cuentan de él unas cosas... En fin, me parece que ganaremos mucho con que esté encerrado.

Y saludando tan cortesmente como siempre lo hacia, volvió á sonreir con su natural candidez y empezó á bajar la escalera.

Los agentes de la autoridad se acercaron á la puerta del cuarto del extranjero y llamaron.

Nadie les respondió.

Volvieron á llamar con más fuerza; pero no oyeron otro ruido que el de la campanilla que vibró por largo rato.

El jefe de policía hizo un gesto de disgusto.

Cautela suspiró.

Pintura se movió como si se impacientase.

Los dos guardias permanecian inmóviles.

—¿Qué hacemos?—preguntó al fin el ex-sacristan.

—Supongo,—respondió el señor Morato,—que ya empezarás á tranquilizarte, porque encontramos obstáculos.

—Esto me agrada más que las facilidades; pero...

—Acaba.

—Nada, mi respetable jefe... ¿Abrimos la puerta?

—Llamaré por última vez y así no se dirá que hemos procedido con ligereza.

—El tercer llamamiento dió el mismo resultado que los otros.

—Cautela sacó unas ganzúas.

—Aguarda,—le dijo el jefe.—No parece bien que vayamos provistos de estos medios, y seria mejor romper la cerradura.

—El resultado ha de ser el mismo, y sobre este punto no creo que nadie se ocupe de hacernos cargo alguno.

—Es verdad... Abre.

Con la habilidad que lo distinguía, Cautela preparó en pocos momentos la llave, y bien pronto y sin hacer ruido alguno, la puerta quedó abierta.

Miraron al interior del cuarto y escucharon, sin ver á nadie.

—Entremos.

Y el señor Morato delante de todos, entró.

Atravesaron un pasillo, levantaron el picaporte de una puerta, y se encontraron en un aposento de reducidas dimensiones.

Allí no habia más muebles que un pequeño armario, una mesa, y algunas sillas.

Todo lo examinaron cuidadosamente.

Abrieron otra puerta de cristales y entraron en la alcoba, donde no habia cama ni mueble alguno.

—¿No se acostaba este hombre?—dijo Pintura.

—Segun parece, pasaba muchas noches fuera de su casa.

—Vamos por aquí.

Poco tenian que andar, porque no quedaban por ver más que otros dos aposentos: uno bastante reducido y completamente vacío, y la cocina, donde tampoco se veian señales ni de haber encendido fuego.

¿Y Plotoski?

Una y otra vez registraron cuidadosamente.

No habia salidas al tejado.

—Lo comprendo todo,—dijo Cautela.

—¿Dónde crees que está ese hombre?

—No ha entrado aquí, sino que se habrá ocultado en la habitacion de cualquiera de sus vecinos, y mientras nosotros nos ocupamos en registrar...

—Se afeitará, se disfrazará y se aprovechará de la ocasion para salir, ¿no es eso?

—Precisamente.

El señor Morato sonrió con aire de triunfo.

—Los que han quedado á la puerta,—dijo,—tienen órden terminante de no dejar salir persona alguna, ni hombre ni mujer, y esta órden la he dado, previendo lo que ahora sucede.

Era lo más probable que no se equivocara el ex-sacristan.

Plotoski estaba, pues, perdido.

Tal vez en aquellos momentos, con algun disfraz, intentaba salir y lo detenian.

Debia procederse al registro de todas las habitaciones de aquel piso; pero antes era menester convencerse de que en la del extranjero no habia ninguna salida secreta.

Dispuso el señor Morato que los guardias volviesen al pasillo y detuviesen á cualquiera persona que quisiera salir ó entrar.

—Este mueble,—dijo Cautela, sañalando á un armario,—es lo único en que podemos fijar nuestra atencion.

Efectivamente, el armario era el único mueble que podia ocultar una salida secreta.

Lo abrieron.

Nada contenia.

El fondo de tablas estaba fijo.

Lo separaron de la pared.

Todos dejaron escapar una exclamacion de sorpresa.

Acababan de descubrir una abertura bastante grande para dar fácilmente paso á un hombre.

CAPITULO LXV.

Se aclara uno de los misterios.

No debia perderse un instante.

—Vamos, vamos,—dijo el jefe de Policía, cuyo rostro empezó á palidecer de ira, porque creyó que se habian burlado de él como en la casa de Chamberí.

Y sin escuchár lo que puede calificarse de observaciones filosóficas de Cautela, se inclinó y entró por el agujero.

Pintura lo siguió sin vacilar.

El ex-sacristan suspiró y entró tambien.

Encontráronse en una habitacion limpia y modestamente amueblada.

Era la de don Cándido.

Para comprender lo que habia sucedido, no tuvieron

necesidad de nuevo exámen de aquel aposento, porque sobre una silla, y como arrojada allí precipitadamente, veíase la ropa de Plotoski, y sobre la ropa su espesa barba y su enmarañada, áspera y roja cabellera.

El señor Morato rugió como un tigre.

Pintura, ciego de ira, blasfemó como un condenado.

Cautela suspiró lánguida y profundamente.

Los tres contemplaron por algunos segundos las prendas que lo revelaban todo.

Don Cándido y Plotoski eran una misma persona.

—¡Corramos!—dijo el jefe de policía.

—¿Para qué hemos de correr?—observó Cautela.

—Deben haberlo detenido...

—No, mi respetable jefe, porque órdenes como las que usted ha dado á nuestros compañeros, envuelven siempre la excepcion de los dependientes del gobierno, y don Cándido es demasiado conocido de los que han quedado á la puerta, y no se habrán atrevido á detenerlo porque sabian que iba á asuntos del servicio, y que el ministro lo esperaba.

—Por si acaso,—replicó el jefe.

Salieron de la habitacion y bajaron precipitadamente la escalera.

—¿Quién ha salido?—preguntó el señor Morato á los dos agentes que habian quedado á la puerta.

—Nadie,—contestó uno de ellos.

—¡Nadie!

—Digo que nadie, porque no ha salido más que el

portero mayor del ministerio, despues de vacilar y hacernos mil preguntas sobre el peligro que podria correr atravesando las calles. Lo tranquilizamos y se fué lamentándose de tener que cumplir su obligacion.

—¡Y lo habeis dejado salir!...

—¿Habíamos de detenerlo sabiendo quién es y lo que podia costarnos el ponerle estorbos?

—Ese hombre es el criminal á quien habíamos de prender...

—¡Plotoski!...

Miráronse unos á otros completamente aturdidos.

Los que habian dejado salir á don Cándido, no habian cometido ninguna falta, porque el señor Morato les habia dicho:

—Que nadie salga, ni hombre ni mujer, excepto los dependientes de nuestro ramo, las personas que os son sobradamente conocidas.

Y la verdad es que al dar esta órden el señor Morato, habia tenido presente que allí vivia el portero, y que podia ocurrir que repentinamente tuviera que salir Pintura ó Cautela, ó alguno de los guardias.

Por más que las reconvenciones fuesen injustas y además inútiles, el jefe de policía reconvino durísimamente á los dos agentes, y les amenazó con palabras que les hicieron palidecer y temblar.

Como ya otra vez le habia sucedido, perdió la calma.

Otra persona se hallaba en aquel sitio y permanecia

inmóvil y muda, si bien en su rostro se pintaba la agitacion violenta de su espíritu.

Era el señor de Rubianes, que habia salido de la vivienda de Moncayo y esperaba allí para ver cómo sacaban atado codo con codo á Plotoski.

Despues de encontrarse al lado de los agentes, habia salido don Cándido.

Éste habia saludado cortés y humildemente al señor de Rubianes, á quien conocia de haberlo visto entrar y salir en el ministerio.

Para el señor de Rubianes no era tampoco desconocido el portero y respondió al saludo, diciéndole despues:

—Tenga usted la bondad de advertir al señor ministro que á las once lo veré.

—Con el mayor gusto, señor don Pedro,—habia contestado don Cándido.

Y quitándose el sombrero y haciendo una profunda reverencia, se habia alejado con su tranquilidad característica.

Principalmente en esta circunstancia, apoyaban su defensa los dos agentes.

Éstos sabian, porque así se les habia dicho, que el señor don Pedro de Rubianes debia ser ciegamente obedecido en cuanto se relacionaba con la prision de Plotoski.

El mismo señor Morato, mal que le pesase, tenia que someterse á las órdenes del hombre respetable.

¿Qué habia hecho éste al ver á don Cándido?

No solamente le habia dejado franca la salida, sino que le habia hecho un encargo para el ministro.

Si la persona que allí representaba una especie de autoridad suprema habia obrado así, ¿qué habian de hacer los demás?

Semejante razonamiento, expuesto de varios modos, concluyó por hacer callar al señor Morato, que á su vez se creyó libre de toda responsabilidad, diciendo al señor de Rubianes:

—Caballero, la culpa no es mia, porque yo dispuse que no saliese nadie, con la sola excepcion de cualquiera de los nuestros.

—Señor Morato,—dijo por fin el hombre respetable, —prescindamos ahora de que era imposible reconocer á Plotoski en el portero.

—Si no se le hubiera dejado salir...

—No consiste en eso el mal, sino en haberle dado tiempo para que cambiase de disfraz, en no haberse apoderado de él mientras subia la escalera, lo cual se hubiera conseguido con apresurarse un poco.

Como se ve, cada cual queria echar sobre los otros la responsabilidad del suceso, pues desde aquel dia Plotoski debia ser considerado como un personaje de mucha importancia, y por consiguiente, el ministro no perdonaria á quien le hubiese dejado escapar.

Consideróse completamente perdido el señor Morato.

Don Pedro de Rubianes debia ya ser su más declarado enemigo, y de nada serviria la influencia del señor de Bustamante, porque éste quedaria en mal lugar con lo que acababa de suceder.

Sí, las relaciones entre don Juan y los ministros debian enfriarse mucho, ya que en el calor de una discusion cualquiera no se produjese un rompimiento.

Don Juan habia favorecido la fuga del señor Patricio, y era además quien habia pedido la plaza de portero para don Cándido, y aunque inocente, habia servido de instrumento para la burla de que fué objeto la policía en la casa de Chamberí.

Forzoso era que el ministro se mostrase disgustado, y Bustamante, excesivamente pundonoroso y celoso de su dignidad, no toleraria la más leve reconvencion ni desaire.

—Vamos,—dijo el jefe de policía á sus dependientes.

Y se dirigió hácia el ministerio, pensando, más que en Plotoski, en los medios de evitar el terrible golpe que le amenazaba.

El señor de Rubianes, despues de cruzar una mirada de inteligencia con el ex-sacristan, volvió á su morada para descansar, recobrar la calma y meditar sobre la conducta que le convenia seguir.

¿Habia renunciado á Susana?

No, sino que por el contrario, tenia más empeño que nunca en satisfacer sus impuros deseos.

¿Cómo se defenderia el señor Morato?

De nada le servirian los méritos contraidos en los dias anteriores, y su destitucion podia considerarse segura.

La burla de Plotoski debia considerarse una torpeza ó descuido del señor Morato, y la falsa situacion en que por de pronto quedaría, la aprovecharía el señor de Rubianes.

CAPITULO LXVI.

Susana comprende ménos cuanto más averigua.

Aunque Susana estaba convencida de que Plotoski era un hombre extraordinario, no podia tranquilizarse completamente.

De Plotoski dependia la salvacion de Dionisio, y aun cuando no fuese más que por esta razon, era imposible que la jóven, no mirase la suerte del extranjero con el mismo interés que la suya propia.

Las pocas frases que se habian cruzado entre Plotoski y el señor de Rubianes, habian sido escuchadas por las dos mujeres, y no hay que decir que la señora Catalina, en su aturdimiento no acertó á darse con claridad cuenta de lo que sucedia.

El nombre de Guillermo de Luján, pronunciado por

el extranjero, produjo en Susana un efecto inexplicable: éste nombre fué un rayo de luz para la jóven.

No podia, sin embargo, comprender en toda su extension el verdadero significado de las acusaciones de Plotoski, ni le era posible tampoco adivinar los sucesos de la misteriosa y horrible historia, que ya conocen nuestros lectores.

Otra circunstancia llamó la atencion de la hija del señor Patricio, y fué la de que el extranjero hablase con una voz y acento completamente distinto.

Aquel hombre no era, pues, lo que parecia.

Moncayo debia estar en el secreto de todo; pero la jóven ignoraba la verdad sobre este punto.

¿Qué tenia que ver el padre de Alberto con el señor de Rubianes?

¿Qué fortuna era la robada por el miserable hipócrita?

¿Qué clase de abusos eran los que tan terrible castigo merecian?

En pocos instantes hizo Susana muchas deducciones, concluyendo por acercarse tanto á la verdad, que bien puede decirse no le faltó más que el conocimiento de los detalles.

Como era consiguiente, Alberto apareció para ella desde aquel momento mucho más interesante que nunca, con todo ese interés que inspiran las víctimas inocentes.

Apenas salió Plotoski, la hija del señor Patricio,

presa de la más espantosa agitacion, asomóse á una ventana, y vió cómo hacia lo mismo el señor de Rubianes, llamando la atencion de la policía, y cómo el extranjero, con las manos en los bolsillos de su ancho gaban, la pipa en la boca y dejando escapar bocanadas de humo; atravesaba el trozo de calle y entraba tranquilamente en su casa.

Susana no pudo contener un grito de terror al ver que los agentes de policía entraban tambien en la vivienda de Plotoski.

Lo que sintió Susana no puede explicarse, ni ella misma tampoco hubiera podido decir lo que pensaba hacer: lo único que sabemos es que se separó de la ventana y que corrió al aposento donde habia dejado al señor de Rubianes.

Empero éste habia ya desaparecido y salia de la casa para ir á reunirse con los agentes de policía.

La jóven vaciló algunos instantes sobre la conducta que debia seguir; pero bien pronto se convenció de que nada le era posible hacer en favor del extranjero.

—Ven,—decia la señora Catalina,—explícame lo que sucede, porque voy á volverme loca en fuerza de cavilar. ¡Dios mio!

Sin escuchar á su madre, la jóven volvió á la ventana.

Vió al señor de Rubianes y á los agentes, que esperaban á los otros; vió salir á don Cándido, y por último, por los gestos y ademanes del señor Morato y sus de-

pendientes, comprendió que Plotoski se habia salvado.

Esto no era bastante para satisfacer á Susana.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó, elevando al cielo una mirada de gratitud.

Y acercándose á su madre, añadió:

—Yo tampoco comprendo claramente lo que pasa: segun entiendo, el señor de Rubianes es un miserable, un ladron, que en otro tiempo robó al primer esposo de Clotilde.

—¡Jesús!...

—Plotoski no es lo que parece, no es extranjero.

—Pero...

—Creo que se ha salvado de la policía, que entró en mi casa tras él.

—Todo eso es incomprensible.

—Madre mia, prescindiendo de la amistad que nos une á Plotoski, su suerte nos interesa demasiado, porque de él quizá depende la salvacion de Dionisio.

—¡Hijo mio, hijo de mis entrañas!—exclamó la señora Catalina con desgarrador acento.

—Madre mia, es preciso que averigüemes con exactitud lo que sucede.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Preguntar.

—¿A quién?

—La portera podrá darme explicaciones, porque debe haberlo presenciado todo.

Sin detenerse un momento más, salió Susana de su

vivienda y entró á los pocos momentos en el portal de la casa.

La portera, en pié, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia haberse petrificado.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó la jóven.

—¡Ah!—exclamó la portera, extremeciéndose como si la hubiesen despertado del más profundo sueño.

—¿Qué ha sucedido?... ¿Y Plotoski?

—¡Dios santo y bendito!... ¡Jesus!... Pero señor, ¿no estoy soñando?... ¿Quién lo hubiera creido?... Con aquella cara de hombre de bien y aquellas palabras tan dulces... Todavía me parece imposible... Ahora lo comprendo todo: por eso cuando el uno salia, no se veia al otro; por eso no estaban los dos al mismo tiempo en casa, ni se encontraban nunca en la escalera... ¡Y yo que me admiraba de que ese bribon de francés pasase los dias enteros en su cuarto!... ¡Ya lo creo!... mientras yo creia que estaba aquí, se encontraba por esos mundos de Dios, haciendo de las suyas.

—¿Pero qué ha sucedido?—volvió á preguntar Susana con creciente impaciencia.

—¿Pues no lo está usted oyendo?

—No entiendo nada de lo que usted dice.

—¿No eran ustedes amigos del francés?

—Sí.

—¡Buena alhaja!

—Han venido á prenderlo...

—Y con mucha razon... ¡Y luego dirán que la policía

es mala!... Mire usted como la policía no se mete conmigo, ni con ninguna persona honrada.

—¡Pero Plotoski!...

—Los ha dejado á todos con un palmo de boca abierta.

—Aún no entiendo.

—¿No conocia usted tambien á don Cándido?

—Sí, y lo he visto salir hace muy poco.

—Pues bien, don Cándido y Plotoski eran una misma persona...

—¡Ah!...

—¿A qué no los ha visto usted nunca juntos?... El bribon habia abierto un agujero en la pared que separa los dos cuartos, y unas veces se vestia de santo, y otras de demonio, y mientras los polizontes subian tras de Plotoski, don Cándido bajaba, les hablaba y se iba.

No necesitaba Susana más explicaciones.

Sin escuchar los comentarios de la Portera, volvió á su casa, participó á su madre lo que ocurria, la tranquilizó con dulces palabras, y volvió á salir, dirigiéndose á casa del señor de Bustamante.

Este habia salido.

Alberto se encontraba en su cuarto con su amigo Luciano Marin, y Clotilde recibió en su gabinete á la jóven.

Las dos amigas, porque ya sabemos que lo eran de todo corazon, se abrazaron, y antes de pronunciar una palabra, el llanto inundó sus pálidas mejillas.

Ambas sufrian mucho con sus propias desgracias, y

los sufrimientos de cada una de ellas, aumentaba el de la otra.

Creyó Clotilde que la hija del señor Patricio iba sin más objeto que el de hablarle de Dionisio, ocupándose á la vez de la extraña y atrevida promesa de Plotoski; pero no sucedió así, porque Susana, despues de enjugar su llanto y esforzándose para hablar con alguna calma, dijo:

—Señora, no deseo conocer los secretos de nadie, y por consiguiente á nadie quiero obligar á que me confie los suyos; pero la situacion en que todos nos encontramos y lo que acaba de suceder, me obliga á ocuparme de un asunto que en otro caso no mencionaría.

Clotilde fijó una mirada de extrañeza en su amiga.

Ésta prosiguió diciendo:

—¿Es verdad que á su hijo de usted le robaron su herencia?

—¡Susana!...

—¿Es verdad que tan horrendo crímen lo cometió ese miserable hipócrita tan respetado por todo el mundo y que se llama don Pedro de Rubianes?

Clotilde no acertó á responder.

¿Cómo la hija del señor Patricio habia llegado á conocer este importante secreto?

¿Qué conducta debia seguir la desgraciada madre?

A una mujer como Susana, podia hablársele con franqueza, y en último caso, como Clotilde no tenia nada de que avergonzarse, no encontró motivo para guar-

dar una reserva, que era tal vez una ofensa á la amistad.

—Sí,—dijo despues de algunos momentos,—mi hijo era rico y quedó en la más espantosa miseria, porque nos robaron cuanto poseíamos. El autor de ese crímen es Rubianes; pero no tengo medios de justificarlo, sino que por el contrario, él puede probar su inocencia, y mis revelaciones no darian otro resultado que el de provocar un conflicto entre ese miserable y mi esposo ó mi hijo. Forzoso me es, por consiguiente, callar y sufrir, sobre todo desde que á consecuencia de los sucesos de la noche de San Daniel, y para evitar que mi hijo y los que le salvaron la vida fuesen encerrados en un calabozo, para evitarlo, repito, firmé un documento declarando que Rubianes me habia entregado la herencia de mi hijo. ¡Oh!—añadió Clotilde, cuyos ojos despidieron dos centellas.—No olvidaré aquel dia horrible. En su casa de usted se me hizo la exigencia, y allí firmé el documento.

Susana quedó como aturdida.

—A usted,—añadió Clotilde,—todo puedo decírselo, porque este secreto envuelve otros de mi tristísima existencia, otros que á nadie puedo confiar. ¡Ah! con usted podré desahogar mi corazon, y cuando me sienta con fuerzas para hablar de lo pasado, conocerá usted la historia de mis sufrimientos y me mirará con compasion. Ahora permítame usted que le pregunte, cómo ha podido descubrir ese secreto que á nadie he confiado, y que

tampoco es posible que lo haya revelado el miserable criminal.

—Me explicaré, aunque siento evocar estos recuerdos tan tristes para usted, aumentando así sus sufrimientos.

—Estoy acostumbrada á sufrir.

—Plotoski ha pasado la noche en mi casa.

—Plotoski,—murmuró Clotilde, extremeciéndose.

—Aún no hace dos horas se me presentó el señor de Rubianes.

—¿Qué queria?

Las mejillas de Susana se tiñeron por un instante de vivo carmin.

—Señora,—dijo,— ese miserable iba á ofrecerme el indulto para mi hermano.

—¡Oh!...

—En cambio exigía el sacrificio de mi honra...

—¡Otro crimen!...

—Excuso decir á usted cuál ha sido mi contestacion: le mandé salir y le volví la espalda; pero entonces se le presentó Plotoski, anonadándolo con una sola mirada.

La pobre madre fijó una mirada de indescriptible avidez en la hija del señor Patricio.

Ésta prosiguió diciendo:

—Los misterios empiezan á ponerse en claro; aún queda uno que es impenetrable para mí. Cuando hablaba con Rubianes, la voz de Plotoski no era la voz gutural que siempre le he oido, ni su acento era el de un extranjero.

—¡Dios mio!—exclamó Clotilde oprimiéndose el pecho y acercándose más á su amiga.

—Plotoski, como el que tiene completa seguridad de lo que dice, apellidó Judas al señor de Rubianes, le llamó ladron y cobarde, y al lanzar estas terribles acusaciones le oí pronunciar el nombre de Guillermo de Luján.

La agitacion de Clotilde crecia por momentos.

La infeliz respiraba con gran trabajo.

Quiso hablar y no pudo.

Siguió oprimiéndose el pecho, y se aproximó más á Susana.

—En la calle habia siete ú ocho agentes de policía á las órdenes del señor de Rubianes y esperando á Plotoski para prenderlo. Nuestro amigo, como si nada tuviera que temer, salió y se dirigió tranquilamente á su casa, en tanto que el traidor se asomaba á la ventana y daba aviso á los agentes. Estos siguieron á Plotoski, entrando tambien en su casa, y el hipócrita corrió á reunirse con ellos.

El rostro de Clotilde, cubierto de nerviosa palidez, se tornaba lívido y se desfiguraba.

Sus ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijaban en Susana una mirada de angustioso afan que no puede hacerse comprender.

—Prosiga usted,—dijo con voz ahogada y mientras temblaba convulsivamente.

—Tranquilícese usted, porque Plotoski se ha salvado.

—¡Que se ha salvado!...

—Sí, entró en su cuarto, y por una abertura que tenia practicada en la pared, pasó á la habitacion de don Cándido...

—¡Don Cándido!—murmuró Clotilde con voz sorda. —¡Siempre los dos!...

—Sí, siempre los dos, porque no era mas que uno mismo; siempre los dos, porque Plotoski y don Cándido no eran más que una persona que cambiaba de disfraz segun le convenia...

—¡Ah!...

—Y mientras perseguian á Plotoski, salia don Cándido y saludaba á los agentes...

—¡Es él!... ¡Dios mio!...

¿Qué significaban estas palabras?

Clotilde se puso en pié como impulsada por un resorte; abrió los brazos, exhaló un grito y perdió el conocimiento.

Susana la socorrió sin acertar á darse cuenta del por qué sus palabras, que eran tranquilizadoras, habian producido tan inexperado efecto.

Inmediatamente tiró la jóven del cordon de la campanilla, y pocos segundos despues acudieron algunos criados y Alberto y su amigo.

Éste examinó á Clotilde, y volviéndose á Susana, le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

La jóven pareció dudar.

—No hay efecto sin causa,—añadió Luciano mientras

tomaba una pluma, escribia algunas líneas y mandaba que fuesen á la botica sin pérdida de momento.

—Sí,—dijo entonces Alberto, mirando alternativamente á su madre y á Susana,—por algo ha sucedido esto, y le suplico á usted...

—Me explicaré, si es que hay explicacion posible. He venido á traer la noticia de que Plotoski, seguido por la policía al entrar en su casa, se ha salvado.

—¡Que se ha salvado!...

—Claro es que sí,—dijo Luciano con la mayor naturalidad,—Plotoski entró en su cuarto á vista de los polizontes, y don Cándido salió del suyo saludando y sonriendo.

—¿Y qué tiene que ver don Cándido en este asunto?

—Que ni don Cándido es tal ni Plotoski tampoco, y que ambos son una misma persona que se presentaba con dos distintos disfraces; pero no sé más que tenga importancia, puesto que ignoro quién sea la verdadera persona, ni con qué fines se duplicaba tan hábilmente.

Mientras socorrian á Clotilde, se dirigian sin cesar preguntas, pidiéndose explicaciones sobre los extraños sucesos que acababan de tener lugar; pero Luciano, que tal vez hubiera podido aclararlo todo, fingió que no sabia más que lo que ya habia dicho.

Susana no hizo la más leve indicacion sobre el señor de Rubianes, ni mucho ménos sobre el crímen cometido por este.

Cuando Clotilde recobró el conocimiento, no se ocu-

paron más que de prodigarle caricias, y la infeliz se esforzó para disimular, diciendo que la sorpresa le habia producido tan profundo trastorno, que se habia desmayado.

Excusado es decir que Susana no creia que la sorpresa hubiese producido aquel trastorno; pero tambien disimuló y guardó silencio sobre este punto.

Por entonces todos tuvieron que resignarse, con la esperanza de que el tiempo y los sucesos pusiesen en claro lo que se presentaba tan oscuro.

Clotilde rogó que de su desmayo nada se dijese á don Juan, evitándole así un nuevo disgusto.

¿Qué opinaria el señor de Bustamante de lo sucedido?

Para él debia ser mucho más grave el misterio y la situacion, y por consiguiente sufriría más que nunca.

Los dejaremos ahora y tampoco diremos nada de Plotoski, porque tenemos que ocuparnos del jefe de policía, cuya situacion no era nada halagüeña.

CAPITULO LXVII.

Jugar por tabla.

Preciso es reconocer al señor Morato una astucia y una habilidad rarísima; pero á pesar de estas cualidades, parece imposible que pudiera salir del apuro, contrarestando la poderosísima influencia del señor de Rubianes, ó más bien inutilizándolo como deseaba.

Cuando llevó la noticia de lo que acababa de suceder, tuvo el disgusto de escuchar palabras bastante duras, reconvenciones y amenazas que por más que fuesen muy disimuladas, debian producirle profundo disgusto y aumentar sus temores.

En todo esto vió el jefe de policía la mano del señor de Rubianes, y puede comprenderse que cuando salió del ministerio no abrigaba intenciones muy santas.

Apresuradamente se dirigió al gobierno civil despues de dar á sus dependientes algunas órdenes de poca importancia.

—No me conocen,—decia para sí,—no me conocen y creen que impunemente se burlarán de mí. La guerra está ya declarada abiertamente. Muy bien, señor de Rubianes, muy bien, hombre respetabilísimo: yo te hubiera dejado en paz, disfrutando tus millones y envaneciéndote con tu reputacion de virtuoso; pero me has provocado, me hieres, y por más que yo lo sienta, me es absolutamente preciso defenderme. De un solo golpe quieres acabar con la obra que me ha costado tanto tiempo y tantos sacrificios, quieres anular el fruto del trabajo de toda mi vida... Pues bien, yo seguiré tu ejemplo, y tambien de un solo golpe y en un solo instante, destruiré tu obra. Esto es justo y nada puede echárseme en cara, puesto que no hago más que defenderme, porque si hiero, es para evitar que me hieran, si mato, es porque solo así puedo evitar que me maten. Y en este asunto no hay transaccion posible, porque si yo contengo á ese bribon con una amenaza, fingirá que se somete, esperará y cuando encuentre la ocasion, me asestará el golpe con doble furor, con doble saña, y sucumbiré haciendo el papel más triste y viendo cómo él sonrié con la satisfaccion de su triunfo. No, no: esto es preciso que concluya de una vez y para siempre.

La frente del señor Morato se habia contraido mientras hacia estas reflexiones, y más de una vez se escapa-

ron de sus brillantes pupilas relámpagos que revelaban claramente el estado de su espíritu.

Empero bien pronto, y al ménos en apariencia, recobró la calma que tanto le valia en las más apuradas situaciones.

Cuando entró en su despacho, se le veia como siempre, tranquilo y con la sonrisa en los lábios.

—A nadie, absolutamente á nadie puedo recibir ahora,—dijo al portero.

—¿Y si viene alguna órden del ministerio?

—Me avisará usted, dando un golpe en la puerta.

Una vez solo y sin temor de ser interrumpido, abrió uno de los cajones de la mesa y sacó un pequeño legajo, que desató, empezando á examinar algunos papeles.

—Mi antecesor,—dijo,—era un hombre que valia mucho: no guardaba más que lo que tenia una importancia verdadera. ¿Quién creeria que este manojo de papeles es un tesoro? ¿Quién creeria que con estos papeles puedo en un instante hundir las más brillantes y levantadas reputaciones? Además de hombre de inteligencia, era mi antecesor hombre de conciencia escrupulosa, puesto que dejó aquí este tesoro, que pudo llevarse para explotarlo. Verdad es,—añadió el señor Morato, sonriendo irónicamente,—verdad es que casi de repente lo sorprendió la muerte implacable y no tuvo tiempo de pensar en nada.

Así continuó por espacio de algunos segundos.

Al fin sus ojos volvieron á relumbrar y una sonrisa diabólica se dibujó en sus delgados lábios.

Su mirada se fijó afanosa en uno de aquellos papeles, y empezó á leer con la más profunda atencion.

Cuando hubo concluido, los separó de los demás, ató el legajo y dijo:

—El señor de Rubianes, que siempre ha sido un bribon y que ha tenido la honra de pertenecer á la policía secreta en la época más floreciente de esta institucion, no ignora que las cartas que van al correo, se abren y se leen cuando así conviene al gobierno; pero nunca le ha ocurrido pensar que esto mismo se hiciese con la carta escrita desde Cádiz por el desgraciado Luján. No se comprende semejante torpeza, porque el traidor debió haber pensado que al gobierno le interesaba conocer el contenido de una carta escrita por uno de los principales jefes de aquella revolucion. Hé ahí un detalle que se escapó al señor don Pedro, lo cual no me sorprende, porque rara vez los criminales dejan de olvidarse de algun cabo suelto por el que viene al fin á encontrarse el ovillo.

Como habrá comprendido el lector, el papel separado de los otros por el jefe de policía, era la copia de la carta escrita desde Cádiz por Guillermo de Luján á su esposa, carta que, como no se habrá olvidado, fué á parar á manos del señor de Rubianes y quemada sin que de ella tuviese noticia la infeliz Clotilde.

¿Qué intentaba hacer el señor Morato con este precioso documento?

No es dudoso; pero el astuto jefe de policía ignora-

ba una circunstancia de muchísimo interés, es decir, la existencia del documento firmado por Clotilde despues de la noche de San Daniel.

Cuando al señor de Rubianes le hablasen de aquel asunto, responderia tranquilamente:

—Es verdad que Guillermo de Luján depositó en mis manos toda su fortuna, y que yo le firmé un resguardo, cuyo paradero ignoro; pero es muy cierto tambien que aquella fortuna, consistente en doscientos mil duros, la entregué intacta á la esposa de Luján, obedeciendo las órdenes de éste, y como lo prueba el documento que ella firmó, declarando haber recibido los valores en cuestion.

Y efectivamente, el miserable hipócrita, el cobarde traidor, presentaria el documento, y entonces habria que preguntar á la desdichada Clotilde qué era lo que habia hecho con la fortuna de su hijo.

Si el señor Morato hubiera tenido conocimiento de esta circunstancia, habria buscado otro medio para combatir á su enemigo, porque la acusacion que sobre éste iba á lanzar, no daria más resultado que colocar á aquel en más crítica situacion.

De todos modos se produciría un escándalo, cuyas consecuencias no es posible calcular.

Clotilde revelaria la verdad; pero sus palabras no tendria valor para el mundo, si bien tendrian sobrado para don Juan y Alberto, que querrian hacerse la justicia que el mundo y los tribunales les negaban.

Nunca como entonces habia sido horrible la situacion de la desdichada madre.

Si sus palabras no se creian, se la acusaria de haber malgastado la fortuna de su hijo, haciéndole sufrir la miseria, y si se daba fé á sus palabras, veria correr la sangre, y tal vez su hijo dejaria de existir, porque no es la razon ni la justicia lo que dá el triunfo en un duelo.

Imposible es, repetimos, calcular las consecuencias del paso que iba á dar el jefe de policía, y por consiguiente nos apresuraremos á dar á conocer los sucesos que tuvieron lugar.

El señor Morato guardó en uno de sus bolsillos el papel, volvió á sonreir y dijo:

—Cuando no se puede dirigir directamente el golpe, se hace indirectamente, de rechazo. Esto es lo que se llama jugar por tabla. Ni puedo ni me conviene obrar de otro modo, porque así, cualquiera que sea el resultado, no podrá exigírseme ninguna responsabilidad. Hay frases que deben tenerse siempre en la memoria, porque son sábias lecciones: entre ellas cuadra en estos momentos perfectamente aquello de tirar la piedra y esconder la mano, y recuerda la astucia de la mona, que con la mano del gato saca del fuego las castañas.

Efectivamente, este era el sistema del jefe de policía, sistema que le habia sido muy provechoso, y que no pensaba abandonar; pero tan aficionado como era á los refranes y adagios, no se le ocurrió pensar en aquel que dice que el hombre propone y Dios dispone, porque si

hubiera pensado en ello, no hubiera estado tan seguro como estaba del éxito de su intriga.

De todos modos, repetimos que hay que reconocer que el señor Morato no era un hombre vulgar, por más que cometiese un error, hijo de la ignorancia de ciertos detalles, que no era posible sospechar.

¿Cómo ni el jefe de policía ni nadie habia de haber creido que Clotilde firmase un documento como el que habia firmado?

Esto, por más que desgraciadamente fuese verdad, era inconcebible.

El señor Morato miró su reloj.

—Aún no es hora,—dijo.

Y despues de guardar el legajo, hizo sonar el timbre y ordenó al portero que le pasase recado si alguien lo buscaba.

Ocupóse en seguida de otros asuntos, y á las cuatro de la tarde salió y se encaminó á la vivienda de don Juan.

Éste acababa de llegar á su casa, y en su rostro se manifestaba su profundo disgusto.

—Otra mala noticia,—dijo cuando le anunciaron la visita del jefe de policía.

Pocos momentos despues se saludaban, y el señor don Juan de Bustamante, sin dar lugar á ninguna clase de explicaciones, dijo:

—Todo lo sé: he sido víctima de mi buena fé; pero he dejado á salvo mi dignidad.

—Supongo,—replicó el señor Morato,—que ha visto usted al ministro.

—Sí.

—Habrá usted escuchado palabras desagradables...

—Muy desagradables.

—No puede decirse que se pasa usted á las filas de la oposicion, porque en estas circunstancias es imposible que haga usted semejante cosa.

—No se equivoca usted.

—Pero tampoco es usted ya un verdadero amigo de los hombres que están en el poder.

—Nuestras relaciones se han enfriado mucho, casi se han interrumpido, y no sé cuándo volverán á reanudarse. Me tranquiliza que he cumplido mis deberes de hombre honrado, y si siento que ese hombre misterioso haya abusado de mí, no me arrepiento de mi conducta, porque no puedo arrepentirme de haber querido pagar una deuda de gratitud.

—Señor don Juan, permítame usted algunas observaciones.

—Cuantas usted guste.

—En este asunto juzga usted por las apariencias, que son completamente falsas. Tiempo es ya de que se aclaren los misterios, si bien me alegraría que las circunstancias me permitiesen no hacer aclaraciones; pero es preciso para que cada cual quede en el lugar que le corresponde, es preciso para la tranquilidad de todos, aunque esta tranquilidad ha de costarnos bien cara.

El tono del señor Morato era grave como nunca, y por consiguiente la situacion debia ser muy grave.

Decia que habia llegado el momento de las aclaraciones, y al oir esto don Juan, no pudo contenerse, dejó escapar una exclamacion de la más viva alegría, y dijo:

—Sí, sí, aclare usted este misterio que es mi pesadilla, porque de otro modo no tendré un instante de reposo. Dice usted que ha de costarnos muy cara la tranquilidad... No importa: la quiero á cualquier precio, aun á costa de la vida.

—No es menester sacrificar tanto.

—Explíquese usted...

—Para eso precisamente he venido.

—Ya sé que Plotoski y don Cándido no son más que una misma persona; pero ¿quién es?

—Lo ignoro.

—¡Oh!...

—Lo averiguaremos.

—Entonces ignoramos lo que más deseo saber.

—Aún quedan otros puntos de mucho interés, y sobre los cuales se han disipado todas las dudas.

—Sepamos, señor Morato, y no extrañe usted mi impaciencia, porque tengo sérios motivos para fijar toda mi atencion en este asunto.

—Señor don Juan, ese hombre misterioso que unas veces se nos presentaba con el disfraz del sombrío Plotoski y otras con el del bonachon don Cándido, no es un criminal, ni tampoco el principal objeto de sus miras era

la política, por más que esta le preocupase bastante. Ese hombre misterioso conocia un secreto horrible, un secreto del cual depende la reputacion envidiable de don Pedro de Rubianes, de ese miserable hipócrita, que tan hábilmente angaña al mundo.

—¡Señor Morato!...

—Sí, el señor de Rubianes es un criminal, y su crímen es de esos que horrorizan, que repugnan.

Bustamante miró aturdido al señor Morato.

Éste prosiguió diciendo:

—Así se explica el interés que el señor de Rubianes tiene en aniquilar al llamado Plotoski; y presumo, aunque esto no es más que una presuncion, que ese pobre diablo conocido por el apodo de Medio-beso, tiene alguna parte en el asunto á que me refiero, comprendiéndose así por qué el criminal se interesa tambien en que á Medio-beso se le persiga.

—Prosiga usted,—dijo afanosamente don Juan.

—El secreto es tambien conocido de su esposa de usted...

—¡Mi esposa!...

—Se sorprende usted ¿no es verdad?... Natural era que sucediese así. La virtuosa mujer á quien ha unido usted su suerte, es la víctima del proceder criminal del señor de Rubianes.

—¡Oh!... Ahora empiezo á comprender...

—Y el hombre misterioso, más que para favorecer el triunfo de sus ideas políticas, ha trabajado constante-

mente para acercarse á ustedes, sin duda con el fin de que más ó ménos tarde resplandeciese la justicia y el criminal quedase castigado.

El rostro de Bustamante se habia tornado lívido.

Su mirada estaba fija en el señor Morato, con un afan indescriptible.

Empezaba á comprender por qué la presencia de Plotoki, don Cándido y el señor de Rubianes, habia producido en Clotilde el efecto que produjo, el profundo trastorno que la privó hasta del conocimiento.

Y aunque vagamente, el señor de Bustamante empezó tambien á adivinar la causa de la espantosa miseria en que habia encontrado á la desdichada madre.

Clotilde era un mártir, una mujer sublime, que habia sufrido sin exhalar una queja.

¡Y don Juan la habia acusado!...

El primer impulso de este hombre generoso y noble, fué correr en busca de su esposa, arrojarse á sus piés y pedirle perdon; pero se contuvo y con creciente afan, dijo:

—Acabe usted, amigo mio, acabe usted...

—Poco me resta que decir.

—¡Ah!... ¡Pobre esposa mia!—exclamó don Juan profundamente conmovido.

—Sí, debe usted compadecerla, porque ha sufrido lo que no es concebible. Hace una hora que conocí este secreto, porque hace una hora me puse con todo empeño á buscar, entre antiguos papeles, antecedentes so-

bre el señor de Rubianes. La fortuna de éste miserable, ha sido para mí siempre sospechosa, y quise buscar la explicacion, porque era preciso que algo existiese sobre este punto en el archivo de la policía secreta.

—¿Y qué ha encontrado usted?

—Primeramente la prueba de que el señor de Rubianes era en su juventud uno de esos perdidos que viven estafando y cometiendo toda clase de crímenes. Don Guillermo de Luján, engañado por el antiguo tahur, lo sacó de la miseria, lo protegió y depositó en él toda su confianza.

—¡Oh!...

—Entonces Rubianes obtuvo plaza en el cuerpo de policía secreta, y abusando de la confianza depositada en él por el señor de Luján, reveló todos los secretos de los revolucionarios de aquella época.

—¡Miserable!...

—Así consta por muchos documentos.

El señor de Bustamante se pasó las manos por la frente, que tenia inundada en frio sudor.

—Vencida la revolucion,—añadió el señor Morato,—ocultóse don Guillermo de Luján, y como su esposa se encontraba gravemente enferma, se vió obligado á dar al señor de Rubianes la última prueba de su confianza, depositando en sus manos cuatro millones, que constituian, en títulos de la deuda, la fortuna de aquella desgraciada familia.

—Comprendo.

—Rubianes dió un recibo; pero unos criminales pagados por él, robaron el documento al señor de Luján, y éste aquella misma noche fué preso por la policía y sacado de Madrid en una silla de posta.

—Ya sé que se le condenó á la deportacion.

—En Cádiz escribió á su esposa, participándole lo que habia hecho con su fortuna y las razones en que se fundaba para creer que Rubianes lo habia engañado.

—¿Y cómo puede usted tener noticias de la existencia de esa carta?

—Porque la carta, como otras muchas, fué abierta en el correo; se copió literalmente, y la copia vino á manos del jefe de policía.

—¿Y esa copia?...

—Quedó archivada, y ha sido encontrada por mí.

—¡Ah!...

—Como la carta en cuestion es bastante expresiva, he podido deducir lo que no se dice claramente.

—Señor Morato,—repuso don Juan en el mayor grado de agitacion,—supongo que no se negará usted á darme otra prueba de amistad.

—Ninguna.

—¿Me entregará usted la copia de esa carta?

—Permítame usted algunas observaciones antes de negar ó conceder.

—Escucho.

—El señor de Rubianes no merece la honra de colocarse en cierto terreno con una persona como usted.

—¿Y qué deduce usted de eso?

—Nada deduzco; pero deseo saber el uso que ha de hacer usted del documento en cuestion. Por mi parte opino que el señor de Rubianes no se negará á devolver lo que ha robado, porque le vá en ello su reputacion, y por consiguiente, debe usted concretarse á reclamar los cuatro millones, dejando al tiempo y á las circunstancias el castigo del crímen.

El señor de Bustamante se puso en pié, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y empezó á pasearse de un extremo á otro de la habitacion.

Quiso reflexionar sobre la conducta que le convenia seguir; pero no estaba su cabeza en estado de hacer reflexiones.

El asunto era demasido grave, podian adoptarse muchos medios; pero todos presentaban algun inconveniente.

A los pocos minûtos, detúvose frente al jefe de policía y dijo:

—Si el señor de Rubianes devuelve lo que ha robado, seré generoso y lo perdonaré; pero si se niega á cumplir sus deberes, no puedo responder de lo que sucederá.

—No hay documentos para acudir á los tribunales; pero sí para que la opinion pública condene á ese hombre, y como lo que más estima él es su reputacion, porque esta significa su fortuna, no se negará á devolver los cuatro millones, con tanto más motivo cuanto que esta cantidad no lo arruina.

—Tal creo.

—Por consiguiente, seguro de que usted será generoso y de que no hay que temer una desgracia personal, le entregaré á usted la copia de la carta, rogándole me participe el resultado para saber á qué atenerme con ese bribon.

Y el señor Morato sacó el importantísimo papel y lo entregó á don Juan de Bustamante.

Éste lo leyó con verdadera avidez.

Su rostro cambió de expresion muchas veces.

Es imposible hacer comprender lo que en aquellos momentos sentia.

Esforzóse cuanto pudo, guardó el terrible documento y reanudó la conversacion.

—Ahora,—dijo,—no nos falta más que averiguar quién es ese hombre misterioso, á quien empiezo á juzgar favorablemente, porque comprendo que no ha cometido un abuso para favorecer sus miras políticas, sino que buscaba el medio de reparar una injusticia, de castigar un crímen. Cuando lo conozcamos, adivinaremos fácilmente los motivos porque se interesa en favor de mi esposa, interés que llega hasta el punto de arriesgar la existencia.

—Eso lo averiguaremos: por de pronto tengo motivos para creer que ese hombre es muy rico.

El señor de Bustamante volvió á quedar pensativo.

Entonces como nunca hubiera dado la mitad de su vida por saber quién era el hombre misterioso que tanto

valia y que con tanto empeño tomaba parte en lo que solo interesaba á Clotilde y á su hijo.

La conversacion debia perder desde aquel momento todo su interés.

El golpe estaba dado, golpe terrible que de rechazo debia herir mortalmente al señor de Rubianes.

Ignorando, como el señor Morato ignoraba, la existencia del documento firmado por Clotilde, calculó las consecuencias que debia tener el paso que acababa de dar, consecuencias gravísimas, y que no podian ocultarse á su rara perspicacia.

—Señor don Juan, continuaré trabajando como hasta aquí, y nada le ocultaré á usted.

—Gracias, amigo mio.

—Lo dejo á usted reflexionar, y deseo que el asunto tenga una solucion beneficiosa para todos.

Dicho esto, púsose en pié el señor Morato, despidióse y salió mientras decia para sí:

—Me parece que el señor de Rubianes tendrá bastante que hacer con defenderse en vez de ocuparse de herirme.

Y casi completamente tranquilo por su suerte, volvió á su despacho para recibir y comunicar órdenes.

CAPITULO LXVIII.

Lo que decidió el señor de Bustamante.

No puede imaginarse situacion más crítica que la de don Juan.

Deseaba que se aclarasen los misterios, y nunca sufrió tanto como desde el instante en que empezaron á aclararse.

Un hombre de sus sentimientos, no podia mirar la cuestion mas que bajo un solo punto de vista: favorecer la justicia y defender á los débiles que habian sido víctimas de un abuso.

Empero para conseguir esto podian seguirse muchos caminos, y dudó, vaciló, trazó mil planes y no encontró ninguno que le dejara satisfecho.

Siempre noble, siempre generoso; explicóse entonces

las preocupaciones de su esposa, creyendo que esta recordaba sus desgracias, sufria y lloraba en silencio; pero sin que en sus sufrimientos tuviera la menor parte, el más leve resto del amor que habia profesado á Guillermo de Luján.

Si habia decidido ser generoso y favorecer á aquella infeliz, ¿por qué detenerse y no ir hasta el último extremo?

Ni Clotilde ni Alberto tenian necesidad de la fortuna que les habian robado, puesto que don Juan era rico y cuanto poseia lo destinaba á aquellas dos criaturas, á quienes no podia dejar de amar con profunda ternura á pesar de que en ciertos momentos sus relaciones se entibiasen, como ya hemos visto suceder, por efecto de los sucesos políticos. Sin embargo, aunque no tuviesen necesidad de la fortuna robada, lo mismo Clotilde que Alberto se considerarian más dichosos, vivirian más tranquilos sí contaban con medios propios de subsistencia, porque así, segun pensaba don Juan, no tendrian que agradecer más que lo que hasta entonces habian recibido.

¡No puede llevarse á más alto grado la abnegacion y la nobleza, pues ni por un solo instante le ocurrió pensar á aquel hombre que si los cuatro millones robados se recuperaban, á él solo, no más que á él se deberia, y por consiguiente Clotilde y Alberto contraerian una nueva deuda de gratitud y corazon.

La principal duda de don Juan consistia, entre la

conveniencia ó inconveniencia de pedir explicaciones á su esposa, antes de ver al señor de Rubianes.

¿Qué ventajas reportaria el hacerlo así?

Ningunas, sino que por el contrario, Clotilde sufriría mucho al ocuparse de sus antiguas desgracias, y lo que era peor, exigiría terminantemente de don Juan la promesa de no dar paso alguno, para evitar así que una negativa del miserable ladron, produjese entre ambos un conflicto, que habia necesariamente de costar sangre.

Y como llegado este caso nadie podia responder de las consecuencias, como era posible que á don Juan le tocase sucumbir, Clotilde, para evitar esto, seria capáz de todo, hasta de negar el crímen del señor de Rubianes y defenderlo.

Sí, una mujer como Clotilde debia obrar así.

La que tanto habia sufrido, la que habia tenido valor sobrado para hacer sacrificios casi inconcebibles sin exhalar la más leve queja, no podia en ningun caso mostrarse débil hasta el punto de dejar que el hombre á quien tan grandes beneficios debia, arriesgase la existencia por recuperar unos cuantos puñados de oro.

No se equivocaba el señor de Bustamante al creer que éste seria el resultado de sus explicaciones con Clotilde.

En cuanto al jóven Alberto, no habia lugar á duda: era preciso cuidar de que nada llegase á traslucir, porque indudablemente se dejaria llevar de los primeros impulsos de su ardiente corazon y empezaria, no por

reclamar lo que era suyo, sino por castigar al miserable traidor que habia engañado y vendido á su padre.

No, Alberto no podia perdonar al que habia sido causa de que se quedase en la orfandad más horrible, no podia perdonar al que, como Judas, fingiéndose leal amigo, habia entregado á sus enemigos y perseguidores al hombre generoso á quien tanto debia.

El señor de Rubianes habia traficado con el noble Guillermo de Luján, y el hijo de éste no podia perdonar al traidor.

Los verdaderamente generosos no lo son nunca á medias, y don Juan concluyó por donde era preciso que concluyese.

Creyó que tenia un deber que cumplir, y acabaron sus dudas y vacilaciones.

Como toda alma grande, no aspiraba ni á la recompensa de la gratitud.

Sublimándose más cuanto mayor era el sacrificio que tenia que hacer, trazó al fin su plan.

Hé aquí en qué consistía éste.

Reclamaria la fortuna robada, prometiendo al ladron la más escrupulosa reserva sobre el asunto, y cuando hubiera conseguido su deseo, diria que con un escrito anónimo habia recibido aquella cantidad como restitucion de lo que en otro tiempo se habia robado á la esposa y al hijo de Guillermo de Luján, y si lo del escrito anónimo presentaba algun inconveniente, aseguraria que aquellos valores se los habia entregado un sacer-

dote encargado de la restitucion secretamente por el ladron mismo.

Al hacer esto, suplicaría don Juan que no se le diesen explicaciones sobre el asunto, porque no queria ni sospechar siquiera quién era la persona que habia cometido el crímen.

De este modo, ni Clotilde ni Alberto tendrian nada que agradecer á su generoso protector, y la infeliz madre creería que la conciencia del señor de Rubianes habia despertado al fin, y se habia decidido á restituir lo robado, haciéndolo tanto más fácilmente, cuanto que ya era rico sin necesidad de aquel dinero.

¿Se concibe nada más noble que este plan?

No.

Más de dos horas pasó el señor de Bustamante encerrado en su aposento, diciendo al fin:

—Ya no vacilaré.

Y efectivamente, no se ocupó de otra cosa que de elegir el momento en que debia poner en práctica su plan.

Aquel mismo dia hubiera ido á ver al señor de Rubianes; pero no lo hizo, porque queria recobrar la calma para no dejarse arrebatar por cualquier incidente ó por la indignacion de que estaba poseido.

Para tratar de semejante asunto, necesitaba más tranquilidad de ánimo que para ningun otro, necesitaba ser completamente dueño de su razon, porque una palabra inconveniente, una amenaza extemporánea, una

concesion inoportuna, podia producir el peor resultado.

Decidió, pues, esperar hasta el siguiente dia ó hasta cuando se sintiese con fuerzas para dominarse y no cometer una ligereza.

Imposible le fué disimular como hubiera querido su agitacion; pero lo mismo su esposa que Alberto, creyeron que aquella preocupacion era consecuencia natural de los sucesos desagradables que habian tenido lugar por la mañana, y que debian considerarse bajo cierto punto de vista muy desgraciados, puesto que colocaban á don Juan en la más crítica situacion como hombre político.

Llegó la noche.

Clotilde, animada de los mejores deseos, dirigió á su esposo las frases más dulces y cariñosas, procurando convencerlo de que no tenia motivo para disgustarse, puesto que en último caso nada le importaba estar en buenas ó malas relaciones con el gobierno.

Don Juan se esforzaba para sonreir y respondia con frases vagas, si bien era para él muy consolador el cariño que le mostraba su esposa.

Así pasó aquella noche tranquila en apariencia; pero aquella tranquilidad era encubridora de profundas agitaciones, de grandes borrascas del espíritu.

De todos nuestros amigos, no habia uno que no sufriera horriblemente.

Tambien sufria el miserable hipócrita, porque no ha-

bia podido realizar sus deseos y tenia que empezar nuevamente la lucha.

Sí, el señor de Rubianes proseguiría con más ardor que nunca su obra criminal, porque los obstáculos que se le habian presentado, habian sido para su alma ruin un incentivo que debia trastornar completamente su razon.

No podemos ocuparnos de todos á la vez, y por eso parece que olvidamos algunos de los personajes más interesantes. No es así y ya nos ocuparemos de ellos para dar á conocer todas las consecuencias, por cierto bien horribles, del memorable dia veintidos de Junio, dia fatal para las desdichadas criaturas que representan en esta historia el principal papel.

Tal era la situacion cuando llegó el siguiente dia, es decir, la mañana del veinticuatro.

CAPITULO LXIX.

Presentimientos.

Con el propósito de retroceder cuando convenga, para hablar de Susana y Alberto, continuaremos el relato en lo que se relaciona con el noble don Juan de Bustamante, y diremos que éste, á las doce del dia se creyó con bastantes fuerzas de espíritu y suficiente calma para poner en práctica su plan.

Aunque profundamente triste y preocupado, nunca se mostró don Juan tan cariñoso y tierno con su desgraciada esposa y con Alberto; pero su ternura parecia impregnada de una melancolía dolorosa, que era inexplicable, pues se comunicaba á los demás sin que fuese posible sustraerse á su influencia.

Clotilde y Alberto, almas no ménos nobles que la de

don Juan, sintiéronse bien pronto conmovidos hasta el punto de que tuvieron que hacer grandes esfuerzos para que el llanto no humedeciese sus ojos.

—¿Qué me sucede?—se preguntaron mas de una vez lo mismo la madre que el hijo.

—Pero no acertaron á explicarse lo que sentian, y acabaron por creer que aquella tristeza profunda y dolorosa era solo efecto de la misma situacion horrible en que se encontraban.

Tenian motivos para sufrir mucho y no entrevian un rayo de consoladora esperanza.

Esto era bastante.

Sin embargo, el dia anterior habia los mismos motivos de sufrimiento, y su dolor era distinto.

¿En qué consistia la diferencia?

Un presentimiento horrible se habia levantado en el fondo de sus corazones, presentimiento vago, muy vago; pero que no por ser vago era ménos atormentador.

¿Qué les anunciaba aquella voz secreta y misteriosa?

Una gran desgracia, una desgracia más espantosa que ninguna; pero nada más.

Sus sensibles corazones se extremecieron á cada palabra de ternura pronunciada por don Juan, como se hubieran extremecido al escuchar un adios postrero, el adios que anuncia la separacion por una eternidad.

Tal vez el presentimiento no los engañaba.

Don Juan no contaba con encontrar resistencia algu-

na por parte del señor de Rubianes, y por consiguiente no abrigaba temores de que la cuestion hubiera de llevarse á un terreno peligroso para la vida de ambos; pero nosotros que conocemos la verdad, adivinamos lo que habia de suceder.

El señor de Rubianes se defenderia con el documento firmado por Clotilde, y la situacion tomaria entonces el carácter más grave.

Hé ahí por qué decimos que tal vez y desgraciadamente no engañaban los presentimientos vagos que atormentaban á la madre y al hijo.

Tambien el señor de Bustamante, á pesar de lo que le decia su razon, experimentaba un sentimiento para él desconocido y que no acertaba á explicarse.

Nunca le habia parecido Clotilde tan bella y tan digna de ser amada, nunca habia sentido por ella tanto amor, y en cuanto al jóven, le pareció tambien noble y grande como nunca.

En aquellos momentos encontró don Juan de Bustamante mil y mil razones para excusar la conducta de Alberto en cuanto tenia relacion con la política.

La situacion, considerada moralmente, no podia ser más extraña.

Llegó el momento.

El señor de Bustamante besó las frentes pálidas de la madre y del hijo, y se sintió conmovido de tal modo, que salió sin poder articular una palabra, porque la voz se ahogaba en su garganta.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda mientras bajaba la escalera.—¿Qué siento?... No lo sé, no lo sé.

Y se dejó caer en el fondo de su carruaje, entregándose á las más tristes reflexiones.

Entretanto la madre y el hijo se habian contemplado un instante, y como si con la mirada se hubiesen puesto de acuerdo, abrazáronse mientras exclamaban:

—¡Hijo mio!...

—¡Madre mia!...

Y por las mejillas de ambos corrieron algunas lágrimas abrasadoras.

Largo rato permanecieron abrazados.

Cuando se separaron, estaban sus rostros lívidos y descompuestos.

No entraron en ninguna clase de explicaciones.

¿Qué habian de decirse cuando no comprendian sus propios sentimientos?

Una hora despues dijo Clotilde al jóven:

—No somos nosotros los únicos que sufrimos.

Alberto suspiró tristemente.

—Hay otras criaturas,—añadió Clotilde,—mucho más desgraciadas que nosotros.

Entonces la frente de Alberto se contrajo y su mirada se tornó sombría.

Su madre prosiguió diciendo:

—La situacion de la familia Moncayo es la más horrible. Nada podemos hacer en favor de ese valeroso jóven, que no tardará en ser sacrificado; pero como además de

esta desgracia espantosa, otras muchas agobian á esas dos infelices mujeres, debemos hacer cuanto es imaginable para que acepten nuestra ayuda.

—Dudo que acepten nada,—replicó tristemente Alberto.

—Yo tambien lo dudo; pero lo intentaremos y al ménos nuestra conciencia quedará tranquila.

—Sí, lo intentaremos, y si no obtenemos un resultado satisfactorio, acudiremos á mi amigo Luciano, para que nos ayude, porque voy convenciéndome de que es la persona que tiene mayor influencia sobre esa familia.

—Creo lo mismo, aunque no me explico con claridad el motivo de esa influencia.

La madre y el hijo cruzaron algunas otras palabras y salieron para ir á la modesta vivienda de la familia Moncayo.

Lo mismo que el jóven, opinamos tambien nosotros, que nada aceptarian aquellas dos mujeres.

Los dejaremos para volver al lado de don Juan de Bustamante.

CAPITULO LXX.

Donde se verá que no es solo el humo lo que se desvanece.

Don Juan entró en la vivienda del señor de Rubianes: cuando daba su nombre á un criado para que lo anunciase, el rostro pálido y demacrado de Cautela, asomó por entre una cortina.

El agente de policía, que iba á salir despues de haber tenido una larga conferencia con el hombre respetable, detúvose al ver á don Juan, y retrocediendo un paso, dijo para sí:

—¿Qué asunto puede traer el señor de Bustamante? No lo adivino, y podrá convenirme conocerlo.

Ya sabemos que Cautela entraba y salia como en su propia casa en la del señor de Rubianes, y por consiguiente, sin que llamase la atencion de ningun criado,

pudo retroceder, entrándose por un pasillo y atravesando luego dos ó tres habitaciones solitarias.

Detúvose y se acercó á una puerta cerrada por una cortina de terciopelo azul.

En la habitacion inmediata se encontraba el señor de Rubianes; pero era por otra puerta por donde habia de entrar el señor de Bustamante.

Fácilmente hubiera podido el ex-sacristan trazar un plano exacto de la casa, y además de este conocimiento local, tenia el de las costumbres de sus moradores, y estaba seguro de que nadie llegaria á interrumpirlo.

Podia, pues, escuchar sin perder una palabra de la conversacion que iba á tener lugar entre don Juan y don Pedro, y no solamente escuchar, sino mirar, puesto que para hacerlo así, no tenia más que desviar un poco las dos hojas de la cortina, dejando entre ambas una estrechísima abertura.

Ni don Juan habia visto el rostro del agente, ni aun viéndolo hubiese dado importancia á semejante encuentro, puesto que apenas lo conocia, y aun puede decirse que no se acordaba de él.

El señor de Rubianes se apresuró á recibir al que llamaba su amigo; pero apenas lo miró, comprendió que algun asunto muy grave era la causa de aquella visita.

Todos los esfuerzos de don Juan, no eran bastantes para evitar que su rostro estuviese nerviosamente pálido y contraido, ni que su mirada dejase de ser profundamente sombria.

El señor de Bustamante saludó ceremoniosa y fria, muy friamente, á pesar de que el hipócrita le dirigió las frases más delicadas y amistosas y sonrió con una dulzura sin igual.

—Aquí,—mi buen amigo,—dijo el señor de Rubianes, señalando un sillon y disponiéndose á ocupar otro que habia enfrente.

Y luego añadió:

—Nunca he sido sorprendido tan agradablemente como ahora, pues no esperaba el honor de esta visita. Sea cual fuere el objeto que le trae á usted, hay un doble motivo para que me alegre de tener el gusto de verlo, pues conviene mucho que tengamos una conferencia sobre lo que ayer sucedió entre usted y nuestro amigo el ministro.

—No vengo á ocuparme de la política,—repuso don Juan,—ni quiero pensar en ella por ahora: es otro asunto el que tenemos que tratar, asunto muy grave y que me preocupa y desagrada hasta donde no es posible comprender.

La mirada del señor de Rubianes se fijó escudriñadora en el rostro de don Juan.

No adivinó el miserable de qué clase de asunto habia de tratarse; pero empezó á perder la tranquilidad, porque el que no tiene su conciencia tranquila, vé fantasmas en todas partes.

Sin embargo, disimuló y con su acento melífluo repuso:

—Amigo mio, estoy á las órdenes de usted y tengo el honor de escucharlo.

—Cuanto hablemos, cuanto suceda entre nosotros, será un secreto para todo el mundo, y de que así sucederá le doy á usted mi palabra de caballero.

—No comprendo la oportunidad de esa advertencia.

—La hago, porque así es preciso para que podamos entendernos sin que usted abrigue temor alguno en cuanto á las consecuencias que el asunto pudiera tener.

Aunque muy ligeramente, se contrajo la frente del señor de Rubianes.

Quizá empezaba á comprender, tal vez adivinaba el objeto de aquella visita, y aun adivinándolo, era imposible que estuviera tranquilo, por más que tuviera medios de defenderse.

La mirada del señor de Bustamante se hizo aún más dura y más sombría.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Me honro escuchando,—dijo al fin el señor de Rubianes mientras se inclinaba cortesmente.

—Me es forzoso evocar recuerdos tristísimos, ocuparme de una historia de que solo usted y alguna otra persona podrá acordarse.

—Si es preciso...

—Absolutamente.

—Todo lo que usted haga me parecerá muy bien.

—Allá por los años de mil ochocientos cuarenta y siete...

—Época inolvidable para mí,—interrumpió el señor de Rubianes con melancólica dulzura,—inolvidable, porque entonces me encontraba en el último grado de la pobreza, casi en la miseria, y me hubiera muerto de hambre, ó más bien hubiera cometido la locura de pegarme un pistoletazo, como en mi desesperacion intenté, si la Providencia no hubiese puesto en mi camino á un hombre generoso, cuyo nombre no me parece oportuno citar en estos momentos.

—Yo sé quien era.

—Entonces...

—Ese hombre generoso, se llamaba Guillermo de Luján.

—No se equivoca usted,—repuso el hipócrita exhalando un suspiro.

—Sin la proteccion de aquel hombre...

—Yo hubiese muerto, y lo que es más, se habria perdido mi alma, porque para el suicida no hay perdon.

—El señor de Luján estaba comprometido en la basta conspiracion, cuyos tristes resultados todos conocemos.

—Y yo, con mi imaginacion de veintitantos años, con mi falta de juicio y de experiencia, me comprometí tambien: esto lo sabe todo el mundo, y aunque no se supiese, no quiero negarlo.

—Las negativas serian inútiles, caballero.

—¿Extrañará usted que le diga que aún no comprendo adónde quiere ir á parar, recordando aquella época?

—Voy á parar á la proteccion de que usted fué objeto por parte de Guillermo de Luján, á la confianza que éste depositó en usted...

—Confianza sin límites, verdaderamente ciega: esta es la verdad.

—Conocia usted todos sus secretos...

—Absolutamente todos.

—Estalló la revolucion...

—Y fué vencida por el gobierno.

—Guillermo de Luján, despues de haberse batido como un héroe, se ocultó...

—¿Me quiere usted permitir concluir esa historia? Así le daré á usted una prueba de que no la he olvidado.

—Sí, concluya usted.

—Su esposa de usted, esposa entonces de don Guillermo de Luján, estaba gravemente enferma y una intensa fiebre habia extraviado su razon. Terminada la lucha de aquel sangriento dia, el señor de Luján se retiró á su casa, y comprendiendo que le seria forzoso huir antes de que su esposa recobrara la razon, puso en mis manos toda su fortuna, reservándose mil ó dos mil duros en oro que llevaba en un cinto.

—Todo eso es exacto.

—Hé ahí una de las pruebas de confianza del señor de Luján, prueba que yo agradecí; pero que no quise aceptar tan ciegamente como se me daba, y firmé y entregué á mi protector un recibo.

Don Juan de Bustamante empezó á sentirse aturdido por la fria tranquilidad del hipócrita.

Éste, con un cinismo verdaderamente repugnante, prosiguió diciendo:

—No engañaron al señor de Luján sus temores: la policía se presentó á prenderlo y huyó por una salida secreta que ya tenia preparada.

—¿Y luego?

—Registraron mientras otros agentes, que ya debian tener sospechas, invadieron la casa inmediata, y el perseguido cayó al fin en manos de sus perseguidores.

—Y aquella misma noche salió para Cádiz...

—Donde se embarcó, muriendo en la travesía, como sabe usted y todo el mundo.

—Pero antes de embarcarse, escribió á su esposa una carta dándole explicaciones sobre lo que habia determinado con respecto á su fortuna, y refiriéndole además otros detalles, que usted ha omitido.

—Si usted me los recuerda...

—En la casa donde se refugió el señor de Luján al salir de la suya, fué acometido...

—Por la policía, ya lo he dicho.

—Antes lo fué por unos bandidos, que le robaron la cartera.

—Es la primera noticia que tengo de esa circunstancia.

—Yo le presentaré á ustad una prueba de que esto es verdad.

Creyó el señor de Rubianes que su recibo habia ido á parar á manos del esposo de Clotilde, y esta creencia acabó de tranquilizarlo, porque el recibo nada significaba, no tenia ningun valor desde que la pobre víctima firmó el otro.

—No necesito más pruebas que la palabra de usted, —dijo el hipócrita,—porque ya sé que no es usted hombre que asegure nada sin verdadero fundamento.

—La carta en cuestion fué interceptada en el correo.

—No es extraño que así sucediera.

—Se abrió y copió.

El señor de Rubianes se extremeció ligeramente.

—Pero se le dió curso,—añadió don Juan.

—Entonces la recibiría la esposa de don Guillermo.

—No la recibió.

—Me son completamente desconocidas todas esas circunstancias.

—Poco importa.

—Prosiga usted, puesto que yo he concluido.

—Aún queda lo más interesante.

—¿Qué?

—Los cuatro millones en títulos de la deuda que entregó á usted el señor de Luján en union de su testamento...

—Eso es, cuatro millones en treses, cuyos valores entregué á mi vez á la esposa del señor de Luján.

A don Juan le fué ya imposible contenerse, y mientras lanzaba una mirada terrible á su interlocutor, dijo:

—Mentira.

—¡Caballero!...

—Usted despojó de su herencia á aquellas desgraciadas criaturas...

—Señor de Bustamante,—interrumpió el traidor con calma; pero como si se esforzase para dominar los arrebatos de la ira,—lo perdono á usted, porque comprendo su indignacion; pero le exijo que me escuche, porque tengo derecho á ser escuchado, porque desde el momento en que usted me acusa, no puedo negarme la defensa. Está usted en un error, y de seguro no ha consultado usted con su esposa antes de venir á verme.

—No, no he consultado, porque es demasiado noble y generosa y sé que habria buscado medio de estorbarme dar este paso.

—No tenia que buscar ninguno,—replicó el señor de Rubianes, desplegando una sonrisa,—no tenia que buscar ninguno, puesto que bastaba conque dijese la verdad.

—Y la verdad es, que usted abusó de su posicion, y Clotilde y su hijo quedaron en la más espantosa miseria, en la miseria en que les encontré despues de algunos años.

—Hé ahí, señor de Bustamante, lo que no acierto á explicar. ¿Por qué desapareció la esposa de don Guillermo? Nadie más que ella lo sabe. ¿Por qué apareció nuevamente en una boardilla y sin tener un pedazo de pan para su pobre hijo? Tambien esto podrá explicarlo ella.

Supongo que salió de Madrid, como ella misma dijo, para ir á reunirse con su esposo, y supongo además, que un accidente cualquiera le hizo perder de un golpe toda su fortuna, porque es increible que una mujer de su talento y virtudes, malgastase en dos ó tres años la crecida cantidad que recibió.

—Sí, un accidente por nadie previsto, la privó de su fortuna, y ese accidente fué un robo, y ese robo...

—Caballero, convendrá que seamos prudentes en nuestras palabras.

—¡Oh!...

—Cuando me exija usted la prueba de haber cumplido yo como hombre honrado, y esa prueba no la presente, tendrá usted derecho á acusarme.

—Pues bien,—replicó arrebatadamente don Juan,—venga esa prueba...

—No puedo presentar otra que el documento firmado por la entonces esposa de don Guillermo de Luján, documento en que declara haber recibido los cuatro millones nominales en títulos de la deuda, quedando por consiguiente anulado mi recibo, segun en éste se expresaba. ¿Es esto bastante?

—Pero usted no puede tener semejante documento.

El señor de Rubianes se encogió de hombros y miró con expresion de lástima á don Juan.

Luego se acercó á una caja de hierro, la abrió, sacó un papel, y sin desdoblarlo lo alargó á don Juan.

—¿Qué es esto?—preguntó el esposo de Clotilde.

—El documento en cuestion, el que usted aseguraba que yo no podia tener.

—Y aún lo dudo...

—Pronto acabará usted de dudar,—dijo el señor de Rubianes, desdoblando el papel y acercándolo con aire de triunfo á los ojos de don Juan.

Éste fijó en el escrito una mirada de avidez indescriptible; lo examinó de arriba abajo, y sin detenerse á leerlo ni querer tocarlo, exclamó:

—¡Ah!...

Sus ojos relumbraron como dos carbunclos, clavaron en el señor de Rubianes una mirada terrible, y exclamó:

—¡Ladron, miserable!...

—¡Caballero!...

—¡El documento, venga el documento!...

—¿Acaso no es este?—dijo el hombre respetable, fijando la mirada en el papel, porque creyó que equivocadamente habia tomado uno por otro.

Empero quedó inmóvil y mudo como una estátua.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró horriblemente.

Sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Un sudor copioso y frio inundó su frente.

¿Qué habia visto?

¿Cual era la causa de tan repentino cambio?

Con pocas palabras daremos la explicacion.

Del papel habia desaparecido la firma estampada por Clotilde.

No era, pues, aquel escrito un documento.

¿Cómo habia podido suceder esto?

Muy fácilmente.

No habrá olvidado el lector que Plotoski entregó al señor Patricio una cajita la misma mañana en que Clotilde debia firmar el documento.

La cajita contenia un pequeño frasco con tinta, y esta fué la que el industrial, con una pluma enteramente nueva, llevó á Clotilde.

Aquella tinta no era permanente en ninguna clase de papel, sino que desaparecia, lo mismo bajo la accion de la luz que en la oscuridad, sin dejar señal alguna.

Si á los pocos dias de firmarse el documento le hubiera ocurrido al señor de Rubianes examinarlo, habria visto que lo escrito por Clotilde no existia ya.

Así se explica el por qué don Cándido no estorbó que Clotilde firmase el terrible documento.

¿Para qué habia de estorbarlo?

Cuando el señor de Rubianes quisiera hacer uso de aquel papel, se encontraria conque no tenia ningun valor.

No necesitó, pues, leer don Juan: ¡vió un escrito sin firma, y cualquiera que fuese su contenido, comprendió que no significaba nada.

El efecto que la desaparicion de la firma produjo en el hipócrita, es inexplicable.

Largo rato permaneció inmóvil y silencioso y con la mirada fija en el papel.

No trató de explicarse la desaparicion de la firma.

¿De qué le servia la explicacion?

Lo que importaba era el hecho.

¿Cómo se defenderia ante los tribunales si don Juan tenia el otro recibo?

No habria defensa posible.

CAPITULO LXXI.

Cómo se defiende el dinero.

Los cuatro millones eran nominales; pero representaban cerca de dos millones efectivos, con más los intereses desde la época en que se cometió el robo, intereses que estaba en su derecho al reclamar el señor de Bustamante. Por consiguiente la restitucion, en cantidad positiva, representaba más de cien mil duros.

Cien mil duros, si cualquiera está dispuesto á recibirlos, no hay nadie que los dé con facilidad, y mucho ménos un hombre como el señor de Rubianes, cuya avaricia conocemos.

El anonadamiento del miserable debia concluir, recobraria, si no la calma, la suficiente tranquilidad para defender los dos millones efectivos que se le exigian.

Todo dependia de una circunstancia. ¿Estaba en poder de don Juan el recibo que por espacio de tantos años habia conservado Medio-beso como amenaza para hacer sus exigencias?

Don Juan continuaba tambien inmóvil y terrible como la estátua del Comendador.

Por fin, el señor de Rubianes se pasó una mano por la frente, se restregó los ojos como si aún dudase de lo que veia, y volvió á examinar el malhadado papel.

Empezaba á desaturdirse, y esto era lo que necesitaba para entrar en reflexiones sobre su situacion.

Nada decimos de su astucia, porque ya la conocen nuestros lectores.

Por más que miró, no encontró la firma, ni señal de que la hubiese habido.

Acercóse á uno de los balcones, levantó el papel á la altura de su cabeza, y miró al trasluz.

Nada tampoco.

Volvió á quedar inmóvil; pero ya no se pintaba en su semblante el terror.

Era dueño otra vez de su inteligencia y meditaba.

Al cabo de algunos minutos, dobló el papel, lo metió en la caja, cerró ésta, guardó la llave, y se acercó lentamente á don Juan.

No le convenia preguntar directamente sobre el recibo, que tan imprudentemente habia dejado en poder de Medio-beso.

—Bien,—dijo con acento de amargura,—esto se com-

prende perfectamente. He sido víctima del más ruin de los engaños; se me ha tendido un lazo en que he caido, no por torpeza, sino porque era imposible conocerlo.

—¡Un lazo!...

—Sí, caballero: la esposa de Guillermo de Luján firmó ese documento, porque sino fuese así, no se comprende que yo lo hubiese guardado, ni mucho ménos que cometiese la necedad de presentárselo á usted.

—No lo firmó.

—Sí; pero con una tinta que tenia la cualidad de desaparecer. Quien le habia suministrado el líquido para cometer este abuso, ni siquiera lo sospecho; pero ello es que el abuso se cometió, como lo prueba el haber desaparecido la firma. Sin embargo, no puedo reconocer el crímen de que usted me acusa con demasiada ligereza, y puesto que tiene usted en su poder el recibo que yo dí al señor de Luján, acuda usted á los tribunales, que yo me reservo otras pruebas, y veremos quién triunfa.

—¡Miserable!—volvió á decir don Juan, lanzando una mirada de profundo desprecio al traidor.—Ya sabe usted que ese recibo no lo tengo ni puedo tenerlo, porque fué robado al infeliz Luján por unos bandidos pagados por usted.

El señor de Rubianes respiró como el que se siente libre de un peso enorme.

Don Juan creeia que el recibo habia desaparecido.

No necesitaba más el hipócrita, y seguro ya de su triunfo, acabó de recobrar la calma y replicó:

—Solo Dios ha sido testigo de lo que hemos hablado, y por consiguiente será imposible que usted justifique que don Guillermo de Luján me hizo depositario de su fortuna.

—¿Qué intenta usted?

—Simple y sencillamente responder con negativas á todas las afirmaciones de usted.

—¡Oh!...

—Este es el camino más corto para llegar al término de tan desagradable asunto. ¿Qué adelantaríamos con alegar razones y más razones ante los tribunales? Emplearíamos inútilmente el tiempo, nos proporcionaríamos muchos disgustos, y quedaríamos lo mismo que estamos, usted acusándome de ladron, y yo llamándole á usted impostor. Estas cuestiones á nada conducen ni dan otro resultado que alguna desgracia, porque en fuerza de ofenderse y herirse...

—No, no acudiré á los tribunales porque la copia de la carta no es prueba suficiente, ni lo es tampoco el testamento, aunque pudiésemos averiguar donde se encuentra archivado.

—Entonces...

—Reclamaré á usted lo que robó, no ante los tribunales de justicia, sino con la fuerza de la razon.

—Y yo, con el convencimiento de mi inocencia...

—¿Se negaria usted á devolver lo robado?—replicó don Juan de Bustamante.

—Me niego desde ahora.

Don Juan rugió como un leon, y apretando los puños, dió un paso hácia el señor de Rubianes.

Éste, sin alterarse, extendió un brazo y dijo:

—No olvide usted que estoy en mi casa, y por consiguiente que tengo el derecho de matarlo á la primera agresion que intente usted contra mí.

Y pronunciadas estas frases se acercó el hipócrita á su mesa de despacho, abrió un cajon y sacó un rewólver.

Entonces don Juan cruzó los brazos y lo contempló mientras sonreia desdeñosamente.

—Creo que hemos concluido,—dijo el señor de Rubianes.

—No.

—Pues concluyamos, porque la escena me desagrada mucho, y no quiero que se prolongue.

—No se prolongará por mí.

—Sepamos qué más tiene usted que decirme.

—Ya lo he dicho todo,—repuso don Juan,—y solo falta que usted decida.

—¿Insiste usted en exigirme el importe de la fortuna del difunto Luján?

—Sí.

—Entonces perdemos lastimosamente el tiempo. Esa fortuna, reducida hoy á metálico, segun el valor de la deuda pública y los intereses vencidos, asciende á mas de cien mil duros.

—Así es.

—¡Cien mil duros!—murmuró el hombre respetable con voz sorda.

—¿No está usted dispuesto á entregarlos?

—No.

—Piense usted que de su resolucion depende su vida.

—¿Me asesinará usted, caballero?... Supongo que no, porque á pesar de todo, le reconozco á usted nobles sentimientos.

—Forzoso es que me los reconozca.

—Pues bien, si no piensa usted asesinarme, no se comprende por qué he de temer por mi vida sin que al mismo tiempo tema usted por la suya. No tengo fama de espadachin, ni valiente, ni mucho ménos me envanezco de serlo; pero si usted me provoca, en cualquier sentido que sea, responderé á la provocacion, y aunque soy un hombre pacífico, espero no temblar delante de otro hombre, porque mi limpia conciencia me dará calma suficiente para arrostrar el peligro con serenidad.

Y efectivamente, el señor de Rubianes, al decir esto, aparecia completamente tranquilo, mucho mas tranquilo que don Juan de Bustamante, porque éste, sino temblaba de miedo, estaba convulso por la ira, y lo tenia trastornado el sentimiento de indignacion que experimentaba.

Colocado en este terreno el señor de Rubianes, el asunto no podia ya tener mas que una solucion: un duelo.

Y hé ahí cómo, sin sospecharlo, se habia ido á parar adonde ménos se pensaba por unos y otros.

La fortuna habia favorecido, pues, al señor Morato.

Bien sabia éste que el señor de Rubianes no aceptaria la acusacion, ya porque se lo prohibia la conveniencia, ya porque el aceptarla le hubiera costado dos millones.

El único inconveniente que habia para que se llegase á un duelo, era el documento firmado por Clotilde.

El documento, sin la firma, no era tal.

El inconveniente habia desaparecido.

Si conforme era Cautela el que escuchaba aquella conversacion, hubiese sido el jefe de policía, lo habriamos visto restregarse las manos alegremente, por considerarse ya libre de su más terrible enemigo.

Si Cautela se alegró, no lo sabemos: esto lo averiguaremos oportunamente.

Don Juan era un adversario temible, no solamente por su valor, sino porque manejaba admirablemente, lo mismo una espada que una pistola, y con esto contaba el señor Morato, que no tenia fé, ni en el valor ni en la destreza del hipócrita.

Todo cuanto aquellos dos hombres dijesen, era ya completamente inútil.

No tenian que hacer más que ponerse de acuerdo para jugar la vida.

—Por última vez,—dijo don Juan despues de algunos momentos.

—Tendré el honor de batirme con usted si así lo desea.

—Será.

—¿Cuándo?

—Mañana al amanecer me encontraré en la venta del Espíritu Santo.

—Fijemos una hora, porque eso del amanecer...

—A las seis.

—Iré.

—En cuanto á las armas...

—Soy el ofendido y el provocado, y por consiguiente...

—Está usted en el derecho de eleccion.

—La pistola, veinte pasos de distancia, con facultad de adelantar cada uno diez y disparar cuando se le antoje, porque solo así puede haber la seguridad de que muera uno de nosotros.

—Acepto.

—Llevaremos testigos que no se opongan á nuestra determinacion.

—Hasta mañana á las seis,—dijo don Juan.

Y se dirigió á la puerta en tanto que el señor de Rubianes lo saludaba cortesmente y levantaba la cortina para dejarle el paso libre.

CAPITULO LXXII.

Preparativos.

Cuando hay afecciones tiernas, amamos la vida por mas que esta sea una constante lucha, una série de sufrimientos templados apenas por débiles esperanzas, y el hombre de mas valor no puede mirar con indiferencia en semejante caso el peligro de la muerte.

A don Juan de Bustamante le sobraba corazon para no temblar á la idea del peligro que iba á correr; pero cuanto más cerca se encontraba del termino de su existencia, era más y más dulce, más y más profundo el ternísimo cariño que profesaba á su esposa y al jóven Alberto.

Don Juan no sentia lo que vulgarmente se llama miedo; pero debia estar y estaba muy preocupado despues de la entrevista con el señor de Rubianes.

Ni el valor ni la destreza son una garantía contra la muerte en un duelo

Alguna vez va una bala adonde quiere dirigírsela; pero en cambio las mas veces vá adonde la lleva eso que los hombres llaman casualidad, ó para hablar con exactitud, adonde inevitablemente la llevan las leyes físicas.

¿Qué importaba que el señor de Rubianes no estuviera dotado de gran valor ni tuviese la costumbre de manejar las armas?

Esto era tal vez una gran desventaja para su noble contrario.

Si don Pedro de Rubianes no tenia completa confianza en su valor, ni seguridad en su mano, haria lo posible para que la inteligencia y la astucia supliesen estos defectos, pondria doble cuidado en cuanto hacia, y aprovecharia todas las ventajas que le presentasen las mismas condiciones del duelo.

El triunfo del señor de Bustamante no era, pues, seguro.

La justicia estaba de su parte; pero la justicia no representa ningun papel en este bárbaro modo de resolver las cuestiones, de salvar el honor.

Los antiguos creían firmemente que el vencedor en un duelo era el defensor de la buena causa, probándolo así el que el Omnipotente lo hubiese protegido, dándole la victoria: por eso los duelos se llamaron juicios de Dios, creyendo aquellas generaciones, repetimos, que el re-

sultado de un desafío era el fallo infalible de la divinidad.

Empero hoy, que no podemos apreciar del mismo modo la cuestion, hoy que todos reconocemos el verdadero valor que tienen estos crímenes autorizados y sancionados, sino por las leyes escritas, por la sociedad, no podemos tranquilizarnos respecto á la suerte del señor de Bustamante, por más que la razon y la justicia estuvieran de su parte, ni era posible que él mismo se tranquilizara, puesto que sabia muy bien que con razon ó sin ella, podia morir, que por más que defendiese la mas noble causa, el triunfo podia ser de su contrario.

Esforzóse el noble don Juan para ocultar su agitacion, y el esfuerzo tuvo que ser doblemente penoso cuando aquella noche se separó de su esposa y de Alberto.

—¿Qué sucede?—se preguntaban la madre y el hijo.

Y no era posible que se contestasen, puesto que en apariencia ningun nuevo suceso, ninguna nueva desgracia habia tenido lugar.

Sentíanse como bajo la presion de una atmósfera que los ahogaba, y les parecia que á su alrededor no habia mas que tinieblas espantosas.

¿En qué consitia esto?

Sus corazones oprimidos sufrian mucho; pero su razon no sabia decir cuál era causa de semejante sufrimiento.

Cuando el señor de Bustamante quedó solo en su aposento, reflexionó sobre la conducta que debería se-

gair durante las horas que faltaban hasta el amanecer.

Jóven, robusto y en completa salud, no habia pensado todavía en consignar legalmente su última voluntad; pero en aquellos momentos se acusó de no haberlo hecho así, porque si moria, ni su esposa ni Alberto tenian derecho alguno á heredar segun las leyes, puesto que no podian presentar un testamento á su favor.

Ya era tarde para remediar el mal.

Eran más de las doce de la noche cuando esto pensaba don Juan, y por consiguiente habia muchos inconvenientes materiales para intentar el otorgamiento de un testamento á semejante hora.

Cuando sufrimos demasiado, buscamos afanosamente una idea consoladora.

Esto hizo don Juan, porque pensó, que si bien podia serle contraria la fortuna, no acabaria su existencia en tan pocos momentos que no le diese lugar á poner á Clotilde á cubierto de la miseria.

Pensó luego si deberia escribir una carta, manifestando á su esposa el motivo del duelo; pero desistió, porque si llegaba á morir, su declaracion seria suficiente para que el noble Alberto quisiese vengar al que le habia servido de padre y arriesgar tambien la vida.

La situacion de Clotilde seria entonces doblemente espantosa.

¿Empero debia el señor de Bustamante dejar impune al criminal y perdida la fortuna robada?

No.

¿A quién confiar el secreto y encargarle que continuara favoreciendo la justicia?

Despues de mucho reflexionar pronunció una palabra.

—Plotoski,—dijo.

¿Pero dónde se encontraba Plotoski?

El misterioso personaje se presentaria nuevamente al mundo con distinto nombre, y no seria fácil reconocerlo.

¿Cómo hacer que á sus manos llegase una carta?

Despues de meditar otra vez, comprendió el señor de Bustamante que el hombre misterioso no abandonaría á la familia Moncayo, y con uno ó con otro nombre, con uno ó con otro disfraz, continuaría en relaciones con ella.

No era, pues, imposible hacer llegar á sus manos la carta.

Don Juan no vaciló, tomó la pluma, y escribió lo siguiente:

«Caballero, ignoro quién es usted; pero tengo la prueba de su gran corazon, de su nobleza y generosidad. Dentro de pocas horas debo batirme con don Pedro de Rubianes, y sobre el motivo de nuestra querella no doy á usted ámplias explicaciones, porque tengo razones para creer que conoce usted el secreto de un abuso el más horrible, de un crímen espantoso cometido por mi adversario, y de que fué víctima el malogrado don Guillermo de Luján. Sin embargo, para disipar cual-

quiera duda, uno á esta carta la copia de otra escrita antes de salir de Cádiz el referido Luján, advirtiendo que mi enemigo, para responder á las reclamaciones que le hice de la cantidad robada, me presentó un documento que suponia firmado por mi esposa, aunque ninguna firma tenia.

»No quiero que lleve usted la cuestion al terreno que yo la he llevado; porque no se conseguiría mas que agravar la situacion con nuevas desgracias; pero sí tengo la seguridad de que hará usted cuanto le sea posible en favor de la justicia, seguridad tanto más completa, cuanto que he llegado á creer que no mira usted con indiferencia este grave asunto.

»Sea usted quien fuere, sea cualquiera el motivo que le impulsa á seguir su conducta inexplicable y extraña, reconozco desde luego la nobleza y generosidad de usted, y le deseo la más completa felicidad.

»Quizá dentro de algunas horas mi esposa y Alberto queden otra vez en la más triste orfandad, y sus desgracias, ya espantosas desde hace muchos años, sean doblemente horribles. ¿Debo esperar que usted los proteja?

»Sí, lo espero ó más bien estoy convencido de que así sucederá.

»No le anuncio á usted recompensas en este mundo, porque las criaturas que están dotadas de un alma como la de usted, hacen el bien por hacerlo, y en sus mismos sacrificios encuentran la recompensa, sin aspirar á otra

que á la que en el mundo eterno de la divina justicia se concede á los virtuosos.

»Esta carta la pondré en manos de la hija del señor Patricio, de esa mujer extraordinaria á quien usted ha sabido apreciar, porque supongo que más ó ménos tarde volverá á ponerse nuevamente en relaciones con usted.

»Permítame usted que en estos supremos instantes le dé el tierno nombre de amigo, el que con gratitud lo bendice.»

Firmó don Juan, tomó otro papel y escribió á Susana, rogándole que cuando hubiera ocasion hiciese llegar la importante carta á manos del hombre misterioso que se llamaba unas veces Plotoski y otras don Cándido.

Hecho esto, llamó don Juan á un criado en quien tenia la más completa confianza y le dijo:

—Guarda estos papeles como se guarda un tesoro, y si mañana me acontece alguna desgracia, sin que nadie lo entienda irás á entregárselos á la hija del señor Patricio.

—¡Señor!...

—Al amanecer me despertarás y harás que esté enganchada la berlina.

—Pero...

—Mi buen Antonio, en cuestiones de honor no hay observaciones posibles.

El criado, que sobre ser leal amaba muy de veras á su señor, inclinó tristemente la cabeza.

Todo lo habia comprendido.

El señor de Bustamante se quitó un precioso anillo donde relumbraba un grueso diamante, y entregándolo á su sirviente, le dijo con voz conmovida:

—Como es posible que yo muera, quiero que guardes esto recuerdo mio, y como no sabemos lo que puede suceder, como mañana pueden ser pobres los que hoy son ricos, piensa que desde tu niñez has estado en esta casa, que te he mirado, no como á un sirviente; sino como á un hijo, piensa que te amo y...

Interrumpióse don Juan y despues de algunos momentos, añadió:

—Si muero, quedarán en el mundo mi esposa y su hijo.

Los ojos del criado se humedecieron con dos lágrimas.

Quiso hablar, y no pudo.

—Déjame y hasta mañana.

—Pero el señor,—dijo por fin el sirviente,—me permitirá que lo acompañe, yendo en lugar del lacayo.

Don Juan estrechó cariñosamente la diestra de Antonio y respondió:

—Sí, me acompañarás; pero ten entendido, que ni mi esposa ni Alberto pueden saber quién es mi adversario.

—No lo sabrán por mí.

—Adios.

Salió el sirviente.

El señor de Bustamante volvió á entregarse á sus tristes reflexiones.

Media hora despues miró el reloj.

Eran las dos.

Necesitaba dormir, no porque tuviese sueño, sino para que el reposo diese á sus músculos la fuerza que necesitaban, para que la excitacion de sus nervios no fuese causa de que cometiese una torpeza.

Por más que estuviese profundamente afectado, don Juan de Bustamante era al fin un hombre dotado de rarísimo valor, y por consiguiente á los diez minutos de haberse acostado, dormia con la mayor tranquilidad.

¿Qué sucedería tres ó cuatro horas despues?

No tardaremos en saberlo.

CAPITULO LXXIII.

La fortuna y la justicia.

Poco despues de las seis de la mañana, el señor de Bustamante con sus dos testigos, llegó al lugar designado para el duelo.

El señor de Rubianes se le habia anticipado unos cuantos minutos, y esperaba hablando, al parecer tranquilamente, con sus testigos.

Saludáronse con una inclinacion de cabeza los dos adversarios.

Las condiciones del duelo se habian establecido ya, y por consiguiente, los testigos no tuvieron que hacer sobre este punto, más que dirigir á los combatientes algunas frases, ya con intento de reconciliarlos, ya con el de que se modificase la condicion de que cada cual estaba autorizado á su antojo para avanzar diez pasos,

menguando así considerablemente la distancia y haciendo casi cierta la muerte de uno de los dos.

Nada consiguieron, porque los interesados no se mostraron dispuestos á transigir sobre ningun punto, y por consiguiente, los testigos se ocuparon desde entonces en reconocer las pistolas, sortearlas y cargarlas.

Don Juan estaba grave; pero completamente tranquilo.

No podia suceder otra cosa, tratándose de un hombre como él.

En cuanto al señor de Rubianes, no sucedia lo mismo, pues se le veia palidecer á medida que se acercaba el momento terrible.

Les entregaron las pistolas, se midió la distancia y se designó el sitio que cada uno debia ocupar.

Don Pedro de Rubianes se extremeció.

No podia dudarse que tenia miedo, por más que se esforzaba para ocultarlo; pero por muchas razones le era imposible retroceder.

El motivo del duelo era un secreto para todos, pues no sabian los adversarios más sino que se trataba de una cuestion de honra, y que no habia ningun arreglo posible.

Cada cual de ellos tenia poderosas razones para obrar así.

Al señor de Rubianes no le convenia que se supiese el motivo de la cuestion, pues aunque era imposible que su crímen se probase, siempre quedaria en el ánimo de

todos una duda que perjudicaría grandemente á su reputacion.

El señor de Bustamante habia querido guardar el secreto para evitar que una indiscrecion cualquiera lo diese á conocer al jóven Alberto, lo cual ofrecia un nuevo peligro y nuevos sufrimientos para la desgraciada Clotilde.

Ya conocemos á don Juan, y no debe sorprendernos que llevase su abnegacion hasta el último punto.

Tal vez su misma nobleza iba á perderle, tal vez iba á dar el triunfo á su criminal enemigo.

Los dos adversarios esperaron la señal de los testigos, y cuando la señal fué dada, don Juan de Bustamante, sin moverse del sitio en que se habia colocado, extendió el brazo derecho, pronunció el nombre de Clotilde, y disparó.

Extremecióse violentamente el señor de Rubianes; su rostro se tornó lívido y se desfiguró.

¿Habia sido herido?

La bala habia atravesado su sombrero, rozándole el pelo; pero nada más.

Le habia hecho temblar su propio miedo; pero pasado un instante se convenció de que nada tenia que temer.

Ya no habia para él peligro alguno.

Cuando hubo disparado, don Juan de Bustamante volvió á quedar inmóvil como una estátua.

La expresion de su rostro era la misma que antes.

El señor de Rubianes hizo uso de su derecho, y lentamente y mientras extendia el brazo, dirigiendo la pistola á su enemigo, avanzó los diez pasos que le era permitido avanzar.

Luego se detuvo.

Un momento despues disparó.

El noble Bustamante se extremeció, tambaleóse, abrió los brazos y cayó pesadamente.

Resonó un grito de espanto y de dolor, porque no habia quien no amase de veras á aquel hombre generoso.

Acudieron presurosamente á socorrerlo...

¡Infeliz!...

La bala le habia atravesado el pecho, y aunque conservaba la vida, era indudable que no tardaria muchas horas en morir.

Un relámpago de alegría diabólica brilló en los ojos del señor de Rubianes; pero inmediatamente dió á su rostro una expresion dolorosísima y exhaló algunas exclamaciones tristes y conmovedoras.

Don Juan habia perdido el conocimiento.

Los testigos se apresuraron á examinar la herida para hacer lo que les fuese posible en aquellos primeros instantes; pero cuando así estaban ocupados, se divisó una blanca nube de polvo que avanzaba hácia ellos con rapidez, y á los pocos segundos se oyó el ruido sordo de un carruaje.

¿Era un transeunte que casualmente pasaba por allí?

¿Era que la autoridad, á pesar de la reserva que se

habia guardado, habia tenido noticia del lance y acudia para evitarlo?

Bien pronto salieron de dudas.

El carruaje, que era una ligera y lujosa berlina tirada por dos briosos caballos de pura sangre, detúvose junto á los otros.

La portezuela se abrió, saltando á tierra un hombre vestido de negro, con sencillez y descuido, aunque con la más exquisita elegancia.

Si el señor Morato se hubiese encontrado allí, habria exclamado:

—¡Es él!

No tenemos que decir que la persona que acababa de llegar era el misterioso caballero á quien presentamos cuando el jefe de policía se encontraba prisionero.

No iba allí por casualidad, porque corrió como un loco hasta llegar al sitio donde acababa de verificarse el duelo.

Nadie lo conocia; pero el señor de Rubianes fijó en él una mirada escudriñadora, que en el primer momento fué de sorpresa y luego de profundo terror.

Imposible le fué contener un grito.

Sus brazos se extendieron como si quisiera evitar que se le acercase un fantasma.

Sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Su mirada, de espanto indescriptible, se fijó en el misterioso caballero.

No se movió ni apenas respiró: hubiérase dicho que se habia petrificado.

¿Qué le sucedia?

Una sospecha sin igual horrible, una duda espantosa, habia producido este efecto en el señor de Rubianes.

¿No infundiría á su vez sospechas á los demás?

Así pudo suceder; pero los testigos creyeron que el señor de Rubianes se sentia trastornado por el temor á las consecuencias que pudiera tener el que se hiciese público el lance, lo cual era facilísimo despues de haberse presentado el misterioso caballero.

Éste, como si no se apercibiera del efecto que habia producido, acercóse á Bustamante, se arrodilló y le abrió la camisa, fijando en la herida una mirada de angustia mortal, de avidez inconcebible.

—Caballero,—dijo uno de los testigos sin acertar á darse cuenta de lo que veia,—tendrá usted la bondad de dar explicaciones sobre su presencia aquí, sobre su extraño proceder...

—Cuando he venido,—replicó gravemente el hombre misterioso,—es porque tengo derecho á venir, y me acerco al herido porque me interesa su vida, y porque no soy ageno á la ciencia y quiero prestarle inmediatamente los auxilios que necesita...

—Si es usted médico...

—Sí y no.

—Caballero...

—¡He llegado tarde!—exclamó el hombre misterioso,

elevando al cielo una mirada de dolor y desesperacion.

Y apretó los puños y sus dientes rechinaron.

Y volvió la cabeza y sus negros ojos lanzaron al señor de Rubianes, no una mirada iracunda, sino dos corrientes de fuego, dos centellas que hicieron temblar al miserable, que le arrancaron un nuevo grito de profundo terror.

—¿Es mortal la herida?—preguntó uno de los testigos.

Pero el caballero, en vez de contestar, púsose en pié, dió un paso hácia el hipócrita, y le dijo con voz reconcentrada:

—Antes de tres horas habrá dejado de latir este noble corazon. Nada tienes ya que temer del que á la faz del mundo podia llamarte traidor, ladron y asesino...

—¡Oh!—exclamó el señor de Rubianes, haciendo un supremo esfuerzo para dominar su pavor, porque comprendia que cuanto mas turbado se mostrase, más valor y fuerza daba á las acusaciones del desconocido.—¿Quién es usted, caballero, quien es usted para hablarme así?

—Debes adivinarlo, misererable, y si no lo adivinas, pronto lo sabrás, porque el dia de la justicia se acerca.

Puede comprenderse el efecto que en los testigos producirian las palabras de aquel hombre, desconocido para todos; pero que en su continente y maneras revelaba pertenecer á la más distinguida clase de la sociedad.

¿Cómo lanzaba las terribles acusaciones de traidor, ladron y asesino al señor de Rubianes?

¿Por qué fijaba en éste su mirada terrible con tanta seguridad como el juez la fija en el reo que ha confesado su crímen?

¿Y por qué el señor de Rubianes, que acababa de arrostrar la muerte por una cuestion de honra, dejaba que su honra fuese herida sin atreverse á volver por ella?

¿Por qué el señor de Rubianes temblaba?

¿Por qué su rostro estaba cadavéricamente pálido, desfigurado y cubierto de frio sudor?

Y por último, ¿qué relaciones habia entre aquellos dos hombres, de los cuales el uno aseguraba no conocer al otro?

Todo esto era incomprensible y tan extraño, que rayaba en lo inverosímil.

—Aquí estoy,—añadió el desconocido, irguiendo la cabeza con noble altivez,—aquí estoy, cobarde, traidor, y puedes pedirme cuenta de mis palabras, si es que tu conciencia está limpia.

El señor de Rubianes rugió como un tigre; pero no se movió del sitio en que estaba.

El caballero misterioso sacó una bolsa de cuero que contenia instrumentos quirúrgicos y vendajes, y con una prontitud y habilidad pasmosa, curó de primera intencion al desdichado Bustamante.

Éste empezó á recobrar el conocimiento.

Sus lábios se entreabrieron y murmuraron el nombre de su esposa.

Por un instante se tornó sombría la mirada del desconocido, que se extremeció ligeramente; pero en seguida tomó su semblante la expresion que antes tenia, y dirigiéndose á don Juan, dijo:

—Yo te vengaré, alma noble y generosa, yo te vengaré en pago de tus nobles sacrificios, de los beneficios que has hecho á tu desgraciada esposa y al inocente Alberto de Luján.

—¿Quién me habla?—preguntó con voz débil el señor de Bustamante.

Y su mirada intentó reconocer al misterioso caballero.

Éste, como si ya nada tuviese que hacer allí, volvió á ponerse en pié, fijó en el señor de Rubianes una mirada, que tenia tanto de odio como de desden, dirigió algunas palabras corteses á los testigos, y se alejó, entrando en su carruaje.

Un momento despues la lujosa berlina desaparecia entre una nube de polvo.

—¿Quién es ese hombre?—gritó entonces como fuera de sí el miserable traidor.

—¿No lo conoce usted?—replicó uno de los testigos.

—No lo conozco y necesito saber quién es para obligarlo á que explique sus ofensivas palabras y castigar su osadía.

—No lo conocemos y me parece que lo más acertado

hubiera sido que no lo dejase usted marchar sin exigirle explicaciones.

Esto razonamiento no tenia réplica; pero al señor de Rubianes no le convenia tomarlo en consideracion, y aparentando que lo preocupaba más que todo el peligroso estado del herido, acercóse á éste y le dirigió algunas palabras dulces y amistosas.

Luego se despidió, y sin esperar un momento más, entró en su carruaje y se alejó.

Dos de los testigos se fueron tambien para prevenir á la esposa del señor de Bustamante, y los otros dos con el fiel criado Antonio, se encargaron del herido para llevarlo á su casa antes de que exhalase el último suspiro, lo cual parecia cercano.

Pocos minutos despues no quedaban en aquel lugar mas que algunas manchas de sangre, como recuerdo de la desgracia, cuyas consecuencias debian ser las más horribles.

No habian engañado sus tristes presentimientos á la infeliz Clotilde ni á su hijo, pues creemos que el hombre misterioso no se equivocaba, y que don Juan de Bustamante dejaria en breve de existir.

CAPITULO LXXIV.

Primeras consecuencias del duelo.

Dos horas despues, don Juan de Bustamante se encontraba en su lecho y sin conciencia de que vivia.

Cuatro personas lo rodeaban en los momentos en que volvemos á presentarlo: su esposa, Alberto, Susana y Luciano Marin.

Las persianas del balcon, que daba al jardin, estaban cerradas, y una luz débil y dudosa se esparcia en el aposento, dando al cuadro un tinte doblemente sombrío y y casi lúgubre.

No se percibia otro ruido que el de la violenta y desigual respiracion de aquellas cuatro personas.

El rostro de don Juan estaba lívido y desfigurado, tenia esa expresion, ese sello inequívoco que imprime la

fria mano de la muerte antes de terminar su terrible obra.

Varios médicos, los más eminentes en la ciencia de curar, habian examinado al herido, y todos habian manifestado la misma opinion: el señor de Bustamante debia espirar en el término de pocas horas, sin que la ciencia pudiera salvarlo.

Clotilde y Alberto, que tenian gran confianza en la inteligencia y conocimientos de Luciano Marin, le habian consultado; pero desgraciadamente el jóven creia tambien que el herido sucumbiría, y aseguraba que era inexplicable cómo habia conservado un resto de existencia despues de recibir la herida.

No habia consuelos posibles; no era prudente infundir esperanzas, que debian desvanecerse muy pronto, haciendo doblemente horrible el golpe.

Por esta razon, ni Luciano ni ninguno de los médicos habia pensado ocultar la verdad.

Lo que tanto temia el noble don Juan de Bustamante, lo que habia querido evitar habia sido lo primero que habia sucedido: nos referimos á la prudente reserva que debia guardarse en cuanto al nombre de la persona que se habia batido con don Juan.

Los testigos de éste, á quienes por un olvido no les habia hecho el señor de Bustamante ninguna advertencia, dieron la noticia á Clotilde y Alberto, sin ocultar nada de lo que habia sucedido.

El nombre del señor de Rubianes, produjo en Clo-

tilde el efecto que puede comprenderse, pues si hemos de hablar con exactitud, debemos decir que es imposible comprender lo que la infeliz sintió y pensó cuando supo que el señor de Rubianes, el traidor que habia sido causa de la muerte de Guillermo de Luján, el miserable que habia abusado de su confianza, el ladron que los habia sumido en la miseria, era el mismo que habia cortado la existencia del noble don Juan de Bustamante.

Por segunda vez el señor de Rubianes dejaba viuda á Clotilde, y por segunda vez quizá le hacia pasar á ella y á su hijo desde la opulencia á la miseria.

El señor de Rubianes era una fatalidad espantosa de aquella desdichada mujer, el señor de Rubianes parecia haber nacido con la mision de perseguir y atormentar á aquellas dos criaturas tan buenas y dignas de mejor suerte.

¿Por qué se habian batido aquellos dos hombres?

Los testigos no pudieron satisfacer á esta pregunta, porque ya sabemos que lo ignoraban.

¿Lo adivinó Clotilde?

Para adivinarlo le bastaron algunos momentos de reflexion.

Don Juan, por una coincidencia cualquiera, habia llegado á conocer el secreto de los crímenes de Rubianes, le habia exigido reparacion, y el miserable, defendiéndose con el documento firmado por su víctima, se habia negado á transigir.

Esta fué la explicacion que se dió Clotilde.

En cuanto á la circunstancia ó coincidencia que diera á conocer á don Juan el secreto, era imposible que la desdichada madre adivinase nada.

Tras estas reflexiones, otra espantósamente desgarradora se hizo Clotilde: si ella no hubiese firmado el doncumento que le presentó Rubianes, éste no habria podido defenderse y habria tenido que acceder á las reclamaciones de don Juan.

Ella, pues, era causa indirecta de la muerte de su segundo esposo.

No hubiera podido Clotilde resistir tan terrible golpe, si otra reflexion consoladora no atenuase los efectos de la primera. ¿Habia podido negarse á firmar el documento?

No, porque su negativa hubiera sido equivalente á una sentencia de perdicion contra su propio hijo, contra la virtuosa familia á quien tanto debia, y contra Plotoski, á quien era tambien deudora de la existencia de Alberto.

No habia obrado ella por su voluntad, sino que habia obedecido á la fuerza incontrarestable de las circunstancias.

Don Juan de Bustamante, en la misma situacion, habria hecho lo mismo que ella.

De todos modos el sufrimiento de Clotilde era el más espantoso que puede imaginarse.

Sin hacer un solo gesto, sin articular una sílaba, sin apartar la mirada de los testigos de don Juan, escuchó

la horrible nueva, permaneciendo luego inmóvil como una estátua.

Inmediatamente se hizo las reflexiones que hemos indicado, y luego exhaló un grito desgarrador y perdió el sentido.

Puede decirse que este incidente fué una fortuna, porque Alberto, ocupado en socorrer á su madre, no pudo desde luego entregarse á los trasportes de su ira y su dolor.

Antes que los testigos, se habia presentado el jóven Marin.

Su visita á aquellas horas los sorprendió á todos, y los sorprendió mucho más verlo pálido, preocupado y sombrío como nunca, lo cual era muy extraño en un hombre de su carácter.

¿Sabia ya Luciano lo que habia sucedido?

Suponemos que sí, porque á la vivienda de sus amigos no llegó á pié, sino en la magnífica berlina en que iba el caballero misterioso, y que se alejó rápidamente apenas salió Marin.

—¿Qué te sucede?—le habia preguntado Luján al verlo.

—Eso mismo deseo saber,—dijo Marin mientras miraba alternativamente á su amigo y á Clotilde.—Cualquiera creeria que sufren ustedes mucho, que les preocupa un asunto muy desagradable...

—Sí,—replicó Clotilde,—sufrimos, estamos preocupados.

—¿Por los sucesos de anteayer?

—No.

—Entonces, si no es un secreto...

—Lo es para nosotros mismos.

—Eso es incomprensible.

—Nos atormenta un presentimiento.

—¿Qué presienten ustedes?

—Una gran desgracia; pero no sabemos más.

La frente de Luciano se contrajo aún más, inclinó la cabeza y repuso:

—Yo tambien presiento, aunque no tengo motivo alguno para temer una desgracia.

—Pero tú,—observó Alberto,—como hombre de ciencia...

—La ciencia sabe muy poco. ¿Quién nos asegura que eso que llamamos presentimientos no reconoce una causa física, natural, no podria explicarse racionalmente? Hay en la naturaleza algo más de lo que vemos, hay algo que desconocemos...

—¡Luciano!...

—No creas que voy á meterme en consideraciones de un exagerado espiritualismo; pero...

—Concluye.

—Como nuestra existencia es una lucha constante, como las desgracias y sufrimientos se suceden sin cesar desde que la criatura nace hasta que muere, á todas horas debemos esperarlas, á todas horas debemos estar preparados para combatir con la adversidad.

Clotilde y su hijo se extremecieron.

¿Por qué hablaba así Luciano?

Quisieron preguntarle; pero no se atrevieron, porque temian conocer una espantosa realidad.

Esta conversacion, prolongada hasta que se presentaron los testigos de don Juan, preparó más el ánimo de la madre y el hijo para recibir el terrible golpe.

Luciano, ya fuera porque hubiese recibido instrucciones del caballero misterioso, ya porque su clarísima inteligencia apreciase la situacion como debia, hizo lo posible para que Alberto pensase más en su madre que en don Pedro de Rubianes.

El hijo de Clotilde se empeñó tambien en adivinar el motivo del duelo; pero le fué imposible, porque ningun antecedente tenia sobre los criminales abusos del señor de Rubianes, y hubo de contentarse con hacer conjeturas que estaban muy lejos de la verdad.

En su opinion la causa del duelo no podia ser mas que una cuestion originada por la política ó por uno de esos incidentes casuales, que á pesar de no tener ninguna importancia, obligan á los hombres á matarse para cumplir lo que con mengua de la civilizacion y la moral se llaman leyes del honor.

Cuando Clotilde volvió de su desmayo, estaba ya don Juan en su lecho.

Dios tuvo piedad de aquella desdichada mujer y permitió que un raudal de lágrimas brotase de sus magníficos ojos.

La reaccion fué instantánea: Clotilde recobró su rara energía y nada debió temerse ya por ella.

Cuando dejó de llorar, brillaron sus ojos con extraño fuego.

Su mirada profunda, se fijó en el señor de Bustamante.

¿Qué clase de pensamientos abrigaba entonces la cabeza de aquella mujer singular?

No nos está permitido ocultar la verdad: Clotilde miraba á su esposo, pensaba en él; pero al mismo tiempo no se apartaba de su imaginacion el recuerdo de Plotoski, de don Cándido y del personaje misterioso que le habia dejado la carta el dia en que se casó por segunda vez.

¿Era una fortuna ó una desgracia la muerte de don Juan?

En aquellos momentos y para el alma noble de Clotilde, la muerte de su segundo esposo era la desgracia más espantosa.

Sin embargo, pensaba en Guillermo de Luján.

¿Cómo puede explicarse la union de estos dos pensamientos?

Debian producir ideas contrarias, sentimientos opuestos, y casi podria decirse que el dolor y la tranquilidad luchaban en el alma de Clotilde para posesionarse de ella.

No podemos dar más explicaciones, porque son imposibles; porque esto se siente; pero no se explica, y

cuando intenta explicarse no puede hacerse comprender.

El fantasma que por espacio de tantos años habia perseguido á Clotilde como la sombra salida del sepulcro de Guillermo de Luján, el fantasma que en todas partes y á todas horas se le habia presentado tan terriblemente aterrador, empezaba á perder mucho de su espantable aspecto.

Uno y otro año habia vivido Clotilde sin que le fuera posible la tranquilidad en ninguna parte, ni por un solo momento, y cuando don Juan agonizaba, nada temia ya la infeliz.

Por primera vez despues de muchos años sintióse tranquila.

Y al mismo tiempo era espantosa su intranquilidad, producida por el estado en que se encontraba el señor de Bustamante.

¿Quién hubiera adivinado lo que pasaba en el alma de Clotilde?

Tal vez Luciano Marin, el jóven aturdido y alegre, lo adivinaba; tal vez lo comprendia perfectamente, y por eso su mirada se fijaba con frecuencia intensamente en la desdichada madre y esposa.

Fuese cual fuese el motivo del duelo, Alberto habia decidido ya vengar al hombre generoso que le habia servido de padre; pero sobre esta determinacion guardó la más absoluta reserva para que no se le hiciesen observaciones ni se intentase ponerle obstáculos.

Resuelto firmemente á pedir al señor de Rubianes

cuenta de aquel suceso y á exigirle que por segunda vez jugase la vida, pudo Alberto recobrar algun tanto la calma, le pareció que se sentia más aliviado.

El fiel Antonio, convencido de que su señor moriría, corrió á dar parte á Susana de lo que acababa de suceder, entregándole la carta de don Juan; de otro modo no se hubiese encontrado la jóven tan pronto allí, porque Clotilde no le habria dado aviso, para evitar que se aumentasen sus horribles sufrimientos.

Desde que don Juan recibió la herida, habia recobrado tres ó cuatro veces el conocimiento y habia intentado hablar; pero no habia podido hacerlo, sino que al esforzarse quedaba nuevamente aletargado.

Los médicos habian apelado á cuantos recursos conoce la ciencia, no para salvar al herido, porque ya sabian que era imposible, sino para darle alguna energía que le permitiera ocuparse del arreglo de sus intereses y del bien de su alma.

Empero la ciencia habia sido hasta entonces impotente.

Uno de los médicos habia preguntado si don Juan tenia otorgado testamento.

Clotilde y Alberto se encogieron de hombros.

—No lo sabemos,—habian respondido con desden;—pero tampoco nos impórta nada mas que su vida.

Así era la verdad: aquellas dos almas grandes y nobles, no podian preocuparse por cuestiones de intereses, á pesar de que si don Juan no habia atorgado testamento quedarian en la miseria más espantosa.

Cuanto el señor de Bustamante poseia lo habia aportado al matrimonio, y por consiguiente á nada tenia derecho su esposa, ni mucho ménos Alberto.

Trascurrió otra hora, durante la cual continuaron inmóviles y silenciosos los que rodeaban la cama del herido.

Éste se movió, abrió los ojos y fijó una mirada vaga en Clotilde y Alberto.

Luego, agotando sus últimas fuerzas, extendió los brazos.

Sin darse cuenta de lo que hacian, la madre y el hijo se apoderaron de las manos del enfermo y las estrecharon y besaron con infinita ternura.

—Plotoski,—murmuró el señor de Bustamante con voz débil.

Clotilde no pudo contener un grito y fijó en su esposo una mirada de profundo terror.

—Plotoski os protegerá,—volvió á decir al señor de Bustamante despues de algunos momentos,—y me vengará porque... ¡Clotilde, Alberto!... Un escribano, al momento...

No pudo pronunciar una palabra más.

Sus ojos se cerraron.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Clotilde con desgarrador acento.

Y elevó al cielo una mirada, cuyo significado nadie hubiera podido comprender.

Tal vez don Juan no volveria á pronunciar una pa-

labra, y las últimas que habia pronunciado habian sido para nombrar á Plotoski.

¿Qué valor debia darse á esto?

¿Por qué el señor de Bustamante en los momentos de la agonía se acordaba del misterioso personaje?

¿Por qué aseguraba que Plotoski seria el protector de Clotilde y Alberto?

¿Por qué decia que Plotoski lo vengaria?

Esto último era mas incomprensible que nada, porque juzgando con imparcialidad, no se encontraba motivo para venganza, no podia acusarse al señor de Rubianes, que se habia batido lealmente y que hubiera quedado muerto si al disparar el señor de Bustamante hubiese bajado media línea más el cañon de su pistola.

Mas que para poner á cubierto sus intereses, para cumplir la voluntad del herido, Clotilde permitió que Luciano Marin fuese corriendo en busca de un escribano.

Pocos minutos despues, llegó el médico de cabecera, examinó al paciente y dijo:

—El escribano llegará tarde; el confesor no podrá hacer todo lo que seria de desear, porque el enfermo no tendrá fuerzas para hablar y por consiguiente lo que hace falta sin pérdida de momento es la Santa Uncion.

Desde aquel momento reinó en toda la casa una confusion indescriptible.

Al silencio y la quietud, sucedió el movimiento y el ruido.

Todos iban y venian, muchas veces sin saber adonde ni por que, todos lloraban, todos exhalaban tristísimos lamentos.

A la puerta de la casa empezaron á detenerse carruajes, de donde salian los amigos de don Juan, porque la noticia de la desgracia habia cundido con rapidez, á pesar de que los testigos del duelo tenian gran interés en ocultarlo.

Ni Clotilde ni Alberto recibieron á ninguno de sus amigos, sino que con extrañeza de todos, lo hicieron Susana y Luciano.

¿Quién era aquella jóven de belleza singular y modestamente vestida, que representaba tan importante papel en la casa del opulento don Juan?

Como los amigos no estaban trastornados por el dolor, se dejaron llevar de la curiosidad, doblemente cuando la jóven, aunque tan modestamente vestida, hablaba como la mujer de más distinguida educacion y tenia las maneras más delicadas.

El médico no habia exagerado: fué inútil que el escribano acudiese, porque el enfermo continuaba desmayado y ni aun por señas pudo manifestar su voluntad.

Una hora despues, el noble don Juan de Bustamante habia dejado de existir.

¿Puede pintarse el cuadro que presentó aquella casa?

— Es imposible.

Omiteremos por ahora tristes detalles, porque tenemos que ocuparnos de otros sucesos de nó menor importancia.

La situacion de Clotilde es muy crítica; pero no nos interesa ménos la del jóven Moncayo.

CAPITULO LXXV.

Se decide la suerte de Dionisio.

Los militares presos el dia veintidos de Junio y el siguiente, iban siendo encerrados en los cuarteles más próximos al sitio donde se les prendia, y hasta el dia en que estamos, no empezaron á trasladarse á las prisiones militares de San Francisco á algunos de los oficiales rebeldes.

Dionisio Moncayo fué conducido al cuartel de Santa Isabel, donde encerraron á otros tres ó cuatro de sus compañeros y algunos de los pocos soldados de artillería, que desde la parte Norte de la poblacion habian pasado á los barrios bajos, donde fueron muertos ó hechos prisioneros al terminar el sangriento combate.

Desde las siete de la mañana, un hombre, que ni por

su aspecto ni por su traje podia llamar la atencion, habia pasado muchas veces por delante del cuartel, deteniéndose á poca distancia y sin hacer otra cosa que observar á cuantos entraban y salian en el edificio.

A las ocho llegaron algunos guardias civiles con un sargento y sacaron del cuartel á uno de los oficiales presos allí, para llevarlo al ex-convento de San Francisco.

Cuando esto sucedió, el que observaba se alejó tambien, desapareciendo á los pocos segundos.

Nada digno de mencionarse volvió á suceder en aquellos sitios.

Otras dos horas trascurrieron.

Un nuevo piquete de guardias civiles se presentó en el cuartel.

Lo mismo que el anterior, se componia de seis soldados y un sargento.

Éste entregó un pliego cerrado y sellado al jefe de la guardia.

El pliego contenia una órden, mandando entregar al teniente don Dionisio Moncayo, que debia ser trasladado á las prisiones militares de San Francisco.

¿Contaba con esto Plotoski cuando prometió salvar al hijo del industrial?

Tal vez no contaba, porque en San Francisco estaban los presos doblemente asegurados, y era casi imposible salvar á ninguno.

Segun todas las apariencias, el hombre que ya hemos dicho haber estado en observacion del cuartel, ha-

bria recibido instrucciones de Plotoski, que querria tener la seguridad de que no se sacaba de allí á ningun preso, y por eso desapareceria cuando vió que se llevaron al otro oficial á las ocho de la mañana.

En las dos horas que habian trascurrido, no era posible que Plotoski pusiera en ejecucion ningun plan, y segun vamos viendo, cuando diera el primer paso para salvar á Dionisio, se encontraria conque ya era tarde.

¡Infeliz jóven!

Y sin embargo, Susana y su madre, aunque no tranquilas, abrigaban esperanzas de que Dionisio se salvase, y dando tregua á su propio dolor, casi olvidándose de la situacion crítica en que se encontraban, ocupábanse, tomaban parte en el dolor ageno, segun ya hemos visto.

¿Qué hacia Plotoski?

¿En qué consistia su plan?

Dentro de algunos minutos seria inevitable la desgracia de Dionisio, dentro de algunos minutos se encontraria el infeliz en un calabozo de donde no saldria sino para concluir la existencia como si hubiese cometido algun crímen.

Ni siquiera el consuelo de abrazar á su madre y hermana habia tenido, de abrazar por última vez á su noble y desgraciado padre, porque las súplicas que la señora Catalina y Susana habian hecho desde el dia anterior, no habian sido bastante para que les permitiesen ver á Dionisio.

El jefe de la guardia examinó la órden, dió las opor-

tunas á sus subordinados, y pocos minutos despues se encontraba Dionisio entre los guardias civiles.

El sargento lo miró de piés á cabeza, y le dijo:

—Perdone usted, mi teniente; pero me han hecho recomendaciones especiales sobre la persona de usted, y me veo en la dura necesidad de tomar algunas precauciones.

Dionisio levantó la cabeza, fijó su noble mirada en el sargento, y replicó:

—¿Qué intenta usted?

—Atarle los brazos.

—¡Atarme como á un criminal, como un asesino!...

—Mi teniente...

—¡Oh!...

—Perdone usted; pero...

—¿No es bastante mi palabra de honor de que no intentaré fugarme?

—Para mí es bastante y sobra, mi teniente; pero repito que tengo órdenes especiales, y he de cumplirlas contra mi voluntad.

Iba el jóven á replicar; pero se contuvo, porque creyó que rebajaba su dignidad con solo hacer algunas observaciones.

El jefe de la guardia, movido por un noble sentimiento, quiso intervenir en favor de Dionisio; pero no se atrevió á hacerlo muy terminantemente por la responsabilidad gravísima que podia contraer.

Los demás oficiales que se encontraban allí estre-

charon cariñosamente la diestra del preso, le dirigieron algunas dulces palabras, y se alejaron para no presenciar lo que á todas luces era un abuso y una ofensa que á la clase se inferia.

Dionisio Moncayo se habia ofrecido á dar su palabra de honor, y de un hombre tan honrado como él no debia haberse dudado.

Empero en aquellas críticas circunstancias era preciso callar para no hacerse sospechoso.

Nuestro jóven, como el más miserable criminal, tuvo que sufrir que atasen sus brazos codo con codo, y que el extremo opuesto de la cuerda quedase en manos del sargento, á quien todo parecia poquísimo para salvar su responsabilidad.

Hecho esto y firmado por el sargento el recibo correspondiente, salieron del cuartel y se dirigieron hácia la plazuela de Anton Martin.

No habia que pensar en que un acto de violencia salvase á Dionisio, porque las calles estaban llenas de guardias veteranos, y los que custodiaban al preso, encontrarian ayuda instantánea en cualquier sitio.

Además, semejante intento era un imposible y mucho mas imposible en aquellos momentos en que las autoridades vigilaban tan cuidadosamente.

Los transeuntes contemplaban con ira y con dolor al desdichado oficial y lanzaban miradas terribles á los guardias, pero nadie se atrevió ni á pronunciar una palabra que revelase lo que sentia, porque semejante im-

prudencia hubiera costado al que la cometiese, convertirse de espectador en reo.

Los agentes de policía se encontraban en todas partes, todo lo miraban, escuchaban todas las conversaciones, y era muy peligroso hablar, tan peligroso, que alguno que lo intentó, se vió inmediatamente rodeado por los dependientes del señor Morato y conducido á la cárcel.

El rostro de Dionisio tenia una expresion sombría, casi terrible, una expresion de fiereza, que en aquellos momentos parecia extraña.

A pesar de su tristísima situacion, levantaba la cabeza con aire de orgullo y como si se considerase honrado ó envanecido con el triunfo más completo.

El jóven no podia siquiera comprender lo que era el miedo; pero en cambio su alma estaba transida por el dolor y lo que sufria no puede hacerse comprender.

Sus negros ojos brillaban cada vez con mayor intensidad.

No le habia ocurrido siquiera la idea de la fuga, porque ya sabia que esto era un imposible.

Sin embargo, el sargento lo miraba recelosamente, y esto debia consistir en las instrucciones que habia recibido, en las advertencias que, segun aseguraba, se le habian hecho.

Entraron en la calle de la Magdalena.

Llegaron frente á la casa del industrial.

Dionisio se extremeció violentamente y se detuvo

Por un instante, su rostro pálido enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

Sus negros ojos relumbraron como dos luces fosfóricas.

Su mirada ardiente se fijó con indescriptible afán, con ansiedad angustiosa en la vivienda de su desdichada familia.

—Vamos,—dijo el sargento.—Nos está prohibido detenernos.

—¡Oh!—exclamó Dionisio, apretando los puños con fuerza convulsiva.

—¿Qué quiere usted?

—Esa es mi casa, ahí están mi desgraciada madre y mi tierna hermana...

—Lo siento;—replicó el sargento haciendo un gesto de disgusto;—pero si lo hubiera sabido, no habríamos venido por esta calle.

—¿No me está permitido hablar con nadie?—preguntó el jóven, cuya voz empezaba á ser dulce y á expresar una conmocion profunda.

—Con nadie.

—¿Y mirar?

—Nadie se lo ha prohibido á usted.

—Supongo que no querrán llevarse los abusos hasta el último extremo...

—Mi teniente, piense usted que estoy comprometiéndome...

—¡Ah!... ¿No tiene usted madre, hermanos ó hijos?

¿No hay en el mundo una sola persona á quien ame usted con esa ternura de las afecciones de familia?

—Pero...

—Permítame usted que vea á mi madre y á mi hermana, no más que verlas, para lo cual es bastante que por un solo momento se asomen á la ventana.

—Imposible.

—En nombre de...

—Vamos,—interrumpió el sargento ásperamente.

Los ojos de Dionisio Moncayo, que habian empezado á humedecerse, relumbraron otra vez con el fuego de la ira.

—Lo único que puedo permitirle á usted es ir en un coche conmigo, evitando así el disgusto de sufrir las miradas de los curiosos. Para esto no más se me ha dado licencia.

Dionisio no respondió.

Su mirada continuaba fija en las ventanas de su casa, esperando que la casualidad le concediese la dicha de ver á su madre ó á su hermana.

—Vamos, vamos,—volvió á decir el sargento.

Y acompañando la accion á las palabras, empujó á Dionisio, obligándole á andar.

Lo que en aquellos momentos pasó en el alma del jóven, no puede hacerse comprender.

Su primer impulso fué el de resistir. Así lo revelaron sus ojos, que lanzaron al sargento una mirada terriblemente amenazadora.

¿Empero que habia de hacer con los brazos atados y contra siete hombres armados y valientes?

No hubiera conseguido más que dar un espectáculo, por cierto bien triste, verse groseramente maltratado, y tal vez aumentar el dolor de su madre y de su hermana, si por una fatal coincidencia las infelices salian de su casa en los momentos de la lucha.

Esta última consideracion contuvo á Dionisio.

En el interior de su pecho resonó un rugido sordo.

No pronunció una palabra más.

Volvieron á emprender la marcha y algunos minutos despues llegaron á la plaza del Progreso.

Allí era mayor el número de transeuntes y curiosos.

—Veo que vá usted mortificado, mi teniente,—dijo el sargento,—y será lo mejor que entremos en un coche.

Dionisio se encogió de hombros, porque le era indiferente seguir á pié.

El sargento, sin soltar la cuerda, acercóse á una de las berlinas de alquiler, abrió la portezuela, y mientras Dionisio entraba, dijo á los soldados.

—Ya sabeis las órdenes.

Y dirigiéndose al cochero, añadió:

—Al cuartel de San Francisco, no muy de prisa, porque han de seguirnos los guardias.

—Está bien,—dijo el cochero.

Púsose en movimiento el carruaje.

Sin duda para evitar las miradas de los curiosos, el sargento subió las persianas, y sin duda tambien para que nadie sospechara que allí iba un preso, los guardias siguieron el vehículo separados de éste unos veinte ó treinta pasos.

Así continuaron por la calle del Duque de Alba, y atravesando la de los Estudios y la plaza de la Cebada, siguieron hácia Puerta de Moros.

Este era el camino que debian llevar para las prisiones militares; pero los guardias, en vez de continuar, y obedeciendo sin duda á instrucciones que habian recibido, volvieron á la derecha y en direccion de la calle del Almendro.

¿Iba el preso ménos seguro?

Nó.

¿En qué estado de ánimo se encontraba Dionisio despues de haber entrado en el carruaje?

Entraremos nosotros tambien y podremos decirlo.

CAPITULO LXXVI.

Un suceso inesperado.

El coche dejó atrás la iglesia de San Andrés, entró en la carrera de San Francisco y siguió con más rapidez que antes.

Ninguna órden habia recibido el cochero, y por consiguiente era extraño que sacudiese la fusta, obligando al caballo á tomar el trote.

Dionisio habia inclinado la cabeza sobre el pecho y quedado absorto en las dolorosas reflexiones á que daba lugar su situacion.

Antes de ocho dias habria dejado de existir.

¿Qué seria de su infeliz madre?

—¡Madre mia!—murmuró el desdichado con voz ahogada.

El sargento, que no habia cesado un instante de mirarlo, sonrió tristemente.

De esta sonrisa no pudo apercibirse el jóven, ya porque no miraba á su guardian, ya porque en el interior del coche no habia mas luz que la escasísima que penetraba por las estrechas aberturas de las persianas.

¿Y qué seria de Susana?

El porvenir de las dos mujeres se presentaba negro y horrible.

Fugitivo el señor Patricio y muerto el jóven, ¿quién ampararia á las dos desdichadas que quedaban en el mundo solas con su dolor?

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Dionisio cuando ya estaban cerca del cuartel.

Y á estas palabras, que fueron pronunciadas con acento de desesperacion, respondió friamente el sargento.

—Ya es hora.

—¿De qué?—preguntó Dionisio fijando una mirada de extrañeza en su guardian.

—Silencio y calma, porque de la calma depende todo en estos supremos instantes.

No era posible que el jóven comprendiera lo que significaban las palabras del sargento.

Éste, sin hablar más, dejó la carabina en un ricon, y en pocos momentos desató los brazos á Dionisio.

—¿Qué hace usted?

Tampoco entonces respondió el sargento, sino que se

quitó el sombrero, hizo lo mismo con el cinturon y empezó á desabrochar su levita.

—¿Qué significa esto?—volvió á preguntar Dionisio con mayor sorpresa.

—Silencio,—replicó el soldado,—y haga usted lo mismo que yo hago.

—Pero...

—No es esta la mejor ocasion para que entremos en explicaciones.

El coche habia llegado á San Francisco; pero á pesar de la órden dada al cochero, no se detuvo, sino que siguió adelantando como si se dirigiese al portillo de Gilimon.

No hay nada que aturda como la sorpresa.

Lo que Dionisio veia era inexplicable, y le produjo tal efecto, que no acertó á moverse ni á pronunciar una palabra.

El sargento se habia quitado la levita y empezaba á hacer lo mismo con el pantalon.

Ya no podia dudarse de que era un amigo disfrazado, y no lo que parecia.

Dionisio se restregó los ojos, porque empezó á dudar si soñaba.

—¿Qué espera usted?—dijo el fingido sargento.

—¡Qué espero!... ¿Pero qué significa esto?... ¿No estoy soñando?... ¿Quién es usted?... ¿Adónde vamos?

Y sin poder contenerse, Dionisio se volvió, miró á

través de las rendijas de las persianas y vió que se dejaban atrás las prisiones militares.

—¡Ah!—exclamó.

Y se llevó las manos al pecho, porque apenas podia respirar.

—Caballero, los instantes son preciosos y uno solo que se pierda puede tener las consecuencias más tristes. Desnúdese usted para vestirse con la ropa que tenemos prevenida y salir cuanto antes de aquí, porque no sabemos si ahora nos vigila la policía.

—¡Me he salvado!... ¡Madre mia, madre de mi alma!

Y Dionisio, cuyas manos temblaban convulsivamente, empezó á despojarse de su ropa.

La salvacion cuando ménos lo esperaba, lo habia trastornado mucho más que el peligro que pocos minutos antes corria.

El fingido sargento, haciendo levantar á Dionisio y levantándose él, sacó de debajo del asiento algunas prendas de ropa y dijo:

—Concluyamos.

Tres minutos despues habian vuelto á vestirse.

Lo mismo que he hemos dicho otras veces, decimos ahora: si el señor Morato se hubiese encontrado allí, le habríamos oido exclamar:

—¡Es él!

Y efectivamente, el fingido sargento no era otra persona que el misterioso caballero á quien hemos visto en dos situaciones bien críticas.

—Y bien,—dijo Moncayo.—¿Puedo saber ahora á quién soy deudor de este beneficio?

—Todavía no.

El jóven, que aún no se habia desaturdido, examinó atentamente el noble rostro de su salvador.

Este guardó silencio y parecia reflexionar.

¿No debia respetarse su reserva?

Para Dionisio era respetable todo lo que hiciese y dispusiese aquel hombre, y por consiguiente guardó tambien silencio y esperó mientras que de sus negros ojos brotaban dos lágrimas, cuyo valor nadie hubiera podido apreciar.

El carruaje siguió adelantando con mayor rapidez.

Bien pronto se encontraron fuera de la poblacion.

—El último paso,—dijo el hombre misterioso.

Y sacó dos rewólvers, entregando uno á Dionisio y diciéndole:

—Guarde usted eso por lo que pueda suceder.

El coche se detuvo.

El desconocido abrió la portezuela y salió.

Moncayo lo siguió.

Volvieron á cerrar la portezuela, y el hombre misterioso extendió un brazo y extrechó la mano que el cochero le alargaba.

Cualquiera que hubiese visto esto, habria creido que nuestro personaje alargaba una moneda al cochero y lo despedia.

—Por aquí.

Dionisio obedeció maquinalmente y mientras sin cesar volvia la cabeza hácia uno y otro lado, levantaba los ojos al cielo y aspiraba con avidez el aire libre.

Es menester haber estado presos para comprender lo que se siente cuando se recobra la libertad: de otro modo no es posible comprenderlo.

Parecia natural que el desgraciado jóven se hubiese apresurado á dirigir algunas paladras de gratitud al que le habia salvado más que la existencia; pero no sucedió así, sino que guardó silencio, no precisamente por obedecer al hombre misterioso, sino porque aún no se daba cuenta de su situacion y estaba completamente trastornado.

La alegria hacia brotar de sus ojos lágrimas que le habia negado el dolor.

Su corazon latía como si fuera á romperse.

¿Era verdad que se encontraba libre?

Aún no podia creerlo.

¿Cómo habia conseguido salvarlo aquel hombre extraordinario?

Sobradamente lo sabia Dionisio: pero en aquellos momentos sus recuerdos eran confusos y todo cuanto le rodeaba lo veia con esas vagas formas que se nos presentan los objetos cuando soñamos.

¿Adónde iban?

Para dar una idea aproximada del trastorno del jóven, no hay que decir más sino que no reconoció el sitio en que se encontraban.

Tampoco sabia si habia trascurrido mucho tiempo desde que salió del coche, ni si habian andado mucho ó poco.

El misterioso caballero se detuvo.

El jóven hizo lo mismo y entonces vió que estaba junto á una lujosa berlina, cuya portezuela acababa de abrir un lacayo, que esperaba con el sombrero en la mano y en actitud respetuosa.

—Entre usted,—dijo el desconocido.

Dionisio obedeció.

Pocos momentos despues, la berlina se alejaba rápidamente entre una nube de polvo.

Entonces fué cuando el caballero misterioso estrechó la diestra de Dionisio, diciéndole:

—Ya se ha salvado usted.

—¡Ah!...

—Pero silencio todavía.

—¡Silencio!...

—Sí.

—¿Quién es usted, á quién debo que mi desgraciada madre no haya sufrido el dolor de perder á su hijo?... ¡Ah!—exclamó Dionisio Moncayo con acento de profunda conmocion.—No me hace temblar la muerte, caballero, pero mi madre, mi hermana ..

—Hoy podrá usted verlas; pero aún tendrá que esperar algunas horas, porque su noble hermana de usted se encuentra al lado de una familia mucho más desgraciada que usted, de una desdichada mujer, cuyos sufrimientos

de un minuto, son mucho mayores que los de ustedes en el trascurso de toda su vida.

Dionisio fijó una mirada de sorpresa en el caballero.

—A estas horas,—añadió éste,—don Juan de Bustamante habrá dejado de existir.

—¡Don Juan de Bustamante!—exclamó el jóven, como si recobrase toda su energía y se desaturdiera instantáneamente.

—Sí.

—¡El hombre generoso que salvó á mi padre!...

—Ha sido gravemente herido en un duelo con el hombre más críminal y más ruin que existe.

—No he llegado á conocer al señor de Bustamante...

—Yo le diré á usted el papel que don Juan y su familia representa en cuanto tiene relacion con la familia de usted.

—Sí, todo quiero saberlo; pero antes que esas noticias...

—¿Qué desea usted?

Dionisio pareció que dudaba antes de contestar.

—Desea usted conocerme, saber porqué razon he hecho por usted lo quo parecia un imposible...

—Sí.

—Perdone usted; poro no es tiempo aún.

El jóven inclinó respetuosamente la cabeza.

No podemos repetir la conversacion que tuvieron mientras el carruaje adelantaba con la misma rapidez en direccion al paseo de la Florida, y solo diremos que

cuando llegó á este sitio, volvió á la derecha, entró por la puerta de San Vicente y continuó subiendo con la misma velocidad.

Tenemos que dejarlos para volver á la vivienda de la familia Bustamante y ocuparnos de las últimas consecuencias del duelo.

CAPÍTULO LXXVII.

Siguen las desgracias.

Cuando el señor de Rubianes, poseido de terror, se separó de su enemigo moribundo, se dirigió á su casa.

Eran entonces las siete y media, y por consiguiente tuvo tiempo de hacer algunos preparativos y dar algunas órdenes, disponiéndose á emprender un viaje.

Desde el dia anterior y por lo que pudiera suceder, se habia provisto de un pasaporte y arreglado algunos asuntos de interés.

Tambien habia dicho á Cautela, que necesitaba verlo antes de las ocho de la siguiente mañana.

El agente de policía no se presentó á pesar de este aviso, y el motivo de su falta no fué otro que el de ha-

berlo tenido á su lado, sin permitirle que se separara un instante, el señor Morato, que suponiendo lo que habria de suceder, habia tomado tambien sus precauciones.

Hasta las ocho en punto esperó el señor de Rubianes, haciendo un gran sacrificio, porque cada minuto era para él un siglo interminable de agonía.

No tenia miedo el miserable á la autoridad, porque sabia muy bien que esta no habia de buscarlo, aunque adquiriese noticias del suceso; á quien temia era al caballero misterioso, creyendo que en todas partes se le iba á presentar como se presenta un fantasma. El más leve ruido hacia temblar al hipócrita.

—¡Es él,—decia de vez en cuando,—es él, no debo dudarlo!

Y luego añadia:

—Y ese miserable Cautela no ha venido .. ¡Oh!... Cuando tengo más necesidad de sus servicios... ¿Qué significa su falta?... Mucho temo que en todo esto tenga parte el señor Morato... El tiempo dará aclaraciones... Ahora no estoy para darme cuenta de mi situacion ni para trazar plan alguno; pero me defenderé y me vengaré, porque á pesar de que todo se conjura contra mí, no me doy por vencido.

No, no era posible que el señor de Rubianes se diese por vencido en aquella situacion, porque abandonar la lucha hubiera sido lo mismo que aceptar su completa ruina.

Si entonces estaba aturdido, si lo habia trastornado

el terror, recobraria la calma y seria otra vez lo que siempre habia sido.

Los mismos peligros que lo amenazaban, harian renacer su antigua energía, y para salvarse no habria medio que no pusiese en ejecucion por criminal que fuese.

Cuando vió que eran las ocho, dijo:

—Ya no puedo esperar.

Y salió de su casa y entró en su carruaje, dirigiéndose á la estacion del ferro-carril del Norte.

Media hora despues, se alejaba de Madrid.

Esto es cuanto podemos decir por ahora del señor de Rubianes, á quien dejaremos para volver á buscarlo en ocasion oportuna.

Pasó aquel dia, cuyos graves acontecimientos conoce ya el lector, y pasaron tambien los tres siguientes.

¿Cómo se encontraban Clotilde y su hijo?

No es fácil hacerlo comprender; pero procuraremos explicarlo con brevedad.

Clotilde no hablaba más que las palabras absolutamente precisas para responder á los que le hacian alguna pregunta.

Excepto la señora Catalina y Susana, no habia recibido á nadie, ni aún á los que eran más íntimos amigos de su esposo.

Esta conducta pareció extraña y hasta mereció censuras, porque se creia que no estaba justificada con el dolor que era natural experimentase la viuda.

Empero nadie podia siquiera sospechar la lucha espantosa que agitaba el alma de aquella infeliz.

Habia muerto el señor de Bustamante, y para Clotilde dejó de ser fantasma aterrador el recuerdo de su primer esposo.

¿Era esta tranquilidad equivalente á una alegría de que ella no podia darse cuenta?

Tal vez; pero lo único que la desdichada podia decir, era que se sentia atormentada como si su conciencia se levantara inexorable para pedirle cuentas de sus sentimientos.

¿Qué habia hecho para que su conciencia no la absolviese desde luego?

Clotilde no habia hecho más que sacrificios, todos los actos de su vida eran actos de abnegacion, y ni una sola vez habia dejado de obedecer á los sentimientos mas nobles y puros.

Empero por lo mismo que era tan escrupulosa en el cumplimiento de sus deberes, llevaba la severidad hasta el último grado, hasta la exageracion, por lo mismo, repetimos, sufria horriblemente.

Su dolor por la muerte de don Juan de Bustamante, era intenso y verdadero, y si le hubiesen pedido la vida para resucitar á su segundo esposo, no habria vacilado en darla.

¿De qué tenia, pues, que acusarse?

De nada, absolutamente de nada.

Sufria porque era noble, porque era generosa, por-

que era buena; su mayor enemigo era su misma bondad.

¡Infeliz!

Muchas circunstancias y particularmente alguna, habia hecho doblemente cruel su sufrimiento.

Hé aquí lo que habia sucedido:

El fiel Antonio, cumpliendo con toda exactitud la última voluntad de su señor, habia entregado la carta á Susana; pero ésta esperaba en vano al llamado Plotoski, porque pasaron los dias sin que el fingido extranjero se presentase.

No se atrevió Clotilde á preguntar por él; pero la hija del señor Patricio lo nombró con frecuencia, extrañando que hubiese desaparecido.

¿Qué debia pensarse de la conducta de Plotoski?

Era misteriosa como siempre.

Dionisio se habia salvado, como ya sabemos; pero este suceso feliz, fué comunicado por el mismo jóven á su madre y hermana, enviándoles una carta que ellas recibieron sin que el portador diese explicaciones ni esperase á que se las pidieran.

La madre y la hija habian abrazado á Dionisio, le habian preguntado, y él no pudo hacer más que dar las señas del hombre misterioso, á quien no habia vuelto á ver desde que quedó en completa seguridad en el sitio donde debia permanecer oculto.

Cuanto el jóven dijo á su madre y hermana, fué repetido por ésta á Clotilde.

La desgraciada esposa exclamó:

—¡Es él!

En el misterioso caballero adivinaba á don Cándido, á Plotoski, y al hombre que le dejó la carta algunos dias despues de su segundo casamiento.

Preciso es que lo digamos de una vez, puesto que ya lo habrán adivinado nuestros lectores: Clotilde habia empezado por sospechar que su primer esposo se habia salvado despues del naufragio, y su sospecha acabó por ser profunda conviccion desde que conoció á don Cándido y á Plotoski.

Para ella, Guillermo de Luján vivia; pero, ¿por qué la buscaba y se acercaba á ella antes de que muriese el señor de Bustamante, y huia y desaparecia despues?

Esto era lo contrario de lo que parecia que Guillermo de Luján debiera hacer si efectivamente existia.

De claro en claro pasaba Clotilde las noches, esforzándose para explicarse la situacion, para convencerse de que vivia su primer esposo, para adivinar los móviles de la extraña conducta de éste.

Momentos habia en que la infeliz se sentia tan trastornada como si su cerebro estuviese próximo á estallar.

Cuanto más pensaba, ménos adivinaba: sus ideas eran más confusas y más opuestas, y como un torbellino de vagos fantasmas, atravesaban por su exaltada imaginacion.

Si estas luchas, esta espantosa borrasca la resistia su privilegiada organizacion, si no concluia su existencia, debia temerse que su razon se extraviase, porque una idea siempre fija, es el primer síntoma del extravío mental.

¿Se comprenden sus sufrimientos con estas explica - ciones?

No; pero es imposible hacerlo comprender con más claridad, porque es inconcebible esa union, esa mezcla extraña del dolor y la alegría, del remordimiento y de la tranquilidad, del afan y el temor, del convencimiento y la duda; sí, es inconcebible, porque parece que no cabe dentro de las condiciones naturales de la criatura.

Y sin embargo, es posible y era verdad, porque los hechos eran verdaderos, y dados los hechos, dada la situacion, las consecuencias de esta no podian ser otras que las que hemos indicado, tratándose de una mujer como Clotilde.

Concebible ó no, clara ú oscura, tal era la situacion de la desdichada.

En cuanto á Susana, á pesar de que la salud de su madre se quebrantaba rápidamente, y de que les amenazaba la miseria más espantosa, se consideraba feliz, porque se habia salvado su hermano, y sin cesar daba gracias al Omnipotente y bendecia al hombre misterioso que les habia hecho tan gran beneficio; pero no por esto dejaba de sufrir, no por esto era ménos ruda y tenaz la lucha que agitaba su espíritu.

Amaba con más ardor que nunca.

¿Se acercaba el dia en que se viese realizado su amoroso anhelo?

Parecia que sí, parecia lógico que esto sucediese, porque era lo más probable que Alberto dejara de ser rico, y siendo pobre, Susana no encontraba ninguna razon para no dejarse llevar de sus sentimientos de ternura.

Cuando Alberto fuese pobre, nadie podria dudar de la sinceridad de los sentimientos de Susana, porque claro es que al aceptar el amor de un pobre no la imimpulsaba la ambicion.

Empero, como ya hemos dicho en otras ocasiones, no todo lo que debe suceder sucede; no todo lo que parece lógico lo es.

Alberto amaba como nunca á la bellísima jóven; pero empezaba á mostrarse, si no frio, reservado, y se hubiera dicho que tomando el ejemplo de ella, habia resuelto seguir el sistema que Susana habia seguido, habia resuelto sacrificar su corazon y su existencia, no para evitar que se dudase de su noble desinterés, puesto que Susana no era rica sino para no arrastrarla con él al abismo de su infortunio, abismo que tan cerca de su planta se abrió desde la muerte del señor de Bustamante.

Siempre sacrificándose con sublime abnegacion el uno por el otro, y sin conseguir más que hacerse mútuamente desgraciados.

¡Horrible fatalidad!

Ambos esperaban los sucesos para trazar definitivamente la línea de su conducta, y entretanto la hija del señor Patricio se preguntaba qué debia hacer de las cartas escritas por don Juan.

Para Susana no habia ya misterio en cuanto al motivo del duelo entre don Juan y el señor de Rubianes, puesto que, obedeciendo lo que el primero le decia, habia leido la carta dirigida á Plotoski y la copia unida á la misma.

Cuantos más dias pasaban, ménos esperanza tenia la jóven de poder cumplir el encargo del señor de Bustamante, y para decidir, se preguntó:

—¿Qué resultará si revelo el secreto á mi desgraciada amiga? La situacion no será peor, puesto que el mal no está en el motivo del duelo, sino en los resultados de éste.

No se equivocaba: al revelar el secreto no haria más que dar una prueba de los nobles sentimientos del señor de Bustamante, honrar la memoria de éste. Por lo demás, nada nuevo decia Clotilde, puesto que ésta sabia demasiado bien que habia sido robada por el señor de Rubianes.

Sin embargo, no se atrevió á decidir sin escuchar el consejo de una persona de clara inteligencia y gran corazon.

¿A quién acudiría?

Su mirada no encontró más que á Luciano Marin, á Luciano, á quien se volvian todos los ojos, como pueden

volverse al libro cerrado que contiene la explicacion de todos los enigmas, como se vuelven á la única mano que tiene poder y fuerza para romper el velo que cubre todos los misterios.

Susana, segura de que no cometia una imprudencia, expuso al jóven su situacion, le enseñó las cartas y le pidió consejo; pero con gran sorpresa suya, Luciano escuchó con la mayor frialdad, se encogió de hombros como si se tratase del asunto más pueril, y dijo:

—Opino que debe usted entregar estos papeles á Clotilde, no por otra razon, sino porque es justo que conozca los motivos de la conducta generosa del difunto Bustamante. En cuanto á mi amigo Alberto, nada debe saber, y en cuanto á Plotoski, no se cuide usted de él, porque así como ha cumplido su promesa salvando á Dionisio, hará lo más conveniente á los intereses de la viuda, sin necesidad de recibir estas cartas.

—Pero Plotoski no conocerá el motivo del duelo...

—Debemos suponer que sí, porque ya hemos visto que para Plotoski no habia nada oculto.

—Mi buen amigo,—dijo Susana,—usted debe saber quién es ese hombre misterioso y dónde se encuentra, así como tambien el objeto que se propone y que es imposible adivinar.

Luciano desplegó una sonrisa inocente.

—Creen ustedes,—replicó,—que yo lo sé todo. Lo mismo le sucede á mi amigo Alberto; pero se equivocan, porque ya he dicho cuanto me es posible decir, y

no tengo medios de averiguar más, si bien espero que las circunstancias me favorezcan para hacer las averiguaciones que interesan á todos.

Fuese ó no cierto lo que Luciano aseguraba, era preciso aceptarlo.

Despues de conocer su opinion, ya no podia dudar la jóven y tuvo una conferencia con Clotilde, descubriéndole todo lo que ésta ignoraba.

Unas explicaciones, como era consiguiente, provocaron otras, y la infeliz Clotilde, queriendo dar otra prueba de franqueza y cariño, desahogar su corazon y recibir consejos de Susana, habló á su vez de sus graves sospechas y dió á conocer todas sus desgracias á la que ya era su única amiga.

No hablaremos de las conversaciones que mediaron entre Alberto y Marin, porque no hemos de tardar en ver sus resultados.

Lo dicho basta para comprender la situacion, y podemos ocuparnos del nuevo y gravísimo suceso que tuvo lugar.

A las doce del dia se presentó en la que habia sido vivienda de Bustamante, un hombre que podria tener cincuenta años, de grave aspecto y vestido con sencillez, aunque su ropa revelaba al hombre rico.

Con el nombre de Andrés de Bustamante se hizo anunciar á Clotilde.

Ésta se extremeció, porque el personaje que solicitaba hablarle, aunque nunca lo habia visto, no le era des-

conocido, pues sabia que á su difunto esposo lo unia el lazo de un cercano parentesco.

Las relaciones entre ambos habian sido siempre cordiales; pero no íntimas.

Don Andrés de Bustamante vivia en Cataluña, y cuando de él hablaba don Juan, lo presentaba como un hombre de recto juicio y buenos sentimientos; pero sin que fuese una excepcion ni en bondad ni en talento.

Gozaba don Andrés de una regular fortuna, y era el único pariente que tenia don Juan.

Don Andrés era casado y tenia un hijo que hacia poco tiempo habia concluido la carrera de leyes.

No habiendo otorgado testamento, don Andrés, único pariente de don Juan, era tambien único heredero de éste.

Un parte telegráfico le habia hecho saber la muerte de su noble primo, y habia emprendido el viaje á Madrid para poner en claro la cuestion de intereses con la exactitud que lo caracterizaba.

Clotilde lo recibió cortesmente y sin mostrar disgusto ni alegría.

—Señora,—dijo don Andrés con grave tono,—mi presencia recrudecerá el justísimo dolor que experimenta usted por la desgracia de su querido esposo y mi noble primo; pero me obligan las circunstancias, como frecuentemente nos sucede á todos en nuestra vida.

—Caballero,—respondió Clotilde con voz que reve-

laba su dolorosa conmocion,—no se equivoca usted al suponer que se recrudece mi pena cuando veo á los que en cualquier sentido eran allegados á mi inolvidable esposo; pero la culpa no es de usted, es de las circunstancias, es de mi mala estrella, y ha hecho usted lo que debia al favorecerme con esta visita, y para que así lo hiciese me apresuré á participarle la irreparable desgracia que deploro.

—Sin haberla conocido á usted, sé á qué atenerme en cuanto á sus nobles sentimientos, así como á los de su hijo de usted, cuya felicidad deseo.

—Gracias, caballero.

—La justicia no se agradece: yo la hago para cumplir mi deber, y la acepto como quien acepta lo suyo.

—Fácilmente nos entenderemos,—dijo Clotilde, aludiendo á la cuestion de intereses.

—Creo que nos hemos entendido ya, señora.

—Ningun obstáculo encontrará usted para entrar en el pleno goce de sus derechos, porque yo no quiero lo que no me pertenece, y si se ocupa usted de ciertas formalidades, hágalo solamente en tanto cuanto sean necesarias para poner á cubierto los intereses de usted.

—Señora, no hablemos ahora de intereses. A las ocho de la mañana he llegado á Madrid, y si no he dejado pasar mas que algunas horas para tener la honra de presentarme á usted, ha sido porque he querido apresurarme á ofrecerle en todos sentidos cuanto puedo y valgo. La mujer virtuosa que ha hecho feliz á mi desgraciado

primo, merece todas mis consideraciones, y de que así lo comprendo, daré cuantas pruebas sean menester.

—Caballero...

—Permítame usted concluir, señora.

—Vuelvo á escuchar.

—Por carácter ó por costumbre, yo hablo poco, no más que lo absolutamente indispensable, y cuando hablo digo lo que siento, sin cuidarme de que sea ó no agradable, sin pensar en el efecto que ha de producir: por consiguiente, tome usted mis ofrecimientos como la expresion de la verdad y correspóndame, se lo suplico, con la misma franqueza.

—No se verán desfraudados los deseos de usted.

—Repito que la cuestion de intereses la trataremos cuando empiece usted á recobrar la calma, y ahora lo que deseo saber es si necesita usted de mí.

—Nada necesito; pero le agradezco su buena voluntad.

—Entonces, hemos concluido. Tendré el gusto de venir á visitarla á usted...

—No hemos concluido, —replicó Clotilde.

—¿Qué desea usted?

—Deseo que inmediatamente se ponga en claro la cuestion de intereses, porque así estaré más tranquila.

—Señora...

—Se lo ruego á usted, caballero.

—Creo que dice usted lo que siente, lo mismo que yo, y puesto que me ruega...

—Sí.

—Como usted guste.

—Mi desgraciado esposo no ha podido otorgar testamento, y por consiguiente usted es su heredero único.

—Señora, soy dueño de una regular fortuna.

—Lo sé.

—Pero tengo un hijo, y los padres somos muy ambiciosos, somos insaciables cuando se trata del porvenir de nuestros hijos.

—Nada más justo ni más respetable, nada más conforme con las leyes de la naturaleza.

—Me alegro que lo comprenda usted así.

—Yo tambien soy madre.

—Segun mis principios, que podrán ó no ser razonables y buenos, desde que un hombre tiene hijos, desde que dá vida á séres que no se la han pedido, está obligado á hacer dichosos á esos séres, porque para hacerlos desgraciados, no debió darles la existencia.

—Estamos de acuerdo.

—En mi opinion, desde que un hombre es padre, no es dueño de nada, sino mero depositario, y cuanto tiene ó adquiere es un depósito sagrado que debe trasmitir á sus hijos.

—Perfectamente.

—Hé ahí, señora, por qué no me creo autorizado para renunciar á esta herencia, de la que no me ocuparia si no tuviese un hijo.

—Cumple usted su deber.

—Si mi noble primo no otorgó testamento, es legalmente mio cuanto él poseia.

—Y usted poseerá, puesto que nadie ha de impedírselo.

—Tengo entendido que no es usted rica.

—Así es la verdad.

—¿Qué vá á ser de usted y de su hijo?

—Trabajaremos, procuraremos ser virtuosos y Dios nos protegerá.

—Aunque yo no sea más que mero depositario de mi propia fortuna, creo que puedo hacer de ella uso en una parte para favorecer á los desvalidos, premiando á la vez la virtud.

—¿Va á usted á ofrecernos una parte de su herencia?

—La ofrezco y le ruego á usted que la acepte.

—Nada aceptaré, caballero.

—Señora...

—Yo tambien hablo poco y digo lo que siento, y cuando adopto una resolucion...

—Es firme.

—Firmísima.

Don Andrés se levantó y tomó su sombrero.

—Señora,—dijo,—siento que la exagerada delicadeza de usted me prive de la dulce satisfaccion de hacer un beneficio; pero creo conocerla á usted y estoy convencido de que será inútil suplicarla.

—Completamente inútil.

—Todo se arreglará; pero despacio, muy despacio,

porque sobre no tener prisa, he de ocuparme de otros asuntos.

—Dentro de ocho dias habré dejado esta casa.

—Eso no,—replicó enérgicamente don Andrés,—y si hasta ese punto lleva usted su escrupulosidad, de esta casa se hará dueño el primero que llegue. El edificio, propiamente hablando, será mio; pero lo que contiene...

—Tambien.

Era tan firme el acento de la desdichada madre, que don Andrés no se atrevió á replicar, dejando para otro dia hacer nuevos intentos.

Prometió volver con el objeto de conocer á Alberto y se despidió, dejando sola á Clotilde.

Ésta no hizo un solo gesto que indicase dolor, ni mucho ménos desesperacion, y solamente dijo con voz sorda.

—Ya estamos otra vez solos en el mundo.

Pronunciadas estas palabras, levantó los ojos al cielo.

Luego se oprimió el pecho como si quisiera contener las violentas palpitaciones de su corazon.

Habia llegado el momento terrible, la situacion espantosa.

Por segunda vez iba á verse con su hijo en la miseria; pero aquella singular mujer sintió que instantáneamente renacian sus fuerzas.

CAPITULO LXXVIII.

El señor de Rubianes medita.

Ni el duelo ni su salida de Madrid, habian hecho perder nada de su influencia y ventajosa posicion al señor de Rubianes. Para el mundo, el viaje del hipócrita era cuestion de decoro, una de tantas fórmulas conque la sociedad reviste sus extravíos.

Despues de un duelo, la ausencia temporal del vencedor significa el respeto á la ley, es para el mundo lo mismo que decir: «He delinquido, las leyes deben castigarme, y sino lo hacen así es porque me sustraigo á la accion de la justicia, y al huir de los tribunales, reconozco tácitamente mi delito, reconozco que las leyes deben respetarse y cumplirse.»

Además, un viaje despues de un duelo, significa

tambien respeto al dolor de la familia del que ha sucumbido.

Todo esto, como se vé, no es más que uno de tantos actos de hipocreísa de la sociedad, porque los tribunales, que saben la verdad de lo que ha sucedido y que fácilmente pueden obtener pruebas, fingen que averiguan sin conseguir nada, hacen como que miran y no ven, y á los pocos dias se dán por vencidos y el asunto queda terminado.

Y esto cuando los tribunales, por ser demasiado público el suceso, se ocupan de él, pues casi siempre se arregla el asunto, dando á la muerte del duelista las apariencias de una muerte natural, y por consiguiente evitando que la justicia tenga que entender en la desgracia.

En semejantes casos todo el mundo se presta á mentir, á fingir, á encubrir, porque se trata del honor y ante la palabra honor, no hay quien deje de doblar la cabeza.

¡Pobre honor, y que mal parado andas entre unos y otros!

¡Con cuánta frecuencia el honor es una pantalla que nos deja á oscuras, un fantasma que nos hace enmudecer!

Se nos ocurre una idea: el crímen es la muerte del honor, y por consiguiente su mayor enemigo, y sin embargo en muchas ocasiones el honor acude siempre á proteger al criminal, lo defiende y lo salva.

La razon de honor, es la gran defensa de la madre desnaturalizada que abandona á su hijo ó le dá la muerte cuando apenas le ha dado la vida y sin dejarle ver la luz del mundo.

La razon de honor es la gran defensa del que satisface una mala pasion, derramando la sangre de su prójimo en un duelo.

La razon de honor justifica muchos actos, y á veces justifica hasta la ingratitud.

¡Pobre honor! ¿Qué han hecho de tí los hombres?

El hombre que no se bate aun cuando sea con el más insignificante motivo, queda deshonrado á los ojos de la sociedad, y el que se bate, ya mate, ya muera, merece bien de la sociedad, queda honrado aunque no conozca la honra, aunque su conciencia esté agoviada bajo el peso de todos los crímenes.

Don Pedro de Rubianes habia ganado mucho á los ojos del mundo, sin que por esto dejára de murmurarse y de hacerse comentarios sobre el incidente inexplicable que tuvo lugar cuando se presentó el caballero misterioso.

Y para que se vea lo que es el mundo, más que poner en duda la honradez del señor de Rubianes, se ocuparon todos en acusarlo, porque no habia provocado un segundo duelo con el que le llamó ladron y miserable.

¿Y quién era el caballero misterioso?

El mundo es curioso como una mujer, aún más curioso que una monja, y se empeñó en hacer averigua-

ciones sobre el personaje que á todos los habia dejado aturdidos, que al acercarse al herido habia mostrado el dolor de un hermano, que al reconocerlo habia dado pruebas de ser un gran médico, que al dirigirse á los testigos habia dejado ver era un cumplido caballero, y al fijar su mirada de águila en el señor de Rubianes, era el juez severo, inexorable y aun terrible.

Empero mal que le pesase al mundo, su curiosidad no se vió satisfecha.

Los testigos, que eran los que más probabilidades tenian de averiguar, buscaron por todas partes sin descubrir en ninguna al personaje misterioso.

Ni una vez siquiera vieron cruzar por las calles ó paseos la lujosa berlina tirada por los dos hermosos caballos de pura sangre.

¿Quién era aquel hombre?

Esta pregunta se hacian sin cesar; pero con la pregunta hubieron de contentarse, porque la respuesta no pudieron dársela.

Como casi siempre sucede en semejantes casos, los tribunales nada vieron, nada oyeron, y por consiguiente no tomaron parte en el asunto.

El señor de Rubianes podia, pues, volver á Madrid sin temor á la justicia; pero el señor de Rubianes, más que á la justicia, tenia miedo al hijo de Clotilde, que debia pedirle cuentas de la vida de don Juan, y al caballero misterioso, que conocia secretos demasiado importantes.

Cuando el hipócrita empezó á desaturdirse y pudo reflexionar, se convenció de que su situacion era gravísima, y pensó en Medio-beso como se piensa en un fantasma.

¿Adónde habia ido á parar el bandido?

¿Y qué habia hecho del recibo firmado por el señor de Rubianes?

Éste se habia burlado de las amenazas de Medio-beso, se habia negado á toda transaccion y habia quedado muy tranquilo, porque tenia el documento firmado por Clotilde; pero desde que habia desaparecido la firma de este documento, la situacion habia cambiado completamente y Medio-beso habia vuelto á ser lo que siempre habia sido, representaba otra vez el papel importantísimo que siempre habia representado, era un fantasma aterrador para el señor de Rubianes.

Era, pues, preciso, comprar nuevamente el silencio del gigante.

¿Empero no era tarde para hacerlo así?

Medio-beso, en relaciones con Plotoski, ¿no habria hecho del recibo el uso más temible para el señor de Rubianes?

Y Plotoski era don Cándido, y don Cándido y Plotoski eran evidentemente el caballero misterioso que se habia presentado al terminar el duelo.

Si por la muerte del señor de Bustamante nada tenia que temer el miserable hipócrita, debia temer mucho por el asunto de los cuatro millones.

¿Cómo salvar tantas dificultades, cómo ponerse á cubierto de tanto peligro?

Meditó el señor de Rubianes noche y dia.

Uno de los medios de salvacion consistia en cambiar de nombre y expatriarse para siempre; pero esto le desagradaba mucho y para hacerlo así, tenia forzosamente que renunciar á Susana.

¡Renunciar á Susana!

Imposible.

Cuando el hipócrita pensaba en la bellísima jóven, experimentaba un trastorno inexplicable.

Su alma era esclava de aquella pasion, más viva, más intensa cuanto más tiempo trascurria, cuantos más obstáculos se presentaban.

El señor de Rubianes tenia el infierno en el pecho.

Aquella pasion era su castigo.

El miserable no era dueño de su voluntad, no era dueño de su razon, y por consiguiente no podia buscar la salvacion decidiéndose á vivir lejos de España, lejos de Susana, porque esto era un imposible para él.

Tenia necesidad de luchar, de aniquilar á sus enemigos y de entregarse descuidadamente á las ilusiones y dulzuras de su criminal pasion.

Tenia dinero, era astuto, le sobraba audacia en los momentos de apuro, y no debia darse por vencido.

—Lucharé,—dijo al fin.

Entonces pensó en cuanto tenia relacion con la conducta del difunto Bustamante.

¿Quién habia enterado á éste del asunto del robo?

¿Quién le habia dado la copia de la última carta de Guillermo de Luján?

¿Quién le habia hablado del robo de la cartera?

En todo esto vió el señor de Rubianes, por un lado la mano habilísima del jefe de policía, y por otro la de Plotoski, que era el único que estaba en relaciones con Medio-beso, y por consiguiente el único que podia revelar el secreto del robo de la cartera.

—Volveré ocultamente á Madrid,—dijo el señor de Rubianes,—y me ocuparé en lo siguiente: transigir con Medio-beso y despues cerrarle para siempre la boca; aniquilar al señor Morato, y en cuanto á Plotoski...

El señor de Rubianes se interrumpió como si tuviese miedo de pronuciar ciertas palabras; pero al fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Por qué no he de declarar que estoy convencido? Creo que Plotoski, don Cándido y el otro ¡personaje, son una misma persona, no son otra persona que Guillermo de Luján... ¡Oh!... ¡No ha muerto!... ¿Qué hará ahora que su esposa ha vuelto á quedar completamente libre? ¿Se habrá dado á conocer y se habrán reunido?... Esto presenta muchos inconvenientes para un hombre como Luján; pero si ha sucedido así, habré ganado mucho, porque no tendré que luchar con un fantasma, con un enemigo que no se sabe donde se encuentra.

A su pesar se extremeció el señor de Rubianes, y su rostro se tornó lívido.

Empero pensó en Susana y recobró la energía.

Su pasion le daba varlor para todo.

La empresa que tenia que acometer era grande, quizá superior á las fuerzas de cualquier hombre.

La situacion del señor de Rubianes era muy parecida á la del lobo rodeado y acometido por diez ó doce perros.

En semejante situacion, todo el valor, toda la fuerza no sirven de nada.

Tenia que luchar con muchos enemigos á la vez, enemigos que le acometian por todos lados.

Tenia que ocuparse en conjurar muchos peligros.

Y todos los enemigos eran muy temibles, tan temibles como el señor Morato, el caballero misterioso y Medio-beso con el recibo.

Al que ménos temia el señor de Rubianes, era al jóven Alberto, y sin embargo, éste no era tampoco un enemigo pequeño ni despreciable.

Pero siempre, repetimos, la fatal pasion acudia en auxilio del hipócrita, le comunicaba fuerzas, le infundia valor, le hacia concebir esperanzas y forjar ilusiones, acabando por trastornarlo y decidirlo á lanzarse á la peligrosa empresa.

El señor de Rubianes se habia detenido en Bayona, allí habia meditado, y á las veinticuatro horas le pareció que habia trascurrido un siglo desde que salió de Madrid.

—Me parece,—dijo,—que ya puedo volverme, con

tanto más motivo, cuanto que todo el mundo ha de ignorar mi viaje.

El señor de Rubianes necesitaba la ayuda de otra persona.

¿Contaba con alguien?

Contaba con el astuto Cautela, sin sospechar que éste, por la casualidad que ya conocemos, se habia hecho dueño del secreto importantísimo del robo.

No reflexionó más el hipócrita.

Procuró dormir para recobrar la calma y las perdidas fuerzas, y pensando en Susana, con el pecho abrasado y trastornada la razon, emprendió el viaje de regreso á Madrid.

CAPITULO LXXIX.

Vuelve á empezar la lucha.

Cautela habia meditado tambien.

No necesitó cavilar mucho para comprender lo más importante de aquellos sucesos que nadie se explicaba.

El señor de Bustamante habia hablado de la copia de una carta de Guillermo de Luján, y tan interesante documento no podia haber sido facilitado al señor de Bustamante sino por el jefe de policía.

Esta deduccion fué suficiente para que el astuto Cautela hiciera otras muchas, concluyendo por decirse:

—Creo que la fortuna me favorece. El señor de Rubianes se encuentra en una situacion muy crítica, y por consiguiente me será mucho más fácil poner en práctica mi plan.

Esto lo pensó el mismo dia que descubrió el secreto, y al siguiente, antes que amaneciera, fué á ocultarse en sitio desde donde pudiera presenciar el duelo sin que se le escapara ei más leve detalle, y sin que nadie sospechase su presencia allí.

La aparicion del caballero misterioso le dió mucho que pensar; pero á esta circunstancia no le encontró toda la importancia que tenia, porque desde su escondite no pudo oir las terribles acusaciones del caballero.

Apenas se alejó éste, partió tambien Cautela, porque tenia que presentarse á su jefe, el cual, segun ya hemos dicho, lo detuvo hasta las nueve de la mañana.

Una hora despues, Cautela sabia lo que habia dicho el misterioso personaje, puesto que no se hablaba de otra cosa en Madrid, y le fué facilísimo el averiguarlo.

Lo mismo que todos, se hizo la siguiente pregunta:

—¿Quién es ese hombre?

Pero lo mismo que á todos les sucedia, le fué imposible contestarse.

Quiso hacer averiguaciones, y empezó á trabajar sin descanso.

A las pocas horas le sorprendió otra noticia de no ménos importancia, la de la fuga de Dionisio.

El ministro de la Gobernacion habia dicho al señor Morato:

—Es preciso, no que se busque al teniente Moncayo, sino que se le encuentre.

Y el jefe de policía habia repetido las mismas pala-

bras á sus dependientes; pero haciendo como solia, una excepcion con el astuto Cautela, le dijo:

—¿Qué te parece de todo esto?

El ex-sacristan exhaló un lánguido suspiro y respondió:

—Es muy oscuro.

—Eso mismo diria cualquiera.

—Mi respetable jefe...

—Quiero conocer tu opinion, y te advierto que el señor de Rubianes se encuentra al borde de un precipicio.

—No comprendo por qué nombra usted ahora al señor de Rubianes.

—Un capricho,—repuso el señor Morato, desplegando una sonrisa maliciosa.

—Mi respetable jefe,—dijo Cautela volviendo á suspirar,—nunca he pensado en que el señor de Rubianes me proteja: si lo he servido, ha sido para que me pague con dinero.

—Bien, sepamos tu opinion sobre este asunto.

—El fingido sargento de la guardia civil no debia ser otro que Plotoski ó don Cándido.

—¿Y ese otro caballero que se presentó al terminar el duelo?

—Señor, las congeturas son muy delicadas en este asunto.

—No importa.

—He adquirido algunos datos preciosos.

—¿En qué consisten?

—En las señas exactas de ese personaje.

—¿Señas detalladas?

—Sí, señor.

—Veamos si me equivoco,—repuso el señor Morato, fijando una mirada escudriñadora en su dependiente.

Y luego añadió:

—Ese hombre misterioso representa unos cuarenta y cuatro años, aunque lo mismo puede tener más edad que ménos.

—No se equivoca usted.

—Viste con mucha elegancia; pero con sencillez, hasta con descuido, y toda su ropa es negra.

—Exactamente.

—Y en su camisa relumbran dos gruesos brillantes...

—¡Ah!...

—¿Qué te sorprende?

—La exactitud de las señas.

—¿Y no sospechas quién es ese hombre?

Cautela hizo un gesto de disgusto, suspiró, se frotó las manos y pareció dudar antes de responder.

—Concluye,—dijo severamente el señor Morato.

—Mi respetable jefe...

—Señor Perfecto, cuando yo pregunto es para que me respondan clara y terminantemente, ¿lo entiende usted?

Ya no era posible que resistiera el ex-sacristan, ni mucho ménos que intentara engañar á su jefe.

—Señor,—dijo,—el hombre de los botones de bri-

llantes, debe ser Plotoski; pero como ignoramos quién sea éste...

—¿Y no lo has adivinado?

—No,—respondió Cautela, aunque tal vez no decia la verdad.

—Escúchame.

—Tengo ese honor.

—Ya no puede quedarnos duda de que Plotoski es un hombre de mucha importancia.

—Desgraciadamente no se equivoca usted.

—Como amigo sabemos ya lo que es capaz de hacer, y como enemigo...

—Dios me libre de él.

—No te doy órdenes, sino consejos.

—¿Pero que tengo yo que ver con ese hombre? ¿Significa el consejo la conveniencia de hacer la vista gorda en cuanto al teniente Moncayo?

—No.

—Entonces...

—No me refiero al teniente,—repuso el señor Morato,—sino á su hermana.

—¡Oh!...

—Dueño eres ahora de obrar como te se antoje.

—Señor, yo no me ocupo más que de mi negocio, y como supongo que no se interesa usted en favor del señor de Rubianes...

—Me es indiferente.

El jefe de policía dió por terminada la conversacion,

haciéndole á Cautela preocuparse más que con todo lo que habia sucedido.

Por su parte, el señor Morato se entregaba tambien á desagradables reflexiones.

Todo lo que habia proyectado habia salido al reves.

El señor de Rubianes estaba vivo y conservaba su poderosa influencia á pesar de los rumores que circulaban á consecuencia de las acusaciones del misterioso caballero.

El señor de Rubianes volveria, pues, á Madrid.

Era preciso trazar un nuevo plan, empezar de nuevo la lucha, porque el señor Morato sabia demasiado bien que su perdicion era segura si no aniquilaba al hipócrita.

—¿Qué haré y quién me ayudará?—se preguntó.

Y algunos instantes despues, desplegó una sonrisa y dijo:

—Ya no hay duda: Guillermo de Luján vive y me ayudará, porque así le conviene; Cautela favorecerá tambien mis proyectos sin saber que lo hace... Lo demás queda á mi cuidado. Aún tengo algunos dias para meditar y preparar.

No hay que decir que la policía trabajó en vano, puesto que ni siquiera indicios pudo adquirir del paradero del teniente Moncayo.

En tal estado se encontraban unos y otros dos dias despues de haber emprendido su vuelta á Madrid el señor de Rubianes.

Eran las once de la noche.

Cautela salió del edificio ocupado por las oficinas del Gobierno Civil, y tomó en direccion á Santa María; pero no bien hubo adelantado diez ó doce pasos, cuando un hombre se le puso delante, deteniéndolo y diciéndole:

—No se sorprenda usted... Ni una palabra...

—¡Ah!—exclamó el agente sin poder contenerse á pesar de la recomendacion de callar que se le hacia.

Acababa de reconocer al señor de Rubianes.

—Tenemos que hablar,—dijo éste,—nadie sabe que me encuentro en Madrid, ni se sabrá, si usted no comete una indiscrecion.

—Mi respetable señor...

—Valgo y puedo bastante para castigar instantáneamente una traicion por parte de usted...

—Pero...

—No es una amenaza, es una advertencia.

—Entendido.

—¿A qué hora podrá usted ir á verme esta noche?—preguntó don Pedro.

—Ahora mismo, puesto que hasta las doce y media nada tengo que hacer.

—Sígame usted,—repuso el señor de Rubianes.

Y se dirigió camino opuesto al que antes llevaba Cautela.

Este obedeció.

Diez minutos despues, llegaban á la calle de la Abada y entraron en la fonda de Barcelona.

Allí se habia hospedado con nombre supuesto el señor de Rubianes.

—Mi respetable señor,—dijo el ex-sacristan cuando se hubieron sentado y despues de exhalar un suspiro,—me permitiré una observacion.

—Cuantas usted quiera.

—Conocerá usted muy bien al señor Morato; pero aún no lo conoce usted bastante.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque es posible que mi jefe sepa que se encuentra usted en Madrid, así como supo á qué hora habia usted llegado á Bayona, y en qué fonda se habia usted instalado.

—¿Está al corriente de esos detalles?—replicó el hipócrita, cuya frente se contrajo.

—Por desgracia.

—A pesar de eso...

—Es una advertencia por lo que pueda suceder y para que en ningun caso ponga usted en duda mi lealtad.

—De cualquier modo, hablemos.

—¿Hemos de empezar por la hija del señor Patricio?

—Sí.

—Otra advertencia, caballero.

—Las advertencias de usted son siempre desagradables.

—Más que una advertencia, es una noticia.

—¿Qué ha sucedido?

—El teniente Moncayo se encontraba preso en el cuartel de Santa Isabel.

La frente del señor de Rubianes palideció.

—Un sargento y seis guardias civiles,—añadió Cantela,—se presentaron en el cuartel con una órden del capitan general para trasladar al teniente á las prisiones militares de san Francisco.

—¿Qué más?—preguntó afanosamente don Pedro.

—La órden era falsa, los guardias no eran tales y todos han desaparecido como el humo.

No es posible explicar el efecto que estas palabras produjeron en el señor de Rubianes.

—¡Se ha salvado!—exclamó con voz ronca.

Y se oprimió las sienes con toda la fuerzas de su desesperacion.

El ex-sacristan se concretó á exhalar un suspiro.

¿Qué medios le quedaban al miserable hipócrita para amenazar á la infeliz Susana?

Ningunos.

No habia más que la violencia, y ésta no podia emplearse fácilmente.

Largo rato pasó sin que el señor de Rubianes acertara á pronunciar una palabra.

—¡Plotoski!—murmuró al fin con voz sorda.

—Sí, Plotoski,—repuso el ex-sacristan con triste acento,—siempre Plotoski, siempre ese hombre que se duplica, que se triplica y que llegará á centuplicarse cuando se le antoje, siempre ese hombre que se burla

de nosotros, ese hombre que tiene una gran inteligencia, que es audaz hasta lo inconcebible, y que segun sospecho debe disponer de montones de oro.

—Sí, ese hombre es rico.

—Mi respetable señor, preciso es que haga usted un esfuerzo y recobre la calma, porque de otro modo no cometeremos más que torpezas. Nuestros enemigos valen mucho y no debe sorprenderle á usted nada de lo que suceda. En los dias que han trascurrido han tenido lugar muy graves acontecimientos, ha cambiado la situacion de todos, y la nuestra no es tan mala como á usted le parece.

—Es verdad, necesito recobrar la calma... Explíquese usted.

—La esposa de don Juan de Bustamante y su hijo, han quedado en la miseria.

—¡En la miseria!...

—El señor de Bustamante no pudo otorgar testamento, y como ni la viuda ni el hijo de ésta son herederos forzosos, ni hay tampoco bienes gananciales á cuya mitad tenga derecho la mujer...

—Comprendo.

—El señor de Bustamante no tenia más que un pariente, un primo hermano, que reside en Cataluña, que se ha presentado y que en estos momentos se ocupa de llenar todas las formalidades legales para entrar en posesion de la fortuna que ha dejado don Juan.

Los ojuelos del señor de Rubianes relumbraron con

el fuego de una alegría criminal, verdaderamente satánica.

Alberto amaba á Susana y debia ser correspondido.

¿Necesitaba más el señor de Rubianes para odiar profundamente al hijo de Clotilde?

La seguridad de que Alberto se encontraba en una triste situacion, y por consiguiente, que sufria, era sobrado motivo para que el miserable hipócrita se sintiese poseido de júbilo.

Entre dos rivales, los tormentos del uno son el goce del otro, porque los celos con nada transigen, no dejan lugar sino muy raras veces á los sentimientos nobles.

Esto sucedia con tanto más motivo cuanto que los instintos del señor de Rubianes eran ruines hasta el último grado de la ruindad.

—¡Alberto en la miseria!—murmuró con voz que revelaba su agitacion violenta.—¡En la miseria despues de haberse visto en una posicion brillante, despues de acostumbrado al lujo y las comodidades!... ¡Oh!... ¡Cuánto debe sufrir!... ¡Cuánto gozo!...

Oprimióse el pecho, porque su corazon palpitaba con desigualdad y violencia.

Aquellos momentos fueron de completa felicidad para el criminal hipócrita.

—Hay algo más,—dijo Cautela,—que tiene mucha importancia: si la hija del señor Patricio Moncayo, al corresponder á Luján, no se llevaba otra mira que la del interés...

—Entonces habrá concluido ese amor; pero no quiero hacerme ilusiones, y será prudente que procedamos, suponiendo que ambos se aman verdaderamente y que su amor ha de aumentar á medida que sea más desgraciado.

—No, no hay que hacerse ilusiones, y esto lo digo no más que como un consuelo, como se dice una cosa agradable.

—Continúe usted dándome noticias, —repuso don Pedro despues de esforzarse para calmar su agitacion.

—Nada más sé, si no lo que se murmura con respecto á ciertas circunstancias del desafío; pero sobre este punto usted debe estar mejor enterado que yo.

La frente del señor de Rubianes volvió á contraerse y á palidecer.

Su alegría desapareció repentinamente, sintiéndose poseido de terror al solo recuerdo del hombre misterioso, ó lo que era igual para él, al recuerdo de Guillermo de Luján resucitado.

Alberto habia quedado en la miseria; pero en breve volveria á ser rico.

Susana habia quedado en el desamparo más triste; pero seguia protegiéndola Plotoski ó Guillermo de Luján, segun el nombre que quiera dársele.

Todo cambiaba con estas reflexiones.

La situacion no era, pues, risueña.

El señor de Rubianes inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Cautela exhaló un suspiro.

Trascurrieron cinco minutos sin que ninguno de los dos hablase.

El hipócrita levantó al fin la cabeza y dejó ver su rostro, que parecia revelar completa calma.

—Es preciso acabar de una vez,—dijo.

—Escucho, mi respetable señor.

—Voy á decirle á usted lo que deseo, y si puede usted hacerlo, hágalo, y sino, hemos concluido.

Volvió á suspirar el agente de policía y miró tristemente á su interlocutor.

—Valiéndose de cualqüier medio, quiero que Susa na venga á mi poder.

—Señor...

—No admito réplicas.

—Sigo escuchando.

—Es tambien absolutamente preciso buscar á ese hombre misterioso que se presenta con tantos disfraces, y averiguar á la vez dónde se encuentra Medio-beso.

—Creo que imagina usted imposibles, á ménos que se resigne á esperar bastantes dias.

—Aún quiero más.

—Sepamos.

—El hombre misterioso y Medio-beso deben morir, y sobre este punto tampoco admito término medio.

—Señor don Pedro, es muy fácil decir que se mate á una persona; pero matarla sin que se descubra al criminal...

—Reflexione usted, vea si le conviene tomar á su cargo este negocio, y contésteme terminantemente.

—¿Hay que hacer algo más?

—Lo demás yo lo haré.

—¿Y el amante?

—Determinaré en cuanto al hijo de Clotilde.

—Bien.

—Dice usted que quedan en la miseria...

—Sin ningun recurso para vivir.

—Y ese protector misterioso, que debe ser muy rico...

—Con ningun disfraz se ha presentado.

—Es extraño.

—Supongo que para terminar su obra ha salido de Madrid en compañía del teniente Moncayo.

—Puede ser, pero yo supongo que el teniente Moncayo no ha salido de la corte.

—Noche y dia,—repuso Cautela,—se ha espiado á la mujer y á la hija del señor Patricio, y no han salido de su casa sin que se las siga y observe con la esperanza de que ellas mismas nos llevarian al lugar donde se oculta el fugitivo teniente.

—¿Y nada de particular se ha visto?

—Nada, porque la madre, que está enferma, no ha salido mas que un dia para ir á ver á la viuda del señor de Bustamante, y en cuanto á Susana, escepto una vez que ha ido á la iglesia, siempre ha salido con el mismo objeto que su madre.

—¿Y nadie las ha visitado?

—Luciano Marin, el jóven estudiante...

—No olvido quién es.

—Nadie más.

—¿Y el establecimiento?

—Cerrado.

El señor de Rubianes volvió á quedar pensativo.

Cautela tambien meditó.

El primero rompió el silencio despues de algunos minutos.

—Esperaré hasta mañana,—dijo.

—¿Para qué?—preguntó el ex-sacristan.

—Para conocer la resolucion de usted.

—Estoy ya resuelto.

—¿Y acepta usted?

—Acepto.

—¿Y si comete usted una torpeza?

—El dia que usted quiera pronunciar una palabra, iré atado codo con codo á uno de los presidios de las costas de Africa.

—Me alegro que comprenda usted su situacion,—repuso don Pedro.

—¡Ay!—suspiró tristemente Cautela.—Demasiado la comprendo, mi respetable señor.

—Si me sirve usted como deseo...

—No hablemos de recompensas, porque conozco la generosidad de usted.

—A más de los gastos que sea preciso hacer para

apoderarse de Susana y acabar con los otros, entregaré á usted diez mil duros.

—¡Diez mil duros!—exclamó el ex-sacristan, fingiendo que le deslumbraba la promesa.

—Yo permaneceré aquí oculto hasta que mi presencia no pueda ofrecer inconvenientes ni peligros. Ahora me llamo Luis Perez.

—No lo olvidaré.

El señor de Rubianes miró el reloj.

—Cerca de las doce,—dijo:

—¿Tiene usted más órdenes que darme?—preguntó Cautela poniéndose en pié.

—Ninguna por ahora: trace usted su plan y no deje de venir á verme ni un solo dia. A todas horas me encontrará usted aquí.

Despidióse el ex-sacristan, hizo una profunda reverencia y salió.

¿Habian aumentado los peligros para las desdichadas víctimas del señor de Rubianes?

Sí.

CAPITULO LXXX.

Un instante crítico.

Ocho dias trascurrieron.

Lo mismo Clotilde y Alberto que Susana, dando tregua á su dolor, se habian ocupado de sus respectivos intereses, trazando el plan de vida que les era posible y conveniente seguir en la situacion en que se encontraban.

Su suerte dependia del acierto conque en aquellos momentos procediesen. La menor imprudencia, la ligereza más leve podia tener consecuencias horribles.

Aunque ligeramente, preciso es que nos hagamos cargo de su situacion.

¿Con qué recursos contaban unos y otros para vivir?

Con ningunos.

¿Debian abrigar esperanzas de encontrar medios de subsistencia?

Ninguna tampoco debian abrigar.

¿Qué importaba que aquellas virtuosas criaturas estuviesen dispuestas á trabajar?

Sus buenos deseos de nada les servirían, porque habian de luchar con el enemigo invencible de las circunstancias porque atravesaba el país.

Si el comercio y la industria habian empezado á decaer desde que se temieron grandes trastornos, si los capitales antes puestos en circulacion habian ido retirándose desde el momento en que se perdió la confianza, despues de la revolucion el mal crecería.

No bastaba que el gobierno hubiese triunfado; no bastaba que lo que hipócrita y falsamente se llamaba órden se hubiese salvado: en la mente de todos estaba lo que habia de suceder más ó ménos tarde; todos comprendian instintivamente que la necesidad de la revolucion era la misma que antes, y que esta necesidad habia de satisfacerse sin que pudieran estorbarlo todos los esfuerzos imaginables.

Ya hemos dicho en otra ocasion, que el dinero es lo más asustadizo que existe, y para que se oculte, no es menester más que una ligera sombra de temor.

Lo que se llamaba causa del órden habia triunfado; la revolucion parecia vencida y aun aniquilada; y sin embargo todos temian un nuevo sacudimiento, una con-

mocion más ruda, más violenta, más trascendental que ninguna, y mientras esto se temiese, los capitales seguirian escondidos, los negocios paralizados, la industria agonizante y el comercio sin vida.

¿Dónde habian de encontrar el trabajo los millones de criaturas que viven del capital ageno, que no tienen más capital que sus manos y su honradez?

En vano lo buscarian, porque no lo encontrarian.

A Susana y Alberto les esperaba, por consiguiente, una época verdaderamente horrible.

Uno de los recursos, el único quizá conque contaba el hijo de Clotilde, era su inteligencia y su pluma.

Aunque escritor novel, ya se habia conquistado una reputacion no despreciable como publicista, y parecia natural que inmediatamente encontrara quien con más ó ménos largueza le pagara sus trabajos; pero el gobierno, colocado ya en el terreno de la fuerza y abusando de las ventajas que le daba el triunfo, empezó á dirigir contra la prensa rudos ataques, disponiendo arbitrariamente la supresion de periódicos, poniendo una mordaza en cada boca y una argolla en cada mano que tomaba la pluma.

De los periódicos consagrados á defender las ideas de Alberto de Luján, no quedaria bien pronto ninguno.

¿Para quién habia de escribir el jóven?

En esto tal vez no habia pensado; pero bien pronto debia pensar y convencerse de las grandes dificultades que habian de oponerse á sus buenos deseos.

Alberto no podia aspirar á ser empleado, no podia tampoco encontrar colocacion en el escritorio de un comerciante ó banquero, porque todos empezaban á arruinarse y á disminuir sus gastos, reduciendo el número de sus dependientes.

Como abogado tampoco podia hacer nada el jóven Luján, puesto que aún le faltaba un año para terminar su carrera, y aun despues de terminada, habria de esperar á conquistarse una reputacion en el fóro, haciéndose así clientela.

Sus necesidades eran del momento, no daba treguas su situacion.

¿Qué haria?

Una y otra vez consultó con su amigo Luciano; pero éste no pudo sacarlo del apuro con sus consejos, porque no hay consejos posibles cuando se trata de lo que no es realizable.

Por de pronto Clotilde y su hijo se ocuparon en buscar una habitacion modesta, despidiendo á todos los criados.

Susana hacia entretanto poco más ó ménos lo mismo, porque buscó otra vivienda muy pobre, y para subvenir á las mas perentorias necesidades, realizó cuanto habia en el taller y la mayor parte de su modesto ajuar.

A todo esto, que ya por sí era sobradamente horrible, añadíase el estado de salud de la señora Catalina, salud que se quebrantaba rápidamente, porque la infeliz

no habia podido soportar los rudos golpes que habia recibido.

Unos y otros debian dejar sus viviendas en el mismo dia, es decir, al siguiente del en que estamos.

Clotilde y Susana habian pasado algunas horas reunidas, y sin temor de que entonces nadie las viese, se habian entregado á su dolor y derramado abundantes lágrimas.

Ya no habia secretos entre aquellas dos mujeres: ni el más íntimo de sus sentimientos ocultó la desdichada madre: de todo habló á su amiga, absolutamente de todo, y ambas convinieron en que Guillermo de Luján se habia salvado y no era otro que el que habian conocido con los disfraces de don Cándido y Ploto-ki.

Una circunstancia preocupaba á las dos mujeres, circunstancia que no acertaban á explicarse: don Juan de Bustamante, en la carta que escribió á Ploto-ki, decia que el señor de Rubianes habia intentado defenderse con un recibo de Clotilde; pero que este documento no tenia firma.

Clotilde se preguntaba:

—¿Cómo no tiene firma ese terrible documento si yo lo firmé?

Pero cualquiera que fuese la explicacion de esta circunstancia incomprensible, las dos mujeres creyeron que la faz de la situacion cambiaba en cuanto á las consecuencias que debia tener lo sucedido.

Aquella noche volvió por segunda vez Susana á vi-

sitar á sus amgos: era la última que debian pasar en sus antiguas viviendas y queria cruzar con ellos algunas frases de ternura.

No puede darse idea de la tristeza que revelaba el pálido semblante de la hija del señor Patricio.

En cuanto al jóven Alberto, su mirada era profundamente sombría, adivinándose fácilmente que hacia grandes esfuerzos para dominarse y aparentar calma.

El calor era sofocante aquella noche.

Las tres desgraciadas criaturas de que hablamos, habian salido al jardin para respirar el aire libre; pero Clotilde fué llamada por uno de los criados, y los dos jóvenes quedaron solos.

Susana se habia sentado en un banco de cesped, y como si el murmurio dulce y monótono de una cercana fuente la hubiese adormecido, habia inclinado la cabeza sobre el pecho y cerrado los ojos, quedando inmóvil.

Un destello de la luna, que penetraba por entre el ramaje, iluminaba la hermosa cabeza de la jóven, haciendo más densa la palidez mate de su noble frente.

Alberto, en pié y tambien inmóvil como una estátua, contemplaba absorto á la mujer á quien amaba con frenesí.

Ella deseaba aquella ocasion, y él la temia, y sin embargo, cuando quedaron solos ella guardó silencio y él tuvo que hacer esfuerzos inauditos para callar.

Del pecho de Susana se escapó un suspiro lánguido

y suave como el soplo del céfiro embalsamado que acariciaba su rostro.

Alberto se extremeció y sintió que sus mejillas se abrasaban, parecióle que en su corazon se encendia una hoguera, como si su sangre, convertida en fuego, hubiese afluido repentinamente á su pecho y su cabeza.

Nunca la belleza de Susana habia producido en Luján el efecto que entonces, nunca lo habia fascinado tanto, nunca se habia sentido tan trastornado.

¿Podria contenerse y seguir guardando silencio?

Ya conocemos los motivos que le obligaban á callar, y por consiguiente podemos comprender la lucha desgarradora que agitaba su espíritu.

Trascurrieron algunos minutos.

Susana volvió á suspirar, sin que de sus propios suspiros se apercibiese ella misma.

Alberto se extremeció nuevamente, porque adivinó lo que pasaba en el alma de la jóven, porque se convenció de que no tenia que hacer más que pronunciar una palabra para ver satisfecho su amoroso deseo.

No necesitaba ya explicaciones para comprender el motivo de la conducta anterior de Susana: ésta habia sacrificado su corazon á su dignidad y se habia negado á corresponder al amor de un hombre rico.

Llegó un momento en que al jóven le fué imposible contenerse.

Se olvidó de todo, no pudo pensar que al ofrecer su corazon á Susana la hacia doblemente desgraciada,

agravaba su ya horrible situacion, la arrastraba al abismo de la miseria que tan cercano de él se abria.

Si Clotilde no se presentaba, aquellos dos corazones acabarian bien pronto por dejarse llevar de sus sentimientos de ternura, y la mirada intensa de Alberto y los suspiros lánguidos y profundos de Susana, se traducirían en frases de amor, tanto más tiernas y arrebatadoras, tanto más ardientes, cuanto más contenido habia estado el sentimiento.

Aquella pasion, como la corriente impetuosa de un rio, concluiría en breve por arrollar los obstáculos que se le oponian y se desbordaria con toda la violencia, con el ímpetu incontrarestable de las fuerzas que habia concentrado lentamente.

Alberto llevó sus manos convulsas y ardientes á su pecho, oprimiéndolo con fuerza convulsiva.

Sus lábios se entreabieron; pero aún trascurrieron algunos instantes sin que articulase una sílaba.

Su razon hizo el último esfuerzo; pero su corazon, revolviéndose desesperadamente, acabó de triunfar.

—¡Susana!—exclamó al fin el jóven con voz que parecia escaparse de lo más profundo de su alma ó llevar el alma tras sí.

Y dió un paso hácia ella, volviendo á quedar inmóvil y contemplándola con un anhelo indescriptible, con mirada verdaderamente devoradora.

La hija del industrial se extremeció violentamente y dejó escapar un grito.

Tambien llevó las manos á su pecho y levantó la cabeza.

El resplandor de la luna dió de lleno en su rostro, que acababa de enrojecer.

Entonces pudo verse cómo sus negros y magníficos ojos brillaban iluminados por el fuego de su intensa pasion, y cómo sus lábios hechiceros se entreabrian, contraian y titilaban, ofreciendo un tesoro de delicias, que solo puede imaginarse en el extravío de un sueño febril.

Su mirada se fijó tambien en Alberto, una mirada abrasadora, fascinadora, una mirada irresistible aún para un corazon de hielo.

—¡Susana!—volvió á exclamar el jóven con voz profunda, con voz que parecia impregnada de fuego.

Empero en aquel instante y produciendo en los dos jóvenes el efecto que hubiera podido producir el estampido de un cañon, crugió el remaje de la cercana espesura.

Lo mismo Susana que Alberto ahogaron un grito, que tanto podia ser de sorpresa como de terror ó de despecho.

En la sombra proyectada por la espesura dibujóse la noble figura de Clotilde, que se acercó lentamente.

No puede decirse si se apercibió del estado de agitacion violenta en que se encontraban los dos jóvenes: quizá no lo advirtió, porque estaba muy preocupada.

Sentóse junto á su amiga y reanudó la conversacion

que algunos minutos antes habia tenido que interrumpir.

Nunca como entonces necesitó la hija del industrial de toda la fuerza de su espíritu para disimular y aparecer tranquila.

Alberto se sintió trastornado, y sin pronunciar una palabra, se alejó, desapareciendo entre la espesura.

Cuando estuvo solo, esforzóse para recobrar la calma y reflexionar.

¿Debia considerar una desgracia que la presencia de su madre lo hubiese interrumpido?

Su razon le decia que aquella contrariedad era un suceso afortunado.

Sin embargo, sufria horriblemente.

Media hora despues, dueño ya de su razon, decidió evitar nuevas ocasiones de trastorno y olvido, porque comprendia que de otro modo le seria imposible hacer el sacrificio que exigian las circunstancias.

Cuando Susana volvió á su vivienda, y aprovechándose del sueño de su pobre madre, entregóse libremente á los trasportes de su dolor.

—¡Dios mio!—exclamó con desgarrador acento.—¿No tendreis misericordia de mí?

Desde que habia desaparecido el obstáculo que le oponia su dignidad, creyó Susana que le seria imposible soportar la existencia sin el amor de Alberto.

Entonces comprendió todo lo que el hijo de Clotilde debia haber sufrido, y al comprenderlo, sucedió lo que era consiguiente, que lo amó más que nunca.

¡Amor desdichado!

Para ambos aquella pasion era la más espantosa desgracia.

¿No era bastante la miseria en que se encontrarian sumidos dentro de pocos dias?

Sin duda la fatalidad no consideraba que esto fuese bastante sufrimiento y les preparaba otros más crueles.

CAPITULO LXXXI.

Lucha de astucia.

La policía tuvo que declararse impotente para encontrar á Dionisio, y tres dias despues de la escena que acabamos de referir, el señor Morato comunicó á sus dependientes las órdenes oportunas para que no perdiesen el tiempo en espiar á la mujer y á la hija del señor Patricio, puesto que se tenian demasiadas pruebas de que estas infelices no se ocupaban más que de procurarse recursos para subsistir.

Aunque esta órden la dió el señor Morato de acuerdo con el ministro, parecióle sospechosa al astuto Cautela, que dijo para sí:

—Mi jefe ve cercana su ruina, porque está convencido de que el señor de Rubianes no tardará en satisfa-

cer sus deseos de venganza, y en semejante situacion debe procurar buscar apoyo en los que antes eran sus enemigos.

Esta reflexion fué la base de otras muchas dignas de la perspicacia del ex-sacristan, que no era posible que renunciara á sus planes, tanto sobre el dinero del señor de Rubianes, como sobre la belleza de Susana.

Creian todos, ó aparentaban creer, que Dionisio Moncayo habia conseguido alejarse de Madrid; pero Cautela tenia sobre este punto distinta opinion.

Toda una noche pasó el ex-sacristan meditando y trazando planes, y al sonreir la aurora, él tambien desplegó una sonrisa de satisfaccion.

No se equivocaba al creer que el señor Morato haria lo posible para llevar á cabo alianzas con los mismos á quienes antes habia perseguido tenazmente.

La lucha entre el jefe y el dependiente era bastante igual, puesto que ambos eran igualmente astutos y previsores.

Dada la órden de que hemos hablado, el jefe de policía llamó á Pintura y á Cara-de-Palo y tuvo con ellos una larga conferencia, durante la cual se pronunciaron muchas veces los nombres del señor de Rubianes y de Cautela.

Sobre esta conversacion no diremos más sino que fué de tal importancia, que con gran sorpresa del señor Morato y de Pintura, el inalterable Cara-de-Palo desplegó una sonrisa de satisfaccion inmensa, de satánico júbilo.

¿Qué se habia tratado que pudiera conmover siquiera por un instante á Cara-de-Palo?

Por ahora no podemos decirlo, y el lector habrá de tener paciencia hasta que se lo revelen los sucesos.

Eran las once de la noche.

Dos horas habia pasado el jefe de policía solo en su despacho, y durante las dos horas habia permanecido inmóvil con los codos apoyados en la mesa y la frente en las manos.

¿Qué clase de ideas habian ocupado su cerebro mientras habia permanecido como una estátua?

Imposible es que sin extraviarnos penetremos en el laberinto de los pensamientos tenebrosos, de los cálculos del jefe de policía.

Cuando levantó la cabeza, viéronse relumbrar sus ojos como no habian relumbrado nunca, y sus delgados lábios se entreabrieron para sonreir como habia sonreido Cautela cuando combinó su plan.

El señor Morato tenia tambien el suyo, y ya lo conocemos para estar seguros de que no seria inferior al de su dependiente.

—Estoy ya decidido,—murmuró.

Y se puso en pié, echó una ojeada á los papeles que habia sobre la mesa, y tomó su sombrero.

Media hora antes de que esto hiciese el señor Morato, Pintura vagaba por la calle de la Abada sin perder de vista la puerta de la fonda de Barcelona.

Lo que allí hacia no es difícil adivinarlo: habia se-

guido á su compañero Cautela, sin que éste se apercibiese de ello, y lo habia visto entrar en la fonda.

—¿Qué tiene que hacer aquí este hipócrita bribon?— se habia preguntado el vanidoso Pintura.

Y decidió esperar á que su compañero saliese.

Diez minutos despues salió Cautela; pero lo hizo justificando como nunca su apodo.

Pintura no habia pensado en aquellos momentos que la fonda de Barcelona tiene otra puerta á la calle de Chinchilla, y por ésta salió el ex-sacristan, mirando recelosamente á uno y otro lado, volviendo á la izquierda y dirigiéndose á la calle de Jacometrezo.

Entretanto, Cara-de-Palo vagaba tambien por la calle de Alcalá y frente á la casa del señor de Rubianes.

Todo esto era sin duda resultado de la conferencia de que hemos hecho mencion; pero no dá bastante luz sobre los planes del señor Morato.

Cautela no saldria ya de la fonda, puesto que lo habia hecho por la puerta que dá á la calle de Chinchilla, y el señor de Rubianes no habia vuelto ni pensaba volver en algunos dias á su lujosa vivienda.

Pintura y Cara-de-Palo perdian, por consiguiente, el tiempo aquella noche.

Dada esta explicacion para que pueda comprenderse lo que vamos á referir, volveremos al despacho del jefe de policía, quien despues de mirar al reloj, hizo sonar el timbre, diciendo al portero que se presentó:

—Volveré tarde; pero si viene Cautela, que me espere aunque sea toda la noche.

Salió, y una vez en la calle, se detuvo, miró á todos lados y dijo para sí:

—Nada debo temer del zorro de Cautela, puesto que lo vigila Pintura.

Quizá por primera vez en su vida, el señor Morato cometia una torpeza, ó por lo ménos era imprudente ó poco previsor.

Sin cuidarse de hacer mas observaciones, dirigióse á la Puerta del Sol, la atravesó mientras miraba rápidamente á los transeuntes, y subió por la calle de la Montera.

Cuando llegó á la Red de San Luis y al pasar junto á la embocadura de la calle de Jacometrezo, mas que de mirar á los que por allí transitaban, cuidóse de abrirse paso, lo cual no es siempre fácil en aquel sitio. A no hacerlo así, habríase apercibido de que dos ojos pequeños, redondos y hundidos, relumbraron en el fondo de sus órbitas, que se contraia un rostro escuálido y amarillento y que unos lábios delgados se entreabrian como si fueran á exhalar una exclamacion de sorpresa.

El rostro era del ex sacristan, que aún no hacia ocho minutos que se habia burlado de Pintura.

El señor Morato entró en la calle de Fuencarral, y cuando dejó atras la del Desengaño, adelantó con más rapidez.

¿Y Cautela?

Habia desaparecido.

La mirada más perspicaz, aun la del jefe de policía, no hubiera podido descubrir al astuto señor Perfecto.

¿Se habia dirigido éste hácia el opuesto lado?

No lo creemos, sino que por el contrario suponemos que seguia á su jefe lo mismo que él habia sido poco antes espiado por Pintura.

Los papeles se habian trocado; la lucha de astucia empezaba á ser interesante.

Nada más, digno de mencion, ocurrió entonces.

El señor Morato siguió calle arriba, y diez minutos despues se encontraba fuera de la puerta de Bilbao.

Allí volvió á detenerse, miró hácia todos lados, y escuchó.

Para observar lo favorecia el clarísimo resplandor de la luna, que se enseñoreaba en un horizonte puro y cuajado de estrellas.

No descubrió ningun bulto, ni percibió el más leve ruido.

Eran las once y media y á semejante hora y en tal sitio es raro encontrar persona alguna.

El señor Morato desplegó una sonrisa y murmuró:

—El temor de que alguien me vea me hace exagerar en mis precauciones, y es tanto más infundado mi recelo, cuanto que nadie tiene interés en observarme mas que Cautela, y este no puede hacerlo.

A pesar de estas reflexiones, echó una nueva ojeada á su alrededor.

—¿He debido venir en carruaje?—se preguntó.—La distancia no es larga, y en coche podria llamar la atencion á estas horas y por los sitios que he de atravesar.

El señor Morato volvió á emprender su marcha, y un cuarto de hora despues adelantaba por el mismo camino que seis meses antes le habian obligado á seguir en compañía de los conspiradores.

¿No habia vuelto por allí desde aquella noche inolvidable?

Aunque el jefe de policía aseguraba que le era imposible reconocer el lugar adonde lo habian llevado, volvió más de una vez para reconocer el terreno, y consiguió encontrar la casa donde habia estado preso.

No tenia, pues, que vacilar, sino que podia ir al solitario edificio por el camino más corto.

Trascurrieron otros quince minutos.

El señor Morato se detuvo repentinamente.

Su entrecejo se arrugó y sus ojos relumbraron como dos luciérnagas.

¿Qué le habia sucedido?

A sus oidos habia llegado un leve rumor, que para otra persona no hubiera tenido ninguna importancia.

Miró á la izquierda del camino; pero no descubrió mas bulto que el de unos espesos matorrales que se extendian á poca distancia de la carretera.

—Estoy seguro de no haberme equivocado,—murmuró.

Despues de reflexionar un momento, salió del cami-

no y se dirigió hácia la espesura para reconocerla detenidamente.

Mientras esto hacia y favorecido por la sombra proyectada por los matorrales, un hombre se deslizaba por el suelo, arrastrándose y con la misma facilidad y silencio que una culebra.

Cuando el jefe de policía llegó á la espesura, el que se arrastraba se dejó caer al fondo de una zanja.

Una vez allí, continuó arrastrándose y alejándose, y en pocos segundos desapareció.

Inútilmente miró el jefe de policía una y otra vez, inútilmente escuchó.

Nada vió, ningun ruido percibió.

—Me habré equivocado,—dijo,—aunque juraría que una persona ha pasado por aquí.

Separóse del matorral y examinó el terreno; pero éste, seco y arenoso no presentaba ninguna huella.

No se dió por vencido el astuto señor Morato, siguió reconociendo en dirreccion á Madrid, y al fin encontró, aunque confusas, señales de pisadas.

Alguien habia llegado hasta allí; pero ya no estaba y no se comprendia de qué medio se habia valido para alejarse sin dejar rastro alguno.

—Necesito explicarme esto,—murmuró con voz sombría.

Volvió á la espesura, inclinóse y continuó buscando las perdidas huellas.

Sus ojos relumbraron nuevamente.

Habia creido adivinar la verdad, porque en el terreno habia como un ancho surco.

Era el rastro que habia dejado el cuerpo de Cautela.

Siguiólo el jefe de policía; pero bien pronto lo perdió, porque el árido terreno era un pedregal desde aquel sitio hasta la zanja.

¿Debia seguir?

Esto se preguntó, tardando algunos minutos en decidirse.

Si lo habian seguido, habian desistido, dejándolo en completa libertad.

Bien pensado, no debia temer á nadie más que á Cautela, y éste, en su concepto, era imposible que se encontrase allí.

La persona que indudablemente acababa de pasar por junto á los matorrales, podia muy bien ser uno de tantos rateros como recorren las cercanías de Madrid, ó alguno de los desgraciados que desde el veintidos de Junio vagaban á poca distancia de la poblacion, sin atreverse á avanzar ni retroceder, y que se mantenian, ya con algun pedazo de pan que alcanzaban de la caridad de los campesinos, ya con las frutas y hortalizas que podian coger durante la noche.

Esto último era lo más probable, y el señor Morato acabó por creerlo así, tranquilizándose y resolviéndo continuar su marcha.

Volvió á la carretera.

Miró y escuchó.

—Debo seguir descuidadamente, —dijo, —pues si alguien me observaba, ya está lejos de aquí.

Y haciéndolo así, alejóse con más rapidez que antes para compensar el tiempo perdido.

Aún no habian pasado veinte minutos cuando se detuvo, volvió á la izquierda y se internó en el arbolado, que ya conocen nuestros lectores.

Poco tardó en llegar á la huerta de que ya hicimos mencion, y en cuyo centro se levantaba la casa misteriosa.

Para hacer lo que vamos viendo, era menester que el señor Morato tuviese una gran confianza en su privilegiada inteligencia y en su valor.

Presentarse allí, solo y sin ninguna clase de precauciones, era arriesgar la vida con muchas probabilidades de perderla.

El lector preguntará qué se proponia el señor Morato al ir á la casa donde habia estado preso.

Lo que se proponia está explicado con algunas palabras que pronunció cuando meditaba solo en su despacho aquella noche.

Estas palabras eran las siguientes:

—Guillermo de Luján vive, y yo necesito á toda costa ponerme en relaciones con él. ¿Qué haré para adquirir noticias suyas? Tengo la seguridad de no perder el tiempo si me dirijo á la casa de campo donde me hicieron pasar dos noches interminables. Además, ¿quién sabe

los importantes descubrimientos que haré en aquel sitio?

Esta reflexion fué la base de todas las demás que hizo, y reuniendo sus recuerdos, y de deduccion en deduccion, concluyó por decidirse á dar el atrevido paso.

A la huerta servia de vallado un espeso zarzal interrumpido frente al sendero que conducia á la casa.

El señor Morato entró por allí; pero apenas lo hubo hecho, una mano, pesada como si hubiera sido de plomo, dura como el acero, cayó sobre uno de sus hombros mientras que ante sus ojos relumbró un puñal.

A pesar de todo su valor y de toda su calma, extremecióse el jefe de policía y no pudo contener una exclamacion de sorpresa y aun de miedo.

Empero ni el miedo ni la sorpresa podian ser muy duraderos en un hombre como él, y antes de que le dirigiesen la palabra ni de que trascurriesen tres segundos, dijo con perfecta calma.

—Buenas noches.

Y volvió la cabeza y fijó una mirada escudriñadora en la persona que lo recibia de tan extraño y desagradable modo.

Esta era un hombre de elevada estatura, formas atléticas, rostro moreno de abultadas facciones y ojos negros, brillantes, de mirada dura y casi feroz.

El nuevo personaje, mientras seguia oprimiendo el hombro del señor Morato y amenazándole con el puñal, dijo:

—Quieto.

El jefe de policía entreabrió los lábios, sonrió dulcemente y replicó:

—Ya ves, mi querido Tormenta, que no me muevo, y por consiguiente, es inútil que te tomes la molestia de romperme los huesos. Guarda el puñal, suéltame y hablemos como deben hablar dos hombres razonables, pues para enviarme al otro mundo, tiempo te sobra y ocasion tienes lo mismo en este momento que despues de algunos minutos.

El llamado Tormenta guardó el puñal, separó la mano del hombro del jefe de policía y replicó:

—Muy poco podemos hablar, señor Morato, tan poco que será lo absolutamente preciso para que comprenda usted que ha cometido una locura en meterse aquí.

—Veo con placer, mi buen amigo, que nada has perdido de tu hercúlea fuerza, porque me has dejado el hombro adormecido, y de seguro tendré un cardenal en cada uno de los sitios donde han estado tus dedos.

—Lo siento; pero tengo que cumplir mi deber.

—Lo mismo que siempre: sea quien fuere la persona á quien sirves, eres leal como un perro, obediente como un esclavo.

—De sobra me conoce usted.

—Sí, te conozco y tú á mí, y por consiguiente debes comprender que no soy hombre que cometa locuras ó más bien tonterias como la de introducirme aquí sin saber lo que hago.

Y al decir esto el jefe de policía, miró á uno y otro lado, volvió á sonreir y añadió:

—Con tu permiso, me sentaré, porque si está escrito que aquí he de perder la vida, quiero morir descansado, cómodamente.

Hízolo como lo decia, dejándose caer en una gran piedra que servia de banco.

Tormenta lo contempló sin pronunciar una palabra.

—Ya sabes que soy curioso,—dijo el señor Morato, y tampoco ignoras que eres uno de los bribones á quien yo profeso más cariño, porque tienes corazon, y por consiguiente no te sorprenderá que desee saber cómo has podido arreglarte para llegar hasta Madrid desde Cartagena, donde hace dos meses te encontrabas con la cadena del presidiario.

Tormenta se encogió de hombros y dijo con indiferencia:

—Eso es largo de contar y ahora no podemos perder el tiempo en semejante cosa.

—Como quieras.

—Lo único que puedo decirle á usted con grandísima pena, es que en este sitio no puede penetrar nadie sin perder la vida, y á usted no le valdrá ser quien es, ni tampoco mi estimacion, porque tengo que cumplir lo que he prometido, y lo cumpliré.

—No me matarás, mi querido Tormenta,—replicó el señor Morato con perfecta calma.

—¡Qué no!—exclamó el gigante admirado de que se

pusiese en duda que habia de cumplir lo que prometia.

—Voy á convencerte.

—¿Va usted á decirme que se ha dejado en el camino á media docena de los suyos y que acudirán en su socorro?

—He venido solo, absolutamente solo, y de que esto es verdad puedes convencerte registrando en estos alrededores.

—Entonces...

—Ya sé que eres capaz de matarme; pero tambien sé que tú no guardas este sitio por tu propia cuenta y que la persona á quien sirves te mandará que me respetes apenas le digas que he venido.

Tormenta se restregó los ojos y volvió á contemplar admirado al jefe de policía.

—¿Quieres ó no que hablemos?—añadió éste.

—No puedo hablar.

—¿Te decides á asesinarme?

—Cumpliré las órdenes que tengo.

—¿Puedo saber en qué consisten esas órdenes?

—Si no hace usted resistencia, lo llevaré á usted á aquella casa...

—La conozco.

—¡Qué la conoce usted!...

—Sí, mi buen amigo, he pasado en ella dos noches interminables; pero por penosas que fuesen, y sin que yo sepa explicarme el por qué, tomé cariño á la habitacion

donde me tuvieron contra mi voluntad, y ahora quiero visitarla voluntariamente.

—No entiendo una palabra de lo que usted dice,—replicó Tormenta.

—Ni es menester.

—¿Está usted dispuesto á seguirme?

—Tan dispuesto estoy como que acabo de decirte que he venido sin más objeto que el de entrar en esa casa, y para que no me pusiesen dificultades ni abrigasen temores, me presento solo y desarmado. ¿No tiene para tí valor ninguno mi tranquilidad? ¿No te dice mi calma que estoy seguro de volverme á Madrid sin recibir daño alguno? Amigo mio, en los dos años que han pasado desde que te separaste de mí, debes haberte olvidado de quien soy.

—Eso no se olvida fácilmente.

—¿Has podido creer que el jefe de policía fuese tan estúpido que se entregase atado de piés y manos á sus más temibles enemigos? ¿Sospechas que he perdido la razon? Mi querido Tormenta, siempre has sido leal, tienes un gran corazon y estás dotado de una fuerza verdaderamente hercúlea; pero en cambio tu entendimiento ha estado siempre algo oscurecido, y todavía tienes que deplorar esta irreparable desgracia. ¿No me conociste apenas llegué?

—Al pronto no.

—¿Pero no me conoces ahora?

—Sí, señor Morato.

—Me amenazas... ¿Por qué?—repuso el jefe de policía.—Quieres que te siga y estoy dispuesto á seguirte, y por consiguiente...

—Es que desde aquí á la casa...

—Es verdad, puedo meterte una bala en el corazon ó un puñal en la garganta; pero me sorprende que te hayas hecho tan cauto, tan prudente, tan precavido.

—¡Oh!—murmuró Tormenta con voz sorda.

—Acércate,—repuso el jefe de policía, sonriendo tranquilamente.

—¿Qué quiere usted?

—No tengas miedo...

—¡Miedo!... ¡Fuego del infierno!... ¡Miedo!...

—Ya ves que no tengo ningun arma en la mano, y en cuanto á fuerzas, las tuyas son muy superiores á las mias.

Tormenta se acercó al señor Morato.

Éste prosiguió diciendo con melíflua voz:

—Ten la bondad de meter una de tus anchas y duras manos en este bolsillo.

—¿Para qué?

—Descuida que no encontrarás ninguna víbora.

Tormenta obedeció.

—¿Con qué tropiezan tus dedos?—preguntó el señor Morato.

—Con la culata de una pistola.

—Un rewólver, hijo mio, un rewólver construido en

una de las mejores fábricas de los Estados Unidos... Sácalo.

Hízolo así Tormenta, que empezaba á aturdirse.

—Ahora,—repuso el jefe de policía,—lleva la mano al interior de esta manga de mi levita.

—Ya está.

—¿Qué encuentras?

—Una cosa fria, un hierro...

—El mango de un puñal hecho en la fábrica de armas de Toledo, un precioso puñal, que atraviesa fácilmente una moneda de plata ó de bronce. Sácalo tambien, guárdalo y registrame si quieres para que te convenzas de que no llevo mas armas.

—Estoy convencido.

—¡Ah!—exclamó el señor Morato dándose una palmada en la frente.—Se me olvidaba...

—¿Qué más?

—Registra este otro bolsillo.

—Pero...

—Regístralo.

Tormenta obedeció como un autómata.

—¿No encuentras nada?—preguntó el señor Morato.

—Una cuerda.

—Sácala tambien.

—¿A quién hemos de atar?

—A nadie, mi buen amigo; pero has de saber que esa cuerda es la del rompe-cabezas, que siempre llevo

conmigo y que es mucho más temible que el rewólver. Tú no sabes manejarlo, y te verias en más de un apuro si tuvieras que entenderte con ingleses; pero en mi mano esa cuerdecita es suficiente para enviar al otro mundo en un abrir y cerrar de ojos á un hombre tan fuerte como tú. Si quieres que te dé algunas lecciones, lo haré con mucho gusto, porque sabes que te profeso particular estimacion.

El bandido, más admirado cada vez, sacó el rompecabezas y lo examinó atentamente.

—Ahora,—repuso el jefe de policía,—es cuando estoy verdaderamente desarmado.

—El caso es que sin pensar va pasando el tiempo y...

—Ya hemos concluido y estoy á tu disposicion,—replicó el señor Morato, poniéndose en pié.

—Venga usted.

—Vamos, y cuida bien los objetos que he depositado en tí, porque habrás de devolvérmelos cuando me vaya.

—Haré lo que me manden.

No hablaron más y se dirigieron á la casa.

CAPITULO LXXXII.

El señor Morato sigue haciendo descubrimientos.

Tormenta dió algunos golpecitos á la puerta de la casa.

Pocos segundos despues y sin que se percibiese el más leve ruido, la puerta se abrió.

—Entre usted,—dijo el presidiario.

El jefe de policía obedeció, encontrándose en un aposento iluminado por la luz de una bujía.

Tormenta volvió á cerrar, guardó la llave y dijo:

—Espere usted.

Y desapareció.

Sentóse el señor Morato sin que tampoco entonces se advirtiesen en su rostro señales de que hubiese perdido la calma.

No tuvo que aguardar mucho.

La puerta por donde se habia ido el presidiario, se abrió nuevamente, apareciendo un hombre de elevada estatura y cubierto el rostro con un antifaz.

El astuto jefe de policía lo miró de piés á cabeza, y antes de dar tiempo á que el otro le hablase, soltó una carcajada burlona.

El que habia entrado permaneció inmóvil.

—No me equivoqué,—dijo el señor Morato despues de algunos momentos.

Y luego añadió:

—¿Hemos de hablar aquí?... Sí así es, siéntate, quítate el antifaz, porque hace mucho calor y debe incomodarte, y porque es completamente inútil. Debias haber comprendido, mi estimado Medio-beso, que yo no necesitaba más que ver tu sombra para reconocerte.

No se equivocaba el jefe de policía: la persona que tenia delante era Medio-beso.

Éste se arrancó el antifaz, lo arrojó al suelo, fijó su sombría mirada en el señor Morato y replicó:

—Sí, yo soy... ¿Qué me importa que me haya usted reconocido?

—Ya lo ves,—repuso el señor Morato con frialdad,—te has tomado una molestia completamente inútil. Desde que he llegado estoy viendo que os ocupais de lo que ménos importa, y cuando me haya ido, os convencereis de que habeis perdido lastimosamente las tres cuartas partes del tiempo que hayamos empleado.

Medio-beso adelantó dos ó tres pasos, y con su tono rudo replicó:

—¿Qué quiere usted? ¿Para qué ha venido usted á esta casa? ¿No se le ha ocurrido á usted que descubrir mi paradero era perderse, que penetrar en mi escondite es igual á meterse en una gruta de leones? Lo siento, señor Morato, porque aunque soy un bribon no me gusta derramar sangre sino en el último apuro y para salvar mi vida, y me gusta mucho ménos matar á un hombre que no se encuentra en situacion ventajosa para defenderse.

—Ya sé que no eres alevoso.

—Eso no, ¡mil rayos! no me parezco á la canalla que le sirve á usted; seré peor que ellos, mucho peor; pero...

—No te canses en probar lo que yo no pongo en duda.

—Bien, concluyamos, porque no puede usted permanecer aquí mucho tiempo.

—¿No has de matarme?

—Sí, ¡por Satanás!...

—Entonces, bien puedes concederme algunos minutos, siquiera para confesar mis pecados, porque esto no se le niega al criminal más empedernido.

Mientras esto decia el señor Morato, sonreia irónicamente y con la tranquilidad del que está seguro de que no corre ningun peligro.

—Explíquese usted; pero pronto.

—¿Te ha dicho Tormenta que le he entregado mi rewólver, mi rompe-cabezas y mi puñal?

—Sí.

—No tienes nada que temer.

—¿Y quién le ha dicho á usted que temo?—replicó el gigante, de cuyos ojos se escaparon dos centellas de ira.

—Esta noche tienes toda la sangre en la cabeza.

—Acabemos.

—Es bien poco lo que tengo que decirte.

—Pero será de mucha importancia.

El señor Morato hizo un gesto que queria decir:

—Ni de mucha, ni de poca.

—¿Y para un asunto de poco más ó ménos ha arrostrado usted el peligro de venir á esta casa?

—Ya me conoces, no ignoras que soy caprichoso...

—Señor Morato, déjese usted de música celestial, porque no soy hombre de mucha paciencia. ¿Me buscaba usted?

—No, aunque suponia que habia de encontrarte aquí. Quien me ha sorprendido, es tu compañero Tormenta, porque si he de decir la verdad, no sospechaba siquiera que se encontrara tan cerca de Madrid.

—Pues si no me busca usted á mí...

—Busco á tu amo, ó para hablar con más exactitud, á tu amigo, á ese amigo que con su variedad de nombres y personalidades se ha burlado de nosotros tantas veces, á ese amigo tuyo que me hizo el honor de darme alojamiento

en esta misma casa hace siete meses, y del que no puedo olvidarme, porque no es hombre á quien se le olvide con facilidad.

—No entiendo una palabra de cuanto me dice usted.

Desplegó el señor Morato una de sus sonrisas burlonas, cambió de postura y replicó:

—Mi querido Medio-beso, sigues probando que no me equivoco, porque muestras gran prisa por concluir, y sin embargo pierdes el tiempo lastimosamente.

—Le he preguntado á usted para qué ha venido á esta casa.

—Y yo te he respondido clara y terminantemente, que para ver á tu amigo Plotoski, ó lo que es igual, á cierto misterioso caballero que lleva en su camisa dos botones de brillantes que no habrán costado ménos de diez mil duros.

La frente del bandido se contrajo.

—¿Me entiendes ahora?

—Tampoco.

—No me parece oportuno pronunciar otros nombres que los de Plotoski ó don Cándido; pero si me obligas á ello...

—No, no,—interrumpió vivamente el gigante.

—Pues bien, una vez convenidos á seguir dando el nombre de Plotoski á ese personaje misterioso, repetiré que tengo la seguridad de que puedo verlo aquí, y añadiré que necesito tratar de un asunto de mucha importancia y que al venir solo y entregarme desarmado á

hombres como tú y el buen Tormenta, pruebo evidentemente que ahora no soy el astuto jefe de policía que busca á los perseguidos por la autoridad, sino simplemente el honrado señor Morato que se ocupa en arreglar un asunto que le conviene.

Medio-beso calló.

—Te haré la última observacion,—añadió el jefe de policía.

—Sepamos.

—No puedes hacer más que una de tres cosas: asesinarme, hacerme salir armado ó desarmado, ó dar aviso á tu amigo Plotoski, rogándole que me dispense el honor de una entrevista. ¿Me asesinarás? No, porque eres demasido valiente para hacerlo así. ¿Me obligarás á irme? Tampoco, porque podria suceder que Plotoski te reconviniese por haber cometido semejante torpeza. No te queda, pues, más que la última de las indicadas resoluciones.

—¡Oh!—murmuró el gigante desesperadamente.—Soy muy bruto, debo confesarlo.

—Empiezas á mirar el asunto bajo su verdadero punto de vista.

—Dice usted que ha venido solo...

—Puedes convencerte con mucha facilidad, puesto que en pocos minutos recorrerá Tormenta estos alrededores y no encontrará alma viviente.

—¿Y cómo ha sabido usted que yo me encontraba aquí?

—Repito que á tí no te buscaba.

—Bien, á mi amigo Plotoski, es igual.

—Lo he adivinado desde que me he convencido que son una misma persona Plotoski, don Cándido y el misterioso caballero de los botones de brillantes.

—No me dé usted más explicaciones porque acabaria por aturdirme, y ahora más que nunca necesito tener claro el entendimiento.

—Como quieras.

—Tiene usted razon al decir que no he de asesinarlo.

—¿Me mandarás salir?

—¡Rayos y truenos!... ¡Salir despues de conocer mi escondite!... No le mataré á usted como no se me caliente demasiado la cabeza; pero dejarlo que se vaya, tampoco. Aquí pasará usted la noche, y el dia de mañana, y Dios sabe cuantos más. Ya puede el gobierno nombrar otro jefe de policía.

—De todos modos,—repuso el señor Morato, encogiéndose de hombros con la más fria indiferencia,—creo que me destituirán antes de un mes, y por consiguiente, me importa lo mismo que lo hagan ahora.

Medio-beso abrió desmesuradamente los ojos y fijó una mirada de extrañeza en el jefe de policía.

—Sí,—añadió éste con la misma tranquilidad,—tu antiguo amigo y cómplice el señor de Rubianes, es mi mayor enemigo y no descansará hasta verme aniquilado.

—¡Rubianes!—murmuró el bandido, con voz sorda.

Y apretó los puños con toda la fuerza de la ira más reconcentrada.

—No te enfades porque digo la verdad. Supongo que el que en otro tiempo se llamaba simplemente Perico Rubianes y era un tahur doblemente criminal que tú, el que por aquellos tiempos fué agente de la policía secreta y representó el papel de Judas, vendiendo á su noble y generoso protector don Guillermo de Luján, el que más de una vez comeria contigo en los bodegones y brindaria en las tabernas, el que te ofreció un puñado de oro para hacerte su cómplice y engañarte villanamente...

—¡Dios de Dios!—exclamó el bandido con voz de trueno.—Calle usted, calle usted... No viviré tranquilo hasta que no mate á ese bribon.

—Es verdad: no debemos evocar ahora recuerdos desagradables.

—El nombre de Rubianes me trastorna, me hace perder el juicio.

—Lo comprendo, porque tú no eres hipócrita ni cobarde como él, y aunque hayas cometido mas de un crímen, no te se puede echar en cara una cobardía, una traicion...

—No, no.

—Tú perdonarás al que te mate cara á cara; pero no al que te engañe...

—Jamás.

—No eres capaz de fingir...

—Antes me mataria yo mismo.

—Y por eso á pesar de que te se han hecho algunos

ofrecimientos deslumbradores, no has querido nunca pertenecer á la policía secreta.

—¡Yo!—exclamó Medio-beso con acento indescriptible.

—Tranquilízate y continuemos la conversacion.

—Ya no me acuerdo de lo que deciamos,—replicó el bandido, sentándose y haciendo crugir la silla.

—Hemos convenido en que no me asesinarás.

—Es cierto.

—Tambien has determinado estorbar que me vaya...

—No se irá usted, no.

—Y yo te decia que me importaba muy poco quedarme aquí, porque lo que me interesa no es conservar el empleo que han de quitarme bien pronto, sino defenderme del señor de Rubianes, y aun más que defenderme, aniquilarlo antes que me aniquile.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mi amigo Plotoski?

—Con tu amigo Plotoski, nada; con don Cándido, tampoco; pero con el caballero de los botones de brillantes...

—Hablemos con claridad.

—Con claridad me explico.

—¿Me promete usted no dar un grito, ni tampoco intentar salir de la habitacion adonde yo lo lleve?

—Te lo prometo.

—¿Me promete usted permanecer indiferente, vea lo que ves, oiga lo que oiga?

—Tambien te lo prometo.

—Aunque es usted malo, le sucede á usted lo que á mí, que cuando hace una promesa...

—La cumplo, y ya lo sabes por esperiencia.

—Soy justo y lo reconozco.

—Vamos adonde quieras con tal de que esta noche, mañana ó cualquier otro dia pueda yo ver y hablar á tu amigo.

—Nada le prometo á usted, porque no estoy autorizado para decidir; por de pronto, adopto la precaucion de no dejarlo á usted salir, y si alguien acudiese en su socorro...

—Puedes darme una puñalada y todo ha concluido, porque en semejante caso, el matarme no seria más que legítima defensa y no cobarde alevosia.

—Es usted razonable.

—Estoy dispuesto á seguirte.

—Venga usted.

Medio-beso tomó la bujía.

El señor Morato se puso en pié.

Atravesaron dos tres ó aposentos.

—Aquí,—dijo el gigante.

—Conozco esta habitacion, porque fué la mia.

—Entonces se encontrará usted bien aquí.

—Perfectamente.

—¿Ha de hacerme usted alguna otra observacion?

—Ninguna más sino que no olvides que entre el señor de Rubianes y yo se ha declarado una guerra á

muerte y que ya me he resignado á sufrir el primer golpe, que será el de mi destitucion.

Medio-beso salió, dejando la bujía y cerrando la puerta.

—La verdad es,—dijo para sí el señor Morato,—que sentiré que me hagan pasar aquí toda la noche y tal vez el dia de mañana.

¿Se encontraba entonces en aquella casa el caballero misterioso?

Lo ignoramos; pero como el jefe de policía habrá de esperar tal vez una ó dos horas, aprovecharemos el tiempo para volver á Madrid y ocuparnos de otro suceso de bastante interés y que debia tener muy graves consecuencias.

CAPITULO LXXXIII.

Cautela tambien hace descubrimientos.

Las once de la noche parecia la hora destinada para cierta clase de acontecimientos, y por esta razon nos vemos obligados á retroceder.

Con nuestro derecho y nuestro poder de novelistas, entraremos en una modesta casa de la calle de Jesús del Valle, sin que sea inconveniente el que la puerta se encuentre ya cerrada y en completa oscuridad la estrecha y empinada escalera.

En el cuarto piso habia tres habitaciones, y á una de ellas, la del centro, se habian ido á vivir la señora Catalina y Susana.

La primera, como ya hemos dicho, se encontraba cada dia peor de salud, y el en que estamos, no habia podido dejar el lecho mas que algunas horas.

Su enfermedad era de esas contra las que la ciencia puede poco ó no vale nada, era el aniquilamiento de la organizacion, que no habia podido resistir los dolores morales, las violentas borrascas del espíritu.

Además, la vista de la anciana disminuia considerablemente, y segun la opinion de algunos médicos, muy pronto la infeliz se encontraria entre las tinieblas.

No es menester que intentemos dar una idea de lo que Susana sufria al ver á su madre: la situacion no podia ser más horrible, y se comprende con facilidad.

Sentada junto al lecho de su madre, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, la jóven estaba absorta en las reflexiones amargas á que daba lugar su situacion.

Muy trabajosamente contenia el llanto, que luchaba por escaparse de sus negros ojos.

—¿Qué hora es?—proguntó la anciana con débil voz.

—Cerca de las once,—respondió Susana.

—Entonces ya debes irte.

—No saldré.

—¿Y por qué?—pregnntó la señora Catalina.

—¿He de dejarla á usted sola?

—Sí, porque á Dios gracias no tengo nada de cuidado, y sola he de quedarme muchas veces si tú has de ocuparte en buscar medios de subsistencia.

—Pero en estos momentos no hay esa necesidad.

—Susana,—replicó la señora Catalina,—te mando salir y habrás de hacerlo, porque no sabemos si luego pasarán muchos dias sin que puedas ver á tu hermano. Ya

que á mí me es imposible ir, tú me traerás noticias suyas y estaré más tranquila. ¿Crees que me será posible vivir sin saber lo que le ha sucedido en los tres dias que han pasado? No, hija mia, no.

La jóven exhaló un suspiro.

—A las once te espera el carruaje, y por consiguiente no debes detenerte un minuto más.

Como se comprende por las pocas frases que cruzaron, aquella noche era una de las en que Susana debia ir á ver á Dionisio.

Bien pensado, la anciana podia quedar sola sin temor alguno y por espacio de un par de horas que su hija tardase en volver, y no solamente podia quedar sola sin peligro, sino que se le hacia un inmenso bien, llevándole noticias del hijo á quien adoraba.

Levantóse Susana, cubrió su cabeza con un manto, y estampó un tierno beso en la pálida frente de su madre.

—No te olvides,—dijo ésta con voz ahogada por la emocion,—de darle á mi querido hijo muchos abrazos, muchísimos de mi parte, y no le digas que me encuentro enferma, porque sufriria, sino que me duele la cabeza y no he querido salir por temor de que el aire húmedo de la noche me haga daño.

Susana murmuró algunas frases y salió, bajando la escalera sin cuidarse de encender luz.

Cuando estuvo en la calle, miró á todos lados.

A nadie vió.

Dirigióse á la calle del Pez y siguió luego hácia la de San Bernardo.

Cada veinte ó treinta pasos volvia la cabeza y miraba recelosamente, acabando por convencerse de que nadie la observaba.

Más de un importuno galan se acercó á la infeliz jóven, dirigiéndole palabras de ternura; pero ella los alejaba á todos con el gesto y la mirada, siguiendo libremente su camino.

Un cuarto de hora despues se encontraba en la calle de las Fuentes.

Allí, como si dudase y buscase el número de la casa adonde iba, se detuvo y volvió á mirar á uno y otro lado.

A nadie vió más que á los transeuntes que iban y venian indiferentemente.

—Estoy tranquila,—murmuró.

Y entró en una casa de regular apariencia.

Entretanto, junto á la puerta de otra casa de la calle de las Hileras, se detenia un carruaje de alquiler.

Del carruaje acababa de salir un hombre, que desapareció en el interior del portal.

Nada más digno de mencion sucedió por entonces.

Diez minutos despues y del mismo portal salió una mujer modestamente vestida, y recatado el rostro con un negro manto.

Era Susana.

Entonces no se detuvo á mirar, sino que abrió la

portezuela, entró en el carruaje, y dijo al cochero:

—Á Chamberí, carretera de Francia... Luego daré á usted más señas.

Crugió el látigo, y el carruaje se puso en movimiento con más lentitud que hubiera deseado la jóven.

No necesitamos seguirla paso á paso, y lo único que importa decir es, que al cabo de tres cuartos de hora, seguia por el mismo camino que el señor Morato.

¿Se encontraba tambien Dionisio en la casa misteriosa?

No hay para qué negarlo: el jóven teniente habia sido llevado allí por su protector desconocido, y allí, con las precauciones que acabamos de dar á conocer, habian ido varias veces Susana y su madre.

El coche adelantaba con más lentitud, porque una vez fuera del radio de la poblacion, le convenia al cochero que durase mucho aquel viaje.

Cerca de otra hora tardó en llegar donde principiaba á extenderse la arboleda.

La jóven mandó al cochero que se detuviese, salió del carruaje y se internó en la espesura por el mismo sitio que media hora antes lo habia hecho el señor Morato.

No la seguiremos, porque tenemos que hacer una observacion.

Apenas llegó á aquel lugar el ruido sordo producido por el coche, sonó entre la espesura otro ruido que parecia ser el del roce de un cuerpo con el ramaje.

Cinco minutos despues y á favor de la claridad de la luna, pudo verse el bulto de un hombre que salia de entre los árboles y se acercaba á la orilla del camino.

¿Necesitamos decir que era Cautela?

No, porque lo habrán adivinado nuestros lectores.

El ex-sacristan se detuvo y su mirada perspicaz se dirigió á lo largo del camino.

—¡Oh!—murmuró, mientras se restregaba las manos segun acostumbraba.—¿Qué significa un carruaje á estas horas y en este sitio? ¿Voy á conocer al misterioso caballero de los botones de brillantes, al fantasma, cuyo solo recuerdo llena de pavor al respetable señor don Pedro de Rubianes?... Tal vez... No, no puedo quejarme de la fortuna.

Siguió observando.

A los pocos segundos añadió:

—No debe ser el misterioso caballero, porque vendria en su carruaje, y sus caballos andan más de prisa que éste.. Es una berlina de alquiler... Sí... Esperemos y pronto saldremos de dudas, porque si no me equivoco y el coche es de plaza, pronto tendré cuantas noticias puedo desear para poner en claro el misterio.

Cautela retrocedió, volviendo á ocultarse entre la espesura.

Allí, acurrucado, inmóvil y conteniendo cuanto le era posible la respiracion, no habia mirada que pudiera descubrirlo, á no ser la mirada del jefe de policía; pero Susana, sobre no abrigar temor alguno, no tenia la cos-

tumbre de hacer cierta clase de observaciones, ni de pensar en ciertos detalles, y por consiguiente, adelantó con la más completa tranquilidad.

Relumbraron los ojos de Cautela como dos luces fosfóricas, y muy trabajosamente pudo contener una exclamacion de sorpresa y de júbilo.

—Ahora lo comprendo todo,—murmuró con voz trémula por su violenta conmocion:—en esa casa se oculta el teniente Moncayo; á esa casa ha venido mi jefe; en esa casa tambien debe estar el caballero misterioso y mi amigo Medio-beso... ¡Oh!... No puedo pedirle más á la fortuna loca.

Interrumpióse, porque su agitacion lo habia trastornado.

Despues de algunos minutos exclamó:

—¡Susana, Susana!

Y su voz ronca y destemplada resonó en el interior de su pecho, como un rugido en el fondo de una caverna.

—¡Susana!... ¡Serás mia, solamente mia, mal que pese á cuantos codician tu belleza!... Se me abrasa el pecho, estoy loco... Necesito calma como nunca, mucha calma... Yo la recobraré.

Era Cautela demasiado astuto para cometer la imprudencia de seguir á la jóven.

No se le ocultaba que ésta iba á ver á Dionisio y entraria en la casa con las precauciones que era consiguiente.

Seguirla hubiera sido comprometerse y perder todo lo ganado.

Ya habia visto el ex-sacristan que el señor Morato al penetrar en la huerta, habia encontrado una persona que lo detuviese, y esto probaba que aquellos sitios estaban perfectamente vigilados.

Lo que hizo el astuto Cautela, fué separarse de su escondite, adelantando cuarenta ó cincuenta pasos en línea paralela al camino.

Luego pasó á éste, retrocedió y llegó donde estaba el carruaje.

El cochero dormitaba en el pescante.

Una rápida mirada á uno de los faroles, bastó al ex-sacristan para ver el número del coche.

No necesitaba más.

Siguió otros cincuenta ó sesenta pasos, volvió á salir de la carretera y se dirigió al sitio que poco antes habia dejado.

Tal era su alegría, que en algunos minutos no pudo coordinar sus ideas.

Cuando recobró la calma, lo suficiente al ménos para poder reflexionar, dijo lo siguiente:

—Todo lo sé ya, absolutamente todo; pero, ¿qué me conviene hacer? El señor Morato pierde cada dia mas terreno, se encuentra en la misma situacion que el acróbata que anda sobre un alambre y pierde el equilibrio al más leve empuje. Me es muy fácil probar, no solamente que ha cometido una torpeza, sino que hace trai-

cion al gobierno, y con esto y una ligera indicacion del señor de Rubianes, dejaria inmediatamente mi jefe de ser lo que es. Conseguido esto, que es obra de pocas horas, puedo prestar un gran servicio, apoderándome del teniente Moncayo y del llamado Plotoski, que indudablemente se ocultará tambien aquí. Este servicio, con el apoyo de mi nuevo protector, seria recompensado, y mañana á estas horas yo me encontraria en el elevado puesto que ocupa mi jefe, ó lo que es igual, me veria dueño de esa mina inagotable que él posee, y en poco tiempo haria mi fortuna.

Guardó silencio Cautela, volvió á reflexionar y exclamó:

—¡Oh!... esto es demasiado halagüeño; pero ofrece un inconveniente gravísimo para mí, puesto que me veria precisado á renunciar á Susana. ¡Renunciar á esa mujer encantadora!... Imposible: no me siento con valor para tanto. De todos modos una gran parte de la fortuna de don Pedro, ha de pasar á mis manos, y por consiguiente para nada necesito ser jefe de la policía. ¿Qué me importa semejante empleo? Quiero ser rico y lo seré muy pronto; quiero ser dueño de Susana, y tambien lo seré; quiero burlarme de todos, y ya empiezo á conseguirlo. Si me apodero del teniente me privaré de un arma terrible para obligar á esa mujer que me ha trastornado la razon. Prudencia, disimulo, astucia... Esto es lo que me conviene. Por muy virtuosa que sea Susana, no podrá resistir ante la amenaza espantosa de que su hermano

sea preso y fusilado. Verdad es que resistió el dia que se le presentó el señor de Rubianes; pero entonces tuvo valor, porque las circunstancias no eran las mismas, tuvo valor, porque abrigaba esperanza en la poderosísima proteccion de Plotoski, esperanza que no era ilusoria segun ya hemos visto.

Interrumpióse nuevamente; pero no tardó en decidirse y dijo:

—Sí, será mia, jugaré el todo por el todo, porque sin esa mujer me seria imposible vivir. Es el mismo tipo de la pobre monja; pero más bella y con un alma mucho más ardiente, porque así lo dicen sus ojos, porque así lo declara hasta el más leve de sus gestos. Aquella era un volcan; pero ésta... ¡Oh!... Esta no se sabe hasta donde puede ir, es un tesoro inagotable de delicias, es un ángel por su belleza, pero un ángel que debe tener en el pecho todo el fuego de Satanás.

Cautela tembló convulsivamente.

Y sus ojos relumbraron con el lúbrico fuego que lo trastornaba, y se revolvieron desconcertadamente en sus órbitas.

Lo que sentia no puede explicarse; pero se comprende la intensidad de su pasion con solo ver el efecto que en él producia el recuerdo de Susana.

Su respiracion se hizo violenta y desigual.

Sintió los lábios abrasados por los álitos que se escapaban de su pecho.

Si no hubiese estado envuelto en la sombra que pro-

yectaban los árboles, habríase podido ver su escuálido rostro contraido violentamente, violentamente desfigurado y horrible hasta el punto de infundir terror, de producir al ménos invencible repugnancia.

Afortunadamente nadie lo observaba en aquellos momentos y pudo, aunque lentamente recobrar la calma y volver á meditar sobre la situacion, combinando nuevos planes ó modificando los que habia trazado ya.

Media hora despues percibió el sordo ruido del roce de un cuerpo con el ramaje.

A los pocos minutos apareció Susana, que sin cuidarse de mirar á uno ni otro lado, dijo al cochero.

—A la calle del Pez.

—¿Qué número?

—Le avisaré á usted cuando deba detenerse.

El carruaje se puso en movimiento con bastante lentitud.

Cuando hubo desaparecido, Cautela se atrevió á salir de su escondite y se preguntó:

—¿Debo esperar al señor Morato?... Esto es algo peligroso, porque es demasiado astuto y antes ha faltado muy poco para que me descubra. Sin embargo no me conviene irme inmediatamente, y lo que haré será cambiar de sitio, colocándome al otro lado de la carretera.

Hízolo así, buscando sitio conveniente entre los accidentes del terreno.

Cerca de otra media hora trascurrió sin que persona alguna pasase por allí.

Al fin volvió á sonar el ruido de un carruaje.

El ex-sacristan miró.

—¡Oh!—murmuró.—Este no es de alquiler, y mucho me equivoco ó es la preciosa berlina del misterioso caballero.

No se equivocaba.

En pocos segundos llegó el carruaje y se detuvo donde se habia detenido el otro, saliendo el caballero; pero no hizo lo que Susana, sino que empezó á recorrer el terreno en todas direcciones.

Cuando se encontraba en algun sitio oscurecido por la sombra veíanse brillar sus negros ojos como dos carbunclos.

—Esto no me gusta,—dijo Cautela, exhalando un triste suspiro.

Y arrastrándose para no ser visto, alejóse con cuanta rapidez le fué posible y mientras añadia:

—Hé aquí un hombre que vale mucho más que mi respetable jefe, que es tan cauto y tan precavido como yo, puesto que aunque no ha visto nada que deba infundirle recelo, registra cuidadosamente.

Acertado anduvo el ex-sacristan al alejarse, porque el misterioso caballero no tardó en llegar al sitio donde aquel se habia colocado.

—¿Me conviene seguir huyendo?—dijo Cautela.

La respuesta que se dió fué aprovechar los accidentes del terreno para levantarse y empezar á correr con cuanta ligereza le fué posible.

Bien pensado, ya no podia ver más de lo que habia visto, ya no tenia que hacer ningun otro descubrimiento. Sabia donde se encontraban el caballero misterioso y el teniente Moncayo, sabia tambien que el jefe de policía esteba en buenas relaciones con los conspiradores fugitivos, y por consiguiente nada más podia desear, nada más podia pedirle á la fortuna.

Para poner en práctica sus criminales proyectos, le sobraban ya antecedentes, le sobraba luz.

Siguió corriendo hasta encontrarse muy cerca de Chamberí.

—Ya no hay peligro como no sea el de algun ladron que me pida el dinero; pero esto no es peligro para mí, porque el ladron iria robado sino me conocia lo bastante para respetarme.

Dejaremos á Cautela para volver á encontrarlo bien pronto, y nos ocuparemos del jefe de policía para saber si consiguió lo que deseaba.

CAPITULO LXXXIV.

Un tratado de alianza.

El señor Morato, á pesar de toda su calma, empezaba á impacientarse.

Habia llegado á sus oidos el rumor de pasos de los que entraban y salian, y el ruido de las puertas al abrirse ó cerrarse.

Por fin se abrió la del aposento en que él se encontraba, y el caballero misterioso, vestido como siempre, se presentó.

Parecia tranquilo, si bien aquella noche su frente estaba algo más contraida que de costumbre.

—¡Ah!—exclamó el señor Morato con acento de la más viva alegría.

Y se puso en pié, saludando respetuosamente al caballero.

Éste, fijó su mirada penetrante y escudriñadora en el jefe de policía, y despues de algunos momentos dijo con voz reposada:

—Más ó ménos tarde esperaba que me hiciese usted esta visita, y lo único que me ha sorprendido es que no haya usted venido hace ya algunos dias.

—Hablaré con franqueza,—replicó el señor Morato con dulzura:—desde que desapareció el teniente Moncayo, comprendí que se ocultaba en esta casa.

—No era difícil adivinarlo.

—Pero ya ha visto usted que he observado la conducta más prudente, y que de este secreto no he querido hacer uso.

—Señor Morato, á usted le conviene estar en relaciones conmigo, porque la ruina de usted es inevitable.

—No intentaré negarlo.

—Hé ahí por qué he dicho antes que esperaba esta visita.

—Ha calculado usted perfectamente.

—Asegura usted que está dispuesto á hablar con franqueza...

—Caballero,—interrumpió el jefe de policía,—voy á evitarle á usted la molestia de hacerme cierta clase de observaciones. Si he venido á buscarlo á usted, es porque lo necesito, porque me conviene hacer con usted una alianza ofensiva y defensiva, y como prueba de que nada pienso ocultar, de que estoy decidido á ser leal y noble con usted, empezaré por decirle...

Interrumpióse el señor Morato y despues de un momento, preguntó:

—¿Puede alguien oirnos?

—Nadie.

—Pues bien, señor de Luján...

—¡Oh!—murmuró el caballero con voz sorda.

Y su mirada, profundamente sombría, se fijó en el señor Morato con expresion nada tranquilizadora.

El jefe de policía no perdió la calma y añadió:

—¿No temia usted que yo adivinase este secreto?

—Estaba seguro de que lo habia usted adivinado.

—Entonces...

—Y no solamente usted, sino el miserable Rubianes...

—Y probablemente su esposa de usted...

—Basta,—replicó vivamente Guillermo de Luján.

Y levantándose, empezó á pasearse por la habitacion.

Imposible le fué ocultar en aquellos momentos su agitacion violenta.

Trascurrieron cinco minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Guillermo de Luján, puesto que él era efectivamente, se detuvo al fin, pasóse las manos por la frente, hizo un esfuerzo, recobró la calma ó pareció que la habia recobrado, sentóse y dijo:

Señor Morato, no lleve usted á mal que le haga una advertencia.

—Cuantas usted guste.

—La vida de usted...

—Pende de un cabello, ya lo sé, porque no es tanta mi torpeza que se me oculte el gravísimo peligro de conocer cierta clase de secretos.

—Me alegro que lo comprenda usted así,—repuso Guillermo de Luján,—porque nos evitaremos muchas y enojosas explicaciones.

—No son necesarias, puesto que todo lo sé, absolutamente todo. Conozco la vida de usted con todos sus detalles; conozco tambien la de ese miserable ladron que se llama Rubianes y á quien el mundo respeta tanto; sé cuanto ha sucedido desde que usted desapareció, y estoy al corriente de cuanto tiene relacion con su hijo de usted y con la familia Moncayo. ¿Para qué, pues, hemos de hacer comentarios sobre ninguno de estos puntos? Todos ellos son eslabones de una misma cadena, todos son parte integrante de un mismo cuerpo, y ya sé que no puede tocarse á una de esas partes sin que los efectos se hagan sentir en el todo.

—Perfectamente.

—Vengamos, si á usted le parece, á la situacion actual, excusando tambien explicaciones sobre mi humilde persona, puesto que así como yo sé todo cuanto á usted se refiere, usted no ignora nada de cuanto tiene relacion conmigo.

—Continúe usted.

—Por ser usted demasiado noble, me acusará de ha-

ber dado orígen al duelo entre el traidor Rubianes y el generoso don Juan de Bustamante.

—Sí.

—No intentaré defenderme, porque estoy convencido de que por lo ménos cometí una gran torpeza; pero mi situacion era muy crítica: el señor de Bustamante perdia su influencia y no podia sostenerme, y el señor de Rubianes se preparaba á descargar sobre mí el golpe decisivo. Yo necesitaba defenderme, y me defendí; quise herir para no ser herido; pero me equivoqué, y aún no se me alcanza cómo el duelo tuvo el resultado que todos hemos visto. Prescinda usted, señor de Luján, de sus nobles sentimientos y habrá de reconocer forzosamente, que lo que yo hice para mi provecho ha redundado en beneficio de usted.

—No hablemos ahora de mi esposa ni de mi hijo,— replicó Luján con voz que revelaba claramente su profunda conmocion.

—Otro dia será, porque ello es que más ó ménos tarde hemos de ocuparnos de este asunto.

—Aprovechemos el tiempo.

—Tengo el honor de escuchar, caballero.

—¿Está usted seguro de que nadie lo ha visto venir?

El jefe de policía dudó antes de responder.

—No,—añadió Guillermo de Luján,—no tiene usted seguridad de que no lo hayan observado.

—Debo creerlo así.

—¿De qué personas desconfía usted más?

—De mi dependiente Cautela.

—Sí, ya sé que en cuerpo y alma se ha vendido á Rubianes, lo cual es incomprensible para quien no se lo explique como yo.

El señor Morato sonrió maliciosamente.

—Ese miserable llamado Cautela,—añadió Luján,—aparenta servir á Rubianes para engañarlo.

—No se equivoca usted.

—Está enamorado de la hija del señor Patricio, enamorado hasta el punto de haber perdido la razon, y no tardaremos en ver que comete toda clase de locuras y torpezas. ¡Oh!... En sus mismos crímenes encontrará el castigo, porque trastornado y ciego, creyendo correr hácia la dicha, corre á un abismo de cuyo negro fondo no podrá salir.

—Hay más.

—Sí, supongo que Cautela, no queriendo hacer á medias su negocio, proyectará robar la mayor parte de su fortuna á Rubianes, como éste se la robó á mi hijo. Dios es justo y su mano inexorable se deja ver en todas partes: la traicion de Rubianes será castigada con otra alevosía... ¡Oh!...—murmuró Guillermo de Luján con voz reconcentrada.—Diente por diente, ojo por ojo... Sí, Dios es justo, y su divina justicia hace innecesaria la de los hombres.

El señor Morato, ¡cosa extraña! se extremeció y bajó los ojos.

Contra su voluntad confesaba así sus crímenes, y á

despecho de su despreocupacion, temblaba á la sola idea de la justicia divina.

Guillermo de Luján no se apercibió ó fingió no apercibirse de esta circunstancia, y prosiguió diciendo:

—Ya vé usted que comprendo perfectamente la situacion.

—Desde algunos dias, Cautela está espiado por dos de sus compañeros que lo aborrecen, y lo espian con tanto más cuidado, cuanto que conocen sus planes y quieren aprovecharse de ellos, es decir, que Rubianes le robó á usted su fortuna, Cautela engañará y robará al señor de Rubianes y á su vez será engañado y robado por sus compañeros Cara de-Palo y Pintura. Quién hará purgar á estos su pecado, es lo que ignoro, aunque es muy probable que yo me convierta en juez y dé á cada cual su merecido.

—Tal vez suceda así.

—Hé ahí, señor de Luján, la razon en que yo me fundo para creer que no he sido observado al venir aquí.

—Sin embargo...

—Poco antes de llegar, creí percibir leve ruido de pasos, me detuve, examiné el terreno y encontré unas huellas sospechosas. Las seguí, desaparecieron, descubrí un nuevo rastro como el que deja una persona al deslizarse como una culebra; pero este rastro desapareció tambien en un pedregal, y el pedregal terminó en una zanja. ¿Me espiaban? Tal vez; pero abandonaron su peligrosa empresa. ¿Era alguno de los rateros que pulu-

lan por estos sitios? Quizá. ¿Era alguno de los fugitivos sargentos del dia veintidos? Todo es probable.

Guillermo de Luján quedó pensativo.

—Adoptaré mis precauciones,—dijo despues de algunos instantes.

—Será prudente.

—Volvamos á ocuparnos de la conducta que nos conviene seguir, y tambien de la situacion en que hemos de quedar.

—Es muy sencillo, y con pocas palabras daré á usted á conocer mi resolucion.

—Sepamos.

—Soy de usted, señor de Luján, soy enteramente de usted, soy, más que su aliado, su esclavo, puesto que á usted me entrego sin ninguna condicion.

El esposo de Clotilde fijó una mirada escudriñadora en el jefe de policía, y luego replicó:

—Ya no dudo.

—Haré cuanto me sea posible para conservar mi empleo, no porque me agrada, sino porque así podré servirlo á usted mejor.

—¿Y en qué sentido piensa usted servirme?

—En todos.

—Tenga usted presente...

—Nada olvido, caballero; he reflexionado detenidamente, he decidido, y cuando yo decido, no retrocedo fácilmente.

Volvió á levantarse Guillermo de Luján, cruzó los

brazos, inclinó sobre el pecho la cobeza, y dió algunos paseos por la habitacion.

Cuando despues de algunos minutos se detuvo, preguntó:

—¿Sabe usted dónde se encuentra el señor de Rubianes?

—Llegó á Bayona; pero de allí desapareció al siguiente dia.

—¿Ha vuelto á Madrid?

—Sospecho que sí; pero esto no es más que una sospecha, porque no he conseguido averiguarlo.

—Si ha vuelto, debe haber reanudado sus relaciones con Cautela.

—Y como á Cautela se le espia...

—Pronto debe usted saber la verdad.

—Creo que sí.

Hubiérase creido que aquellos dos hombres tenian necesidad de hablar mucho para entenderse; pero no sucedió así.

Cada uno de ellos sabia perfectamente lo que el otro deseaba, cada uno de ellos sabia muy bien lo que debia esperar del otro.

La situacion para ambos era, pues, la más clara.

Seguro estaba Guillermo de Luján de que el señor Morato no se atreveria á cometer con él una traicion, y estaba seguro, no porque creyese en la buena fé del jefe de policía, sino porque sabia que á éste le convenia ser fiel y leal.

El señor Morato no haria nada contra su conveniencia, porque no era torpe hasta el punto de favorecer á sus enemigos.

¿Qué le importaba que Guillermo de Luján llevase á cabo su difícil obra?

Lo que le importaba al jefe de policía era salvarse, lo que le importaba era aniquilar al señor de Rubianes.

—Nos conocemos perfectamente,—dijo despues de algunos minutos Guillermo de Luján,—y por consiguiente podemos dar casi por terminada nuestra conferencia. Por de pronto, antes de que pasen tres dias, daré á usted medios de prestar un servicio de importancia, y así le será á usted más fácil sostenerse en su actual posicion.

—Comprendo: una comedia...

—Sí.

—En cuanto á usted,—dijo el esposo de Clotilde,—lo primero que ha de procurar es saber si Rubianes se encuentra en Madrid.

—Casi estoy seguro de averiguarlo,—repuso el jefe de policía, poniéndose en pié como si quisiera probar que no necesitaba más explicaciones.

—¿Se va usted?

—Supongo que no habrá ningun inconveniente en que me retire.

—Ninguno.

—Ruego á usted se tome la molestia de mandar que me devuelvan mis armas.

—Al momento; pero antes de que salga usted, quiero hacerle una observacion.

—Cuantas usted guste.

—¿Está usted al corriente de todas las circunstancias que mediaron antes de verificarse el duelo entre don Juan de Bustamante y Rubianes?

—Supongo que el señor de Bustamante exigiría del ladron los cuatro millones robados...

—Y el ladron, sin cuidarse de negar que habia recibido los cuatro millones, quiso probar que los habia devuelto, y presentó un recibo que mi esposa firmó.

—¡Un recibo firmado por su esposa de usted!...

—Sí, el señor de Rubianes exigió esa firma, amenazando conque mi hijo y cuantos lo habian favorecido la noche de San Daniel....

—Entiendo, entiendo,—murmuró el señor Morato con voz sombría.

—Pero el documento,—repuso Luján, sonriendo irónicamente,—no tenia ya semejante firma, porque habia desaparecido como desaparece el humo en el espacio.

El jefe de policía comprendió instantáneamente cuanto habia sucedido, y fijó en Guillermo de Luján una mirada de sorpresa y de admiracion.

—No,—dijo despues de algunos instantes,—no debe usted temer que yo lo engañe, puesto que es imposible engañarlo, porque no se comete impunemente una traicion con un hombre que es capaz de hacer lo que usted ha hecho.

Luján se encogió de hombros con indiferencia, se acercó á la puerta, llamó á Medio-beso, y le dijo:

—Trae las armas que habeis quitado á este caballero.

Cualquiera que hubiese escuchado la conversacion, no le habria dado toda la importancia que tenia.

Imposible parece que tan gravísimo asunto se tratase por aquellos dos hombres con tanta frialdad, con tanta sencillez, y aun parece más imposible que se contentasen con hacer algunas indicaciones, sin cuidarse de ponerse de acuerdo para sostener sus relaciones misteriosas.

Pero por más que parezca inverosímil, así sucedió, porque no necesitaban más para entenderse y trabajar con el mismo fin.

Cruzaron algunas frases de pura cortesía, y el señor Morato salió tranquilamente y tomó el camino de Madrid, mientras miraba á uno y otro lado para convencerse de que nadie lo espiaba.

CAPITULO LXXXV.

Cautela se prepara.

Cuando Guillermo de Luján quedó solo, elevó al cielo una mirada, cuyo significado hubiera sido imposible adivinar, y se dejó caer en un sillon, ocultando el rostro entre las manos.

No daremos á conocer ahora el estado de su alma; solamente diremos que sus lábios pronunciaron los nombres de su esposa y de su hijo.

Lo dejaremos y volveremos á la calle de la Abada, adonde Cautela se encaminó para conferenciar por segunda vez con el señor de Robiznes.

Iba el ex-sacristan absorto en sus pensamientos, y no fijaba la atencion en los transeuntes, por lo cual no pudo ver á un hombre, que, parado en la acera y

apoyado en la pared, parecia completamente aburrido.

Era Pintura que aún esperaba, á pesar de que se habia agotado su paciencia.

Tenia el vanidoso agente la mirada fija en la puerta de la fonda, y por consiguiente no se cuidaba tampoco de los que pasaban por allí, ni pudo ver á su compañero.

Éste llegó junto al otro, tropezó con él, extremecióse como quien despierta repentinamente de un sueño, retrocedió un paso, y dijo:

—Dispense usted...

Pero se interrumpió, porque reconoció á Pintura.

Éste reconoció tambien al ex-sacristan, y dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

Luego, sin meditar sus palabras, dijo:

—¿Por dónde diablos has salido?

—¡Que por dónde he salido!—murmuró Cautela, cuya frente se contrajo.

Pintura comprendió que acababa de cometer una torpeza y replicó:

—Me equivoco, porque he debido decir que de dónde vienes á estas horas, y adónde vas por este sitio.

—Vengo de trabajar, y á trabajar voy, y ni este sitio es tan extraviado...

—Tienes razon,—interrumpió Pintura,—estoy diciendo tonterías, y consiste en que me aburro, porque llevo aquí lo ménos media hora de planton.

—¿Se puede saber lo que haces?

—Pierdo el tiempo por una bribona que me tiene trastornada la cabeza: me ha dado una cita y no parece. Sin duda no me conoce, y por eso se atreve á burlarse de mí; pero yo le juro...

—Y no te enfades,—replicó Cautela con dulzura y desplegando una sonrisa inocente,—ya sabes que las mujeres tienen el privilegio de hacer lo que se les antoja, y que un hombre galante como tú, no tiene el derecho de enfadarse.

Pintura guardó silencio, porque estaba cavilando para adivinar cómo su compañero se encontraba allí sin haber salido de la fonda; pero bien pronto se acordó de la puerta que daba á la calle de Chinchilla, y dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ah!...

—¿Qué te sucede?

—Que me ha ocurrido una idea feliz para castigar á la que quiere burlarse de mí.

—Mucho cuidado con las mujeres,—repuso Cautela, exhalando un triste suspiro.

—Vamos, vamos.

—¿No has de esperar?

—No.

—¿Y adónde hemos de ir?

—Te acompañaré á cualquier parte, porque ahora nada tengo que hacer.

—Yo voy á ver al jefe,—dijo el ex-sacristan, que se sintió contrariado.

—Yo tambien.

Alejáronse.

Cuando estuvieron en la antesala donde acostumbraban á reunirse, Cautela recibió la órden de esperar aunque fuese toda la noche la vuelta del jefe de policía.

Suspiró, lo cual no era extraño en él, y se sentó resignándose á perder aquel tiempo precioso.

Entonces dijo Pintura:

—Puesto que á mí no se me manda esperar, voy á tomar el aire, porque aquí hace un calor que sofoca.

Y salió, dirigiéndose apresuradamente á la calle de Alcalá.

Allí estaba Cara-de-Palo.

—Ven,—dijo Pintura.

—¿Qué sucede?

—Tenemos que averiguar una cosa de mucho interés.

Y sin hablar más se encaminaron á la calle de la Abada.

Nada más fácil en aquella época, que averiguar lo que deseaba el señor Morato, pues en último apuro invadiría la fonda y reconoceria á cuantos allí se hospedasen; pero por de pronto no creyó Pintura que debia llegarse á tal extremo y decidió trabajar con disimulo y sin dar ningun paso ruidoso.

A la una de la madrugada el jefe de policía se encontraba otra vez en su despacho, donde entró por la puerta excusada de que ya hemos hecho mencion en otras ocasiones.

Hizo sonar el timbre, y un momento despues se le presentaba Cautela.

Era imposible adivinar nada en su rostro y nada adivinó el señor Morato.

—¿En qué te has ocupado esta noche?—preguntó éste.

—He vagado, he buscado; pero nada de importancia he descubierto.

—¿Y tus compañeros?

—No he hablado mas que con Pintura, y nada de particular me ha dicho.

—Pues vete á descansar.

—¿No tenia usted que comunicarme ninguna órden?

—Ninguna.

—¿A qué hora he de venir?

—A las ocho.

—Muy bien, mi respetable jefe,—dijo Cautela.

Y suspiró y salió.

Pocos minutos despues, llegaron Pintura y Cara-de-Palo.

El primero dió al jefe minuciosas explicaciones, confesándole su torpeza.

Se contrajo violentamente el rostro del señor Morato.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda.—Ese miserable me ha seguido, ya no lo dudo.

—¡Que lo ha seguido á usted!...

—Sí.

—Preciso es convencerse,—repuso Pintura, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas.

—¿De qué he de convencerme?

—De que con Cautela no hay más que un camino que seguir.

—Quitarlo de enmedio...

—Eso es.

—¿Aún no has comprendido la situacion?

—Es verdad,—murmuró Pintura.

Cara-de-Palo, con sorpresa de su jefe, habló para decir:

—Conviene dejar á Cautela.

—Y entretanto,—repuso el jefe de policía,—averiguar á qué ha ido á la fonda de Barcelona, pues grave debe ser el asunto, cuando toma la precaucion ese tunante de entrar por una puerta y salir por otra.

—Yo lo adivino,—dijo Cara-de-Palo.

—¿Y qué opinas?

—Allí debe estar el señor de Rubianes.

—Creo que no te equivocas; pero pronto saldremos de dudas.

Cara-de-Palo, como si hubiese hablado demás, guardó silencio.

Algunos minutos despues salieron los tres del despacho.

En tal situacion se encontraban los unos y los otros al rayar el dia, que trascurrió sin que tuviese lugar ningun suceso de importancia.

¿Habia averiguado el señor Morato lo que deseaba? Lo ignoramos.

En cuanto á Cautela podemos decir, que al anochecer tuvo ocasion de volver á la fonda sin que sus compañeros lo espiasen.

Cuando se encontró frente á su complice, se dejó caer en una silla, exhaló un profundo suspiro y exclamó:

—¡Ah!...

—¿Qué sucede?—le preguntó el señor de Rubianes afanosamente.

—Me parece mentira que tengo un momento de libertad,—repuso el ex-sacristan con lánguido acento.—No me equivoqué anoche cuando creí que mi compañero Pintura me observaba.

—No importa, replicó don Pedro despues de haber reflexionado algunos instantes.

—¡Dice usted que no importa!...

—No, porque me he convencido de que lo más acertado será presentarme á todo el mundo. De Plotoski ó como quiera llamársele, nada tengo que temer por ahora, ó para hablar con más exactitud, lo mismo debo temer aquí que en mi casa, puesto que para ese hombre nada puede haber oculto y bien pronto averiguará dónde me encuentro.

Un relámpago, no más que un relámpago de júbilo iluminó los ojuelos de Cautela.

Habia llegado el momento decisivo y no le faltaba

más sino que el señor de Rubianes determinase volver á su casa.

Empero disimuló lo que sentia, y dando nuevo giro á la conversacion, dijo:

—Mi respetable señor, he hecho grandes descubrimientos.

—¿En qué consisten?

—En haberme puesto en camino de averiguar dónde se encuentra el teniente Moncayo.

—¡Ah!...

—Y en cuanto á la bellísima Susana, tengo ya medio seguro de apoderarme de ella.

Estas dos noticias, dadas repentinamente, produjeron en el hipócrita un efecto inexplicable.

Por espacio de algunos minutos no acertó á moverse ni á pronunciar una palabra.

Con la mirada fija en Cautela, parecia dudar si estaba soñando ó despierto.

—¡Será mia!—exclamó al fin con voz ronca.

—Dentro de dos ó tres dias, mañana tal vez, esta misma noche quizá...

—¡Esta noche!...

—Sosiéguese usted, mi respetable señor, porque ahora más que nunca tenemos necesidad de toda nuestra calma. Yo me apoderaré de la señorita Susana; pero, ¿qué he de hacer con ella?

—Sino hay más que esa dificultad...

—No más que esa.

—Entonces,—repuso el señor de Rubianes, sonriendo con satisfaccion profunda,—la dificultad está vencida, porque esta misma noche quedará á disposicion de usted una casa..

—¿En el campo?

—Sí.

—Es cuanto se necesita.

El señor de Rubianes se esforzó para dominar la agitacion producida por su júbilo, tomó una pluma y escribió una carta, entregándosela á Cautela y diciéndole:

—A mi casa, y despues...

—Entiendo.

—Mañana mismo cambiaré yo de vivienda.

Despidióse el ex-sacristan y salió, frotándose las manos alegremente y mientras decia para sí.

—Cuando acuerdes, bribon hipócrita, ya habrás caido en el lazo como el hombre más inocente del mundo.

Entretanto, el señor de Rubianes se entregaba á todos los trasportes de su satánica alegría.

Recorria el aposento con desiguales pasos y sin cesar pronunciaba el nombre de la infeliz Susana.

El rostro del miserable estaba lívido y descompuesto.

Cuando se acostó á las doce de la noche, le fué imposible dormir, y ya se habian dejado ver los primeros rayos del sol cuando pudo conciliar el sueño.

CAPITULO LXXXVI.

El lazo.

No hay que decir que Cautela se ocupó de todos los detalles para llevar á cabo su plan, sin olvidarse del cochero en cuyo carruaje habia ido Susana. Así pudo saber que el coche habia sido alquilado por un hombre que parecia pertenecer á la clase media, y que se habia hecho conducir á la calle de las Hileras, ocupando allí el carruaje la jóven.

Al dia siguiente de la última conferencia entre el señor de Rubianes y el ex-sacristan, ya habia adoptado éste todas las precauciones necesarias y tenia en su poder una lista de todos los vecinos que ocupaban la casa de donde habia salido la hija de Moncayo.

Llegó la noche.

A las diez en punto una berlina de alquiler se detuvo en la plazuela de Herradores, acomodándose el cochero en el pescante como el que no tiene que hacer más que esperar.

Nadie salió de la berlina; pero tampoco podia llamar la atencion de nadie, porque parecia que aguardaba á alguien que debia salir de la casa frente á cuya puerta se habia situado.

Cinco minutos despues entró Cantela en la calle de las Hileras, situándose en el rincon formado por dos casas, cuyas fachadas no siguen la misma línea.

Desde allí podia observar sin ser visto.

Cerca de una hora trascurrió sin que tuviese lugar ningun suceso de importancia.

Dieron las once.

Resonó en la calle del Arenal el ruido de un carruaje.

Cantela se acercó más á la pared, quedando completamente envuelto entre la sombra.

—¿Perderé esta noche?—se preguntó.

Pero bien pronto salió de dudas, porque un coche entró en la calle y se detuvo junto á la puerta de la casa en cuestion.

El ex-sacristan estiró el cuello y asomó la cabeza por la esquina que lo ocultaba, como un galápago desliza y saca la suya del interior de su concha.

La portezuela del coche se abrió, saliendo un hombre y entrando en la casa.

Apenas sucedió esto, Cautela salió de su escondite, y despues de mirar á su alrededor y desplegar una sonrisa, murmuró:

—Llegó el momento... ¡Oh!... Continúa protegiéndome la veleidosa fortuna.

Tras estas palabras salió de sus lábios el nombre de la hija del señor Patricio.

Luego llegó á la casa y entró sin vacilar, atravesando el portal rápidamente y subiendo la escalera mientras se frotaba las manos.

Pasaron tres minutos.

Cautela volvió á salir, y sin que entonces tampoco mostrase vacilacion ni duda, acercóse al carruaje, y en tanto que abria la portezuela, dijo al cochero:

—A la calle de Fuencarral... Al Hospicio.

No tenia el cochero por qué sorprenderse, agitó el látigo y el carruaje se alejó lentamente hácia la calle del Arenal...

Inmediatamente el otro coche entró en la calle de las Hileras y se detuvo en el sitio que habia ocupado el anterior.

Otros cinco minutos trascurrieron.

Susana, cobijada con su negro manto, salió de la casa, se acercó á la berlina y dijo al cochero:

—A Chamberí, carretera de Francia... Luego daré mas señas. .

Y entró en el carruaje, que tambien se puso en movimiento.

¿No debemos considerarla en manos de su criminal perseguidor?

Sí.

Nadie habia que acudiera en su socorro, puesto que nadie podia sospechar que la infeliz corriese ningun peligro.

Ella iba completamente tranquila.

¿Qué habia de temer?

Su pensamiento estaba fijo en su hermano, que era quien verdaderamente se encontraba amenazado á todas horas.

La jóven iba sola, por las mismas razones que sola tambien habia ido tres noches antes, es decir, porque su madre enferma no pudo acompañarla.

Como vamos viendo, las averiguaciones que habia hecho el ex-sacristan, interrogando al cochero, le habian servido de mucho, pues así pudo poner en práctica su plan sin apelar á medios violentos, que siempre son de resultados dudosos.

Antes de que pasase una hora, el coche en que Susana iba se encontraba en el camino que ya hemos recorrido mas de una vez.

Empero á los diez minutos volvió á la derecha, siguiendo distinta direccion.

De esta circunstancia no se apercibió la hija del señor Patricio, porque iba demasiado absorta en sus tristes pensamientos, y porque tampoco era fácil que fijase la atencion en las vueltas que daba el carruaje.

Al cabo de media hora, Susana exhaló un suspiro y se pasó las manos por la frente.

Puede decirse que entonces fué cuando volvió á la vida real.

—Me parece,—murmuró,—que esta noche tardo más tiempo en llegar.

Asomóse á una de las ventanillas para reconocer el sitio en que se encontraba y calcular el tiempo que aún necesitaba para llegar á la casa misteriosa; pero en vano buscó los árboles y accidentes del terreno que recordaba haber visto otras veces.

Sin embargo, no dió en aquellos momentos importancia ninguna á esta nueva circunstancia.

Volvió á dejarse caer en el fondo del coche y volvió á pensar en su tristísima situacion, y á buscar afanosamente ideas consoladoras, esperanzas de que habian de terminar sus sufrimientos.

Despues de otros quince minutos le hizo volver en sí una violenta sacudida del carruaje, que entonces rodaba sobre un terreno pedregoso.

—¿Cuándo llegamos?—dijo la infeliz.

Y volvió á mirar por la ventanilla.

—¿Dónde estoy?... El cochero debe haberme entendido mal, y me lleva por otro camino, haciéndome perder un tiempo precioso.

Creyéndolo así y para rectificar la equivocacion, dijo en voz alta:

—Pare usted.

El coche no se detuvo.

Susana repitió su órden; pero tampoco fué obedecida.

Gritó con más fuerza, suponiendo que el cochero iba distraido; pero sin sospechar todavía que se encontraba en poder de su enemigo más temible.

—¿Qué quiere usted?—preguntó al fin el conductor del carruaje.

—Ha equivocado usted el camino.

—Sé muy bien adónde voy.

—Se equivoca usted.

—No me equivoco.

—Yo sé mejor adónde quiero ir...

—Déjeme usted en paz,—replicó el cochero con aspereza.

Susana se extremeció y su frente se contrajo.

—Deténgase usted,—dijo con imperioso tono.

Y como no recibiese contestacion, empezando á sospechar su situacion verdadera, se dispuso á abrir la portezuela para salir y huir ó defenderse si intentaban alguna agresion.

Entonces se detuvo el carruaje; pero la jóven exhaló un grito, porque antes de poder salir se le presentó un hombre, cuyos ojos relumbraban como dos luces fosfóricas.

Era Cautela, que sin pronunciar una palabra, abrió la portezuela y puso un pié sobre el estribo.

Ambos quedaron inmóviles como dos estátuas.

No es posible hacer una pintura ni siquiera aproximada del aspecto de la jóven ni del miserable raptor.

Sus semblantes expresaban los sentimientos más opuestos.

El rostro del agente se habia dilatado, y en sus delgados lábios, que se entreabrian y se agitaban, dibujábase una sonrisa de júbilo infernal.

Sus ojuelos continuaban relumbrando y contemplaban á su infeliz víctima con una mirada ardiente y penetrante; pero que producia en ella el mismo efecto que hubiera podido producir un cuchillo de hielo que se clavase en su corazon.

A no sentirse trastornada por los efectos naturales de la sorpresa, habríase visto á la valerosa jóven lanzarse sobre su enemigo y abrirse paso, disponiéndose á sostener una lucha hasta morir; pero era imposible que en aquellos primeros momentos hiciese nada, ni pudiese pensar en hacer.

Aunque ya no debia dudar que habia caido en un lazo, no se daba clara cuenta de su crítica y espantosa situacion.

Cautela rompió el silencio para decir con su voz melíflua.

—Un grito en este sitio, no puede producir más que un eco que se aleja y se pierde en el infinito espacio, y una lucha es un tiempo precioso perdido néciamente. Se lo advierto á usted así, bellísima Susana, para evitarle á usted molestias que de nada han de servirle, pues

le aseguro á usted bajo la fé de mi honor que para encontrar una sola persona que la favoreciese, habria usted de andar por lo ménos media legua.

—¡Miserable!—gritó la jóven con acento que tenia tanto de terrible como de desdeñoso.

—No esperaba otra contestacion,—replicó tranquilamente Cautela.

—¡A un lado!...

—Perdone usted, señorita, pero me es imposible complacerla. En vez de irme, voy á tener la honra de hacerle á usted compañía durante los quince ó veinte minutos que aún ha de prolongarse este viaje inolvidable y delicioso para mí.

Y Cautela volvió á sonreir, dejando ver las dos hileras de sus blancos y menudos dientes.

Aquella sonrisa infundió á la jóven más pavor que todas las amenazas.

—¿Qué le era posible hacer á la infeliz?

Lo que sintió no puede explicarse.

Toda su sangre, convertida en fuego, afluyó á su cabeza.

Sus negros ojos brillaron más y más, dejando escapar llamaradas de ellos.

—¡Oh!—exclamó despues de algunos instantes.—No me infundís miedo, no, yo os deré una prueba de lo que puedo y de lo que valgo.

Y al pronunciar estas palabras, extendió los brazos, empujando violentamente al ex-sacristan.

Éste vaciló; pero pudo recobrarse y volvió á interceptar el paso á Susana.

El cochero bajó del pescante para auxiliar al agente de policía.

La lucha era ya un imposible.

La fuerza material era lo que entonces servia.

¿Qué habia de hacer una mujer contra dos hombres?

Nada, como no fuese agravar su situacion.

Siquiera por dignidad, no podia Susana entablar una lucha cuerpo á cuerpo con aquellos dos miserables.

Señorita,—dijo Cautela con voz ligeramente alterada no por el miedo, sino por la alegría de que estaba poseido,—le daré á usted un consejo por su bien.

Oyéronse rechinar los dientes de la jóven.

—Nada,—añadió el agente de policía,—nada seria para mí más grato que una lucha tenaz brazo á brazo con usted, porque en tanto que luchábamos, yo seria el hombre más feliz del mundo, estrechándola á usted contra mi pecho palpitante... ¡Oh!... Sí, resístase usted, oblígueme á emplear la fuerza y se verán cumplidos mis deseos.

—¡Silencio, silencio!—interrumpió Susana con acento que revelaba la repugnancia, el horror que le inspiraba aquel miserable.

Cautela exhaló un suspiro lánguido y profundo y miró á la jóven con todo el afan de su lúbrico anhelo.

Un momento de reflexion fué bastante para que la hija del señor Patricio comprendiese que no le convenia oponer resistencia.

Si al fin habia de triunfar su perseguidor, debia por lo ménos la infeliz evitarse el sufrimiento horrible de que sobre ella pusiesen las manos aquellos hombres.

Este razonamiento que se hizo Susana, era una prueba de su raro valor.

En su lugar otra mujer se habria aturdido hasta el punto de cometer toda clase de torpezas, concluyendo por ser maltratada brutalmente.

Antes de que aquellos hombres la tocasen con sus manos impuras, la jóven lo preferia todo, absolutamente todo.

¿Qué conducta era la que entonces le convenia seguir á la desdichada?

Si habia de salvarse, no podia conseguirlo sino con el disimulo y la astucia.

La fuerza era inútil y por consiguiente debia considerarse una locura el emplearla.

—¿Ha reflexionado usted?—preguntó Cautela despues de algunos minutos de silencio.

—¿Qué es lo que quiere usted de mí?—replicó la jóven con desdeñoso acento.

—Por de pronto, deseo que tenga usted la bondad de dejarse conducir sin hacer resistencia, y cuando haya terminado el viaje, conocerá usted su verdadera situacion.

—He caido en un lazo...

—Ese creo que es el nombre.

—Se me aprisiona...

—Pero de usted dependerá verse libre esta misma noche.

No podia dudar Susana en cuanto á las exigencias que habian de hacerle, porque como no era rica, no tenia que temer que se la secuestrase para obligarla á entregar una cantidad.

Cada momento le inspiraba más horror el ex-sacristan, y no quiso continuar la conversacion.

Guardó silencio, volvió á sentarse y quedó inmóvil.

El agente de policía exhaló un lánguido suspiro, entró en el carruaje y dijo al cochero.

—Ya puedes seguir.

Volvió á ponerse en movimiento la berlina.

Si en el interior de ésta hubiese habido más luz que la débil claridad que llegaba de los faroles colocados junto al pescante, hubiera podido examinarse el rostro lívido y descompuesto de Cautela; pero no se distinguian las contracciones de sus músculos, ni los movimientos de sus lábios al sonreir ó agitarse; lo único que se veia claramente eran sus ojos relumbrantes como los de un tigre.

El ruido de su respiracion, violenta y desigual, percibíase entre el producido por el coche al rodar sobre el pedregoso camino.

La respiracion de Susana era tambien violenta.

Tambien brillaban con intensidad sus negros y magnificos ojos; pero el fuego que de ellos parecia escaparse no era igual al que ardia en las pupilas del miserable agente de policía.

Ninguno de los dos pronunció una palabra; pero su silencio era mucho más elocuente que cuanto hubieran podido decir.

¿Cómo no habia sucumbido Susana en aquellos momentos terribles?

Para conservar la energía en semejante situacion, se necesitaba toda la elevacion y grandeza de su privilegiado espíritu.

Cerca de media hora pasó, que para la infeliz víctima fué una eternidad de sufrimiento.

A Cautela le pareció el tiempo breve, porque iba al lado de la mujer á quien amaba con frenesí, iba al lado de ella, y la ropa de ella rozaba las manos del miserable, y el miserable se extremecia y sentia que su sangre convertida en fuego circulaba por sus venas, afluia á su corazon y se lo abrasaba.

¿Sufria?

Su agitacion violenta era un verdadero trastorno; y sin embargo él gozaba con un goce infinito, incomparable, inconcebible.

Su mirada ardiente y devoradora no se apartaba un instante de la forma negra y confusa que presentaba la jóven.

Y mientras la contemplaba, abria la boca y queria

con avidez aspirar el aliento candente por la ira, que se escapaba del pecho de Susana.

El carruaje se detuvo.

—Hemos llegado,—dijo Cautela con voz alterada.

Y abrió la portezuela, saliendo del carruaje y exhalando, no un suspiro, sino un gemido lastimero.

CAPITULO LXXXVII.

Primeras explicaciones.

Cautela extendió un brazo y alargó una mano para que se apoyase en ella Susana; pero esta saltó ligeramente al suelo y dijo:

—¿Adónde he de ir?

—Por aquí,—respondió el ex-sacristan, exhalando otro suspiro.

El carruaje se habia detenido á la puerta de una casa de regular apariencia.

Ninguna otra se distinguia en aquellos alrededores.

Junto á la casa se extendia un pequeño jardin, y despues de éste se veia un bosque bastante espeso.

Aquella debia ser la morada que el señor de Rubianes habia destinado á su víctima, ó por lo ménos así debe creerse.

Entraron en el edificio, cuya puerta se abrió sin necesidad de que nadie llamase.

Susana, que pasada la sorpresa habia recobrado todo su valor y sangre fria, miró á su alrededor, encontrándose frente á frente con una mujer que parecia frisar en los cuarenta, y que era de elevada estatura y aspecto varonil y horrible, tan varonil, que podia ponerse en duda su sexo.

Sin embargo, debemos declarar que era efectivamente una mujer.

Tenia ésta en una mano un candelero con bujía, y despues de fijar en la jóven una mirada escudriñadora, dijo á Cautela:

—Buenas noches, señor Perfecto.

—Buenas las tengas, mi estimada Maricota,—respondió el ex-sacristan, sonriendo con la dulzura que acostumbraba.

Susana se extremeció.

Le habian producido un efecto inexplicable el aspecto y la voz de aquella horrible mujer.

—¿Está la habitacion dispuesta?—preguntó el agente de policía.

—Claro es que sí,—respondió Maricota con aspereza.

—Bien, bien, no te enfades, hija mia.

Atravesaron dos ó tres aposentos del piso bajo, entrando al fin en uno de regulares dimensiones y amueblado limpia y decentemente.

Maricota dejó la luz sobre una mesa, y salió sin pronunciar una palabra.

—Señorita,—dijo el ex-sacristan,—perdone usted si la dejo por algunos instantes; pero tengo que dar instrucciones á esta mujer, porque es algo ruda, aunque tiene buen corazon. No tardaré cinco minutos en tener la honra de volver, y entonces me explicaré con toda claridad y hablaremos tan despacio como conviene á nuestra respectiva situacion, de la que aún no se habrá usted dado exacta cuenta.

Susana no respondió: sentóse, apoyó un codo en la mesa que tenia cerca de sí, y descansó en la mano la cabeza.

El ex-sacristan la contempló un momento, suspiró, salió, cerró la puerta y dió vuelta á la llave, yendo á la habitacion donde lo esperaba Maricota.

Esta se ocupaba en hacer un cigarro, y al ver á Cautela, dijo con su voz áspera y grave:

—Buena pesca.

El agente de policía sonrió con orgullo, y mientras se frotaba las manos, replicó:

—Sí, es buen bocado.

—Algo enclenque,—repuso Maricota, haciendo un gesto de desden.

—¿Tienes envidia?

—¡Envidia yo!...

—Como empiezas á buscarle defectos...

—Digo que la cara es bonita; pero en cuanto á lo de-

más, eso no es mujer, y á poco que te entusiasmes, te se deshace entre las manos.

—Sí, es posible que se dehaga; pero será porque se convierta en fuego... ¡Oh!... No has mirado bien los ojos de esa mujer encantadora, si bien es verdad que hay cosas que tú no puedes comprenderlas, porque tienes la cabeza muy dura.

Maricota dejó escapar una exclamacion que no nos está permitido repetir.

—Sosiégate,—le dijo el ex-sacristan con dulzura,—que somos buenos amigos.

—Aunque no quiera, he de aguantarme y tragar saliva, no porque me falten puños para aplastarte, sino porque tengo que mirar otras cosas que me interesan mucho.

—Me alegro que conozcas tu posicion.

—Demasiado la conozco,—replicó Maricota, haciendo un gesto de forzada resignacion.

De buen grado ó por fuerza, has de servirme con lealtad, y por consiguiente...

—Perfecto, déjate de música celestial y hablemos de lo que ahora nos importa. Me has traido aquí, diciéndome que he de pasar algunos dias y tener paciencia. ¿Qué he de hacer? Quiero saberlo cuanto antes para echar mis cuentas y ver si me conviene.

—Te conviene todo lo que sea tener la seguridad de que no se dará un disgusto al buen mozo por quien tienes perdida la cabeza.

—Y mucho que sí, y á mucha honra. ¿Tienes tú que decir algo de mi Manolo?

—Lo que tú dices de mi prisionera.

—Que es pequeñito...

—Casi enano.

—Sabes lo que te digo, que tambien la pimienta es pequeñita.

—No me importa tu amor y puedes seguir adorando á tu Manolo, que aunque es algo pinturero...

—Porque puede.

—Bien, bien.

—Al grano, Perfecto, al grano.

—¿No te tengo dicho que me desagrada que me llamen por mi nombre de pila?

—Ya me habia olvidado.

—Hablemos de nuestro asunto, segun deseas.

—¿Qué tengo yo que hacer aquí?

—¿No lo has adivinado?

—Supongo que me necesitas para que guarde á esa paloma.

—No te equivocas.

—¿Y cuántos dias he de ser carcelera?

—Lo ignoro.

—Pues mira, lo que es en este desierto, no he de divertirme mucho, y todo lo que pase de tres ó cuatro dias...

—Pasarás y tendrás paciencia, porque de otro modo tu Manolito ..

—No me amenaces.

—Te recuerdo solamente tu situacion.

—Vamos á cuentas.

El ex-sacristan se sentó y dijo despues de algunos momentos:

—Lo que quieres, lo adivino.

—Me alegro, porque así no tendré que tomarme el trabajo de decírtelo.

—Tú no puedes vivir sin tu hombre.

—Es verdad.

—Y quieres que te permita verlo...

—Que sí.

—Y como para verlo ha de venir él, porque tu no puedes separarte de aquí un solo momento...

—Pues que venga, porque para eso tiene los piés, y lo hará con mucho gusto, pues en tratándose de mí, todo le parece bien.

—Pues en eso precisamente consiste la dificultad.

—No lo entiendo.

—Tú misma no sabes donde te encuentras.

—No, porque me has traido con los ojos tapados y en coche.

—Lo cual te prueba que importa mucho guardar el secreto del sitio en que se encuentra mi prisionera.

—¿No te fias de mi Manolo?

—Ni poco ni mucho, porque es un bribon...

—¿Y tú eres un santo?—replicó Maricota lanzando una mirada feroz á Cautela.

—No,—respondió éste con calma,—no soy santo; pero sé guardar un secreto, y sobre todo, cuando trato con mis amigos, soy leal; pero tu amante es capaz de venderse por una copa de vino; y aun sin que le den nada, solamente por hablar...

—Mira, Perfecto, no hagas que se me suba la sangre á la cabeza, ¿lo entiendes? porque ya sabes que cuando se me calientan los cascos, soy capaz de todo.

—Enciende el cigarro y escúchame.

—Si he de pasar algunos dias sin ver á mi Manolo, prefiero que lo lleven á la cárcel, porque allí lo visitaré, y si lo envian á Ceuta, yo tambien iré...

—Salvo el caso, que segun veo no has previsto, de que él vaya á Ceuta y tú por otro camino á la casa-galera de Alcalá.

Maricota dejó escapar un rugido.

—Ya ves que no hay más remedio que aguantarse.

—¿Es que quieres que te suplique?

—No.

—Manolo puede venir á verme sin que tengas miedo de que cante.

—¿Y cómo ha de hacerse eso?

—Muy fácilmente.

—Sepamos.

—En haciendo con él lo que has hecho conmigo...

—Comprendo.

—¿Hay algun inconveniente?... No me digas que sí, porque cuando hay voluntad, todo se hace, y así como

yo he venido una vez, Manolo puede venir ciento.

Cautela reflexionó.

El razonamiento de Maricota no tenia réplica.

—¿Qué decides?—preguntó ella despues de algunos momentos.

—Lo pensaré.

—Bien, piénsalo de aquí á mañana, aunque estoy decidida...

—¿A qué?

—A tirar de la manta y que el diablo se lo lleve todo.

—Maricota...

—Oye lo que te digo.

—Concluye.

—Si no me permites ver á Manolo, hago una barbaridad.

—¿Aunque lo lleven á Ceuta?

—Aunque lo lleven al mismo infierno.

—¿Sabes lo que te dices?

—Lo que sé es que Manolo puede ir á presidio; pero eso no te libraria de lo que hubiera de sucederte si yo cumpliera mi amenaza. Todos sufriríamos; pero me conoces bien, y sabes que por ver á uno tuerto, soy capaz de saltarme los dos ojos.

—Nadie que te oyese creeria que tu suerte y la de tu amante dependen de una palabra mia.

—Pues ahí verás lo que son las cosas de este mundo.

—Lo que veo es que esta noche tienes trastornada la

cabeza, y no me sorprende, porque ya sé que no has visto hace veinticuatro horas á tu Manolo.

—Pero lo veré, ¿no es verdad?

—Pensaré,—dijo Cautela, aunque estaba ya decidido á complacer á Maricota.

Los razonamientos de ésta eran incontestables: el ex-sacristan podria vengarse; pero con la venganza no se colocaria en situacion más ventajosa, no remediaria el mal que hubiera sufrido.

El agente de policía conocia demasiado bien á Maricota; sabia que ésta no dejaría de cumplir su ameneza, porque todo lo arrostraria en tratándose de su amor.

—Puesto que ya estamos conformes,—dijo ella,—hablemos de tu paloma.

—Poco tengo que decirte; pero de mucho interés para mí.

—Esa mujer no ha venido aquí por su voluntad.

—Ha venido por la mia, porque la amo con locura.

—¿Y qué he de hacer?

—Vigilar noche y dia, y no entrar en su aposento sino cuando ella te llame ó tengas que llevarle la comida.

—Ya he visto que la despensa está bien provista.

—Nada necesitas más que pan, y yo te lo traeré diariamente.

—Ahora díme lo que he de hacer si tu paloma se enfurece y grita.

—Si tal hace, empezarás por convencerla de que es

inútil el trabajo que se toma, puesto que sus gritos no pueden ser oidos de nadie.

—Trataré de convencerla; pero si ella no se convence...

—Entonces le amenazarás con taparle la boca.

—¿Y si tampoco hace caso?

—Será preciso que cumplas la amenaza, para lo cual te sobran fuerzas, si bien te advierto que llevaré muy á mal que emplees la violencia, como no sea que te encuentres en el último apuro.

—Con tal que me dejes ver á Manolo, cumpliré tus órdenes con toda exactitud.

—Lo verás, y para que te convenzas de que soy generoso y noble, haré más aún.

—Veamos si es cosa que me agrada.

—Tu amante está acostumbrado á pasarse buena vida con el dinero que tú le das, y si hace algun negocio es con tu ayuda, porque él no sirve para nada.

—Ya conoces su genio...

—Ya sé que es cobarde, y por consiguiente sin tí es un hombre perdido.

—No es culpa suya.

—Mientras permanezcas aquí yo le daré dinero para que acuda á sus necesidades, ó más bien, para que se emborrache, juegue y se divierta.

—¡Ah!

—¿Puedes pedir algo más á la fortuna?

—Perfecto, si necesitas mi vida...

—No.

—Soy muy mala; pero agradecida, y lo que me ofreces...

—Hemos concluido,—replicó Cautela, poniéndose en pié.

—¿Te vas?

—Antes he de hablar con mi prisionera.

—¿Puedo saber su nombre?

—Sí, con tal que me prometas no pronunciarlo delante de Manolo.

—Te lo juro.

—Se llama Susana.

—¿No me necesitas ahora?

—No.

—Entonces voy á la cocina para arreglar la cena.

—Una advertencia he de hacerte todavía.

—¿En qué consiste?

—Mientras no haya ninguna novedad, tendrás echada la persiana que hay en esta reja, y así cuando yo venga sabré que puedo acercarme y entrar con descuido.

—Entiendo.

No hablaron más.

Maricota tomó la luz y se dirigió á la cocina.

Cautela volvió al aposento donde habia quedado Susana.

CAPITULO LXXXVIII.

Cómo respondió Susana á las súplicas de Cautela.

Terminada la conversacion que acabamos de dar á conocer y que habia distraido algo al agente de policía, el rostro de éste volvió á tomar la expresion que tenia cuando llegó con su prisionera á la solitaria casa.

Sus ojuelos volvieron á relumbrar con el fuego lúbrico que lo trastornaba, y su corazon agitóse violentamente y como si quisiera saltar del pecho.

Un ligero temblor agitaba los miembros del ex-sacristan.

En aquellos momentos no era el hombre astuto y temible que hemos dado á conocer, y fácilmente hubiera caido en el más torpe lazo si Susana hubiera podido fingir para engañarlo y recobrar la libertad.

—Ya hemos dicho cuál era el flaco del agente de policía; conocemos su historia y sabemos que en las más críticas circunstancias habia sabido siempre triunfar; sabemos que se dominaba á su antojo y que con la mayor facilidad ahogaba todos sus sentimientos; pero que entratándose de una mujer, era hombre perdido, porque se ofuscaba su razon, se anulaba su voluntad y no sabia dominarse, le era imposible contenerse y cometia todo genero de torpezas y de locuras.

Todo habia marchado á las mil maravillas cuando se encontraba en el convento; habia hecho la primera prueba con el robo de la corona, y el éxito no pudo ser más brillante; estaba en camino de dar un segundo golpe y hacer su fortuna, lo habia combinado todo perfectamente, y hubiera realizado su plan; pero una mujer se puso en su camino, y olvidando su conveniencia, ahogando hasta el sentimiento de su insaciable codicia, dejóse arrastar por sus repugnantes pasiones y perdió en pocas horas el fruto del trabajo de algunos años.

De estas desgracias contaba más de una en el trascurso de su vida, y aunque habia hecho muchas veces propósito de corregirse, nunca se corrigió, porque no dependia de su voluntad semejante flaqueza, sino que era hija de las condiciones de su propia organizacion.

Horrorizábase al oir hablar de las mujeres, y sin embargo, apenas veia una mujer jóven y bella, trastornábase, olvidábase del peligro, y se lanzaba como un loco arrastrado por la fuerza de sus impuras pasiones.

Desgraciadamente Susana no era lo que se llama una mujer de mundo, no tenia la costumbre de fingir, y cuando llegaba el momento de luchar se presentaba frente á frente á sus enemigos para vencer ó morir: de otro modo habria disimulado, y aparentando que le interesaba el sufrimiento de Cautela, habria concluido por dejarle entrever un rayo de esperanza.

Hecho esto, lo demás le hubiera sido fácil á la desdichada hija del señor Patricio, y en pecos dias hubiera recobrado su libertad.

Sí, todo era fácil, todo podia conseguirse con un hombre cuya razon se trastorna completamente.

Ni la inteligencia, ni la astucia, ni la habilidad del agente de policía, eran temibles en aquellos momentos de arrebato, porque todas estas cualidades desaparecian.

En presencia de Susana, el ex-sacristan no era mas que un ser abyecto, un esclavo, una máquina, cuyos movimientos debian obedecer á la influencia de las miradas ó de las palabras de la jóven.

Empero ésta no tendria para el miserable más que palabras terribles, miradas de indignacion y de desprecio, que agravarian más y más la situacion, porque él se mostraria más cruel y tenaz cuanto mayor fuese su desesperacion.

Trabajosamente respiraba Cautela, y el aliento que se escapaba de su pecho palpitante, abrasábale los lábios como si hubiera sido una corriente de fuego.

Su mano convulsa dió vuelta á la llave y empujó la puerta.

Susana no habia cambiado de postura: hubiérase dicho que se habia petrificado.

El agente de policía quedó tambien inmóvil y la contempló con mirada ardiente y devoradora.

Llevó el miserable las manos á su pecho, en cuyo interior resonaba como un rugido sordo.

Tampoco entonces hizo movimiento alguno Susana.

Ni siquiera abrió los ojos, que tenia medio cerrados.

Trascurrieron algunos minutos de absoluta quietud y de silencio, que llamaríamos tambien absoluto sino se hubiera percibido el ruido de la respiracion violenta y desigual de aquellas dos criaturas.

Lo que sufrió Cautela no puede hacerse comprender, y la mitad de su sufrimiento era producido por la impasibilidad de la jóven.

Si ésta se hubiese dejado entonces arrebatar por la ira, si hubiera pronunciado algunas frases que revelasen la desesperacion ó el odio, el ex-sacristan se habria sentido ménos atormentado.

El cuadro que presentaban aquellas dos personas era digno de contemplarse, siquiera fuese por el contraste rarísimo que presentaban al ser comparadas la una con la otra.

Alternativamente enrojecia y palidecia el rostro de Cautela.

Sus miembros, aunque levemente, seguian agitándo-

se, y sus púpilas se encendian más y más hasta el punto de parecer dos discos luminosos que dejaban escapar corrientes de fuego.

¿Cómo dar principio á la conversacion?

En vano buscaba el miserable una palabra que pronunciar.

Ninguna le parecia conveniente.

¿En qué terreno debia colocarse?

¿Le convenia principiar amenazando ó suplicando?

Dueño de su razon, le hubiera sido fácil decidir con acierto; pero su razon estaba ofuscada, y si no cometia una torpeza, seria por casualidad.

De cualquier modo, aquella situacion no podia prolongarse, porque no habia de pasar toda la noche contemplando á Susana y viendo que ésta no se cuidaba de lo que á su alrededor sucedia.

Decidióse al fin, ó más bien dejóse llevar por los arrebatos de su devoradora pasion.

Dió algunos pasos el miserable, llegó junto á la jóven, cruzó las manos y se dejó caer de rodillas mientras exclamaba con voz destemplada y ronca:

—¡Ah!... ¡Por compasion, siquiera por compasion!...

Y sus ojos se revolvieron desconcertadamente en sus órbitas, en tanto que su rostro acababa de descomponerse, desfigurándose hasta aparecer horrible como nunca.

Tampoco entonces se movió Susana.



—¡Ah! por compasion, si fuera por compasion.



No parecia sino que se habia dormido profundamente ó que el dolor la tenia aletargada.

—¡Susana, Susana!—gritó fuera de si el ex-sacristan.

Empero Susana no era entonces mas que una estátua.

—¡Susana, Susana!—gritó desesperadamente por tercera vez el agente de policía.—Que estoy trastornado, que estoy loco, que mi pecho arde y me será imposible soportar la existencia un minuto más... Susana, si no por compasion, por odio, máteme usted; pero...

Interrumpióse, porque su agitacion, más violenta cada vez, no le permitió seguir hablando.

Esforzóse cuanto le fué posible para recobrar alguna calma.

Un minuto despues extendió los brazos y quiso coger una de las manos de la jóven.

No estaba ésta sumida en un letargo, no dormia profundamente, sino que estaba despierta, veia y oia, y era dueña de su razon.

Apénas sintió el contacto de los dedos de Cautela, sacudió su mano violenta y repentinamente, y descargó un terrible golpe en el palpitante pecho del miserable, que perdió el equilibrio y cayó al suelo antes de poder darse cuenta de lo que le sucedia.

Hecho esto, volvió la jóven á su inmovilidad y aparente indiferencia.

La escena debia cambiar y cambió.

Cautela se revolvió desesperadamente en el suelo mientras rugia como un tígre herido.

Un segundo despues se levantó con el rostro encendido como si fuese á brotar la sangre, y los ojos chispeantes con el fuego de la más rabiosa ira; pero en su estado de trastorno no se apercibió de que mientras se revolvia convulsiva y desesperadamente en el suelo, habia caido de uno de sus bolsillos su puñal.

Las primeras súplicas habian producido el peor de los resultados, y el miserable agente de policía creyó que habia llegado el momento de recurrir á las amenazas; pero si estas habian de tener alguna fuerza, era preciso que á la vez que infundian terror, hiciesen comprender á la desdichada jóven su verdadera situacion, ó lo que es igual, era menester amenazar al mismo tiempo que se razonaba.

Para esto necesitaba Cautela alguna tranquilidad de espíritu, porque de otro modo no haría mas que cometer torpezas.

Por un instante fijó en su víctima una mirada de expresion indefinible.

Luego, conteniéndose muy trabajosamente, empezó á recorrer con desiguales pasos y en todas direcciones el aposento.

No era esto bastante: mientras no perdiese de vista á Susana, no podria Cautela tranquilizarse lo suficiente al ménos para coordinar sus ideas y colocarse en el terreno que le convenia.

Convencido de esto, se dirigió á la puerta, y sin pronunciar una palabra volvió á salir.

Apenas sonó la llave al girar en la cerradura, la jóven dejó escapar un grito de alegría, levantose, dió un paso, recogió el puñal, y mientras lo ocultaba entre su ropa y sobre su pecho, exclamó:

—¡Oh!... Esto es cuanto necesito.

Luego elevó al cielo una mirada de gratitud, y añadió:

—¡Gracias, Dios mio!

Efectivamente, en la situacion en que se encontraba, era una gran fortuna poseer aquel puñal con el que en último caso podia ella misma darse la muerte para evitar su deshonra.

No articuló una sílaba más.

Volvió á sentarse, apoyando otra vez un brazo en la mesa y la cabeza en la mano, y entregándose á las reflexiones á que daba lugar su situacion.

Acababa de ver un rayo mas de luz, porque ella no sospechaba que Cautela la amase, y no lo sospechaba, porque ni siquiera lo conocia, ni podia decir otra cosa sino que alguna vez habia visto á aquel hombre y que suponia que era uno de los agentes que espiaban al industrial y á Plotoski.

CAPITULO LXXXIX.

La amenaza.

Cautela recorrió todas las habitaciones de la casa como un tigre enjaulado recorre su prision.

—¿Qué te ha sucedido?—le preguntó Maricota.

Pero él, por toda contestacion, rugía desesperadamente.

—Parece que te has vuelto loco, y tienes cara de difunto... ¿No se ablanda la paloma?... No debes sorprenderte, porque si ha venido aquí á la fuerza, es natural que esté hecha una furia contigo y te mire con horror. En eso se parece á mí, porque yo bien á bien, soy un cordero y voy por donde quieren llevarme; pero mal á mal, aunque me maten no hago ni lo que me gusta.

Cerca de media hora pasó.

Al fin Cantela se dejó caer en una silla.

Sus fuerzas se habian agotado.

Un penoso suspiro se escapó de su pecho.

—¿Ya te tranquilizas?—le dijo Maricota.

—Tu amas, ¿no es verdad?

—Ya lo sabes, ¿y qué?

—¿No te desesperas, no te vuelves loca cuando encuentras un inconveniente, cuando se levanta un obstáculo ante los deseos de tu pasion?

—Sí.

—Entonces no debes sorprendente que me suceda lo mismo.

—¿Le has suplicado á esa mujer?

—Sí.

—Y te habrá dicho que te aborrece...

—No, porque entonces no me habrias visto desesperado y loco.

—¿Pues qué hay?

—Ni siquiera me miró cuando entré, y ni una sola palabra ha pronunciado.

—Eso no me gusta, Perfecto.

—Viendo que era inútil hablar, porque ni siquiera daba señales de vida, quise cogerle una mano...

—Y ella te puso la suya en la cara y te hizo rodar... ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—¿Y luego?

—Volvió á quedar inmóvil.

—Te digo que eso no me gusta.

—Pero mal que le pese, cederá.

Maricota hizo un gesto de duda.

—Esa mujer,—dijo,—tiene muchísima alma.

—No importa: yo puedo hacerle temblar...

—Creo que te equivocas, porque una mujer así no le tiene miedo á nada, ni á la muerte.

—Si á ti te amenazan...

—Me rio, ya lo sabes, y tu prisionera, segun voy viendo, se parece á mí y tambien se reirá...

—Pero sino es tu vida la que amenazan, sino la de Manolo...

—¡Oh!...

—¿Qué harias?

—No lo sé.

—De seguro no tendrias valor para resistir.

—Soy tan dura de cabeza, que por no ceder dejaria que matasen á Manolo, mataria yo luego á mi enemigo...

—¿Y si no podias?

—Entonces yo misma me daria la muerte y así no tendrian el gusto de verme sufrir.

—¿Acaso crees que esa jóven delicada es capaz de hacer todo eso?

Maricota desplegó una sonrisa y replicó:

—Tu no sabes de todo lo que es capaz una mujer. ¡Pobrecillo!... ¿Crees que solamente los hombres son los que tienen valor? Pues si eso crees, te equivocas de me-

dio á medio. Las mujeres tienen ménos fuerza en los puños; pero mucho más corazon que los hombres; suelen temblar y aturdirse muchas veces; pero en ciertos casos, cuando se deciden, no hay nada que las detenga. Sabes lo que te digo, que cuando una mujer se echa el alma atrás y dice: «allá voy,» ya pueden dejarla, porque es capaz de todo.

Cautela quedó pensativo.

—Cavila,—añadió Maricota,—y busca medio de que esa mujer se ablande un poco, aunque me parece que vas á sacar lo que el negro del sermon, lo piés frios y la cabeza caliente, y que el mejor dia coges un berrinche y el diablo te lleva.

—Ya soy dueño de mi razon,—dijo Cautela, poniéndose en pié.

—¿Vuelves á la carga?

—Sí.

—Te aconsejo que la dejes por esta noche, y mañana será otro dia.

—¡Dejarla!...

—No hay más remedio, hijo mio.

—Ahora cambiaré de sistema y veremos el resultado.

Maricota se encogió de hombros.

El ex-sacristan se pasó las manos por la frente, exhaló un suspiro y volvió al aposento donde se encontraba su víctima.

Tampoco entonces se movió Susana.

Hubo algunos instantes de silencio.

Cautela tomó una silla y se sentó, diciendo:

—Me gustan las situaciones claras, y supongo que á usted le sucederá lo mismo.

La jóven guardó silencio.

—Se obstina usted en callar,—añadió el agente de policía en tanto que continuaba esforzándose para no dejarse arrebatar por segunda vez,—pero no importa: lo que me interesa es que me escuche usted, y despues, con la conciencia tranquila, podré adoptar una resolucion.

Estas palabras no merecieron tampoco respuesta.

—No ignora usted que el señor de Rubianes la adora; pero sí que en mi pecho arde tambien la llama de una devoradora pasion. Para facilitar la realizacion de mis planes he fingido servir al señor de Rubianes, prometiéndole ponerla á usted á su disposicion. Así podrá usted explicarse lo que ahora sucede, y en cuanto á lo que deba temer ó esperar, me explicaré tambien con cuanta claridad me sea posible para que no pueda usted acusarme de haberle ocultado nada, ni decir que ha decidido, partiendo de un error.

Calló Cautela y reflexionó algunos momentos.

—Principiaré,—dijo luego,—por hacerle saber á usted quién soy.

—Un agente de policía,—replicó al fin Susana.

—Exactamente.

—¿Piensa usted amenazarme como me amenazó el miserable hipócrita á quien ha servido?...

—Algo más.

Susana hizo un gesto de indiferencia.

—Hace muchos dias,—añadió Cautela,—que he podido apoderarme de usted; pero no lo he hecho, porque me faltaba conseguir otra cosa, que ha de servirme de arma para triunfar de la resistencia de usted. ¿No adivina usted á qué me refiero?

—Ni lo adivino, ni deseo saberlo.

—Pues bien: en fuerza de trabajo y de constancia, he conseguido averiguar dónde se encuentra oculto su hermano de usted.

Susana se extremeció, levantó la cabeza y fijó una mirada escudriñadora en el ex-sacristan.

Este desplegó una sonrisa, porque empezó á concebir esperanzas de triunfar.

—Escúcheme usted con atencion,—dijo.

—Si intenta usted sorprender mi credulidad...

—Usted juzgará, señorita,—repuso Cautela.

Y despues de algunos momentos, añadió:

—Dirigiéndose desde Madrid por la carretera de Francia y volviendo á la izquierda despues de haber dejado atras las últimas casas de Chamberí, se encuentra un camino por donde al cabo de una hora se llega á una posesion en cuyo centro hay una huerta y una casa.

La desdichada jóven tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no exhalar un grito.

—En la casa á que me refiero se oculta su hermano de usted, y en la misma puede tambien encontrarse al

hombre misterioso que se llamaba don Cándido unas veces y otras Plotoski, y que no es otro que don Guillermo de Luján.

Ya le fué imposible á Susana contenerse: exhaló un grito y fijó una mirada de terror en Cautela.

El rostro de la infeliz, antes pálido, se tornó lívido.

El agente de policía volvió á sonreir.

Habia recobrado por completo la calma, porque creyó seguro el éxito de su empresa.

Ya no era el hombre ofuscado á quien fácilmente podia engañársele; era el zorro astuto, temible como nunca.

La hija del señor Patricio no podia dudar de que habia sido descubierto el lugar donde se encontraba su hermano.

Los detalles que daba Cautela eran exactísimos, y hasta tal punto habia sido el miserable afortunado en sus averiguaciones, que conocia tambien el secreto de la existencia de Guillermo de Luján.

No necesitaba la jóven reflexionar mucho para comprender todo lo horrible de su situacion.

Tampoco necesitaba que Cautela entrase en más explicaciones para hacerle comprender en qué consistia la terrible amenaza conque queria ponerse á prueba el valor y la virtud de la infeliz.

Si se hubiese tratado de su propia existencia, ni habria temblado, ni habria vacilado Susana; pero, ¿tenia derecho á sacrificar la vida de su hermano?

Hé ahí la espantosa duda que agitó su alma, atormentándole horriblemente.

Cautela se puso en pié, levantó la cabeza con orgullo, y dijo con firmeza:

—O el amor de usted, ó la vida de su hermano y de Guillermo de Luján...

Susana se oprimió el pecho sin poder articular una sílaba.

—Y piense usted,—añadió Cautela,—que la muerte de su hermano de usted significa el más espantoso de todos los tormentos para su madre, y que la muerte de Luján disipa todas las esperanzas de proteccion y socorro, porque ni su esposa ni su hijo Alberto se encuentran en situacion de prestar á nadie ayuda.

Desgraciadamente no exageraba Cautela, ni tampoco necesitaba pintar con más vivos colores la situacion, para que la apreciase con toda exactitud la hija del señor Patricio.

Volvieron á quedar silenciosos, él con la cabeza erguida, la sonrisa en los lábios y la mirada insolente, y ella con la frente inclinada y los miembros contraidos como sino pudiera soportar el peso enorme de su desgracia.

Y cada vez la infeliz encorvaba más el cuerpo sin atreverse á levantar los ojos para mirar frente á frente á su verdugo.

Largo rato pasó.

Susana, que continuaba oprimiéndose el pecho con

fuerza convulsiva, sintió un vivo dolor en uno de sus costados y exhaló un grito.

Empero el grito parecia expresar, mas que otro sentimiento, el de la alegría.

Se habia lastimado con el puñal, y esta circunstancia le recordó que contaba con un auxiliar poderosísimo en aquellos momentos.

Su frente se contrajo aún mucho más de lo que estaba.

Sus ojos se abrieron, y viéronse sus negras pupilas iluminadas por fuego extraño.

Su mirada era sombría y aterradora.

Por un segundo contempló á Cautela con expresion que solo puede compararse á la amedrentadora de la mirada del tigre cuando se dispone á lanzarse sobre su presa.

Continuó el silencio.

Cautela esperaba seguro ya de su triunfo.

La jóven empezó á enderezarse lentamente y mientras introducia la diestra bajo su ropaje.

Dilatábanse sus negras pupilas y relumbraban más y más.

Contraíanse violentamente los músculos de su rostro.

Sus lábios se entreabrian y titilaban.

Sus dientes empezaron á rechinar.

El agente de policía, sin que supiese por que, se extremeció.

—Tambien dejó de sonreir y fijó en la jóven una mirada recelosa.

¿Qué intentaba aquella mujer singular?

No era posible que el ex-sacristan lo adivinase; pero su cobardía y su prudencia se lo hicieron temer todo.

Casi sin darse cuenta de lo que hacia, impulsado por el instinto, el miserable retrocedió un paso hácia la puerta.

Susana continuó enderezándose.

La expresion de su rostro, nerviosamente pálido, era cada vez mas terrible.

—Acabemos,—dijo Cautela con voz alterada y mientras introducia su mano derecha en uno de los bolsillos de su pantalon.

—Sí,—replicó la jóven con sorda voz,—vamos á concluir.

Y al pronunciar estas palabras, con la ligereza y agilidad de la pantera que acomete, púsose en pió y se lanzó hácia al agente de policía mientras levantaba el brazo, haciendo relumbrar el puñal.

Cautela dejó escapar un grito destemplado, y veloz tambien como una centella, retrocedió, sacó la mano que habia introducido en el bolsillo, extendió el brazo y dijo:

—Quieta.

El cañon de su rewólver se dirigia al pecho de Susana.

Ésta rugió y quedó inmóvil.

No habia podido contar la infeliz con un rewólver contra su puñal, se habia decidido á matar á Cautela, y la vida de ella se vió amenazada.

Lo que ménos le importaba á la jóven, era morir; pero, ¿y su hermano, y su madre?

Si ella sucumbia, no habria nada que contuviese al miserable Cautela.

La situacion habia cambiado por completo.

Aquellas dos criaturas se contemplaron con mirada feroz, como pueden contemplarse dos tigres que quieren devorarse y encuentran una barrera que los separa y que no pueden salvar.

Más de cinco minutos pasaron sin que ninguno de los dos se moviese ni pronunciase una palabra.

Evitado el primer golpe, estaba evitado todo, y el ex-sacristan empezó á recobrar la calma.

Mientras él tuviese su rewólver, poco le importaba que la jóven fuese dueña de un puñal.

Sin embargo, no volvió á sonreir ni levantó la cabeza con aire de triunfo.

—¡Oh!—murmuró.—¡Las mujeres, las mujeres!... Bien dice Maricota... ¿No escarmentaré?...

Hecha esta reflexion, dijo con cuanta calma le fué posible:

—Muy bien, señorita, muy bien. Yo ignoraba que fuese usted un demonio con rostro de ángel. El plan era ingenioso; pero sus resultados debian ser los peores, y

voy y darle á usted la prueba de que cometia la mayor de todas las torpezas; pero antes y para que podamos hablar con algun sosiego, deje usted ese puñal, que sino es el mio, se le parece mucho, déjelo usted, porquo ya está viendo que de nada puede servirle.

—Nó,—replicó anérgicamente Susana,—no lo dejaré.

—Está usted trastornada...

—Si este puñal no me sirve para matarlo á usted, me servirá para concluir con mi desdichada existencia y salvarme de la deshonra y evitarme horribles sufrimientos.

—Señorita, usted es cristiana, puesto que la he visto en la iglesia orar fervorosamente.

—Sí, tengo la dicha de creer que hay un Dios Omnipotente y justiciero.

—Y no ignorará usted que ese Dios le prohibe atentar contra su existencia, no ignorará usted que para el suicida no hay perdon posible.

—No necesito consejos: estoy resuelta á morir antes que manchar mi honor, y cumpliré mi propósito.

—Pues al ménos guarde usted el puñal, yo guardaré el rewólver y seguiremos hablando.

Hiciéronlo así, porque ya no tenia ningun objeto continuar amenazándose.

Buscaba usted un medio de salvar á su hermano, y no encontraba usted otro que el de acabar con mi vida, puesto que así me sería imposible descubrir el lugar donde se oculta el fugitivo; pero no ha pensado usted quo

por algo me llaman Cautela, y siento no haberle dicho antes que soy conocido por este nombre más que por el que me pusieron cuando me bautizaron.

El ex-sacristan se esforzó para sonreir, y luego añadió:

—Justificando mi apodo, he entregado á persona de mi confianza un pliego cerrado que contiene el secreto del paradero de su hermano de usted, y si al salir el sol yo no hubiese vuelto á Madrid sano y salvo, esa persona abrirá el pliego y dará parte de su contenido al gobernador de la provincia. Ya ve usted que en vez de evitar la perdicion de su hermano, iba á precipitarla con mi muerte; ya ve usted, y no lo olvide, que es imposible derrotarme en una lucha de astucia y de perspicacia. Señorita, convénzase usted por más que el convencimiento sea demasiado triste: ni un solo detalle he olvidado, mi carrera de crímenes es demasiado larga, me sobra experiencia, y no puedo ser torpe hasta el punto de dejar un hilo suelto cuando me meto en una intriga.

—¡Oh!—murmuró Susana, apretando los puños con toda la fuerza de su desesperacion.

—Ya se lo he dicho á usted: ó su amor, ó la vida de su hermano, el tormento horrible de su anciana madre, y lo que es más, el presidio por lo ménos para don Guillemo de Luján, que con el disfraz de Plotoski, conspiró y se batió el veintidos de Junio.

—Sí,—replicó Susana enérgicamente,—estoy convencida de que no puede salvarse mi hermano, con-

vencida de que solo la muerte puede sacarme del poder de mis alevosos perseguidores.

—Entonces...

—Pero he tomado mi resolucion, y la cumpliré como yo sé cumplirlas todas.

—¿Aún se obstinaria usted?...

—Basta.

—La razon de usted se ha trastornado...

—Con juicio ó sin él, no cambiaré mi determinacion.

—En ese caso...

—Que muera mi hermano, que sufra mi madre, que caigan sobre mí todas las desgracias imaginables; pero...

—Susana...

—Si yo salvase á mi hermano á costa de mi honor, mi hermano me escupiria al rostro, y yo moriria de desesperacion y de vergüenza; si yo, á costa de mi honor, evitase á mi madre infeliz los más horribles sufrimientos, mi madre me diria: «aléjate, no te conozco, no eres mi hija,» y cuando mi padre llegára á conocer mi debilidad, fijaría en mí una mirada de desprecio profundo, y con la santa indignacion de su rara nobleza, con la energía de su alma grande y privilegiada, me maldeciría... ¡Oh!... El mismo Guillermo de Luján, que todo ha sabido sacrificarlo á su honor y sus deberes, ¡con cuánto desden, con qué humillante lástima me miraria!... No, no y mil veces no,—añadió la jóven con toda la firmeza de que era capaz,—no pierda usted el tiempo, miserable, no pierda usted el tiempo, y entregue á mi noble her-

mano para que lo asesinen sus verdugos, que si sufrimos en este mundo de dolores y lágrimas, si nos abandona la justicia de los hombres, nos queda la justicia inexorable del Omnipotente.

Y Susana, con una tranquilidad fria y verdaderamente terrible, se sentó y fijó una mirada audaz, una mirada de temeraria provocacion en Cautela.

Éste habia quedado aturdido.

El acento de la jóven revelaba claramente la firmeza de su resolucion.

No, aquella mujer sin igual no cedería, lo sufriría todo, absolutamente todo con valor y sabría morir sin exhalar una queja.

¿Era posible que en semejante situacion, y en aquellos momentos, se sintiese Cautela atormentado por el fuego devorador de su repugnante concúpiscencia?

No, no era posible, porque tenia que pensar en otras muchas cosas de grandísimo interés, y de las que dependia el que pudiera dominar las críticas circunstancias en que él mismo se habia colocado.

No podia Cautela perder el tiempo.

Cuando Guillermo de Luján supiese que Susana habia desaparecido, adivinaria la verdad de lo que habia sucedido, y á poco que reflexionase sospecharía que habia sido descubierto el lugar donde se ocultaba Dionisio.

No era Luján hombre que se descuidase en tan graves asuntos, y como le sobraban medios para poner en

práctica cualquiera determinacion, sacaría inmediatamente de su escondite al jóven Moncayo.

¿Qué sucedería despues?

Cautela no podria prestar el gran servicio de apoderarse del fugitivo teniente, servicio que podia valerle mucho con el apoyo del señor de Rubianes y cuando llegara el caso, muy probable, de la destitucion del jefe de policía.

Si era imposible conseguir el amor de Susana, Cautela debia no perder las demás ventajas que le daba su situacion.

Dos cosas se habia propuesto, y si no alcanzaba una, ¿por qué renunciar á la otra?

El ex-sacristan tenia muy presente el adagio que dice: «el que mucho abarca, póco aprieta.»

Y debia concluir por decidirse á no abarcar mucho, á no aspirar á todo para no perderlo todo, sino aspirar á lo que únicamente fuese realizable.

No, no debia decidir otra cosa un hombre como el ex-sacristan; pero la decision no era para adoptada en un momento.

Reflexionó, y convencido de que nada adelantaria con prolongar su conversacion con Susana, se concretó á decir:

—Volveré por la mañana temprano, y si no ha cambiado usted de resolucion, cumpliré mi amenaza.

Una mirada de desden profundo, fué la respuesta de la jóven.

El ex-sacristan salió, cerró la puerta y volvió al lado de Maricota.

—¿Qué tal?—le preguntó ésta.

—Empiezo á convencerme de que no te has equivocado.

—¿Se resiste aún?

—Se resiste á pesar de que sabe que una palabra mia es la sentencia de muerte de su hermano y tal vez de su anciana madre.

—Cuando te digo que esa mujer se parece á mí...

—No te equivocas.

—Ya lo ves, por no ceder, es capaz de todo, por verte sufrir se resigna ella á sufrir mucho mas. Desengáñate, Perfecto, que aún no conoces bien á las mujeres.

—Esa es un demonio.

—Lo mismo dirias de mí.

—Tiene un puñal... Espera...

Cautela registró sus bolsillos.

—Es mi puñal,—añadió.—¿Cómo se encuentra en sus manos?... ¡Ah!... Ya caigo... Cuando rodé por el suelo debió salirse el puñal de mi bolsillo y lo ha recogido ella.

—Y estoy segura de que es muy capaz de clavártelo en el corazon.

—Es tan capaz, como que ya lo ha intentado, y si no lo ha hecho, ha sido porque yo me defendí con el rewólver.

—¿Lo estás viendo?... Eres poco hombre para una

mujer como esa, y lo mejor que puedes hacer es dejarla y quitarte de ruidos.

—¡Dejarla!...

—¿Todavía estás enamorado de ella?

—Ahora dudo si la amo, porque me infunde miedo, y el miedo ahuyenta el amor.

—Entonces...

—Pero no le devolveré la libertad, porque me queda un segundo negocio.

—Me parece, Perfecto, que te has metido en el colmenar sin careta.

—Te equivocas.

—El tiempo lo dirá.

—Ya sabes que me llaman Cautela.

Maricota hizo un gesto de duda.

El ex-sacristan reflexionó y despues de algunos minutos volvió á encargar á su cómplice que vigilase con mucho cuidado, y salió.

Eran las dos de la madrugada.

CAPITULO XC.

Una sorpresa muy desagradable.

No se equivocaba Cautela al creer que ya no amaba tanto á la jóven, porque ésta le infundia miedo.

Separado de ella, pudo el miserable reflexionar con más calma y calcular con toda la astucia y perspicacia de que estaba dotado.

Cuando entró en Madrid, habia ya tomado una resolucion.

A aquellas horas no podia ir á conferenciar con el señor de Rubianes, ni tampoco le convenia hasta dar otro paso, cuyas consecuencias debian serle muy beneficiosas.

Era preciso renunciar para siempre á la belleza de Susana.

La ausencia de ésta habria ya puesto en conmocion á sus amigos, y Guillermo de Luján se prepararia para poner en práctica una resolucion enérgica.

No habia tiempo que perder si habia de darse el golpe contra Dionisio Moncayo, golpe de que no pensaba hablar Cautela al señor de Rubianes.

Estas reflexiones produgeron la resolucion del ex-sacristan, que al llegar á la Puerta del Sol, dijo:

—¿Qué hora es?

Miró el reloj, que señalaba las cuatro ménos cuarto, y añadió:

—Adelante.

Apresuradamente siguió por la calle Mayor y en pocos minutos llegó al edificio ocupado por las oficinas del gobierno de la provincia.

—Todo,—murmuró,—depende de una casualidad; pero confio en mi buena estrella, y en último caso, sino quiere protegerme la fortuna, me protegerá mi ingénio, y mal que pese al señor Morato, el gobierno sabrá que á mi celo exclusivamente se debe la prision del fugitivo Moncayo.

Llegó á la habitacion donde ya sabemos que á todas horas habia un portero á las órdenes del jefe de policía, y con no poca sorpresa vió el ex-sacristan á Cara-de-Palo, Pintura y otros seis ó siete de sus criminales compañeros.

—Mucho habeis madrugado,—dijo el hipócrita á uno de los agentes.

—Tenemos órden de aguardar aquí, y segun entiendo á tí te han buscado sin encontrarte.

—¿Y nuestro jefe?

—Ha salido.

—¿Sabes si está en su despacho el señor gobernador?

—Sí.

—Pues voy á verlo mientras vuelve el señor Morato.

—¿Y qué tienes tú que hacer con el gobernador?

—¿Y á tí que te importa?

—Cuando te atreves á molestarlo á estas horas, debes tener algun asunto muy grave de que tratar.

—No tardareis en saberlo,—replicó Cautela.

Y sin escuchar más, salió del aposento, bajó una escalerilla y llegó en breve á una habitacion donde habia dos ó tres porteros y algunos guardias veteranos.

Cautela se dirigió á uno de los primeros, diciéndole:

—¿Está solo su excelencia?

—Sí.

—Pues dile que necesito hablarle para un asunto de mucho interés y tan urgente, que no dá tiempo á que vuelva el señor Morato.

Como el portero conocia demasiado bien á Cautela, obedeció, yéndose y volviendo á los pocos segundos para decir:

—Entra.

El agente de policía penetró en el despacho, haciendo profundas reverencias y diciendo:

—Vuecencia me perdonará; pero el asunto es grave, gravísimo, y por un minuto puede perderse todo.

—¿De qué se trata?—preguntó el gobernador.

—Mi jefe inmediato ha mandado que me busquen...

—Y no lo han encontrado á usted, ya lo sé.

—Porque me ocupaba en seguir las huellas de un criminal de mucha importancia, y como el éxito ha coronado mis esfuerzos, me apresuro á participar á vuecencia la interesante noticia.

—Explíquese usted.

—Conozco el lugar donde se encuentra oculto el teniente don Dionisio Moncayo.

El gobernador hizo un leve gesto y replicó:

—Siento que á los buenos servicios de usted no pueda añadirse otro más.

—Señor,—murmuró Cautela, extremeciéndose y palideciendo.

—Ha llegado usted tarde.

—¡Tarde!—exclamó el ex-sacristan con voz que parecia llevarse tras sí el alma.

Y por su pálida frente empezó á correr un sudor copioso y frio.

Es imposible hacer comprender lo que sintió.

Aquella noche, que se creia tan favorecido por la fortuna, era como nunca desgraciado.

Tenia que renunciar á Susana, y como si esto no

fuese bastante, cuando se decidió á explotar el otro secreto, encontróse conque se le habian anticipado.

Inmóvil y mudo, fijó en el gobernador una mirada indescriptible.

Con la primera autoridad de la provincia no le estaba permitido entrar en razonamientos.

Trascurrieron algunos segundos.

—Supongo,—dijo el gobernador,—que ya se han adoptado las medidas necesarias para prender al criminal; pero de cualquier modo, vaya usted á recibir órdenes del señor Morato.

Cautela salió del despacho con pasos vacilantes, como si estuviera ébrio.

—¡Ah!—exclamó mientras subia la escalera de que antes hemos hecho mencion,—todo lo comprendo: han echado de ménos á Susana, y previendo lo que debia suceder, han trasladado al teniente á lugar más seguro. Despues el señor Morato, para inspirar confianza, ha representado una comedia con toda la habilidad que sabe hacerlo... ¡Oh! Esto es para desesperarse, porque no tengo pruebas para acusar á mi jefe, y á la primera palabra que me permitiese pronunciar contra él, me enviarian á Ceuta, y todas mis esperanzas se desvanecerian.

Cautela se detuvo antes de entrar donde se encontraban sus compañeros.

Necesitaba meditar, porque la situacion habia cambiado y era muy crítica para él.

La menor imprudencia, la torpeza más leve, podia comprometerlo.

Despues de cinco minutos habia trazado su plan y se habia consolado, porque al ménos le quedaba un buen negocio que poder realizar, y que consistia en el dinero del señor de Rubianes.

Al cabo de otros diez minutos sonó el timbre en el despacho del jefe de policía, y pocos momentos despues Pintura se encontraba frente al señor Morato.

—Vamos á cuentas,—le dijo éste.

—Las cuentas son muy claras,—respondió el agente con acento de mal humor.

—Anoche perdísteis tambien á vuestro compañero Cautela.

—Y lo perderemos cien veces, porque en tratándose de astucia, vale mucho más que nosotros. ¿Para qué hemos de negarlo?

—Ya sabeis cómo ha empleado el tiempo.

—Sí.

—Pues bien, hay que dejarlo, es decir, no ponerle estorbos, anque sí vigilarlo más cuidadosamente que nunca.

—Empieza á faltarme la paciencia; pero...

—Déjame y díle que entre.

Pintura salió, entrando poco despues el ex-sacristan.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales suspiró tristemente Cautela, y el señor Morato lo contempló con mirada excudriñadora.

El jefe de policía rompió al fin el silencio para decir:

—Mi querido Cautela, deseo saber si estás dispuesto á que hablemos como buenos amigos.

—Mi respetable jefe, siempre he sido leal y no sé por qué ahora duda usted de mí.

—No dudo, ni dudaré si me dás pruebas de tu sinceridad.

—Estoy dispuesto á darlas.

—¿En qué te has ocupado esta noche?

—Trabajaba, mi respetable jefe.

—Ya lo sé; pero necesito conocer ciertos detalles de esos trabajos.

Cautela volvió á suspirar.

—Señor,—dijo,—no creo haber cometido ningun abuso sirviendo al señor de Rubianes, puesto que sobre este punto me habia usted dejado en completa libertad de accion.

—Y te dejo.

—Pues bien, he conseguido hacer un doble negocio.

—Sí,—replicó el señor Morato, desplegando una sonrisa burlona,—te has apoderado de la hija del señor Patricio, y has averiguado el sitio donde se oculta el teniente Moncayo; pero desgraciadamente lo segundo no ha podido serte provechoso, porque cuando tú venias á traer la noticia, iban ya diez guardias civiles á vigilar la casa de campo, y yo daba las órdenes oportunas para que tus compañeros siguiesen á los guardias, sin perjuicio de

ir yo tambien con la gente de mi mayor confianza, como voy á verificarlo dentro de pocos minutos.

Otro suspiro se escapó del pecho de Cautela.

—En cuanto á Susana,—añadió el jefe de policía,—me parece que tampoco has adelantado mucho.

—Mi respetable jefe...

—Veamos: ¿qué has hecho de esa pobre mujer?

—Conseguí averiguar que desde su casa iba á una de la calle de las Hileras, y desde ésta en un coche, se encaminaba á la casa de campo.

—Pero supongo,—repuso el señor Morato, volviendo á sonreir,—supongo que todas esas averiguaciones no las habrás hecho en diez minutos y en la noche pasada.

Cautela guardó silencio.

—Debes haber empleado tres ó cuatro dias, adelantando paso á paso y aumentando las probabilidades de triunfar.

—Me explicaré, mi respetable jefe.

—No necesito explicaciones, porque fácilmente se me alcanza que para apoderarte de Susana esta noche, la habrás seguido otra, y como ella, segun he podido entender, no iba todos los dias á visitar á su hermano, claro es que las averiguaciones te han costado por lo ménos media semana.

—Es verdad,—dijo Cautela.

—¿Y por qué no me has participado tan interesantes noticias? Lo que se refiere á Susana, no me importa;

pero no se trataba de ella solamente, sino de su hermano á quien con tanto afan se busca.

El ex-sacristan inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Señor Perfecto,—añadió el jefe de policía,—vamos por mal camino, ó lo que es igual, va uted por el camino más corto á Ceuta.

—¡Perdon, mi respetable jefe!...

—Conocia usted el paradero de Dionisio Moncayo y no lo descubria para tener un arma conque amenazar á esa pobre mujer.

—¡Perdon!—volvió á exclamar Cautela, cruzando las manos y dispuesto á dejarse caer de rodillas.

—Repito que nada me importa la hija del señor Patricio ni el señor de Rubianes, y lo he dejado á usted en completa libertad de accion; pero en tanto cuanto no sacrifique usted á sus miras particulares lo que interesa al gobierno, en tanto cuanto cumpla usted sus deberes antes que atender á sus intrigas.

Cautela, poseido de terror, temblaba convulsivamente.

—Ahora,—prosiguió el señor Morato,—tocaremos las consecuencias. Si en los tres ó cuatro dias que han trascurrido ha logrado el teniente encontrar sitio más seguro donde ocultarse...

Puedo responder de que la noche pasada se encontraba todavía en la casa de campo.

—Señor Perfecto, tiene usted ofuscada la inteligencia, porque no se le ocurre á usted pensar que la desapari-

cion de Susana habrá sido para el teniente Moncayo y sus protectores, un aviso del peligro que corrian. Pero usted no ha mirado nada de esto; no ha pensado más que en su conveniencia, y cuando ha empezado á tocar los inconvenientes, ha querido usted aparecer leal y celoso y ha venido con la noticia del gran descubrimiento.

—En el pecado va siempre la penitencia y he llegado tarde...

—Como supongo que tambien á nosotros nos sucederá.

—Mi respetable jefe, tenga usted misericordia de mí. Efectivamente mi razon ha estado trastornada, pero le juro á usted compensar mi falta, no descansando hasta descubrir el nuevo escondite del teniente Moncayo.

El jefe de policía guardó silencio, inclinó la cabeza y pareció entregarse á profundas meditaciones.

Despues de algunos minutos, dijo:

—Senor Perfecto, suspendo por ahora imponerle á usted el castigo que merece.

—Pero entretanto, mi amado y respetable jefe, no me hable usted así.

—¿Adónde has llevado á Susana?

—La entregué al señor de Rubianes segun lo estipulado, y no sé lo que habrá hecho con ella.

—¿Es esa la verdad?

—Le juro á usted...

—No necesito juramentos.

—Supongo que la tendrá encerrada en alguna casa

fuera de Madrid, y de lo que consiga no me dará conocimiento, porque ya ha terminado mi mision.

—¿Y cuánto te vale ese negocio, mi querido Cautela?

—Aún no lo sé, porque la recompensa la dejé á la generosidad del señor don Pedro de Rubianes; pero cuando me haya pagado me apresuraré á decirle á usted...

—No quiero saberlo, porque no me importa.

—Yo quiero decirlo.

—Mas de una vez te he dado buenos consejos.

—Que agradezco con toda mi alma.

—Pero que no has seguido.

—La intriga es cosa terminada por mi parte.

—A pesar de eso me parece que corres más peligro que nunca.

—Señor...

—No te olvides de Plotoski.

—¡Oh!...

—Tampoco te olvides de don Cándido.

—Ni del misterioso caballero de los botones de brillantes.

—No he podido hacer más que advertirte, anunciándote que Susana Moncayo ha de ser tu perdicion. No luchas con una pobre mujer indefensa y debil, sino con un hombre que vale mucho, un hombre que se ha burlado de todos nosotros, y que con su sola presencia hace temblar al señor de Rubianes.

El ex-sacristan se extremeció, porque el recuerdo de

Guillermo de Luján le infundia un terror invencible.

Las palabras del señor Morato tenian para el miserable Cantela un valor inmenso, tanto mas valor, cuanto que no ignoraba que su jefe estaba en relaciones con Guillermo de Luján.

Mas de una vez estuvo el ex-sacristan muy cerca de dejarse llevar de su arrebato y echar en cara á su jefe el doble papel que éste representaba, haciendo traicion al gobierno; perose contuvo, porque como nada podia probar, no conseguiría más que excitar la cólera del señor Morato, que fácilmente le haría emprender el camino de Ceuta aquel mismo dia.

Era preciso sufrir y esperar los acontecimientos.

En medio de todo, el ex-sacristan tenia un consuelo, el de que dentro de algunas horas habria probablemente robado al señor de Rubianes.

El jefe de policía miró el reloj.

—Vamos,—dijo.

—¿En busca del teniente Moncayo?

—Sí, en busca del teniente, que debe estar ya en poder de la guardia civil.

Cautela suspiró.

Seguro estaba de que cuando su jefe iba á prender á Dionisio, era porque éste no se encontraba ya en la casa de campo.

Un cuarto de hora despues el señor Morato, seguido de cuatro de sus dependientes, se encaminaba hácia Chamberí.

¿Para qué hemos de seguirlo ni pintar las escenas que tuvieron lugar?

Lo que sucedió se adivina fácilmente: nos basta decir que á las dos horas volvian tristes y cabizbajos los agentes de policía, sin haber conseguido apoderarse del teniente.

Sin embargo, habian encontrado en la casa algunos papeles que probaban que allí habia estado oculto el fugitivo.

El señor Morato tenia derecho para acusar á Cautela de haber sido causa de la nueva desaparicion de Dionisio.

CAPITULO XCI.

La fortuna vuelve á proteger á Cautela.

A las ocho de la mañana llegó Cautela á la calle de Alcalá, y despues de haber mirado en todas direcciones y convencido de que nadie lo observaba, entró en la suntuosa vivienda del señor de Rubianes.

Éste, como los dias anteriores, lo esperaba con impaciencia y al verlo le preguntó afanosamente:

—¿Hemos adelantado algo?

—Mi respetable señor,—respondió el ex-sacristan despues de exhalar un suspiro,—ruego á usted me permita entrar en explicaciones del modo que me parezca más conveniente.

Se contrajo la frente del señor de Rubianes, porque empezó á temer una nueva desgracia.

—Sin embargo,—añadió el agente de policía,—lo tranquilizaré á usted desde luego, diciéndole que hemos adelantado mucho.

—¡Ah!...

—Pero nunca como ahora necesitamos calma y prudencia. Por mi parte, me encuentro al borde de un abismo, y tal vez no pasen muchos dias ni muchas horas sin que el señor Morato, descargando sobre mí todo el peso de su enojo, me envie bonitamente á Fernando Póo ó á Ceuta.

—Eso no será mientras yo valga lo que valgo, y su jefe de usted hará bastante con defenderse para evitar su ruina.

—Sí, seguro estoy de que su ruina es cierta, porque sus traiciones se descubrirán; pero entretanto...

—Sobradamente debe comprender que herirlo á usted es herirme á mí.

—Lo sabe.

—Entonces no se atreverá.

—¡Ay, señor! no conoce usted al señor Morato.

—Allá veremos.

—Principiaré mis observaciones y explicaciones, y usted me permitirá hacerle algunas preguntas.

—Estoy dispuesto á responder.

—¿Qué piensa usted hacer, cuando sea dueño de la señorita Susana?

—No creo que puedo hacer mas que una cosa.

—Quiero decir si se preparará usted para salir de la

córte repentinamente, porque puede suceder que don Guillermo de Luján ó su hijo, tomen el asunto por donde no conviene.

El señor de Rubianes se extremeció.

—Estoy prevenido,—respondió,—y como para usted no tengo secretos...

—Gracias, mi respetable señor.

El señor de Rubianes sacó una llavecita y se acercó á la caja de hierro que ya hemos dicho tenia en su despacho, diciendo á Cautela:

—Venga usted.

El ex-sacritan obedeció, esforzándose para disimular lo que sentia, porque en aquellos momentos el sentimiento de su codicia lo trastornaba casi tanto como lo habia trastornado pocas horas antes el fuego de su pasion.

Abrió la caja el señor de Rubianes, puso una mano sobre un gran paquete de papeles de colores, y dijo:

—Aquí tiene usted la mayor parte de mi fortuna en títulos de la deuda consolidada.

—¡Ah!...

—En el Banco tengo un depósito de cinco millones nominales, tambien en la misma clase de títulos, y además unos treinta mil duros en cuenta corriente, que puedo retirar en pocos minutos.

—Perfectamente.

—Como el depósito está hecho en calidad de trasferible, aunque sea fuera de España, puedo endosar el res-

guardo, negociándolo con un daño de poca importancia.

—Señor, no sé que admirar más, si el talento ó la prevision de usted.

—Con el dinero que hay en cuenta corriente, puedo hacer lo mismo que con el depósito.

—Es muy fácil.

—Y lo que tengo aquí me lo llevaria con mi equipaje para realizarlo cuando me conviniese, ó cambiarlo tal vez con ventaja por deuda exterior.

Cautela no pudo hablar en algunos minutos.

Estaba convulso de alegría.

Casi toda la fortuna del señor de Rubianes se encontraba en aquella caja.

Empero no miraba el ex-sacristan el paquete de títulos, sino la complicada cerradura, de cuyos secretos resortes se veian algunos por la parte interior.

El señor de Rubianes cerró la caja, y cuando esto hizo, fué cuando Cautela miró más atentamente.

Volvieron á sentarse.

—Nada,—dijo entonces el agente de policía,—absolutamente nada tengo ya que decir á usted sobre este punto.

—Entonces ocupémonos de Susana.

La señorita Susana Moncayo está ya en mi poder.

No una exclamacion, sino un grito destemplado dejó escapar el señor de Rubianes: tal fué el efecto que le produjeron las palabras de Cautela.

En algunos momentos no pudo respirar, y sus ojos,

abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijaron en el ex-sacristan una mirada que hubiera sido imposible decir qué sentimiento expresaba.

El agente de policía desplegó una sonrisa de satisfaccion y levantó la cabeza con un si es no es de vanidad y orgullo.

—¡Mia, es mia!—exclamó al fin el señor de Rubianes.

—Por lo ménos,—repuso el ex-sacristan,—se encuentra encerrada en lugar seguro y usted es el dueño de las llaves de la prision.

—¡Oh!... No necesito más, no necesito más, porque de grado ó por fuerza será mia.

—¿Está usted completamente satisfecho?

—Voy á darle á usted la respuesta,—dijo el señor de Rubianes.

Y abriendo un cajon de la mesa, sacó un libro talonario, escribió algunas palabras, firmó, cortó por la mitad de la hoja y dijo:

—Ahí tiene usted los diez mil duros ofrecidos, y esto por ahora, que mañana, cuando yo haya visto á mi prisionera, cuando haya podido convencerme de lo que todavía me parece un imposible...

—Caballero,—replicó Cautela con grave tono y mientras extendia un brazo para rechazar el talon de diez mil duros,—cada uno tiene su carácter, y aunque reconozco que tal vez llevo hasta la exageracion cierta clase de excrúpulos, es preciso respetarlos, y le ruego á usted que así lo haga.

—Le he prometido á usted esta cantidad...

—Ciertamente.

—Desde el momento en que Susana se encuentra á mi disposicion, le debo á usted diez mil duros.

—Todo eso está muy bien, mi respetable señor, pero yo tengo en cuenta otras consideraciones.

—No las adivino.

—Por de pronto, no puede usted ir á ver á la señorita Susana en estos momentos.

—¿Por qué?

—Porque hay peligro de que todo se descubra.

—¿No la ha llevado usted á mi casa de campo?

—No.

—Me sorprende usted.

—Cuando me explique, cesará esa sorpresa que ahora es muy natural.

—Entonces escucho con toda la atencion que el caso merece.

—La casa de usted está precisamente á la parte opuesta del sitio en que pude apoderarme de la jóven.

El señor de Rubianes no acababa de comprender lo que le decia el ex-sacristan, y para disipar sus dudas, replicó:

—Mi amigo Cautela, ruego á usted me refiera punto por punto lo que ha sucedido, y despues hará cuantas observaciones le parezcan convenientes: de otro modo me confundiré más y más, porque, lo confieso, estoy bastante agitado y aún tardaré en recobrar la calma.

—Todo ello es muy sencillo por más que haya sido muy peligroso.

—Sepamos.

—Conseguí averiguar que la hija del señor Patricio iba algunas noches despues de las once á cierta casa que está en despoblado, y que pudiéramos llamar misteriosa.

—Allí debe ocultarse su hermano...

—No se equivoca usted.

—¡Un golpe doble!—exclamó el señor de Rubianes con acento de satánita alegría.

—Paciencia y calma, caballero, que aún no he concluido.

—Es verdad, hemos convenido en que los comentarios deben quedar para luego.

—Salia la señorita Susana de su vivienda, y sola se iba á cierta casa de la calle de las Hileras. Allí llegaba un coche de alquiler y del coche salia un hombre...

—Probablemente Luján...

—No era él.

—Prosiga usted.

—A los pocos minutos salia la jóven y ocupaba el carruaje, mandando al cochero que se dirigiese á la carretera de Francia.

—¡Oh!...

—Me puse en acecho, y cuando anoche llegó el carruaje y quedó esperando, entré yo tambien en la casa y volví á salir antes de dar tiempo á que lo hiciese la hija del señor Patricio.

—Aún no adivino...

—Ocupé el coche y le mandé dirigirse á la calle de Fuencarral.

—Pero entonces...

—Otro carruaje, prevenido por mí, ocupó el mismo lugar, y en él entró descuidadamente la señorita Susana.

—¡Ah!...

—¿Entiende usted ahora?

—Sí, sí.

—Era preciso dirigirse á la carretera de Francia, y tomar luego el camino por donde la señorita Susana debia llegar á la casa misteriosa, pues de otro modo habria sospechado y todo lo hubiéramos perdido.

El señor de Rubianes, en el colmo de su entusiasmo, cogió y estrechó cariñosamente la diestra del ex-sacristan, exclamando:

—¡Ah!... Debo reconocer que vale usted mucho, muchísimo, que es usted un hombre sin igual.

—Hago lo que puedo,—dijo Cautela con modestia fingida y exhalando un suspiro.

—Vuelvo á escuchar.

—Una vez en el camino conocido de la señorita Susana, no habia nada que temer, pues cuando se apercibió de que el carruaje no iba adonde ella deseaba, encontrábase en sitio donde le era imposible pedir secorro, puesto que á su voz no habia de responder más que el eco.

—¡Magnífico!

—Aunque venciendo grandísimas dificultades, yo habia preparado otra casa, que nada deja que desear para nuestro objeto, y allí se encontraba ya una persona de mi completa confianza para vigilar á la prisionera.

—¿Y por qué no me ha dicho usted nada en estos dias?

—Porque á mí me gusta hacer más que hablar, y porque cuanto hubiera dicho sobre este punto, no podia tener otro objeto que el de envanecerme.

—¿De modo que Susana?...

—Desde las doce de la noche pasada, se encuentra en su encierro.

—¿Y que teme usted ahora?

—Señor don Pedro, esa mujer no se parece á ninguna.

—Lo sé.

—No del todo.

—He tenido ocasion de conocerla.

—Sin embargo, no hubiera usted creido que tuviera suficiente valor para acometerme, y aprovechando el aturdimiento natural de mi sorpresa, arrojarme al suelo, apoderarse de mi puñal...

—¿Qué esta usted diciendo?

—Y si á estas horas estoy vivo, lo debo á mi rewólver con el que me defendí, conteniendo la feroz acometida de la jóven.

El señor de Rubjanes quedó aturdido.

—Aún conserva el puñal,—prosiguió diciendo Cautela.

—No importa.

—Importa mucho.

—Cuando yo le diga que sé dónde se oculta su hermano...

—Yo se lo he dicho ya.

—¿Y ella?...

—Se ha reido de mi amenaza, y me ha respondido que no quiere comprar la vida de su hermano ni el reposo de su madre á costa de su honor.

—Cuando reflexione...

—Responderá lo mismo.

—Pues bien,—replicó el señor de Rubianes dejándose arrebatar por la ira,—si no consigo satisfacer mis deseos, me vengaré y gozaré en el martirio de la que se goza en mi sufrimiento.

—¿Y qué hará usted, mi respetable señor?

—Descubriré el paradero de Dionisio Moncayo...

—Ya es tarde.

—¡Tarde!—exclamó el señor de Rubianes con el mismo acento que pocas horas antes habia pronunciado igual palabra Cautela en presencia del gobernador.

—No olvide usted que la familia Moncayo está protegida por don Guillermo de Luján.

—No lo olvido.

—Apenas se apercibieron sus amigos de la desaparicion de la jóven, adivinaron el peligro que corrian.

—¡Oh!...

—Y Dionisio Moncayo abandonó el lugar donde hasta entonces habia permanecido oculto, lugar sobradamente conocido por mi jefe el señor Morato...

—¡Siempre ese hombre en mi camino!

—Y el señor Morato, seguro de que el teniente no se encontraba ya en la casa misteriosa, ha fingido que acababa de averiguar...

—Basta, basta, porque todo lo comprendo.

—¿Y se convence usted de que no puede irse sin muchas precauciones al sitio donde se encuentra la señorita Susana?

—Estoy convencido,—murmuró don Pedro con voz sorda.

—Nuestros enemigos son muy temibles...

—¿Y con qué he de amenazar ahora á la hija del señor Patricio?

—Con lo mismo que antes, puesto que ella ignora lo que ha sido de su hermano.

El señor de Rubianes cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y empezó á pasearse mientras meditaba.

A muchas y muy desagradables reflexiones daba lugar su situacion; pero conocemos ya su pasion devoradora, y no debe sorprendernos que en medio de todos los peligros que lo rodeaban se considerase feliz.

Susana estaba en su poder... ¿Qué le importaba lo demás?

Al señor de Rubianes le sucedia en aquellos momentos lo que algunas horas antes le habia sucedido á Cautela, porque si no eran enteramente iguales en cuanto á sus inclinaciones eróticas, sentian lo mismo cuando se trataba de la bellísima hija de Moncayo.

Ni Guillermo de Luján ni su hijo podian resignarse y permanecer impasibles ante la horrenda desgracia de la jóven, y en tal concepto los consejos de Cautela eran los más prudentes y acertados, y el señor de Rubianes debia alejarse de Madrid, llevándose á la jóven como mejor le fuese posible.

Alberto, noble, generoso, valiente y además enamorado, ¿qué haria cuando supiese el criminal abuso cometido contra el objeto de su amor?

No habria nada que lo contuviese, y como no podia ocultársele quien era el autor del crímen, iria desde luego á pedirle cuentas y todo le pareceria poco para satisfacer su sed de venganza.

El señor de Rubianes tembló, pues, al pensar en Alberto.

—Sí,—murmuró el miserable,—es preciso huir, debo ocultarme siquiera hasta que la situacion se ponga en claro y me sea posible apreciar los peligros.

Y á vueltas de estas reflexiones que le hacian temblar, pensaba en la belleza fascinadora de Susana y sentia el pecho abrasado y se trastornaba su razon.

El miedo habia entibiado la pasion de Cautela; pero el arranque valeroso de Susana cuando quiso matar á su

raptor, produjo en el señor de Rubianes distinto efecto, porque vió á la jóven más grande, más elevada, más sublime, ejerciendo en él esa influencia que ejercen las criaturas que son verdaderamente excepcionales.

El señor de Rubianes quiso hacer cálculos y combinaciones, trazar planes y conciliarlo todo; pero no pudo hacer nada porque su trastorno era más profundo cada momento, y todas sus reflexiones tenian por conclusion las siguientes palabras:

—Susana está en mi poder, Susana puede ser mia, será mia... ¡Oh!...

Si en aquellos momentos le hubieran preguntado donde se encontraba, no hubiera podido decirlo.

En su ofuscacion acabó por creer que todo era fácil, que podria conjurar cuantos peligros le amenazaban con ser algo prudente.

Esforzóse, pues, para recobrar la calma, volvió á sentarse y reanudó la conversacion insistiendo en que Cautela tomase los diez mil duros; pero el agente de policía se negó obstinadamente á recibir el premio de su trabajo, y para negarse apoyóse en el siguiente razonamiento:

—Con un enemigo como don Guillermo de Luján, todo hay que temerlo, y de aquí á mañana no sabemos si la hija del señor Patricio habrá recobrado la libertad.

—De aquí á mañana yo habré adoptado todas las precauciones imaginables, ya la habré visto y probablemente habré triunfado.

—Señor don Pedro, no puede usted ir á ver á la señorita Susana hasta bien entrada la noche, y en la casa donde ella se encuentra tendrá usted que permanecer por lo ménos veinticuatro horas.

—¿Y por qué?

—Estoy espiado...

—Pero yo...

—Tambien.

—Ese miserable señor Morato...

—Hay que sufrir hoy por hoy.

—Cuando llegue la noche se nos presentarán los mismos inconvenientes.

—No, porque para entonces yo lo arreglaré todo.

Cautela acababa de dar pruebas de lo mucho que valia, y por consiguiente hubiera sido una locura no escuchar sus consejos.

Por grande que fuese su impaciencia, el señor de Rubianes tuvo que dominarse y resignarse á esperar.

El agente de policía se puso en pié.

—Aún tenemos que hablar,—dijo don Pedro.

—Me parece que hemos concluido.

—¿No hemos de quedar de acuerdo en lo que conviene hacer?

—Sí.

—Ya ve usted que nos falta lo principal.

—Tendré el honor de manifestar á usted mis opiniones.

—Ya escucho.

—Debe usted dar órdenes á sus criados para que digan á todo el mundo que no se encuentra usted en casa, porque así evitaremos que el señor de Luján ó su hijo vengan con reclamaciones importunas.

—Perfectamente.

—Cuando llegue la noche, y á la hora conveniente, yo cuidaré de arreglarlo todo.

—¿Y qué hora es esa?

—Las once próximamente.

—¿Debo tener prevenido mi carruaje?

—No.

—¿Qué más?

—En la casa donde está la prisionera, encontrará usted una mujer de toda mi confianza.

—Bien.

—Si durante la noche ó el dia de mañana ocurriese alguna novedad, ó necesitase usted de mí, puede usted enviarme una carta ó recado con la mujer en cuestion.

—¿Ella sabe dónde ha de encontrárlo á usted?

—Sí, sabe dónde encontrarme á todas horas ménos desde las cuatro hasta las siete de la tarde, porque entonces estaré aquí.

—Usted se entenderá.

—Sí, conviene que yo permanezca en esta casa durante las horas indicadas, y para que sus criados de usted no me pongan ningun inconveniente...

—No lo pondrán, porque daré las órdenes oportunas,

y toda la casa estará á disposicion de usted lo mismo de dia que de noche.

—Repito que tendrá usted que permanecer todo el dia de mañana al lado de la hija de Moncayo.

—Eso será una dicha para mí.

—Y cuando llegue el momento oportuno, yo iré á recibir órdenes de usted.

—Estamos de acuerdo.

—¿Desea usted algo más?

—Que se lleve usted estos diez mil duros...

—Será mañana.

—Los excrupulos de usted llegan hasta la exageracion.

—Le suplico á usted, mi respetable señor...

—No hablemos más.

—Pues hasta la noche...

—Aquí me encontrará usted contando los minutos.

El ex-sacristan hizo una profunda reverencia, y salió poseido de júbilo.

El señor de Rubianes volvió á entregarse á sus amorosos pensamientos.

CAPITULO XCII.

Dónde y cómo pasó la noche el señor de Rubianes.

Cumpliendo su palabra Cautela, se presentó á las once de la noche en la vivienda del señor de Rubianes.

Este no habia podido dominar aún su agitacion, sino que por el contrario, parecia que su trastorno aumentaba, lo cual no debe extrañarse porque desde por la mañana no se habia ocupado de otra cosa que de pensar en la encantadora hija del señor Patricio.

No puede formarse idea del punto á que habia llegado la excitacion del miserable hipócrita.

Sus ojos relumbraron al ver á Cautela, y con voz alterada, preguntó:

—¿Ya es hora?

El agente de policía exhaló un suspiro, que más que

este nombre merecia el de lamento, y despues de hacer un gesto de profundo disgusto, respondió:

—Mi respetable señor, preciso es que nos resignemos con los rudos golpes de la fatalidad.

—¿Qué ha sucedido?—dijo el señor de Rubianes, estremeciéndose convulsivamente.

Y fijó en Cautela una mirada de afan y de terror, porque tanto deseaba salir de dudas, como temia recibir un desengaño, viendo desvanecerse sus risueñas esperanzas, viendo que sus gratas ilusiones se convertian en espantosa realidad.

—Lo que sucede es que habremos de perder unas cuantas horas.

Por muy largo que le pareciese el tiempo al señor de Rubianes, y por grande que fuese su anhelo de ver á Susana, tranquilizóse porque algunas horas más ó ménos no le quitaban la esperanza de su triunfo, así que, respiró como el que se siente libre de un peso enorme.

—Mi respetable señor,—añadió Cautela,—ahora debemos partir: pero es forzoso que pase usted la noche en una casa de mi confianza, esperando hasta que llegue el dia, porque de otro modo hay probabilidades de que seamos descubiertos, es decir, de que se descubra el paradero de la señorita Susana.

—Yo nada temo por mí; pero en cuanto á ella...

—Procuraré que esté usted alojado del mejor modo posible.

—Todo lo encontraré buenísimo.

—Empiezo á tranquilizarme.

—Disponga usted de mí.

—Gracias, mi respetable señor.

No hablaron mas.

El señor de Rubianes tomó su sombrero, puso en uno de sus bolsillos un pequeño rewólver, porque no habia olvidado el puñal que guardaba Susana, y salió con el agente de policía.

Junto á la puerta de la casa, esperaba un coche de alquiler, y en él se acomodaron, dirigiéndose inmediatamente hácia Chamberí.

¿Qué inconvenientes habia para que aquella misma noche viese don Pedro á la encantadora hija del señor Patricio?

Ningunos.

El ex-sacristan nada temia; pero no le convenia que don Pedro recibiese el desengaño aquella misma noche y cometiese la locura de volverse á su casa en el trascurso del dia siguiente, estorbando así que desapareciera el respetable caudal que guardaba en su caja.

Cautela era demasiado precavido y sabemos ya que no olvidaba ni las casualidades, ni las coincidencias.

No creyó el señor de Rubianes oportuno ni delicado pedir más explicaciones, porque hubiera parecido mostrar desconfianza de quien lo habia servido con tanta lealtad y acierto, y solamente preguntó:

—¿Opina usted que mañana no habrá ningun inconveniente para que yo vaya á ver á Susana?

—Ninguno: estoy segurísimo de ello.

Don Pedro se extremeció de alegria lo mismo que antes se habia extremecido de terror.

Antes de media hora se detenian junto á una de las más miserables casas del extremo norte de Chamberí.

Salieron del carruaje, que se alejó sin que el cochero pronunciase una palabra ni esperase á que le dieran dinero.

Un minuto despues entraban en la casa, donde no habia mas que una vieja cubierta de harapos.

No le agradaba mucho al señor de Rubianes pasar la noche en aquel asqueroso nido; pero disimuló su disgusto y se resignó cuando el prevenido Cautela lo introdujo en un aposento donde habia una cama modesta, pero limpia y muy bien arreglada.

—Siento,—dijo el agente de policía suspirando lánguidamente,—siento muchísimo que una persona tan digna y respetable como usted se vea obligada á dormir aquí.

—¿Qué me importa?... Si veo cumplidos mis deseos...

—No respondo del éxito final de la empresa; pero en cuanto á que será usted absoluto dueño de esa mujer sin igual...

—¡Oh!—exclamó el señor de Rubianes.

—Caballero, no me es posible permanecer aquí un minuto más, porque me espera mi jefe, y mi ausencia seria sospechosa.

—No se detenga usted.

—La dueña de esta casa, aunque de aspecto desagradable, es una buena mujer, y sobre todo tiene que servirme con lealtad, tiene forzosamente que ser mi esclava.

—Tanto mejor, porque así estaré tranquilo.

—Las órdenes de usted serán ejecutadas por esa mujer, pronta y fielmente.

—Nada necesito: me acostaré y procuraré dormir, aunque confieso que la alegría me tiene trastornado.

Cautela pronunció algunas frases respetuosas y salió.

El señor de Rubianes cerró la puerta, dando vuelta á la llave y corriendo el cerrojo.

Luego colocó el rewólver en una silla junto á la cama, y sin apagar la luz ni desnudarse, se acostó.

Suponemos que no podria dormir, porque el sueño y el amor son enemigos irreconciliables.

Aquella noche debia pasarla como habia pasado el dia, es decir, pensando en los negros ojos, en los tentadores lábios y en el talle esbelto de la encantadora Susana.

Así sucedió.

Una y dos horas pasaron.

El señor de Rubianes habia cerrado los ojos; pero no dormia, sino que por el contrario, concentró más su pensamiento en la hija del señor Patricio.

Luego quedó sumido en una especie de dulce letargo, remontándose más y más en fantasía.

Bien puede decirse que soñaba despierto.

Esto parece inverosímil en un hombre de su edad y de sus circunstancias, y sin embargo, era demasiado cierto desgraciadamente para él.

Seguros estamos de que Susana no cederia, ni ante los halagos, ni ante las amenazas.

¿Qué iba á ser del señor de Rubianes con la fatal pasion que ardia en su pecho?

Ya lo hemos dicho en otras ocasiones y no tememos equivocarnos: aquel amor debia ser uno de los más terribles castigos del traidor miserable.

El hombre egoista, indiferente, insensible á todo, el que no habia conocido otro afan que el de su sórdida avaricia, amaba con una violencia inconcebible.

No sabemos si su pasion tenia esas condiciones de ternura infinita del verdadero amor, si era una de esas pasiones que ennoblecen y subliman, uno de esos sentimientos en que toma más parte el espíritu que la materia; no lo sabemos, ni esto tiene importancia en el caso presente, puesto que para el señor de Rubianes el resultado era el mismo.

Experimentaba un vivo deseo, abrasábalo una sed insaciable, y devorábalo un fuego inextinguible, y si su deseo no llegaba á satisfacerse, si aquella sed no se apagaba, si la hoguera no se convertia en un monton de cenizas, sufriría horriblemente, con un tormento que no puede concebirse.

En toda la casa reinaba un silencio profundo, silen-

cio que contribuia á la absorcion del miserable, puesto que nada distraia su pensamiento.

La noche pasó sin que el señor de Rubianes pudiera decir si le habia parecido larga ó breve, y nosotros nos atreveríamos á asegurar que á la vez le mortificaba la penosa lentitud conque creia que pasaba el tiempo, sin que por esto dejara de parecerle un pasajero soplo aquella noche, cuyos instantes habian trascurrido en medio de gratas ilusiones, de risueñas esperanzas.

Dejáronse ver los resplandores del matutino crepúsculo.

Por fin un rayo de sol penetró á través de los súcios vidrios de la ventanilla del aposento, yendo á iluminar el rostro pálido y descompuesto del señor de Rubianes.

Este exhaló un suspiro y abrió los ojos.

Pasóse las manos por la frente y miró á su alrededor.

El nombre de Susana se escapó de sus lábios.

Sentóse en la cama y desplegó una sonrisa.

Ya nada tenia que temer.

La noche habia pasado sin que le aconteciese ninguna desgracia en aquel lugar inmundo.

Miró el reloj; pero aún era muy temprano y volvió á suspirar.

Entonces fué cuando los minutos le parecieron interminables.

Cerca de media hora pasó inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Por segunda vez miró el reloj.

—¿Vendrá muy tarde?—dijo:

Y se arrojó de la cama, empezando á pasearse á lo largo del reducido aposento.

Tampoco entonces llegaba allí el más leve ruido.

Una hora despues, sintióse fatigado el criminal hipócrita.

Se sentó y pensó si debia llamar á la repugnante vieja para que le diese algun alimento; pero no lo hizo, porque le parecia que en aquella casa todo debia ser súcio y asqueroso.

¿Para qué necesitaba comer?

Bastante tenia para vivir con sus amorosos pensamientos, ó por lo ménos así lo creyó y se resignó á esperar.

Dos horas despues, convencióse el señor de Rubianes de que el estómago es un acreedor que no transige ni aun con las amorosas sublimidades.

Estaba desfallecido, y si Cautela no iba pronto, le seria imposible presentarse á Susana.

Decidióse á tomar algun alimento.

Abrió la puerta y el ruido que hizo fué suficiente para que se presentase la vieja sin necesidad de que la llamasen.

—¿Tiene usted que mandar algo?—preguntó con voz cascada.

—Si hay proporcion de darme algun alimento...

—Todo lo que usted disponga, caballero, pues el señor

Cautela ha dejado dispuesto cuanto es menester para el caso.

—Me bastará un poco chocolate.

—Hecho está por si usted lo pedia,—repuso la vieja.

Y salió, volviendo un minuto despues con dos platos de porcelana inglesa, uno de los que contenia pan y bizcochos, y el otro la jícara.

Tambien llevaba una finísima servilleta.

Colocado todo sobre la mesa, volvió á salir para presentarse nuevamente con otro plato en que llevaba una copa de riquísimo cristal tallado y llena de agua cristalina y fresca.

Cuando esto vió el señor de Rubianes, se arrepintió de no haber llamado antes.

En su propia casa no se le hubiera servido con más limpieza.

A pesar de su amor, tomó el chocolate con avidez, porque ya hemos dicho que su estómago lo atormentaba sin compasion.

Cuando hubo terminado, volvió á pasearse, y así, recorriendo el aposento unas veces, sentándose otras y mirando con frecuencia el reloj, pasó hasta cerca de las once de la mañana.

Interrumpióse al fin con el ruido de una puerta el silencio de la casa, y Cautela se presentó, sonriendo y revelando en el semblante la más viva alegría.

—Buenos dias, mi respetable señor,—dijo mientras se frotaba las manos.

—¡Ah!—exclamó el señor de Rubianes.

—Perdone usted si no he venido antes; pero la culpa no es mia, pues ya sabe usted que tengo que someterme á las circunstancias.

—Estoy completamente satisfecho de la buena voluntad de usted.

—Ha llegado el momento feliz...

—¿Ya no hay ningun inconveniente?

—Ninguno.

—¿A pesar de la hora que es?

—A pesar de todo.

—¿Y Susana?

—En su encierro.

El señor de Rubianes exhaló un grito de alegria, guardó su rewólver, tomó el sombrero y dijo:

—Vamos.

Salieron sin ver á la vieja, que debió haber recibido órden de no presentarse.

Un coche los esperaba.

¿Para qué hemos de seguirlos si no podemos permanecer ahora en la casa donde se encontraba la hija del señor Patricio?

Los dejaremos alejarse y haremos otras observaciones.

CAPITULO XCIII.

¿Quién engaña á quién?

A pocos pasos de la casa habitada por la vieja, se habia situado una mendiga con un niño de pocos meses en los brazos.

Cuando el carruaje pasó junto á ella, alargó una mano pidiendo una limosna con lastimera voz.

Ni el señor de Rubianes ni Cautela miraron á la mendiga:

Quince ó veinte pasos más allá brincaba y corria un muchacho que parecia tener diez ú once años.

Sus haraposos vestidos y su aspecto, revelaban que era uno de tantos desdichados que sin padres, amparo, ni hogar, existen en Madrid y principian por ser vagos y rateros, acabando por ladrones y asesinos.

Cuando vió acercarse el coche, interrumpió sus cabriolas y sonrió satisfactoriamente.

Se le proporcionaba un nuevo motivo de entretenimiento y pensaba aprovecharlo.

Con la ligereza y audacia que distingue á semejantes pilluelos, lanzóse tras el carruaje, asióse á él y quedó colgado, apoyando luego los piés en el eje posterior.

Esto no debia sorprender á nadie, porque es una de tantas diversiones de semejantes vagabundos.

El cochero no se apercibió de lo que acababa de hacer el muchacho, y mucho ménos el señor de Rubianes y Cautela, que no podian verlo desde el interior del carruaje.

Desaparecieron envueltos en una nube de blanco polvo.

La mendiga siguió implorando la caridad de las pocas personas que transitaban por allí.

Diez minutos despues llegó al mismo sitio un hombre vestido tambien de harapos y con una pierna torcida en tal disposicion, que le era imposible andar sin el auxilio de un fuerte palo, que lo mismo hacia las veces de baston que de muleta.

Detúvose junto á la mujer y la miró como si la interrogase.

Ella extendió un brazo en la misma direccion que habia tomado el coche.

No necesitaba más explicaciones el otro, puesto

que se sentó á la sombra proyectada por los edificios.

Entonces la mujer se alejó lentamente y como si se encaminase al centro de la poblacion.

Nada de particular volvió á suceder en el trascurso de media hora; pero pasada ésta, el hombre que miraba siempre hácia el camino indicado por la mendiga, murmuró:

—Pronto viene.

Esto lo dijo porque acababa de ver al muchacho que corriendo velozmente se acercaba.

Reuniéronse á los pocos minutos.

—¿Qué hay?—preguntó el hombre despues de mirar á uno y otro lado, y convencerse de que nadie los observaba.

—Al fin me vió el cochero,—respondió el muchacho,—me sacudió con la fusta, y no por los golpes, sino porque no sospechasen, los dejé.

—Bien hecho.

—¿Y ahora?

—Vas á decírselo á *Calandria*, que ya sabe lo que ha de hacer.

El muchacho no esperó más, y desapareció corriendo.

Quince minutos despues, llegó á la puerta de una de aquellas casas otro carruaje de alquiler y se detuvo.

Nadie salió del vehículo, ni pudo verse quien lo ocupaba, porque estaban echadas las cortinillas.

El cojo se puso tranquilamente á hacer un cigarro.

Otra hora pasó.

A lo largo del camino vióse una nube de polvo que avanzaba.

Luego se distinguió un coche.

Era el mismo en que se habian alejado el señor de Rubianes y Cautela.

Tambien llevaba echadas las cortinillas.

Pocos minutos despues, pasó junto al hombre, que fumaba con indiferencia, y luego junto al otro carruaje.

El segundo de éstos volvió y siguió el mismo camino que el otro llevaba.

Así continuaron hasta el final del paseo de Luchana.

Detúvose el primer coche, y el otro siguió, aunque muy lentamente.

Del que estaba parado salió Cautela, que miró á su alrededor, sonrió como satisfecho, y tomó hácia la puerta de Bilbao; pero no bien hubo entrado en la calle de Fuencarral, empezó á seguirlo el muchacho, que se encontraba allí.

Mirando de vez en cuando en todas direcciones para convencerse de que nadie lo observaba, siguió el agente de policía, mientras hacia para sí las siguientes reflexiones:

—Dos dias hace que Pintura y Cara-de-Palo me dejan en paz, y por más que esto me convenga, me desagrada. ¡Oh!... no quiero facilidades, y ahora encuentro muchas; pero afortunadamente me queda muy poco que hacer.

Sin otro suceso digno de mencion, llegó el ex-sacris-

tan á la calle de la Comadre, y entró en una casa de tres pisos y de miserable apariencia.

Atravesó el portal, estrecho, húmedo y oscuro, y sin que sus pasos produjesen ruido subió la empinada escalera hasta llegar á las boardillas.

Una vez allí, se detuvo y escuchó.

No se percibia el más leve ruido.

—Si me tienden un lazo,—murmuró,—todavía no he caido en él.

Sacó una llave, abrió una puertecilla medio apolillada y entró en una boardilla donde se veian una silla, un colchon, una palmatoria de barro con bujía, y un cántaro pequeño.

—Me salva mi prevision,—dijo Cautela despues que hubo cerrado, y mientras examinaba el reducido aposento,—todo está en su lugar, y nadie sospecha que tengo aquí el escondite más seguro que puede imaginarse. Estoy tranquilo, y ya nada me falta más que dar el golpe, lo cual haré esta misma tarde, mientras el señor don Pedro amenaza, suplica y se desespera porque nada consigue. Despues, aquí, y el viaje cuando sea oportuno; porque es la mayor torpeza salir de Madrid cuando uno quiere ocultarse. No me agrada vivir en país extraño, pero tras esta situacion ha de venir otra muy pronto, cambiará todo, y yo podré volver á mi amada patria sin temor alguno, podré volver y aprovechar los dias de trastorno y de desórden para desembarazarme de todos mis enemigos.

No es menester que expliquemos en qué consistia el plan de Cautela.

Pocos minutos permaneció en la boardilla.

Convencido de que nadie habia penetrado allí, salió cerrando y guardando la llave.

Eran las tres de la tarde.

El agente de policía se encaminó al gobierno civil, y á los diez minutos se encontraba en presencia de su jefe el señor Morato.

—Llegas á tiempo, mi querido Cautela.

—Me alegro ser oportuno,—dijo el ex-sacristan, mientras se frotaba las manos.

—Hoy tenemos poco que hacer.

—Por eso no he querido apresurarme y me he tomado la libertad de vagar por esas calles y cafés en busca de casualidades.

—¿Has visto algo de particular?

—Nada, mi respetable jefe.

—Te he dicho que llegas á tiempo, porque espero un aviso y creo que tendré necesidad de tí.

No bien habia dicho estas palabras el señor Morato, cuando dieron algunos golpecitos á la puerta.

—Adelante,—dijo el jefe de policía.

Entró el portero con una carta que dejó sobre la mesa.

El señor Morato rompió el sobre y leyó lo siguiente:

«Desde la casa de Chamberí no ha podido seguirse el coche más que un trozo de camino, porque el cochero

vió al muchacho; pero volvió hora y media despues y ya teniamos prevenido otro carruaje.

»Salió junto á la puerta de Bilbao.

»Fué á la calle de la Comadre, entró en la casa núm... y subió á las boardillas.

»Volvió á salir á los cinco minutos, y ahora debe estar hablando con usted.»

El señor Morato no hizo el más leve gesto que indicase la impresion que le producia el escrito que dejamos copiado.

Con su calma habitual volvió á doblar el papel, y mirando á Cautela y sonriendo dulcemente, le dijo con indiferencia:

—Ya nada tenemos que hacer, y por consiguiente puedes seguir aprovechando el tiempo como mejor te parezca.

No deseaba otra cosa el ex-sacristan, así qué, concretándose á pronunciar algunas palabras de despedida, salió del despacho y luego del edificio, encaminándose con lentitud á la calle de Alcalá.

El mismo muchacho que antes lo habia seguido, encontrábase en la calle Mayor y continuó su espionaje.

El agente de policía entró en la suntuosa vivienda del señor de Rubianes, no sin haberse convencido antes de que nadie lo seguia ni lo observaba.

El pilluelo empezó á vagar por la ancha calle, aunque sin perder de vista la casa.

Aún no habian pasado diez minutos, cuando Pintura

entró en la calle de Alcalá, se acercó al muchacho, y sin detenerse, le dijo al pasar:

—Vete.

Y ambos se alejaron en distintas direcciones.

Ni Pintura, ni Cara-de-Palo, ni el pilluelo, ni la mendiga, ni el hombre cojo, volvieron á verse.

Cautela habia quedado en la más completa libertad.

Si entonces hubiera salido, nadie lo hubiese espiado.

Empero no salió, porque en el despacho del señor de Rubianes se entretenia muy agradablemente, realizando su plan.

¿Qué proyectaba el señor Morato?

No tardaremos en saberlo.

¿Y qué era de la esposa del señor Patricio?

¿Y en que situacion se encontraban Guillermo de Luján, Clotilde y su hijo?

Paciencia, lector, porque no nos es posible referirlo todo á la vez.

Ahora, como en la calle de Alcalá nada tenemos que hacer, iremos en busca de Susana y del señor de Rubianes.

CAPITULO XCIV.

Antes de verse.

Retrocederemos y veremos cómo Cautela, al detenerse el coche en que iba el señor de Rubianes, desplegó una dulce sonrisa, y dijo:

—Ya hemos llegado.

Don Pedro no pronunció una palabra, sino que abrió la portezuela y salió del carruaje.

Un momento despues se encontraba en el interior del edificio y frente á Maricota, que fijó una mirada de curiosidad insolente en el hombre respetable.

—¿Hay novedad?—preguntó el agente de policía.

—¿Qué novedad quieres que haya mientras yo esté aquí?—replicó Maricota con su natural aspereza.—Ya sabes que no me dejo engañar, aunque si he de ser justa, esa mujer no me incomoda para nada.

—¿Has hablado con ella?

—Hablé y me escuchó sin responderme, y como yo no consiento que nadie me mire por cima del hombro, le dije que todos en el mundo eramos iguales y que los señorones nacian en cueros lo mismito que nosotros, y que cuando se morian, hacian los mismos gestos y se quedaban tambien iguales.

—Maricota,—replicó severamente el ex-sacristan,— te mandé que tratases con respeto á esa señorita.

—No le he faltado al respeto, sino que le he dicho la verdad, y para que veas que no sabes lo que te pescas te contaré lo que ha pasado.

—Acaba, que no tenemos tiempo para escucharte.

—En vez de ofenderse porque le dije la verdad, puso otro gesto, dando á entender que le habian gustado mis palabras, y desde entonces no me miró de medio lado y con desprecio, sino frente á frente, y empezó á hablarme, diciéndome unas cosas que encantaban. Lo que te digo, Perfecto, es que esa mujer vale mucho y que tiene lo que se llama remuchísimo corazon. ¿Lo entiendes? Y me parece que al fin y al cabo... Yo me entiendo... Por mi parte no puedo hacer más que guardarla bien.

—Si no tienes otra cosa que decirme...

—Nada.

Cautela hizo una seña al señor de Rubianes para que lo siguiese.

Llegaron al aposento donde se encontraba Susana.

El hombre respetable se extremeció violentamente.

Su rostro, antes pálido, se tornó lívido y se desfiguró horriblemente.

De sus ojos pareció que se escapaban dos corrientes de fuego.

No latia en aquellos momentos su corazon, sino que se agitaba y revolvia como un convulso.

—¿Abro ya?—preguntó á media voz Cautela poniendo la mano en la llave.

—Espere usted,—murmuró el señor de Rubianes.

¿Le faltaba el valor?

No le faltaba, ó por lo ménos así lo creia él; pero estaba tan aturdido, era tan profundo su trastorno, que quería tomarse algunos momentos para recobrar la calma de que tanta necesidad tendria bien pronto.

En el interior de su pecho resonó como un ronquido sordo y apagado.

—¡Oh!—murmuró el miserable, llevando las manos al corazon como si hubiera querido evitar que roto en mil pedazos se escapase de su encierro.

Cautela quedó inmóvil y dijo para sí:

—Ahora pasa por donde yo he pasado, y dentro de algunas horas le habrá sucedido lo que á mí me sucedió... ¡Oh!... Cuando la vea con el puñal en la mano y los ojos relumbrantes como los de una pantera, su amor desaparecerá, porque no hay amor posible con el miedo.

Cautela se equivocaba al juzgar por sí al señor de Rubianes, porque no tenia en cuenta que la pasion de

éste era mas profunda, una verdadera pasion, que probablemente no se extinguiria sino con la existencia.

Hizo don Pedro un esfuerzo sobrenatural, y al fin consiguió, no recobrar la calma completamente, pero sí desaturdirse algun tanto, lo suficiente al ménos para presentarse á Susana y dar principio á la lucha.

—Abra usted,—dijo.

El ex-sacristan dió media vuelta á la llave, que rechinó en la cerradura, y luego dijo:

—Segun le he indicado á usted, tengo que irme.

—Lo sé.

—Deseo que sea usted afortunado en su difícil empresa.

—Gracias.

Empujó la puerta el agente de policía, abriéndola lo suficiente no más que para dar paso al señor de Rubianes.

Éste penetró en el aposento.

Cautela cerró, aunque sin echar la llave, y se alejó apresuradamente.

Hubiérase dicho que tenia miedo.

Cuando llegó donde estaba Maricota, temblaba el ex-sacristan.

—¿Qué te sucede?—le preguntó ella.

—Nada.

—Tienes cara de difunto.

—Lo que tengo es mucha prisa.

—¿No quieres almorzar conmigo?

—No.

—¿Vendrá luego Manolo?

—Vendrá.

—Pues anda con Dios, que yo me quedo para divertirme.

—No olvides mis advertencias, porque el asunto es muy grave y la menor torpeza podria costarnos á todos muy cara.

—Descuida.

El ex-sacristan salió, entró en el carruaje y se alejó.

No tenemos para qué seguirlo, porque sabemos ya lo que hizo despues.

Ocupémonos de Susana y del señor de Rubianes.

CAPITULO XCV.

El señor de Rubianes empieza á creer que Susana se ha vuelto loca.

La infeliz jóven estaba sentada y en su rostro y actitud se revelaba su tristeza, su intenso dolor.

Nose movió cuando oyó sonar la puerta, porque creyó que quien entraba era Maricota ó el agente de policía; pero la presencia del señor de Rubianes la sorprendió, produciéndole un efecto inexplicable.

No pudo la desdichada contener un grito.

El hombre respetable, lo mismo que dos dias antes Cautela, detúvose, quedando inmóvil y contemplando á su víctima con ardiente y afanosa mirada.

Por algunos momentos reinó un silencio absoluto.

Entonces hubieran podido contarse las palpitaciones violentas y desiguales de aquellos dos corazones.

¡Empero cuán distintos eran los sentimientos que los agitaban!

Pasados los primeros efectos de la sorpresa, recobró Susana todo su valor, toda su energía, toda la serenidad que en las situaciones más críticas le daba superioridad inmensa sobre sus enemigos.

Para que no le faltase el valor contribuia mucho el convencimiento que abrigaba de que no podia suceder-le nada peor de lo que le habia sucedido.

La infeliz no dudaba ya de que su noble hermano moriria, y de que tambien sucumbiria su débil madre bajo el peso enorme de sus sufrimientos.

¿Qué le importaba tener que luchar con el señor de Rubianes en lugar de Cautela? Para ella era lo mismo, porque lo mismo esperaba del uno que del otro.

Ya no tenia que mirar más que por su honra, y su honra estaba bien defendida con la firme resolucion de darse la muerte antes que ceder.

Todo lo demás lo habia ya perdido, y por consiguiente no habia nada que pudiese hacerle temblar.

Cambió la expresion de su rostro, empezando á pintarse en él toda la fiereza de su orgullo, toda la grandeza de su dignidad.

El señor de Rubianes la encontró tan bella y tan seductora con su altivez, como con su terror.

Para un hombre que ama como amaba el miserable, todos son encantos.

Despues de reflexionar en cuanto se lo permitió su

turbacion, el hombre respetable decidió dar principio á la conversacion, con cuanta tranquilidad le fuese posible.

El ex-sacristan, en la misma situacion, habia cometido una torpeza que no cometeria el señor don Pedro de Rubianes.

Susana concluyó por mirarlo con profundo desden y luego bajó los ojos, introduciendo la mano derecha bajo su ropaje y buscando el mango del puñal.

—Señorita,—dijo al fin el criminal hipócrita, dando un paso hácia la jóven,—siento mucho que las circunstancias me hayan obligado á hacer lo que á mí mismo me horroriza, lo que desde luego condeno para evitarle á usted la molestia de condenarlo; pero me consuela la esperanza de que acabará usted por dar á esas mismas circunstancias el valor que tienen, y reconocer que cierta clase de preocupaciones son el mayor enemigo de la criatura.

Susana levantó la cabeza y contempló un momento al señor de Rubianes, como si con la mirada quisiese medirlo.

En seguida volvió á bajar los ojos, inclinando la frente y quedando inmóvil.

Ni una sílaba articuló.

El hipócrita exhaló un penoso suspiro.

—Más que por mí,—dijo,—por el bien de usted, le aconsejo que hable, que haga cuantas observaciones le parezcan oportunas, que discuta usted, en fin, porque

de otro modo esta situacion violenta y enojosa no tendrá término.

Efectivamente, la entrevista debia prolongarse si Susana se obstinaba en callar, y siquiera fuese porque la dejasen sola, le convenia responder.

Por segunda vez levantó la cabeza la hija del señor Patricio, y con voz firme y reposada dijo:

—Creí que de mi resolucion le habia dado á usted conocimiento su rival.

—¡Mi rival!...

—Sí.

El señor de Rubianes apretó los puños y luego, con acento de amargura, replicó:

—No he visto á mi rival afortunado, y ni siquiera sé dónde se encuentra.

No hay que decir que el hipócrita creia que se le hablaba de Alberto y que Susana se referia al ex-sacristan.

—Dice usted que no lo ha visto,—replicó la jóven,—que no sabe dónde se encuentra...

—Se lo juro á usted.

—¿Pues quién sino él me ha traido aquí? ¿Y por qué me ha tendido este lazo si no estaba de cuerdo con usted?

—¡De acuerdo conmigo!—murmuró el señor de Rubianes como quien no entiende lo que le dicen.

—Caballero,—replicó Susana,—si ha de negar usted lo que es evidente...

—Nada niego, porque no tengo motivo para negar. No, señorita, no quiero sincerarme, y como ahora nadie nos escucha, mis palabras no pueden comprometerme, reconozco la verdad, me presento tal como soy, pues la situacion exige que hablemos con claridad, y hasta por mi propia conveniencia he arrojado la máscara de mi hipocresía al penetrar en este aposento.

Susana se encogió de hombros, haciendo un gesto que significaba:

—No entiendo.

—Recuerda usted á mi rival...

—¿Y por qué no?

—¡Oh!—exclamó el señor de Rubianes, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.—¿Es que intenta usted encender mi enojo para que me trastorne y no sea dueño de mi razon ni de mi voluntad?... Si es así, no conseguirá usted su objeto. Ya sé que es usted amada, y tampoco ignoro que corresponde usted á la pasion del hombre á quien odio con todas las fuerzas de mi alma.

—Caballero,—replicó la jóven, poniéndose en pié como impulsada por un resorte.

Y fijó en el señor de Rubianes una mirada terrible.

—Sí,—repuso el hipócrita,—ya sé que es usted amada y que ama tambien, y por consiguiente no es posible que me sorprenda. Esta es la verdad... ¿Por qué no he de decirla?

—Basta,—interrumpió la hija del señor Patricio con voz reconcentrada,—basta, porque todo lo toleraré mé-

nos la suposicion de que correspondo á la pasion criminal de ese hombre, más que miserable, repugnante.

—¡Califica usted de miserable y repugnante á mi rival!... ¡Llama usted criminal su amor!...

El señor de Rubianes abrió extremadamente los ojos y miró á la jóven con expresion indescriptible.

Como él se referia siempre al noble Alberto, no podia comprender que ella lo recordase del modo que lo hacia.

Lo primero que le ocurrió pensar al hipócrita, fué que la razon de Susana se habia trastornado.

¿No era posible y aún probable que sucediese así en fuerza de las rudas conmociones que habia experimentado la desdichada?

Celosa de su honor y al ver que éste se le exigia como precio de la salvacion de su hermano y de su madre, nada tenia de particular que Susana, por consecuencia de la lucha interior que habia tenido que sostener, dudando y sufriendo y queriendo salvar á su hermano y á su madre, queriendo salvar su honra y su pureza, y viendo que todo se perdia y que su única salvacion era la muerte por medio del suicidio, nada tenia de particular, repetimos, que hubiese perdido la razon.

Y esto era tanto más fácil, cuanto era más ardiente y viva la imaginacion de Susana, tanto más fácil por la misma delicadeza de su sensibilidad.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Señorita,—dijo al fin el señor de Rubianes con

cuanta calma y dulzura le fué posible,—ruego á usted se tranquilice...

—Ya lo he dicho,—replicó vivamente la jóven:—no toleraré una suposicion que hiere mi dignidad, que me ofende, que me atormenta, que me deshonra, no la toleraré y debe usted comprenderlo así, puesto que por la honra estoy dispuesta á darme la muerte.

—¡Ah!... ¿Será cierto que no ama usted á mi rival?

Susana rugió mientras que su diestra oprimia con fuerza convulsiva el mango del puñal.

Poco faltó para que la desdichada se lanzase sobre don Pedro, como habia intentado hacerlo con Cautela.

Empero se contuvo y despues de un momento, dijo con voz alterada por la ira.

—¿Acaso ese hombre miserable y ruin, se habrá envanecido con un triunfo imaginario?... ¡Oh!... Caballero, quiero explicaciones, explicaciones claras y terminantes, y usted no me las negará, porque está obligado á darlas.

—La verdad y la justicia ante todo,—repuso el señor de Rubianes:—mi rival no se ha envanecido con triunfos que no haya alcanzado, y al ménos á mí, no solamente no me ha dicho que sea correspondido en su amor, sino que tampoco me ha hablado una palabra de semejante asunto.

—Entonces...

—Lo he supuesto, y debe usted reconocer que para mis suposiciones hay motivo.

—¿Y en qué se funda usted para hacer esas suposi-

ciones que me degradan? ¿Qué sabe usted, qué ha visto que le haga creer lo que no existe?... ¡Oh!... Explíquese usted, caballero, explíquese usted pronto.

—Señorita...

—Si aquí me encuentro, es contra mi voluntad, y si así no se lo han dicho á usted terminantemente, ha debido usted suponerlo. Ese miserable ha tenido la audacia de hablarme de su amor, me ha suplicado de rodillas unas veces, y otras ha querido intimidarme con amenazas.

—¡Amenazas!...

—¿Pero qué prueba esto?

El señor de Rubianes volvió á sospechar que Susana habia perdido la razon.

Al miserable le hablaban de su rival, y él no podia pensar entonces más que en Alberto.

¿Cómo habia de acordarse de Cautela?

¿Cómo habia de sospechar que el agente de policía trabajaba para sí y no habia renunciado á Susana sino cuando se habia convencido de que su intento era un imposible?

—Sí,—añadió la jóven despues de algunos instantes, —su rival de usted sabe ya que estoy dispuesta á darme la muerte antes que ceder á sus exigencias ni á las de usted, lo sabe ya y sobre este punto no puede abrigar dudas. ¿Por qué no se lo ha dicho? Así habria usted evitado esta escena desagradable para todos, y habria usted adoptado la resolucion que más le conviniese, en la inteligen-

cia de que por mi parte, nada tengo que decidir, porque ya he decidido.

Don Pedro no acertó á replicar.

Estaba completamente aturdido y aun empezaba á infundirle terror la horrible sospecha de que Susana se hubiese vuelto loca.

—Ese hombre me persigue,—dijo la jóven con creciente exaltacion,—me tiende un lazo infame, lo engaña á usted y quiere en último resultado sacar provecho de todos... Y usted, tan torpe como ruin, ni conoce á ese miserable, ni se convence de mi firmeza... ¡Oh!... Igualmente criminales son ustedes, igualmente despreciables... Salga usted, que su presencia me ofende, y antes que soportarla prefiero morir. No insista usted, y que no insista su rival; ya conozco mi desgracia, la acepto y me resigno... Que muera mi hermano, sacrificado por los satélites de la tiranía; que sucumba mi madre á impulsos de su dolor; que el noble Guillermo de Luján sea tambien víctima de la más negra traicion... Aún queda mi padre, mi valeroso padre, que no los perdonará á ustedes jamás y que algun dia, tal vez nó lejano, les pida cuentas de su conducta criminal y satisfaga su sed de venganza, siendo tan inexorable y cruel, como es ahora generoso: y además de mi padre, queda Alberto de Luján, con su gran corazon, con el ardor impetuoso de su juventud, con la ponzoña que ha infiltrado usted en su alma, y más ó ménos tarde aniquilará á los cobardes traidores que han destrozado su corazon...

Interrumpióse un momento Susana, porque le faltaba el aliento.

Su febril exaltacion crecia por instantes.

Su mirada ardiente empezaba á presentar los primeros síntomas del extravio.

No habia duda, habia perdido la razon, y así debió creerlo el señor de Rubianes, porque no solamente el aspecto de la infeliz, sino sus palabras, eran una prueba de semejante desgracia.

La jóven, en concepto del hipócrita, habia llamado miserable y ruin al hijo de Clotilde, y sin embargo, de él esperaba venganza.

—Y por último,—dijo la hija del señor Patricio,—si no me defiende la justicia de los hombres, si no soy vengada en este mundo, me queda la inexorable justicia de Dios.

Quiso el señor don Pedro de Rubianes hacer el último esfuerzo, y mientras que con algun temor daba un paso hácia Susana, dijo:

—Señorita...

Pero ella lo interrumpió, extendiendo el brazo izquierdo y exclamando:

—¡Atras, miserable!

Y sin poder contenerse, sacó el puñal y lo colocó sobre su palpitante pecho con la firme resolucion de quitarse la vida.

El hipócrita dejó escapar un grito destemplado y retrocedió.

—Salga usted,—dijo Susana con imperioso y duro tono,—salga usted ó me mataré.

—¡Oh!...

—Salga usted...

—Sí,—murmuró el señor de Rubianes.

Y temeroso de que Susana cumpliese su terrible propósito en aquellos momentos de exaltacion, abrió la puerta y se apresuró á salir.

La jóven guardó el puñal y se dejó caer en una silla como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

CAPITULO XCVI.

Momentos de tregua y descanso.

Más cerca que Susana, estaba el señor de Rubianes de perder la razon.

Trastornado y sin poder darse cuenta de lo que le sucedia, entró en el primer aposento cuya puerta encontró abierta.

Allí estaba Maricota, que al ver al caballero, se puso en pié y le preguntó:

—¿Necesita usted algo, señor?

—Nada,—respondió él maquinalmente.

Entonces ella se dispuso á salir; pero don Pedro la detuvo diciéndole:

—Espere usted.

—Ya espero.

—Siéntese usted, que tenemos que hablar.

Obedeció Maricota.

El señor de Rubianes empezó á recorrer el aposento con desiguales pasos.

Esforzábase sin poder calmar su agitacion.

En vano buscaba explicaciones sobre lo que acababa de suceder.

Cuanto más reflexionaba, más se convencia de que Susana estaba loca.

Esto lo desesperaba, y como nadie quiere reconocer que ha sido torpe, concluyó por acusar á Cautela, suponiendo que la dureza conque éste habia tratado á la jóven, era el orígen de la desgracia.

Y la verdad es, que el señor de Rubianes estaba dispuesto á hacer lo mismo que censuraba en otro, es decir, no vacilaba en cuanto á poner á la infeliz jóven en la espantosa alternativa de escoger entre la vida de su hermano y su honor.

Empero el miserable, ciego por su vanidad, creia que él podia hacer esto más hábilmente y sin que diera el tristísimo resultado de trastornar el juicio de la infeliz Susana.

Unos diez minutos trascurrieron sin que el hipócrita dejase de pasear y meditar sobre su crítica situacion.

Al fin se detuvo frente á Maricota, y le dijo:

—No puedo ocultárseme que tiene usted una inteligencia muy clara, á pesar de la rudeza propia de su educacion.

—A Dios gracias no soy tonta, y para que á mí me la peguen han de andar muy listos.

—Deseo conocer todas las observaciones que haya usted hecho respecto á la señorita Susana.

—¿Y qué observaciones quiere usted que yo haga? Me han dicho que la vigile, y la vigilo; me han mandado guardar secreto sobre todo lo que aquí suceda, y lo guardaré.

—Ya sé que es usted leal; pero quiero tratar de otro asunto.

—Explíquese usted para que nos entendamos.

—Usted ha hablado algunas veces con nuestra prisionera.

—Sí, señor.

—¿Y no ha advertido usted en sus palabras señales de extravío mental?

—No sé lo que eso significa.

—Quiero decir, que si no ha sospechado usted que esa jóven se haya vuelto loca.

—¡Loca!...

—Tengo motivos para sospecharlo.

—¡Quiá!—exclamó Maricota, haciendo un gesto de duda,—lo que tiene esa mujer es muchísimo entendimiento y muchísima alma. Ya se lo he dicho á Perfecto, y no quiere convencerse. ¿Por qué cree usted que está loca?

—Lo creo, porque se contradice á cada palabra, porque asegura que odia á los que ama con más ternura, y

porque supone que yo estoy en relaciones íntimas con su amante, siendo así que ella tiene pruebas de que ni siquiera lo veo.

—Sobre ese punto no puedo decir nada, porque no tengo bastantes noticias ni más antecedentes quo los que me ha dado Cautela, y que son bien pocos.

—Además, sin que yo la amenazase, sin que intentase ninguna violencia, sacó el puñal que guarda...

—Y ha querido matarlo á usted, ¿no es verdad?

—Ha querido matarse, y para evitarlo he tenido que salir del aposento.

—¿Y á eso le llama usted estar loca? Pues mire usted, yo estoy en mi juicio cabal, y si me encontrára en el caso de esa mujer, haria lo mismo que ella hace. Esto lo digo ahora que ella no me oye. Supongo que sabe usted lo que sucedió con Perfecto, y no debe sorprenderle á usted nada. Con muchísima frescura y cuando se cansó de oirlo, le sacudió una bofetada, le hizo rodar por el suelo, y le quitó el puñal... ¡Cuando digo que esa mujer me gusta!... Pero en fin, nada me importa de todo esto, y la vigilaré como he prometido.

—Temo que Cautela haya estado demasiado duro.

—Como no conseguia nada, le amenazó á su prisionera conque fusilarian á un hermano suyo y con otras cosas por el estilo. Ya vé usted que esto es bastante para que se le suba la sangre á la cabeza á cualquiera que tenga el alma puesta en su sitio.

—Pero no ha sido eso lo que ha excitado ahora su

ira, sino el que yo suponga que corresponde al amor de mi rival.

Maricota sonrió maliciosamente, y guardó silencio.

Acababa de comprender por qué la jóven se enfurecia cuando se nombraba al rival del señor de Rubianes.

Éste se convenció de que nada adelantaria con hacer nuevas preguntas á Maricota, y volvió á guardar silencio.

Difícil, muy difícil era adoptar una resolucion acertada, y no encontró ninguna el señor de Rubianes por más que caviló.

Lo más prudente era esperar á que se calmase la violenta excitacion de la hija del señor Patricio, y una vez que así sucediese, podria, quizá con ventaja, entablarse nuevamente la lucha.

Miró el reloj el señor de Rubianes.

Eran las cuatro.

—Déjeme usted,—dijo á Maricota.

Ésta salió.

El miserable se entregó con toda libertad á sus desagradables reflexiones.

Al cabo de media hora creyó que habia pasado mucho tiempo, el suficiente por lo ménos para que Susana se calmase.

—Veamos,—murmuró.

Y se dirigió nuevamente al aposento donde se encontraba la infeliz jóven.

Su mano tembló al ponerse en la llave.

Dudó algunos momentos; pero al fin se decidió y entreabrió la puerta, dirigiendo una mirada al interior del aposento.

Susana se encontraba inmóvil y en la misma silla que antes habia ocupado.

El señor de Rubianes la contempló.

—Parece,—dijo para sí,—que está más sosegada.

Y creyéndolo así, entró en el aposento, volviendo á detenerse á tres ó cuatro pasos de distancia de su víctima.

Ella no dió muestras de haberse apercibido de la presencia del señor de Rubianes.

CAPITULO XCVII.

De cómo Susana tuvo algunos minutos de goce.

El señor de Rubianes exhaló un triste suspiro, y con acento más que dulce, humilde, dijo:

—Señorita, pido á usted perdon...

—¿Qué quiere usted?—interrumpió vivamente Susana.

—Estoy trastornado, á punto de volverme loco...

—¿Y qué me importa?—replicó la jóven desdeñosamente.

—A los dos nos importa entendernos.

—¿Acaso dan lugar á duda mis palabras?

—Vuelvo á pedir á usted perdon; pero me veo obligado á decirle que no la comprendo.

—Pues me es imposible explicarme con más claridad.

—Por el bien de todos, hablemos tranquilamente algunos minutos.

—Lo único que á usted le interesa es conocer mi última resolucion, y ya la conoce usted.

—Sí, asegura usted que se quitará la vida...

—Y no vacilaré para cumplir mi propósito.

—Convencido estoy de que le sobra á usted el valor para eso y mucho más.

—Entonces...

—Hay que poner en claro otras circunstancias...

—Ningunas, porque continúo suponiendo que su miserable rival de usted...

—¡Otra vez mi rival!...

—¿Y por qué no?.

—Ignoro lo que mi rival tiene que ver en este asunto.

—Tiene mucho que ver, puesto que ha sido el primero que ha cometido la torpeza de amenazarme con descubrir el paradero de mi hermano.

—¡Oh!—exclamó el señor de Rubianes desesperadamente.—Sí, acabaré por volverme loco.

—El miserable sabe ya que tengo valor para ver morir á mi hermano y á mi madre...

—Sabrá todo lo que usted quiera; pero á mí no me lo ha dicho, ni ha podido decírmelo, puesto que no estamos en relaciones, y esto no lo ignora usted.

—¡Que no están ustedes en relaciones!...

—¿Por qué se sorprende usted?

—Si no intenta usted añadir á su criminal abuso la burla...

—Señorita...

—Ese hombre miserable no ha podido mentir cuando me ha dicho que de acuerdo con usted me han encerrado aquí.

—Verdad es que de acuerdo conmigo, obedeciendo mis órdenes, la ha traido á usted á esta casa un agente de policía, conocido por el apodo de Cautela; pero ahora no tratamos de él, sino de Alberto de Luján...

—¡De Alberto!—exclamó Susana con acento de profunda extrañeza.

—Sí, de Alberto, puesto que Alberto es mi rival, y de mi rival me hablaba usted...

—¡Ah!... Ya comprendo...

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo ha podido usted creer que yo me refiriese al noble Alberto cuando hablaba de un hombre ruin y miserable?

—Pero...

—¿Cómo ha podido usted creer que Alberto de Luján fuese el rival á quien yo aludia?

—Lo he creido, porque no tenia noticias de otro, y si he de hablar con franqueza, sospeché que habia usted perdido la razon al oirla hablar, del modo que lo hizo, de mi rival afortunado.

Susana guardó silencio por algunos instantes.

Luego cambió la expresion de su rostro, y con gran

sorpresa del criminal hipócrita, dejó la infeliz escapar una burlona carcajada.

Por un momento brilló en sus negros ojos un relámpago de alegría.

¿Qué significaba semejante cambio?

Significaba que la jóven se gozaba anticipadamente con la mortificacion del señor de Rubianes.

El rostro de éste se contrajo aún más de lo que estaba y se tornó lívido.

—¿Quiere usted explicarse?—replicó.

—¡Ignora usted que tiene otro rival además de Alberto!...

—Lo ignoro.

—Acabará usted por infundirme compasion.

Don Pedro quedó como aturdido.

—Puesto que usted lo ignora,—añadió la hija del señor Patricio,—yo se lo diré.

—Sí, sí.

—Hay un hombre que me ama con ciega locura, un hombre en cuyo pecho arde una pasion quizá más violenta que la de usted, un hombre que daria su existencia por apagar la sed devoradora de su amor impuro, daria su existencia por un solo instante de la dicha que anhela.

—¡Oh!—murmuró el señor de Rubianes con voz sorda.

—Ese hombre ha estado á mis piés, intentando conmoverme con súplicas verdaderamente desgarradoras,

y ha creido estrechar entre sus manos convulsas y ardientes, mis manos abrasadas tambien.

Don Pedro apretó los puños y sus dientes rechinaron.

Susana desplegó una sonrisa y prosiguió diciendo:

—Y yo he visto á ese hombre trastornado, completamente loco por la fuerza de su pasion, lo he visto presa de un vértigo espantoso, lo he contemplado mientras su pecho se levantaba penosamente á impulsos de las palpitaciones violentas de su corazon, y mientras que de sus ojos se escapaban unas veces lágrimas de ternura infinita, y otras relámpagos de desesperacion...

—¡Basta, basta!—interrumpió el señor de Rubianes con voz sorda.

—No basta,—dijo la jóven, gozándose en el martirio de su criminal perseguidor,—no basta, porque es preciso que lo sepa usted todo... ¿No deseaba usted que nos entendiésemos? ¿No queria usted claras y terminantes explicaciones?

—Pero tambien pruebas, pruebas palpables...

—Tambien, sí, tambien tendrá usted pruebas, y pruebas que pueda ver con sus ojos, tocar con sus propias manos...

—¡Oh!...

—Odio á ese hombre; pero si me fuese forzoso elegir entre él y usted, á él me entregaria...

—¡Susana!...

—Sí, porque á pesar de que es un miserable, cuya de-

pravacion ha llegado hasta el último extremo, no es tan despreciable como usted, puede uno en ciertas circunstancias dejarse llevar de un impulso noble, puede aún regenerarse y ser honrado si yo me empeño en que lo sea.

—¿Quién es ese hombre?

—Su amor es tan profundo, hay en su corazon tanta ternura para mí, expresaban tanto sus ojos cuando cayó á mis piés suplicante...

—¡Usted ama á ese hombre!...

—No lo amo; pero entre usted y él...

—¿Quién es, dónde está?—gritó fuera de sí el señor de Rubianes.

—No tardará usted en verlo, y en presencia de usted me suplicará, porque yo se lo exigiré así, y... ¡Quién sabe si al fin me apiadaré de sus sufrimientos ó si por mi propia conveniencia me decidiré á darle alguna muestra de ternura, á dejarle entrever alguna esperanza!

Don Pedro se oprimió las sienes y rugió como un tigre.

No puede hacerse comprender lo que sufria.

Susana no podia salvar á su hermano, no podia salvarse ella misma; pero empezaba á vengarse y saboreaba su venganza con una complacencia infinita.

—Ese hombre,—añadió mientras continuaba sonriendo y el fuego de la alegría iluminaba sus negros y magníficos ojos,—ese hombre ha sido mi sombra por espacio

de mucho tiempo; á todas horas y en todas partes he encontrado la mirada ardiente y devoradora de ese desdichado; á todas horas y en todas partes he tenido ocasion de oir sus lánguidos suspiros y sus palabras tiernas, dulces y omorosas... ¡Oh!... Antes me inspiraba horror; pero despues lo he mirado con lástima, porque he comprendido lo que sufria...

—¡Con horror y con lástima!...

—Sí.

—¡Y nunca con indiferencia!...

—No, nunca con la fria indiferencia que lo miro á usted.

El señor de Rubianes se dejó caer en una silla y ocultó el rostro entre las manos.

—Y desde que estoy aquí,—prosiguió diciendo Susana,—una vez y otra vez, lo he visto á mi lado, una vez y otra vez he percibido clara y distintamente los latidos de su corazon en tanto que él escuchaba afanosamente los del mio; una vez y otra vez, acercándose á mí para suplicarme, he sentido que su aliento abrasaba mis mejillas...

El señor de Rubianes exhaló un grito destemplado y se puso en pié.

Su rostro estaba horriblemente desfigurado.

Sus manos, crispadas, temblaban convulsivamente.

Dos corrientes de fuego se escapaban de sus ojos.

—¡Ha estado aquí ese hombre!—exclamó con voz ronca.

—Claro es que ha estado aquí, puesto que aquí me ha traido él mismo.

—¿Qué está usted diciendo?

—Digo que al venir á esta casa ese hombre, no ha hecho más que cumplir las órdenes de usted, si bien al cumplirlas ha querido aprovechar la ocasion...

—¡Cautela!...

—¿Acaso no habia usted comprendido que su mismo cómplice era su rival?... ¡Cuán fácilmente se le engaña á usted!

Rugió desesperadamente el señor de Rubianes.

—Extraño es, caballero, que no le haya llamado á usted la atencion una circunstancia que no podia pasarle desapercibida.

—¿Cuál?—preguntó don Pedro, que apenas podia respirar.

—La de que ese hombre me ha tenido aquí dos dias y no lo ha traido á usted hasta que ha perdido la esperanza de triunfar de mi resistencia.

—¡Me engañaba el miserable!...

—Y aún lo engaña á usted.

—¡Oh!... Cara pagará su osadía, yo lo juro, cara ha de pagarla ó yo dejaré de ser quien soy..

—Ese hombre vale más que usted.

—Lo veremos.

—Escuche usted, caballero...

—Antes necesito vengar la ofensa recibida,—replicó don Pedro, dando un paso hácia la puerta.

—¿Adónde vá usted?

—A buscar á ese miserable traidor...

—Segura estoy de que vá usted á darle ocasion de una segunda burla.

No escuchó más el señor de Rubianes y se lanzó fuera del aposento sin detenerse más que para cerrar y guardar la llave.

—¿Qué le sucede á usted?—le preguntó Maricota.

—Voy á salir para un asunto muy urgente...

—¿Me necesita usted?

—A quien necesito es á Cautela para consultarle sobre el nuevo aspecto que presenta la situacion,—replicó el señor de Rubianes.

—¿Y vá usted á buscarlo?

—Sí, porque debe estar en mi casa.

—Piense usted que es tarde, que estamos lejos de Madrid y que es probable que le coja á usted la noche en el camino.

—No importa.

Maricota se encogió de hombros con indiferencia.

—Puede suceder,—añadió don Pedro,—que Cautela venga por otro lado, y si así sucede, dígale usted que me aguarde, porque si no lo encuentro en mi casa, me vendré en mi carruaje y no tardaré en llegar.

—Está bien, señor; pero me parece que no se encuentra usted bien y que deberia descansar algunos momentos.

—No puedo perder un solo instante.

—Muchas veces,—repuso Maricota,—perdiendo tiempo, se gana.

—A pesar de esa filosófica observacion, no me detendré.

—Y las afueras de Madrid, á estas horas...

—Todo lo sé.

Sin escuchar más observaciones, salió el hipócrita y se alejó rápidamente de la casa.

CAPITULO XCVIII.

Idas y venidas.

Cuando el señor de Rubianes llegó á Chamberí, se habian agotado sus fuerzas y tuvo que sentarse para recobrar el aliento.

Más que el cansancio del cuerpo, lo anonadaba la violenta agitacion de su espíritu.

Es imposible hacer comprender su estado en aquellos momentos.

Si alguien hubiera pasado por allí entonces, se habria detenido para ofrecerle socorro, porque no habia más que mirarlo para conocer lo que sufria.

Su rostro lívido, desfigurado y cubierto de frio sudor, hubiera infundido lástima al más indiferente.

No necesitaba meditar ni trazar plan alguno: queria

vengarse, castigar la traicion de Cautela, y esto era todo.

Ni por un momento puso en duda lo que le habia dicho Susana, y con profunda amargura y rabiosa ira recordó uno por uno los inconvenientes que el agente de policía le habia presentado para ir los dias anteriores á la casa de campo.

No bastaba una hora para que el señor de Rubianes recobrara las perdidas fuerzas; pero su impaciencia no le permitió descansar más que cinco minutos, y volvió á ponerse en pié, dirigiéndose por el camino más corto hácia la puerta de Bilbao.

La fortuna quiso protegerlo, porque aún no habia dado cien pasos cuando atravesó por allí un coche de alquiler, que regresaba á la poblacion y que iba desocupado.

El hipócrita exhaló una exclamacion de alegría, hizo parar el carruaje y mientras entraba en él le dijo al cochero:

—A la calle de Alcalá, número... Un duro si me llevas corriendo.

El caballo fué víctima de esta halagüeña promesa, porque mal de su grado, tuvo que trotar y galopar para contener la furia conque lo azotaba el cochero.

En pocos minutos entró el señor de Rubianes en su casa y subió rápidamente la escalera.

Ya se habia ocultado el sol y no habia más claridad que la débil de los crepúsculos.

—Que enganchen inmediatamente la berlina,—dijo el hipócrita al primer criado que se le presentó.

Y dirigiéndose á otro que tambien habia acudido á recibir órdenes, le preguntó:

—¿Ha venido ese caballero á quien debias recibir por escepcion?

—Sí, señor, vino como á las tres y media de la tarde, entró en el despacho, y sin duda cansado de esperar, se ha ido aún no hace cinco minutos.

El señor de Rubianes dejó escapar una exclamacion de ira.

A pesar de todo no creia que Cautela desapareciese, porque esto era muy difícil en su especial situacion.

Además, ¿qué adelantaria con huir?

Si tal hubiera sido su intento, habria tomado los diez mil duros; pero cuando no quiso recibirlos, probaba que no habia pensado en desaparecer.

El hipócrita mandó por segunda vez que se apresurasen á enganchar la berlina, y entretanto se dejó caer en un sillon, porque aún se sentia desfallecido.

Tal era su trastorno y tal su preocupacion, que no se acordaba de que en todo el dia habia tomado otro alimento que el chocolate que le dió la vieja.

Sentia un malestar inexplicable; pero no se daba cuenta de que era producido por el hambre.

Diez minutos despues, se presentó un criado, diciendo:

—La berlina espera.

El señor de Rubianes se apresuró á salir, indicó al cochero el camino que debia tomar, y le mandó obligar á los caballos á que adelantaran constantemente al trote largo.

Puesto que Cautela habia salido poco tiempo antes, no debia llevarle mucha delantera, y como iria en un coche de alquiler, creyó el señor de Rubianes que lo alcanzaría antes de llegar á la casa de campo.

De todos modos, don Pedro habia guardado la llave de la puerta del aposento que ocupaba la hija del señor Patricio, y el agente de policía, aunque llegase antes, no podria ver ni hablar á la jóven.

Cuando el carruaje estuvo fuera de la poblacion, el hombre respetable se asomó más de una vez á las ventanillas para decir al cochero:

—Más aprisa, más aprisa.

—Señor, el camino está lleno de baches.

—No importa.

—Puede romperse la berlina ó volcar...

—Que se rompa, que vuelque, que rebiente los caballos... Más aprisa.

Y la fusta crugia, y los fogosos caballos redoblaban la velocidad de su carrera.

Y la nube de polvo que envolvía el carruaje, avanzaba rápidamente como un blanco fantasma.

Llegaron al solitario edificio.

Los caballos estaban cubiertos de blanca espuma.

El señor de Rubianes abrió la portezuela sin esperar

á que lo hiciese su lacayo, saltó ligeramente al suelo y entró en la casa.

Maricota lo recibió con su glacial indiferencia.

—¿Ha venido?—preguntó afanosamente don Pedro.

—¿Quién ha de venir?

—Cautela.

—Ni ha venido él, ni mi Manolo, y empiezo á estar con cuidado.

Tampoco entonces dió el señor de Rubianes á la ausencia del agente de policía más importancia que la que tenia con relacion á su impaciencia por encontrarlo y vengarse.

—¿Y ella?—preguntó.

—Quise hacerle compañía un rato, porque su conversacion me gusta.

—¿Cómo se encuentra?

—No he podido entrar, porque se ha llevado usted la llave.

—Es verdad...

—Por el ojo de la cerradura le pregunté si necesitaba algo, me respondió que no y me dió las gracias, y la dejé.

—¿No ha comido?

—Ya lo habia hecho antes de que usted viniese y más tarde veré si quiere cenar.

Entonces fué cuando el señor de Rubianes pensó que una gran parte de su debilidad y trastorno era producida por la falta de alimento: pero aún no quiso darse

por vencido ante el hambre, y se sentó, volviendo á entregarse á sus reflexiones.

Maricota lo dejó solo.

¿Por qué no entraba el miserable en el aposento de Susana?

Tenia miedo de que la jóven le hablase otra vez de la pasion de Cautela, atormentándolo tan horriblemente como antes.

¿Qué habia hecho el agente de policía?

Preciso será que nuevamente nos separemos del señor de Rubianes, retrocedamos algunas horas y busquemos á Cautela para averiguar si puso en práctica su criminal propósito.

CAPÍTULO XXIII.

Lo que puede hacer con un alambre quien sabe manejarlo.

Cuando Canicio entró en la morada del señor de Ro-lhanos, dijo al criado que salió á recibirle:

—Ya sé que no está en casa el señor don Pedro; pero tengo que aguardarle.

—Puede usted hacer lo que guste.

El agente de policía entró en el despacho y se sentó.

Más de media hora permaneció casi inmóvil y con aspecto de estar abstraído.

En toda la casa reinaba el silencio más profundo, á por lo mismo al despacho no llegaba el más leve ruido.

Los criados, cumpliendo las órdenes que tenían, se habían retirado á las últimas habitaciones de la casa, dejando en completa libertad á Canicio.

Convencido éste de que nadie lo observaba y de que tampoco nadie se acercaria al despacho mientras él no llamase, dijo para sí:

—Creo que ya es hora, porque la operacion me costará bastante tiempo.

Cualquiera otro hubiera tomado la precaucion de cerrar la puerta; pero el ex-sacristan hizo todo lo contrario, abriéndola de par en par y levantando las cortinas.

Hecho esto, dijo:

—La última precaucion.

Salió del despacho al pasillo por donde habia que atravesar forzosamente para llegar allí.

Luego sacó una cajita de fósforos, colocando algunos de estos sobre el pavimento, de modo que quien pasase por allí tenia que pisarlos.

Al inflamarse el fósforo produciria un ruido que para Cautela debia ser la señal de que alguien llegaba.

Semejante circunstancia no podia llamar la atencion de nadie, porque nada tenia de particular que se hubiesen caido inadvertidamente algunos fósforos á cualquiera de los criados.

El ex-sacristan volvió al despacho.

—Ahora,—murmuró,—puedo estar completamente tranquilo.

Acercóse á la caja de hierro y la examinó detenidamente.

Luego sacó de uno de sus bolsillos un alambre, y em-

pezó á hacerle dobleces, dándole una forma extraña.

—Hé aquí,—dijo mientras sonreia,—lo que el señor de Rubianes no ha podido sospechar. ¿Cómo habia de creer que la complicada cerradura de esta caja pudiera abrirse fácilmente con un trozo de alambre?

No, don Pedro no habia sospechado semejante cosa, á pesar de que en su juventud habia tenido ocasion de tratar íntimamente á muchos ladrones.

El ex-sacristan hizo girar en diversos sentidos unos botones dorados que sobresalian de la puertecilla de la caja.

Despues introdujo el alambre en la cerradura y empezó á moverlo suavemente.

Imposible es dar una idea del aspecto del agente de policía en aquellos momentos.

Con nada puede compararse la intensidad y la fijeza de su mirada.

Pasó un minuto.

Cautela hizo un gesto de desagrado.

Sacó el alambre, deshizo alguno de sus dobleces, y haciendo otros, volvió á introducirlo en la cerradura.

Su respiracion era violenta y se percibia clara y distintamente en medio del silencio que allí reinaba.

De vez en cuando rechinaba el alambre al rozar con la cerradura.

Otros tres ó cuatro minutos pasaron.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la frente del ex-sacristan.

—¡Oh!—murmuró.—Si esta cerradura fuera francesa, todo habria concluido ya; pero es inglesa, y esos endiablados isleños saben bien lo que se hacen. Preciso será cambiar de sistema.

Sacó otro alambre algo más grueso, lo unió al primero y con ambos hizo nuevos dobleces, emprendiendo por tercera vez la operacion.

A los pocos segundos sonó en el interior de la caja un crugido metálico.

Cautela no pudo contener una exclamacion de alegría.

Quedó inmóvil por algunos instantes.

Luego volvió á mover el alambre.

Otro ruido, parecido al primero, dejóse oir.

—¡Ah!—exclamó el agente de policía, respirando como el náufrago que consigue alcanzar la orilla.

Y tirando de uno de los botones, abrió la caja.

Sus ojuelos relumbraron como dos luces fosfóricas.

Todos sus miembros temblaron convulsivamente.

Por algunos momentos le fué imposible moverse ni respirar.

Su ardiente mirada se fijó con afan indescriptible en el paquete de títulos que constituia casi toda la fortuna del señor de Rubianes.

¿Habia algun inconveniente para que consumase el robo?

Ninguno.

Si alguno de los sirvientes hubiese ido al despacho,



Y tirando de uno de los botones, abrió la caja.



tendria que pasar por donde se encontraban los fósforos, pisándolos y produciendo el ruido consiguiente.

No tenia Cautela más que hacer un movimiento para volver á cerrar la caja, sin que nadie hubiera podido ver nada que le infundiese sospechas.

Todo era ya cuestion de un minuto.

A pesar de las precauciones que habia tomado, volvió el ex-sacristan á la puerta y escuchó por algunos momentos:

Tampoco entonces percibió ruido alguno.

—Concluyamos,—dijo.

Y sus manos temblorosas por la emocion de su júbilo, cogieron el paquete.

Luego cerró la puertecilla de la caja.

¿Estaba todo hecho?

Para otro cualquiera, sí; pero no para el astuto y precavido agente de policía.

Un detalle quedaba de muchísimo interés, y no era posible que lo olvidase Cautela.

El miserable reflexionó algunos momentos.

—Mi impaciencia,—dijo,—me ha hecho empezar por donde debo concluir.

Abrió nuevamente la caja, examinando su interior.

—Aquí no están, murmuró.

Colocó otra vez el paquete en el sitio que antes ocupaba, para evitar que llamase la atencion de cualquier sirviente que entrase.

Acercóse á la mesa, dió al alambre nueva forma y

lo introdujo por el ojo de la cerradura de uno de los cajones.

La operacion fué breve.

Abierto el cajon, sacó el ex-sacristan un legajo en cuya cubierta se leia lo siguiente: *Compras de títulos.*

—Acerté, y me parece que no habré de tomarme nuevas molestias, porque el señor don Pedro no es un verdadero comerciante, no es un banquero y no tendrá libros tan formalmente llevados, que en ellos se especifiquen los números de los títulos que compra.

Sobre este punto no se equivocaba Cautela: los libros del hombre respetable no eran más que cuadernos donde él mismo hacia ciertas anotaciones para ayudar su memoria.

El ex-sacristan empezó á examinar rápidamente los papeles del legajo, encontró entre ellos algunas pólizas y otros apuntes referentes á la compra de títulos, y dijo:

—Aquí está todo... ¿Para qué he de perder el tiempo en seguir mirando?... Con llevarme el legajo, tendré cuanto necesito.

Volvió á sacar el paquete de títulos de la caja, cerró ésta y el cajon de la mesa y se dispuso á salir.

Empezaba á oscurecer.

—Esta es la mejor ocasion.

Aún habia que vencer otro inconveniente, es decir, era preciso salir sin ser visto de ningun criado, y sin embargo habia que darles aviso para no infundir sospechas.

Los dos paquetes reunidos abultaban lo bastante para no poder ocultarlos bajo la levita.

En invierno la capa hubiera sido un gran auxiliar; pero sin llamar la atencion no podia presentarse con ella el agente de policía en el mes de Julio.

¿Cómo saldria del apuro?

Meditó y pronto encontró el medio que buscaba.

Tomó los paquetes, los puso bajo el brazo izquierdo, se acercó á la puerta con pasos silenciosos, escuchó y salió al pasillo.

Una vez allí gritó:

—¡Pablo!

—Voy al momento,—respondió una voz á bastante distancia.

—No es menester,—replicó Cautela,—porque solo he de decirte que no espero más á tu señor.

—¿He de darle algun recado?—repuso el sirviente mientras se acercaba.

El ex-sacristan, en lugar de responder, alejóse rápidamente, abrió la puerta que daba á la escalera, la cerró y bajó sin detenerse un instante.

El portal estaba medio oscuro, y el portero se encontraba en su habitacion.

Así pudo salir el agente de policía sin que nadie se apercibiese de lo que llevaba.

A pocos pasos de allí habia un coche: era el mismo que ya hemos visto otras veces.

El cochero debia estar de acuerdo con Cautela, por

razones tal vez parecidas á las que obligaban á Maricota.

Despues de mirar rápida y recelosamente á todos lados y de convencerse de que nadie lo espiaba, entró el ex-sacristan en el coche sin decir una palabra al cochero.

Éste sacudió el látigo, y el caballo partió al trote, saliendo á la Puerta del Sol, atravesando y subiendo luego por la calle de Carretas.

El lector puede adivinar fácilmente adónde se dirigía, y por si no lo adivina, le diremos que á los ocho minutos se encontraba en la calle de la Comadre.

Cautela sacó la cabeza por la ventanilla y miró á uno y otro lado.

A nadie vió.

Salió entonces del coche, que se alejó, y entró en la casa que ya conocemos y cuyo portal estaba completamente oscuro.

CAPITULO C.

Sorpresas mas que desagradables.

El ex-sacristan subió la escalerilla tan silenciosamente que ni aun el ruido de su respiracion se percibia.

—Ahora, que me busquen,—dijo cuando estuvo junto á la puerta de la boardilla.

Entonces no suspiró lánguidamente; debió sonreir; pero en medio de la oscuridad no podia verse su rostro.

Sacó la llave, abrió, entró y volvió á cerrar.

Ya no podia dudar de que habia triunfado.

Mientras sacaba una cajita de fósforos, penetró en el aposento cuya descripcion hicimos.

Una vez allí, encendió luz y miró hácia el sitio donde debia estar la bujía; pero quedó inmóvil, exhaló un grito de terror, se abrieron sus ojos como si fuesen á sal-

tar de sus órbitas, y los papeles cayeron al suelo, produciendo un ruido sordo.

Un momento despues, se consumió la cerilla y se apagó la luz.

No se percibió entonces otro ruido que el de la respiracion violenta y desigual de Cautela.

Trascurrieron algunos minutos.

Entonces resonó una carcajada burlona.

Luego volvió á iluminarse el aposento.

El agente de policía continuaba inmóvil como si se hubiese petrificado.

Sus ojos estaban aún extremadamente abiertos y su mirada fija.

Su rostro estaba lívido, desfigurado horriblemente y empapado en frio sudor.

Todos sus miembros temblaban convulsivamente y sus dientes castañeteaban.

¿Cuál era la causa de todo esto?

En la única silla que allí habia, se encontraba el señor Morato, que sonreia burlonamente y con una calma espantosa.

—Buenas noches, señor Perfecto,—dijo el jefe de policía con el tono más dulce que puede imaginarse y con la más perfecta calma.

El desdichado Cautela cruzó las manos, extendió los brazos, se dejó caer de rodillas y exclamó con acento de terror profundo, de súplica desgarradora:

—¡Perdon, mi respetable jefe, perdon!...

—¿De qué mi querido Cautela?—replicó tranquilamente el señor Morato.

—¡Misericordia, siquiera en gracia de mis buenos servicios!...

—¿Has perdido la razon?

—¡Ah!...

—Concluirás por impacientarme.

—Piense usted, mi respetable jefe, que en nada he perjudicado al gobierno, ni mucho ménos á usted.

—¿Quieres dejar esas lamentaciones antes de hacerme morir de risa?

—Pero...

—Yo no encuentro nada de particular en lo que sucede.

Cautela tenia mas miedo cuanta mayor era la tranquilidad del señor Morato.

Éste prosiguió diciendo:

—Levántate, no me des ahora explicaciones, porque tenemos mucho que hacer y es preciso aprovechar el tiempo. Además adivino la causa de tu trastorno: entras aquí, encuentras un hombre, crees que es un ladron ó un asesino, y aturdido por la sorpresa y anonadado por tu propia cobardía..

—Mi respetable jefe,—interrumpió el ex-sacristan, suspirando penosamente,—recuerde usted...

—Ahora no quiero ocuparme de recordar nada, porque ya te he dicho que tenemos mucho que hacer.

—¡Ah!...

—Inútilmente te han buscado por todas partes, y apelando al último recurso, me decidí á esperarte en este nido, suponiendo que aquí vendrias, puesto que este es el lugar que tienes reservado para ciertas situaciones. Por lo demás, debes suponer que conozco todos tus secretos, pues de otro modo me engañarias cada veinticuatro horas, y á mí me seria imposible castigarte.

Ya sabemos que al ex-sacristan le sucedia lo mismo con las dulzuras del señor Morato, que con las facilidades cuando acometia una empresa, y por consiguiente, en vez de tranquilizarse, sentíase poseido del más profundo terror cada momento.

No creia que para su jefe hubiese nada oculto; pero en cuanto á aquel escondrijo, creia todo lo contrario.

Otro lánguido suspiro se escapó de su pecho, y como le era forzoso obedecer, levantóse mientras echaba una mirada dolorosísima sobre los paquetes que representaban una riqueza.

Hubiérase dicho que el jefe de policía no habia fijado la atencion en los interesantes papeles; pero el lector comprenderá que el señor Morato los habia visto sobradamente y sabia lo que significaban.

—Supongo, mi querido Cautela, que te has ocupado de asuntos de mucho interés y has hecho descubrimientos de grandísima importancia, porque de otro modo, no creo que hubieses faltado á la hora de recibir la órden.

—Se me ha pasado el tiempo sin sentir...

—Tan distraido que no has visto que el sol se ponia

y que cerraba la noche. Esto no es extraño, porque tienes una imaginacion ardiente y soñadora, verdadera imaginacion de poeta, y sueles olvidarte hasta de que existes, hay momentos en que vives en otro mundo, en esas regiones del espíritu...

—Mi respetable jefe...

—Has equivocado el camino, porque tú has debido dedicarte á poeta, y en el género lírico hubieras ido mucho más allá que Zorrilla.

El desdichado Cautela, porque desdichado podemos llamarle ahora, gimió y dejó caer lánguidamente la cabeza sobre el pecho.

—Ya me darás cuenta de tus descubrimientos,—añadió el señor Morato con la misma dulzura y la misma calma que antes:—ahora no podemos detenernos.

—Espero las órdenes de usted,—balbuceó Cautela.

—Vamos,—dijo el jefe de policía, poniéndose en pié y dirigiéndose á la puerta.

El ex-sacristan volvió á mirar los papeles y vaciló.

¿Pero qué habia de hacer?

La más leve desobediencia le hubiese costado muy cara.

Ya le era imposible salvar lo que habia robado: debia darlo por perdido, porque sobre este punto no transigiría el señor Morato.

Muy poco faltó para que el agente perdiese las pocas fuerzas que le quedaban y hasta la vida.

Con gran dificultad pudo moverse.

Exhaló un suspiro doloroso, un suspiro que parecia llevarse tras sí el alma, y con pasos vacilantes siguió al señor Morato.

Salieron de la boardilla.

—¿No cierras?—dijo el jefe, viendo que Cautela no pensaba en semejante cosa.

—¿No tiene usted llave?

—No, y si he podido entrar ha sido porque encontré abierto, lo cual he achacado á descuido tuyo.

La mentira no podia ser más descarada; pero el ex-sacristan tuvo que sufrir, y sacando la llave, cerró.

Bajaron sin pronunciar una palabra mas.

Cuando estuvieron en la calle, se detuvieron.

El jefe de policía miró á uno y otro lado, y luego, con fingida extrañeza, preguntó:

—¿Has despedido el coche?

—¿Qué coche, señor?—replicó Cautela extremeciéndose.

—El que te ha traido.

—Sí, lo he despedido.

—Buscaremos otro... Vamos por aquí.

Volvieron á callar y anduvieron por espacio de cinco ó seis minutos.

Llegaron á la plaza del Progreso.

Allí vieron un carruaje con dos briosos caballos.

A poca distancia encontrábanse Pintura y Cara-de-Palo.

El primero lanzó una mirada desdeñosa al ex-sacristan.

El otro, segun costumbre, permaneció impasible.

Cautela tambien los miró, y entonces le fué imposible ocultar lo que sentia, porque en su mirada se reveló su odio.

El señor Morato entró en el carruaje, mandando á Cautela que hiciese lo mismo.

Los dos agentes se acercaron á la portezuela.

—Ahora nada teneis que hacer,—les dijo el jefe,—y podeis pasear hasta las once de la noche.

Alejáronse sin pronunciar una palabra Pintura y Cara-de-palo.

—Veamos, mi querido Cautela,—dijo entonces el señor Morato con más dulzura que nunca.

—¿Qué tiene usted que mandarme, mi respetable jefe?

—No temo equivocarme al creer que te has ocupado en averiguar dónde tiene el señor de Rubianes encerrada á la hija del señor Patricio Moncayo.

En vez de contestar, suspiró Cautela.

—La señora Catalina,—añadió el jefe,—ha acudido al gobernador, manifestándole que tiene motivos para creer que la dessparicion de su hija, significa un rapto.

—¡Oh!...

—Y debe haber sido recomendada por algun personaje, pues el gobernador ha tomado el asunto tan seriamente, que ha amenazado con destituirnos á todos y

hacer algo más si la jóven no parece antes de las doce de la noche.

—Pero eso es pedir un imposible...

—Eso mismo le respondí; pero él me replicó que si yo no tenia á mis órdenes gente que sirviese para hacer esto y mucho más...

—Mi respetable jefe...

—He querido favorecerte, he pronunciado tu nombre y lo he prometido todo.

—¡Señor!...

—La gloria será, pues, tuya.

—Pero...

—Cuando he visto que no parecias, he dicho: «Cautela busca, y cuando él busca con empeño, encuentra.»

No puede explicarse lo que sintió el ex-sacristan.

Un sudor copioso y frio inundó su pálido rostro.

El señor Morato, con la misma dulzura y sencillez que antes, prosiguió diciendo:

—No me equivoqué cuando prometí fiado en tu rara inteligencia... Díme, pues, adónde hemos de dirigirnos.

Cautela dudó.

¿Debia revelar el secreto?

No debia revelarlo, pero no todo lo que debe hacerse es siempre posible.

Habia trabajado muchos meses y arrostrado más de un peligro para robar al señor de Rubianes.

Lo mismo le habia sucedido con respecto á Susana.

El robo de nada le habia servido; en un solo instan-

le habia visto destruirse su obra, y además se le exigia que apareciese como traidor para el señor de Rubianes.

¿Qué sucederia despues?

Al hombre respetable le pareceria todo poco para satisfacer su sed de venganza, porque no era posible que perdonase al que le habia róbado casi toda su fortuna y además lo habia vendido, hiriéndolo en el corazon al descubrir el paradero de Susana.

Forzoso era sufrir y resignarse, sin más esperanza que la de que inesperados y nuevos sucesos cambiasen la situacion.

Sin embargo, el ex-sacristan intentó aún resistirse, y dijo:

—Mi respetable jefe, piense usted que me encuentro en muy críticas circunstancias.

—Tú te has apoderado de Susana y la has entregado al señor de Rubianes.

—Es verdad.

—¿Qué más puede exigirte?

—Nada; pero revelar ese secreto...

—Tú me has dicho que él no te lo ha confiado, y por consiguiente de nada puedo acusarte, nada puede echarte en cara, con tanto mayor motivo cuanto que yo no tengo inconveniente en declarar que sin tu ayuda he descubierto el secreto.

—Mi respetable jefe, ese hombre es muy temible...

—Mi querido Cautela, mucho más temible soy yo si me desagradas.

—Le suplico á usted...

—El tiempo se pierde, señor Perfecto,—replicó el señor Morato cambiando de tono.

El ex-sacristan tembló.

—Diga usted adonde hemos de dirigirnos.

—¡Por Dios, mi respetable jefe!...

—Acabemos.

—A Chamberí,—dijo Cautela con voz débil.

Y como si quisiese completar las señas, dijo el señor Morato:

—Por la carretera de Francia, ¿no es verdad?

—Sí.

—Luego á la izquierda...

—Lo sabe usted tambien como yo.

—Y sin embargo, para tí será la gloria, puesto que he dicho que nada sabia. ¿No es esto una prueba de cariño? Reconócelo, mi querido Cautela, reconócelo, si no quieres convencerme de que eres un ingrato.

—Lo reconozco,—dijo el ex-sacristan con voz tan ahogada que no parecia sino que estaba llorando.

El jefe de policía llamó al lacayo y le dijo algunas palabras.

Pocos momentos despues, partió velozmente el carruaje.

CAPITULO CI.

El señor Morato prosigue su obra con toda tranquilidad.

Dejamos al señor de Rubianes trastornado por la desesperacion, despues de haber buscado inútilmente al astuto Cautela.

Tambien dijimos que el hipócrita no habia querido aún darse por vencido ante ese adversario cruel, intransigente y tenaz que se llama hambre; pero media hora despues y mal que le pesase, se convenció de que no habia más remedio que comer ó morir.

Acercóse, pues, á la puerta, y como ignoraba el nombre de la mujer hombruna, gritó diciendo:

—Señora...

—¿Es á mí?— dijo Maricota, presentándose á los pocos momentos.

—A usted, sí.

—Pues mire usted, por poquito no le contesto.

—¿Por qué?

—Porque como decia usted señora y yo no lo soy...

—Es igual.

—Eso si que no, porque llamarme señora es lo mismito que burlarse de mí: ¿lo entiende usted? Y lo que soy yo ¡que si quieres! no se las aguanto á nadie. Y no lo digo por faltarle á usted al respeto, porque como se dice, los amigos de nuestros amigos, son nuestros amigos, y como me parece que el señor Perfecto es bastante amigacho de usted...

—¡Cautela amigo mio!...

—Perdone usted, pero...

—Ignoro el nombre de usted.

—Pues me llamo María; pero tampoco me gusta que nadie me nombre sino como lo hace mi gente, y así espero que tenga usted la bondad de no decirme más que Maricota.

—Pues bien, Maricota, necesito de usted.

—Mande lo que guste, que lo haré con buena voluntad.

—¿Hay medios de proporcionarme algo de comer?

—¡Algo!... ¡Pues no faltaba más!... El señor Perfecto ha surtido bien la despensa para que á esa jóven se la pueda tratar á cuerpo de rey.

—Entonces...

—Mire usted, tengo jamon, perdices escabechadas,

que solo por olerlas se puede dar el dinero, solomillo de vaca asado, huevos frescos, longaniza, salchichon y otras menudencias como son pimientos, tomates, patatas, judías...

—Basta, basta.

—¿Le gusta á usted algo de eso?

—Todo me gusta.

—Pues usted dirá lo que quiere.

—Lo que esté arreglado y pueda dársemo más pronto, porque no puedo aguardar.

—Le traeré á usted el solomillo y las perdices, y mientras vá comiendo le haré una tortilla con jamon.

—Bien.

Desde que el señor de Rubianes se decidió á comer, le atormentó el hambre como nunca.

Maricota era ligera y en pocos minutos extendió sobre una mesa un blanco mantel y puso el solomillo, las perdices, pan y una botella de vino.

Ante todo cogió el señor de Rubianes el pan, tomando un bocado con gran avidez y comiendo luego de lo demás.

Nada dejó de lo que le habia presentado Maricota, y aún tuvo apetito para comer de la tortilla.

Diez minutos despues se encontraba completamente satisfecho.

Habia comido entonces de una vez más de lo que acostumbraba á comer en tres dias.

Se sintió otro hombre.

Todo empezó á verlo distinto y cambiaron sus ideas.

Entonces pudo entrar en reflexiones sobre la situacion.

Para meditar más cómodamente, se recostó en la silla y cruzó los brazos.

Era consiguiente que se le presentase un segundo enemigo, el sueño, y decimos que era consiguiente, porque así debia suceder despues de haberse fatigado mucho y haber comido con exceso.

Aunque sin intencion de dormir, cerró los ojos el señor de Rubianes.

Bien pronto sus recuerdos fueron vagos.

Pronunció el nombre de Susana.

Tres minutos despues dormia profundamente.

Maricota entró, lo miró y dijo:

—Ha comido bien... Y luego dirán que estos señores enclenques se mantienen con cualquier cosa. Se ha bebido casi una botella... Ahora descansa para recobrar las fuerzas y seguir trabajando; pero me parece que todo lo que consiga y nada, es nada. La moza tiene el alma bien puesta y es capaz de cogerlos á los dos y metérselos en el bolsillo.

Maricota se llevó los platos y el mantel sin que el señor de Rubianes despertara.

Una hora trascurrió.

El coche del señor de Rubianes continuaba esperando.

Otro carruaje se acercó, deteniéndose junto á la puerta de la casa.

Era el que conducia al señor Morato y su dependiente.

Estos salieron del vehículo.

—¿De quién es esa berlina?—preguntó el jefe de policía con indiferencia.

El ex-sacristan tembló y tuvo que apoyarse en la pared, porque le era imposible sostenerse.

Habia reconocido el coche del señor de Rubianes, y bien pronto comprendió lo que esto significaba.

El hombre respetable debia haber ido á su casa, y por consiguiente ya sabria que lo habian robado, y habria adivinado tambien quién era el ladron.

—¿Qué te sucede?—preguntó el señor Morato en voz baja.

—¡Tened compasion de mí!—exclamó Cautela con desgarrador acento.

—Acabarás por hacerme creer que has perdido el juicio. Esta es la segunda vez que me pides compasion... ¿Por qué?... No lo adivino... ¿Acaso te amenaza algun peligro?

—Pídame usted la vida; pero no me obligue á penetrar en esa casa.

—Si me das una razon que me convenza...

—El señor de Rubianes,—replicó el ex-sacristan,—se encuentra aquí.

—¿Y qué te importa?

—Tambien está su berlina, lo cual prueba que despues de anochecido ha ido á su casa.

—Tampoco entiendo que esa circunstancia deba hahacerte temblar.

—Mi respetable jefe,—replicó desesperadamente Cautela,—sea usted severo, inexorable, pero no cruel.

—¿Y en qué consiste mi crueldad?... Vamos, explícate, mi querido Cautela, te lo ruego y tú me complacerás, no por temor, sino por corresponder al tierno cariño que te profeso.

No es posible hacer comprender lo que las dulces palabras del señor Morato hacian sufrir á Cautela.

—Usted no ignora nada,—murmuró el infeliz, que apenas podia respirar.

—Estás trastornado y te perdono por ahora.

—¡Ah!...

—Tal vez me sea posible evitarte el disgusto de ver al señor de Rubianes.

—Permítame usted esperar aquí...

—Vuelve á entrar en el coche y no te muevas.

—Descuide usted.

—Estoy descuidado porque si intentas irte, será peor para tí.

—Llamaré y diré algunas palabras, porque de otro modo no querrian abrir.

El ex-sacristan hizo resonar el aldabon.

Bien pronto la voz áspera de Maricota preguntó desde el interior de la casa:

—¿Quién es?

—Abre, soy yo,—dijo Cautela.

Y sin detenerse un instante, separóse del edificio y entró en el coche.

La puerta se abrió, entrando el jefe de policía.

Maricota no pudo contener una exclamacion de sorpresa y de miedo.

—¿Qué te sucede, hija mia?—le preguntó el señor Morato, mientras sonreia dulcemente.

—¡Usted aquí!...

—Sí, ya me ves, y no lo dudarás.

—¡No es él!...

—No, no es tu amigo Perfecto, y extraño que por la voz no me hayas conocido.

—Debo estar aturdida,—repuso Maricota,—porque juraria que la voz que me ha contestado ha sido la del mismo Perfecto, á ménos que usted la haya imitado, porque sabe usted hacerlo todo.

—Ilusiones, mi estimada Maricota: ya tengo la fama de que puedo hacer milagros, y si á vosotros os preguntan, tendrán que canonizarme.

—Yo bien sé lo que usted puede...

—No esperaba encontrarte aquí; pero me alegro porque contigo me entenderé fácilmente.

—Ya sabe usted...

—Si, sé que eres una mujer como pocas... ¿Y tu Manolo?

—Tan bueno y para servir á usted.

—Me alegro.

—Muchas gracias.

—Cierra y llévame donde podamos hablar sin que nadie nos escuche.

—Venga usted.

Entraron en un aposento deteniéndose allí.

—¿Cómo está la prisionera?—preguntó el señor Morato como quien dice la cosa más sencilla.

—Pero señor...

—Maricota, me conoces lo bastante para no cometer la tontería de creer que he de resignarme á perder el tiempo.

—Vuelvo á decirle á usted que estoy aturdida, porque la verdad...

—Te ha sorprendido...

—Claro es que sí.

—No puedes engañarme, porque de cuanto hagas exigiré la responsabilidad á tu Manolo.

Maricota se extremeció.

—¿Podemos hablar ahora?—dijo el señor Morato.

—Todo lo que usted quiera, y yo le diré la purísima verdad, porque las amenazas de Perfecto no me importan un comino si usted me protege.

—Tienes mucho entendimiento.

—Me ha preguntado usted cómo estaba la prisionera, y yo le contesto que se encuentra mejor que los que la han traido aquí, porque es una mujer que tiene muchísima alma y se burla de los dos.

—No lo dudo.

—Yo la he tomado cariño, porque me gustan las mujeres así.

—Supongo que la trajo Cautela...

—No se equivoca usted: él la trajo y en seguida empezó á requebrarla.

—Tendria que ver la escena.

—Yo hubiera dado lo que no tengo por haberlos visto; pero aunque ni siquiera me acerqué á la puerta, porque prometí no ser curiosa, puedo decirle á usted lo que sucedió.

—Sepamos.

—Perfecto quiso propasarse y coger una mano á su prisionera.

—¿Y ella?...

—Le arrimó una bofetada, lo tumbó patas arriba y le quitó el puñal.

El señor Morato no pudo contener la risa.

—Desde entonces,—prosiguió Maricota,—el ex-sacristan le ha tomado miedo á la mansa paloma.

—Lo creo.

—Y renunció generosamente á ella.

—Comprendo: pensó en el segundo negocio.

—Eso es, otro negocio con un señor flaco y muy feo, con la cara muy triste, tan triste como un reverbero viejo.

Maricota nada temia ya y habia recobrado su buen humor.

—Prosigue,—dijo el señor Morato.

—Vino ese señor y habló con ella, y ella lo aturdió de tal modo, que él salió muy convencido de que estaba loca.

—¿Y no ha vuelto á verla?

—Sí, dejó pasar un rato y entró segunda vez con los ojos echando fuego, y preguntándome por Cautela. Le dije que no habia venido, y se fué corriendo á Madrid.

—¿A pié?

—Sí, señor.

—¿Y luego?

—Volvió en coche, me pidió comida y se ha tragado cerca de dos libras de solomillo, un par de perdices y no sé cuánto jamon y huevos, dejando además casi vacia una botella.

—Se conoce que el amor le abre el apetito.

—Con semejante atracon se ha dormido en la silla y hace ya cerca de una hora que está roncando.

—¿Nada más tienes que contarme?

—Lo único que tengo que decir es que no sé donde estoy, porque ese zorro de Cautela me ha traido en un coche y con los ojos vendados.

Cambió repentinamente la expresion del rostro del señor Morato.

—Te aprecio,—dijo despues de algunos instantes,—porque eres una mujer franca y leal.

—Y estoy dispuesta á servirlo á usted hasta con la vida.

—Siento decirte que Cautela te ha comprometido.

Maricota apretó los puños y su mirada se tornó sombría.

—La prisionera,—añadió el señor Morato,—aunque no es rica, cuenta con la influencia de grandes personajes, y no necesito esforzarme para hacerte comprender que tú aparecerás como cómplice del raptor.

—¡Oh!—exclamó Maricota con voz reconcentrada.—Como me resulte algun mal de éste lio...

—Procuraré salvarte.

—En usted confío, señor Morato, no más que en usted.

—Me ocurre una buena idea.

—¿Cuál?

—Aguarda.

El jefe de policía sacó su cartera, la abrió, escribió algunas líneas con lápiz en una hoja, y arrancándola, dijo:

—Toma este papel y guárdalo.

—Está bien.

—Ahora vas á irte á Madrid en el carruaje en que yo he venido y en compañía de Cautela; pero á él lo dejarás en Chamberí y tú seguirás en el coche hasta las oficinas del gobierno.

—Entendido.

—Subirás á mi despacho que ya lo conoces, y le entregarás el papel al portero, diciéndole que se lo dé á Pintura ó á Cara-de-palo.

—A los dos los conozco.

—Luego puedes irte tranquilamente á buscar á tu Manolo.

—¿Y qué más?

—Jurarás que no te has movido de Madrid en estos dias.

—Juraré.

—Vete, y nada temas, y te advierto que si no hablas con Cautela durante el camino, será mucho mejor. Te acompañaré hasta el coche para dar las órdenes oportunas al lacayo.

Salieron de la casa.

Con gran sorpresa del ex-sacristan, Maricota se colocó junto á él en el carruaje.

—Mi querido Cautela,—dijo el señor Morato,—te dejarás llevar hasta Chamberí, donde debes bajarte, esperándome en la carretera de Francia.

—Lo haré con toda exactitud,—respondió el agente.

El jefe de policía llamó al lacayo y le dijo algunas palabras al oido.

Un momente despues, se alejaba el carruaje.

Volvió á entrar en la casa el señor Morato.

Habia llegado el momento terrible para el señor de Rubianes.

CAPITULO CII.

En que situacion quedaron Susana, el jefe de policía y el señor de Rubianes.

El señor Morato tomó la luz y empezó á reconocer la casa.

Cuando entró en el aposento donde se encontraba el señor de Rubianes, vió que éste continuaba durmiendo profundamente.

Sin hacer ruido salió de allí, atravesó otras habitaciones y encontró una puerta cerrada con llave.

—Aquí debe estar Susana,—dijo:

Y dejó la luz en el suelo, se inclinó y miró por el agujero de la cerradura.

—No me equivoqué,—murmuró.

Reflexionó algunos instantes y dió algunos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó en seguida la jóven.

—Señorita,—respondió el señor Morato, reconcentrando la voz,—tenga usted la bondad de acercarse y escuchar. Soy un amigo.

En el interior del aposento resonó una exclamacion de sorpresa y de alegría.

Un momento despues se dejaba oir la voz de Susana, que colocada junto á la puerta, decia:

—Aquí estoy... ¿Quién me busca?

—Un enviado del señor de Luján.

—¡Ah!...

—Silencio...

—Pero...

—Pronto estará usted libre, y mi objeto ahora no es más que tranquilizarla.

—¿Y mi madre? ¿Y mi hermano?

—Buenos y sin que les amenace ningun peligro.

—¡Dios mio!...

—Valor y prudencia... Ahora no entro, porque tengo que ocuparme de arreglar lo necesario para que salga usted de aquí.

Susana no respondió; pero á esta circunstancia no dió valor alguno el señor Morato, porque pensaba en el señor de Rubianes, á quien no queria perder de vista.

Volvió á tomar la luz y fué al aposento donde estaba el miserable hipócrita.

Con el silencio de una sobra se sentó el jefe de policía, cruzando los brazos y quedando inmóvil.

Desde entonces no se percibió otro ruido que el acompasado de la respiracion violenta del señor de Rubianes.

—El señor Morato sonreia burlonamente, porque empezaba á gozar, no solo con su triunfo, sino con el tormento de su enemigo.

Como no tenia otra cosa que hacer, empezó á meditar el jefe de policía.

Debia esperar más de una hora, y en este tiempo no se sabe hasta donde puede ir la imaginacion de un hombre como él.

¿Terminaría con aquel terrible golpe la lucha entre el señor Morato y don Pedro?

No, sino que continuaria con más encarnizamiento que nunca; pero la situacion cambiaria bastante.

En pocos minutos esperaban al señor de Rubianes sufrimientos que compensaran todos los goces de su vida.

Le arrebatarian el objeto de su amor, y como si esto no fuese bastante para mortificarlo horriblemente al volver á su vivienda y antes de que pudiese recobrar la calma, veria que habia sido robado y que de la opulencia tenia que pasar en un solo instante sino á la miseria, á una situacion bastante modesta.

Despues de golpes tan terribles podia presentársele Guillermo de Luján ó su hijo reclamándole los cuatro millones y sus intereses, y entonces se veria despojado de cuanto poseia, perdiendo hasta su envidiable repu-

tacion, y menazándole el hambre y todas las privaciones.

Sin embargo, no creemos que su desgracia ha de llegar á tal extremo, porque la fortuna, ó más bien Satanás, le protegia tan decididamente como ya hemos tenido ocasion de ver.

Todo esto lo pensaba el señor Morato, y con tales pensamientos, gozaba lo que no puede concebirse.

A no ser por la sonrisa y por el brillo demasiado intenso de su mirada, hubiera podido tomarse por una estátua de piedra al señor Morato.

Pasó más de una hora.

Oyóse el sordo ruido de un carruaje que se detuvo á la puerta de la casa.

El jefe de policía se levantó y fué á abrir, encontrándose con Pintura y Cara-de-Palo.

—Buenas noches,—dijo el primero.

—Venid sin hacer ruido alguno,—replicó el señor Morato.

Y los tres adelantaron silenciosamente hasta encontrarse frente á don Pedro.

Por algunos segundos volvió á reinar el más profundo silencio.

El señor Morato dió á su rostro la expresion más grave y respetuosa que puede imaginarse.

Luego se acercó al hipócrita, y mientras le tocaba en un hombro, le dijo:

—Señor don Pedro...

Extremecióse el hombre respetable, levantó la cabeza, abrió los ojos y fijó una mirada estúpida en las tres personas que estaban frente á él.

Empero sin duda creyó que no habia despertado bien, porque se restregó los ojos, los abrió nuevamente cuanto pudo y miró con una sorpresa la más profunda.

Un instante despues dejó escapar una esclamacion, que lo mismo podia ser de terror que de ira.

—Perdone usted,—dijo el jefe de policía con la mayor dulzura,—pero me ha sido forzoso interrumpirle el sueño, porque el asunto de que se trata es demasiado grave.

El señor de Rubianes acabó de recobrar el conocimiento, convencióse de que no soñaba, púsose en pié como impulsado por un resorte, y fijó en los otros una mirada sombría.

Su rostro, que habia vuelto á sonrosarse despues de la comida, palideció densamente y se contrajo.

—¡La policía!—exclamó con voz sorda.

—Sí,—repuso tranquilamente el señor Morato,—la policía tiene el honor de dirigirse á usted.

—¡Caballero!...

—No sospeché que se encontrase usted aquí...

—¿Qué hombres son esos que lo acompañan á usted?

—Dos de mis dependientes, los de mi mayor confianza, Pintura, que es este buen mozo, y Cara-de Palo, que tiene la desgracia de parecer, mas que un hombre, un fantasma.

—¿Y qué buscan ustedes aquí?—preguntó el señor de Rubianes con acento que revelaba su intranquilidad.

—Voy á tener el honor de manifestárselo á usted.

—Me parece que estos testigos...

—Saben á lo que hemos venido á esta casa, pero si su presencia le incomoda á usted...

—Sí.

—Esperad en esa otra habitacion,—dijo el señor Morato á sus dos dependientes.

Estos salieron sin pronunciar una palabra.

—Ya estamos solos y podemos hablar descuidadamente.

El señor de Rubianes fijó una mirada escudriñadora en su enemigo, volvió á sentarse, y pareció que meditaba.

En aquellos momentos, le era imposible comprender como hubiera querido lo que sucedia; pero sí adivinó que la causa de todo era la desaparicion de Susana.

¿Habia cometido Cautela una nueva traicion?

Todo podia esperarse del ex-sacristan, y por consiguiente contra él dirigió mentalmente sus acusaciones el señor de Rubianes.

Despues de lo que habia sufrido en el trascurso del dia, aquel nuevo golpe debia serle doblemente sensible, y para recobrar algun tanto la calma que tan necesaria le era, tuvo que hacer esfuerzos verdaderamente sobrehumanos.

—Siéntese usted,—dijo al fin.

—Gracias, estoy bien y como tampoco puedo detenerme largo rato...

—Como usted guste.

—Supongo que deseará usted que le manifieste el objeto de mi visita.

—Sí, porque no lo adivino.

—No habrá usted olvidado á un conspirador que vivia en la calle de la Magdalena...

—Moncayo,—murmuró el señor de Rubianes, cuya frente se contrajo más.

—Eso es, Moncayo.

—¿Y por qué recuerda usted á ese hombre?

—Porque he de hablar de su hija Susana.

—¡Susana!—exclamó don Pedro extremeciéndose.

—La jóven ha desaparecido y su madre ha acudido á la autoridad para que la busque, manifestando que tiene motivos para suponer que la desaparicion significa un rapto.

—¡Un rapto!...

—Bien sea porque el señor gobernador ha querido mostrarse doblemente justo y severo por lo mismo que se trataba de la familia de un rebelde, bien porque otras personas de mucha influencia hayan recomendado el asunto, es lo cierto que se nos ha dado la órden terminante de buscar á la señorita Susana, y aunque con disimulo se nos ha amenazado terriblemente.

—¿Y qué tengo yo que ver con nada de eso?

—Desea usted saber por qué la policía se encuentra en esta casa, y se lo digo.

—Acabe usted.

—Inmediatamente que recibí la órden, me puse en movimiento, y antes de que anocheciese he tenido la fortuna de averiguar dónde se encontraba la señorita Susana Moncayo.

El rostro del señor de Rubianes se tornó lívido.

El miserable no acertó á replicar.

—Una vez hecho el descubrimiento,—añadió el señor Morato,—dí parte al gobernador, y éste me mandó que sin perder un minuto viniese en busca de la jóven y me apoderase de cuantas personas estuviesen con ella.

Tampoco entonces replicó el señor de Rubianes.

—No he sido tan afortunado al llegar aquí,—prosisiguió diciendo el jefe de policía,—porque sin saber cómo, se me ha escapado una mujer que abrió la puerta, y alguno de mis dependientes se dedican á buscarla por estos alrededores. Luego me encuentro con usted, lo cual es una segunda desgracia, y para ser el hombre más desdichado del mundo, no me falta más sino que la señorita Susana no esté aquí.

—Lo ignoro,—dijo al fin don Pedro sin pensar que cometia una torpeza.

El señor Morato se encogió de hombros, haciendo un gesto que significaba:

—No entiendo eso.

—¿Se sorprende usted?

—Sí, me sorprende que ignore usted si se encuentra aquí la señorita Susana...

—¿Y por qué he de saberlo?

—Porque supongo que ésta es su casa de usted...

—Pues se equivoca usted, caballero.

—Lo veo á usted solo y dormido...

—¿Y á usted qué le importa?—replicó con aspereza don Pedro.

—Nada, es verdad,—repuso indiferentemente el señor Morato;—pero la mujer que abrió la puerta, me preguntó lo que buscaba, se lo dije y me replicó: «No entiendo de eso, y quien podrá darle á usted razon, es el amo, que hace poco ha comido y duerme en la silla en esa habitacion.» El nombre de amo me hizo creer que á usted pertenecia la casa, y no es culpa mia si me han engañado. Por lo demás no intentaré averiguar por qué se encuentra usted aquí, puesto que eso á quien compete es á la autoridad, y yo no tengo que hacer más que cumplir las órdenes que me han dado.

Los ojos del señor de Rubianes relumbraron como dos centellas.

—¡Oh!—exclamó con voz reconcentrada.—¿Se atrevería usted á prenderme como á un criminal?

—Señor don Pedro, yo le guardaré á usted todas las consideraciones que merece; pero no dejaré por eso de cumplir mi deber.

—Dígame usted clara y terminantemente si me llevará preso por haberme encontrado aquí.

—Creo que puedo evitarme ese disgusto sin que se me acuse de debilidad ni falta de celo.

—¿Entonces qué hará usted?

—Dar parte y nada más, excusándome con que es usted un representante de la nacion.

—Pues váyanse ustedes y diga al señor gobernador lo que mejor le parezca.

—Antes he de registrar la casa para buscar á esa jóven.

—¿Y en virtud de qué autorizacion registrará usted la casa de un diputado?

—¿Pues no asegura usted que no es suya?

—No, no es mia,—se apresuró á decir el señor de Rubianes;—pero me encuentro aquí...

—Perdone usted, caballero; pero en semejante caso al dueño ó inquilino de la casa es á quien compete hacer esas observaciones y exigirme responsabilidad si cree que cometo un abuso.

El señor de Rubianes se mordió los labios con despecho.

—¿Desea usted saber algo más?—preguntó con calma el señor Morato.

—Nada.

—Pues tengo el honor de saludarlo á usted, y voy á terminar este asunto.

—Espere usted,—dijo el señor de Rubianes.

El jefe de policía, que ya habia dado un paso hácia la puerta, se detuvo.

¿Qué queria el miserable hipócrita?

Lo único que podia querer era estorbar que se llevasen á Susana.

¿Pero cómo?

No lo sabia.

Por algunos minutos habia sido dueño de su razon; pero era preciso que volviese á perder la calma, á sentirse trastornado hasta el punto de cometer torpeza tras torpeza.

Si se hubiese tratado de cualquier otra cosa, por interesante que fuese, no le habria sucedido lo mismo; pero se trataba de Susana, y ya sabemos la clase de ininfluencia que la jóven ejercia en el ánimo del traidor.

En aquellos momentos le ocurrió la más descabellada idea, y dijo para sí:

—Puesto que nadie nos oye, puedo hablar con franqueza, y este hombre cederá por el oro ó por las amenazas.

No necesitamos decir que el dinero de nada serviría en aquella ocasion, puesto que el señor Morato podia fácilmente quedarse con los millones robados por Cautela.

En cuanto á las amenazas, tampoco darian ningun buen resultado, porque segun el giro que habia tomado el asunto, el jefe de policía se encontraba en mejor situacion para amenazar con un escándalo.

—Escúcheme usted,—dijo el señor de Rubianes despues de algunos momentos.

—Tengo ese honor.

—No es una deshonra estar enamorado de una mujer.

—Por el contrario, es honroso, porque prueba la existencia de un corazon sensible.

—Al caballero, no al jefe de policía, entiéndalo usted bien...

—Señor don Pedro,—interrumpió el señor Morato,—si piensa usted confiarme algun secreto, excuse la molestia, porque ni quiero conocerlo, ni lo necesito.

—Caballero...

—Hablaré tambien con franqueza: todo cuanto usted puede decirme respecto á la señorita Susana, lo sé, absolutamente todo.

—No me sorprendo.

—Ama usted ciegamente á esa jóven, ha hecho usted que se apoderen de ella, y ha intentado infundirle terror amenazándole con la muerte de su hermano; pero desgraciadamente para usted, ella tiene tanto valor como su padre, un valor que apenas puede concebirse en una mujer, y cuando usted ha querido intimidarla, se ha reido, y cuando le ha ofrecido usted montones de oro, lo ha mirado con desdén.

En el interior del pecho del señor de Rubianes, resonó un rugido.

—¿No quiere usted que hablemos con franqueza?—añadió el señor Morato con su calma terrible,—pues voy á complacerlo á usted. Conozco toda la intriga, porque he hecho con Cautela lo que con un conspirador.

No ignoro que usted ha jurado aniquilarme, y yo, que no me doy por vencido fácilmente, me he defendido, lo cual es muy justo. En el primer golpe me llevó usted la ventaja. Sufrí y me resigné; pero ahora...

—¡Miserable!—gritó fuera de sí don Pedro.

El jefe de policía sonrió tranquila y desdeñosamente.

—Puede usted calificarme como mejor le parezca,—dijo,—porque sus palabras no han de mortificarme.

—Yo tambien lo sé todo...

—Me alegro.

—Usted dió á don Juan de Bustamante la copia de la carta de Guillermo de Luján...

—Sí, y además de la carta, la noticia de que usted habia sido en otro tiempo agente de la policía secreta.

—Don Juan de Bustamante ha muerto...

—Pero yo estoy vivo, y vivo se encuentra tambien don Guillermo de Luján, que es mucho más temible que yo, y vivo está Medio-beso, y sin romper cierto recibo que usted firmó en una época inolvidable para la desgraciada y virtuosa Clotilde.

Toda la ira del señor de Rubianes se convirtió en miedo, en pavor.

—No intente usted,—prosiguió diciendo el señor Morato con frialdad espantosa,—no intente usted comprarme con dinero, ni obligarme con amenazas, porque el dinero no lo necesito, y las amenazas... ¡Oh!... Las mias son las más terribles, y sino, dé usted un solo paso contra mí, y en pocas horas hundiré la reputacion

de virtuoso conque usted se envanece, y no solamente esa reputacion puedo atacar, sino la persona de usted ante los tribunales, y por medio de la esposa del señor Patricio Moncayo, porque hay testigos que declararán que usted se ha apoderado por la fuerza de Susana, que la ha tenido usted encerrada aquí, y que aquí se encontraba usted cuando he venido á devolverle la libertad.

No exageraba el señor Morato, y así lo comprendia su enemigo.

Ambos guardaron silencio, y se contemplaron.

La expresion de sus semblantes era completamente distinta.

El señor Morato sonreia burlonamente.

Los ojos de don Pedro estaban encendidos por el furor.

Trascurrieron algunos minutos.

—Caballero,—dijo al fin el jefe de policía,—cuando desee usted ver á Susana Moncayo, puede hacerlo sin dificultad, porque á todas horas encontrará abiertas las puertas de su casa, y será recibido con la más dulce amabilidad.

—¿Intenta usted burlarse de mí?

—No me burlo, y puede usted convencerse de ello con solo presentarse en la humilde vivienda de la jóven. No le haré el mismo ofrecimiento á Cautela, porque me parece que ya no está enamorado.

—El traidor pagará sus crímenes...

—Cuando á mí me convenga, porque está bajo mi proteccion.

Y al decir esto el señor Morato, salió del aposento, y seguido de sus dos dependientes, se dirigió al en que estaba Susana.

El señor de Rubianes quiso huir de aquella casa; pero al llegar á la puerta, se detuvo y exclamó:

—¡Oh!... La mano de Satanás me arrastra... Quiero verla otra vez.

Retrocedió y á los pocos momentos llegó donde estaba el señor Morato, intentando abrir la puerta con una ganzúa.

—Aquí está la llave,—dijo don Pedro dando la que habia guardado cuando fué en busca de Cautela.

—Muchas gracias; pero ya no es menester,—replicó el jefe de policía acabando de abrir.

Dieron un paso en el interior del aposento y quedaron inmóviles, porque vieron á Susana tendida en el suelo, con los miembros rígidos y el rostro pálido y desfigurado como el de un cadáver.

¿Qué le habia sucedido?

La alegria puede matar como el dolor, y la inesperada noticia de que Dionisio no corria peligro alguno, produjo en Susana un efecto verdaderamente terrible.

La desdichada no pudo resistir y cayó pesadamente, no sabemos si muerta ó desmayada.

Por eso segun recordará el lector, dejó de responder á las últimas palabras del señor Morato.

Éste arrugó el entrecejo mientras el señor de Rubianes exhalaba un grito.

—Hé aquí lo que nadie sospechaba,—dijo el jefe de policía.—Veamos si esta infeliz está muerta, porque en semejante caso, señor don Pedro, no ha de valerle á usted ser un representante de la nacion.

El hipócrita se acercó á la jóven para arrodillarse y reconocerla.

—Atrás,—dijo imperiosamente el señor Morato.

—Quiero saber si vive...

—Yo lo veré.

—Yo tambien...

—Atrás he dicho.

Y no bien hubo pronunciado el jefe estas palabras, sintióse el señor de Rubianes arrastrado hasta la puerta por las durísimas manos de Cara-de-palo y de Pintura.

—¡Miserables!—gritó.—¿Os atreveis?

—A todo,—replicó el señor Morato.

Y se arrodilló tomando el pulso á Susana.

—Vive,—murmuró luego.

—¡Ah!—exclamó el hipócrita con acento indescriptible.

Y sus ojos relumbrantes como carbunclos, fijaron en la jóven una mirada ardiente y afanosa.

El señor Morato buscó agua y vinagre que encontró fácilmente, y algunos momentos despues Susana exhaló un penoso suspiro y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?—preguntó con voz débil.

El jefe de policía en vez de contestar, dirigió una mirada he hizo una seña á sus dos dependientes.

Estos asieron por segunda vez los brazos del señor de Rubianes y le obligaron á salir mientras Pintura decia:

—Si esa pobre criatura se apercibe de que está usted aquí; creerá que todos somos enemigos. Váyase usted ó póngase en sitio donde no pueda verlo ella.

En vano quiso resistir don Pedro.

Los agentes eran dos instrumentos que obedecian ciegamente, y se encogieron de hombros con indiferencia lo mismo al escuchar los ruegos que las amenazas.

El señor Morato dirigió las más dulces palabras á la jóven, asegurándole que iba de parte de Guillermo de Luján y como representante de la autoridad, que la protegia.

—¿Y mis perseguidores?—preguntó Susana, mirando á su alrededor.

—Nada tiene usted que temer de ellos.

—¡Dios mio!...

—Tranquilícese usted y saldremos de esta casa.

—Sí; pero antes quiero saber si he soñado que una voz me hablaba de mi hermano...

—No ha sido sueño, sino una realidad.

—¿Dónde está Dionisio?—preguntó afanosamente la jóven.

—Donde no pueden alcanzarle sus enemigos.

—Me amenazaban con descubrir el sitio donde se encontraba oculto...

—Y quisieron poner en práctica la amenaza.

—¡Miserables, cobardes!—exclamó Susana, empezando á recobrar energía.

—Pero nada consiguieron, porque su hermano de usted se encontraba ya en otra parte.

—¿Y Luján?

—Tampoco tiene nada que temer, ni su esposa, ni su hijo.

Por un instante se tiñeron de púrpura las mejillas de Susana.

—Vuelvo á rogar á usted que haga lo posible por recobrar la calma.

—Ya estoy tranquila.

—Su buena madre de usted la espera con todo el afan de su cariño.

—¿Y no hay noticias de mi padre?

—No.

La jóven exhaló un triste suspiro.

—Vamos,—dijo, poniéndose en pié.

—¿Quiere usted hacerme el honor de apoyarse en mi brazo?

—Sí, caballero, y le doy gracias por el interés que manifiesta por mí.

No hablaron más.

Salieron del aposento y luego de la casa sin encontrar á los agentes, ni al señor de Rubianes.

Pero el carruaje de éste permanecia frente al del señor Morato.

La jóven, trastornada todavía, no pudo fijar la atencion en la circunstancia de haber dos coches, y entró maquinalmente en el que tenia más cerca.

En el interior del otro relumbraron dos puntos como hubieran relumbrado dos luciérnagas.

Eran los ojos del señor de Rubianes que lanzaba al objeto de su amor la última mirada.

—A la calle de la Madera,—dijo el señor Morato.

Y su carruaje partió velozmente.

El del señor de Rubianes hizo lo mismo cinco minutos despues.

CAPITULO CIII.

Cómo pasaron la noche el señor de Rubianes y Cautela.

El señor de Rubianes llegó á su casa en un estado verdaderamente lastimoso, y se encerró en su dormitorio despues de prohibir terminantemente que nadie se acercase allí por ningun motivo, mientras él no llamase.

Sin desnudarse se dejó caer en el lecho, revolviéndose desesperadamente y como si fuese presa de una horrible convulsion.

El nombre de Susana salia sin cesar de sus lábios.

Media hora despues, sin fuerzas ni aliento, quedó inmóvil empezando á exhalar tristes lamentos y á derramar lágrimas como pudiera haberlo hecho una débil mujer ó un niño.

¿Quién hubiera creido esto en el señor de Rubianes?

Y lo más sorprendente era que en su angustia invocaba el santo nombre de Dios, dirigiéndole las súplicas más tiernas para que le enviase consuelo.

No necesitamos decir que el miserable hipócrita no habia sentido nunca arder en su alma el fuego de la cristiana fé, y por eso, repetimos, era inconcebible que acudiese al Omnipotente.

No hay duda que la parte moral del señor de Rubianes empezaba á sufrir un cambio radical, y esto debia ser efecto inevitable del amor que profesaba á Susana.

Nunca habia abrigado su corazon una de esas tiernas afecciones que distinguen á la criatura de los demás séres vivientes, y era natural el cambio que nos ocupa despues de haber conocido un sentimiento delicado.

Ni el desprecio de Susana, ni los peligros de que se veia rodeado, fueron bastante para entibiar la pasion que devoraba al señor de Rubianes.

Por el contrario, despues de lo que habia sufrido aquel dia y cuando su situacion era más difícil, aquella pasion encendióse más y más, atormentándolo hasta donde no puede concebirse.

A pesar de su ambicion, todo cuanto poseia lo hubiera dado el señor de Rubianes por verse correspondido de Susana.

Dejándose llevar unas veces de los arrebatos de la ira, y entregándose otras á su intenso dolor, pasó el criminal el resto de aquella noche horrible, y cuando em-

pezaba á sonreir la aurora cerráronse sus ojos y quedó, más bien que dormido aletargado por la fatiga.

El astuto Cautela sufrió tambien espantosamente aquella noche.

Ya no amaba á Susana, y si se acordaba de ella y la nombraba, era para maldecirla como en otro tiempo habia hecho con la monja; cuya belleza y amor fueron causa inocente de que el miserable no pudiera realizar un gran negocio.

Desde que se situó en la carretera de Francia, obedeciendo las órdenes del señor Morato, empezó el ex-sacristan á trazarse planes de conducta y á examinar su crítica situacion.

No era la boardilla de la calle de la Comadre el único sitio conque contaba para ocultarse en caso de apuro, y más de una vez pensó que el tiempo que el señor Morato habia de ocupar en la casa de campo, podia descuidadamente aprovecharlo para ir á la boardilla, recoger los preciosos papeles que representaban una gran fortuna, y esconderse hasta que las circunstancias le permitiesen huir y alejarse de España; pero cuando daba el primer paso para poner en práctica esta resolucion, deteníase y el miedo le hacia temblar, dejándolo inmóvil.

Entonces y segun su costumbre pensaba en todo lo que era posible que sucediese, por más que no fuese probable.

El jefe de policía era demasiado astuto y previsor y

no podia haber cometido la torpeza de dejar sin guarda alguna aquellos millones, dando además á Cautela ocasion para que volviese á recogerlos.

Tal vez Pintura y Cara-de-Palo vigilaban en la calle de la Comadre, pues el haberles dicho que se fuesen á pasear, podia ser cosa convenida para inspirar confianza á Cautela y engañarlo.

¿Qué debia suceder si el ex-sacristan despues de lo que habia hecho, intentaba siquiera desobedecer á su jefe?

Este se mostraria entonces inexorable.

Cautela no se movió, pues, y acabó por sentarse á la orilla del camino, apoyando la espalda en el tronco de un árbol.

Cuando vió que el carruaje volvia en direccion á la casa de campo, dijo:

—Debo creer que Pintura y Cara-de-Palo van ahí.

Ya sabemos que no se equivocaba.

Cuando pensaba en todo lo que habia sucedido, solia decir:

—Una de las cosas que más me atormentan es que esa perdida de Maricota me haya mirado con desden y se haya reido de mis amenazas. El señor Morato le habrá prometido proteccion; pero ella no ha pensado que las situaciones cambian con facilidad, y que algun dia podré vengarme, haciéndole pagar á su Manolo lo que debe y lo que no debe.

Excusado es decir que en semejante situacion el

agente de policía exhalaba uno tras otro lánguidos y penosos suspiros.

Otra vez vió pasar el carruaje en que iban el señor Morato y Susana.

—No se detiene,—murmuró Cautela.—¿Hasta cuando pensará tenerme aquí? No será porque no me haya visto, pues me he puesto en pié, y esto es bastante á pesar de la oscuridad de la noche, puesto que mi jefe, lo mismo que yo y que los gatos, distingue bastante bien los objetos en medio de las tinieblas.

Suspiró el ex-sacristan y volvió á sentarse.

A pesar de que no se sentia el más leve soplo de viento, empezó el desdichado á tener frio, porque la fiebre lo devoraba.

Algunos minutos despues pasó otro carruaje.

Era el del señor de Rubianes.

Cautela tembló.

—Mi rival y mi víctima,—murmuró con voz sorda.—¿Pero de qué me ha servido robarle casi toda su fortuna?... ¡Ah!... Esto es horrible y creo que despues de tan rudo golpe no podré vivir mucho tiempo.

Dos horas más trascurrieron.

En medio de la oscuridad dibujóse confusamente un bulto negro que se acercaba al agente de policía.

Éste lo miró, apretó desesperadamente los puños, rechinó los dientes y exclamó luego:

—¡Oh!... Lo conozco... es Cara-de-Palo que viene á buscarme.

No se equivocaba, y pocos minutos despues se le acercó el agente casi mudo, diciéndole:

—El jefe, que te retires á descansar y que mañana no te presentes, hasta que te encuentres bien, porque considera que el trabajo de esta noche te habrá fatigado mucho.

Y al decir esto Cara-de-Palo, dió un paso para alejarse.

Cautela lo detuvo, diciéndole:

—Espera, porque hemos de hablar de un asunto de mucho interés.

—No puedo: tengo que cumplir órdenes del jefe,—replicó Cara-de-Palo.

Y sin escuchar más, se alejó camino arriba.

—Debe ir á la casa de campo,—murmuró Cautela,—y puesto que estoy en libertad ahora, puedo acompañarlo... Pero no, no me atrevo, me haria doblemente sospechoso... ¡Oh!... Tengo que sufrir y callar.

Dirigióse á Madrid y media hora despues se encontraba en su miserable vivienda.

Lo mismo que el señor de Rubianes, el ex-sacristan se dejó caer en el lecho sin desnudarse, y tambien se revolvió desesperadamente, mesándose los cabellos, exhalando suspiros y lamentos angustiosos y vertiendo algunas lágrimas de ira y de dolor.

A la misma hora que su cómplice, es decir, á la del alba, cerró los ojos y quedó aletargado.

El sol dejó ver su luz alegre y vivificante.

Y pasaron dos, y tres, y cuatro horas.

El señor de Rubianes abrió los ojos, se los restregó, pasóse las manos por la frente y miró á su alrededor como si quisiese reconocer el sitio ó recordar por qué se encontraba allí.

Si no todas, habia recobrado bastantes fuerzas.

Su rostro estaba pálido y contraido, y su mirada era sombría.

Con una energía que no era de esperar despues de lo que habia sufrido, saltó del lecho y empezó á pasearse por la habitacion.

—Triunfaré ó moriré,—fueron sus primeras palabras.

Y despues de algunos momentos añadió:

—Guillermo de Luján amenaza mi honra y su hijo mi vida; pero todo lo arrostraré sin temblar, dándoles una prueba de que tengo tanto valor como ellos. Si pierdo en España la reputacion, iré á vivir donde no me conozca nadie, y si pierdo la vida... Entonces no habré perdido nada, sino que habré ganado porque ya no sufriré. He tenido momentos de debilidad, y me arrepiento, me avergüenzo... ¡Oh!... Ya no seré débil, y de que no me faltará el valor, tengo la prueba en que ahora por más esfuerzos que hace mi imaginacion, no puedo concebir cómo hay un hombre cobarde.

El señor de Rubianes no se hacia ilusiones: ya no era el mismo que siempre, y se sentia con valor para todo.

Éste era otro de los efectos de su ardiente amor.

Miró el reloj.

Eran las diez.

Tiró del cordon de la campanilla y se presentó un criado.

—El almuerzo,—dijo el señor de Rubianes,—y que vayan preparando la berlina.

Y cuando volvió á quedar solo, murmuró:

—No sé lo que me sucede; pero no soy el mismo hombre que ayer. Me siento con buen apetito y gozaré almorzando.

Cuando el señor de Rubianes despertaba, abria tambien los ojos Cautela, y tambien se los restregaba, se pasaba las manos por la frente, y miraba á su alrededor.

Luego exhaló un suspiro y dijo con voz lánguida:

—No, no es un sueño, es una realidad horrible.

Estiró los brazos, que sentia bastante doloridos, y dejó la cama.

—¡Millones!—exclamó mientras se paseaba y frotaba una mano con otra,—no sé cuantos, porque no los conté; pero son millones... ¡Oh!... ¿Y he de renunciar á ellos?... No... Sí..: Es forzoso.

Guardó silencio y exhaló un gemido.

Algunos momentos despues añadió:

—Debia haber tomado los diez mil duros, y al ménos eso estaria en mi poder, y nadie podria quitármelo. Bien pensado, diez mil duros es una cantidad respetable, y con la que podria considerarme rico; pero me ha perdido mi ambicion, he querido ser millonario, y me he quedado en la pobreza. No me habría sucedido así si

entonces hubiese dominado mi codicia; pero no pude dominarme, y poco más ó ménos hice lo que el avaro que mató la gallina de los huevos de oro, ó lo que el niño de la fábula cuando soltó un pájaro por coger muchos que volaban.

Cautela meditó, buscando medio de recuperar al ménos aquellos diez mil duros.

Pero esto era imposible.

¿Cómo se presentaba al señor de Rubianes despues de haberlo robado?

Tal era la fuerza de su codicia, que el ex-sacristan se sintió con valor para arrostrar nuevos peligros con el fin de recuperar los diez mil duros ó una parte de los millones robados.

Si el amor habia hecho cambiar al señor de Rubianes, el dinero le habia dado tambien alientos á Cautela.

No encontrando en aquellos momentos la solucion que buscaba, dijo:

—Obraré segun haya quedado la situacion. Ahora, lo que debo hacer es almorzar, porque sin alimento no hay fuerzas, y sin fuerzas no sirve uno para nada.

Tomada esta resolucion, salió de su vivienda, y una hora despues habia almorzado y se presentaba á su jefe.

—¿Qué tal?—le preguntó el señor Morato con acento un si es no es burlon.

—Ya me encuentro bien, mi respetable jefe.

—Anoche estabas insufrible; no hacias más que ge-

mir y llorar y cada palabra que pronunciabas era un desatino.

—Lo confieso, me sentia trastornado.

—Tengo que darte una buena noticia.

—Gracias, señor.

—A tu amigo Rubianes que estaba durmiendo en una silla cuando llegué, le dí algunos detalles para hacerle comprender cómo se habia conseguido averiguar dónde estaba la hija de Moncayo, y lo creyó todo sin sospechar que tú hubieses cometido traicion alguna sobre este punto.

—Me alegro y le agradezco á usted muchísimo que en cuanto es posible me haya evitado el odio de ese hombre.

—No le temas, porque se encuentra en una situacion muy crítica y por ahora tiene que sufrir y callar.

—Mi respetable jefe,—dijo Cautela con humilde tono, —si quisiera usted darme á conocer algunos detalles de lo que sucedió...

—No hay ningun inconveniente, mi querido Cautela.

—Ya escucho.

—Como te he dicho lo sorprendí durmiendo, porque hacia poco que habia comido, segun me dijo Maricota.

—¿Se presentó usted solo ?

—Con Pintura y Cara-de-palo.

—Dos testigos...

—Eso es.

—El señor de Rubianes se pondría fuera de sí.

—Era natural que así sucediese; pero al fin tuvo que callar y someterse á todo, porque lo amenacé con un escándalo.

—Comprendo perfectamente.

—No necesito darte más explicaciones para que te convenzas de que el señor de Rubianes á nada se atreverá contra nosotros, porque siempre seria tiempo de que la señora Catalina acudiese á los tribunales, apelando á nuestro testimonio.

—Contra usted no hará nada; pero contra mí...

—Tampoco, porque le dije que yo te tomaba bajo mi proteccion.

—Señor...

—Lo que te digo es verdad.

—Pero tanta bondad de parte de usted...

—Quiero compensarte otras pérdidas y disgustos,—dijo el señor Morato mientras sonreia maliciosamente,—y sobre este punto tampoco necesitas mis explicaciones.

Sobradamente comprendió Cautela lo que su jefe queria decir y que podia traducirse con las siguientes palabras: «Te ofrezco mi proteccion en cambio de los millones que dejaste en la boardilla.»

—Supongo,—dijo el señor Morato despues de algunos momentos,—que don Pedro de Rubianes habrá pasado una noche horrible, porque sigue amando á Susana con mas ardor que nunca. No se habrá ocupado de otra cosa que de su amor, y pasarán algunos dias antes que piense en ningun otro negocio.

Tambien estas palabras las tradujo Cautela en las siguientes: «El señor de Rubianes no puede haberse apercibido todavía de que lo han robado.»

—¿Qué órdenes tiene usted que darme, mi respetable jefe?—preguntó el ex-sacristan convencido de que la conversacion debia darse por terminada.

—No hay nada que hacer, mi querido Cautela, y puedes seguir descansando ó hacer lo que mejor te parezca.

—Volveré á la tarde...

—Cuando quieras.

Salió el ex-sacristan mientras decia para sí:

—De mi jefe, nada debo temer por ahora, si bien me cuesta bien cara su proteccion, y en cuanto al señor don Pedro de Rubianes, opino tambien que aún no sabe que lo han robado; pero averiguaré, y cuando esté seguro de que es así, me presentaré á exigirle los diez mil duros, pues yo le entregué á Susana y no es culpa mia que él no haya conseguido satisfacer sus deseos. Si sabe ya que lo han robado, sospeche ó no de mí, dará parte inmediatamente á la autoridad, y á los pocos minutos lo sabrá el señor Morato, y sabiéndolo él, lo sabré yo. Tambien puedo averiguar haciéndome el encontradizo con alguno de los criados del señor de Rubianes porque una vez apercibido del robo, debe alborotar la casa, sospechar de todo el mundo y adoptar todo género de precauciones para que no se le escape el ladron y recuperar su dinero.

Las suposiciones de Cautela no podian ser más acertadas.

Renacieron sus esperanzas de recuperar los diez mil duros que antes habia despreciado.

Imposible parece que tuviera valor para presentarse á su antiguo cómplice; pero ya hemos dicho que la avaricia le habia infundido tanto valor como el amor al señor de Rubianes.

Nada tenia que hacer el ex-sacristan, y se ocupó solamente de las averiguaciones que tanto le interesaban.

A las cuatro de la tarde volvió á ver al señor Morato.

No ocurria ninguna novedad, es decir, no habia noticia de que se hubiese cometido ningun robo.

Separóse de su jefe para poner en práctica el plan que habia trazado.

La fortuna siguió protegiéndolo y encontró á uno de los criados del señor de Rubianes, sabiendo que éste, apenas dejó la cama, pidió el almuerzo, y apenas almorzó, salió sin que hubiese vuelto aún.

El ex-sacristan, aparentando el más cariñoso interés, preguntó al criado por la salud de don Pedro.

El sirviente respondió:

—Está algo pálido y ojeroso; pero almorzó con muy buen apetito y hasta parecia tener el ánimo alegre, por lo cual creo que goza de buena salud, y que la palidez será porque haya dormido poco la pasada noche.

No necesitaba más Cautela para estar seguro de que

el señor de Rubianes no habia echado de ménos los títulos robados.

—Me quedaré por aquí,—pensó,—y cuando llegue, entraré sin darle tiempo á que se ocupe de examinar la caja. No tiene que abrir ésta para entregarme el talon de los diez mil duros, porque lo guarda en uno de los cajones de la mesa, que no es el que yo abrí.

Combinado este plan, empezó á pasearse sin perder de vista la casa de don Pedro.

CAPITULO CIV.

Una escena extraña.

Media hora despues llegó el señor de Rubianes, cuyo rostro, atentamente observado por Cautela, convenció á éste de que el robo no era conocido aún.

El ex-sacristan entró en la casa, subió y llamó.

Aunque don Pedro habia dicho que á nadie queria recibir, no pusieron los criados inconveniente alguno al polizonte, porque sabian que éste quedaba siempre exceptuado de semejantes prohibiciones, y ni siquiera se cuidaron de pasar recado á su señor.

—¿Dónde está?—preguntó Cautela.

—Ha ido hácia su despacho.

Frotóse las manos el agente de policía y adelantó por el pasillo, deteniéndose luego junto á una puerta, levantando la cortina y diciendo:

—¿Dá usted su permiso?

El señor de Rubianes, que acababa de entrar en el despacho, volvió la cabeza, y al ver el rostro flaco y amarillento de Cautela, dejó escapar una exclamacion que lo mismo podia ser de ira que de júbilo satánico.

No le agradó al ex-sacristan la exclamacion; pero convencido de que don Pedro no podia tan pronto haber echado de ménos los títulos, atrevióse á penetrar en el despacho, fijando ante todo una mirada penetrante y escudriñadora en la caja de hierro.

El señor de Rubianes, conteniendo trabajosamente los arrebatos de su reconcentrada ira, antes de dirigir la palabra á su enemigo, corrió hácia la puerta y la cerró.

Cautela quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas, y miró con espanto al señor de Rubianes.

Creyó que éste lo habia descubierto todo; pero el instinto de conservacion le hizo dominar algun tanto su terror y desaturdirse, y antes que preguntar llevó la diestra al bolsillo donde guardaba su rewólver.

Luego se contemplaron.

El rostro del ex-sacristan no expresaba más que la sorpresa.

En el de don Pedro se pintaba el furor.

Hubo algunos instantes de silencio profundo.

—¡Miserable!—exclamó el hipócrita.

El agente de policía no pronunció una palabra ni se movió.

—¡Traidor!—añadió el señor de Rubianes.

Y como tampoco replicase Cautela, con voz reconcentrada prosiguió diciendo:

—¿Quién eres, dí, quién eres tú, reptil inmundo para levantar la mirada, ni poner el pensamiento en lo que tan sobre tu mísera cabeza está?... Víbora ponzoñosa que te has arrastrado á mis piés, ensuciándote en el lodo, para morderme mientras yo dormia descuidado...

—Caballero,—interrumpió al fin Cautela, que continuaba creyendo que el robo era conocido,—por más sensible que me sea, me obliga usted á decirle que la pérdida del objeto de su amor le ha hecho perder la cabeza, porque no de otro modo se comprende que diga usted cosas como las que acaba de decir.

—¡Silencio, miserable!

—No callaré, porque mi conciencia está tranquila.

—¡Tranquila tu conciencia!...

—¿Por qué soy reptil, en que lodo me ensucio, dónde pico, ni qué sueño aprovecho para envenenar con mi alevosa mordedura?... Señor don Pedro, repito que la cabeza de usted...

—¡Y me llama loco!...

—Claro es que sí,—replicó el ex-sacristan, sacando fuerzas de flaqueza, ó como decirse suele haciendo de tripas corazon.

—¡Oh!—exclamó el señor de Rubianes, apretando los puños y dando un paso hácia el agente de policía.

—Poco á poco, caballero,—dijo Cautela, extendiendo

el brazo izquierdo como para detener á su enemigo,—poco á poco que aunque me vé usted flaco y de cuerpo débil, tengo el corazon fuerte y grande y en el mismo sitio que lo tienen todos los hombres. Todo lo toleraré ménos que me ponga usted las manos encima, porque entonces no seré el manso cordero, sino el fiero leon...

—¡Me amenaza el miserable!...

—Basta de palabrotas que me desagradan. Me llama usted traidor sin acordarse de que traidor fué usted con don Guillermo de Luján.

Este nombre produjo en don Pedro un efecto inexplicable.

Viósele extremecerse como poseido de terror.

No sospechaba que Cautela conociese el terrible secreto del robo de la fortuna de Luján.

Ni una palabra pronunció.

Los papeles se habian trocado repentinamente.

El ex-sacristan cobró entonces alientos, levantó la cabeza con un sí es no es de impertinente orgullo y fijó una mirada desdeñosa en el hombre respetable.

Volvieron á quedar silenciosos por algunos minutos, pasados los cuales; dijo el agente de policía:

—Ahora me parece que podremos entendernos.

—Sí,—replicó el señor de Rubianes, procurando disimular su turbacion,—tengo curiosidad de ver cómo pruebas tu buena fé, con qué razones justificas tu conconducta, de qué modo explicas el doble papel que has representado.

—Para defenderme, necesito saber en qué consiste mi falta. Me llama usted traidor... ¿Por qué?... Lo ignoro. Lo que sé y esto no podrá usted negarlo, es que le prometí apoderarme de la hija del señor Patricio, y cumplí mi promesa con toda exactitud, puesto que la encerré, lo llevé á usted al lado de ella, y con ella lo dejé. Si usted no ha sabido ó no ha podido triunfar de la resistencia de la señorita Susana, no es culpa mia, y nada tengo que ver con eso, porque yo no respondí de que ella cedería, sino que opiné todo lo contrario.

—Es verdad.

—La madre acudió á la autoridad para que se buscase á su hija, lo cual no es sorprendente, pues ya podia usted figurarse que la pobre mujer no habia de tener la cachaza de sufrir y callar sin dar un solo paso para encontrarla.

—No me sorprende:

—Sabe usted que don Guillermo de Luján protege á esa familia, y que es un hombre que vale lo bastante para haberse burlado una y otra vez del gobierno, de la policía y de todos sus enemigos. ¿Es extraño que con la ayuda de semejante hombre que todo lo sabe, se haya conseguido averiguar dónde se encontraba la jóven? No es extraño, ni yo tengo la culpa. Con don Guillermo de Luján y el señor Morato, puestos de acuerdo, no hay empresa imposible. Mientras yo me ocupaba de usted y de la prisionera, ellos ganaban terreno, y en tanto que yo descansaba de las fatigas de la noche anterior, ellos

daban el golpe, sin contar conmigo, sin ocuparme en nada como era natural que hiciesen.

Mientras esto decia el ex-sacristan, con expresion irónica sonreia el señor de Rubianes, que replicó:

—Convencido estoy de que no ha tomado usted parte en el descubrimiento del sitio donde se encontraba la jóven.

—Entonces...

—No consiste en eso la traicion.

—Caballero,—replicó Cautela con acritud,—no necesito que hablemos más para convencerme de que busca usted un pretexto para no pagarme, y reconozco que soy merecedor de semejante abuso como castigo á la tonteria que cometí de no tomar los diez mil duros cuando ya los habia ganado, y usted me los daba.

—Ruinmente piensa quien ruin es.

—Entre ruines anda el juego,—replicó descaradamente Cautela.

—Ten la lengua, miserable.

—Señor don Pedro, somos enteramente iguales y no hay razon para que yo tolere insultos que usted no quiere sufrir. Del mismo modo que usted la hizo, hago yo mi fortuna: la policía secreta fué para usted una mina de oro, y ahora me toca á mí explotarla, si bien con la diferencia de que yo todavía no me he convertido en Judas, vendiendo á mi bienhechor, y por consiguiente puedo envanecerme cuando me comparo con usted. Si no quiere usted oir palabras desagradables, no las pro-

nuncie tampoco, y en cuanto á lo demás, deme usted los diez mil duros prometidos, porque de lo contrario, cuando amanezca un nuevo dia no habrá quien deje de saber lo que á usted le interesa que se calle, y en un momento se hundirá la reputacion de usted, como se hunde un castillo de naipes al más leve soplo.

El señor de Rubianes se extremeció.

Cautela, que se sentia con más valor cada vez, prosiguió diciendo:

—Piénselo usted bien y obre con prudencia, evitando así; perder la honra ya que ha perdido á Susana. Y en la obra de mi venganza esté usted seguro de que me auxiliarian lo mismo el señor Morato, que don Guillermo de Luján, su esposa y su hijo, así como Susana y su madre, porque es preciso que sepa usted, que mi jefe me ha perdonado y me ha prometido proteccion.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la pálida frente del señor de Rubianes, pero el recuerdo de Susana, ó más bien el aguijon de sus celos, le devolvió el valor que por algunos minutos habia perdido.

Sus ojos volvieron á relumbrar como dos luces fosfóricas.

Apretó los puños con fuerza convulsiva, rugió como un tigre y dió otro paso hácia el ex-sacristan mientras exclamaba:

—¡Oh!... No quedaré satisfecho sino arrancándote el corazon, y aunque hayan de caer sobre mí todas las desdichas imaginables, aquí quedarás sin vida.

—Este hombre está loco,—murmuró Cautela, empuñando el rewólver y disponiéndose á sacarlo del bolsillo.

—Sí, loco debo estar cuando me fié de un traidor como tú. Te apoderaste de Susana porque estabas enamorado de ella...

—¡Enamorado!...

—Y si me la entregaste fué porque te convenciste de que nada podrias conseguir.

El ex-sacristan soltó una ruidosa carcajada.

—¿Quién eres tú, quién, para atreverte á poner los ojos en el objeto de mi amor, quién eres, pobre gusano, para querer manchar con tu asquerosa baba la sublime pureza de esa mujer sin igual?

Cautela se encogió de hombros y dijo:

—Está visto, ha perdido la razon.

La tranquilidad del agente desesperó más y más al señor de Rubianes, que sin poder contenerse quiso lanzarse sobre su enemigo mientras decia:

—No, no saldrás con vida de aquí.

Empero Cautela, que á todo estaba dispuesto ménos á dejarse estrangular, sacó el rewólver, extendió el brazo, y apuntando al pecho del hipócrita, le dijo:

—Quieto.

Efectivamente, el señor de Rubianes se contuvo, porque no hay furor por ciego que sea que no se contenga ante una pistola.

—El loco por la pena es cuerdo,—añadió el ex-sacristan,—me parece, caballero, que solo así podremos

poner en claro este asunto, y quedar de acuerdo... ¿Quiere usted que hablemos tranquilamente?... Ahora me defiendo con mi rewólver, y mañana me vengaré con la lengua, acabando con la reputacion de usted.

Era forzoso transigir, y mal que le pesase, comprendiólo así don Pedro.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominarse; pero al fin dijo:

—¿Puede usted justificar su alevosía?

—No la justificaré, porque no existe, y quien haya dicho que yo amo á Susana, miente, aunque no me extraña que tal vez Maricota, sin antecedentes para comprender lo que veia, haya creido que mis conferencias con Susana tenian un amoroso fin.

—Nada me ha dicho Maricota.

—Pues entonces...

—La traicion la conozco por la misma Susana, que no ha omitido ningun detalle al hablarme de las locas y ridículas pretensiones de usted.

—Me tranquilizo, porque creí que Maricota se habia metido en lo que no la importaba, y esto me ponia en gran cuidado; pero si ha sido Susana quien tal ha dicho, tiene su mentira muy fácil explicacion.

—¡Mentira!... ¿Para qué habia de mentir?

—Caballero, aún no conoce usted á la hija del señor Patricio, no sabe usted de lo que es capaz, no quiere usted convencerse de que es una mujer que no se parece á ninguna.

—A pesar de todo eso...

—¿No se le alcanza á usted que Susana ha inventado ese cuento para atormentarlo á usted, satisfaciendo así en parte su anhelo de venganza?

Don Pedro quedó pensativo.

—Tampoco me conoce usted á mí,—añadió Cautela,—porque conociéndome comprenderia usted que si yo estuviese enamorado de Susana, una vez que la tenia á mi disposicion, habria empleado la fuerza, un narcótico ó cualquier otro medio para satisfacer mi ardoroso afan. ¿Cree usted que en semejante caso me detienen escrúpulos pueriles?

La razon era convincente: si Cautela estaba enamorado no se comprendia que renunciase á lo que estaba en su mano conseguir.

Guardó silencio el señor de Rubianes.

—Caballero,—dijo el ex-sacristan, despues de algunos momentos y guardando el rewólver,—la conversacion vá haciéndose demasiado larga, y como es desagradable para los dos...

—¿Qué quiere usted?

—Mis diez mil duros.

—Soy demasiado grande,—repuso el señor de Rubianes,—para rebajarme hasta el punto de disputarle á usted esa cantidad mezquina.

—Y yo soy demasiado pequeño para renunciar indiferentemente á esa gran cantidad.

Quiso evitarse don Pedro la mortificacion de decla-

rar que habia juzgado con demasiada ligereza, y para poner término á la enojosa conversacion, acercóse á la mesa, abrió uno de los cajones y sacó el talon disputado, concretándose á decir:

—Tome usted.

—Negocio concluido,—repuso Cautela, cuyos ojuelos relumbraron con el fuego de su codicia.

Y tomó el talon, lo examinó y guardó en uno de sus bolsillos, añadiendo:

—Ahora que estamos en paz no tengo inconveniente en prestar á usted mis servicios si los necesita.

—Déjeme usted.

—Mi respetable señor, le deseo salud y dicha,—dijo el ex-sacristan.

Y salió del despacho.

El señor de Rubianes apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos y quedó inmóvil.

Cuando Cautela estuvo en la calle, dijo:

—Aún debo esperar hasta mañana, porque ya no es hora de cobrar en el banco, y de aquí á mañana... No, no estoy tranquilo todavía.

Sus temores eran vanos, porque á la mañana siguiente y á las diez en punto fué al banco de España y presentó el talon.

Reconocieron éste los empleados, y el que habia de pagar, preguntó:

—¿Quiere usted billetes ó metálico?

—Billetes,—respondió Cautela.

Pocos minutos despues atravesaba las calles ébrio de alegría, porque llevaba en un bolsillo los diez mil duros y ya nada tenia que temer.

—Del mal el ménos,—dijo:—no soy millonario; pero me considero rico.

CAPITULO CV.

Una cita misteriosa.

No lleves á mal, lector, que retrocedamos á la noche en que Susana recobró la libertad, porque tenemos que ocuparnos de Alberto y de otro personaje á quien no hemos dado aún á conocer.

Serian las diez cuando llamaron á la humilde vivienda donde Clotilde y su hijo se disponian á sufrir la miseria con heróico valor y santa resignacion.

Esta vivienda era la misma que veinte años antes habia ocupado Clotilde cuando se encontró viuda y arruinada. No sabemos si la habian alquilado por casualidad ó porque ella queria refugiarse entre sus antiguos y dolorosos recuerdos.

Esto era posible y aun probable, porque sabemos ya

que la desdichada madre pensaba pocas veces como casi todas las mujeres piensan, y en vez de huir de aquel lugar de amargos y desgarradores recuerdos, lo buscaba afanosamente como si su intenso dolor fuese un goce, como si para ella no existiesen más goces que su propio dolor.

¡Mujer santa y sublime!

¿Se comprende la conducta de Guillermo de Luján?

Despues de la muerte de don Juan de Bustamante no era posible explicar por qué el resucitado se ocultaba más cuidadosamente que nunca.

La pobre madre habia guardado para con su hijo el secreto de la existencia de Guillermo de Luján, porque otra cosa hubiera sido hacerlo sufrir inútilmente.

Alberto no sabia, pues, ni que su padre vivia, ni que su fortuna habia sido robada por el señor de Rubianes, y mucho ménos que éste amase á Susana.

De otro modo, apenas desapareció la hija del señor Patricio, el jóven habria corrido á pedir estrecha cuenta al hipócrita y Dios sabe hasta donde lo hubiera conducido el ciego arrebato de su ira.

Alberto se esforzaba en vano por averiguar el paradero de Susana, haciendo mil preguntas á la señora Catalina por si así venia en conocimiento de quién era el hombre que habia cometido el rapto, porque rapto era forzoso que hubiese, y por consiguiente un hombre enamorado de la infeliz jóven.

Nada consiguió, repetimos, y su desesperacion se aumentaba por momentos.

Los dias, las horas, los minutos le parecian interminables.

Rara vez lograba conciliar el sueño y apenas se alimentaba, y su preocupacion y trastorno eran tales, que no se ocupó en buscar recursos para vivir, disminuyendo cada dia los pocos conque contaban y que eran producto de la venta de las ropas y algunos muebles de su propio uso, que habia vendido Clotilde.

Esta lloraba sin cesar y dirigía al Omnipotente las más conmovedoras súplicas, mezclando en sus plegarias el nombre de su primer esposo.

Tal era la situacion de estas dos criaturas cuando á las diez de la noche, segun hemos dicho ya, llamaron á la puerta del cuarto sin necesidad de haber hecho lo mismo en la que daba á la calle, porque algunos vecinos la tenian abierta y estaban sentados, respirando el aire fresco de la noche.

Para que no se molestase su madre, apresuróse el jóven á abrir, encontrándose con un mozo de cordel que le presentaba una carta y le decia:

—¿Vive aquí el señorito don Alberto de Luján?

—Yo soy.

—Pues tome usted esta esquela y que haya salud.

—¿No espera usted contestacion?

—No señor.

—¿De parte de quien viene usted?

—La carta lo dirá, me parece; pero si no lo dice no es culpa mia.

—Pero usted debe saberlo...

—Yo no lo sé, porque yo estaba en la taberna y entró un caballero bastante viejo, me llamó, me mandó traer esta carta y me dió un duro.

—¿No le preguntó usted?...

—Sí, le pregunté; pero me respondió que lo que me importaba eran los veinte reales. Y mire usted, señorito, me parece que aquel caballero tenia razon, y como á mí no me gusta replicar callé y me vine.

—¿Y las señas de ese caballero?

—Viejo.

—Ya me lo ha dicho usted.

—Con unas barbazas muy blancas y unos anteojos verdes, y un baston muy gordo.

Alberto quedó pensativo.

No recordaba persona alguna de las señas que acababan de darle.

—Pronto saldré de dudas,—murmuró.

Y cerró la puerta porque el mozo de cordel habia ya desaparecido.

Luego entró en el aposento donde se encontraba su madre.

—¿Quién ha venido?—preguntó ésta.

—Me han traido una carta.

Clotilde, que no sentia la curiosidad de su sexo, calló.

El jóven, bastante preocupado, rompió el sobre, desdobló la carta, y buscó la firma.

Empero no estaba firmada.

Aquel papel se hacia doblemente misterioso.

El jóven leyó lo siguiente:

«Alberto, si no te sobrara el valor para reirte de peligros imaginarios, no te diria que vinieses solo, completamente solo á la calle de San Bernardo, esquina á la del Pez, donde encontrarás una persona que puede darte noticias positivas de Susana.

»Si alguien te acompaña, de cerca ó de lejos, si una sola palabra dices á tu madre antes de venir, no me encontrarás.»

Ni una palabra más decia la carta.

Alberto tuvo que esforzarse mucho para no exhalar una exclamacion de sorpresa.

Por segunda vez leyó el misterioso escrito, y no pudo evitar que se contrajese su rostro más de lo que estaba.

—¿Quién te escribe?—le preguntó su madre, que observó el repentino cambio de expresion del semblante de su hijo.

Éste dudó algunos instantes y luego respondió con voz insegura:

—Me escribe Luciano, que quiere verme en seguida, sin decir para qué. No adivino...

—Parece que te preocupa demasiado esa carta.

—Me preocupa, porque ya conoce usted á mi leal

amigo, y es de sospechar que cuando me escribe con tanta premura, ha de ser para que nos ocupemos de algun asunto muy grave.

—Sea lo que fuere no pierdas un instante, porque con Luciano tienes deberes sagrados que cumplir, deudas de corazon que pagar.

—Sí, ahora mismo iré.

Y tomó su sombrero, estampó un beso en la pálida frente de su madre y salió.

Su mentira fué bien pronto descubierta, porque aún no habian pasado veinte minutos, cuando llamaron y entró Luciano Marin.

—Llega usted tarde,—le dijo Clotilde.

—¿Para qué?—preguntó el jóven sorprendido.

—Para ver á Alberto.

—¿Hace mucho que ha salido?

—Un cuarto de hora próximamente, y apenas recibió la carta de usted.

—¡Mi carta!—exclamó impensadamente y con acento de sorpresa Marin.

—¿Acaso no le ha escrito usted, diciéndole que necesitaba verlo al instante?—preguntó Clotilde con angustioso afan.

—¡Ah!—exclamó Luciano dándose una palmada en la frente.

—¿Qué?

—Ya me habia olvidado de la carta... Señora, con muchísima razon dicen que soy un cabeza vana.

—Eso no es verdad.

—¿No es verdad que soy un calavera?

—Me refiero á la carta...

—Señora, le diré á usted el asunto de que se trataba. Cuesta trabajo hacer que salga Alberto, respire el aire y se distraiga, y para obligarlo me pareció el mejor medio escribirle con cierto misterio, pues así se apresuraria á acudir á mi llamamiento; pero ya se vé, como tengo la cabeza á pájaros, me olvidé luego de la cita, y mi pobre amigo se habrá encaminado al café donde le dije que nos veriamos. Voy, pues, para no hacerle esperar.

Luciano tomó su sombrero y se dispuso á salir.

Clotilde fijó en él una mirada escudriñadora y le preguntó:

—¿En qué café han de verse ustedes?

—Bien cerca de aquí, y por consiguiente no tardará mi amigo en volver.

—Pero...

—En el café de la Luna.

Clotilde se puso en pié, y mientras abria un cofre, dijo:

—¿Será usted bastante amable para darme un brazo y permitir que lo acompañe hasta el café?

—¡Señora!...

—Puesto que nada reservado han de hablar ustedes...

—Es que...

—Yo tambien necesito respirar el aire libre.

—Suponga usted que Alberto no ha tenido paciencia para esperarme...

—Basta, mi buen amigo... La carta no era de usted, y Dios sabe adonde ha ido mi hijo.

—Alberto es juicioso...

—Pero es noble y se abusa de él con facilidad.

—Deseche usted esas ideas...

—¡Ah!—exclamó Clotilde, sin disimular ya lo que sentia.—Mi hijo corre un gran peligro en estos momentos, y no debe ocultárseme, cuando ha mentido. ¡Dios mio!... Yo lo buscaré, lo encontraré, porque una madre busca á su hijo, sabe penetrar hasta las entrañas de la tierra.

El aspecto de Clotilde en aquellos momentos era el de una loca.

Sus negros ojos relumbraban con el fuego de la fiebre.

—Señora, su razon de usted se extravia...

—No intente usted detenerme.

—Yo iré en busca de Alberto.

—No puedo esperar.

—Señora...

—Déjeme usted,—replicó enérgicamente la pobre madre.

Era imposible contenerla, porque su exaltacion crecia por momentos.

Luciano apeló al último recurso, que no hubiera querido poner en juego.

—Pues bien,—dijo resueltamente,—yo sé adonde ha ido Alberto.

—¿Adónde?

—A recibir noticias de Susana, que esta misma noche recobrará la libertad.

—¿Y quién ha de darle esas noticias?

—Perdone usted; pero no me está permitido revelar este secreto.

—Entonces buscaré á mi hijo...

—No lo encontrará usted.

—Habré hecho cuanto me sea posible.

—Hay quien vele por él...

—Nadie vela como una madre.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente Marin,—y tambien un padre.

—¡Su padre, mi esposo!—exclamó la desdichada con acento indescriptible.

Y le faltaron las fuerzas, sintiéndose desfallecer, y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

—¡Mi esposo!—murmuró con voz débil y mientras que de sus ojos se escapaba un torrente de lágrimas.

—Llore usted, señora, llore usted mucho...

—Usted está en relaciones con mi esposo, para usted no es un misterio su conducta, que no acierto á explicarme...

—Se equivoca usted.

—No me equivoco...

—Sí.

La infeliz madre se dejó caer de rodillas, cruzó las manos, extendió los brazos y con acento de súplica desgarradora, exclamó:

—¡En nombre de Dios misericordioso, en nombre de su madre de usted!...

—Señora,—balbuceó Marin,—nada sé...

—¡Ah!... ¿No comprende usted lo que sufro? ¿Es posible que no se conmueva el corazon de usted?

—Me atormenta usted horriblemente...

—Le suplico á usted en nombre de su madre, en nombre de Dios...

—¡Imposible!—gritó Luciano fuera de sí.

Y á pesar del tristísimo estado en que Clotilde se encontraba, sin escuchar más el jóven, corrió hácia la puerta, la abrió y huyó precipitadamente.

Clotilde exhaló un grito destemplado, apoyó la frente en la silla que á su lado estaba y quedó inmóvil.

Entretanto Marin se encaminaba hácia la calle del Pez.

De sus ojos habian brotado dos lágrimas.

—¡Infeliz!—murmuró con voz ahogada.—¡Cuánto sufre!

No, no puede comprenderse lo que la desdichada madre sufria.

Las dudas más desconsoladoras la atormentaban horriblemente.

¿No la amaba ya su esposo?

Esto pensaba muchas veces Clotilde y era lo más horrible que podia pensar.

¿Qué habia hecho ella para no merecer el cariño de Guillermo?

La infeliz examinaba su conciencia sin encontrar el más leve motivo para reconocerse culpable.

Guillermo debia haberse sentido herido en la fibra más delicada de su corazon, cuando vió á su esposa en brazos de otro hombre; pero tenia Luján demasiada inteligencia y habia hecho muchas observaciones, y forzosamente debió dar al segundo casamiento su verdadero valor.

Cierto es que Clotilde habia sacrificado su belleza, se habia impuesto el duro sacrificio de fingir por salvar á su tierno hijo de la miseria más espantosa y tal vez del crímen; pero no habia dado su corazon, que era todo para Luján, á pesar de creerlo muerto, no habia dado su corazon y amaba más ardientemente que nunca á un fantasma, una sombra invisible, un recuerdo no más.

El recuerdo, la sombra, el fantasma, se habia convertido en realidad risueña, y Clotilde habia sido completamente feliz por algunas horas.

Empero bien pronto su felicidad se desvaneció como el humo, y sufrió mucho más de lo que antes habia sufrido.

No podia dar desahogo á su dolor, sino hablando con Susana, y á ésta se la arrebataron tambien.

Entonces tuvo que disimular, tuvo que sonreir para no desalentar á su hijo.

Parecia condenada por la más negra fatalidad á sufrir, guardar silencio y fingir.

¡Fingir ella tan noblemente franca!

Ya hemos visto que apeló á Luciano Marin, y las noticias que éste le habia dado fueron en aquellos instantes la salvacion de la desdichada.

¡Susana debia recobrar la libertad aquella misma noche!

Aunque por breve rato, la generosidad de Clotilde le hizo olvidar sus propios dolores para tomar parte en la alegría de los demás.

Exhaló un penoso suspiro, oprimióse el pecho, y levantando al cielo los ojos, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio!

Volvió á sentarse, y guardó silencio.

Su deseo era ir á abrazar á la señora Catalina; pero tenia que esperar al jóven Alberto, y no se movió.

La dejaremos para ir en busca de su hijo y aclarar el misterio de la cita.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.